HISTORIA
DE LOS
GRIEGOS

TOMO I.

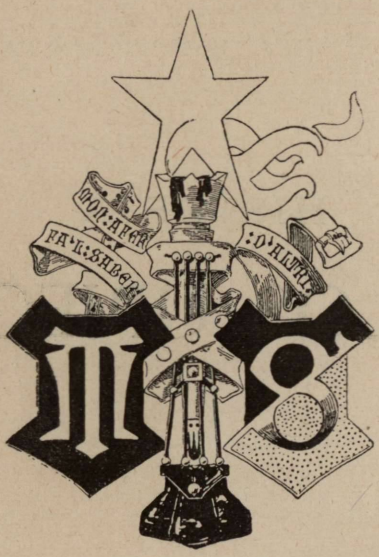




EL CASTILLO
MAIRENA DEL ALCOR
(SEVILLA)

Jorge Bonsor.

HISTORIA
DE LOS GRIEGOS


MON:AFER
FA'L:SABER
:O'ALTRI



ÁNFORA PANATENÁICA

(se conserva en el Museo del Louvre, en París)

R.029-1

HISTORIA

DE LOS GRIEGOS

DESDE LOS TIEMPOS MAS REMOTOS HASTA LA REDUCCIÓN DE GRECIA A PROVINCIA ROMANA

POR

VÍCTOR DURUY

Individuo del Instituto, ex-Ministro de Instrucción pública de Francia

---

OBRA PREMIADA POR LA ACADEMIA FRANCESA

Traducida de la última edición, revisada y aumentada por el autor,

POR ENRIQUE LEOPOLDO DE VERNEUIL

TOMO PRIMERO

FORMACIÓN DEL PUEBLO GRIEGO



BARCELONA

—

MONTANER Y SIMON, EDITORES

CALLE DE ARAGON, NUMS. 309 Y 311

1890

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES

PREFACIO

Hace más de medio siglo, cuando yo era alumno de tercer año en la Escuela normal, y estaba poseído de la ambición propia de mi edad, formé el propósito de consagrar mi vida científica á escribir una Historia de Francia en ocho ó diez tomos. Nombrado profesor, puse manos á la obra; mas al explorar nuestro antiguo suelo de la Galia, ví que el fondo era romano, y para estudiarle bien fuíme á Roma donde pude reconocer que Grecia había ejercido una influencia poderosa en aquella civilización. Era preciso remontarme más aún, y por lo tanto me trasladé á Atenas.

Cuentan los cronistas de Godofredo de Bouillon, que cuando entraba en una iglesia decorada con ricas esculturas y ventanales resplandecientes, por mucha prisa que llevase deteníase á contemplar las venerandas imágenes y leer las inscripciones de los santos, olvidando las horas que pasaban, mientras le referían maravillosas leyendas: miraba, escuchaba, y ya no se iba. Lo mismo me sucedió á mí en las dos metrópolis del genio humano; me entretuve tanto tiempo en contemplar bellezas ó grandiosidades, que lo que solamente debía ser un estudio preliminar fué la ocupación de toda mi vida. Los dos prefacios se convirtieron en dos obras: la «Historia de los Romanos» y la «Historia de los Griegos».

Esta última vió la luz por primera vez en 1851; pero después se escribieron muchos libros sobre ese pueblo; practicáronse repetidas excavaciones en las tierras helénicas, y se descubrieron inscripciones innumerables, algunas de las cuales arrojan nueva luz sobre puntos oscuros en otro tiempo. La Academia francesa premió este libro en 1861, y era mi deber hacerle menos indigno de la aprobación que le dispensó.

Grecia tiene dos historias: la de los hechos políticos y sociales,

y la de las ideas y del arte. He revisado cuidadosamente la primera y ampliado mucho la segunda, dejando mayor espacio para los poetas, filósofos y artistas, á la vez que he multiplicado las citas para señalar la influencia de los genios superiores en las transformaciones de la religión y del espíritu helénicos (1).

(1) Doy de antemano las gracias á MM. Babelon, del Gabinete de Francia, y Haussoullier, profesor de la Escuela de Estudios Superiores, que han tenido á bien prestarme su concurso para la investigación y explicación de las medallas y grabados. Este libro, en efecto, se ilustrará como la *Historia de los Romanos*, reproduciendo al efecto monumentos auténticos.



HISTORIA DE LOS GRIEGOS

CAPITULO PRIMERO

EL SUELO (1)

I. — POSICIÓN GEOGRÁFICA Y CONFIGURACIÓN GENERAL DE GRECIA

«¿Qué entendéis por Grecia? pregunta irónicamente Filipo de Macedonia á los etolios cuando éstos le tachan de ser un rey bárbaro. ¿Dónde ponéis sus límites? ¿Y acaso sois griegos, los más de vosotros?»

El nombre de Grecia sufrió la misma suerte que el de Italia: ambos viajaron de un extremo á otro de la península á que se debían aplicar más tarde para designarla en su conjunto. Un pequeño cantón del Epiro, el de Dodona, se llamó primeramente así; pero el vocablo se propagó, extendiéndose poco á poco hasta la Tesalia, los países situados al Sur de las Termópilas y el Peloponeso. Después comprendió también el Epiro, la Iliria hasta Epidamo, y últimamente la Macedonia. Por otra singularidad, el nombre de Grecia era desconocido en el país que así se denomina: llamábase éste *Hellas*, el país de los helenos, y no se sabe por qué motivos prevaleció el término *Græcia* en la lengua romana (2). Nosotros mismos designamos á

(1) Principales obras de consulta: de la antigüedad, Estrabón y Pausanias; entre los modernos, Poucqueville, *Viaje por Grecia;* Choiseul-Gouffier, *Viaje pintoresco por Grecia;* Dodwell, *Viajes por Grecia;* Gell, *Itin. de Grecia, Viaje por la Morea;* coronel Leake, *la Morea* y *la Grecia del Norte* (1830-5); Cousinery, *Viaje por Macedonia* (1831); la *Expedición científica de Morea*, con los excelentes trabajos geográficos de Puillon Boblaye que esta publicación contiene. Véanse también el *Atlas* de Kiepert y la muy reciente obra de C. Neumann y Partsch, *Physikalische Geographie von Griechenland mit besonderer Rucksicht auf das Alterthum*, Breslau, 1885. A estos trabajos geográficos es indispensable agregar los de los individuos de la Escuela de Atenas, que los completan rectificándolos, y que se encontrarán en los *Archivos de las misiones literarias* ó en sus publicaciones particulares. Con su *Boletín de Correspondencia helénica*, la Escuela continúa teniéndonos al corriente de todos los descubrimientos que se hacen en Grecia.

(2) La palabra *Grec* parece significar viejo: γραῦς, γραια; Freret (*Observaciones sobre el origen de los primeros habitantes de Grecia*, pág. 87), daba el mismo sentido á la palabra *Pelasgos*. Los dos nombres de griego y heleno, según Aristóteles (*Meteorol.*, I, 14), eran originarios de los alrededores de Dodona y de las orillas del Aqueloos, país cubierto á la vez de pantanos y montañas. El nombre de griegos, que sin duda conservaron varios pueblos del Epiro, se aplicó por los italianos á los helenos,

los pueblos de allende el Rhin con otro nombre distinto del que ellos se dan, del propio modo que los países que se extienden desde el Himalaya hasta el cabo Comorín recibieron uno de origen persa, el de Indostán.

Grecia es una de las tres penínsulas que terminan la Europa al Sur. Si hubiera de medirse su extensión por lo que de ella ha hablado la historia, sería una región vastísima, pero en realidad es el país más pequeño de Europa. Su superficie, com prendidas las islas, dista de igualar á la de Portugal; pero tiene costas tan accidentadas y sinuosas, que su desarrollo excede al de todo el litoral español. No hay ningún país en el mundo que, á igualdad de superficie, presente tantas islas, golfos, penínsulas y puertos, y donde, por lo tanto, se efectúe mejor esa unión de la tierra y de las aguas que para la naturaleza es la belleza suprema y para el hombre la mejor condición del progreso social. He aquí porqué el mar ha sido en todo tiempo la gran vía de los griegos, tanto que apenas han conocido otras. La vigorosa expresión latina *struere viam*, que recuerda una de las glorias de Roma, es decir, sus grandes vías militares, no podría aplicarse á Grecia, por más que los sacerdotes tuviesen el encargo de velar por la conservación de los caminos que iban á parar á los santuarios nacionales, á fin de facilitar su acceso (2). Este hecho basta por sí solo para demostrar la gran diferencia de los dos pueblos: el uno ha tomado posesión de la tierra por su agricultura, sus vías monumentales y sus fortalezas, debiendo á esto sus severas virtudes, su ruda existencia, todas sus victorias y su dominio pesado; el otro ha tenido el mar por patrimonio, el comercio por móvil, las artes por adorno, y todas las curiosidades de la imaginación.



La Grecia (*Hellas*) entre Júpiter y Minerva y acompañada de la Victoria (1)

Al Norte, Grecia confina con los Alpes orientales, que la aislan, con obstáculos casi insuperables, del valle del Danubio, la gran vía de las emigraciones asiáticas en Europa. He aquí porqué éstas han pasado cerca de aquel país sin tocarle, así como Grecia no llevó por este lado sus colonias, ni su civilización, ni su lengua. Por su configuración, Grecia mira al Sur, y se baña por tres puntos en el Mediterráneo, casi bajo la latitud de Gibraltar, frente á una de las más fértiles provincias de Africa, la Cirenaica. Separada de Asia, Africa é Italia por el mar, acércase á estos países por sus islas. Las Cícladas, que comienzan cerca del cabo Sunio, van á mezclarse con las Espóradas, que tocan en Asia. Si la atmósfera es clara, la tripulación de un buque no deja un momento de ver la tierra. Desde Corcira se puede divisar Italia; desde el cabo Malea, las nevadas cimas de Creta, y desde esta isla, las montañas de Rodas y de la costa asiática (3). En dos días de navegación se recorría el trayecto

situados detrás de ellos, así como nosotros hemos dado á los germanos el nombre de alemanes, que no pertenece sino á los pueblos de la Suabia, los *Alamanni*, con quienes nuestras poblaciones galo-francas tuvieron las primeras relaciones. Los romanos hicieron lo mismo con los rasenas, á quienes llamaban *Etrusci* ó *Tusci*.

(1) Del vaso llamado de Darío, en el Museo de Nápoles (*Monum. dell' Inst. archeol.* IX, láminas 50-51).

(2) *Corpus inscriptionum Græcarum*, n.° 1688.

(3) Creta se enlaza también con Citeres y el Peloponeso por bancos submarinos.

desde Creta á Cirene, y necesitábanse tres ó cuatro para arribar á Egipto. ¿Cómo extrañar, pues, que Grecia haya radiado mucho más allá de sus fronteras marítimas por su comercio, sus colonias y su civilización, cuando ante ella se abrían tantos caminos, donde las estrellas de un cielo generalmente límpido guiaban por la noche á las embarcaciones? La geografía preparó la historia. Por ambos lados, y frente al continente griego, la antigüedad conoció: al Oriente una Grecia asiática, al Occidente una Grecia italiana, y al Mediodía, en el vasto promontorio de la Cirenaica, hoy desierto, una Grecia africana (1). ¡Cuántos cambios de ideas y de productos entre esos cuatro países, y qué intensidad de vida en el que, situado en el centro, era como el foco donde iban á confluir todos los radios que partían de aquel círculo luminoso, centuplicando su fuerza!

II. – MONTAÑAS Y RÍOS

Los geólogos, que están en vías de escribir la gran historia de la tierra, nos dicen que la Italia y la Grecia meridional fueron las últimas partes de nuestro continente removidas por la naturaleza (2), cuya terrible fuerza déjase sentir allí todavía. Si Grecia no tiene ni el Vesubio ni el Etna, los hombres han visto en cambio surgir islas del seno de las tumultuosas olas, ó desaparecer otras en los abismos del mar. Santorín no es más que el borde de un cráter inmenso, cuyo fondo se halla á 400 metros bajo el nivel de las aguas, pero que varias veces ha vomitado islas abrasadoras (3); Milo, Cimolo, Termia y Delos surgieron del abismo, mientras que el Taigeto salía de las entrañas del Peloponeso y el cabo Ténaro elevaba sobre las olas su rugosa frente, que la tempestad azota y desgarra.



Júpiter (4)

Los antiguos griegos tuvieron la revelación instintiva de estas grandes revoluciones: esas montañas entreabiertas y de flancos rasgados, esas rocas amontonadas al acaso, esas islas donde aun se ve el vestigio de los fuegos que las formaron, recordábanles la lucha de los Titanes contra Júpiter, los combates de las potestades infernales contra las fuerzas celestes, y celebrando las hazañas de sus dioses hacían la historia de su país. Ved lo que Hesiodo dice en su *Teogonía* (5): «He ahí los Titanes, hijos de la Tierra, que combaten contra los Centimanos, hijos del Cielo. A su alrededor, el mar sin límites muge con estrépito; á sus pies se oye el fragor profundo de la tierra; el vasto cielo se agita y gime; el Olimpo retiembla hasta en sus cimien-

---

(1) M. Gaudry ha recogido en Pikermi, cerca de Atenas, osamentas fósiles de elefantes, de rinocerontes, antílopes, hienas, jirafas, etc.; esos restos de animales africanos estaban incrustados en la arcilla rojiza que se encuentra aún en las riberas del Africa, prueba de que existió un tiempo en que Grecia lindaba con este continente, así como con el Asia Menor. Las numerosas islas del Mediterráneo oriental vienen á ser como los *testimonios* que han quedado en medio de las olas de esa antigua unión de los tres continentes.

(2) Es la revolución que ellos llaman el «levantamiento del Ténaro.»

(3) La última, la *Nueva*, ó la *Gran Quemada*, no comenzó á manifestarse hasta 1707; Παλαιὰ καυμένη data del segundo siglo antes de J.C., y Μικρὰ καυμένη de principios del imperio romano. Desde 1866 á 1870 han ocurrido nuevas erupciones. Véase el muy interesante relato de M. Fouqué en los *Archivos de las misiones científicas*, tomo IV, pág. 223.

(4) Júpiter en su cuadriga al galope; lleva el cetro y fulmina sus rayos sobre los Titanes. Camafeo de una colección desconocida, publicada por Carlos Lenormant en la *Nueva galería mitológica*.

(5) *Teogonía*, págs. 678 y siguientes.

tos, y en los abismos del Tártaro resuena el ruido de las rocas que se derrumban. Júpiter despliega entonces su fuerza: desde las altas cimas del Olimpo lanza fuegos chispeantes; los rayos parten de continuo de su mano terrible; la tierra se enciende; el Océano aparece cubierto de ígneas olas, y sofocantes vapores rodean á los Titanes. Deslumbrados por el rayo, abrasados los ojos por el relámpago, Júpiter los precipita á los abismos de la tierra; Briareo, Giges y los demás hijos del Cielo sujétanlos con cadenas indestructibles, y sobre ellos descansan los cimientos del mar y de los continentes, que aun tratan de agitar á veces.»

Sin embargo, las montañas forman en varios puntos cordilleras continuas: lo que el Apenino para Italia, es el Pindo para Grecia: despréndese de los Alpes orientales como el Apenino de los Alpes marítimos, desciende al Sur, separando la Iliria de la Macedonia, el Epiro de la Tesalia, y forma en la península innumerables ramificaciones. Los montes Cambunianos se apoyan, al Norte de las fuentes del Peneo, en esta cordillera central y se corren directamente al Este, hacia las orillas del golfo Termaico, donde vuelven á elevarse para constituir la mole colosal del Olimpo, montaña de 3.000 metros de altura, que presenta en muchas partes el aspecto de un muro cortado á pico. Por el Mediodía, el Peneo baña su base, y en el otro lado del río elévase el Ossa, que también conserva largo tiempo, durante el verano, las nieves del invierno.

Alguna convulsión del globo separó violentamente las dos montañas; sus flancos desgarrados se corresponden, y Neptuno, «que agita la tierra,» podría unirlas acercándolas. Enormes rocas penden aún medio desprendidas; pero doradas por los rayos del sol, presentan vivos colores que se destacan sobre el verde sombrío de los bosques, comunicando á esos hermosos paisajes un brillo incomparable. Entre la base de ambas montañas, el Peneo hase abierto paso hasta el mar, y deslízase lentamente entre orillas cubiertas de césped, donde crecen plátanos enormes, el árbol de los ríos griegos; pero en una extensión de cinco millas su cuenca no tiene á menudo más de algunos metros de anchura: es el valle de Tempé, célebre en la antigüedad por su grandeza salvaje. Un reducido número de hombres detendría á todo un ejército en aquella angosta grieta de los montes, único paso frecuentado que iba de Grecia á Macedonia.

Los montes Cambunianos cierran la Tesalia por el Norte, y el Eta por el Sur, terminándose igualmente en el golfo Maliaco, entre pantanos y rocas cortadas á pico, por un desfiladero que la historia ha hecho famoso, el de las Termópilas (1). A lo largo de la costa el Pelión se enlaza con el Ossa, y por una pequeña cordillera que da vuelta al golfo Pagasético, ó de Volo, se une con el Othrys, que separa la cuenca del Peneo de la del Sper-queios. El Norte de la Tesalia es en realidad, por lo tanto, lo que le llamaba Jerjes: un valle que fuera fácil anegar bajo las aguas si se las cerrase la única salida por donde escapan, el valle de Tempé.

Los griegos habían hallado en esta región algunas de sus más graciosas ó más terribles leyendas, y de aquí salió la mitad de la poesía homérica. El brazo del hijo de Alcmena, ó el tridente de Neptuno, había abierto ese valle de Tempé. En la cima del Olimpo y de sus nieves casi eternas, en medio de las nubes que le rodean y que el rayo desgarra, elevábanse los tronos de los doce grandes dioses. Allí los gigantes habían luchado con los soberanos del Olimpo, tratando de poner á Pelión sobre el Ossa para escalar el cielo; allí llegaron las Musas para asistir á las bodas de Tetis y de Peleo y pronosticar el nacimiento de Aquiles y la ruina de Troya. El lau-

(1) La descripción de este paso se hará en otro lugar, cuando se refiera el combate de las Termópilas.

rel de Apolo crecía primeramente en Tempé (1), donde el dios tenía sus altares; en el Pelión se cortaron los árboles con que se construyó la nave *Argos*, á la que Minerva dió por mástil una de las encinas fatídicas de Dodona; y los héroes que la tripulaban embarcáronse en el puerto tesalio de Pagaso.

Al Sur de la Tesalia y al Sudeste del Epiro, la Grecia central presenta una inextricable red de montañas que parte del monte Tymphrestos. Una cordillera, que se puede considerar como la continuación del Pindo, desciende hasta el golfo de Corinto, entre la Etolia y la Lócrida; otra arranca de aquí hacia la Dórida, se corre al Este y comprende montes famosos: el Parnaso, en cuyas laderas estaba situado Delfos, y de donde, según la leyenda, salió una nueva raza para repoblar la Grecia después del diluvio de Deucalión; el Helicón, residencia de las Musas, que, según se aseguraba, no había producido nunca ninguna planta venenosa; el Citerón, donde Edipo mató á Laios; y por último, detrás de Atenas, el Pentélico, en una de cuyas rocas desprendidas estaba el Acrópolis, y el Himeto, que el Laurión parece continuar hasta el promontorio de Sunio, en cuya cima vense aun en pie quince columnas de un templo derruído (2).

Esa cordillera, con frecuencia cortada, envía hacia el Sur, entre los golfos de Salónica y de Corinto, una poderosa ramificación que forma una segunda península en la extremidad de la primera, extendiéndose circularmente, de modo que el Peloponeso tiene casi la figura de un cono truncado, cuya cima está á 6.000 ó 7.000 pies sobre el nivel del mar: es la altura de las montañas al rededor de la Arcadia (3). Al Norte, en la frontera de la Acaya y de la Elida, el Erimanto, donde Hércules efectuó uno de sus doce Trabajos, elévase á 2.259 metros; al Este, cerca de Esparta, el Taigeto tiene 2.567, y visto desde el golfo de Mesenia, del que sólo está separado, á vista de pájaro, por una distancia de 4 kilómetros, elévase majestuosamente á los aires, y por eso los griegos creían que era una de las más altas cimas del mundo.

Por esta disposición de sus montañas, Grecia es, si se me permite decirlo así, una trampa de tres fondos. Los montes Cambunianos y el Olimpo se elevan al Norte como primera barrera; y si se franquea ó esquiva este difícil obstáculo (4), el sitiador quedará detenido por el Eta, en las Termópilas, y encerrado en la Tesalia. Forzado este paso, la Grecia central no está ya defendida, porque las alturas no forman una cordillera continuada; pero la resistencia puede oponerse hasta cerca del istmo de Corinto, donde se hallará de nuevo, excepto en aquél, una formidable posición: montañas de difícil acceso no dejan entre sus escarpados flancos y el mar sino dos caminos peligrosos suspendidos sobre las olas.

---

(1) Cada nueve años Delfos encargaba á una *teoría* solemne que fuera, siguiendo la *vía sacra*, por donde el dios había ido á la Fócida, á cortar en Tempé, cuna de su culto, una rama de laurel. Los griegos consideraban á Delfos como el centro de la Grecia y del mundo.

(2) Altura de las principales montañas de Grecia: el Olimpo, 2.985 metros; el Ossa, 1.953; el Pelión, 1.618; los montes Cambunianos, 1.000 á 1.500; el Pindo, 2.100; los montes Acroceraunicos, 2,025; el Tymphrestos, 2.319; en Etolia, 2.495 y 2.512; el Callidromo, 1.374; las más altas cimas del Parnaso, que conservan ocho meses del año las nieves del invierno, 2.459 ó 2.517; el Citerón, por el lado de Elatea, 1.411; el camino de Platea á Megara elévase á 836; el de Platea á Atenas, á 585; el de Parnés, 1.413; en los tres caminos que conducen desde Atica á Beocia y al Euripo, que defendían las fortalezas Panacton, Filea y Decelia, se han medido alturas de 727, 700 y 688; el Pentélico, 1.110; el Himeto, 1.027; el Laurión, 357; el Licabeto, 277; el Acrópolis, 154; el Museion, 147; la colina del Areópago, el Pnyx y la colina de las Ninfas, de 80 á 100.

(3) Al Norte, el Kratis á 1.904 metros; al Este, el Cilena mide 2.374; las alturas que hay al Oriente del Orcomeno, 1.821; el Kreion, 1.623; al Sur, el Parnon, 1.958; el Boreion, 1.105; al Oeste el monte Eira (Ira), 1.417, y el Lampeia, 1.823.

(4) Se podría evitar por los numerosos desfiladeros, aunque de difícil paso, que los montes Cambunianos presentan más al Oeste (Boué, *Viaje por Turquía*, tomo I, pág. 199).

Las aguas interiores de Grecia podían quedar igualmente cerradas á los barcos de los pueblos antiguos en tres puntos: al Norte de la Eubea, para cubrir las Termópilas; cerca del Euripo (1), para defender las inmediaciones del Atica, y en el estrecho de Salamina, para proteger el istmo de Corinto.

Hallándose en todas partes el mar á corta distancia de las montañas, Grecia no tiene sino ríos de poca extensión. Los más caudalosos son el Peneo y el Aqueloo (130 á 175 kilómetros de longitud), y casi todos tienen el carácter caprichoso de los torrentes. Las lluvias otoñales y del invierno, cayendo en montañas peladas, bajan con rapidez hacia los valles y los inundan. Con el verano llega la sequía, pues el esquisto y la caliza silícea de aquéllas, absorben poco y no devuelven por lo mismo nada; las fuentes se agotan, y el río, antes tumultuoso, no es ya más que un arroyuelo oculto bajo el laurel rosa, cuando no queda reducido á un torrente seco. Varios de estos ríos, el Eurotas, el Alfeo, el Estigia y el Estinfalo, prosiguen subterráneamente una parte de su curso; y el Alfeo llegaba aún más allá. El Río amaba á la ninfa Aretusa, que había hecho brotar una límpida fuente en la isla de Ortigia, y conmovido por este amor, el dios del mar de Jonia permitía que el Alfeo atravesase las olas amargas y mezclara sus aguas puras con las de la ninfa siciliana.

La verdadera Grecia no traspasa por el Norte los 40° latitud. En este punto, el clima, á veces riguroso, cierra el paso al mirto, al olivo y á la flora meridional, que se desarrolla más al Sur. Como el habitante de estas regiones más frías tenía otros cultivos y otras necesidades, la historia encuentra en ellas diferentes costumbres é ideas: es la Macedonia, que no pudo hacerse incluir en el cuerpo helénico hasta la época en que éste se extinguía; junto á ella, la Iliria, que, no teniendo puertos en sus riberas ni llanuras en sus montañas, y no contando, de consiguiente, con muchos cultivos ni comercio, se conservó siempre bárbara.

Desde el Olimpo al cabo Ténaro, las montañas, cubriendo la mayor parte de Grecia, comunícanla una gran variedad de climas, observada igualmente en los productos. Los flancos de los montes, los cálidos valles abrigados por éstos, las costas que reciben los tibios efluvios del mar, presentan á cortos intervalos una vegetación distinta. Mientras que los árboles resinosos de nuestros bosques llenan el Pindo, la palmera, que balancea en algunos puntos de las Cícladas su gracioso penacho, madura casi sus dátiles en ciertos parajes de la Mesenia, al paso que el limonero y el naranjo, importados en las costas de la Argólida, constituyen verdaderos bosques. La naturaleza no ejerce, por lo tanto, en ese país la influencia despótica que en otros condena al hombre á una vida uniforme y á los mismos pensamientos. En esta tierra variada y en su hospitalario mar, el griego encontró ese espíritu vivo y curioso que quiso saberlo todo y que todo lo supo expresar.

III. – DIVISIONES NATURALES Y POLÍTICAS

Al ver el gran número de divisiones naturales y políticas que se han hecho en este país, creeríase que son arbitrarias; pero casi todas fueron trazadas en el suelo por la naturaleza misma. Montañas que se prolongan en sentido contrario enlazáronse

(1) El Euripo es el estrecho, de 65 metros de anchura, que separa la Eubea de la Beocia, y donde las mareas presentan variaciones singulares. Sobre este punto véase Neumann, *Geografía física*, página 150, y el *Problema del Euripo*, de la *Academia de ciencias*, t. LXXXIX, pág. 859. Una roca que sostiene un fortín separa el canal en dos partes. El gran brazo del lado de la Beocia está cubierto hoy por un puente de cincuenta pies de longitud; sobre el pequeño, que es el más profundo, se ha echado un puente de madera giratorio de 10 metros. El primer puente del Euripo data del año vigésimo primero de la guerra del Peloponeso.

entre sí, y al reunirse, dejaron encerrados, como entre altos muros, generalmente estériles, y á veces inexpugnables, las llanuras de la Fócida, de la Beocia, de Atica, de la Megárida, de la Corintia, de la Argólida, de Laconia y de Mantinea. De aquí la división del pueblo griego en tantos Estados pequeños; de aquí el ardiente patriotismo que animaba á cada ciudad y su odio á la vecina, que situada en otro valle parecía estar en otro mundo. La geología ha hecho la constitución política de la antigua Grecia.

Recorramos algunas de esas regiones naturales.

La *Tesalia* ha formado á veces un solo Estado, á pesar del Othrys que la corta en dos, porque esta montaña, bastante alta para ser la línea divisoria de las aguas, no lo es suficientemente para ser la de demarcación de los hombres; pero la vida ha sido mucho más activa en las orillas de los golfos Maliaco y Pagasético, los cuales penetran en Grecia, que no en la cuenca solitaria del Peneo. Las ciudades están allí tan estrechamente agrupadas como las leyendas.



Moneda de los tesalios

Las dos *Lócridas*, opuntiana y epicnemidiana, ocupan las pendientes que bajan al mar de Eubea; la *Beocia*, las que se inclinan en el interior hacia el lago Copais (1): suelo fértil y húmedo, clima brumoso, bajo el cual parece extraño que Píndaro cantara; pero la Beocia tenía dos salidas al mar: por el país de Aulis, en el Euripo, donde Agamenón se embarcó (2), y por los valles de Creusis y de Aformion, en el golfo de Corinto.

La *Fócida*, más montañosa todavía, rodeaba la Beocia, tocando así como ella en los dos mares: en el de Eubea por Dafnos, y en el golfo de Corinto por Cirra, donde comenzaba la vía de los peregrinos que iban al templo de Apolo.

La *Dórida*, alto y frío valle que se halla entre el Eta y el Parnaso, hubiera podido ser el principio de la Fócida.

El cantón montañoso de los *Locrios Ozoles* tenía para este pueblo retiros inexpugnables. Pausanias dice que su nombre procede del olor de sus vestidos de pieles de animales sin curtir; y uno de sus poetas, de las flores que embalsamaban el aire de las montañas. Temo que el poeta haya incurrido en error; el tosco género de vida de los habitantes parece dar la razón á Pausanias.

Sus vecinos del Oeste, los *Etolios*, habitaban un país agreste, donde los pueblos, edificados en las pendientes de las rocas, no tenían comunicación entre sí durante el invierno. Esas alturas son las últimas ramificaciones del Pindo y del Eta, que mueren por una parte en las orillas del rio Aqueloo, y por otra en las del golfo de Corinto, en el punto más angosto de ese mar, allí donde la costa del Peloponeso no está más que á 1.600 metros de distancia. Por allí pasaron los etolios, en los últimos tiempos, á asolar tan á menudo la península, como pasaron también entre el Pindo y el Eta á saquear la Tesalia: solamente tenían estas dos puertas abiertas á Grecia.

El Aqueloo, cuyo delta crece incesantemente por los aluviones que el río lleva, los separaba de la Acarnania, otra región montañosa, pero compuesta de una caliza porosa que no retiene el agua: por eso la llaman hoy el país seco, Xeromeros. Ningun río circula por su superficie. En vano el mar le envía por tres partes nubes de lluvias; apenas formados los torrentes por la tempestad, desaparecen en profundos

(1) Este lago aun se halla á 95 metros de altura.

(2) Aulis parece haber ocupado, á tres millas al Sud de Calcis, una península pedregosa que se extiende entre dos bahías, de las cuales la más meridional dista una milla del moderno pueblo de Vathy.

abismos; todo lo recoge el suelo, mas no devuelve nada, como no sea en la base de las colinas, donde las corrientes interiores vuelven á salir á luz y extiéndense formando lagos y pantanos. Otro carácter de la geología de esta región es una línea de montañas de 1.600 metros de altura que flanquea el mar Jónico, no dejando sitio á las poblaciones para vivir y extenderse, ni á las ciudades para elevarse; de manera que la parte por donde la Acarnania podía recibir más fácilmente la influencia de Grecia ha quedado herméticamente cerrada. ¿Cómo extrañar, pues, que haya existido solitaria? En los tiempos de Pericles hallábanse allí las costumbres de la edad heroica; bastaba mirar á un acarnanio para imaginarse lo que era un héroe de Homero; y hasta hoy día apenas han cambiado, contándose aún algunos que se alimentan de la bellota amarga de sus robledales (1).

El Nordeste de la Acarnania, de muy difícil acceso, fué invadido, sin embargo, por las tribus del Epiro. Los anfiloquios, que le habitaban, eran medio griegos y semi-bárbaros.

Al Oeste se establecieron los colonos de Corinto. Por este lado se extiende la isla de Leucada (San Mauro), que al principio se enlazaba con el continente por un istmo. Los colonos, á fin de defenderse del bandolerismo de los acarnanios, abrieron un canal, el *Dioryctos*, y el mar hizo lo demás, pero es el más modesto y más tranquilo de los estrechos: se le cruza en pocos minutos en una barcaza movida por medio de una pértiga, como si fuera un oscuro arroyo. Para el Euripo no bastaría esto (2).

En el extremo opuesto de la Grecia central se extiende una península mucho mejor trazada, el Atica, que el Citerón y el Parnes separan de la Beocia, que el Pentélico y el Himeto dividen en dos vertientes, y que se inclina hacia tres mares. A pesar de estas direcciones divergentes, es uno de los países mejor formados de Grecia, donde la unidad era más fácil, porque los atenienses, llamados por Esquilo «constructores de caminos que domesticaron la tierra salvaje (3),» enlazaron todos los puntos por vías que la sequedad del suelo hará siempre practicables, sin que se necesite la sólida grandeza de las vías militares de Roma. Atica tuvo muchos pueblos, pero una sola ciudad, el asilo común, el mercado y la fortaleza del país: Atenas, entre el Ilisos y el Cefiso, al pie de rocas escarpadas que le sirvieron de ciudadela, á ocho kilómetros del Pireo, cuyos tres puertos podían contener cuatrocientas naves. Toda la vida de Atica debía concentrarse en este punto, y así fué; todos los ecos del Asia fueron á resonar allí, y allí se trataron todos los asuntos del mundo, todas las doctrinas; todas las artes se depuraban y engrandecían. El género humano saluda aún con agradecimiento á la patria de Sócrates, de Fidias y de Sófocles.

Siguiendo la costa que mira á Salamina, encuéntrase en un fértil vallecito, Eleusis, que Atenas atrajo y retuvo bajo su influencia, y entre dos rocas, Megara, que protegida por sus montañas, escapó de aquella atracción. Los megarenses tenían una tierra estéril. «Labran piedras,» dice Sócrates, pero su ciudad era la puerta del istmo, que Píndaro compara con un puente colocado por la naturaleza en medio de los mares para enlazar entre sí las dos partes principales de Grecia. Por desgracia, las inmediaciones de ese puente, hácia el Norte, están erizadas de montañas que dificultan el paso, de tal modo que en muchos puntos algunos hombres resueltos podrían hacer frente á un ejército. Esa posición de Megara y sus dos puertos en los golfos de Salónica y de Corinto, constituían toda su importancia; pero en uno de

(1) Heuzey, *El monte Olimpo y la Acarnania*, pág. 239.

(2) Los romanos construyeron en Leucada un puente de piedra que existía en tiempo de Estrabón.

(3) *Euménides*, 13-14.

esos mares estaba la marina rival de Corinto, y en el otro la de Atenas, temible competencia que debía matarla.

Entre Cencrea y Lequeón, el istmo corintio tiene de cinco á seis kilómetros de anchura, y el punto culminante es bastante bajo para que se hayan podido transportar las embarcaciones por tierra desde uno de esos puertos al otro, á fin de evitar los dilaciones y peligros de la navegación alrededor del Peloponeso. Demetrio Poliorcetes, César y Nerón pensaron en abrir en aquel sitio un canal (1).

El Peloponeso tiene tres regiones bien caracterizadas: la meseta central ó Arcadia, la Laconia ó cuenca del Eurotas, y la Mesenia ó cuenca del Pamisos. En otro lugar hablaré de las dos últimas, que el Taigeto separa, y que el mar circuye por tres lados; en cuanto á la Arcadia, rodeada de un círculo de altas montañas que solamente se abre por el Oeste, del lado de Olimpia, en un angosto desfiladero por donde el Alfeo escapa, ofrecía el aspecto de un caos de verdes montes y de frescos valles sembrados de caseríos, con escasas llanuras donde se elevaban las ciudades. Era el país más dividido de Grecia, y por eso sus habitantes no llegaron á la unión política hasta muy adelante, y solamente por un momento; también era el más fertilizado, pues tenía lagos á la altura de 600 á 800 metros sobre el nivel del mar, como el Feneos, cuya elevación es de 753, y de aquí resultaba un singular fenómeno geológico. Esos lagos servían de depósitos á las aguas del Peloponeso; alimentados por los arroyos que bajaban de las altas cumbres, vertíanse por los conductos subterráneos ó *katavothra* que existían naturalmente á través de las montañas, y formaban más allá los ríos de la zona marítima. El Eurotas, el Alfeo, el Estigia y el Estinfalo siguen así por debajo de tierra una parte de su curso: se cuentan en la Arcadia más de treinta de esos *katavothra;* pero también sucedía á menudo que los canales subterráneos llegaban á estar repletos, y entonces ocurrían temibles inundaciones (2).

El resto del Peloponeso, es decir, el litoral del Norte, no es más que una serie de valles cortos que bajan al mar, cada cual con una ciudad que constituía un Estado independiente. Los antiguos, sin embargo, distinguían tres regiones: la Elida, el país más fértil de la península (3), la Acaya y la Argólida. Generalmente no exceptuaban en esta costa sino Sicione y Corinto, dando el nombre de cada una de estas ciudades al país de los alrededores.

La Argólida, península entre tres mares, reproduce casi la figura del Atica; pero la capital no está en el centro; su puerto era malo hasta para los barcos de los antiguos; su litoral pantanoso, y tenía á Esparta á sus lados. He aquí por qué, después de brillar mucho en las épocas primitivas, solamente tuvo, como Tebas, una importancia secundaria, sin alcanzar, así como esa otra rival de Esparta y Atenas, la deslumbradora gloria de Leuctres y de Mantinea, como compensación de su prolongada oscuridad (4).

---

(1) He atravesado el istmo en coche, muy cómodamente, en unos cuarenta minutos. Ahora se hace por la vía férrea, y muy pronto habrá vapores para este servicio.

(2) Los lagos ó lagunas de Orcomenes y de Caphyes estaban situados á 643 metros sobre el nivel del mar; las simas de Mantinea y de Tegea á 639; el lago de Estinfalo á 620.

(3) El trigo da 10 y hasta 13 por uno (Leake, *Morea*, 1, 14).

(4) En sus *Fasti Hellenici*, Clinton ha calculado, por la carta geográfica de Arrowsmith, la superficie de diversas regiones de Grecia. Reproducimos sus cifras en kilómetros cuadrados.

Tesalia con la Magnesia.	14638	Beocia	2887
Acarnania.	4053	Atica.	1858
Etolia.	3006	Megárida.	370
Fócida	4051	Total para la Grecia central. . . .	30863

IV. – INFLUENCIA DEL SUELO Y DEL CLIMA

Las montañas de Grecia ocupan las nueve décimas partes de su superficie, dejando solamente en descubierto un reducido número de llanuras, de las cuales se encuentran en Tesalia las de mayor extensión. De aquí resultó que esta provincia fué la única que produjo una buena y fuerte raza de caballos. Esas montañas, despojadas hoy de sus antiguos bosques, no son más ricas que las de Italia en metales preciosos; pero se extraía cobre y amianto de Eubea; hierro de la Beocia, del Taigeto y de las islas de Melos, Serifos y Eubea; y Calcis fabricaba armas excelentes, vanagloriándose sus operarios de haber sido los primeros que supieron trabajar el cobre. Había plata en Epiro, en Chipre y en Sifnos, así como en Atica, donde Atenas ocupó 20.000 hombres en sus minas del Laurio (1) durante la época de su poderío. En el Hemus y el Orbelos, en la Tesalia, en el monte Pangeo, entre Macedonia y la Tracia, y en las islas de Sifnos y de Tasos, encontrábase oro. El Hebro de Tracia

Acaya, Sicione y país de Flionte. . .	2025	Leucada.	299
Elida y Trifilia.	2528	Cefalonia.	988
Arcadia.	4389	Itaca.	57
Argia, Corintia, país de Epidauro, de Trezena y Hermione, Cinuria. . .	3372	Zacinte.	395
Laconia.	4912	Citeres	325
Mesenia.	2998	Egina.	106
Total para el Peloponeso. . .	20224	Salamina.	72
Eubea.	3638	Total para las islas.. . . .	6424
Corcira.	544	TOTAL GENERAL. . .	57511

La superficie de Epiro, que Clinton no calcula, ha sido apreciada por Sickler en 500 millas geográficas cuadradas, ó sea 27.500 kilómetros cuadrados, y la de Macedonia (la de Filipo) en 1.200, equivalentes á 66.000 kilómetros cuadrados.

En cuanto á la población, Clinton la evalúa, durante el tiempo comprendido entre las guerras Médicas y Alejandro, en más de 3.500.000 almas: el Atica figura en esta cifra por 527.660 habitantes, inclusos los esclavos; para Tebas da 75.000; para el resto de Beocia 55.500; para la Laconia con la Mesenia, 300.000 (33.000 espartanos, 66.000 periecos, 170.500 ilotas, etc.); para la Arcadia, 161.750; para la Acaya 61.800; para Sicione 46.160; para Flionte, 31.000; para Corinto 100.000; para Argos 110.000; para las demás islas de la Argólida 52.500, y para la Elida 186.000, sumando en totalidad 1.050.000 para el Peloponeso. Inútil es añadir que no hay probablemente en estas cifras más verdad que la de la relación que establecen entre las diversas ciudades. Por lo que hace á la antigüedad, toda esta aritmética es poco menos que imposible. Dos autoridades muy competentes, Bœckh y Letronne, opinan: el primero, que Atica podía alimentar 500.000 habitantes, y el segundo, que apenas hubieran podido vivir allí 240.000. Aun hay más: un pasaje de Demóstenes nos dice que el producto de una tierra de Atica era de 1.000 *medimnos* de trigo; pero ¿cuál era la extensión de esa tierra? Letronne dice que tenía 40 estadios de *superficie*, y Bœckh dá esta cifra para la *circunferencia*. Una vírgula colocada antes ó después de una palabra debe decidir sobre la existencia de 100.000 hombres. Ahora bien, los editores, unos ponen la vírgula antes de la palabra fatal, y los otros después, y varios, imitando á los antiguos griegos, la suprimen. Ante problemas que tienen tantas incógnitas, lo más juicioso es abstenerse. M. Wallon, que ha discutido este punto en su *Historia de la Esclavitud* (t. I, p. 211-283) llega á la cifra de unas 300.000 almas para el Atica, de las cuales 67.000 corresponden á ciudadanos, mujeres y niños, 40.000 á los metecos, y 200.000 esclavos. En el cap. XIX se hallará la cifra auténtica de los ciudadanos atenienses en el tiempo de Pericles, y en el XXVII se puede ver cuán reducido era el número de espartanos en el siglo IV. – Por lo que hace á la fertilidad de Atica, Bœckh calcula que el producto medio era de 2.800.000 medimnos (1 medimno=51 lit. 79). M. Foucart reduce este término medio á 1.600.000, y hasta 1.200.000 medimnos, lo cual correspondería, para la última cifra, á 621.480 hectolitros (*Boletín de la Correspondencia helénica* de 1884, p. 211-214). Todas estas evaluaciones son dudosas, y es preciso resignarse á no saberlo todo.

(1) Aun se obtienen grandes beneficios en la explotación de las escorias hoy día.

llevábalo en sus ondas. En Atica y las islas, sobre todo en Paros, había mármoles célebres (1).

En los países montañosos, las llanuras son de ordinario en extremo fértiles. La Tesalia, la Mesenia, el Norte de la Elida y la Eubea, que fué el granero de Atenas, no desmentían este principio. La Beocia debía también á sus numerosos ríos y á sus depósitos largo tiempo acumulados, una riqueza considerable, sobre todo en el valle inferior del Cefiso, fecundado, como el Egipto, por inundaciones periódicas. Pero los habitantes, mimados por esa naturaleza generosa con exceso, embruteciéronse en los placeres sensuales. Mientras que Atica, de suyo tan pobre, se llenaba de una activa é ingeniosa población, la de Beocia llegó á distinguirse por su índole perezosa, por más que haya contado entre sus hijos á Hesiodo, que si bien no puede compararse con Homero, ocupa todavía un lugar preferente en la poesía griega, y Píndaro, del que Horacio ha dicho: «Un soplo vigoroso sostiene al cisne de Dircea cuando se remonta á la región de las nubes.» Los cantones altos de la Arcadia tenían por habitantes una raza de hombres que ofrecen algunos rasgos de semejanza con los suizos por sus costumbres sencillas y pastoriles, su carácter belicoso, su amor al lucro y su dispersión en muchos pueblos.



Moneda de la Elida (2)

Considerada en su conjunto, Grecia no era bastante fértil para mantener á sus habitantes en la ociosidad, ni tampoco suficientemente pobre para obligarles á consumir toda su actividad buscando medios de subsistencia. La diversidad del suelo, llanuras y montañas, y la del clima, que varía desde las nieves del Pindo hasta los cultivos casi asiáticos del Peloponeso, imponíanles esos múltiples trabajos que desarrollan las facultades promoviendo la variedad de ideas por la de conocimientos, es decir, la civilización. El terreno en que vivían impuso á los griegos, mucho más que á ningún otro pueblo, la obligación de ser á la vez pastores y labradores, y sobre todo mercaderes. Con el trigo y el ganado un pueblo puede vivir encerrado en su país. Los griegos tenían poco de uno y otro, pero producían mucho vino y aceite, artículos esencialmente propios para el cambio, y que exigen una elaboración inteligente.

El comercio fué, pues, para ellos una necesidad. Los fenicios les habían enseñado muy pronto á construir el «caballo de mar,» armándole de una sola vela para aliviar á los remeros, y por la noche conducíanle sobre las olas guiándose por la más brillante constelación que gira alrededor del polo, la Osa Mayor (3). Añádase á esto que habitaban enfrente ó cerca de los países más civilizados y más ricos de enton-

---

(1) El más célebre de los mármoles antiguos era el mármol blanco de Paros, con el que se hizo la Venus de Milo. El mármol sacaroide del Pentélico tenía un tinte menos uniforme, pero siendo más fino, recibía y conservaba la pulimentación mucho mejor que todos los demás. En los edificios antiguos de Italia rara vez se hallan intactos los detalles de la escultura; los de Atenas presentan á menudo aristas tan marcadas como si se acabasen de construir. El *verde antiguo* procedía de Tesalia y de Eubea.

(2) Cabeza laureada de Júpiter, á la izquierda. FA, iniciales de ΦΑΛΕΩΝ, forma arcaica de ΗΛΕΩΝ. Aguila en pie á la derecha; delante una corona; en el campo, P I, iniciales de un nombre de magistrado, y detrás un rayo (plata).

(3) Los fenicios habían sabido reconocer el único astro que parece inmóvil en nuestro firmamento, la estrella Polar; la constelación del Carro ú Osa Mayor, es mucho más brillante, pero describe alrededor de la Polar un círculo cuyo diámetro es demasiado grande para que pueda dar tan seguras indicaciones á los navegantes.

ces, Lidia, Jonia, Fenicia, Egipto, y más lejos, por el Este, la Caldea, y por el Oeste, Cartago; de modo que tuvieron ante sí el espectáculo de las costumbres más diferentes, mientras que ellos mismos debían adoptar forzosamente las aptitudes más diversas. ¡Qué vasto campo abierto para la imaginación y la inteligencia, y cuántos motivos tenía ese pueblo para creerse nacido de la tierra en que habitaba!

Así, como su suelo, los griegos se caracterizaban por una constitución seca que les hacía ágiles y nerviosos. Su ancho pecho era el del hombre de las montañas que respira con toda la fuerza de sus pulmones, pero tenían escasa talla, eran fuertes en la lucha, resistentes á la fatiga, ligeros en la carrera, y después de haber asegurado su independencia, estas cualidades militares les hicieron dueños del Asia. La naturaleza les dotó de hermosas facciones; la vida al aire libre y los continuos ejercicios desarrollaron las agraciadas proporciones de su cuerpo, y á los artistas les bastó mirar á su alrededor para encontrar modelos.

Añádase que en ese suelo accidentado, donde ningún valle se parece á otro, hubo tal variedad de costumbres y de instituciones, que en todas partes reinó la agitación, lo mismo en la agora que en los ánimos, y por doquiera hubo esfuerzos y lucha. Ningún pueblo ha vivido tanto.

Hay en Grecia un país que resume por excelencia los defectos y las ventajas del suelo helénico y de la configuración de sus costas, donde la tierra y el mar se enlazan armoniosamente: es la estéril Atica, con sus fértiles campiñas de Maratón y de Eleusis, que dan el sesenta por uno de la siembra, con sus olivos, su perfumada miel del Himeto, sus mármoles del Pentélico, sus minas del Laurio, su atmósfera tan pura, que se pretendía ver desde el cabo Sunio la lanza de la Minerva del Acrópolis; y más que todo esto con el mar, que la baña por todos lados. Cuando los atenienses subían al Partenón, divisaban esas numerosas islas sembradas alrededor de ellos en las olas, como para llegar á ser su dominio, ó para conducirlos fácilmente por los «caminos húmedos,» á las costas de Tracia, de Asia y de Egipto. Todas las mañanas soplaba el Norte, que impelía suavemente sus barcos hasta las Cícladas, y todas las noches aprovechábanse del viento contrario, que en pocas horas les conducía al puerto, bajo un cielo tachonado de brillantes estrellas, no veladas jamás por las espesas brumas de nuestros mares. «Dulce y suave es nuestra atmósfera, dice un poeta ateniense; el invierno no es riguroso para nosotros, y los rayos de Febo no nos ofenden (1).»

Sin embargo, en medio de esas islas, alrededor de esos cabos, y en los numerosos golfos del litoral, las corrientes marinas y atmosféricas cambian á menudo de dirección, y en alta mar sobrevienen saltos de viento peligrosos. Al Sud del Peloponeso y hacia la costa de Asia, la navegación no dejaba de ser arriesgada (2), condiciones muy á propósito para formar hábiles marinos.

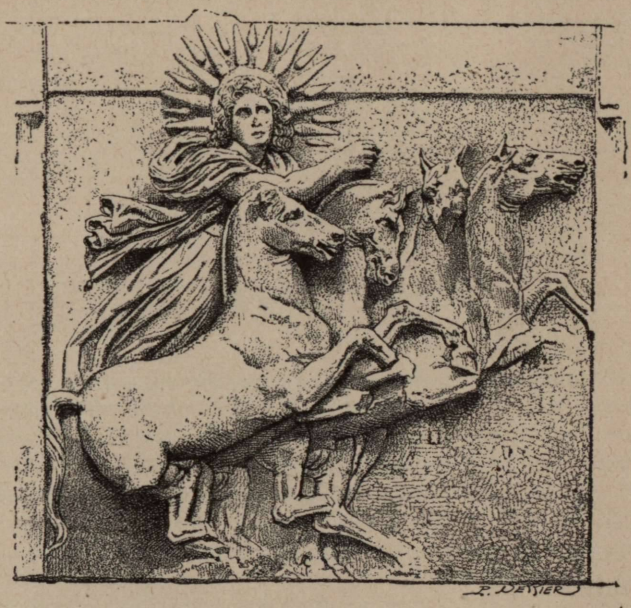
Grecia era, pues, un magnífico teatro preparado para la actividad humana. Si el despotismo se hubiese acercado á esa tierra y á esos hombres, si Darío y Jerjes hubiesen vencido en Maratón ó en Salamina, y las felices influencias del suelo y del clima se hubiesen neutralizado, la Grecia antigua habría llegado á ser lo que los empe-

(1) La temperatura media de Corinto y de Atenas es de 17° centígrados; pero en la segunda de estas ciudades, si el termómetro no desciende á menos de 2°,22, á veces sube hasta 40°. La brisa del mar ayuda á resistir esta temperatura elevada y excepcional. La temperatura media es en enero de 8°,2, y en julio de 27°,0. La diferencia entre estos dos términos medios no es por lo tanto más que de 18°,8. Apenas pasan tres días del año sin ver el sol y tres noches sin que las estrellas brillen (Neumann, *op. cit*,, págs. 17 y 24). En Atenas no caen más de 558 milímetros de lluvia, pero en las montañas se cuentan hasta 1017.

(2) *Mediterranean Pilot*, t. IV.

radores y los sultanes de Bizancio hicieron de la Grecia moderna, un país desolado. Pero el genio de la libertad fué á sentarse al hogar de aquel pequeño pueblo victorioso; elevó el alma de los griegos á quienes la servidumbre habría degradado; ayudólos á sacar de su suelo y de sí mismos todos los tesoros depositados en él por una naturaleza bienhechora, que hubieran sido estériles con instituciones malas y circunstancias contrarias, y como esta fuerza proviene del suelo, aun se encuentra en él.

Sesenta años hace que Byron, al recorrer aquel país cubierto de ruinas producidas por cuatro siglos de esclavitud, exclamaba: «¡Qué hermosa eres aún en tu dolorosa vejez, patria desheredada de los dioses y de los héroes!» Libres hoy, los helenos aspiran á nuevos y gloriosos destinos; pero hallándose junto á Estados poderosos, que envidian toda vida cuando se despierta cerca de sus fronteras, ¿podrán realizar lo que se decía de Grecia cincuenta años hace: «Es el principio de una gran cosa?»



Helio ó el Sol en su carro (Metopa del templo de Atena, en Ilion).



PRIMER PERÍODO

HISTORIA LEGENDARIA (2000-1104?) (1)

FORMACION DEL PUEBLO GRIEGO

CAPITULO II

LOS PELASGOS Y LOS JONIOS

I. – LA GRECIA PREHISTÓRICA

Esquilo, perspicaz á fuer de gran poeta, describe con singular fidelidad la vida de los primeros hombres desde antes que Prometeo les proporcionase el fuego y enseñase las artes. «En un principio, dice, los hombres tenían ojos y no veían, oídos y no oían. Por espacio de miles de años todo fué para ellos confuso y embrollado, y eran como las fantasmas que flotan en nuestros sueños. No tenían ni casas de ladrillo abiertas al sol, ni simples cobertizos; su único refugio reducíase al fondo de sombrías cuevas (2), donde se deslizaban, como la hormiga de cuerpo prolongado, intro-

(1) Es necesario recordar que no hay en la historia griega ni un solo dato seguro anterior al año 776, en el que comienza la era de las Olimpíadas. Antes de esta época la cronología no se determina sino por genealogías mitológicas, principalmente por las de los Heráclidas de Lacedemonia, y calcúlanse los años según el número de generaciones, dando á cada una de éstas treinta y dos ó treinta y tres; de modo que tres generaciones comprenden un siglo. Hasta las guerras Médicas muchos datos son dudosos aún. En su consecuencia, no se ha de atribuir á los que damos hasta el siglo V valor positivo, pues solamente son un medio para establecer relación cronológica entre los acontecimientos. En general seguimos los *Fasti Hellenici* de Clinton. – Las historias griegas más recientes y las más completas son: en Inglaterra la de Grote, y en Alemania la de Curtius, traducidas ambas al francés. – En esta obra habría lugar para innumerables citas y discusiones sin fin. Yo he querido atenerme al último estado de la ciencia, pero descartando todo lo que habría aumentado inútilmente estos volúmenes con cosas que se encuentran en una infinidad de manuales arqueológicos. El más reciente es de M. Salomon Reinach, titulado: *Manual de filología clásica*, al que conviene agregar su *Tratado de Epigrafía griega.*

(2) En el *Prometeo encadenado.* A estos primeros habitantes de la Grecia pertenecían los numerosos objetos de piedra, flechas, cuchillos, hachas y martillos que se extrajeron del suelo helénico y que se han podido ver en la colección prehistórica de M. Finlay en Atenas, heredada en parte por el municipio de aquella ciudad.

duciéndose por un agujero.» Aquel era verdaderamente el hombre de las cavernas, que no hemos reconocido hasta hace unos treinta años. Homero habla de él en su *Odisea* (1): sus cíclopes habitan grutas en la cumbre de los montes, y no tienen aperos de labranza, ni tampoco barcos «de proas rojas» para llevar géneros «á las ciudades de los hombres.» No tenían caballos, pero sí corderos y cabras, y no conocían tampoco dioses. Cuando Ulises reclama de Polifemo la hospitalidad en nombre de Zeo, «protector de los suplicantes,» el cíclope le contesta: «Nada tengo que ver con Zeo, ni tampoco con vuestros dioses inmortales.»

La literatura clásica ha conservado como un eco de esa primera edad del mundo, que aun subsiste para muchos pueblos salvajes, y Lucrecio parece haber presentido algunos de los resultados de la arqueología prehistórica cuando trazó el cuadro de las costumbres primitivas. Si se despojase á Hércules de la aureola divina que los poetas le dieron, el rudo luchador que recorría la Grecia armado de su clava y cubierto de una piel de león, sería aún el representante de esos primeros hombres que comenzaron la lucha contra las fieras, preparando en la tierra el lugar para una humanidad menos desgraciada.

El problema de los orígenes de la población helénica se ha complicado en estos últimos tiempos más bien que aclarado por lo que resultó de las excavaciones practicadas en Grecia y sus islas, porque revelaron la existencia de hombres que habían recorrido ya varias etapas de la civilización, desde los silex cortados hasta las obras artísticas delicadas. Aun se han reconocido algunas de sus viviendas bajo enormes montones de ruinas, como en Hissarlik, ó de espesas capas de lava, como en Santorín. Los geólogos hacen remontar lo menos á veinte siglos antes de J. C. el espantoso cataclismo que, sacudiendo aquella isla como encina azotada por el huracán, precipitó parte de ella en un profundo abismo de 400 metros, mientras que otra se elevaba á la altura de 800 (el monte San Elías) (2). En aquella Pompeya de la Grecia antilegendaria se han recogido armas é instrumentos de silex, pesas de lava, vasijas de barro cocido torneadas, cubiertas de toscos dibujos, etc.; de modo que en Santorín existían, dos mil años antes de nuestra era, hombres que conocieron los primeros elementos de la civilización y que traficaban con las islas vecinas.

Herodoto comienza así su historia: «Los hombres más instruídos de Persia dicen que los fenicios fueron los primeros fautores de la enemistad entre Grecia y los Bárbaros. Dados á la navegación, trasportaban los productos de Egipto y de Siria á los demás países. En una de sus expediciones arribaron á Argos, y allí pusieron de manifiesto en la ribera su cargamento; habíanle vendido ya casi todo, cuando al quinto ó sexto día de su llegada, varias mujeres y entre ellas Io, hija del rey Inacos, acercáronse á las embarcaciones para comprar algunas mercancías. En el mismo instante los fenicios se precipitaron sobre ellas, apoderáronse de Io y de sus compañeras y las condujeron á Egipto (3).

He aquí el comercio antiguo, el que hemos hecho largo tiempo en las costas de Africa, y la antigua piratería, como antes se practicaba la trata en la costa de Guinea (4).

---

(1) IX, 108, 113, 128.

(2) Fouqué, *Santorín y sus erupciones*, 1879. A. Dumont, *Cerámicas de la Grecia propiamente dicha.*

(3) Clio, 1.

(4) En la *Ilíada* el comercio se hace aún por cambios, y un detalle demuestra su desarrollo: el troyano Dolon está revestido de una piel de oso blanco, procedente sin duda de un punto muy remoto del Norte, así como el marfil de que Homero nos habla recibíase de una región muy lejana del Sud, y el estaño del extremo Occidente, donde se explotaba en las islas Casitéridas. En Micenas se ha en-

El rapto de Io no fué, como dice el buen historiador, causa de la guerra de Troya; pero el relato de Herodoto es el recuerdo de relaciones antiguamente establecidas por los fenicios en el contorno del gran lago griego que forma el mar Egeo. También los asirios, que á su vez fueron los primogénitos de la civilización occidental, habían llegado á las orillas de aquel mar, llevando su dominación y algunas de sus artes hasta la Lidia; los griegos prehistóricos, á su vez, visitan las riberas asiáticas, y sin duda hubo entre «esos pueblos del mar» algunos pelasgo-jonios que invadieron el Egipto en el siglo XVII. Unos y otros apresaban cautivos, que llevaban á su nueva patria artes, creencias y dioses. En el palacio de Príamo, en la Itaca de Ulises, encontramos sidonios ocupados en maravillosas labores de bordado. La piratería y el comercio imperaban por igual en los tres mundos separados por las olas del archipiélago y del mar de Siria (1): buena prueba de ello es el resultado de las excavaciones practicadas estos últimos años en Hissarlik, Santorín, Jalysos, Spata y Knossos, que revelaron una Grecia anterior á la de Homero.



Cacharros de Hissarlik (2).

En «la pequeña fortaleza» de Hissarlik, situada en una meseta de 170 metros de longitud por 140 de anchura, menos grande por lo tanto que el área del Acrópolis de Atenas, M. Schliemann ha creído reconocer á Troya, que tal vez estaba mas lejos en Bunarbaki (3). La azada de sus operarios ha dejado en descubierto, después de atravesar 16 metros de escombros, los restos de varias ciudades sucesivamente destruídas y reedificadas. La manera de ser de las más antiguas construcciones se asemeja á la de las casas prehistóricas de Santorín y de los pueblos del Asia Menor

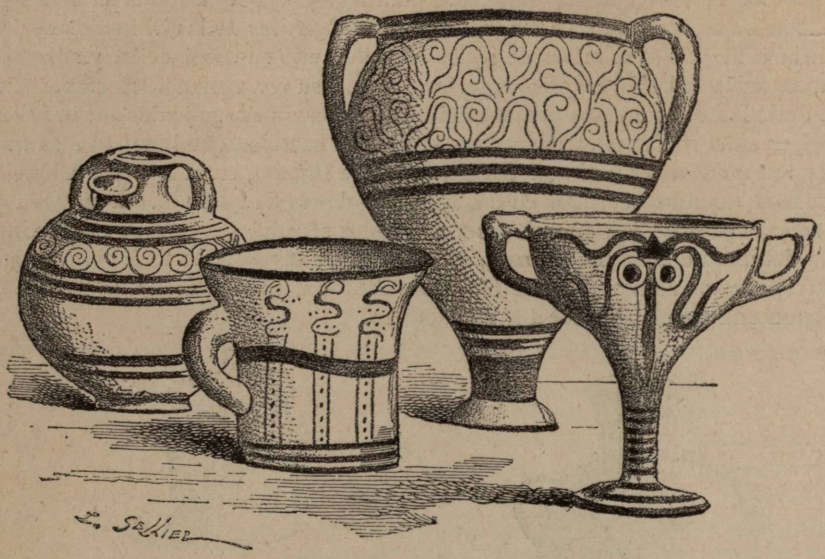
contrado ámbar idéntico al del Báltico. – En aquella época la piratería no era deshonrosa. Polifemo dice á Ulises: «¿Recorréis los mares para negociar, ó sois piratas que con peligro de vuestra vida leváis la desolación al extranjero?» (*Odyss.*, III, IX, 253).

(1) La *Ilíada* (XXIII, 741) habla de una urna de plata sidonia que llegó á manos de Patroclo.

(2) Según A. Dumont y Chaplain, *Las Cerámicas de la Grecia propiamente dicha*, I, lam. 7, 9 y 11. – En el primer vaso á la izquierda están toscamente reproducidos algunos rasgos de un rostro humano, los ojos, la nariz y los pechos. El collar y el tahalí que cruza el pecho completan la ornamentación del vaso.

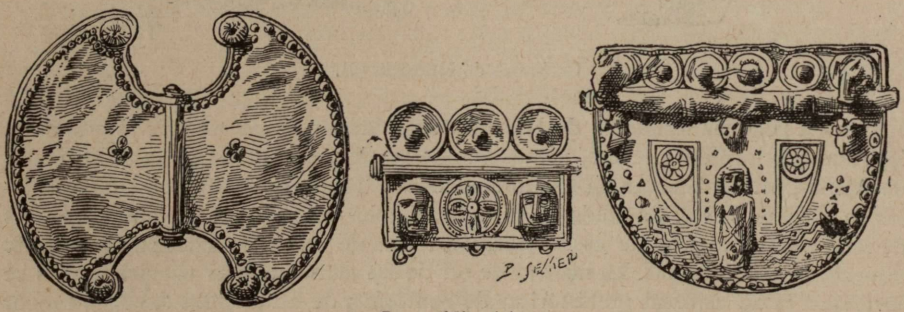
(3) La determinación del lugar donde Troya existió ha sido asunto de numerosas controversias que se resumen en dos opiniones: según la una, la famosa ciudad estaba en Hissarlik, punto donde se han practicado las curiosas excavaciones de M. Schliemann; según la otra, Troya fué derribada por los griegos de Agamenón en la roca que domina las fuentes del Escamandra y el pueblo de Bunarbaki, «Cabeza de las aguas.» Curtius se adhirió á este parecer en la última edición de su *Historia griega;* pero la cuestión no se ha resuelto aún y sin duda no se resolverá nunca.

descritos en el *Anabase* de Jenofonte. De ese antiguo suelo se han exhumado muchos instrumentos de piedra, pero tambien de bronce, cuyo estaño provenia de pun-



Vasos de Jalysos (isla de Rodas) (1).

to muy distante, y objetos de metales preciosos, que M. Schliemann llamó el Tesoro



Joyas lidias (2).

de Príamo y que debieron ser comprados en Lidia, donde el Pactolo arrastraba partículas de oro (3). Como en esos restos nada recuerda el arte fenicio, ni los barros

(1) Según *Las Cerámicas de la Grecia propiamente dicha*, I, lam. III. – En el primer vaso anterior, á la izquierda, el dibujo tres veces repetido parece reproducir el *murex*, concha de la púrpura, que se encuentra en Micenas, en Spata y Knossos. En el vaso de la derecha está dibujada una especie de medusa que se halla igualmente en Micenas y en Creta.

(2) Según el *Boletín de la Correspondencia helénica*, III (1879), pág. 129 (A. Dumont). – La disposición del tocado en la cabeza de mujer recuerda las estatuas egipcias. La actitud y el traje de la figura que se ve en la derecha obsérvanse en monumentos muy antiguos en los cuales se reconoce la influencia del Oriente.

(3) Como el oro se hallaba en estado nativo, se podía reconocer fácilmente por su color brillante y su dureza, y por eso se trabajó muy antiguamente.

esmaltados, ni los escarabajos con jeroglíficos, ni la loza de Egipto, que se encuentran en Micenas, Jalysos, en la isla de Rodas, y en Spata, cerca de Atenas; y como, en fin, no se ve en los vasos más antiguos sino el adorno geométrico más rudimentario, con algunos ensayos muy toscos de la figura humana en los vasos llamados de «cabeza de lechuza,» preciso es admitir que la primera civilización de Hissarlik re-



Objetos encontrados en Spata (1).

presenta una época anterior á la de Santorín y de Micenas, quizás la civilización primitiva del Oriente helénico.

Marcan la segunda etapa los objetos descubiertos en Santorín.

Esta isla, en otro tiempo redonda y hoy de forma de media luna, sufrió una sacudida en la época que hemos indicado antes, por efecto de una espantosa erupción volcánica: toda la parte central se hundió, dejando allí un abismo donde la sonda baja á la profundidad de 400 metros, y el resto de la isla quedó cubierto de una capa de pómez, de 30 metros de espesor. Bajo aquel sudario se descubrieron las viviendas de las víctimas y los restos de una industria adelantada, vasos que conte-

(1) Según el *Boletín de la Correspondencia helénica*, II, lam. XV, XVI, XIX. – Objetos de marfil y pasta de vidrio; fragmentos de alfarería. Los animales marinos y las conchas predominan: delfín en el mar, cuyas olas se representan por líneas onduladas que sirven de adorno á la placa; concha de la bucarda, de la porcelana, cuyas espirales y nudosidades se indican bien; del nautilo, sobrepuesto de tres tentáculos, y de la púrpura. El esfinge tiene la cabeza cubierta de una especie de bonete bajo adornado de un largo penacho; la disposición de las alas es del todo asiria.

nían cebada en estado de carbonización y paja desmenuzada para el alimento de los carneros y de las cabras, cuyos esqueletos yacían á su lado; muelas, molinos de aceite, pesas de 250, 750 y 3 kilogramos, poco más ó menos, progresión que supone un sistema regular de medidas; barnices de color que revestían las paredes (1); el uso de la cal y de la puzolana para cemento, y por todas partes dibujos y figuras que demuestran desde luego la afición al adorno geométrico y al decorado floral y marítimo, así como cierta idea de la estética.

Estos objetos cerámicos indican relaciones con los más antiguos pueblos de Rodas, de Chipre, de Milo y de la Grecia continental, y de consiguiente un comercio muy activo ya.

Jalysos, ciudad de Rodas situada cerca de los grandes focos de la civilización egipcia y oriental, tiene un arte más adelantado y sin duda más reciente, que enlaza los tipos de Santorín con los de Micenas.

Las felices excavaciones practicadas en esta última ciudad por M. Schliemann han sido otra revelación. Si no se puede afirmar que encontró realmente, segun él lo cree, el cuerpo de Agamenón, por lo menos sacó á luz sepulturas en que los muertos llevan caretas de oro y vestían trajes y armas que atestiguan la riqueza de un poderoso reino. Las formas y dibujos de los vasos recuerdan los de Santorín y de Jalysos, pero la mano era más hábil; varios fragmentos de loza egipcia, anillos, piedras grabadas, y un huevo de avestruz adornado de dibujos, demuestran la existencia de relaciones con Egipto y Asiria por mediación de los fenicios.

Por desgracia, las tumbas de Spata, cerca de Atenas, habían sido violadas antes de 1877, época en que fueron descubiertas. Los restos abandonados por los merodeadores, tales como objetos de marfil, pastas de vidrio semejantes á las de Jalysos, y alhajas cubiertas de una hoja de oro, representación del loto y de la esfinge, cabeza enteramente oriental con una mitra cónica, bastan, sin embargo, para reconocer que en el Atica de los antiguos tiempos, la influencia oriental fué más grande que en la Argólida.

Esos descubrimientos, que datan de ayer, pero que seguramente se multiplicarán, presentan á las antiguas naciones de Asia y de Egipto despertando en Grecia la vida civilizada de un nuevo pueblo, hecho que la geografía indicaba, que la arqueología confirma y del que la historia debe tomar nota (2).

II. — LOS PELASGOS Y LOS JONIOS

De los hombres que habitaban en Santorín diez ó doce siglos antes de Homero nada podemos decir, pues la arqueología prehistórica no tiene inscripciones que revelen el origen de esos pueblos por el carácter de su lengua. Es preciso, pues, pasar por alto esos tiempos envueltos en una oscuridad profunda para interrogar á otra ciencia, la filología, y á otros hombres, los poetas y los logógrafos.

En el capítulo anterior hemos visto que Grecia está enlazada, digámoslo así, con Asia por una infinidad de penínsulas y de islas que van como al encuentro del gran continente oriental; añádase á esto que una raza, en el fondo idéntica, se ha esta-

(1) El Dr. Schliemann encontró también en Tirinto restos de pinturas murales para las que se habían empleado tres colores, el rojo, el azul y el amarillo, además del blanco y el negro. Estas pinturas al fresco representan espirales, rosetones, dibujos de adorno y hasta figuras aladas, como, por ejemplo, un toro y un hombre que le coge por una de las astas.

(2) La sorda y lenta propagación, en medio de pueblos diferentes y á través de los siglos, de los procedimientos industriales, las creencias supersticiosas, y hasta los simples relatos populares, hallados muy lejos de su patria de origen, son un hecho claramente demostrado hoy día por los filólogos y los historiadores.

blecido en esas hermosas riberas y que las relaciones que la naturaleza de los lugares hizo necesarias facilitáronse por la semejanza de idiomas y costumbres. Esos países no han cambiado nunca de habitantes: desde los tiempos de Príamo, la raza helénica se ha mantenido en posesión de su patrimonio, pues los turcos, expulsados de Grecia, acamparon en las costas de la Tracia, más bien que tomaron posesión de ella. La tienda de Osmán está plantada allí; pero ¿quién podrá decir que el huracán no la arrastrará algún día?

¿Qué era esa raza? Los griegos no conocían á sus antepasados y se creían nacidos en aquel suelo, es decir, eran autóctonos. La cuestión de origen es para todos los pueblos primitivos muy difícil de resolver, porque estos pueblos existen muchos siglos antes de que tengan historia. Una sola ciencia puede arrojar alguna luz sobre esas tinieblas: la filología. El estudio comparado de las lenguas reveló que los indios, los persas, los griegos, los italianos, los celtas, los germanos y los eslavos han tenido antecesores comunes, cuya cuna eran la Bactriana y los países vecinos. Algunos esfuerzos en sentido contrario no han podido anular aún esa revelación de la unidad primitiva de la raza de los arias (1).

Los griegos son, por tanto, una rama de la gran raza indo-europea; pero muchos pueblos establecidos en las costas del Asia Menor y en la península oriental de Europa, con denominaciones muy diferentes, tienen derecho á reivindicar ese nombre ilustre, bien porque sus descendientes directos le llevaron en Salamina y en Platea, en Esparta y en Atenas, en Mileto y en Siracusa, ó ya porque sin haber entrado jamás en el círculo brillante de la vida helénica, tuvieron sin embargo en sus venas la sangre y en sus labios el idioma de los helenos.

A los primeros albores, muy vacilantes aún, que la historia, ó más bien la poesía, difunde por esas antiguas edades, aparece un gran pueblo perdido en la noche de los tiempos, el de los pelasgos, que parecen haber ocupado el Asia Menor, la Grecia y una parte de Italia, donde dejaron su idioma, del que se ha formado el griego y el latín, y también sus dioses, adoptados por los helenos y los italiotas (2). El más antiguo oráculo de Grecia era el de Júpiter Dodóneo, que Homero llama el Pelásgico. En las antiguas tradiciones, esos pelasgos constituyen una multitud de tribus separadas que formaban, tal vez, al Sur del Danubio, entre el Adriático y el mar Negro, tres grupos principales, los ILIRIOS, los TRACIOS y los PELASGOS, á quienes llamaremos HELÉNICOS para distinguirlos de los que pasaron á Italia. Todos los pueblos establecidos en esas regiones parecen haber tenido, en efecto, desde su origen estrechas relaciones: en las leyendas se les asocia á menudo, y muchas divinidades que los primeros pueblos de Grecia adoraron, parecen haber procedido de Macedonia y de Tesalia.

Los ilirios se diseminaron á lo largo de la costa oriental del Adriático, desde el Epiro hasta las bocas del Po, y por las riberas de Italia que enfrente de ellos se extendían.

Los dardanios se detuvieron en las fronteras de Macedonia; y los panonios, más al Norte, eran de esa raza de la cual no quedan sino escasos restos, los albaneses del imperio turco (3). El Epiro era el punto de contacto de los dos pueblos ilirio y pelásgico-helénico.

(1) Véase una de las últimas obras en que se ha sostenido esta doctrina, la de Fick, titulada: *Die ehemalige Spracheinheit der Indogermanen Europas*, 1873.

(2) Herodoto (I, 57) cree que los pelasgos hablaban una lengua diferente del griego; pero con frecuencia no mira más que la superficie de las cosas, y sus conocimientos filológicos no alcanzaban muy lejos. El idioma que hablaban los que él llama pelasgos de su tiempo, podía haber conservado ormas anticuadas que le impidieron reconocer un dialecto helénico.

(3) Cf. los *Albanesische Studien* (1854), de von Hahn, cónsul de Austria en Grecia. El autor

Los tracios, dice Herodoto (1), constituyen después de los indios la más grande de todas las naciones. Si no hubiesen tenido más que un jefe, ó si hubieran sabido gobernarse, habrían sido invencibles. Habitaban al Oriente de los ilirios y en el Asia Menor donde los frigios, los misios y los bitinios eran de su raza. Parece que una rama de ese pueblo se extendió á través de la Macedonia hasta la Pieria, donde alcanzaría sin duda un grado relativamente elevado de civilización, y desde donde ejerció considerable influencia sobre Grecia. Rendía culto á Ares, dios de las batallas, que se simbolizaba en un hierro de lanza ó un puñal ensangrentado (2), y á Hermes, dios de los pastores, en cuyo honor se levantaban montones de piedras á orilla de los caminos.



Apolo hiperbóreo (3).

Los dioses de Grecia les llegaron de dos partes, por mar en el Sur, por tierra en el Norte, y no siempre es fácil reconocer qué corriente llevó tal leyenda y tal dios. De la Tracia procedieron según parece:

Las Musas, castas diosas, nacidas en la Pieria macedónica, pero cuyos graciosos cánticos creía Hesiodo oir en el Helicón de Beocia; Júpiter, á quien los griegos representaban sentado sobre las nubes que cubren la cima del Olimpo; Apolo, divinidad asiática, que por ciertos ritos de sus fiestas se relaciona con los países del Norte; y por último, Baco, que tuvo adoradores en Tracia y Macedonia mucho tiempo antes que en Grecia.

Suponíase también que en Tracia habían nacido los antiguos poetas Orfeo, Museo y Eumolpos. Homero no conoce á estos primeros cantores de la Grecia, que sin

---

cree que los albaneses no son ni pelasgos ni tracios y mucho menos getas, y sí de la raza de los macedonios, antes que éstos se hubieran *helenizado;* que pertenecen, en fin, á la misma gran familia de pueblos que los arias de Oriente y el resto de las naciones indo-europeas. M. Benloew *(Grecia antes de los griegos* y *Análisis de la lengua albanesa)* emite una opinión distinta; para él los pelasgos no tienen nada de común con los helenos, como no sea haber habitado la Grecia antes que ellos. M. D'Arbois de Jubainville *(Los primeros habitantes de Grecia)* descarta á los pelasgos de la raza indo-europea. Confieso mi incompetencia para resolver semejantes cuestiones, que sólo se relacionan indirectamente con la historia política de Grecia y que yo había rehusado ya discutir en mi *Historia de los Romanos*, lo cual no me impide elogiar los esfuerzos que los eruditos hacen para disipar esas tinieblas. Schœmann *(Griechische Alterthumer*, tomo I, pág. 4) aplica el nombre de pelasgos á la masa de los primeros habitantes de Grecia, cualquiera que fuera su origen; pero reconoce que las poblaciones de las costas occidentales del Asia Menor y las de Grecia é Italia eran de la misma sangre.

(1) Lib. V, 3.

(2) Véase en la *Historia de los Romanos* el culto del hacha.

(3) Pintura de vaso, según Lenormant y de Witte, *Monumentos ceramigráficos escogidos*, II, lam. V. —El dios montado en un hipogrifo, tiene su lira en la mano izquierda, una rama de palmera en la derecha y sale de la región de los hiperbóreos ó llega á ella. Todos los años, en la primavera, abandonaba aquel país misterioso y lejano para dirigirse á sus santuarios de Delfos y de Delos, donde se celebraba su regreso con fiestas.

duda no tienen la menor realidad histórica (1); pero llama Thamyris al músico de Tracia que osó desafiar á las Musas en el canto, y á quien ellas castigaron por la derrota que les había hecho sufrir rompiendo su lira y privándole de la voz.

En época posterior, cuando Grecia tenía ya la mayor parte de sus pueblos, esos tracios penetraron, según dicen, con sus dioses y sus leyendas hasta Daulis, en la



Thamyris tañendo la lira (2).

Fócida, donde los poetas representaban la trágica historia de Filomela, y el sangriento festín de Tereo, uno de sus reyes (3). Parece que se establecieron en las pendientes del Helicón, donde se enseñaban la tumba de Orfeo y el templo de las Musas, y tal vez hasta en Atica, donde instituirían, en Eleusis, el culto de Ceres (4). Los atenienses pretenden tener en una de sus colinas la tumba de Museo.

Contra estas poéticas tradiciones elévanse los relatos de Herodoto sobre los tra-

(1) Los cantos atribuídos á Orfeo, particularmente en su *Teogonía*, fueron obra de las escuelas órficas del siglo VI. Nada nos queda de la poesía anterior á Homero, aunque sea bien seguro que hubo antes de él muchos cantores y no poca poesía, porque una literatura no comienza por una obra maestra: la *Ilíada* es un fin y no un principio. Aristóteles no cree en la existencia de Orfeo que Platón admitía.

(2) Pintura de vaso, según el *Museo Gregoriano*, II, lam. XIX, 2 a. – Thamyris ó Thamyras, cubierta la cabeza de un bonete frigio y coronado de laurel, canta delante de tres Musas acompañándose de la lira.

(3) He aquí el resumen de esta leyenda, que nos han conservado Anacreonte, Apolodoro y Ovidio: Pandión, rey de Atenas, dió su hija Procnea en matrimonio á Tereo, rey de Tracia. Filomela siguió á su hermana, y durante el viaje Tereo la deshonró, cortóle la lengua, y después la encerró en una mansión solitaria. La hija de Pandión representó sus desgracias en el lienzo con una aguja y revelólas así á su hermana, quien para vengarse hizo que Tereo devorara á su propio hijo Itis. Al fin de la comida Filomela arrojó á Tereo la cabeza de su hijo, y después las dos hermanas huyeron, convirtiéndose la una en golondrina y la otra en ruiseñor.

(4) Si se hubieran de aceptar esas tradiciones, sería necesario distinguir á los tracios primitivos de los que Herodoto conoció y encontró entregados á toda la ferocidad de los bárbaros: las mujeres enterradas con sus esposos y los hijos vendidos por sus padres; sobre todo si se les agregan los getas, como parece conveniente hacerlo, que en su época celebraban aún sacrificios humanos.

cios de su tiempo. «Los getas, dice, son los más nobles y justos de todos los tracios, y créense inmortales porque se imaginan que la persona que pierden no muere, sino que va á reunirse con su dios Zalmoxis. Cada cinco años, alguno de los de su nación, aquel á quien la suerte designa, debe llevar á Zalmoxis noticias de todos y manifestarle sus necesidades. He aquí cómo se procede para la designación de mensajero: tres hombres sostienen cada cual la punta de una jabalina en alto, mientras que otros cogen por los piés y las manos al que debe presentarse al dios, le balancean y le arrojan al aire de modo que caiga sobre las puntas de las jabalinas. Si muere de sus heridas, se supone que la divinidad es propicia al pueblo, y en caso contrario, acusan de perverso al que salió ileso de la prueba, y cuando se cansan de insultarle, eligen otro mensajero para su dios, procediendo con él de igual manera que con el anterior y le dan sus órdenes mientras conserva un átomo de vida (1).» Este relato no revela costumbres muy suaves, pero demuestra que los getas tenían sobre la inmortalidad del alma creencias más firmes que los griegos de las antiguas épocas. Teniendo esto en cuenta, se extrañará menos que andando el tiempo procedan de la Tracia las ideas que formarán el fondo del orfeísmo (2).

En cuanto á las tribus que poblaron la Grecia propiamente dicha, son conocidas con los nombres famosos de pelasgos y helenos, precediendo los primeros á los segundos y heredando éstos de aquéllos, á quienes poco á poco expulsan, exterminan ó absorben, para quedar únicos dueños del país: revolución lenta que no se ha efectuado aún del todo en la época de Homero.

Los griegos designaban con la denominación general de *Pelasgos* á los pueblos que les habían precedido en el suelo de la Héllada; pero tambien tenían para cada uno de ellos nombres particulares, tales como *Driopos* ú *hombres de los bosques*, *Leleges* ó *tropas escogidas* (?), *Cauconos*, que dejaron su nombre á una parte de la Elida, *Lapitas*, *Perrebos*, que tenían un santuario dodóneo con sus encinas sagradas en el Olimpo, *Flegeos*, *Aonos*, *Hiantos*, etc.

A juzgar por las tradiciones y las probabilidades históricas, podemos decir, aunque sin absoluta certeza, que los pelasgos helénicos bajaron de las regiones del Norte á Grecia y después de atravesar la Tracia y Macedonia, ocuparon el Epiro y la Tesalia, acercándose desde aquí cada vez más á la Grecia central y al Peloponeso, donde Atica y la Arcadia fueron consideradas como cuna de toda la raza. En las islas, que también ocuparon, hubieron de admitir á los *Curetas*, *Coribantes*, *Dáctilos Ideos* y *Telquinos*, que les enseñaron á trabajar los metales; pero los que se designan con estos nombres, más que tribus extranjeras eran colonias de pelasgos ó de helenos asiáticos más adelantados en civilización, que en su largo viaje al rededor del mar Egeo llevaban su industria y sus nociones religiosas á sus hermanos sumidos todavía en la barbarie. Esos pueblos desaparecieron muy pronto, y su nombre sólo sirvió en lo sucesivo para designar á los sacerdotes de ciertos dioses. Tal vez no fueron aquéllos nunca otra cosa.

III. — DATOS PREHISTÓRICOS FACILITADOS POR LAS LEYENDAS.

¿Qué confianza deben inspirarnos las leyendas conservadas por los poetas ó recogidas por los escritores de posteriores tiempos?

Así como el mar jugando en sus orillas con las rocas que de los acantilados se desprenden, las hace rodar incesantemente bajo sus olas, las desgasta y las rompe, ó bien las transforma, cubriéndolas con todas las riquezas de la doble vida que pue-

(1) Lib. IV, 93-94.

(2) Véase más lejos, cap. VI, § 6, el *Culto de los muertos*, y en el cap. XV el *Orfeísmo*.

de producir; así también la imaginación de los pueblos y la fantasía de los poetas juegan con los nombres y los hechos que la tradición les ofrece, los separan ó los unen, los mezclan con elementos extraños, ó los engalanan con los más ricos adornos, y la historia se pierde bajo la ficción. Cuando á esta fuerza creadora de la imaginación popular, que solamente se complace en los relatos maravillosos, sigue la reflexión, que sustituye á la fe en lo sobrenatural por el detenido análisis y la comparación de los hechos; cuando la crítica, en una palabra, quiere interpretar las particularidades de la leyenda, explicando las tradiciones de los antiguos tiempos, entonces nace el caos de los sistemas: si se atiende sólo á los detalles, queda la incertidumbre; si se mira el conjunto, se puede descubrir una verdad general suficiente.

La historia, pues, debe estudiar esas leyendas por la razón que acabamos de exponer, y tambien porque la Grecia ha vivido de esas ficciones en las cuales se inspiraron sus artistas y poetas, que han transmitido á las generaciones más remotas tipos que volvemos á encontrar en todas partes alrededor de nosotros. Si las literaturas modernas no hablan tanto como en el siglo último de Apolo, de las Musas y de las Ninfas, los pintores y los escultores no han olvidado aun ni á Homero ni á Fidias, que inmortalizaron, el uno con sus versos, y el otro en el mármol ó el bronce, las grandes aventuras de los dioses y de los héroes.

La verdad general que de los relatos referentes á los más antiguos tiempos de Grecia se desprende es, en nuestro sentir, la existencia de un período pelasgo-jónico que asistió á la formación de las primeras ciudades y los primeros cultos, y en el cual estaban unidos ya por estrechos lazos el continente griego y esa costa asiática, entre los cuales elevábanse las islas del mar Egeo como los arcos rotos de un puente. La historia corresponde así á la geografía.

Las riberas orientales de Grecia, en efecto, fueron visitadas desde las más antiguas épocas por los pueblos de las costas opuestas del Asia, que avanzaban sin temor por ese mar pacífico, donde cada noche hallaban sus barcos refugio en alguna isla. Por el Occidente, las costas de la Elida y de la Mesenia son en extremo fértiles, y no obstante, á las de Argos y de Atenas se atribuyen las más antiguas leyendas, prueba segura de que la vida se despertó allí primeramente. Los griegos de las edades posteriores, hallando este hecho en sus tradiciones, han sustituído, según costumbre, esos mil viajes oscuros con algunas expediciones famosas, atribuyendo á un reducido número de hombres los efectos resultantes de la influencia de relaciones quizás diez veces seculares.

Esos personajes, convertidos en representantes de la influencia oriental en Grecia, fueron en particular Cadmo, á quien se supone fenicio, Danao y Cecrops, considerados como egipcios. He aquí su leyenda en pocas palabras.

El primero, hijo de Agenor, rey de Tiro y de Sidón, tenía por hermanos á Fenix y Cilix (los fenicios y los cilicios), y por hermana á Europa, que Júpiter robó para transportarla á Creta, punto donde comienza frente al Asia la parte del mundo de aquel nombre. Cadmo persiguió á su hermana; para encontrarla viajó largo tiempo, visitando muchos países, y llegado á Grecia, consultó al oráculo de Delfos. «No busques á tu hermana, díjole Apolo, pero sigue á la primera becerra que encuentres en tu camino, y funda una ciudad en el sitio donde se detenga.» El animal le condujo á Beocia, cerca de la fuente Arcia, cuyas aguas sagradas guardaba un dragón al que Cadmo dió muerte sembrando sus dientes en la tierra; de ellos nacieron hombres armados que al punto se atacaron, pereciendo todos menos cinco; éstos le ayudaron á construir una fortaleza, la Cadmea, alrededor de la cual se elevó más tarde Tebas, y después llegaron á ser jefes de las cinco casas más nobles de esa ciudad.

Cadmo había llevado el alfabeto fenicio, que los griegos adoptaron (1), así como el arte de explotar las minas y de fundir los metales.

Sus descendientes fueron célebres por sus infortunios: Penteo muere destrozado por las bacantes; Acteón, el rival de Diana en la caza, que cierto día osó mirar á la diosa cuando se bañaba en una fuente, fué convertido por ella en ciervo, y después devorado por sus propios perros; y por último Semelé, á quien Júpiter amó, y que



Cadmo combatiendo al dragón (2).

dando oídos al pérfido consejo de Juno, quiso ver al dios en el esplendor de su majestad en medio de los relámpagos y truenos, siendo por ello consumida por el fuego celeste. El hijo que llevaba en sus entrañas no pereció; cogióle Júpiter y lo colocó en uno de sus muslos hasta el momento fijado para su nacimiento: era Dionisos, ó Baco, que comunicaba la embriaguez alegre, pero también la exaltación feroz cuando las iniciadas en sus misterios corrían por las montañas despeinadas, casi desnudas, desgarrando las presas vivas y bebiéndose su sangre (3).

Entre los sucesores de Cadmo cítanse á Licos, Anfión el de la lira armoniosa, Layos y Edipo, los cuales pagaron con frecuencia tributo á la poderosa ciudad de

(1) El alfabeto griego más antiguo se componía de veintidós letras fenicias. Más tarde, después de la guerra del Peloponeso, en 403, los atenienses adoptaron el alfabeto jonio, que tenía dos letras más y que llegó á ser común á toda la Grecia.

(2) Pintura de un vaso, según Gerhard, *Etruskische und kampanische Vasenbilder*, t. C. – Cadmo (ΚΑΔΜος) avanza, espada en mano, contra el dragón. El héroe, como si hubiese alcanzado ya la victoria, lleva ceñida una corona en la cabeza y tiene otra en el cinto. De pié, en el centro de la escena, Atena (ΑΘΗΝΑ), armada, tiende una corona á Cadmo, así como la diosa de la Victoria (ΝΙΚΗ). Detrás de él está sentada Harmonía (ΑΡΜΟΝΙΑ), la hija de Marte y Venus, que debe desposarse con el héroe vencedor; delante, Theba (ΘΒΗΑ), á cuyos pies un Genio alado deposita una corona, personifica la ciudad de Tebas de la cual Cadmo será el fundador. El combate lo presencian los dioses: á la izquierda, Neptuno (ΠΟΣΕΙΔΑΝ) con su tridente; á la derecha, Demetrio (ΔΑΜΑΤΗΡ), con un cetro en la mano, y su hija Coré (ΚΟΡΑ), con dos antorchas. Apolo, Artemisa, Hermes, están representados en la parte del vaso que no reproduce el grabado. Según la leyenda, todos los dioses asistieron al himeneo de Cadmo y Harmonía. Dos trípodes, laureles, un gamo, completan la ornamentación de este hermoso vaso.

(3) Véase el cap. XV y las *Bacantes* de Eurípides.

Orcomenes. Observemos de paso que los trágicos griegos, que tanto se ocuparon de las desgracias de la posteridad de Cadmo, nada saben del origen fenicio de esa raza.

Argos, situada en la orilla de un golfo hospitalario, fué tal vez la más antigua ciudad de Grecia, el punto donde se encontraron los indígenas y los extranjeros. Ya hemos visto que, según Herodoto, los fenicios arrebataron á Io en la ribera, en re-



Acteón devorado por los perros de Diana (1).

presalias del rapto de Europa. Estos nombres son falsos, pero el hecho es verdadero, en el sentido de que el hombre y la mujer eran entonces, y lo serán largo tiempo, el principal objeto de la piratería y de los cambios. La tradición establecía numerosas relaciones entre Argos y Egipto. De la Libia recibió la primera de aquellas ciudades el trigo para la siembra; en la orilla del Nilo terminó Io sus aventuradas excursiones, y de allí llegó, en fin, Dánao con sus cincuenta hijas, que mataron, excepto

(1) Metopa de un templo de Selinonte, según una fotografía. El rostro y las partes desnudas del cuerpo de la diosa son de mármol y todo lo demás de piedra. La escena está conforme con la leyenda de Acteón, tal como la refería el poeta Estesícoro de Himera. Queriendo impedir la unión de Semelé y de Acteón, Diana arroja sobre él una piel de ciervo, y los perros de la diosa, engañados así, le devoraron. En la metopa se distingue aún claramente la piel y las astas del animal. Acteón se defiende con su espada.

una, á sus cincuenta esposos, siendo condenadas en los Infiernos á llenar eternamente un tonel sin fondo. Hijo de Belo, Cadmo propagó el culto de Apolo, y su galera de cincuenta remeros enseñó á los indígenas á arriesgarse en medio de las olas. Después de él vemos en la Argólida á Pretos, que llama á los cíclopes de Licia (1) para construir los muros de Tirinto; y al héroe Palamedes fundador de Nauplia é inventor de las pesas y medidas, de las letras y del cálculo (2).



Baco y Semelé (3).

En Atica, un sabio de Egipto, Cecrops, expulsado de Sais, su patria, por la guerra civil, llega al Píreo, cásase con la hija del rey y sucede á éste después de su muerte, reune en doce burgos á los habitantes que vivían aún diseminados, y les enseña á cultivar el olivo, á extraer el aceite de sus frutos y á obtener de la tierra diversas especies de cereales. A fin de estrechar más los lazos del nuevo Estado, Cecrops instituyó las leyes del matrimonio, los ritos funerarios, que consagraron la memoria de los muertos, y el tribunal del Areopago, que se estableció en la colina de Marte (Ares) y cuya misión era evitar las violencias por medio de juicios razonables. Antes de morir, Cecrops construyó á 8 kilómetros del mar, en una mole de rocas muy aplanada en su cima é inaccesible por todos lados, excepto por la parte del Oeste, la inexpugnable fortaleza que llevó su nombre, *Cecropia*, y al pie de la cual se formó poco á poco la ciudad de Atenas. Entre sus diez y seis sucesores se cuentan: Anfictión, que reunió todos los pueblos inmediatos á las Termópilas por medio de una alianza á la cual dió su nombre; Erictonio, que inmoló á su hija para obtener una victoria; Erecteo (4),

---

(1) Ese pueblo asiático de los cíclopes no era sino un mito, como ya se comprenderá. Para Hesiodo, los cíclopes eran la personificación del rayo y de los fuegos subterráneos. Después representóseles como obreros de Vulcano y más tarde aún como gigantes, á quienes se atribuyó toda construcción muy grande. Se les supuso procedentes de Licia porque era el país volcánico mejor conocido de los antiguos griegos.

(2) Las pesas de lava que se encontraron en Santorín tienen una correlación sistemática, aunque los hombres que las usaban eran muy anteriores á la época de Homero, y seguramente las habían recibido de la costa de Asia. El alfabeto griego era también una importación fenicia; mas con su tendencia á la sencillez y á la personificación, los griegos atribuyeron á Palamedes todos los inventos conocidos en la edad heroica.

(3) Grabado en un espejo etrusco, según Gerhard, *Etruskische Spiegel*, I, lám. LXXXIII. – Semelé *(Semla)* oprime suavemente sobre su seno al joven Dionisos cuyo tirso tiene en su derecha. Dionisos, la cabeza echada atrás, abraza á su madre. Al decir de una leyenda, el dios encontró, después de larga separación, á su madre en los Infiernos y la condujo al Olimpo. Apolo *(Apulu)*, con una rama de laurel en la mano, contempla la escena, que completa un sátiro tocando la doble flauta. Una guirnalda de hiedra sirve de marco á esta graciosa composición.

(4) Erictonio y Erecteo se han confundido largo tiempo en un solo personaje. Platón parece haberlos separado por primera vez en el *Critias*. Homero no conoce más que á Erecteo como rey de Atenas *(Ilíada*, II, 547; *Od.*, VII, 81).

á quien se supone jefe de una nueva colonia egipcia, de la que Triptolemo aprendió el método más seguro para sembrar y recoger el trigo; y por último, Egeo, padre de Teseo.

Los megarenses citaban igualmente entre sus antiguos príncipes á un egipcio llamado Lelex.

Estas tradiciones se han olvidado ya. La mayor parte de los escritores antiguos consideran á Cecrops como un indígena de Atica; pero sin duda se debería ir aun más allá y no ver en él, ni en Erictonio, el dios serpiente ó Triptolemo, el inventor del arado y de la agricultura, ni en la mayor parte de los personajes de esas antiguas leyendas sino alegorías personificadas, ideas que la poesía convirtió en reyes, héroes ó dioses (1). Tucídides dice que antes de la guerra de Troya, los carios y los fenicios habían ocupado una parte de las islas, pero no hace mención alguna de esas colonias de Dánao y de Cadmo que procedentes de Egipto y de la Fenicia se establecieron en el continente griego. Difiriendo de Herodoto, quien según el tes-



Las Danaides (2).

timonio interesado de los sacerdotes de Memfis, sabe tantas cosas de aquellas antiguas edades, el severo historiador duda que se pueda afirmar nada de ese tiempo (3). Por último, esos extranjeros que fundan casas reales, y que para conseguirlo debieron ser numerosos, hablaban lenguas muy distintas de la de los helenos. Si su influencia hubiera sido bastante para apoderarse de la supremacía política, habríales dado fuerza para dominar también el idioma nacional. No son de ordinario los conquistadores de un país, superiores á los vencidos así en civilización como en poder,

(1) La cigarra, que parece nacer de la tierra, era el símbolo de la autoctonia; de su nombre griego se ha hecho por trasposición *Cecrops*. Los atenienses llevaban en sus cabellos, en señal de que eran autóctonos, adornos en forma de cigarra. Erictonio, hijo de Hefaistos y de la Tierra, se representaba mitad hombre y mitad serpiente, y Erecteo era un sobrenombre de Neptuno, como lo indica una inscripción hallada recientemente. Su templo se elevaba en el Acrópolis de Atenas, según se dice, en el sitio donde Neptuno había golpeado la tierra con su tridente. El nombre de Triptolemo significa *el que vuelve tres veces la tierra*. Dánao, cuyo nombre se deriva de una palabra griega que significa *seco, bueno para quemar*, es una personificación del suelo árido de Argia, y sus hijas, con su tonel sin fondo, son las lluvias que riegan inútilmente esta tierra, la cual no conserva nada de la humedad vertida en la superficie. Por lo demás, es muy cierto que Atica y la costa oriental del Peloponeso, atendida su posición, debieron recibir una parte de sus habitantes por mar.

(2) Bajo relieve de un altar del Vaticano.

(3) Lib. I, 1 y 20. Las identificaciones establecidas entre los dioses de Egipto y los de Grecia de que Herodoto nos habla, no se remontan á más del siglo VII antes de J. C., época en que comenzaron las comunicaciones regulares de los griegos con Egipto.

los que olvidan su lengua. Si el griego ha conservado muy pocos vestigios de las lenguas semíticas, es porque los semitas, si alguna vez fueron á la Héllada, desaparecieron sin haber podido fundar las dinastías poderosas y duraderas que se les atribuyen. Añadamos que las ruinas más antiguas de Grecia no revelan el arte de Egipto, aunque se hayan encontrado muchos objetos procedentes de este país y de la costa fenicia.



Triptolemo (1).

Cierto que en la época en que se supone la llegada de esos emigrantes orientales había en Asia gran movimiento de pueblos y que las tradiciones hacen pasar sucesivamente á los frigios desde Asia á Europa, y después desde Tracia al Asia, suponiendo que las amazonas llegaron al Atica, Memnón á Troade, los carios á las Cícladas y á las costas del golfo de Salónica, y los telquinos de Rodas á Sicione. No es menos verdad que hacia la misma época se verificó en Egipto lo que se llama la salida de los hebreos y la proscripción de los *impuros*, siguiéndose



Triptolemo (2).

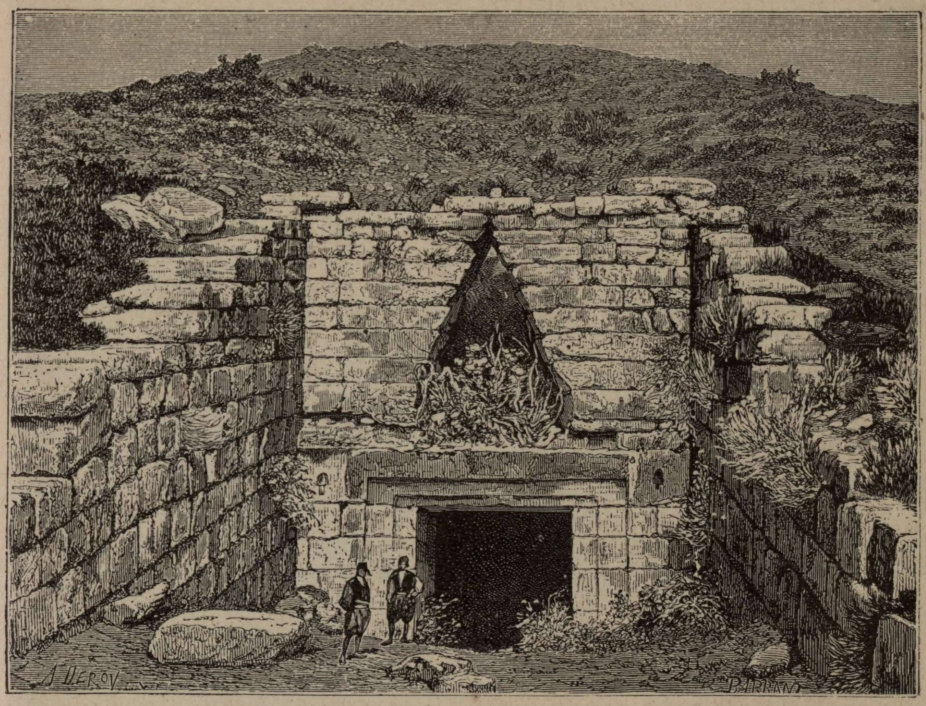
las grandes expediciones de los Faraones que agitaron el Asia hasta la India. Alrededor del mar Egeo, pues, todo era movimiento; algo de ese movimiento pudo repercutir en Grecia y es posible que llegaran allí algunos de esos hombres y que importaran varias de las ideas y de las costumbres de Asia.

---

(1) Triptolemo, de pie en un carro conducido por dos dragones alados. Reverso de una moneda de plata acuñada con la efigie de Caracalla en la ciudad de Tarso en Cilicia; su leyenda: ΔΩΡΕΑ. CITOΥ. ΑΠΟ. C. Γ. Υ. ΤΑΡCΩ. *(Gratificación de trigo concedida á la ciudad de Tarso por el emperador, cónsul por tercera vez.)*

(2) Pintura de un vaso de la fábrica de Hierón, según los *Monum. del Instituto Arqueológico.* Triptolemo tiene una pátera en la mano derecha y espigas en la izquierda, y hállase sentado en un carro con alas, del que se lanzan dos serpientes. Delante de él, Proserpina, con una antorcha en la mano izquierda y una *enóquea* en la derecha, inclínala hacia la pátera de Triptolemo. Detrás del carro está Demetrio con una antorcha y espigas en las manos. Conducido en su carro, el héroe se dispone á recorrer el mundo para iniciarle en los beneficios de la agricultura.

No es inverosímil el hecho de la venida de los colonos orientales, pero sí la patria que se les atribuye. Las costas del Asia Menor estaban ocupadas, no lo olvidemos, por poblaciones helénicas; montando sus «corceles marinos,» y guiándose en su marcha por la posición de las estrellas, expulsaron poco á poco á los fenicios de las islas del mar Egeo y en pos de ellos llegaron á casi todas las riberas que el Mediterráneo oriental baña. Desde el siglo XI los hebreos conocían el nombre de los hijos de Javán (jonios), «que habitan las costas y las islas del mar grande,» y este nombre se lee aún en las inscripciones jeroglíficas de los Faraones de la décimaoctava dinastía (1). Podemos admitir, pues, un período para nosotros desconocido,



Puerta del Tesoro de Atreo, en Micenas (de fotografía).

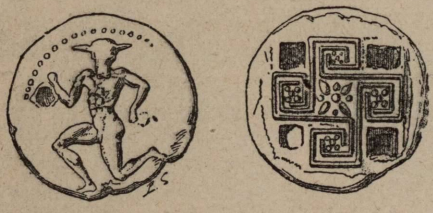
durante el cual los griegos asiáticos prepararon su fortuna, estrechando relaciones con los ricos países de Oriente. Algunos de sus jefes, acostumbrados á negociar con Egipto y la Fenicia, abandonaron, quizás, en los momentos de revolución su país perturbado para fijarse en la Grecia pelásgica en medio de pueblos que hablaban la misma lengua y á los cuales llevaron los conocimientos adquiridos en su comercio con las naciones del Este y del Sud. Innumerables indicios nos revelan los estrechos lazos que unían los dos continentes. La historia más remota de los griegos nos hace

(1) Ese mismo grupo de jeroglíficos se encuentra en las inscripciones de los Ptoloméos para designar á los griegos. Los carios, que dominaron en las Espóradas y en las Cícladas, parecen haber sido una mezcla de griegos asiáticos y de fenicios. Lassen los tiene por un pueblo cananeo, y de consiguiente de raza semítica *(Ueber die alten Sprachen Kleinasiens)*. Movers opina lo mismo. Los lidios son también semitas para Lassen. En Santorín se han hallado objetos de origen fenicio que el comercio había llevado allí.

volver de continuo al Asia, de donde tomaron la mayor parte de sus dioses (1). Algunos de sus procedimientos de arte y ciertos tipos muy antiguos se pueden considerar como imitaciones orientales. La puerta de los Leones de Micenas recuerda los guardianes simbólicos de la ciudadela de Sardes y del palacio de Nínive, mientras que los *Tesoros* de Minyas y de Atreo parecen un recuerdo de los edificios semisubterráneos de la Frigia (2). El alfabeto primitivo de los helenos estaba copiado del de los fenicios, como lo fué su sistema métrico.

Otra leyenda, la del cretense Minos, considerada también en su conjunto, confirma el hecho de esas antiguas relaciones entre Grecia y Asia.

Ese sabio rey, dice, el más poderoso de los príncipes de su tiempo, reinaba en Creta, cuyos pueblos había reunido bajo su dominio, y fundó en ella tres ciudades: Cnosse, Cidonia y Festos. Sus leyes se basaban en un principio extraño á las legislaciones orientales, el de que los ciudadanos son iguales entre sí. Si lo que se le atribuye no fué importación posterior de una colonia dórica, resultaría que Minos prohibió la propiedad privada, disponiendo que se pusieran mesas comunes en los lugares públicos para reunir á todos los habitantes. En tiempo de guerra, el poder real era ilimitado; en la paz, un senado gobernaba la nación. Solamente los esclavos debían ocuparse en el cultivo de la tierra. A los cretenses jóvenes, exentos de los trabajos materiales, imponíaseles una severa educación que tenía por objeto desarrollar sus fuerzas, inspirándoles las virtudes que hacen útiles á los ciudadanos. Minos fué también un conquistador; creó una escuadra y expulsó del Archipiélago á los piratas carios y lelegos que lo infestaban. Todas las islas, desde Tracia hasta Rodas, reconocieron su poder á cuya consolidación contribuyeron las colonias que fundó en algunas de aquéllas y en las costas de Asia. Megara y Atica le pagaron tributo. Una expedición que emprendió contra Sicilia fracasó y le costó la vida; sin embargo, se conoce en la isla una ciudad de su nombre, llamada Minoa, en donde su tumba se alzaba junto á un santuario de Venus, la Astarté de Tiro, cuyo culto le habían transmitido los fenicios, llevándolo también á la isla de Citerea. Para recompensar su justicia, Júpiter les encargó, á él y á sus dos hermanos Eaco y Radamanto, que juzgaran en los Infiernos á las sombras de los muertos.



El Minotauro y el laberinto de Creta (3).

Más tarde, en vista de la confusión que las muchas aventuras atribuídas á Minos producían, se apeló á un procedimiento muy usado por los escritores que se proponían, como Plutarco confiesa haberlo hecho con Teseo, comunicar á la leyenda las apariencias de historia, y se duplicó el personaje dándose vida, en una generación posterior á la del legislador de Creta, á un segundo Minos. En tiempo de

---

(1) Guigniaut, *Religiones de la antigüedad*, II, pág. 1.063.

(2) Sabido es que esos supuestos *Tesoros* son tumbas. – «Las construcciones ciclópeas de la llanura de Argos, dice M. Bertrand (*Viaje de Atenas á Argos*, págs. 226 y 230), tienen la mayor relación con las que se encuentran en las costas de Licia, designadas de ordinario con el nombre de *campos de los Leleges*. La tumba de Tántalo en Frigia, y cierto número de monumentos de los países vecinos, presentan exactamente los mismos caracteres de estilo y de construcción que los de Micenas. He aquí cómo los muros de Tirinto eran la reproducción exacta de las construcciones licias.»

(3) El Minotauro arrodillado y vuelto á la izquierda, con un globo en la mano derecha levantada, y tal vez una flor de loto en la izquierda. – El laberinto en cruz, adornado con un astro en el centro y cuatro cuadrados huecos en los ángulos de aquélla (Moneda de plata de Knossos, en Creta).



La puerta de los Leones, en Micenas (de fotografía).

éste apareció el ingenioso Dédalo, que construyó el Laberinto para encerrar al Minotauro, muerto por Teseo con ayuda de Ariadna (1). En tiempo de Minos II, Creta era la potencia más grande de Grecia, pero después, esta dominación cayó: Idomeneo, nieto del primer rey del mar, no pudo conducir contra los troyanos más de ochenta barcos.

Nos guardaremos muy bien de afirmar nada respecto á esta historia de Minos; parécenos, sin embargo, que aquí se desprende naturalmente del conjunto de las



Teseo dando muerte al Minotauro. – La fuga de Dédalo (2).

tradiciones un hecho incontestable: el gran poderío alcanzado por los cretenses en los primeros días de Grecia. Añadamos que esa dominación marítima é insular, establecida antes que todas las demás, era inevitable. Se ha distinguido en la historia de la formación de nuestro globo el período insular que precedió á aquel en que aparecieron los grandes continentes. En la historia de Grecia hubo también un tiempo en que la vida más activa estaba en las islas y en las costas del mar Egeo; Creta, situada en el centro de ese movimiento, lo dominó, y le comunicó su mayor fuerza.

---

(1) Según Pausanias (IX, 3), dábase el nombre de Dédalo á todas las estatuas de madera.

(2) Pintura de un vaso, segun la *Gaceta arqueológica* (1884). – Teseo, figurado en un hombre de edad provecta, traspasa con su espada al Minotauro, á quien tiene asido de un cuerno; la vaina de su espada pende de su lado izquierdo. Detrás de él Ariadna, inmóvil y envuelta en el burdo manto que se ve en las estatuas de los Branquidas y en la Hera de Samos, tiene el hilo que permitirá á Teseo encontrar la salida del laberinto. En la parte del vaso no reproducida por nuestro grabado hay agrupadas siete parejas de cautivos atenienses, cuya suerte va á decidirse: dos jóvenes mujeres se ven á la izquierda de la segunda escena, en la que Dédalo alado escapa á la persecución de un jinete armado (Minos?).

El reinado de Minos así lo prueba: fué un esfuerzo hecho desde lo alto de aquella tierra que domina el mar Egeo como una ciudadela, para organizar aquel mundo movible y violento, reprimir la piratería, desarrollar el comercio y reconocer los mares de Grecia hasta la gran isla de Occidente que era entonces la *Ultima Thule*, la Sicilia.

Herodoto está de acuerdo, en el fondo, con esta interpretación de las antiguas cosas de Grecia, puesto que presenta á los jonios como descendientes de los pelasgos (1); y se han de tener siempre muy en cuenta las palabras del antiguo historiador, tan afanoso por recoger las tradiciones populares. Ahora bien, ese parentesco se explica por lo que acabamos de exponer. Los pelasgos son los primeros en ocupar la Grecia; los jonios de Asia llegan después por mar en reducido número, como debía ser en los tiempos en que la navegación era tan precaria, y sin mujeres, lo cual obligaba á tomar las del país. Al principio saquean, roban ó matan; después, poco á poco, establécense en aquellas costas orientales, á donde todas las tradiciones de la edad primitiva vuelven á conducirnos; mézclanse con los pelasgos, rama separada de su raza hacía varios siglos, y dan origen á la primera civilización del país.

IV. — LOS MONUMENTOS CICLÓPEOS.

Los lugares donde esa civilización se desarrolló fueron en Epiro los alrededores del templo de Dodona, que con sus encinas fatídicas y sus palomas sagradas parece haber sido para los pelasgos lo que Delfos fué para los helenos, el santuario y el oráculo más venerado; la Tesalia, que se adelantó tanto á las demás provincias que una parte de la poesía homérica nació en ella, saliendo de allí también las Musas; y la Beocia, donde se levantó, en los alrededores de Copais, la poderosa ciudad de Orcomenes, cuyos habitantes, los minyenos, abrieron á través de una montaña, según dicen, canales para el desagüe, á fin de preservarse de las inundaciones del lago Copais, trabajo inmenso que revelaría conocimientos muy adelantados ya, si la obra no hubiese sido hecha por la naturaleza misma (2).

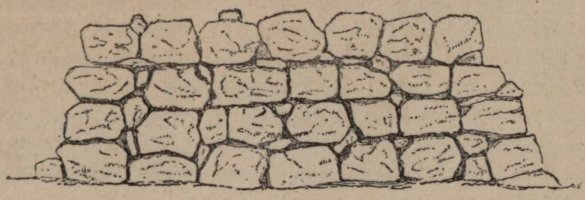
Atica, poblada muy pronto, no ha conservado nada, sin embargo, de los tiempos pelásgicos, como no sea una parte de los muros de su Acrópolis. Los arcadios aseguraban que Licosura era la más antigua ciudad del mundo, aunque también creían haber nacido antes que la luna enviase á la tierra sus pálidos rayos; pero el país que parece haber tenido entonces más importancia es la Argólida, donde subsisten tantos vestigios de esas remotas edades, y donde se conservan tantos recuerdos de antiguas relaciones con el Oriente.

---

(1) Lib. I, 56. Sé muy bien que Homero no cita más que una vez el nombre de los jonios (*Ilíada*, XIII, 685), pero tomo esta palabra del período pelasgo-jónico, como Curtius y Schœmann, porque demuestra claramente el hecho que quiero expresar. Por una singular fortuna, ese viejo nombre de *jonios*, que hacía sonrojar á los atenienses cuando Aristófano se lo daba por mofa (*Acarnianos*, 104), es hoy aquel con que los turcos designan á los griegos del reino independiente, *Iounan;* los griegos *raias* son para ellos los *Rumi*. Los árabes no los han llamado tampoco nunca más que *Ionnan*.

(2) El lago Copais, que está á 98 metros sobre el nivel del mar, cubre, cuando las aguas son bajas, una superficie de 150 kilómetros cuadrados, y en las crecidas ordinarias 230. Desde el antiguo Copais á las ruinas de Haliarte cuéntanse hasta trece *katavothras* ó conductos naturales, que desembocan en el canal de Eubea. No hay más de 6 kilómetros desde el golfo del Cefiso, uno de los mayores *katavothras* del lago, hasta el fondo de la bahía de Larimna, y estos dos puntos no están separados sino por una garganta de 35 metros de altura. Estrabón cuenta que Alejandro encargó á Crates un trabajo de reparación, y que una sedición lo impidió. Aun se ven hoy en las dos gargantas que separan el lago Copais de la bahía de Larimna y del lago Hilica 16 grandes pozos que los minyenos habían socavado para limpiar el conducto del Cefiso y retirar las tierras desprendidas. Emilio Burnouf, *Archivos de las misiones*, tomo I, pág. 143.

A este período ante-histórico pertenecen monumentos de una construcción particular, que generaciones posteriores atribuyeron á una raza de gigantes, los cíclopes. Aun se ven restos de esas construcciones en Micenas y en Argos, cuyos muros,



1



2

Muros ciclópeos de diferentes sistemas (1).

según dicen, habían sido levantados por los licios, en Tirinto, en Atenas, en Orcomenes, en Licosura y tal vez en otras doscientas ciudades helénicas. Son enormes trozos de roca, con frecuencia sin labrar, y á veces cortados, pero siempre puestos

(1) Según Schliemann, *Mycenes*, fig. 17-19. – Los muros 1 y 2 son de piedras poligonales. Las piedras del muro del primer sistema están sin desbastar y son, á veces, enormes; entre ellas hay puestas otras mucho más pequeñas: tal sucede, por ejemplo, en los muros de Tirinto y de Micenas. En los del segundo sistema las piedras están talladas en las junturas, el paramento es plano y el conjunto presenta un aspecto imponente: así los vemos en la muralla Oeste del Acrópolis de Micenas, en la del Acrópolis de Atenas, detrás del ala Sud de los Propileos, y en la de la terraza sobre que se alzaba el templo de Delfos. Otro sistema hay en que las piedras, generalmente rectangulares, están colocadas en hiladas horizontales: de este modo está construída la puerta de los Leones de Micenas.

uno sobre otro, sin cemento y en polígonos irregulares (1). Los más notables de esos monumentos son los muros y las galerías de Tirinto, construídos con piedras, la menor de las cuales no podría ser movida por dos caballos, y el edificio llamado Tesoro de Atreo, en Micenas, cuya puerta tiene por dintel una piedra de 8m,25 de longitud por 5m,10 de anchura, siendo la más grande que hasta ahora se ha encontrado en una construcción regular. Parte de los muros de Micenas, y una puerta adornada con dos leones, presentan el mismo género de arquitectura. Esos leones, feroces guardianes del Acrópolis, son los más antiguos bajos relieves que existen en Europa; sus dos cabezas, tal vez de bronce, pero seguramente añadidas, como lo demuestran el limpio corte del cuello y los agujeros que en él se ven, han desaparecido. En los antiguos tiempos, esas cabezas, vueltas hacia los que se acercaban al recinto, los miraban con ojos amenazadores (2).

La Acarnania está llena aún de esos monumentos de estilo ciclópeo ó poligonal, cuyo uso se ha conservado seguramente hasta muy tarde en esa provincia. Por lo demás, debe observarse que los griegos, que encontraban á mano la piedra en todas partes, rara vez usaron el ladrillo ni el mortero en la construcción de sus murallas; formábanlas con piedras sobrepuestas, mantenidas en equilibrio por su colocación y su peso. Hasta en Eleusis se ha descubierto una tumba que reproduce en menores proporciones el Tesoro de Atreo, con el pasadizo en ojiva, la sala redonda y el aparato ciclópeo de las murallas de Tirinto (3).

Aunque estos monumentos tienen el mismo carácter general, nótanse, sin embargo, en ellos ciertos detalles que pertenecen á épocas diferentes. Así, por ejemplo, se ha creído poder atribuir á los Pelópidas el Tesoro de Atreo, ó tumba de Agamenón, y la puerta de los Leones, que revelan un arte más adelantado, y sobre todo más asiático. Pero ¿cómo han sido movidas esas moles con la palanca, único instrumento que aquellos pueblos conocían? Unas construcciones que han exigido semejante gasto de fuerza muscular, y por consiguiente tan considerable número de hombres, deben pertenecer á una época de servidumbre pública, bajo el mando de jefes militares ó de una casta dominante de sacerdotes guerreros, que se vislumbra en las tradiciones. Los pelasgos fueron condenados sin duda por sus señores á trabajos penosos, como los romanos en tiempo de Tarquino el Soberbio, cuando construyeron la gran Cloaca y el Capitolio; como los egipcios, cuando edificaban sus pirámides y sus templos; como los habitantes de la Galia, cuando erigían sus inmensos *cromlecs* de Karnac. La influencia oriental, de la cual los griegos debían sustraer al mundo, duraba aún entre las tribus pelásgicas (4).

Nótese, sin embargo, que las murallas ciclópeas no servían para encerrar un dios ni guardar una momia de rey, como los fastuosos monumentos que erigió en las orillas del Nilo el orgullo de los sacerdotes y de los monarcas; no eran tampoco, así como en la Galia, inútiles construcciones, cuyo objeto es aún para nosotros un enig-

---

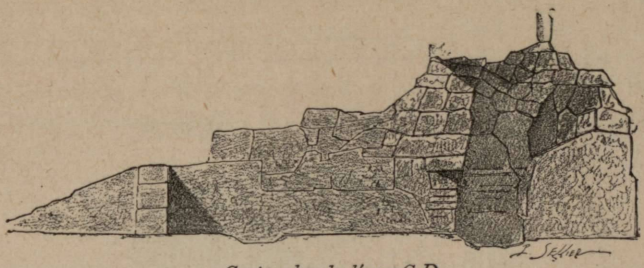
(1) El doctor Schliemann ha encontrado mortero en las paredes de las casas de Tirinto (*Tirynthe*, pág. 238 y siguientes).

(2) Schliemann, *Micenas*, pág. 87.

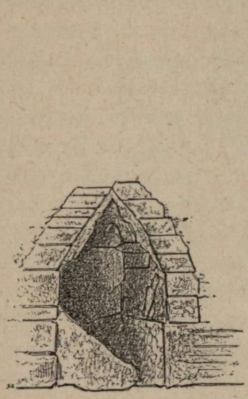
(3) F. Lenormant, *Memorias de la Academia de Inscripciones*, 1866, pág. 59.

(4) M. Curtius atribuye las construcciones llamadas ciclópeas á toda la época heroica, y fundándose en la tradición, que hace venir á los cíclopes de la Licia, piensa que este género de construcción fué importada en Grecia por los fenicios; pero distingue los recintos ciclópeos de Argos, de Tirinto, de Micenas y de Midea, los cuales atribuye á los príncipes de la raza de Perseo, de las tumbas reales y de las cámaras subterráneas llamadas *Tesoros*, las cuales reconoce como obra de los Pelópidas. También opina así M. A. Bertrand en sus *Estudios de Mitología y Arqueología griegas, de Atenas á Argos*.

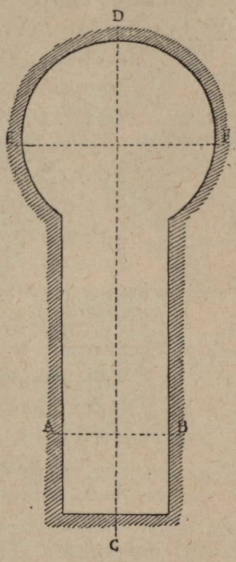
ma. Ni templo, ni tumba fastuosa, ni fortaleza inexpugnable de un jefe, sino ciudad murada de todo el pueblo, esas ruinas nos dicen que desde la época más remota

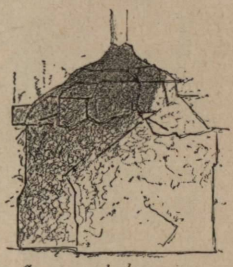


Corte sobre la línea C D



Corte sobre la línea A B





Corte sobre la línea E F

Tumba pelásgica, en Eleusis (1)

Grecia comenzó la vida urbana que ha constituído su grandeza. Sus primeros pueblos fundaron las ciudades donde se elaboró después la civilización del mundo.

(1) Según la *Gaceta Arqueológica*, VIII (1883). Esta tumba, descubierta por F. Lenormant en el flanco del Acrópolis de Eleusis, presenta sorprendentes analogías con los Tesoros de Micenas (Tesoro de Atreo, Tesoro llamado de Mme. Schliemann), con el de Orcomenes y las cámaras sepulcrales de Menidi (cerca de la antigua Acarnes) y de Palamidi (cerca de Nauplia). El plan y la forma son los mismos.

CAPITULO III

LOS EOLIOS Y LOS AQUEOS

1. — DEUCALIÓN Y LOS HÉROES EOLIOS

Cuando se preguntaba á los griegos de dónde procedían, su respuesta era muy sencilla: Prometeo, contestaban, hijo de la Tierra, fué padre de Deucalión. Este reinaba en Tesalia, cuando Júpiter, irritado por los crímenes de los hombres, envió un diluvio en que todos sucumbieron. Solamente Deucalión escapó de la catástrofe con su mujer Pirra, en una nave que había construído por consejo de Prometeo. Al cabo de nueve días, el arca se detuvo en la cima del Parnaso; y cuando las aguas se hubieron retirado, Deucalión y Pirra consultaron el oráculo de Temis, quien les mandó arrojar tras sí los huesos de su abuela, tapándose la cara. Deucalión comprendió el sentido del oráculo; él y su mujer recogieron las piedras de la tierra y lanzáronlas por encima de sus hombros; las de Pirra se convirtieron en mujeres, y las de Deucalión en hombres; y así se pudo poblar de nuevo la Grecia (2). Este Deucalión fué padre de la raza helénica, pues tuvo por hijo á Heleno, el cual engendró á Doros, á quien tocó en suerte la Grecia central; á Eolos, que se posesionó de la Tesalia; y á Xuthos, padre de Ion y de Aqueos, que poseyó el Peloponeso. La vanidad griega no hubo de contentarse con esta ascendencia: sin respeto á Deucalión y á las costumbres de su casa, hizo



El oráculo de Temis (1).

(1) Pintura de vaso, según Conze, *Vorlegeblatter fur archaol. Uebungen*, serie A, Tab. XI, 2. Bajo el pórtico de un templo, indicado por una columna sobrepuesta de un friso, Temis (ΘΕΜΙΣ) está sentada en el alto trípode délfico, con velo en la cabeza, patera en la mano izquierda, y una rama de laurel en la derecha. Según la leyenda, Temis recibió de la Tierra la propiedad del oráculo de Delfos, que después trasmitiría á Apolo. Delante de Temis se ve á Egeo (ΑΙΓΕΥΣ), coronado de laurel: el rey de Atenas ha ido á consultar al oráculo porque no tenía posteridad.

(2) Homero, que vivía, según se supone, hacia el año 900, y que Eforo nos representa como nacido en Esmirna de padres originarios de Cyme, no alude en modo alguno á esta tradición, ni nombra siquiera á Deucalión ni Ogiges. Aristóteles, que conoce á Deucalión, supone que el diluvio ocurrió en Epiro, donde se hallaba, cerca de Dodona, una *Hellas;* pero la leyenda de Deucalión, citada por Píndaro, era muy antigua en Grecia, formando parte de la tradición general que tantos pueblos de raza aria y semítica han conservado sobre un gran cataclismo, y que pudo revivir en Grecia por algunos hechos particulares, como el desbordamiento del lago Copais para Ogiges, y para Deucalión un movimiento de las aguas que, según Herodoto, cubrían primitivamente toda la Tesalia. Más tarde, la tradición caldea, que la Biblia ha conservado, se mezcló con la leyenda griega, como puede verse en Plutarco y Luciano.

nacer á Heleno de Pirra y de Zeos; y Pandora, otra mujer de Deucalión, fué madre de Graicos (1). Una hija de Deucalión alcanzó el mismo honor; y por obra de Zeos dió á luz al antecesor de los macedonios. Los griegos se empeñaban en tener por autor de su raza, y hasta de las que habitaban cerca, que sólo estaban helenizadas en parte, al que llamaban con buen derecho padre de los hombres y de los dioses.

Sobre este renacimiento de la humanidad circulaba otra leyenda, la de Prometeo formando el hombre; hasta sabíase de qué limo se había servido; y en Fócida se



Prometeo y Atlas (2).

mostraron los restos á Pausanias (3): era el cieno que las aguas del diluvio de Deucalión habían dejado al retirarse.

Las nuevas tribus que llegaban á tener por dominio la Grecia pelásgica estaban animadas de un espíritu más libre y heroico, concediendo menos á los dioses y más al hombre. El sacerdote iba á ceder su puesto de guerrero; de modo que con justicia los helenos ponían á la cabeza de su raza, como padre de Deucalión, al Titán que había robado el fuego del cielo para dárselo á los hombres y convertir á una raza degradada en rival de los dioses, gracias al invento de las artes. Por eso Júpiter fulmina sus rayos contra Prometeo, encadénale en la cima del Cáucaso, y un águila le corroe el hígado incesantemente; pero el Titán vencido espera aún y pronostica la victoria. «Júpiter, dice, caerá del antiguo trono de los cielos, precipitado por un gigante indomable, el cual encontrará un fuego más poderoso que el rayo, ruidos más

(1) Helánico, en los *Fragmentos de la Historia de Grecia*, de Didot, y Hesiodo.

(2) Pintura de vaso, según Gerhard. – Prometeo está encadenado por brazos y piernas á una columna en que se ha posado un ave. El águila de Zeos le desgarra el hígado, del cual caen gotas de sangre. Delante de él Atlas sostiene penosamente su pesada carga, que figura una roca. La serpiente no sirve más que para llenar un hueco. La pesada columna en que se apoya todo, aisla la escena del mundo, muy lejos del cual ocurre el hecho. Para Atlas véase más adelante la metopa de Olimpia.

(3) X, 4, 4.

pavorosos que el trueno, y que romperá en la mano misma de Neptuno el tridente de que se sirve para levantar el Océano y hacer saltar la tierra (1).»

Pero si el mito está de acuerdo con el genio nacional, aviénese poco con los hechos.

A pesar de esta genealogía tan bien formada, que divide la raza helénica en cuatro ramas, y que la presenta confundiendo en una sola generación á la Grecia entera, no vemos en la sociedad griega de la edad histórica más que dos grupos bien distintos de población helénica, los *jonios* y los *dorios*, que difieren, segun se verá, por las instituciones políticas y sociales, el dialecto y el arte, la arquitectura, la música, la poesía, y hasta por sus doctrinas filosóficas. Pero esos pueblos dejan, para los tiempos antiguos, el primer lugar á las tribus eolo-aqueas; si los jonios son entonces uno de los elementos considerables de la población helénica, no tienen una importancia marcada ni un nombre particular. Los dorios se mantienen oscuros también: solamente las otras dos tribus se presentan en medio de los engañosos resplandores de la época legendaria.

¿Qué eran los eolios? No sabemos si se deberá, como su nombre lo indica (2), ver en ellos una mezcla de pelasgos y de helenos formada en épocas desconocidas, en diversos puntos y en proporciones diferentes. En efecto, aquellos á quienes los antiguos daban este nombre no parecen haber sido una sola y misma tribu, pues el dialecto *eolio* parece menos una rama distinta de la lengua griega que la mezcla de todas las formas del idioma helénico, que no eran ni jonias ni dóricas. Se ha reconocido además con certeza que las más grandes afinidades del latín y del griego se hallan en el dialecto eolio, mucho más semejante que los otros á su tipo común, y que encierra sin duda los elementos de la lengua más antiguamente hablada en Grecia y en Italia.



Melampos y las Prétidas (3).

Vemos á los eolios diseminarse en una zona casi por todas partes marítima desde el Nordeste al Sudoeste; y se les encuentra en los alrededores del golfo Pagasético, en una parte de Beocia, en la Fócida, la Etolia, la Lócrida, la Elida y la Mesenia. Podaliro, Macaón, Filoctetes, Ulises, Nestor y Ayax, hijo de Oileo, eran de esta raza. Las leyendas incluyen en ella también á Jasón, el gran jefe de mar; al adivino Melampos, que comprendía el canto de las aves y sabía curar las más crueles heridas; al presuntuoso Salmoneo, y su hermano, el astuto Sísifo, fundador de Corinto, que en los Infiernos debía poner en la cima de una montaña una roca enorme, la cual caía siempre, en castigo de crímenes mal definidos; y por último, Atamas, el poderoso rey de los minios, el yerno de Cadmo, que fué padre de Melicertes, cuyo nombre recuerda un dios tirio. Atamas fué también padre de Frixos y de Hellé, á quienes quiso inmolar, y que Júpiter salvó enviándoles un carnero con el vellón de oro para trasportarlos fuera de Europa.

(1) Esquilo, *Prometeo*, 916-925. Prometeo fué para los griegos la personificación del principio de la civilización helénica. Esquilo le hace decir: «Soy el primero que ha sometido al yugo á las bestias de carga para aliviar á los hombres de los más duros trabajos, y he construído los *carros* de velas que corren por el mar.»

(2) Eolio, derivado de una palabra griega que significa matizado de diversos colores.

(3) Las tres hijas de Pretos, rey de Argos, atacadas de locura, son curadas por el adivino Melampos, que inmola un cerdo sobre sus cabezas. Otros dos personajes, una ninfa y un acólito, asisten á la ceremonia (camafeo regalado por el barón de Witte al Gabinete de Francia). Para la explicación del mito véase la interesante Memoria de M. de Witte en la *Gaceta Arqueológica*, 1879, páginas 121 y siguientes.

Los aqueos tienen una fisonomía menos marcada aún. Los antiguos les consideraban como eolios (1) con los cuales acabaron por confundirlos, y en ningún lugar se trata de arte ó de dialecto aqueo; de modo que no formaban una tribu particular. Así como los eolios también, preferían los parajes marítimos, y su historia se relaciona con el Oriente. Teucer, uno de sus héroes, tiene el mismo nombre que un rey de Troade, y se encuentran aqueos en Chipre y en Creta; pero alcanzaron más poderío, y á decir verdad, por ellos comenzó la historia de Grecia.

II. — LOS HÉROES AQUEOS: AQUILES, BELEROFONTE, PERSEO, HÉRCULES, TESEO, ETC.

Su primera residencia fué sin duda la Phthiótida, rico valle situado entre el Otris y el Eta, que el Esperqueios fertiliza, y cuya capital, asentada sobre rocas como el nido de un águila, tenía un nombre pelásgico, Larisa «la colgante.» Allí había vi-



Aquiles y el centauro Quirón (2).

vido Peleo, el héroe querido de los dioses, á quienes ofrecía hecatombes de carneros, y á quien amó Tetis, la diosa de los pies de plata. Su hijo Aquiles, fué educado en las montañas por el sabio centauro Quirón. Hombre de gran corazón, de invencible fuerza y de valor indomable, amigo cariñoso y fiel, recorrió rápidamente la carrera de la vida y fué segado en la flor de su juventud. La poesía ha rodeado su nombre de una gloria imperecedera, presentándole como ideal de los héroes de la raza helénica. «Tal era el fervor del culto tributado á su memoria, tal la abundancia de los monumentos que se le consagraban, que casi se podría reconstituir toda su historia con ayuda de los que nos quedan, por reducido que su número sea, en proporción á los que la antigüedad poseía. No hay circunstancia alguna de su vida que no se pueda consignar, á falta de testimonio escrito, por alguna obra artística; y

(1) Estrabón lo dice terminantemente (lib. VIII, 1, 2).

(2) Pintura de vaso, según el ánfora de Panfayos en el Louvre. — Quirón lleva en la mano derecha al niño Aquiles, y en la izquierda, apoyada en el hombro, una rama de árbol de la que pende una liebre. Diferenciándose de los otros centauros, Quirón, amigo de los dioses y de los héroes, tenía las piernas de hombre é iba vestido como tal.

así como se hace un libro con sólo indicar los pasajes de escritores griegos y latinos, poetas y prosistas que tratan de Aquiles, así también podría confeccionarse otro, por lo menos tan voluminoso, sin más que formar el catálogo de los monumentos que le conciernen (1).»

Las circunstancias de la vida del héroe, de quien tanto se han ocupado artistas y poetas, son principalmente: la purificación de Aquiles por su madre Tetis, que trata de hacerle invulnerable, ya sumergiéndole en las aguas de la Estigia, que cubren todo su cuerpo, excepto el talón, por donde le sostiene, y en el que la flecha de Paris inferirá mortal herida, ó bien colocándole en medio de las llamas, después de bañarle en ambrosía, para destruir todo cuanto en él hubiese de mortal; su educación por el centauro Quirón, que le alimenta en medio de los bosques del Pelión con médula de los leones y de los jabalíes; su permanencia en la isla de Esciros, donde su madre le había ocultado entre las hijas de Licomedes (2), descubriéndole allí la astucia de Ulises, quien le reconoce después de mezclar con los regalos ofrecidos á las jóvenes varias armas de que Aquiles se apodera al punto; su llegada á Aulide, donde no puede impedir el sacrificio de Ifigenia; sus hazañas y su cólera ante las murallas de Troya; la venganza que toma en el cadáver de Héctor; su victoria sobre la reina de las amazonas, Pentesilea, cuyo casco, al caer de su cabeza, deja en descubierto su maravillosa hermosura; el llanto de Aquiles por aquel funesto triunfo; las burlas del cobarde Tersite, á quien el héroe mata de un puñetazo; sus desposorios con Polixenes, una de las hijas de Príamo; la traición de Paris, que le hiere por la espalda; y el sacrificio expiatorio de Polixenes, que la sombra de Aquiles pide á los griegos.

Los aqueos del Sud se envanecían de poseer, no un jefe tan famoso entre los hombres, sino dos héroes que habían llevado á cabo, con ayuda de los dioses, hazañas más maravillosas, Belerofonte y Perseo.

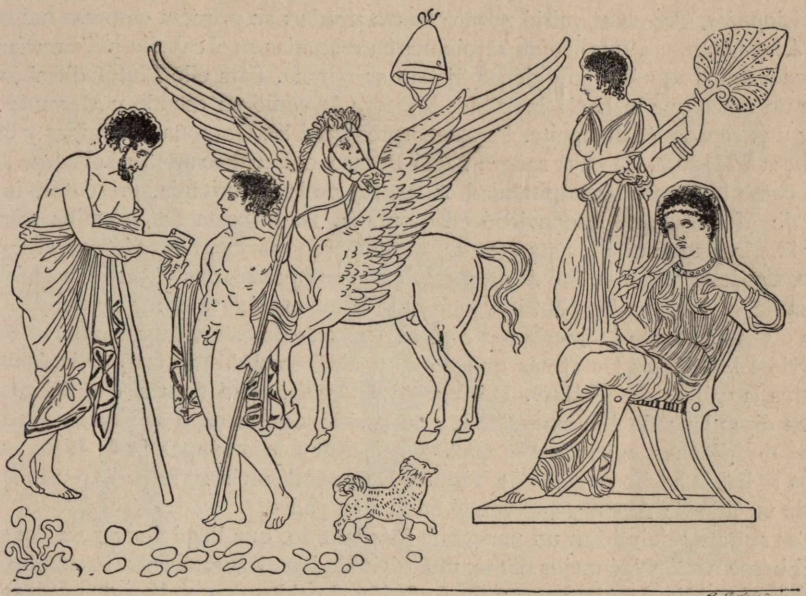
El primero era nieto del rey de Corinto, Sísifo, el más astuto de los mortales. Obligado á salir de Corinto por haber cometido un asesinato, dirigióse Belerofonte á Tirinto, donde el rey Pretos, descendiente de Dánao, le purificó de la sangre derramada. Enamorada de él la reina y ofendida al ver por él rechazadas sus pretensiones, acusóle ante su esposo; pero éste no queriendo mancharse las manos con la sangre de su huésped, envióle á su suegro, Jobato, rey de Licia, con una tablilla doblada en que había trazadas señales de muerte: era una recomendación á este príncipe para que se deshiciera de Belerofonte (3). El rey recibió al extranjero con mucha ostentación; durante nueve días, obsequióle con festines, y todas las mañanas sacrificó en honor de los dioses un toro para darles gracias por la llegada del huésped. Pero llegado el décimo día, preguntóle cuál era su mensaje, y después de

(1) Raoul-Rochette, *Monumentos inéditos de la antigüedad figurada*, pág. 2. Homero da el nombre de helenos únicamente á los guerreros que Aquiles condujo á Troya, y toda la Tesalia es para él «la llanura pelásgica.»

(2) Véase en Roux, *Herculano y Pompeya*, tomo II, lám. III y LXXII; t. III, lám. XCV, etc. Estas pinturas, ejecutadas por artistas griegos, son demasiado inferiores para que las reproduzcamos.

(3) *Ilíada*, VI. Se ha deducido de este pasaje que en tiempo de Homero no se conocía la escritura aún, y otro del canto VII confirma esta opinión. «Al oir las reprensiones de Nestor, nueve guerreros se levantan;... todos quieren combatir á Héctor, pero aquél les dice: Echad suertes... Cada cual de los héroes traza su señal y arrójala en el casco de Agamenón.» Estos textos pueden ser discutidos; los de Estrabón (VI, 1) y de Servio (*ad Aen.* I, 507), en los cuales se dice que no hubo leyes escritas antes de las de Zaleuco (hacia el 664 antes de J. C.), no son tampoco una prueba decisiva. Cuando se encuentran bajo las lavas de Santorín *medidas*, y en las localidades prehistóricas de Grecia tantas pruebas de comunicaciones con los países orientales, donde se usó muy antiguamente la escritura, nos inclinamos á creer que los griegos debieron conocerla pronto, aunque durante largo tiempo tuviese entre ellos un uso muy limitado.

haberse enterado de él, dióle orden de ir á matar la Quimera, monstruo con cabeza de león, cola de dragón y cuerpo de cabra, de cuyas abiertas fauces salían torbellinos de llamas. El héroe mató al monstruo con ayuda de Minerva, que le dió el caballo alado Pegaso, hijo de Neptuno y de Medusa. Jobato le mandó, después, combatir á los solimas y á las amazonas (1), y habiendo vencido á unos y otras, el rey, sin esperanza de conseguir su objeto en franca lucha, puso en emboscada á los guerreros más intrépidos de su pueblo; pero ni uno solo salió con vida de aquella empresa. Jobato, entonces, reconoció al favorito de los dioses y dióle á su hija por esposa. Próximo ya el fin de su vida, el héroe quiso escalar el Olimpo montado en



Pretos entregando á Belerofonte la tablilla fatal (2).

el Pegaso, pero se cayó y su cuerpo quedó destrozado, mientras el divino corcel pasaba á ser una constelación entre las estrellas.

Acrisio, rey de los argios y, como Pretos, descendiente de Dánao, tenía una hija, Dánae, á quien Júpiter amó, naciendo de esta unión Perseo. Un oráculo había predicho al rey que su nieto le arrebataría la corona y la vida; así es que apenas tuvo Acrisio noticia del nacimiento de Perseo (dice Simónides en su admirable Oda á Dánae), encerróle con su madre en un cofre que fué arrojado en medio de las olas.

«En el cofre, de notable trabajo artístico, mugen el viento que sopla y la mar agitada. Dánae, poseída de espanto y con los ojos llenos de lágrimas, rodea á Perseo

(1) Estas mujeres guerreras no son, por supuesto, sino una concepción mitológica que tuvo su origen en el culto homicida del Artemis Táurico; la Quimera parece ser la personificación de una región volcánica, aquella que llamaban la Frigia quemada.

(2) Pintura de vaso, según los *Monumentos del Instituto Arqueológico*, IV. Se representa á Belerofonte con las facciones de un joven; detrás de él está Pegaso, que le llevará á la Licia. La reina, cuyo amor ha rechazado el héroe, está presente en el momento de su marcha, sentada á la izquierda y sosteniendo el velo con la mano derecha; junto á ella está una sirvienta con un abanico.

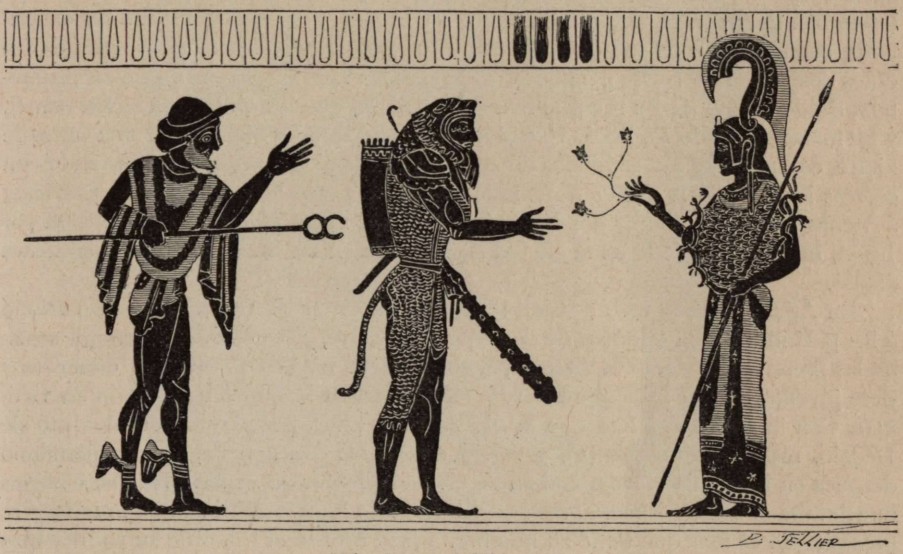
con sus brazos, y exclama: «¡Oh, hijo mío, cuánto es mi dolor! pero tú nada oyes y duermes con el corazón tranquilo en esta triste prisión de paredes unidas con clavos de bronce, en medio de esta noche sin luz, en estas negras tinieblas. No te inquieta la ola que pasa sobre tí sin mojar tu larga cabellera, ni el viento que muge, y reposas envuelto en tu cubierta de púrpura, dejando ver sólo tus bellas facciones. ¡Ah! si lo que me espanta te asustase á tí también, prestarías oído á mis palabras. Duerme, hijo mío; duerma también el mar; duerma nuestro inmenso infortunio; pero ¡oh Júpiter! que mis ojos puedan ver otra vez favorables tus designios. Quizás sea presuntuosa esta súplica que á tí elevo; mas perdóname en gracia de tu hijo.»

Las olas condujeron el cofre á la isla de Serifos, donde el rey dió la libertad á los prisioneros. Perseo adquirió pronto fuerza y valor: su primera empresa fué combatir á las Gorgonas, que tenían serpientes entrelazadas en el cabello y convertían en piedras á todos aquellos en quienes fijaban su mirada. Para ello Plutón dió al joven héroe un casco que le hacía invisible; Minerva le cedió su escudo y Mercurio sus alas y una espada de diamante. Perseo sorprendió á las Gorgonas dormidas y cortó la cabeza á Medusa, de cuya sangre nació Pegaso, del cual se apoderó el héroe. Después, como le negase la hospitalidad Atlas, rey de la Mauritania, presentóle la cabeza de Medusa, que le convirtió en montaña. En la costa de Palestina salvó á Andrómeda, expuesta á los ataques de un monstruo marino, y se casó con ella; pero Fineo, tío de la princesa, fué á interrumpir con sus partidarios el festín nupcial: la cabeza de la Gorgona los petrificó, sufriendo la misma suerte el rey de Serifos, que quiso obligar á Dánae á tomarle por esposo. Después de esta última hazaña el héroe devolvió á los dioses las armas que de ellos había recibido y clavó en la égida de Minerva la cabeza de Medusa. De regreso á Grecia, mató á su abuelo hiriéndole con un disco lanzado á la casualidad; y en el sitio donde cayó su espada fundó la ciudad de Micenas, cuyos muros mandó construir á los cíclopes de la Licia, como Pretos lo había hecho para los de Tirinto. Después de un largo reinado murió á manos de un hijo de Acrisio, que vengó en él á su padre.

Los aqueos reivindican un personaje más famoso, que llegó á ser para los griegos el héroe nacional, ó mejor dicho, una divinidad que figuraba entre los inmortales: era Hércules, hijo de Alcmenes y de Anfitrión. Los dos descendían de la raza divina de Perseo, y Anfitrión era el legítimo heredero del reino de Tirinto. Obligado á huir después de matar involuntariamente á su tío Electrión, dirigióse á Tebas, donde Júpiter tomó sus facciones para engañar la ternura de Alcmenes. Entonces nació Hércules; y Juno, que no podía perdonar á Alcmenes el haberle robado el amor de su esposo, envió dos serpientes para que mataran en su misma cuña al niño; pero éste las ahogó con sus poderosas manos. Enternecida por las súplicas de Palas, la diosa consintió en darle el seno para que fuera inmortal; pero el niño la mordió con tal fuerza, que la leche saltó hasta la celeste bóveda, donde fué á formar la Vía láctea. Hércules, que había pasado su infancia entregado á los rudos ejercicios de los pastores de Citerón, dió principio á sus gloriosos trabajos dando muerte á un león enorme que asolaba la campiña de Tespies; libró á Tebas del yugo de los orcomenos, y cerrando las salidas del lago Copais, convirtió la llanura en un inmenso pantano. Júpiter se sirvió de su robusto brazo contra los Titanes que trataban de escalar el cielo, mas no por eso dejó menos sometido á su hijo á la caprichosa voluntad de Euristeo, rey de Micenas, ya para cumplir un juramento hecho imprudentemente por el dios ó ya en expiación de un asesinato cometido por el héroe. Hércules tuvo que combatir al león de Nemea, á la hidra de Lerna, cuyas cabezas volvían á crecer si no se cortaban todas á un tiempo, al jabalí de Erimanto, á las aves gigantescas del lago Estinfalo y al toro de Creta. Alcanzó á la carrera, después de

perseguirla un año entero, á la corza de pies de bronce y de astas de oro del monte Cerineo; despejó los establos de Augias, desviando el curso del Alfeo; hizo que el rey de Tracia, Diomedes, fuese devorado por sus propios caballos, á los cuales alimentaba con carne humana; robó las manzanas de oro del jardín de las Hespérides, á pesar del dragón que las guardaba; mató al triple Gerión, y encadenó al Cerbero para poner en libertad á Teseo, detenido por Plutón.

Además de estos, que se llaman sus doce trabajos, efectuó otros muchos en sus largos viajes por Asia, Africa y Europa. Salvó á Hesione, hermana de Príamo, á la que un monstruo marino, enviado por Neptuno, iba á devorar; tomó la ciudad de Troya; mató en el Aventino al bandolero Caco, y en la Libia á Anteo, á quien ahogó, levantándole entre sus poderosos brazos, por haber visto que cada vez que de-



Hércules en el Olimpo (1).

rribaba al gigante, éste recobraba nuevas fuerzas al tocar la Tierra, su madre. Exterminó á los Centauros; libró á Alcestes de manos de la Muerte, y á Prometeo del buitre que le roía el hígado; ayudó á Atlas á llevar el cielo, y abrió el estrecho que las columnas de Hércules limitan. Desterrado á consecuencia de un homicidio, Mercurio le vendió por 3 talentos en Lidia, y hubo de hilar á los pies de Omfala. De regreso á Grecia, socorrió á los dorios contra los lapitas, apoderóse de los Estados de Amintor, rey de Orcomenes, y mató al rey de Œcalia con todos sus hijos, excepto Iola. Al ver á esta hermosa joven, Dejanira, mujer de Hércules, sospechó que iba á perder el amor de su esposo, y para retenerle, envióle, atendiendo al pérfido consejo de Neso, una túnica teñida en la sangre del Centauro é impregnada en el veneno de la hidra de Lerna. Apenas se la pone el héroe, un fuego secreto y terrible le abrasa; quiere arrancársela, pero su carne cae á pedazos; vencido por el mal, manda levantar una pira en la cumbre del Eta, y sube hasta allí después de entregar sus flechas á Filoctetes. Era la última prueba: los dioses reciben en el Olimpo

(1) Pintura de vaso, en el Louvre. El héroe, revestido de la piel de león, con la maza en la mano izquierda y el carcaj en el hombro del mismo lado, se adelanta hacia Minerva armada, que tiene una flor en la mano: detrás está Mercurio.

al héroe, purificado por el sufrimiento y el amor, y le dan la joven Hebé por compañera inmortal.

Las hazañas de Belerofonte y de Perseo tienen por teatro en particular el Oriente; la leyenda de Hércules es más nacional, aunque el héroe se distingue por su fuerza invencible en todo el mundo entonces conocido, no habiendo contribuído poco el tirio Melkarth á enriquecer su historia: la de Teseo es casi exclusivamente griega.

Este héroe, hijo de Egeo ó de Neptuno, nació en Trezena, en medio de los aqueos. Egeo había puesto su espada y sus sandalias bajo una enorme piedra; y á los diez y seis años, Teseo se creyó con bastante fuerza para apoderarse de aquellas prendas, que debían darle á conocer á su padre; pero no quiso presentarse en Atenas hasta después de haberse hecho digno del trono por sus hazañas. Cuatro bandidos infestaban la Argólida, el istmo de Corinto y el Atica: Sinis, que ataba á los extranjeros, cuando caían en su poder, á dos pinos encorvados en sentido opuesto, dejándolos después enderezarse para que desgarraran las víctimas; Escirón, que los precipitaba desde lo alto de las rocas al mar (1); Cerción, que los obligaba á luchar con él, y los mataba cuando les había vencido; y Procusto, que los ataba sobre una cama de hierro, cortando las extremidades de aquellos cuyos pies sobresalían y estirando con correas los miembros que eran demasiado cortos. Teseo los mató á todos, y al llegar á Atenas, hízose reconocer por Egeo, á pesar de la maga Medea, que repudiada por Jasón, habíase refugiado en la ciudad de Minerva en un carro tirado por serpientes aladas.

En Atica, el héroe tuvo ocasión también de mostrar su fuerza y su valor; venció á los palántidos, que trataban de despojar á su padre, y cogió vivo al toro que asolaba las llanuras de Maratón. Atenas pagaba á Creta un tributo de siete doncellas y siete jóvenes, que el Minotauro devoraba, y Teseo se brindó á ser una de las víctimas. Con la ayuda del hilo que le dió Ariadna pudo penetrar en el laberinto de Dédalo, mató al monstruo (2), y volvió á reunirse con aquélla, pero la abandonó después en la isla de Naxos. Habíasele olvidado retirar de su nave las velas negras que llevaba al salir, y Egeo, al ver aquella señal de luto, creyó á su hijo muerto, y se precipitó en el mar que tomó su nombre. Teseo heredó el trono de su padre é hizo sabias leyes para el Atica. Instituyó fiestas en honor de Minerva y de Apolo; y el barco que había traído de Creta condujo todos los años ofrendas á Delos. Con religiosa solicitud fué cuidada esta nave; reparada de continuo, y siempre la misma, conservóse durante siglos; y mil años más tarde, condujo aun á Delos la *teoría* sagrada.

Sin embargo, su afición á las aventuras lanzó de nuevo á Teseo en la vida errante. Tomó parte en la caza del jabalí de Calidón y en la conquista del vellocino de oro; combatió á las amazonas en las orillas del Termodón, robó á Elena, y quiso ayudar á su amigo Piritus á secuestrar á Proserpina; mas Piritus fué devorado por el Cerbero, y Teseo, encerrado en los Infiernos, no pudo salir hasta que Hércules fué á buscarle. De regreso á Atenas, al cabo de dos años de ausencia, escuchó las quejas de Fedra contra su hijo Hipólito, que era inocente, y maldíjole repetidas veces. Nep-

---

(1) Los megarenses, lejos de presentar á Escirón como bandolero, honrábanle como bienhechor; pero el paso de las rocas Escironias fué siempre peligroso, y no hace mucho era conveniente llevar escolta. Cuando en enero de 1870 atravesé el istmo de Corinto con viajeros procedentes de Atenas, varios soldados se hallaban escalonados de trecho en trecho á lo largo del camino para preservar de enojosos ataques á la caravana que pasaba en día fijo.

(2) Esta leyenda y la de Hércules, matando al león de Nemea, son un recuerdo de las escenas á menudo representadas en los cilindros y monumentos de la Asiria y de Caldéa.

tuno le había oído: un monstruo marino, saliendo de las olas, espantó á los caballos del joven príncipe, que derribado de su carro y enredándose en las riendas, expiró, destrozado entre las rocas á donde los furiosos cuadrúpedos le arrastraban. Desde aquel instante todo se vuelve contra Teseo. A pesar de sus servicios, el héroe pierde el amor del pueblo; los atenienses le expulsan; y una tempestad le arroja desde Creta á la isla de Esciros, cuyo rey le da muerte traidoramente. Cimón trasladó más tarde sus cenizas, y los atenienses le honraron como á un semidiós.

Pocos datos interesantes para la verdadera historia contienen las leyendas de Belerofonte y de Perseo, que, á lo sumo, pueden utilizarse como un eco de antiguas relaciones entre la Argólida y los países situados al Este y al Sud de Grecia. En la



Teseo y Elena (de un ánfora existente en Berlín).

de Hércules hay ciertamente hechos históricos; pero ¿cómo separarlos de lo maravilloso que les rodea, cómo separar por épocas y por pueblos la parte que cada uno ha aportado para realzar más la gloria y los trabajos del héroe por excelencia? Homero le conoce mal; pero los poetas cíclicos saben mucho acerca de él. Por lo pronto es necesario reconocer varios Hércules: el héroe griego y el dios fenicio; éste, que efectuó los viajes al rededor del Mediterráneo, es el sol, ó el que representa al pueblo navegante cuyas factorías llenaron las costas de Africa, de España y de la Galia. En el héroe griego se juntan varios personajes: uno de ellos, aquel que rompe las rocas, desvía los ríos, hunde las montañas para hacer correr las aguas y extermina las fieras, pertenece al tiempo de la civilización primitiva, á los primeros esfuerzos de una generacion naciente contra el mundo material, y hasta á la imaginación de todos los antiguos pueblos, que en sus teogonías complácense en hacer figurar un dios exterminador de los monstruos. El otro, que á la cabeza de algunos compañeros fieles defiende al débil contra el fuerte, castiga á los tiranos, derriba á los opresores y hace donativo de sus reinos á los valerosos, era de un tiempo menos remoto, de la época en que las tribus helénicas se disputaban la posesión de Grecia. Por último, se podría distinguir también el Hércules tebano, que se presenta como jefe

poderoso, como conquistador invencible; y el Hércules de Micenas, sometido, no se sabe por qué causas, á la caprichosa voluntad de su primo Euristeo.

Pero ¿á qué buscar historia allí donde no hay más que poesía legendaria, enriquecida con más detalles á cada nueva generación de poetas, y hasta de filósofos? Estos mezclaron ideas puramente míticas con relatos de aventuras humanas, y Hércules llegó á ser la personificación de agentes físicos, de fuerzas morales y de ideas astronómicas (1). Por eso fué el héroe salvador, que luchaba sin descanso por la redención del mundo. En Beocia se le veneró como al dios que ahuyenta los males (ἀλεξί-κακος) y da la salud (σωτήρ). Fué origen de vida y de fuerza, del aire puro y de la atmósfera luminosa. Mientras que los unos solamente veían en él al héroe á quien nada ni nadie resiste, otros le convirtieron más tarde en ideal de la perfección humana, considerando su vida entera como una pasión sufrida por la salvación de la humana especie (2). Hércules fué entonces el hombre divino, de quien todos los demás debían tomar ejemplo. De aquí la famosa alegoría que Prodico nos ha conservado, la aparición de dos mujeres al hijo de Alcmenes, cuando se dispone á entrar en la vida activa, una, majestuosa y severa, la Virtud; otra, risueña y dulce, la Voluptuosidad. Cada una se esfuerza por atraerle á sí é inducirle á que la acompañe en su camino; pero al fin el héroe se decide por la primera.

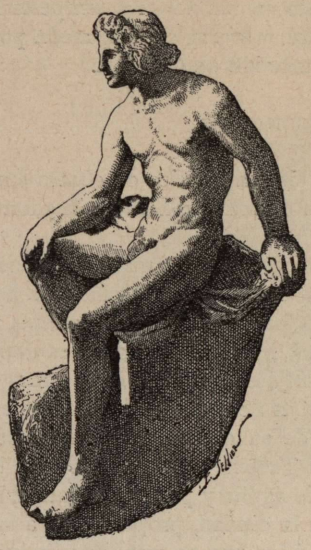
Teseo sigue siendo un hombre, un héroe. A pesar de su nacimiento en Trezena y de su juventud transcurrida en la Argólida, en medio de los aqueos, parece personificar una época de poderío, que el Atica alcanzó quizás antes de su grandiosa historia. La leyenda que conduce á Hércules á todos los países de Grecia no le atribuye trabajo alguno en aquella provincia; pero los atenienses buscaron el desquite haciendo de Teseo el héroe de Atica, como Hércules lo era de los pueblos de la Argólida y de la Beocia por su origen, y de los dorios, que tomaron á sus hijos por jefes y tuvieron siempre Heráclidas por reyes. Más adelante, al principio del capítulo IX, veremos qué instituciones se atribuyen á Teseo.

Si se quisiera pasar revista á todos los personajes de los tiempos heroicos, todavía encontraríamos: en Micenas, á los Pelópidas Atreo y Tieste, y su sangriento festín; en Esparta, á Tindaro y Leda, que fué amada de Júpiter y dió á luz á los Dioscuros Cástor y Pólux, famosos por su amistad fraternal, y á sus hermanas Elena y Clitemnestra, bellezas fatales; en Egina, á Eaco, el más justo de los hombres, y á sus hijos Telamón y Peleo, menos ilustres ambos que sus hijos Ayax y Aquiles; en Corinto, al astuto Sísifo, que encadenó á la Muerte y engañó á Plutón, obstinándose en vivir por segunda vez, cuando el dios le hubo permitido que volviera por algunos días á la tierra, y á Pirene, la madre inconsolable, cuyas lágrimas formaron la fuente del Acrocorinto; en Sicione, á la más antigua raza real; y en la Arcadia, á Atalante, la atrevida cazadora que aventajaba en la carrera á los griegos más ligeros, matándolos después de haberlos vencido. Sin embargo, fué derrotada á su vez por Hipómenes, quien para atajar la carrera de la indomable virgen arrojó ante ella tres manzanas de oro del jardín de las Hespérides, que Venus le había dado.

Las tradiciones nos presentan igualmente en Pilos al sabio Nestor, hijo de Nelea, único que escapó de la matanza realizada por Hércules entre los suyos; en el Atica, á Erecteo, que para alcanzar una victoria inmoló á sus tres hijas, víctimas voluntarias; á Céfalo el amante de Aurora, y á Oritia, que Boreo arrebató cuando jugaba con sus compañeras en las orillas del Ilisos. En la Etolia, el mito es Meleagro que mató al jabalí de Calidonia, enviado por Diana para asolar al país, y Ti-

(1) Sus doce trabajos recuerdan la marcha del sol á través de los doce signos del zodíaco.
(2) Véase, por ejemplo, el *Hércules furioso* de Séneca, versículo 762 y siguientes.

deo, padre de Diomedes; en la Tesalia, vemos á Pirito y la lucha de los lápitas y de los centauros, tantas veces reproducida por los artistas griegos; en la Phthiótida, Peleo, con su hijo Aquiles, nacido de Tetis, una de las Oceánidas, y el centauro Quirón, que conocía todas las plantas medicinales de las montañas y sabía leer el destino de los hombres en las estrellas, en medio de las cuales fué á formar, después de su muerte, la constelación del Sagitario; y por último Feres y Admeto, que hubo de ofrecer á su mujer Pelias, como regalo de boda, un carro tirado por un león y un jabalí salvaje (1), y cuya mujer, Alcestes, se dió voluntariamente la muerte para conservarle la vida.



Céfalo? (2)

Me faltaría espacio para referir las leyendas relativas á todos esos mitos; pero hay dos, Cástor y Pólux, que merecen se trate de ellos con algunos pormenores, porque han desempeñado un papel importante en las plásticas griega y romana. Homero no ve en ellos más que hombres, domador de caballos el uno é invencible el otro en el pugilato, y no los hace figurar en el sitio de Troya, «porque la tierra encerraba ya entonces en Lacedemonia á los dos héroes.» Desde el cantor de Aquiles al de los vencedores en los juegos nacionales, la leyenda se ha ido desarrollando; y en su décima *Nemea* refiere Píndaro su historia en la forma siguiente: Cástor, nacido de Tindaro, era mortal; Pólux, nacido de Júpiter, podía gozar de la inmortalidad de los dioses; pero habiendo el primero sucumbido en un combate, el segundo, que quiso morir con él, «implora al hijo de Saturno y le dice: ¡Oh padre mío, dios potente, haz que con él me arrebate la Muerte!...» El dios responde: «Te dejo elegir. ¿Quieres habitar en el Olimpo con Atenea y Ares, ó prefieres sacrificarte por tu hermano? Si estás resuelto á compartirlo todo con él, vivirás la mitad del tiempo en la tierra, y la otra mitad en los palacios de oro del cielo.» Pólux aceptó esta última proposición. Otras leyendas representaban á los Dioscuros como protectores de los marinos, guardianes de las leyes de la hospitalidad y de las reglas de los juegos gímnicos: Cástor era por excelencia el domador de los caballos, y Pólux el maestro de los atletas. También se les atribuía un



Oritia arrebatada por Boreo (3).

(1) Véase sobre este asunto el magnífico mosaico encontrado en Nimes en 1883. *Historia de los Romanos.*

(2) Pequeña estatua de bronce del Gabinete de Francia; altura 19 y medio centímetros. Céfalo (?) sentado en una roca, apoya en ella su mano izquierda; con la derecha, que está mutilada, supónese que empuñaba un venablo. La postura de esta estatua es idéntica á la del célebre Mercurio de bronce del Museo de Nápoles.

(3) Pintura de vaso, en una enóquea del museo del Louvre (*Monumentos griegos publicados por*

carácter belicoso; por esto los reyes de Esparta llevaban á la guerra sus imágenes, y los romanos pretendían haberlos visto en sus filas en la gran batalla del lago Regilo (1). Estas divinidades eran muy populares, y numerosos sus templos. En la expedición de los Argonautas habían salvado á los héroes calmando una tempestad, y en el mismo instante habíase visto brillar una estrella sobre su cabeza, razón por la cual se suponía su residencia en el cielo en la constelación de Géminis.

III. — GUERRAS DE TEBAS; LOS ARGONAUTAS

Los poetas han reunido casi todos los jefes de la Grecia heroica en cuatro empresas famosas, las dos guerras de Tebas, la expedición de los Argonautas y la guerra de Troya.

Layo, el rey tebano, atemorizado por siniestros oráculos, había mandado abandonar á su hijo Edipo en el monte Citerón. Unos pastores recogen al niño y le llevan á Corinto donde el rey Polibio, cuyo matrimonio ha sido estéril, le adopta y educa como si hubiese nacido en su casa. Ya hombre, Edipo llega á saber que debe ser fatal á todos los suyos, y para evitar su muerte aléjase presuroso de Corinto y de aquellos á quienes cree sus padres. En las montañas de Beocia encuentra á un anciano que con acento imperioso quiere desviarle de su camino; empéñase una lucha y cae aquél mortalmente herido. Edipo llega á Tebas: un monstruo, con la cabeza y el pecho de doncella, cuerpo de león, alas de águila y poderosas garras, la Esfinge, venida del Oriente, se halla á las puertas de la ciudad, proponiendo á los que pasan sus indescifrables enigmas y despedazando á los que no pueden adivinarlos. Creón ha prometido la mano de su hermana Yocasta, viuda de Layo, á quien libre á la ciudad de tan terrible huésped; Edipo lo intenta; descubre el sentido del enigma, y el monstruo vencido precipítase desde lo alto de las rocas y muere. Edipo, esposo de Yocasta y rey de Tebas, llega á ser así asesino de su padre, esposo de su madre y hermano de sus hijos.

Instrumento inocente de una implacable fatalidad, Edipo es á su vez víctima de ella.

Una peste diezma la ciudad; consultando á los dioses, Edipo trata de saber cuál es el medio de apaciguar su cólera y salvar con ello al pueblo, y averigua con espanto que los tebanos experimentan el castigo de sus crímenes, que hasta entonces no había conocido. Yocasta, no queriendo sobrevivir á la horrible revelación, se estrangula, y el que es á la vez su hijo y esposo, condénase á sí mismo á no ver más la luz; se arranca los ojos, y después abandona aquel palacio manchado con tanto crimen. Con su hija Antígona, que guía piadosamente sus pasos, vaga largo tiempo por diversos países, siendo objeto de espanto para cuantos le encuentran, y rechazado en todas partes apenas se le reconoce. Al cabo de largos padecimientos llega á Colona, cerca de Atenas, «única ciudad, dice el poeta, donde el extranjero puede hallar un refugio» (2).

El oráculo le había anunciado que sólo hallaría reposo junto á las Euménides, las diosas de las venganzas divinas, á quienes se había consagrado un bosque en

---

la Asociación para el fomento de los Estudios griegos, 1874, lám. 2). El dios vestido con una túnica corta ceñida al talle y con una clámide de rica bordadura, se lleva á la joven que se debate en vano en un postrer esfuerzo: ésta viste un largo y rico peplo de tela trasparente. La pierna derecha de Boreo tendida hacia adelante, los pliegues de la clámide y del peplo que el viento agita é impele hacia atrás, marcan la rapidez del movimiento que arrastra á la divina pareja.

(1) *Historia de los Romanos*, tomo I.

(2) Sófocles, *Edipo en Colona*, 261. Véase el cap. XX.

Colona; Edipo penetra en el temible recinto, á pesar de las lágrimas de su hija, y suplica á las diosas, «venerables y terribles,» que cumplan la palabra que respecto á él diera Apolo. «A vosotras invoco, dice, ¡oh dulces hijas de las antiguas tinieblas, y á tí, noble ciudad de Atenas, que llevas el nombre de Palas! tened compasión de Edipo ó de lo que de él resta.» Las diosas atienden su plegaria, desciende el rayo y desaparece el mísero parricida. Solo Teseo conoce el lugar de su sepultura, y los



Edipo y la Esfinge (1).

gobernantes atenienses se transmitirán misteriosamente este secreto temible, en el que los dioses han cifrado la suerte de la ciudad (2).

Sin embargo, sus dos hijos, Eteocles y Polínice, se disputaban su trono; este último, expulsado por su hermano, retiróse al palacio de Adrasto, rey de Argos, que le dió una de sus hijas por esposa y le condujo de nuevo delante de los muros de Tebas, con un ejército mandado por siete caudillos ilustres (1214?). Meneceos, hijo de Creón, salvó la ciudad, entregándose voluntariamente á la muerte para ofrecer á Marte la sangre real que el adivino Tiresias pedía en su nombre. Todos los jefes, raza impía, sucumbieron, excepto Adrasto, el cual escapó victorioso á los tebanos,

(1) Pintura de vaso *(cylix* de Vulci, en el Vaticano) según una fotografía (Cf. *Museo gregoriano*, II, tav. LXXXIV, 1 *b*). Edipo, cubierta la cabeza con un petaco y vistiendo la clámide, está sentado en una roca, y entre sus piernas cruzadas tiene el bastón de viaje. Delante de él, sobre una columna jónica, está la Esfinge, con cabeza de mujer; habla, y la inscripción KAITRI se refiere al enigma que propone. Se puede leer y completar: καὶ τρί[πουν], y que tiene tres pies.

(2) Sófocles, *Edipo en Colona.*

gracias á su corcel Arión, que Neptuno hizo surgir de la tierra al golpe de su tridente. Capaneo, uno de ellos, había osado desafiar á Júpiter, y el dios le hirió con sus rayos; su mujer Evadne, no queriendo sobrevivirle, se arrojó, cual una viuda india, á la hoguera donde se consumía el cuerpo de su esposo.

Tebas perdió también su rey, víctima de la fatalidad que perseguía á la raza de los Labdácidas. Cuando el coro de las jóvenes tebanas quiso impedir á Eteocles que fuera al combate, había éste contestado: «Hace largo tiempo que los dioses nos han rechazado. Nuestra sangre es la única ofrenda que les agrada: el Destino lo quiere. ¿Por qué le engañaría yo con cobardes complacencias (1)?» Y al decir esto se precipitó fuera de las puertas de la ciudad y el doble fratricidio preparado por las imprecaciones de Edipo quedó consumado. Muertos los dos hermanos en singular combate, la corona recayó en su tío Creón, quien prohibió darles sepultura, y ha-



Frixo y Hele (2).

biendo Antígona osado protestar contra esta orden bárbara, el tirano ordenó que le diesen muerte (3); pero Teseo, guardián y vengador de las leyes morales, declaró la guerra á Creón y le arrancó la vida. Más tarde, los hijos de los siete jefes, los *Epigones*, marcharon contra Tebas (siglo XII?), y tomáronla después de sangrientos combates. Laodamas, hijo de Eteocles, fué muerto, ó huyó á Tesalia con parte de los tebanos, y Tersandro, hijo de Polínice, reinó en la desolada Tebas. Aquí termina la terrible leyenda. Tiresias, que había predicho los espantosos acontecimientos, acabó con ella, después de haber vivido «siete edades de hombre.»

(1) Esquilo, *Los Siete contra Tebas*, 702-704.

(2) Pintura de vaso, según el *Boletín Arqueológico*. – Frixo y Hele atraviesan el mar montados en el carnero que debe salvarlos. El mar se indica bajo ellos en la parte de vaso que nuestro grabado no reproduce, por un tritón, por Scila y por peces. Arriba brilla el sol, cuyo disco radiado se puede ver. Frixo se coge con la mano derecha á los cuernos del carnero, y con el brazo izquierdo sostiene á su hermana. Esta ha pasado el brazo derecho por los hombros de su hermano, y con la mano izquierda sujeta su velo, que flota al viento; lleva la cabeza echada hacia atrás, y Frixo vuelve la suya para ver si les siguen. Nefelé protege la fuga de sus dos hijos: del cuerpo de la diosa de las nubes no se ve más que la parte superior, y tiene desplegado su manto como para ocultar á los fugitivos á la vista de sus perseguidores.

(3) Véase en el cap. XIX la *Antígona* de Sófocles.

La expedición de los Argonautas nos conduce, no solamente á los confines de Grecia, sino á los del mundo conocido de los helenos. La fama había llevado hasta muy lejos el rumor que circulaba sobre las inmensas riquezas de Eetes, rey de la Cólquida, y la poesía las simbolizó bajo la forma de un vellocino de oro, consagrado á Marte y custodiado por un dragón: era el despojo del carnero que Júpiter había dado á Frixo y á Hele para huir del enojo de su padre Atamas. Al cruzar el estrecho que separa á Europa del Asia, Hele se dejó caer en el mar que guardó su nombre; Frixo llegó á la Cólquida, sacrificó el carnero á Júpiter y dió al rey del país el vellocino, que llegó á ser como el *palladium* de la Cólquida, la prenda de su riqueza y de su esplendor. Jasón, hijo del rey de Yolcos, Esón, á quien su hermano Pelias había arrebatado el trono, se propuso reconquistar el precioso vellocino, y con este fin armó la nave *Argos*, cuya construcción dirigió Minerva, y cuyo mástil, formado con una encina fatídica de Dodona, pronunciaba oráculos. Cincuenta guerreros montaron la nave, siendo los más ilustres: Hércules, que abandonó la expedición; Teseo, Pirito, Cástor y Pólux, Meleagro, Peleo, el poeta Orfeo, cuyos cantos, celebrados por los dioses, desterraban la discordia, y el médico Esculapio, hijo de Apolo, á quien ninguna enfermedad podía resistir. El fenicio Fineos, que guardaba la entrada del Helesponto, les indicó el camino que debían seguir: entiéndase que los fenicios habían precedido á los griegos en aquellos mares, siéndoles conocidas las riquezas que se podían hallar en sus orillas.

«Cuando hubieron, dice Píndaro (1), levado el ancla que suspendieron del espolón de la nave, el jefe de tantos héroes, de pie en la popa, con una copa de oro en la mano, invoca á Júpiter, que fulmina el rayo, á los vientos impetuosos y á las olas rápidas; y les pide noches serenas, días felices y la dulce dicha del regreso. Desde el seno de las nubes, el trueno le contesta con señales propicias, y los héroes se reaniman, confiando en ellas. El adivino aconseja que se dejen caer los remos, que infatigables brazos mueven rápidamente, y los viajeros se lanzan por las húmedas rutas (2).»

Al salir la flota ateniense para Sicilia se practicarán las mismas ceremonias; y Escipión las repetirá al abandonar á Siracusa, cuando vaya á destruir la ciudad de Cartago. Después de muchas aventuras, Jasón llega á la Cólquida y granjéase el afecto de la hija del rey, Medea, poderosa maga, para quien no tienen secreto alguno las plantas. Medea revela á Jasón todos los peligros que le amenazan; pero dándole al mismo tiempo á conocer los medios de triunfar en su empresa. Ayudado de tan temible arte, Jasón coge y doma sin trabajo dos toros que tienen los pies y las astas de bronce y vomitan llamas; los unce á un arado de acero, clava en sus enormes costados el aguijón penetrante, y labra cuatro fanegas de un campo consagrado á Marte. Después siembra los dientes de un dragón, y de ellos nacen hombres armados que le atacan; pero arroja una piedra en medio de ellos, y vuelven sus armas contra sí mismos. Jasón se acerca entonces al monstruo que guardaba el maravilloso vellocino; le adormece con auxilio de un brebaje mágico, le mata y roba el tesoro (3). Medea le sigue á su nave; mas para escapar de la tenaz persecución de Eetes,

(1) *Píticas*, IV, 340.

(2) Himno á Apolo.

(3) Véase el grabado de la página 56, pintura de un vaso tomada de los *Monum. dell'Instit. archeol.* V. tav. XII. En el centro álzase un árbol que divide la escena en dos mitades, en cada una de las cuales los personajes están distribuídos en dos planos. De las ramas pende el vellocino de oro: alrededor del tronco está enroscado el dragón que lo custodia. Jasón (ΙΑΣΩΝ) á la izquierda y Hércules (ΗΡακλῆς) á la derecha se disponen á herir al monstruo, el primero con su lanza y el segundo con su clava. Detrás de los héroes y apercibidos al combate están tres Argonautas, sus com-

los Argonautas toman otro camino; remontan por el Fase hasta el río Océano, que rodea como un anillo inmenso el disco de la tierra, costean las riberas del Oriente, y por el Nilo vuelven al Mediterráneo.

Según otros relatos, los atrevidos navegantes fueron por el Norte y el Oeste á la región afortunada donde los macrobios vivían doce mil siglos sin enfermedades; á la de los cimerios, rodeada de tinieblas eternas; y por último al mar de hielo y al Océano occidental hasta las columnas de Hércules. Los que se esforzaban para acercar la leyenda á la historia hacíanlos remontar solamente el Danubio, desde donde, arrastrando su nave, pasaban al Adriático, y después al río Eridano, al Ródano y al mar de Toscana. Circe la encantadora, tan fatal más tarde para los compañeros de Uli-



Jasón y Hércules luchando con el dragón ayudados por Medea.

ses, socorre á los de Jasón; las Nereidas levantan con sus manos la nave para hacerla atravesar el peligroso estrecho de Caribdis y de Scila. Las sirenas los llaman con sus voces armoniosas, mas Orfeo destruye el funesto encanto con los acordes de su lira. Una tempestad los arroja á la costa de Africa, donde visitan el jardín de las Hespérides, cuyas manzanas de oro acaban de ser robadas por Hércules; después cruzan de nuevo el mar de Creta y llegan por fin á Grecia en donde Medea infunde espanto con sus furores.

Durante el viaje, y á punto de ser alcanzada por su hermano, había entregado á éste á los golpes de Jasón, y haciendo después pedazos su cuerpo, sembró las carnes lívidas y los huesos rotos á lo largo del camino que su padre seguía, para dete-

---

pañeros. En el plano superior, á la izquierda, el hijo de Boreo y de Oritia, el alado Kalais (ΚΑΛΑΙΣ), toma parte en la lucha. A la derecha, Medea (ΜΗΔΕΙΑ), ricamente vestida con asiáticos ropajes, ayuda á los contendientes con su poder mágico: en la mano izquierda lleva una caja y con la derecha se dispone á arrojar algunas hojas al dragón. Detrás de ella y haciendo juego con la figura de Kalais, hay un Amor alado que, sentado en una roca y con un espejo en la mano, contempla á la maga.

nerle en su persecución. En Yolcos rejuvenece con sus artes al anciano Esón, y hace que las hijas de Pelias destrocen á su padre, asegurándoles que si mezclan sus miembros en una caldera hirviente con hierbas mágicas, disfrutarán de nueva vida. Sin embargo, Jasón abandona á Medea, que mata entonces á sus propios hijos, regala á Creuse, su rival, una túnica envenenada, se eleva en los aires en un carro tirado por dragones alados y se refugia en Atica, donde llega á ser esposa de Egeo.

En esta leyenda, donde se confunden bastante mal dos leyendas distintas, la gran maga eclipsa á los héroes en quienes al principio se fijaba preferentemente la atención. Al narrar la lejana expedición de éstos, los poetas habían querido resumir las diversas empresas de los griegos hacia el mar Negro, del mismo modo que las correrías del Hércules de Tiro resumían todos los viajes de los fenicios en dirección al Oeste. En cuanto á los pormenores del regreso, acabamos de ver que se multiplicaron á medida que se extendieron los conocimientos y las hipótesis de los griegos acerca de las regiones del Norte y de Occidente.

Es digno de notarse el hecho de que los griegos hayan tenido dos ciclos de leyendas nacionales en los países lejanos: la *Odisea* y las *Argonautas*. Los romanos no mostraron nunca tan ardiente curiosidad. Lejos de encerrarse dentro de los estrechos límites de su horizonte, los griegos trataron de ensancharlos, sondeando sin cesar las profundidades desconocidas. Esa pasión es muy propia del pueblo viajero por excelencia, que buscó en las olas del mar Jónico las huellas de Ulises, en las del Euxino las de Jasón, y que tiene, en fin, colonias esparcidas por todas las costas.

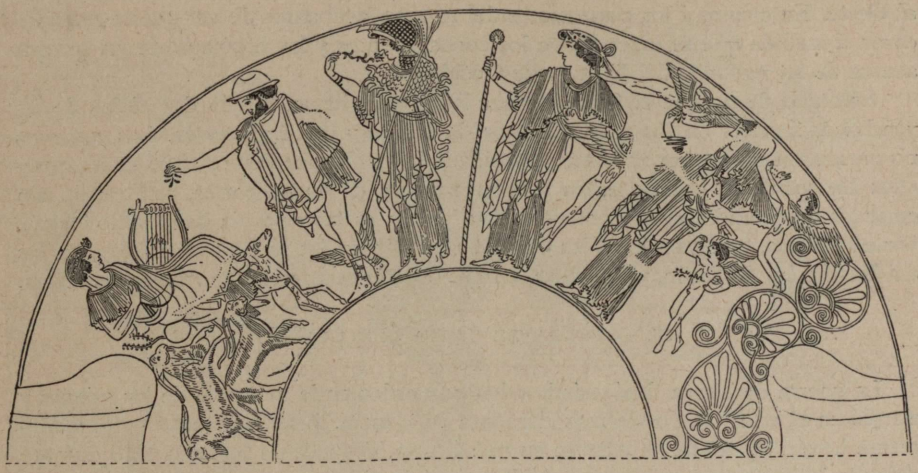
IV. — GUERRA DE TROYA (1193-1184?)

La guerra de Troya dejó más hondos recuerdos en la memoria de los griegos y ejerció en el arte y la poesía más duradera influencia. Este acontecimiento, ciertamente histórico, señala el instante en que Grecia, después de haber sufrido durante siglos la invasión que se operaba de Oriente á Occidente, experimentó á su vez una reacción y dió principio á un movimiento en sentido opuesto. Algunas de las circunstancias que se atribuyen á esa guerra tienen hasta un grado de certeza más apreciable que ninguno de los hechos de la expedición de los Argonautas ó de las guerras de Tebas; pero la poesía ha revestido todos los incidentes de maravillosos pormenores, que la *Iliada* consagró para siempre (1).

Del conjunto de las tradiciones resulta que se había constituído un Estado poderoso frente á Grecia, en la costa oriental del mar Egeo. En los tiempos primitivos, la cosa más necesaria era la seguridad: así es que Troya, capital de ese reino, no

(1) Como los cantos de los antiguos poetas no se escribieron hasta muy tarde, transmitiéronse durante largo tiempo por la tradición oral con numerosas variantes. Uno de esos cantores, Homero, émulo feliz de los Demodocos y los Femios, de quienes se habla en la *Odisea*, hubo de tomar por asunto particular en sus versos uno de los episodios del *Ciclo troyano*, la *Cólera de Aquiles*, y este episodio se ha transmitido hasta nosotros aumentado con retoques sucesivos. Otro, ú otros varios, pues se distinguen en la *Odisea* varias partes, el *Nostos* ó Regreso de Ulises, la *Telemaquia*, etc., debió componer la *Odisea:* estas dos obras son la última forma de una poesía popular, por otro concepto extensa, que había celebrado los altos hechos de los héroes de Grecia. (Sobre la primera edición de los poemas homéricos, véase el cap. X.) En cuanto á Hesiodo, no hay ni siquiera seguridad de que la *Teogonía* sea de él; pero estos son asuntos de los filólogos, que no nos incumben. Basta que la obra sea muy antigua, lo que nadie contradice. La tesis de T. A. Wolf vuelve á estar en favor. M. G. Christ (*Homeri Iliadis carmina sejuncta*, etc.) cree que la *Iliada* es un grupo de cantos más bien que un poema concebido desde el principio al fin por Homero, y M. M. Croiset (*An. de la Soc. de los Estudios griegos*, 1884, pág. 66) piensa lo mismo. Sobre la literatura de esta cuestión, véase S. Reinach, *Man. de filología*, tomo I, pág 168, núm. 2.

estaba emplazada en la costa desprovista de puertos y protegida por la isla de Tenedos contra las tempestades del Oeste, sino que como Atenas, Argos y Corinto, hallábase á suficiente distancia del mar para no temer un repentino ataque de los piratas, y como ellas, apoyábase también en una empinada roca de 400 pies de elevación, cuyas vertientes abruptas estaban en muchas partes cortadas á pico, y en cuya cumbre se alzaba la ciudadela, Pérgamo, donde se podía refugiar el pueblo en caso de alarma. El Simois, bajando del Ida, rodeábala por el Este con sus ondulaciones, y el Escamandro, formado por los numerosos manantiales que nacen en la roca de Bunarbaqui, fertilizaba el valle, donde se apacentaban los rebaños de los reyes. Diversos pueblos ó dominaciones diferentes se fueron sucediendo en este



El juicio de Paris (1).

Estado; la última fué la de los Dardanios, cuyo imperio se extendió hasta Caicos, hacia las fronteras de la Lidia, y que tenían por aliados á varios pueblos de la península. Entonces reinaba Príamo; y su capital, Troya ó Ilion, era célebre por la solidez de sus murallas, las riquezas y el lujo de sus habitantes, cuyas costumbres y religión, así como la lengua, eran los mismos de los helenos, aunque en mayor grado de adelantamiento. Reconocían á Apolo por su dios protector; y en el Ida fué donde las tres diosas habían conferido á Paris el derecho de otorgar el premio de la belleza, y donde Afrodita dió por hijo á Anquises al piadoso Eneas.

Sin embargo, un inveterado odio nacional separaba á los griegos de los troyanos y acabó por armarlos unos contra otros.

Los mutuos ultrajes no bastan para explicar aquella rivalidad mortal. Herodoto vió una primera lucha de la Grecia pobre y guerrera contra el Asia rica y civilizada.

(1) Pintura de un vaso de la fábrica de Hierón, según Conze: Hierón florecía en el siglo V antes de nuestra era. El juicio de Paris es uno de los asuntos favoritos de los artistas, particularmente de los de la antigüedad, pintores de frescos ó de vasos. Aquí Paris está sentado á la izquierda sobre una roca del Ida, en medio de un rebaño de cabras. El joven pastor lleva corona de hojas y tiene una cítara en la mano. Delante de él y guiadas por Hermes, están las tres diosas: Hermes, á quien se reconoce por sus talares y su petaco, entrega una flor á Paris. Las tres diosas tienen también una flor en la mano: la primera es Atenea con la égida; la segunda Hera con el cetro, y la última Afrodita rodeada de cuatro Amores alados que le ofrecen flores y coronas; la diosa sujeta una paloma con la mano izquierda.

Otros representaron á la ciudad de Príamo como pelásgica, y vieron en su ruina, por mano de los helenos, el último término de una lucha de dos razas, que después de haber tenido la Grecia por campo de batalla, terminó de una manera ruidosa en un teatro más vasto. Herodoto, que es el que más de cerca pudo estudiar los acontecimientos, parece también ser el que más se aproxima á la verdad.

Para la leyenda, el odio de los dos pueblos no es más que el odio de dos familias: la de los hijos de Príamo sostenidos por Apolo, el dios asiático, y la de los de Pelops, á quienes protege la diosa de Argos, Hera ó Juno, cuyo culto no fué nunca popular en la costa de Asia. Ese odio databa de luenga fecha, de la época en que los dos reinos de Troada y Frigia se disputaban la preponderancia en el Asia Menor.

En Frigia reinaba Tántalo: cierto día que recibió á los dioses á su mesa, quiso poner á prueba su poder, é inmoló á su hijo Pelops, para servirles sus miembros



Muerte de Enomao y triunfo de Pelops (1).

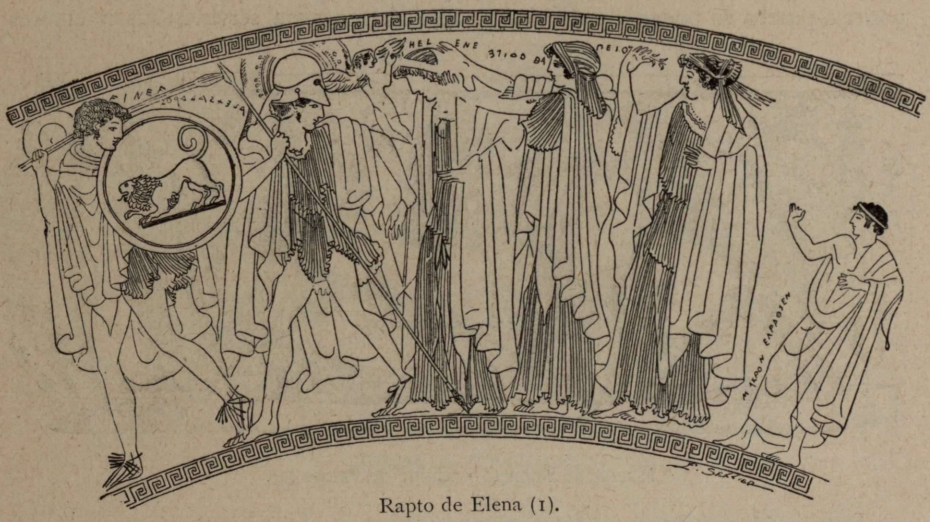
desgarrados. Júpiter ve el crimen y esta audacia sacrílega, y precipita al culpable en los infiernos, donde en medio de la abundancia, sufrirá eternamente el tormento de una sed y un hambre crueles.

Los griegos no temían atribuir á sus divinidades malas pasiones que las acercaban á la humanidad. En la leyenda de Niobe, los dioses castigaron á la hija de Tántalo por un noble sentimiento, el orgullo materno; pero los artistas agradecieron á los poetas que les hubiesen suministrado un magnífico asunto para un grupo escultórico. Orgullosa con los doce hijos que había dado á Anfión, rey de Tebas, Niobe agravió á Latona, poniendo en parangón su feliz fecundidad con la esterilidad de la diosa, que solamente había dado á luz los dos gemelos nacidos en la errante Delos, Apolo y Artemis. Para vengar á su irascible madre, el dios destructor de los mons-

(1) Bajo relieve de un sarcófago existente en el Louvre. – 1. En la primera escena, á la izquierda, Pelops conversa con Enomao, y detrás del rey está un servidor armado. – 2. Sigue la carrera, que se desarrolla en la llanura de Pisa, personificada por la ninfa tendida en tierra; á su lado se ven, en una canastilla, las ramas de palmera reservadas al vencedor. Enomao, vencido, cae bajo sus caballos, cuyas riendas sujeta aún; y junto á Mirtilo, que le ha vendido, un servidor espantado eleva la mano al cielo. Pelops, vencedor, tiene su látigo en la mano, y á su izquierda se ve un hombre que se dispone á coronarle. Esta última figura y la del jinete que precede al carro están tomadas de las representaciones del circo romano, lo cual supone una fecha relativamente poco antigua. – 3. Pelops ha recibido el premio de su victoria, y guiado por el Amor llévase á Hipodamia, á quien anima su anciana nodriza.

truos y la implacable virgen lanzaron contra los Nióbidas aquellas flechas que jamás dejaban de dar en el blanco. Todos perecieron, y Niobe quedó convertida, en el monte Sipiles, en un manantial formado con sus lágrimas, que los rayos del Sol secaban antes que llegase á la llanura, como los dardos de Apolo habían secado las fuentes de vida en el seno de los Nióbidas.

En el festín de Tántalo, Ceres, absorta en el dolor que le causaba la pérdida de su hija Proserpina, había devorado un hombro de Pelops, sin reconocer aquella carne detestable; pero Júpiter reanimó al niño dándole un hombro de marfil, cuyo contacto debía curar todas las enfermedades y que, sin embargo, no aseguró la victoria al nuevo rey de Frigia cuando atacó á los troyanos. Vencido por Tros, rey de Ilion, Pelops se ve obligado á refugiarse en Grecia, á donde se dirige llevando con-



Rapto de Elena (1).

sigo inmensos tesoros é intrépidos compañeros. En Elida quiere obtener la mano de Hipodamia, hija del rey de aquel país: trece pretendientes han perecido ya, pues Enomao, advertido por el oráculo de que su yerno sería causa de su muerte, desafía á la carrera á los que pretenden la mano de su hija, seguro de vencerlos con sus velocísimos caballos, y los mata después de haberlos derrotado. Pelops soborna al carrero de Enomao que quita la clavija de las ruedas; el carro vuelca en la pista, Enomao muere y Pelops le sucede en el trono. Otras versiones suponen que Neptuno había dado á Pelops un carro de oro con caballos alados. Su autoridad ó su influencia se extendió á las islas vecinas y á la península Apia, que tomó su nombre: es el país de Pelops con sus islas, νῆσος, ó Peloponeso.

---

(1) Pintura de vaso, según la *Gaceta Arqueológica*, VI (1880): lám. VIII (de Witte). El vaso lleva la firma del ceramista Hierón y del pintor Macrón (MAKPON ΕΛΡΑΦSEN, Macrón lo pintó). – Elena ha cedido á las inspiraciones del Amor, de Venus y de la Persuasión, y Paris la arrastra. Delante del héroe va Eneas (AINEAς) quien, por orden de Afrodita, había acompañado á Paris á Grecia y como éste va armado. Paris (ALEXSANΔPOS) tiene asida fuertemente á Elena (HEVENE) con la mano izquierda y se vuelve hacia ella con un ademán que se halla á menudo en los antiguos monumentos. Elena le sigue con lentitud, inclinada ligeramente la cabeza y con la mano izquierda sobre el pecho: encima del doble chitón lleva el amplio peplo de desposada. El Amor le ciñe una corona, mientras Afrodita (AΦρOΔITE) le ajusta el peplo y le eleva hasta la frente de la joven esposa. Pitho (ΓΕΙΘΩ) sigue á Venus con una flor en la mano.

Pero este favorito de los dioses deja una abominable descendencia: Tiestes mancilla el lecho de su hermano y Atreo renueva el festín de Tántalo, sirviendo á Tiestes los miembros de sus hijos. Agamenón y Menelao fueron sus nietos; Egisto, nacido del incesto de Tiestes con su hija Pelopea, asesinó á Agamenón, y cayó bajo los golpes de Orestes, que hirió también á su madre Clitemnestra. Tal es la familia de los Atridas, cuyos crímenes y desgracias han servido por tanto tiempo de asunto á la poesía y al arte. Una vez conquistado ú obtenido el poder en las costas occidentales del Peloponeso, los Pelópidas, después de acontecimientos que ignoramos y que la tradición presenta bajo la forma de convenios pacíficos, trasladaron á las costas orientales el centro de su imperio, reemplazando en la Argólida á la raza real



Ifigenia en Táurida (1).

de los hijos de Perseo. Atreo, Tiestes y Agamenón reinaron sucesivamente en Micenas, entonces capital del país, y Menelao en Esparta y en la Laconia, por haberse casado con Elena, hija de Tindaro. Su influencia se extendió á toda la península Apia, y muchas islas se le sometieron. Todos fueron grandes caudillos de mar y tierra, y de su riqueza y poderío son buena prueba los descubrimientos hechos en Micenas. Paris, hijo de Príamo, llegado á Grecia para hacer sacrificios á Apolo

(1) Bajo relieve del Louvre: vemos en él dos de las escenas presentadas por Eurípides en la tragedia *Ifigenia en Táurida*. – 1.° A la izquierda, Orestes, espada en mano, déjase caer sostenido por Pílades, y detrás se ve una Furia, con la antorcha y el látigo. En la tragedia, un boyero refiere á Ifigenia que dos extranjeros han sido capturados en la inhospitalaria ribera: uno de ellos, poseído de un acceso de furor, se precipita contra los rebaños, creyendo combatir á las Erinnias. El artista ha representado el momento en que Orestes, desvanecido de fatiga y volviendo á la razón, cae en brazos de su amigo. – 2.° Los dos cautivos deben ser inmolados á Diana, pero Ifigenia ha reconocido á su hermano, y llevando en brazos la imagen de la diosa, anuncia el rey Thoas que quiere purificar en las olas del mar al ídolo y á los cautivos. En el bajo relieve lleva el ídolo velado, y asiste al combate de Orestes contra los guerreros de Thoas. En Eurípides, con la aparición de Minerva termina el drama, renunciando Thoas á perseguir á los fugitivos.

Dafneo, se detuvo en Esparta, vió á Elena, una de «esas víctimas de Venus» que los griegos miraban con tanta indulgencia (1), y la robó. Una fábula posterior á Homero y á Hesiodo contaba que Venus le había prometido la más hermosa de las mujeres cuando la adjudicó la manzana de oro, premio de la belleza que con ella se disputaban Juno y hasta la sabia Minerva. Aquel rapto insolente despertó el odio de los Atridas, que hicieron partícipe de él á la Grecia entera, y desde Creta á la Macedonia todos los jefes armáronse y se reunieron en la «península pedregosa» donde estaba la pequeña ciudad beocia de Aulide. Mil ciento ochenta y seis naves se concentraron en su puerto (2); mas los vientos contrarios retuviéronlas allí largo tiempo, y Calcas declaró que no soplarían otros más favorables hasta que la hija del rey de Argos fuese inmolada en el altar de Artemisa. El ejército exigió que se cumpliera el sacrificio, y ya el sacerdote había descargado el golpe homicida cuando cayó á sus pies una corza blanca que Artemisa había sustituído á la víctima real. Ifigenia, conducida á la Táurida y consagrada al servicio de la cruel diosa, no olvidó, en medio de sus tristes honores, á su familia ni á su patria. «Ave que en los escarpados ribazos cantas el dolor y el eterno pesar por la pérdida del esposo, Alción, yo, como tú, canto mis dolores; pero, ave sin alas, no puedo remontar el vuelo por la vía resplandeciente del sol y detenerme sobre la casa paterna, donde, virgen destinada á un noble himeneo, reuníame con alegres jóvenes para disputarles el premio de la gracia y de los ricos adornos» (3).

La flota griega, libre al fin por el sacrificio de Ifigenia, condujo al Asia más de cien mil guerreros, resueltos, dice el sabio Nestor, á castigar el crimen de Paris, vengando en todos los troyanos la afrenta de Menelao (4). Príamo apenas pudo oponer la mitad de aquel número, á pesar de haber recibido auxilios de Tracia, de Macedonia y hasta de Etiopía (5).



Héctor combatiendo (6).

Los griegos habían aceptado por jefe de los Atridas á Agamenón. Con él iban su hermano Menelao, rey de Esparta, el esposo ultrajado de Elena; Aquiles, á quien Ulises había descubierto en la isla de Esciros donde Tetis le tenía oculto entre las hijas del rey; Patroclo, su amigo; Diomedes; los dos Ayax, rey de los locrios el uno y de Salamina el otro; el sabio Nestor; Ulises, el astuto rey de Itaca; Filoctetes, poseedor de las flechas de Hércules; y el etolio Tersites, tan cobarde como insolente y burlón. Entre los troyanos, el intrépido Héctor eclipsaba á todos los jefes; después de él figuraba Eneas.

El primer griego que pusiera el pie en el troyano suelo debía perecer, porque así lo habían dispuesto los dioses: Protesilao, para que cesara la indecisión de los jefes,

(1) Lo mismo que Medea, Ariadna, Pasifae y todas cuantas amó Júpiter.

(2) Observemos que en Homero no se habla todavía de un solo combate naval.

(3) Eurípides, *Ifigenia en la Táurida*, 1089-1152. Véanse en el capítulo XX extractos de *Ifigenia en Aulide*.

(4) *Iliada*, II, 355-356.

(5) La fecha menos improbable pero tampoco absolutamente exacta de la toma de Troya es la que da Eratóstenes, es decir 407 años antes de la primera olimpíada, ó 1184 antes de J. C. Respecto á Homero varía de 24 á 400 años después de aquella guerra.

(6) Héctor, cubierta la cabeza con el casco, y armado de coraza, lanza y escudo, está de pie en un carro de guerra tirado por sus cuatro corceles, á la derecha. Leyenda: ΕΚΤΩΡ ΙΛΙΕΩΝ (reverso de una moneda de bronce acuñada por Caracalla en Ilion).

precipitóse el primero en la ribera, y cumpliéndose el destino, cayó bajo los golpes de Héctor. Sin embargo los griegos, una vez desembarcados, ganaron una batalla que les permitió construir un campamento, cuya custodia se confió á una parte de las tropas, mientras las demás iban á saquear las ciudades vecinas ó á cultivar el Quersoneso á fin de que el ejército no careciera de víveres. Esta división de las fuerzas griegas y las disputas que más de una vez hubieron de ocurrir, dieron tiempo á los troyanos para oponer una prolongada resistencia, que obligó á sus enemigos á permanecer diez años ante las murallas de la inexpugnable ciudad.

Hasta el décimo año no comienza la *Ilíada;* porque Homero no ha cantado sino la cólera de Aquiles y los incidentes que produjo. Irritado de que Agamenón se haya apoderado de Briseida, su cautiva, el héroe se retira á su tienda y pide á los dioses que hagan recaer su cólera sobre el jefe que le ha robado la mujer que, des-



Rapto de Briseida (1).

pués de ser su parte de botín, se ha convertido en su amada compañera. Escucha Júpiter su ruego; los griegos sufren cruel derrota y se ven rechazados hasta su campamento que se ven obligados á fortificar con un muro y un foso para preservar sus naves de los ataques de Héctor; despues de lo cual tratan de apaciguar á Aquiles, enviándole diputados para reclamar el auxilio de su brazo; mas el guerrero se mantiene inexorable.

Reanúdase el combate con encarnizamiento: Juno protege á los griegos, y el soberano de los dioses, sentado en la cumbre del Ida, desde donde contempla la batalla, estimula á los hijos de Príamo, los cuales iban ya á triunfar, cuando Juno, ciñéndose el cinturón de Venus, corre á encantar y seducir á su esposo. Una nube de oro les rodea; se abren en torno suyo las flores perfumadas, y el Sueño, «que do-

(1) Pintura de un vaso de la fábrica de Hierón, en el Louvre. – Agamenón (ΑΛ[α]MENMO[ν] *sic)* se lleva á Briseida. Según Homero, sólo había amenazado á Aquiles con ir personalmente á su tienda para apoderarse por su propia mano de la joven cautiva: los que se la llevan son heraldos. Briseida, cubierta la cabeza con un velo, sigue lentamente al rey. En un vaso pintado de la misma fábrica, que representa el rapto de Elena (véase la pág. 60), se pueden ver reproducidos el ademán de Agamenón y la actitud de Briseida. Detrás de ésta van el heraldo Taltibios (ΘΑLϴVBIOS), en un todo semejante á Mercurio, y después Diomedes (ΔIOMEΔES).

mina á los dioses y á los hombres» (1), adormece á Júpiter en brazos de la diosa. Sucumben en gran número los troyanos, cuando Júpiter despierta, y reprendiendo á Juno por su astucia, infunde nuevo ardimiento en el corazón de los defensores de Ilion: éstos entonces franquean el foso y el muro que defienden el campo de los griegos, y bajo sus golpes caen numerosos jefes, buscando refugio los aqueos en sus naves, que Héctor trata de incendiar.

Al ver esto, se inmuta Aquiles. Patroclo, su mejor amigo, suplícale que auxilie á los aqueos, ó por lo menos que le preste sus armas; el guerrero no accede sino á lo segundo; pero después de muchas hazañas, Patroclo encuentra al que no tiene más rival que Aquiles, y muere á sus manos. Esta noticia enciende en furor á Aquiles en fuerza del dolor que le produce; no puede precipitarse en la refriega, porque ya no tiene sus armas, pero quiere avanzar al menos hasta la muralla, y allí profiere tres



Cólera de Aquiles (2).

veces un grito terrible. Los troyanos han reconocido la voz del héroe, y tres veces retroceden espantados, pudiendo así los griegos recoger el cuerpo de Patroclo.

Aquiles implora á su madre, Tetis, que acude desde el fondo de las grutas marinas con el cortejo afligido de las Nereidas, á fin de dulcificar el dolor de su hijo; pídela armas para reemplazar las que Patroclo ha perdido, y la diosa obtiene de Vulcano que forje una armadura completa y un escudo maravilloso (3). Revestido de

---

(1) Solamente el Océano escapa de su dominio: «no osaría, dice Homero, intentar siquiera adormecer su corriente eterna» (*Ilíada*, XIV, 245).

(2) Pintura de vaso, en el Louvre. Reverso de la copa de Hierón, donde se representa el rapto de Briseida. – Aquiles ([Αχ!]ΛΕVS) ocupa el centro de la escena, y hacia él se dirigen las miradas de los otros personajes. El héroe está sentado en un *okladias* (sitial que se dobla): embozado en su ropaje, parece concentrarse en su dolor. La espada y su *pilos* cuelgan de la pared. Delante de Aquiles se ve á Ulises (ΟΔΥΤΤΕΥΣ), jefe de la embajada que ha enviado Agamenón, y á Ayax; detrás hállase el anciano Fénix (ΦΟΙΝΙ[ξ]), el amigo fiel de Aquiles (Véase el canto IX de la *Ilíada* y Overbeck, obra citada, pág. 408).

(3) No corresponde repetir aquí la descripción de Homero (*Ilíada*, XVIII, 478, 608). Solamente haré notar un detalle: Ares y Atena, que conducen un grupo de soldados, son más altos que los hombres. Los artistas han reproducido esta diferencia, que á menudo ayuda á distinguir, en los vasos y en los bajos relieves, los seres divinos de los mortales, ó de las sombras conducidas por Her-

estas armas divinas, «el fogoso Eácida» corre hacia los troyanos, que huyen ante él como tímido rebaño. Los dioses vuelven á intervenir en la refriega: «Juno baja hasta la flota de los griegos, con Minerva y Neptuno, que rodea la tierra con sus olas; también llegan Mercurio, el de espíritu sutil, y el robusto Vulcano. Los troyanos tienen en su favor á Marte, con su luciente casco; Febo-Apolo, el de la larga cabellera; Diana, orgullosa de sus flechas; Latona, Xantos y Venus, á quien agradan las sonrisas. Bajo sus pies, la tierra tiembla, se agitan las cimas de los montes y Plutón teme que su reino subterráneo se entreabra para dejar ver á los mortales las mansiones tenebrosas y temibles que aterran á los mismos dioses (1).»



Antíloco anunciando á Aquiles la muerte de Patroclo (2).

Empéñase la batalla; Eneas se halla á punto de perecer, pero Neptuno le salva rodeándole de una nube. El río Xantos encrespa sus ondas, mas á pesar de ello no puede contener al héroe; entonces se une con el Simos é inunda la llanura; Aquiles está á punto de retroceder al fin ante las dos divinidades, cuando Juno envía á Vulcano con sus poderosas llamas, que secan los dos ríos, y la persecución vuelve á comenzar. Héctor quiere cubrir la retirada de los troyanos, pero le alcanza Aquiles, y trábase entre ambos un duelo memorable. La lucha es dudosa largo tiempo; por cuarta vez vuelven á estar cerca de las fuentes, cuando el padre de los dioses y de los hombres, pesando en la balanza de oro los días de los dos héroes, ve que el Destino ha condenado al hijo de Príamo (3). Aquiles le hiere con una lanza en la garganta y le tiende á sus pies; después le despoja de sus armas, perfórale los talones, lo ata á su carro con una correa y le arrastra por tres veces al rededor de la ciudad. De vuelta al campamento, hace magníficos funerales á Patroclo, inmola doce cautivos jóvenes en su pira, y celebra juegos fúnebres en memoria de su amigo. Había jurado dejar para los perros y las aves de rapiña los restos de Héctor; pero á la noche siguiente preséntase en su tienda Príamo, el anciano rey: detiénese cerca de Aquiles, abraza sus rodillas, besa las manos terribles que le han matado más de un hijo, y le suplica en estos términos: «Acuérdate de tu padre, Aquiles, igual á los dioses; tiene mi edad, y como yo, hállase en el funesto dintel de la vejez. Tal vez en este instante le ataquen algunos vecinos, sin que nadie esté allí para apartar de él la guerra y la muerte; pero cuando menos, sabe que vives, y todos los días espera verte. Yo, infeliz de mí, no espero ya nada. Había engendrado en la gran Troya valerosos hijos, y ni uno solo me quedará. Eran cincuenta cuando llegaron los aqueos, diez y nueve nacidos de la misma madre; y varias mujeres me dieron los demás en mis palacios. El impetuoso Marte ha roto sus rodillas; al que nos defendía y con nosotros defendía la ciudad, tú le has dado muerte, y yo ahora me dirijo hacia las naves de los aqueos, llevando un inmenso rescate, para recobrar su cadáver. Respeta á los dioses, Aquiles; compadécete de mí y acuérdate de tu padre. Más que él soy desgraciado,

---

mes á los Campos Elíseos. Hesiodo, ó más bien un verdadero poeta que tenía el genio épico, ha hecho también una descripción del escudo de Hércules.

(1) *Ilíada*, XX, 1-66.

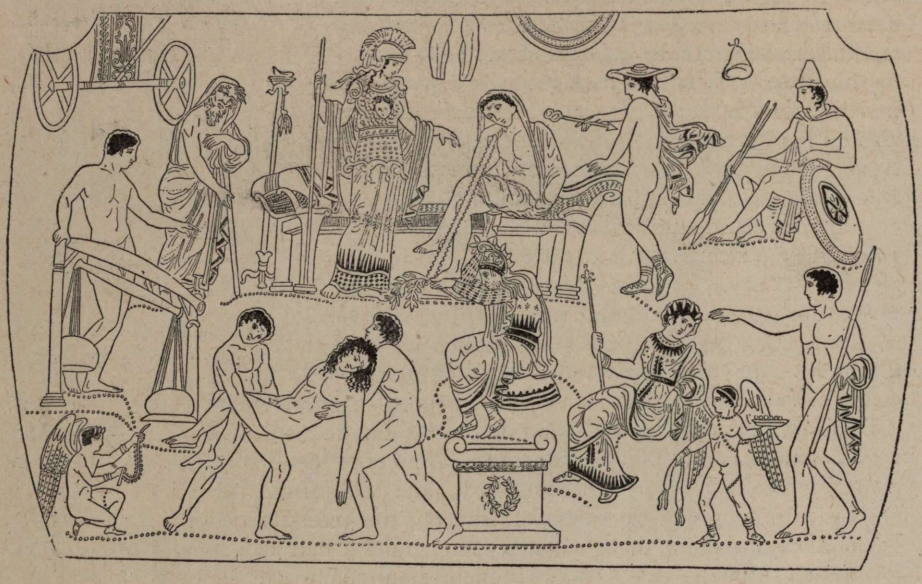
(2) Camafeo, según Winckelmann, *Monum. ant. ined.*, fig. 129. – Aquiles, sentado á la puerta de su tienda, abandónase á su dolor. En pie delante de él está Antíloco, su amigo y el más veloz de los griegos, que acaba de noticiarle la muerte de Patroclo.

(3) *Ilíada*, XXII, 208-213.

pues he tenido valor para hacer lo que ningún otro mortal hizo jamás: he acercado mi boca á la mano del hombre que mató á mis hijos.»

Al recordar á su padre, Aquiles se enternece; levanta con dulzura al anciano, y los dos lloran, el uno sobre Héctor y el otro sobre Patroclo y en memoria de su padre (1).

La *Ilíada* no va más lejos; pero la tradición continúa. Por la muerte de Héctor, Troya había perdido su más firme sostén; mas socorrida por Pentesilea, reina de las amazonas, y por Memnón el etíope, siguió resistiendo. Aquiles cayó á su vez, herido



El rescate de Héctor (2).

en el talón por una flecha disparada por el arco de Paris, que Apolo había dirigido. Ayax y Ulises se disputaron sus armas; la asamblea de los griegos las adjudicó al segundo, y entonces Ayax, furioso y desesperado, se atravesó con su espada.

(1) *Ilíada*, XXIV, 477-512.

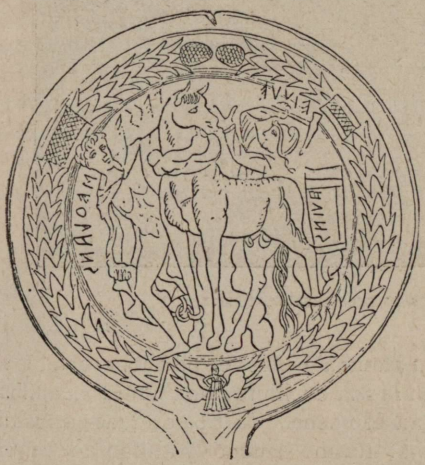
(2) Esta escena está dibujada según los *Monumentos del Instituto Arqueológico* (El reverso de este magnífico vaso se ha dado en la página 56. – Aquiles (ΑΧΙΛΛΕΥΣ) está sentado en un lecho presa de su dolor; se ha cubierto la cabeza con parte del traje, y el artista le representa sin cabello, porque se lo ha cortado para arrojarle en la pira de Patroclo. A su alrededor, los dioses, Atena y Hermes (ΕΡΜΑΣ), esfuérzanse por ablandar al héroe, que se mantiene sordo á la voz de Nestor (ΝΕΣΤΩΡ) y de su hijo Antíloco (ΑΜΦΙΛΟΧΟΣ *sic*). En la pared están suspendidos su *pilos* y su escudo; á la izquierda se ve el carro á que ha estado sujeto el cuerpo de Héctor (ΕΚΤΩΡ). – Debajo de Aquiles hállase Príamo (ΓΡΙΑΜΟΣ); el anciano, vistiendo un rico traje frigio, lleva en la mano izquierda una rama de olivo, mas no la tiende en ademán de súplica al matador de su hijo, y está absorto ante el espectáculo que se ofrece á su vista. El cadáver de Héctor está delante de él llevado en brazos por dos hombres que se dirigen á la izquierda hacia la balanza donde se han de pesar los despojos del héroe troyano. Detrás del rey está Tetis (ΕΘ[τις]), madre de Aquiles, y un joven, tal vez un Mirmidón. Los dos genios alados parecen ser fúnebres; el uno se dispone á coronar el cadáver de Héctor, y el otro lleva las cintas con que ceñían su frente los sacerdotes y una fuente cargada de frutos. – El pintor se ha inspirado en Homero (*Ilíada*, XXIV) y en la tragedia, hoy perdida, de Esquilo, titulada *los Frigios ó el rescate de Héctor:* del poeta trágico es la idea de hacer pesar el cadáver (Véase Overbeck, obra citada, pág. 464 y siguientes).

Troya no podía ser tomada mientras no se le arrebatase una estatua, el *Paladión*, que Júpiter había dado á Dardano, y hasta que Filoctetes, poseedor del arco de Hércules, fuese conducido al campamento de los griegos. El héroe, herido en el pie por una de las flechas cuya punta estaba impregnada en sangre de la hidra de Lerna, había sido abandonado por los griegos en la isla de Lemnos, á causa del insoportable hedor que exhalaba su herida. Pirro, hijo de Aquiles, venció su resistencia; Macaón le curó, y Paris fué muerto por una de sus flechas. Pero el *Paladión* estaba encerrado en la fortaleza de la ciudad; y los troyanos, temerosos de que se lo robaran, habían hecho varias imágenes semejantes. Ulises, disfrazado de mendigo, penetró en la ciudad, y á pesar de todos los obstáculos, llevó al campamento de los griegos la fatal estatua.



Odiseo y Filoctetes.

Esta guerra heroica, sin embargo, terminó por una astucia. Los jefes, ocultos en los enormes costados de un caballo de madera, pérfida ofrenda que habían dejado al embarcar á sus tropas, fueron introducidos con él en la plaza por los mismos troyanos, á pesar de los siniestros pronósticos de Lacoón. Los dioses, resueltos á perder á Troya, habían castigado su patriótica prudencia, enviando contra él dos serpientes que le ahogaron, con sus hijos, en sus tortuosos repliegues, al pie mismo del altar donde hacía los sacrificios. A la noche siguiente, los cien jefes, encerrados en el interior del coloso, salieron para abrir las puertas á sus compañeros, que habían vuelto á toda prisa. Troya fué destruída, Príamo inmolado, Hécuba y sus hijas reducidas á cautiverio, pereciendo una de ellas, Polixena, inmolada en la tumba de Aquiles; Andrómaca, viuda de Héctor, fué entregada á su hijo Pirro, y Casandra, otra hija de Príamo, á Agamenón. Solamente Eneas, hijo de Venus y de Anquises, y Antenor, escaparon de la matanza ó de la esclavitud (1184?).



Vulcano y Epeios fabricando el caballo de Troya (1).

Troya, sin embargo, no debió quedar del todo destruída, ó bien hubo de ser reconstruída, pues el antiguo historiador Xanthos (2) contaba que había caído mucho tiempo después bajo los golpes de los frigios. Esta vez su destrucción fué definitiva; sus ruinas mismas desaparecieron (3);

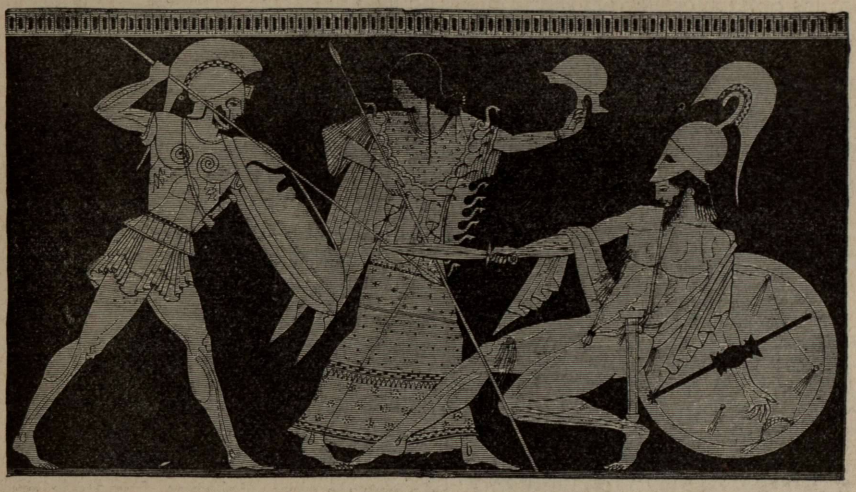
(1) Grabado sobre un espejo etrusco del Gabinete de Francia (Chabouillet, *Catalogue*, número 3134). Vulcano *(Sethlans)* á la izquierda y Epeios *(Etule)* á la derecha se ocupan en dar la última mano al caballo de madera *(Pecse*-Pegaso). El caballo está atado por la pierna derecha como lo estaban, á veces, en los templos las estatuas de los dioses, y la inscripción *Hlins* que se lee á la derecha forma parte de la dedicatoria: «los helenos (á Minerva). Vulcano vestido con la clámide tiene, quizás, en la mano izquierda un trozo de pez. Epeios lleva el traje y el gorro frigio. Cf. Gerhard, *Etruskische Spiegel*, III, pág. 219.

(2) Estrabón, lib. XII, 8, 3, y XIV, 2, 14. Sobre los descubrimientos de Schliemann en 1873, véase lo dicho en las primeras páginas.

(3) ...*Etiam periere ruinæ* (Lucano, *Fars.*, IX, 969).

y el viajero, buscándolas en vano, puede representarse fácilmente en esa soledad las grandiosas escenas que en el inmortal poema se contienen. La poderosa ciudad ha quedado borrada de la superficie de la tierra, y la voz de un poeta ciego y mendigo desafía las edades.

Terribles expiaciones, sin embargo, esperaban á los vencedores de Troya. Ulises vagó errante diez años en los mares antes de ver otra vez su Itaca; Menelao sufrió por espacio de ocho el embate de las tempestades; y Agamenón pereció asesinado por Egisto y por su mujer Clitemnestra, que á su vez caerán bajo los golpes de Orestes, cuya mano guiará Apolo. Diomedes, amenazado en Argos de una suerte semejante, huyó á Italia; y Minerva, persiguiendo con su cólera á Ayax, hijo de Oilea, destrozó su nave. Refugiado en una roca, exclamaba: «Escaparé á pesar de los dioses;» mas Neptuno hendió la roca con su tridente, y precipitó al blasfemo en el



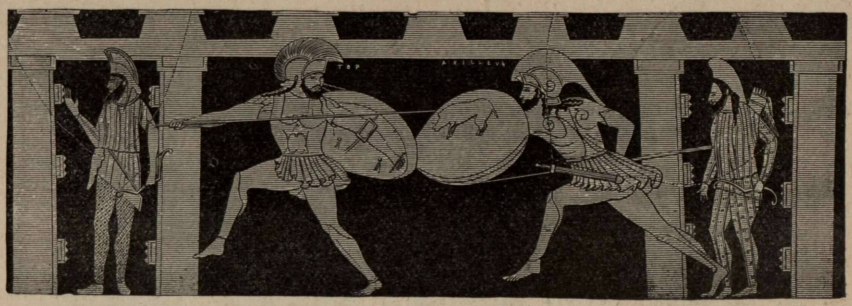
Lucha de Héctor con Aquiles en presencia de Atena.

abismo. Teucrio, rechazado por la maldición paterna á causa de no haber vengado la muerte de Ayax, su hermano, fué á fundar en la isla de Chipre una nueva Salamina. La tradición conducía también á Filoctetes, á Idomeneo y á Epeios á las costas de Italia, país que ofreció igualmente un asilo al troyano Antenor y al hijo de Anquises. Los poetas habían cantado estas desgracias de los héroes, y sus relatos formaban todo un ciclo épico, del cual no queda sino la *Odisea*, que no parece escrita en la misma época ni por la misma mano que la *Iliada*. He aquí un análisis sucinto de ese poema.

Largo tiempo hacía que habia sido tomada Troya, y Ulises, rey de Itaca, no había podido ver aún elevarse el humo de su isla natal. Penélope no ha dejado de llorar á su esposo un solo día, y ya no sabe cómo resistir á las exigencias de sus pretendientes, que la demandan con imperio elija entre ellos al que será su señor y rey de Itaca; y entretanto, posesionados del palacio de Ulises, derrochan sus riquezas.

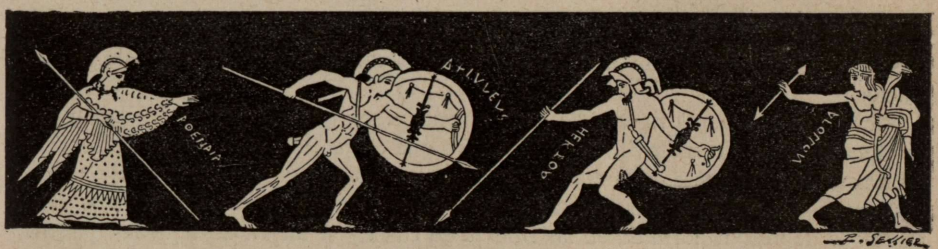
Tiene Penélope un hijo, Telémaco, que llega á ser hombre. Minerva, consagrándole el afecto que siempre profesó á su padre, aconséjale que reuna al pueblo, para denunciarle las indignidades que los pretendientes cometen, y que vaya después á Pilos y á Lacedemonia en busca de Nestor y de Menelao para pedirles noticias de su padre.

Ulises languidecía en la isla de Ogigia, retenido allí por la diosa Calipso (1), hija del feroz Atlas, el que sostiene las columnas del cielo. El recuerdo de la patria le conduce al fin á romper el encanto, con auxilio de los dioses, y construyendo una balsa lánzase al mar, pero una tempestad destroza muy pronto la frágil embarcación. Durante dos días y dos noches lucha contra las furiosas aguas, que le arrojan desfa-



Héctor y Aquiles en la puerta esqueica, rodeados de troyanos.

llecido de hambre y de fatiga, á la isla de los feacios; y allí ve á la hermosa Nausicaa, que rodeada de sus compañeras, les hacía lavar en el río las ricas ropas de su padre Alcinoo, el poderoso rey de los feacios. La virgen acoge al héroe como un enviado de los dioses, y Minerva, en figura de un niño, le conduce por sí misma al palacio del soberano, donde Ulises paga la suntuosa hospitalidad que éste le dispensa refiriéndole sus muchas desgracias Cuéntale cómo, perseguido por la cólera «del dios que sacude la tierra», ha sido arrojado sucesivamente á las costas inhospitalarias de los lotófagos y de los cíclopes. Uno de estos, Polifemo, hijo de Nep-



Combate de Aquiles y de Héctor (2).

tuno, ha encerrado al héroe y á sus compañeros en el antro que le sirve de morada, donde los devora uno en pos de otro. Ulises le embriaga con vino, arráncale su ojo único con una estaca endurecida al fuego, y consigue escapar cogiéndose á la lana del vientre de los enormes carneros que el gigante lleva todos los días á pacer á la montaña. Después llega al palacio de Eolo, dios de los vientos, que le da, en-

(1) De la palabra griega καλύπτω que significa ocultar.

(2) Pintura de vaso, según Gerhard, *Auserlesene Vasenbilder*, l. CCIV. – Héctor (HEKTOP), mortalmente herido, se deja caer. Apolo (ΑΓΟΥΥΟΝ), su protector, le abandona y se retira; mientras que Atena (ΑΘΕΝΑΙΑ) excita al victorioso Aquiles (ΑΧΙΥΕVS). Véase el canto XXII de la *Ilíada* y Overbeck, obra citada, pág. 448.

cerrados en un odre, los que serían contrarios á su navegación. Sus compañeros, deseosos de saber qué encierra aquel odre precioso, lo abren, y entonces salen de él espantosas tempestades que impulsan el barco muy lejos de su ruta. Sin embargo, Ulises logra también escapar de este nuevo peligro; pero es para abordar en la isla de Circe la encantadora que se complace en convertir á los hombres en animales, sirviéndose de ciertas bebidas, de las cuales sabe preservarse el astuto rey de Itaca. En el país de las tinieblas evoca las almas de los muertos, y cerca de las rocas de las Sirenas se hace atar al mástil de su nave, después de tapar cuidadosamente los oídos á sus compañeros para que no oigan sus cantos seductores y homicidas. Evita acercarse á Scila y Caribdis, y huyendo de sus fauces devoradoras, llega



Muerte de Príamo (1).

á la isla del Sol cuyos bueyes inmolan imprudentemente sus compañeros. El dios, poseído de cólera, levanta la tempestad que arroja á Ulises solo á la isla de los feacios.

Alcinoo, halagado al oir aquella larga narración, en que los griegos hallaban reproducidas todas las maravillosas tradiciones que entre ellos circulaban respecto á los países de Occidente, colma al héroe de presentes y le da una de sus veleras naves que, conducidas por sus pilotos, no se habían desviado jamás de su ruta. Los feacios le depositan dormido en las riberas de Itaca y se alejan de aquellas playas. Al despertar créese abandonado de nuevo, y maldice á los pérfidos; mas poco á poco revélase la imagen de la patria, dirígese á la casa de Eumeo, el guardián de sus rebaños, y este fiel servidor refiérele todo lo que ha pasado durante su ausencia.

En aquel momento mismo, Telémaco, que regresaba de Lacedemonia, logra escapar de las emboscadas de los pretendientes, que espiaban su regreso para matarle. Ulises se le da á conocer, y después se dirige á su palacio, disfrazado con los

(1) Bajo relieve de una urna de mármol existente en el Louvre. – Pirro, puñal en mano, se dispone á herir á Príamo, á quien ha derribado sobre el altar de Zeo Herkeios, cerca de un palacio ó de un templo cuyo entablamento se ve. Detrás de este grupo, una Furia tiene la antorcha en la mano. Pirro vuelve la cabeza hacia una de las hijas de Príamo, que de rodillas ante el altar mira á su padre y suplica al mismo tiempo á Agamenón. Este se adelanta contra Príamo, sin duda con el acero levantado. Detrás de él Ulises, fácil de reconocer por su *pilos*, y otro guerrero se mantienen inmóviles contemplando la escena.

harapos de mendigo. Nadie le reconoce, excepto su nodriza y su viejo perro moribundo.

Penélope ha sometido á los pretendientes á la última prueba: aquel que pueda tender el arco de Ulises será su esposo. Ninguno lo consigue, y entonces el supuesto mendigo pide permiso para intentarlo. Todos se ríen de él y le ultrajan de tal modo que su cólera está á punto de estallar; pero conteniéndose al fin, tiende sin esfuerzo el arco que le han entregado por burla con el carcaj lleno de flechas y dispara sus certeros dardos contra todos los pretendientes, que caen heridos de muerte.

El favorito de Minerva ha expiado por sus muchas desgracias el suplicio que im-



Ulises reconocido por su nodriza (1).

puso al hijo de Neptuno, y ahora recibe la recompensa. Vuelve á ser dueño de su mujer, de sus bienes y de su isla, á pesar de las divinidades enemigas y de los hombres contrarios, y casi á pesar también del Destino, del cual triunfa gracias á su perseverancia indomable y á su ingenio fecundo en buenas palabras y en útiles expedientes. Ulises es el símbolo de la sabiduría astuta de los griegos, como Aquiles era para ellos el tipo de la fuerza invencible, del arrojo y de la bravura. En los siglos históricos, el uno se llamará Temístocles y el otro Alejandro, y en todas las épocas habrá Ulises y Aquiles entre los héroes de ese pueblo.

Y he aquí una de las razones por qué han llegado á ser inmortales la *Ilíada* y la *Odisea*.

---

(1) Bajo relieve en terracotta de la quinta Albani, según Winckelmann, *Monumenti antichi inediti*, t. II, part. II, número 161 y p. 217. – Al lavarle los pies, Eurikleia, la anciana nodriza, ha reconocido la cicatriz de una herida que su señor recibió en ocasión de estar cazando. Levántase al punto, pero Ulises le tapa la boca, impidiéndola nombrarle ante el anciano Eumeo, que se adelanta pidiendo limosna. Junto á Ulises hállase su fiel perro Argos.

CAPITULO IV

LOS DORIOS

I. — MOVIMIENTO DE PUEBLOS EN GRECIA DESPUÉS DE LA GUERRA DE TROYA

Según la leyenda, la guerra de Troya había durado diez años, cifra fatídica cuya duración debía igualar á la de la guerra santa de Cirrha, aunque en época en que la historia comenzará á ser más cierta. No se sabe si esa larga ausencia de los jefes, las trágicas aventuras del regreso, la dispersión ó la ruina del gran ejército, fueron las circunstancias determinantes del nuevo movimiento de pueblos; pero revélase con seguridad un hecho de importancia, y es que Grecia ha entrado en otra fase. Antes de esa guerra, la supremacía era de los aqueos, y entre éstos de los pelópidas, que quisieron conquistar el Asia, y agotaron en la empresa sus esfuerzos, hasta el punto de que su desfallecimiento permitió á nuevas tribus apoderarse de la preeminencia. Reprodujéronse los trastornos anteriores, desaparecieron las más de las antiguas casas reales y una parte de la población emigró hacia otros países.

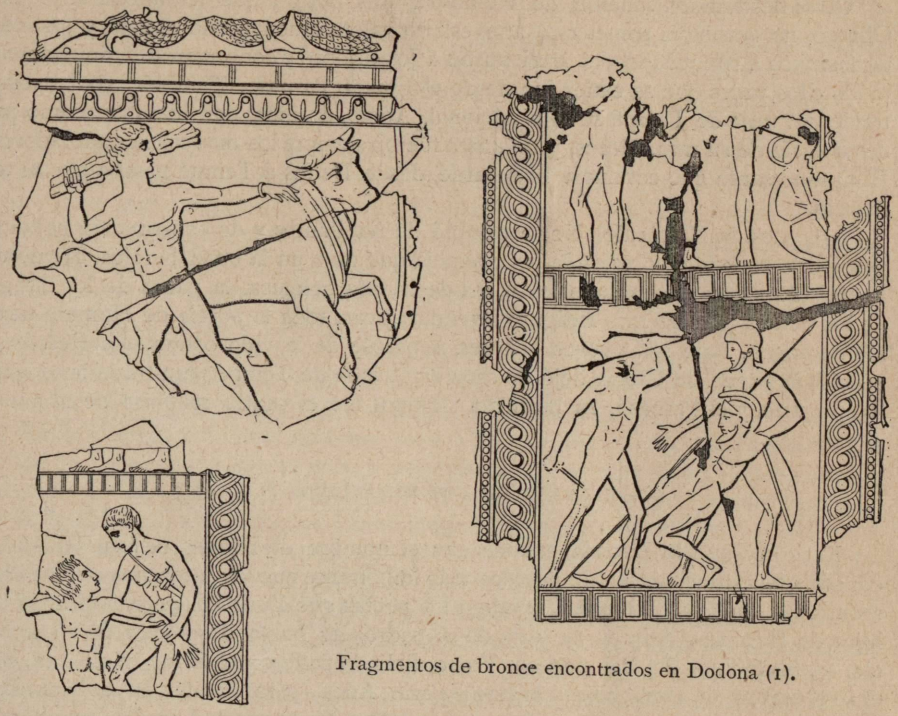
Lo que se llama invasión de los dorios señala, pues, un nuevo período en la historia de Grecia (1). La preponderancia, hasta entonces ejercida por las tribus marítimas de la costa oriental, que habían mantenido relaciones constantes con los pueblos asiáticos, pasó á las tribus del interior y del Norte. La vida de los griegos, tan brillante, y ya tan expansiva en Homero, se oscurece y extingue, y las tinieblas que la poesía disipara en parte, vuelven á extenderse sobre el mundo helénico y le envuelven por espacio de seis siglos. A través de esa noche de la historia no se ven más que fulgores vacilantes proyectados por un reducido número de acontecimientos, y aunque demasiado débiles para iluminarlo todo, bastan para mostrarnos que los pueblos se levantan y progresan, y que una gran revolución se realiza.

El movimiento partió del Oeste, de la región en que los nombres de griegos y helenos eran indígenas, y donde se elevaba el santuario antiguo de Dodona. Muchas veces los hombres de este país, franqueando las cumbres del Pindo, habían dirigido envidiosas miradas á las risueñas y fértiles llanuras que desde allí veían extenderse á sus pies hasta las orillas del Esperqueios y del Peneo. El desfiladero de Gonfi les brindaba fácil camino hacia esa tierra de promisión, y muchos habían pasado por allí. Estas emigraciones, atestiguadas por la autoridad del dios de Dodona en el país llamado entonces Hemonia, no han dejado vestigio en la memoria de los hombres. La leyenda, fiel á su costumbre de buscar el origen de cada pueblo en un héroe, no nos habla más que de un descendiente de Hércules, Tesalos, cuyos hijos, arrojados por la tempestad, al regresar de la guerra de Troya, á las costas del Epiro, estable-

(1) Es la época en que Eforo y Callistenes colocan el principio de la historia positiva de Grecia; pero ¡cuántas incertidumbres aun desde el siglo XII al XVI! Los griegos contaban así los acontecimientos de esta época: invasión de los tesalios 50 años después de la toma de Troya; establecimiento de los arneos en Beocia 60; vuelta de los Heráclidas, 80; colonias eolias, 130, y jónicas, 140. Según esta cronología, confeccionada para proporcionar alguna guía á la Historia, la invasión dórica habría ocurrido en 1104; algunos críticos la suponen un siglo más tarde, y hasta dos. En medio de estas tinieblas, yo no hago más que dudar.

ciéronse allí y dieron á sus súbditos el nombre de tesalios. Esto quiere decir sin duda que una de esas legiones heráclea que habían seguido al héroe mítico, ó más bien que vivían perennemente armadas, adquirió preponderancia en el Epiro.

Mientras que los habitantes de Hemonia se entregaban á la molicie en medio de la abundancia, los tesalios no conocían en los agrestes valles del Epiro más que la caza y la guerra, junto con las rudas costumbres que sus vecinos de Etolia con-



Fragmentos de bronce encontrados en Dodona (1).

servaron hasta los últimos días de Grecia. En una época que no es posible determinar, pero que se supone hacia 1134, esos tesalios franquearon en gran número el Pindo y se precipitaron sobre los eolios de Arné (2), que tenían por jefe al héroe Boiotos y se daban el nombre de beocios. Los tesalios, después de haberles vencido fácilmente, se repartieron su territorio y los prisioneros que les hicieron, los cuales fueron reducidos á la condición de siervos de la gleba con el nombre de *penestes*, ó pobres.

Una parte del pueblo vencido, prefiriendo el destierro á la servidumbre bajo señores imperiosos, se encaminó hacia el Sud, llevando consigo sus dioses, Neptuno y Minerva Itonia, con lo que pudieron salvar de sus riquezas y rebaños. Franqueado el Eta, hallaron en el valle de Copais un país que les recordaba el de Arné, por su fértil campiña y sus aguas abundantes, donde dominaban dos pueblos, los cadmeos de Tebas, y los minios de Orcomenes, ambos debilitados por la reciente guerra

(1) Según Carapanos, *Dodona y sus ruinas*, lám. XVI. – Escenas de combate. En la primera plancha se reconocen dos de los trabajos de Hércules: sus luchas contra el toro cretense y contra Aqueloo, ó la hidra de Lerna.

(2) Kiepert sitúa á Arné en Kierion, sobre un afluente del Peneo, al Sudoeste de Kranon, en la región llamada más tarde Tesaliótida.

de los Epigones. Los beocios se establecieron de grado ó por fuerza entre aquellas dos ciudades, en la orilla meridional del lago Copais, levantando allí una nueva Arné, que al poco tiempo sobrepujó á las poblaciones vecinas. Una inundación del lago destruyó su ciudad; pero ya tenían abiertas y sometidas las del país, excepto Tespia y Platea. Aquella región, que hasta entonces no tuvo nombre conocido, recibió de sus nuevos señores el nombre de Beocia.

Otros desterrados salieron de Hemonia. Los dorios, que habitaban al pie del Olimpo, no quisieron someterse, atravesaron valerosamente todo el país, y pasando de fugitivos á conquistadores, arrebataron á los driopos y conservaron definitivamente los altos valles que se extienden desde el Eta al Parnaso. También ellos habían traído del valle de Tempé su dios nacional, Apolo, á quien consideraban como padre del jefe de su raza, Doros, y de quien fueron siempre los más celosos adoradores. El camino santo que conducía más tarde desde Delfos á Tempé pasaba por su territorio.

Así, pues, la Grecia del Norte cambió de habitantes y de constitución política, perdiendo en esta revolución la importancia que tuvo en la edad heroica. Hemonia había sido uno de los principales focos de la vida helénica, la patria de los dioses, de los héroes y de las más antiguas leyendas; y casi toda la poesía de Homero tiene allí su origen. Bajo sus nuevos señores, separóse de la vida común. La Hélade se redujo; la puerta de Grecia dejó de estar en el valle de Tempé para trasladarse á las Termópilas, y el Parnaso, en lugar del Olimpo, fué el centro religioso de la nueva generación.

II. — REGRESO DE LOS HERÁCLIDAS (1104?)

El suceso que la historia conoce con el nombre de regreso de los Heráclidas constituye un movimiento de pueblos más importante que los anteriores por las consecuencias que trajo consigo. Contaban los poetas que Euristeo, perseguidor de los hijos de Hércules, después de serlo de su padre, les había despojado de su herencia, expulsándolos del Peloponeso. Teseo, fiel compañero del héroe, vivía aún; con él se retiraron los Heráclidas á la hospitalaria Atica, para habitar en la llanura de Maratón, que por este recuerdo fué respetada por las tropas de Lacedemonia durante la guerra del Peloponeso, en cumplimiento de la orden que al efecto habían recibido. Euristeo intimó al rey de Atenas la entrega de los fugitivos, y como el monarca se negase á ello, invadió á Atica; pero el ejército que conducía fué aniquilado, y cogido él á su vez en medio del istmo de Corinto por Hilos, hijo mayor de Hércules (1), pereció con todos sus hijos, no quedando de la raza divina de Perseo más que Hilos y los suyos.

Forzado el paso del istmo, los Heráclidas se diseminaron victoriosos por la península; diezmados por una terrible peste, consultaron el oráculo, el cual les contestó que habían vuelto antes de la época fijada por los destinos. Según otra conocida tradición, un numeroso ejército de jonios, aqueos y arcadios les había cerrado el paso, y habiendo Hilos propuesto decidir la contienda en un combate singular, ofreciendo que sus compañeros se alejarían durante tres generaciones si era vencido, Ekhemos, rey de los tegeatos, aceptó la lucha y le dió muerte (1204?). Los Heráclidas entonces volvieron al Atica; mientras el pelópida Atreo, yerno de Euristeo, sucedía á su padre político en el trono de Micenas. Los nuevos esfuerzos que intentaron

(1) Según los mitógrafos, Perseo, hijo de Júpiter y de Danae, tiene por hijo á Estenelos, padre de Euristeo, y á Electrion, padre de Alcmenes, que fué madre de Hércules.

no sirvieron más que para acrecentar el poderío de los Pelópidas, con los cuales fueron á reunirse varios pueblos del Peloponeso para defender la entrada de la península contra los que se presentaban como conquistadores. Los Pelópidas agregaron á los reinos de Micenas y de Tirinto el de Esparta, cuando Menelao casó con la hija y heredera de Tindaro, la hermosa Elena. Corinto reconoció también sus leyes, así como Sicione y siete ciudades de los alrededores de Pilos. Los Heráclidas, desesperando entonces de triunfar, abandonaron el Atica, donde Teseo no reinaba ya, y retiráronse al país de los dorios, quienes recordando los servicios prestados en otro tiempo por Hércules á su raza en la lucha contra los lapitas, los acogieron con regocijo, se interesaron por su causa y, ochenta años después de la guerra de Troya, los pusieron á su cabeza para facilitarles el triunfo.

Orestes, después de haber vengado en Egisto y Clitemnestra la muerte de su padre Agamenón, y recobrado el trono de Micenas (1176?), había anexionado los reinos de Esparta y Argos, y sometido una parte de la Arcadia. Al cabo de un largo reinado, dejó á su hijo Tisamenos un dominio que abarcaba más de la mitad del Peloponeso. Contra él marcharon los dorios, guiados por el etolio Oxilos, y al mando de tres jefes Heráclidas, los tres hermanos Temenos, Kresfontes y Aristodemos.

Advertidos por un oráculo, renunciaron á pasar por las montañas del istmo de Corinto, de tan fácil defensa, y por este lado no hicieron sino una demostración, que engañó á los Pelópidas; mientras que el grueso de sus fuerzas, reunido en Naupacta, donde el golfo no tiene más que de 8 á 10 estadios de anchura, construía una flotilla de balsas, en la que se embarcaron veinte mil guerreros (1). Cruzando rápidamente por Egialea y la Arcadia, tomaron posesión, sin combate, de la Laconia y de la Argólida, que Tisamenos abandonó; expulsaron de la Mesenia á Melantos, descendiente de Nestor, y después se repartieron por suertes los territorios conquistados. Temenos obtuvo «la Argos real,» y sus descendientes dominaron en Trezena, Epidauro, Egina y Flionte. Kresfontes alcanzó por astucia «la hermosa Mesenia» y se estableció en Esteniklaos; Eurístenes y Prokles, los dos hijos de Aristodemos, muerto durante la expedición, obtuvieron la Laconia; un cuarto descendiente de Hércules, Aletas, reinó más tarde en Corinto: Sicione fué patrimonio de otro Heráclida; y por último, la Elida acogió sin oposición á Oxilos y á sus etolios, cuyo origen era el mismo que el de los antiguos habitantes del país. La Arcadia conservó su independencia, pero hizo un pacto con los nuevos señores del Peloponeso. En cuanto á Tisamenos, después de abandonar en manos de los conquistadores sus plazas fuertes de la Argólida, cayó sobre Egialea, arrojó de ella á los jonios, y estableciόse allí con sus aqueos, que dieron su nombre al país. Los despojados jonios retiráronse al Atica, donde les había precedido ya Melantos, con los eolios expulsados de Mesenia y una parte de los habitantes de Flionte, de Corinto y de Epidauro.

De este modo la Tesalia, la Grecia central y el Peloponeso cambiaban de habitantes, ó por lo menos de dueños. Solamente dos países se libraron de aquel trastorno, y fueron las dos penínsulas por donde termina la Grecia al Oeste y al Este: la Acarnania, que por tanto tiempo conservó las costumbres de la edad heroica, y el Atica, que pronto las perdió, porque si bien no estuvo amenazada por la invasión hasta el último momento, en cambio sufrió desde un principio sus consecuencias. Los minios, los tirrenos y los gefireos de Beocia buscaron en Atica un refugio, des-

(1) La anchura del estrecho entre Rión y Antirrión, según Dodwell y Leake, es de milla y media, poco más ó menos; Tucídides no le daba más que siete estadios, Estrabón cinco, y Plinio una milla romana.

pués de la invasión eolia. Los fugitivos de Trezena poblaron los demos de Esfetos y Anaflistos, y al Atica fueron desde Egina los eácidas, de quienes eran descendientes Milciades y Cimón, y desde Mesenia los Neleidas, que formaron las poderosas familias de los Alcmeónidas, de los Pisistrátidas y de los Peónidas. Atica fué como el asilo de los fugitivos del Peloponeso y de la Grecia central. Al cabo de algunos años, los dorios quisieron perseguirlos, y en su marcha apoderáronse de Megara; pero detenidos por la abnegación de Codro, volvieron á su península (1066?). En medio del istmo que la separaba de la Grecia central erigióse más tarde una columna, con la inscripción siguiente en la parte que daba al Peloponeso: «Aquí están los dorios;» y en la que miraba al Atica: «Allí está Jonia.» Una larga y desastrosa rivalidad debía probar esta diferencia.

Tal es la tradición generalmente seguida en lo que se llama el regreso de los Heráclidas. Este relato circunstanciado se puede reducir á hechos más sencillos: los compañeros de Hércules, ó las partidas armadas que se vanagloriaban del nombre de descendientes de Hércules y como él hacían vida aventurera, se reunieron en la Driópida con los dorios que se habían abierto paso hasta allí; los etolios se agregaron después, y todos juntos resolvieron abandonar sus valles salvajes y desoladas montañas para ir á buscar fortuna en la vasta y rica península, donde, á juzgar por las terribles leyendas que sobre los Pelópidas circulaban, esta casa real no merecía ya el afecto de los pueblos. La conquista no fué ni tan fácil ni tan rápida como las tradiciones dicen. Los aqueos habían tenido algunas generaciones antes demasiada importancia para que cedieran á los primeros golpes, y sabemos que varios pueblos no abandonaron las sólidas murallas de sus ciudades hasta después de oponer una larga resistencia. Sin lucha fueron tomadas Sicione, Epidauro, Cleona, Flionte y Trezena; pero Amiclea, Argos y Corinto no se sometieron hasta después de repetidos ataques: Micenas y Tirinto no se entregaron nunca, y así les fué dado conservar su independencia y sus recuerdos. Todos los años, durante siglos, celebraron estas dos ciudades una fiesta fúnebre en honor de Agamenón, y en la época de la invasión de los persas, suplicaron á los antiguos héroes del país que les ayudaran en la gran guerra de la independencia.

En la Mesenia, los descendientes de Nestor quedaron igualmente libres en Pilos; y si bien Lacedemonia, ciudad abierta, cayó en poder de los conquistadores, parece que éstos tardaron mucho tiempo en salir del valle superior del Eurotas, pues se sabe, por ejemplo, que no se apoderaron hasta mucho después de la costa oriental, desde la Argólida hasta el cabo Malea. Incapaces de tomar una plaza protegida por buenas murallas, los dorios hacían alto en alguna fuerte posición de los alrededores, como en el *Temenión*, cerca de Argos, y en el *Soligión*, no lejos de Corinto, desde donde tenían á la ciudad en perpetua alarma, esperando á que el hambre, una sorpresa ó una traición les abriesen las puertas de la misma.

Una de las más graves consecuencias de todos esos trastornos fué la fundación de colonias en las islas del mar Egeo y en las costas del Asia Menor, de cuya historia nos ocuparemos más adelante. En el Peloponeso mismo, la conquista dórica produjo efectos que se dejaron sentir mientras duró la vida histórica de la nación. Solamente emigró una parte de los vencidos, las familias reales ó aristocráticas, y casi en todas partes, excepto en la Elida, donde la fusión fué completa, los dos pueblos permanecieron frente á frente, el uno dominador y el otro dominado, naciendo de aquí los gobiernos aristocráticos. Esa organización social, emanada de una necesidad política, penetró tanto en las costumbres de la raza dórica, que constituyó su principal carácter: la encontramos en Tesalia, entre los beocios, y hasta en Atenas, porque fué en aquella época un hecho general, como las conmociones que la produjeron,

aunque no se estudie de ordinario más que en Esparta por la sencilla razón de que la separación de las dos razas y la servidumbre de la una á la otra llegó á ser en la ciudad de Licurgo el principio mismo de la constitución.

Una aristocracia poderosa y un pueblo avasallado; tal es el punto de partida de la historia de los griegos en el siglo XI antes de nuestra era, y la causa de todas sus luchas intestinas hasta el último día de su existencia. Esa historia tiene dos grandes representantes, el pueblo espartano y el pueblo ateniense: uno que se eleva hasta la más rigurosa aristocracia, y el otro que desciende hasta la democracia más avanzada, concibiendo ambos de una manera diferente la vida, el arte y la ciencia y hablando distintos dialectos.

Pero antes de estudiar esas dos imponentes figuras de la raza griega, detengámonos un poco más en los tiempos heroicos para ver cuáles son sus costumbres, su religión y su organización social

CAPITULO V

COSTUMBRES DE LOS TIEMPOS HEROICOS.

I. – ORGANIZACIÓN SOCIAL

Los griegos renunciaron muy pronto á la vida nómada, si es que alguna vez la practicaron. La religión doméstica que del Asia habían traído debió conducirles siempre á la vida sedentaria y á la propiedad privada, puesto que cada familia necesitaba un lugar de su propiedad para tener allí la tumba de los muertos y el hogar de los vivos; pero es difícil trazar el cuadro de esa primera organización social, y lo que hemos dicho de los acontecimientos, preciso es repetirlo respecto á las costumbres. Si hay que renunciar á deducir de las antiguas tradiciones una historia cierta y que contentarse, por tanto, con aceptar algunos hechos tomados en su generalidad, claro es que no puede obtenerse mayor precisión en lo que toca á las instituciones políticas y sociales. Sin embargo, la leyenda contiene también sobre este particular una parte de verdad, y esta es la impresión que nos dejan del carácter de aquellos tiempos los relatos que de ellos proceden, y sobre todo, para una época relativamente moderna, los poemas de la *Ilíada* y la *Odisea*.

Considerada en su conjunto, la poesía legendaria se refiere á dos épocas. Una pinta á Grecia pugnando en la vida bárbara contra las calamidades físicas y las fieras de los bosques, contra la rapacidad de los fuertes y las violencias de los poderosos: esta época es la de los héroes, de los trabajos de Hércules y de Teseo. La otra nos presenta un estado más civilizado, una vida más estable, razas reales respetadas, y luchas intestinas suspendidas momentáneamente para llevar á cima una grande empresa. En vez de tribus hostiles se ve un pueblo cuyas diversas fracciones se han unido por siempre gracias á la guerra de Troya. En el primer período continúa evidentemente la lucha de los helenos y de los pelasgos, ó de las nuevas tribus contra los pueblos primitivos; en el segundo, la victoria de los helenos queda asegurada y la unidad de la nación establecida, aunque no tenga todavía en Homero más nombre genérico que el de panaqueos.

La independencia del carácter griego se revela ya en su poema. No hay castas; los nobles son los más fuertes, los más ágiles y bravos, ó los más elocuentes, y por-

que tienen estas cualidades se les cree hijos de los dioses y se les respeta y obedece; pero todos pueden reivindicar este origen si lo prueban por su valor. Entre el pueblo y los nobles no existe barrera infranqueable; nadie vive perezosamente de la gloria de sus abuelos. De igual manera que sucederá entre los escandínavos, todo pertenece al intrépido. A pesar de la pretendida descendencia de los dioses, el hombre se crea una posición primeramente por la fuerza, y después por la inteligencia. ¿A qué distancia no estamos ya del inmovilizado Oriente? Una nueva civilización nace; una segunda vida de la humanidad comienza. En Oriente, donde los dioses reinaban, todo debía mantenerse inmutable como la divinidad; aquí manda el hombre; todo será movimiento, pasión, deseos sin límites y esfuerzos audaces. Para el hombre ha robado Prometeo el fuego del cielo, y al darle la inspiración, al enseñarle las artes, ha roto sus cadenas.

Esos hijos de los dioses (1) que han recibido de Júpiter el cetro y que le transmiten al primogénito, pasan por ser los intermediarios entre su pueblo y el cielo. Que gobiernen bien, y la tierra negra producirá cosechas abundantes; los árboles se doblegarán bajo el peso de los frutos, las ovejas serán fecundas, y la mar rica en peces. Mas si los reyes, «devoradores de presentes (2),» pronuncian sentencias inicuas, Júpiter, llevado de su enojo, desencadenará el huracán, se desbordarán los ríos, los torrentes se precipitarán de las montañas, y los campos quedarán devastados y yermos (3). He ahí el ideal poético; esos reyes no son en realidad más que los jefes militares y religiosos de su pueblo; los más poderosos tienen por palacio, donde se encierran con sus riquezas en caso de necesidad, uno de esos recintos de piedras enormes que los pelasgos les legaron, ó que ellos han construído, siguiendo su ejemplo. Para todos los asuntos consultan á los nobles que les rodean; si juzgan, es con el concurso de los ancianos y de los sabios, entendiéndose por ancianos, no los mayores de edad, sino los más sesudos. Estos son los que, delante de Troya, convocados por Agamenón, envían diputados á Aquiles para aplacar su cólera. Las rentas de los reyes consisten en dones voluntarios, en los frutos de sus dominios, en una parte, la más considerable, del botín, y con ocasión de los sacrificios, en doble porción de la carne de las víctimas (4). Para darse á conocer no tienen más insignia que el cetro, ni más guardias que los heraldos, y en las reuniones el lugar de preferencia. No hay vestigio alguno de esa adoración, de esas formas serviles que los reyes del Oriente imponen á los que á ellos se acercan.

Si en la *Ilíada* Agamenón, el rey de los reyes, parece tener más autoridad, es porque una expedición lejos de los hogares y una lucha peligrosa exigen mayor concentración del mando. Por otra parte, Agamenón tenía, además del título, lo que en aquellos tiempos le hacía respetable sobre todo, la fuerza; figuraba entre los más intrépidos, y sus ejércitos eran los más numerosos. Véase, sin embargo, cómo le reta el intrépido Aquiles, y cómo Tersites le insulta; véase igualmente, en la *Odisea*, en qué estado caían esos reyes de la edad heroica cuando se doblaban al peso de los años, como Laertes, y no contaban, para mantener el respeto de los hombres, con el recuerdo de grandes hazañas y la palabra armoniosa de Nestor. Con mucha frecuencia es Ulises antes que jefe el igual de sus compañeros; y el rey de los feacios hállase, como él, rodeado en su isla de aquellos que el poeta griego llama βασιλῆες, los reyes, ó ἄνακτες, los señores, y á quienes se da también el título de «los buenos,

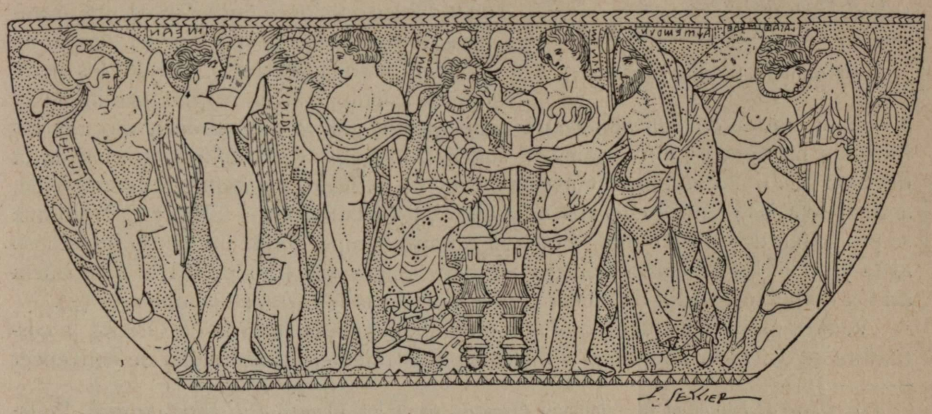
(1) Διοτρεφέες ó διογενέες.

(2) Βασιλῆας δωροφάγους (Hesiodo, *Los trabajos y los días*, I, 38).

(3) *Odisea*, XIX, 109-114; *Ilíada*, XVI, 384-392.

(4) Esta última costumbre se reproduce en toda la historia de Grecia y de Roma, hasta en los primeros siglos del cristianismo.

los justos.» Son individuos de ciertas familias predilectas de los dioses, de quienes descienden y reciben, como por derecho hereditario, la fuerza, la bravura y la elocuencia; es decir, familias que conquistaron su nobleza por el valor, y que la conservan por sus hazañas. Aparte de esto, en los campos de batalla desean los puestos más peligrosos; en los combates singulares buscan los más arrojados adversarios, y en la ciudad ansían algunas prerrogativas más bien honrosas que útiles. En el intervalo de las luchas, ejercítanse en juegos que son imagen de la guerra; algunos pulsan la lira, como Anfión y Orfeo, y cantan las gestas de los valientes, ó escuchan á los rapsodas, que eran tenidos en grande estima, pues conservando la genealogía de los héroes, recordaban la gloria de las familias. No obstante, estos guerreros no desdeñan los trabajos manuales como no los desdeñara Vulcano, hijo del señor de los



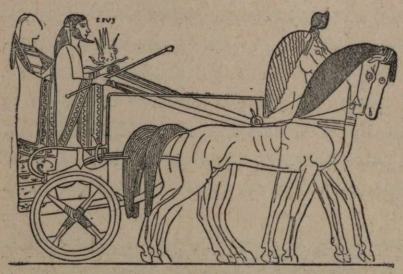
Agamenón recibido por Elena en la isla de Leucea (1).

dioses. Uno de ellos, muerto delante de Troya, es celebrado por Homero como muy hábil en toda especie de labores y por esto querido muy particularmente de Minerva. Ulises maneja el hacha tan bien como la lanza y construye por sí mismo su lecho y su nave. El mismo Aquiles dispone todos los preparativos del festín, y los carpinteros hábiles son admitidos á la mesa de los reyes al lado de los videntes, de los médicos y de los cantores inspirados por las Musas.

Sin embargo, esa aristocracia vivirá siglos; porque no solamente tiene en su favor la fuerza y el respeto tradicional de los pueblos, sino que cuenta, además, con las riquezas. La maza de Hércules y su piel de león no bastan ya á los guerreros; necesitan un carro de batalla, caballos fogosos y una armadura, tan costosa, que á menudo se la considera como un donativo de los dioses, y tan fuerte, que en medio de la pelea presta al jefe una inmensa ventaja sobre la multitud expuesta sin defensa á sus golpes. Lo que vale más aún, es que esos nobles desempeñan las funciones

(1) Grabado sobre un espejo etrusco del Gabinete de Francia (Catal. n.° 3124). – Elena *(Elinai)*, vestida con un rico traje frigio y sentada sobre un trono, tiende la mano á Agamenón *(Achmemrun)*, á quien acoge en su reino, la isla de Leucea, una de las residencias de los bienaventurados. Entre los dos personajes hállase Menelao *(Menle)* con las facciones de joven; tiene en la mano derecha una *fiala* y en la izquierda una lanza. Detrás de Agamenón se ve una *Lasa (Lasa Thimrae)* ó divinidad secundaria, con un vaso y un estilete. Al otro lado de Elena está Paris Alejandro *(Elchsntre)* á quien corona una divinidad alada *(Mean)* acompañada de una corza. En último lugar se ve á Ayax *(Aefas)*. Cf. Gerhard, *Etrusk. Spiegel*, III, pág. 177.

religiosas: oran y sacrifican para todo el pueblo, porque sus dioses domésticos son los de la ciudad. La religión consagra su preeminencia, y cuando los reyes de la edad heroica desaparezcan, los Eupátridas serán por largo tiempo dueños del Estado; pero su moral es de corto alcance; la virtud es entonces el valor que concede Marte, y la piedad el temor que Nemesis inspira.



Carro de los tiempos heroicos (1).

Por debajo de los nobles, que constituyen el consejo del rey, y en la batalla la línea de los carros de guerra, hállase la multitud de los hombres libres, ocupando el lugar inferior los mercenarios (θῆτες) y un reducido número de esclavos. Los primeros forman, en todas las ocasiones importantes, una asamblea que se reune al rededor del círculo de piedras pulimentadas (2), donde los jefes toman asiento con el rey, en medio de la agora. Si no intervienen aun en la deliberación, por lo menos oyen discutir los intereses más graves, é influyen con sus murmullos, favorables ó contrarios, en la decisión que se ha de tomar. Cuando un rey ha hablado, «la asamblea, conmovida, aseméjase á las grandes olas del mar Icario, levantadas por el Euro y el Noto que se precipitan desde las nubes, ó bien el extenso campo donde un viento impetuoso agita y dobla las espigas.» Por eso Homero quiere que Calíope sea la compañera asidua de los reyes para dulcificar con la elocuencia los arrebatos populares (3).

Vemos, pues, por mucho que nos remontemos en la historia de Grecia, la costumbre de convocar asambleas y discutir públicamente. La necesidad de convencer

(1) Carro de Zeo en el vaso llamado *François*, según los *Monum. dell' Instit. archeol.*, IV, tabla LIV-LV y W. Helbig, *Das homerische Epos aus den Denkm. erlaut.*, fig. 18, pág. 101. Sobre el eje descansa la caja (δίφρος) que sólo protegía hasta las rodillas de los guerreros que iban de pie en el carro. La caja no es maciza y la pieza de madera encorvada en que termina por su parte superior hace las veces de balaustrada: á esta pieza se le daba el nombre de ἄντυξ y en ella se ataban las riendas cuando el carro se paraba. El timón (ῥυμός), que arranca de la parte inferior de la caja y termina en el yugo, estaba también unido á la parte superior de la caja por medio de una barrita de madera encorvada que se ve á la altura de la mano de Zeo. El yugo (ζυγός) se fijaba al extremo del timón con una clavija y con correas (ζυγόδεσμος). Los caballos quedaban sujetos al yugo por medio de largas correas (λέπαδνα).

(2) Puede servir de ejemplo de esas construcciones la agora de Micenas, círculo rodeado de un banco que servía á la vez de sitial y de cerca, en el que reconoce Schliemann «el círculo de la agora» (Eurípides, *Orestes*, 919). En ese recinto circular, situado en la extremidad oeste del Acrópolis, fué donde se descubrieron las tumbas tan ricas en objetos de oro.

(3) En la descripción del escudo de Aquiles representa Homero una sentencia dictada por los ancianos. «Veíase al pueblo, dice, apretándose en la agora, donde se había suscitado una cuestión á consecuencia de un asesinato. Dos hombres disputaban sobre el precio de la sangre: uno pretendía haberlo pagado todo y declarábalo así ante el pueblo; mientras que el otro negaba haber recibido cosa alguna. Al fin resuelven comparecer ante unos árbitros para zanjar la diferencia; el pueblo aclamaba, quién al uno, quién al otro, pues cada uno tenía sus partidarios. Varios heraldos contenían al pueblo; los ancianos estaban sentados en piedras lisas en el recinto consagrado, y sus bastones hallábanse en manos de los heraldos, cuya voz resonaba en los aires. Levantábanse después, empuñando aquellos atributos de su autoridad, y pronunciaban por turno su sentencia. En medio de ellos, en tierra, había dos talentos de oro, para dárselos al anciano que emitiese el juicio más recto» (*Ilíada*, XVIII, 497-508). Véase, en el *Anuario de la Sociedad para el estímulo de los Estudios griegos*, año 1884, p. 90, el comentario jurídico de M. Dareste sobre este pasaje. – El bastón ó cetro que los ancianos tomaban antes de hablar era la señal de que en aquel momento desempeñaban una función pública. Esta costumbre se conservará sufriendo algunas transformaciones: Atenas tendrá tambien oradores oficiales.

antes de mandar aguzó el ingenio de ese pueblo; de esta suerte todas sus facultades se desarrollaron y estuvieron en condición de darse á conocer de la manera más brillante.

Debe notarse también que la situación de los que forman el pueblo es mejor en tiempo de la realeza homérica de lo que será bajo los gobiernos aristocráticos:



Coraza antigua de bronce, encontrada en el lecho de Alfeo (1).

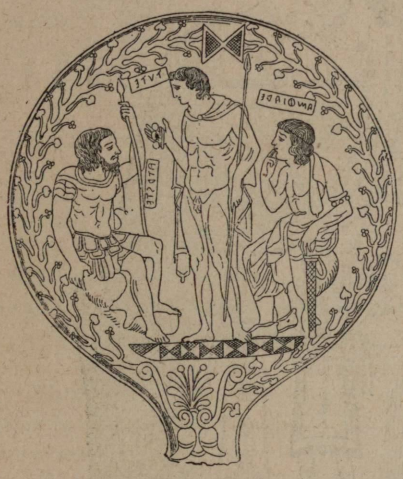
véanse, sino, en la *Odisea* las relaciones de Ulises con el pastor Eumeo, antiguo esclavo.

Aquel pueblo, ya tan libre en su constitución política, éralo más aún en su organización religiosa: nada de sacerdotes, ó mejor dicho, nada de clero constituído

(1) Según el *Bol. de la Corresp. helen.*, VII (1883) lám. I á III (W. J. Stillman). – De la coraza no queda sino la cara posterior, donde se ven, sobre la línea de la columna vertebral y en el cuello de uno de los personajes de la izquierda, varios agujeros que tal vez fueron causados por flechas. Está completamente adornada con dibujos de estilo arcaico. En la parte superior, sobre los relieves que protegen los omoplatos, hay dos leones y dos toros, y entre esos relieves se ven dos grupos de esfinges y de leones. La disposición de estos animales por zonas paralelas, y la manera cómo están tratados, recuerdan las pinturas de vasos de estilo oriental. En la parte inferior hay seis figuras humanas: á la derecha reconócese á Apolo, seguido de dos diosas, Latona y Artemisa (?). Delante del dios que tiene una lira en la mano hay tres personajes, el primero de los cuales lleva una cinta ceñida en la cabeza y tiende la mano derecha en actitud de adoración.

en clase aparte, nada de libro santo, como la Biblia, los Vedas ó el Zend Avesta, es decir, ningún cuerpo de doctrinas consagradas: doble hecho fundamental en la historia del desarrollo intelectual de los helenos (1). Así como todo jefe de familia es el sacerdote de su casa, el rey es el primer pontífice de la ciudad: «Velas por el hogar de este país,» dicen las hijas de Dánao al rey de Argos (2). En efecto, él es quien inmola la víctima para su pueblo, sin creerse revestido de un carácter sagrado (3); y cuando sacrifica en nombre de la ciudad, desempeña una función pública.

Pero la superstición es uno de los instintos más naturales del hombre, y aun no se ha limitado jamás el culto á un acto de adoración y de reconocimiento al Ser Supremo. Todos los pueblos han querido arrancar al porvenir los secretos que guardará siempre, y todos tuvieron hechiceros, magos ó, como los griegos, adivinos que interpretaban los signos celestes, alucinados que veían el mundo invisible, convulsionarios, como la Pitonisa de Delfos, que sentían agitarse en ellos el dios cuyos mandatos traducían. Los griegos creían que esos profetas estaban en relación directa con la divinidad, y consultábanlos llenos de confianza. Así, por ejemplo, el templo de Dodona tenía sus palomas sagradas y sus encinas seculares, que el viento hacía hablar cuando pasaba entre su follaje: tres sacerdotisas, las Peleiadas, interpretaban esos sonidos confusos. Los oráculos de Apolo en Delfos, que recibía la Pitonisa, eran traducidos por boca de sus sacerdotes; y Orfeo acompañó á los Argonautas para distraer con sus cánticos su largo viaje, pero también para explicar los signos celestes. Los adivinos más famosos fueron Anfiaraos, que estaba al lado de los siete jefes en la primera guerra de Tebas; Tiresias y su hija Manto, entre los tebanos, y por último Calcas, que siguió á los griegos á la guerra de Troya.



Anfiaraos, Tideo y Adrasto (4).

(1) Véase más adelante.

(2) Esquilo, *Las Suplicantes*, 370 y siguientes.

(3) Es preciso hacer una excepción para el gran sacerdote de los Cabires de Samotracia, que ara al mismo tiempo soberano de la isla, y acaso también para el de Apolo en Delos, al menos en el antigüedad; pero aun los que tenían vinculados en sus familias sacerdocios hereditarios, no dejaban de ser por eso ciudadanos en cuanto á todo lo demás, exigiéndoles mayor pureza de costumbres. Muchos sacerdocios eran desempeñados por mujeres: la sacerdotisa de Ceres llevaba la cabeza coronada de amapolas y de espigas; la de Minerva, en Atenas, iba armada de égida, coraza y casco. El templo de Baco, también en Atenas, estaba servido por catorce vírgenes, como las Vestales de Roma. Muchas de esas sacerdotisas debían hacer voto de castidad, como lo demuestran multitud de pasajes de Pausanias. Los sacerdotes de Diana, en Efeso, eran eunucos. Por lo demás, estas privaciones, como algunas otras abstinencias, no tenían relación alguna con la idea cristiana de la maceración de la carne. Sobre este punto véase Maury, t. II, cap. XIV. Más adelante existieron muchas cofradías religiosas de que hablaremos en los capítulos XV y XXVII.

(4) Grabado sobre un espejo etrusco, según Gerhard, *Etruskische Spiegel*, I, Taf. CLXXVIII, y p. 171. Delante de Adrasto *(Atrste)*, sentado á la izquierda, hállanse Tideo *(Tute)* y Anfiaraos *(Amphiare)*, que le dirigen la palabra. Tideo está de pie y tiene en la mano un brazalete: tal vez sea esto una alusión á la traición de Erifila, hermana de Adrasto y mujer de Anfiaraos, que por un collar de oro descubre á Polínice el retiro de su esposo: el adivino sabía, en efecto, que perecería delante de Tebas, y por esta razón se ocultaba.

Creíase también que los dioses enviaban á los hombres por medio de sueños, ó del fragor de los truenos, consejos saludables, amenazas ó esperanzas (1). Ciertas familias se preciaban de tener por derecho hereditario la inspiración divina ó el privilegio de ser más agradables á los dioses en el cumplimiento de los misterios (2): eran sin duda los restos supervivientes de antiguas razas teocráticas, despojadas por las revoluciones de su poder temporal. Según creencia de los griegos, algún dios se hallaba siempre en el origen de aquellas familias respetadas. Píndaro, celebrando á un vencedor en los juegos Olímpicos, que contaba entre sus abuelos á un adivino yamida, refiere cómo obtuvo esta raza el don de ver el porvenir: «Evadné, la doncella de cabellos de color de violeta, vivía á orillas del Alfeo; allí fué donde, amada de Apolo, disfrutó por vez primera de los dulces amores; y allí también cierto día en que quiso sacar agua, fuéle preciso despojarse de su cinturón de púrpura y de su vaso de plata. El dios de rubia cabellera envióla al punto á Ilicia, que mitigó sus sufrimientos, saliendo después á luz el hijo de sus entrañas y de sus queridos dolores, Jamos. Rendida por el sufrimiento, dejóle en tierra; mas por orden de los dioses, dos serpientes de ojos verdes alimentaron al niño con el jugo de las abejas..... Cuando la risueña juventud hubo ceñido su frente con la corona de oro, bajó en medio del Alfeo, invocó á su abuelo, el poderoso Neptuno, y al dios del arco temible que protege á Delos, su santuario, pidiéndoles que ciñeran su cabeza con la cinta venerada de los pueblos. Su padre le dió un doble tesoro de ciencia profética, y desde entonces oyó la voz que jamás ha proferido la mentira, y pudo predecir el porvenir en el altar del gran Júpiter (3).»

Pero estos adivinos, y hasta los colegios de sacerdotes que ejercían, con exclusión de los laicos, ciertos sacerdocios, como el de Júpiter en Dodona y el de Apolo en Delfos, no formaron un cuerpo separado del resto de los ciudadanos, ni desempeñaron jamás, como tales, una función política; los griegos, en una palabra, no tuvieron casta sacerdotal, como tampoco tenían casta militar.

II. — LA FAMILIA, LA INDUSTRIA.

Como en toda sociedad bárbara, la violencia se anteponía á la justicia, y eran frecuentes los asesinatos. «Nuestros padres, dice Aristóteles, iban siempre armados. En Cumas la ley sobre el homicidio exigía, para la condena, que el acusador presentase como testigos cierto número de parientes (4).» Estos son los *cojuratores* de las leyes germánicas, y tal costumbre demuestra que si se necesitaban testigos para obtener justicia, era necesario también poseer lanzas para defenderse contra la *vendetta* de la familia del condenado. Naturalmente, las costumbres eran sencillas por causa de la pobreza, pero con una libertad desconocida en Oriente, porque cada uno tenía necesidad de todos. En la Grecia heroica apenas existe la clase servil; los que han caído prisioneros en la guerra ó han sido comprados, más que esclavos son criados. Alcestes moribunda tiende la mano á sus esclavas para darles el adiós supremo. Eumeo esperaba que Ulises, de regreso á Itaca, le daría casa, campo y mujer, y cada vez que encuentra al hijo de su señor, bésale en la frente y en los ojos; pero ya el anciano pastor pronuncia las palabras que toda la Grecia, hasta la de los filósofos,

(1) El trueno que resonaba á la derecha era una señal favorable (*Ilíada*, II, 353).

(2) Así sucedía entre los Eleos con los Teliadas, los Clitiadas y los Yamidas; en Eleusis con los Eumólpidas y los Cerices; en Atenas, con los Eteobutadas; en Tebas con los Egidos; en Esparta y Sicione con los sacerdotes de Apolo Carniano, y en Delfos con los descendientes de Deucalión.

(3) *Olímpicas*, VI, 50-117.

(4) Aristóteles, *Polit.*, II, 6.

repetirá después: «los dioses despojan al hombre de la mitad de su virtud el día en que le hacen esclavo (1).»

La condición del esclavo es benigna (2); la de la mujer es venerada. Aquí la sociedad doméstica, la familia, está mejor constituída que en los pueblos orientales, fuera de los judíos (3), prenda cierta de que la sociedad política tendrá también una constitución mejor, más justa y más libre (4). La poligamia está prohibida, pero no el concubinato. Si aun se compra la mujer griega (5), ya no es condenada á la oscuridad y á la soledad del harém, sino que vive á la luz del día, por lo menos en los primeros tiempos. Más adelante, su existencia parecerá más severa: en Atenas se la encerrará en el gineceo, en donde permanecerá en una condición jurídica inferior á la de su marido (6). Excluída de la herencia de su esposo, y pupila de sus hijos, siempre será menor de edad; los eslabones de la cadena que había anudado al rede-



Ulises presentándose á Nausicaa (7).

dor de ella la antigua servidumbre no quedarán rotos todos, pero habrá, aun entonces, progreso para ella, porque el dote que ha de ser su propiedad augurará su porvenir. En la época en que estamos, algunas tienen ya la dignidad severa de la matrona

(1) *Odisea*, XVII, 322.

(2) Véase en la *Odisea* la condición de los servidores de Ulises, quien promete á los que le permanezcan fieles, tratarlos como si fueran hermanos de Telémaco.

(3) Se necesitaría también hacer una excepción para el Egipto, donde, según M. Paturet (*Condición jurídica de la mujer en el antiguo Egipto*, 1885), la mujer se tenía por igual á su marido.

(4) Aristóteles, *Polit.*, lib. II, 5, 11: «Nuestros padres traficaban entre sí con sus mujeres.» Agamenón dice á Aquiles que le dará en matrimonio una de sus hijas sin exigirle presentes, ἀνάεδνον (*Iliada*, IX, 146); y Héctor dió á Andrómaca μυρία ἕδνα (*ib.*, XXII, 472). Cf. Pausanias, lib. III, cap. XII.

(5) Hago notar que, según el *Himno á Venus*, la costumbre de haber nodrizas encargadas de enseñar á los niños una lengua extranjera se practicaba ya en los tiempos en que vivía el autor desconocido de los *Himnos homéricos*.

(6) Eurípides, inspirándose en las costumbres de su tiempo, dice, por el contrario (*Medea*, 232), que la mujer compra su marido χρημάτων ὑπερβολῇ, es decir, con su dote.

(7) Pintura de un vaso, según Gerhard, *Auserles. Vasenb.* III, taf. CCXVIII. – Ulises completamente desnudo aparece delante de un árbol de cuyas ramas penden las ropas que Nausicaa y sus compañeras acababan de lavar. El héroe, coronado de hojas y con algunas ramas en las manos, está en actitud suplicante: á su lado se ve su protectora Palas Atena que ha de infundir valor en el ánimo de la hija de Alcinoo; ésta se dispone á huir no sin volver la cabeza para mirar á Ulises, mientras su compañera, espantada, se dirige corriendo á la derecha hacia un grupo de mujeres que lavan. Cf. *Odisea*, VI, 127 y sig., y Overbeck, obra citada, pág. 756.

romana y no toleran rivales (1). Laertes compra á Euriclea; «mas, dice Homero, aunque era muy joven, no hizo de ella su compañera, por temor á su esposa (2).» Como el héroe no desdeña los trabajos manuales, la mujer toma por su cuenta los domésticos. Las hijas de los reyes van ellas mismas á buscar agua á las fuentes, como la hermosa Nausicaa, y como Polixena, hija de Príamo. Andrómaca da el pienso á los caballos de Héctor; Elena trabaja en maravillosos bordados, y Penélope no domina la impaciencia de los pretendientes sino mostrándoles la última prenda que prepara para el anciano Laertes, aquel velo que teje de día y que deshace por la noche.



Aquiles y Briseida (3).

«¿Qué dirían las mujeres de Grecia si dejase á ese héroe sin sudario, cuando la Parca cruel venga á arrebatarle?» ¡Y qué escena la de la despedida de Andrómaca y de Héctor!

Sin embargo, en esa edad en que se honra á la fuerza y á la audacia, la infidelidad á la fe prometida no es un crimen imperdonable (4): la palabra νόμος, que signi-

(1) Véase, en los *Siete jefes* de Esquilo, las duras palabras de Eteocles á las jóvenes tebanas. En Atenas, las mujeres no se sentaban á la mesa, y Solón pone condiciones para su salida de la ciudad: magistrados especiales tenían el cargo de vigilar la conducta de las mujeres, las cuales no podían presentarse en público sino vestidas de cierto modo.

(2) Atenea, XIII, 2. «No es bueno, dice Eurípides (*Androm.*, V, 672), que un hombre tenga dos mujeres.

(3) Pintura de vaso de la fábrica de Euxiteos, según Gerhard, *Auserles. Vasenbild.*. III, Taf. CLXXXVII. – Aquiles (AX[ιλλε]VS) está completamente armado. Briseida ([B?ι]SEIS) vistiendo rico traje, tiene una flor en la mano.

(4) El adulterio no fué castigado nunca muy severamente. A la mujer culpable tachábanla tan sólo de infame, y no podía llevar ciertos adornos, ni asistir á los sacrificios públicos. Si infringía estas prohibiciones, podíanla arrancar sus galas, rasgar sus vestiduras y hasta golpearla, pero sin he-

fica la ley moral, no se encuentra en Homero, ni tampoco el nombre de Eros, ó por lo menos los contemporáneos del poeta no conocen las depravaciones que el Asia y las instituciones gímnicas comunicaron más adelante á la Grecia. La mujer es el único objeto de los afectos del hombre; mas para ella el amor se limita á los deseos que Venus despierta con su cinturón, «en el que se hallan todos los atractivos y las palabras que cautivan hasta el alma del sabio (1).» Las pasiones violentas que el amor enciende son de otra edad, y las cantarán otros poetas. Elena, de regreso á Esparta, y en la casa de Menelao, es tratada como esposa y reina. Si Andrómaca y Penélope son para Homero modelos de piedad conyugal, no conoce á Alcestes, Laodamia y Evadné, que mueren por sus esposos ó no quieren sobrevivir á ellos. Clitemnestra, Antea, Fedra, Alcmenes y todas las mujeres arrebatadas ó seducidas por los héroes y por los dioses, demuestran la indulgencia con que los hombres de aquellos tiempos miraban las debilidades que ellos mismos habían provocado tantas veces (2). Una multa era el castigo que se imponía al culpable, y el infeliz esposo inspiraba ya poca compasión. «Al ver á Ares y á Afrodita cogidos en el lazo artificioso que Hefaistos les tendiera, dice el poeta irreverente, prorrumpen en carcajadas los inmortales y murmuran entre sí: Hefaistos obtendrá la multa debida por el adulterio (3).»



Penélope (4).

El esposo no prometía una fidelidad absoluta; y las cautivas formaban para los jefes una especie de harém. En el palacio de Príamo había muchas, aunque «la augusta Hécuba» fuese la única que, como Penélope en Itaca, gozara del título y de los honores de esposa y de reina. Ulises tenía en su morada cincuenta cautivas, y en su cólera contra aquellas que se han entregado á los pretendientes hay una parte de celos. Cuando, antes de darse á conocer, oye sus risas y gritos de alegría, «su corazón murmura,» y quisiera matarlas al punto; pero comprendiendo que con ello comprometería su empresa, golpéase el pecho y exclama con sordo acento: «¡Paciencia,

---

rirla (Esquino, *Adv. Timarch.*, 74). En cuanto al adúltero, el castigo era más bien humillante y grotesco que penal.

(1) *Ilíada*, XIV, 216-217.

(2) Cerca de Mantinea enseñaron á Pausanias (VIII, XII, 5 y 6) una tumba que la tradición local decía ser la de Penélope. Expulsada de Itaca por Ulises, iría á ocultar allí su deshonra y á terminar su vida. No demos oídos á esas malas lenguas, y creamos al poeta.

(3) *Odisea*, VIII, 343 y siguientes.

(4) Estatua de mármol, del Vaticano (*Mus. Pio-Clem.*), según Raul Rochette, *Monumentos inéditos de antigüedad figurada*, lám. XXXII, 1, y Clarac, *Museo de Escultura*, lám. 834, n.° 2090. El nombre que se ha dado á esta estatua se justifica por una serie de monumentos análogos, pero más completos, en los cuales se ve junto á Penélope su canastilla llena de lanas. La expresión de tristeza retratada en su rostro es también significativa.

corazón mío! ¿No has soportado, por ventura, males más crueles (1)?» Muertos los pretendientes, manda ahorcar á doce de las culpables, ni más ni menos que pudiera hacerlo hoy un señor en su serrallo.

A pesar de estos ejemplos harto famosos, los vínculos de la familia eran sólidos, y la autoridad paterna era respetada aun por los hijos llegados á la edad madura, pues la maldición del padre llevaba tras sí desgracias ineludibles. Sacerdote de la casa, hacía las libaciones en la tumba de los abuelos, y conservaba en el hogar doméstico el fuego que no debía apagarse sino cuando en la familia se extinguía la línea masculina. Los hijos repartíanse entre sí y por partes iguales la herencia, pues la propiedad individual, principio de todo progreso en la sociedad, se reconocía ya en aquellas antiguas edades. Si se cometía un asesinato, ni el rey se eximía del pago del precio de la sangre, τὰ ὑποφόνια; y cuando los parientes de la víctima rehusaban recibirlo, no le quedaba al asesino más que huir de la venganza conjurada de la familia ó de la tribu, porque todos los individuos de éstas se hacían solidarios de la ofensa (2).

Esos odios que sólo la sangre aplaca nos llevan al fondo de los bosques de la Germania y del nuevo continente; pero los feroces guerreros de Odín y del Gran Espíritu no tienen nada que ver con los héroes de Homero, con ese pueblo griego digno siempre de estima, á pesar de sus faltas, de sus astucias y de sus violencias, porque ningún otro ha desarrollado mejor los sentimientos afectuosos y poéticos de nuestra naturaleza. Cuando la nodriza de Ulises, al ver muertos á los pretendientes, profiere gritos de alegría, su amo la contiene, diciéndole: «Regocíjate en tu corazón, pero reprime tus demostraciones, porque es impío glorificarse sobre los muertos.» Hasta el frío y austero Aristóteles exclama: «¿Habrá placer más puro que socorrer á sus semejantes y repartir beneficios entre los amigos, los compañeros y los huéspedes (3)?» Con esa viva imaginación que les hizo crear tan pronto una poesía encantadora, con ese corazón susceptible de los más nobles sentimientos, los griegos parecen dotados de una juventud eterna. Como cualquiera de nosotros, llegado ese momento de la existencia, aman apasionadamente todo cuanto es hermoso y desparraman en todos sentidos la vida y el sentimiento, que de tal modo rebosan en ellos, que se desbordan en la naturaleza entera y la animan. Nada de largos banquetes ni de groseros placeres como en los pueblos del Norte; nada de embriaguez (4). Aun en sus mismos festines, que la lira de Apolo y el cántico de las Musas llenan de atractivos, sus dioses no prueban sino el néctar y la ambrosía que hacen circular por sus venas una sangre pura é inmortal: al griego le agrada ese alimento sobrio y ligero, y apenas ha dado al cuerpo lo que necesita, quiere juegos, ejercicios, danzas y bardos que le canten las glorias de los héroes, lo mismo que hoy los modernos vates le cantan las hazañas de los Kleftas (5). Si el extranjero llama á su puerta, se le agasajará sin curiosidad indiscreta, aunque sea un desterrado, un homicida, «porque el huésped y el mendigo son enviados por Júpiter.» La religión se lo impone como ley. «El miserable á quien se rechaza, dice Alcinoo, oculta tal vez un dios (6).» Su cólera

(1) *Odisea*, XX, 18.

(2) *Ilíada*, IX, 633, discurso de Ayax, hijo de Telamón, á Ulises.

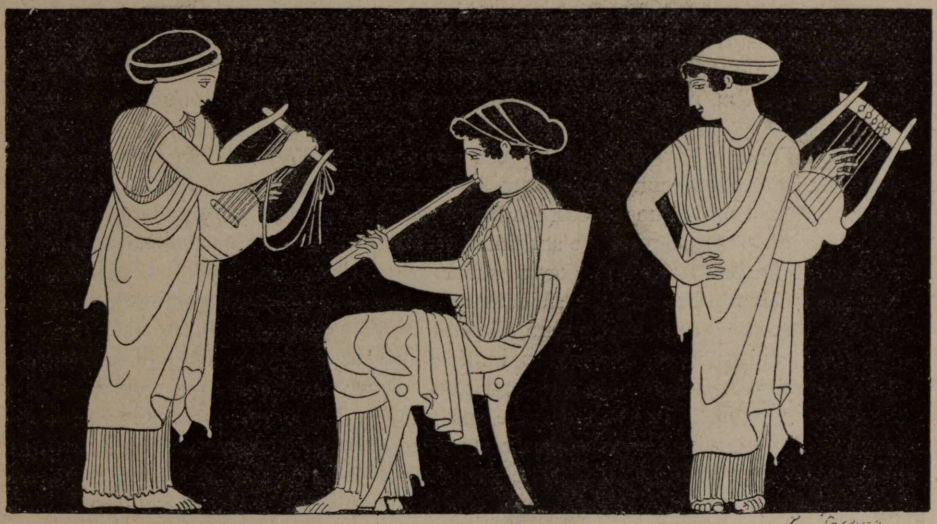
(3) *Política*, II, 3.

(4) Hoy es aún, como hace tres mil años, uno de los rasgos de las costumbres griegas, que la religión ha consolidado. Solamente se cuentan al año ciento treinta días en que no se haga abstinencia en virtud del precepto religioso.

(5) Véanse en el canto XXIII de la *Ilíada* los juegos que Aquiles manda celebrar en los funerales de Patroclo, y en la *Odisea*, VIII, los que Alcinoo ordena para festejar la llegada de Ulises: el pugilato, la lucha, el salto y la carrera.

(6) Cada nueve años celebrábase en Delfos el *Stepterion*, ó fiesta conmemorativa de Carila. Du-

terrible. En el campo de batalla no perdona al enemigo vencido, y abandona su cadáver á las inclemencias de la intemperie y á la voracidad de los buitres; pero no hay odio que en él no se apacigüe, ni venganza que no hagan olvidar con regalos y súplicas «esas hijas cojas pero infatigables del gran Júpiter, que siguen á la Injuria para curar los males por ésta causados y que siempre saben ablandar el corazón de los valientes.» Dada su naturaleza expansiva, el griego necesita amigos; cada guerrero tiene un hermano de armas: Hércules y Yolaos, Teseo y Pirito, Orestes y Pílades, que quieren morir el uno por el otro, Aquiles y Patroclo, Idomeneo y Merión, Diomedes y Estenelos, contraen esas indisolubles amistades cuya primera ley es la



Tañedoras de lira y de flauta (1).

abnegación. Diez años después de su regreso á Lacedemonia, Menelao se encerraba todavía en su palacio para llorar á los amigos que perdiera ante los muros de Ilion.

Más tarde se desarrollarán dos rasgos funestos del carácter helénico, la venalidad y la astucia. En todo Aquiles habrá algo de Sinón, pero nunca de Tersites.

En los funerales, colocábase un óbolo entre los dientes del muerto, para que pudiera pagar su pasaje á Caronte, el sombrío barquero de la Estigia, y á veces una torta de miel en sus manos para apaciguar al Cerbero (2). El cuerpo, bien lavado y perfumado, era revestido con el mejor traje del difunto; se adornaba su cabeza con

---

rante un período de escasez, los delfios con sus mujeres é hijos habían acudido en súplica al rey por cuya orden se distribuyeron á la multitud harina y legumbres. A pesar de las instancias y de los gritos, no le había sido posible hacer á todos partícipes de su donativo por falta de provisiones suficientes. Una huérfana, llamada Carila, fué duramente rechazada por el monarca que irritado por sus importunidades llegó á arrojarle su zapato al rostro. Humillada por semejante afrenta y de todos abandonada, retiróse la joven á una montaña en donde se ahorcó con su cinturón. Los dioses la vengaron: sobrevino una peste, y no cesó hasta que, en cumplimiento de lo ordenado por la Pitonisa, se hubo aplacado á la sombra de Carila con un sacrificio, instituyéndose, además, una fiesta en que se repartía á todos, extranjeros y ciudadanos, legumbres y harina (Plutarco, *Cuestiones griegas*, 12).

(1) Pintura de vaso, según Gerhard, *Auserles. Vasenbild.*, IV, Taf. CCCV-CCCVI, 2. – En la parte superior de la lira estaba atado el *plectron*, con el cual se herían las cuerdas.

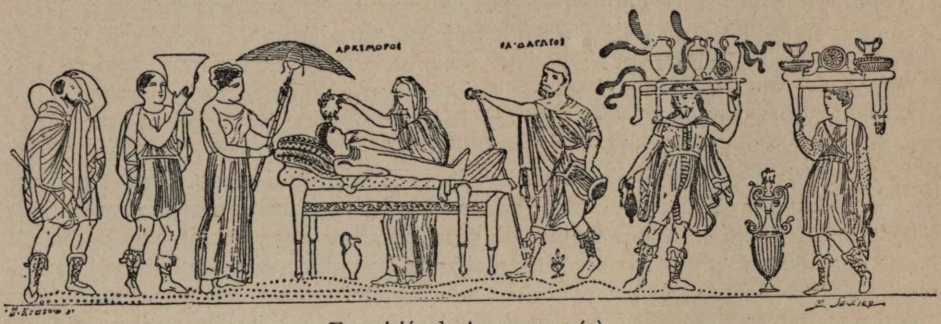
(2) Aristófanes enumera en *Lisistrata*, 600-607, las ceremonias de los funerales.



Exposición y lamentación fúnebre. (Véase la nota 3 de la pág. 91.)

una corona de flores, y colocábase el cadáver en una cama de respeto, con los pies vueltos hacia la puerta, que debía estar entornada, puesto que el difunto iba á salir para emprender un largo viaje. Entonces comenzaban las lamentaciones fúnebres, θρῆνοι (1), costumbre que subsiste aun en muchos pueblos.

A la entrada de la casa colocábase una vasija llena de agua lustral, con la que se rociaban los que salían, uso que hemos conservado también, como tantos otros de esos ritos antiguos que el cristianismo no pudo ó no quiso desterrar de los pueblos. En la mañana del tercer día, el cuerpo, siempre sentado en su cama de respeto, era conducido por los parientes al lugar de su sepultura. En primer término iban los flautistas, dejando oir tocatas lúgubres al estilo frigio, y detrás las plañideras vo-



Exposición de Arquemoros (2).

luntarias ó pagadas (3). La costumbre de enterrar los muertos precedió á la incineración, que Licurgo prohibió en Esparta, y que, siendo más costosa, no se generalizó

(1) Véanse en Homero los funerales de Héctor (XXIV, 719 y sig.).

(2) Pintura de un vaso del Museo de Nápoles, según Gerhard, *Akademische Abhandlungen*, Atlas, Taf. I-IV. (Nuestro dibujo no reproduce sino una de las escenas pintadas en esa grande ánfora). – En el centro, tendido en una cama de respeto y cubierto con un paño, está el niño Arquemoros (ΑΡΧΕΜΟΡΟΣ), muerto por un dragón. Junto al cadáver, una anciana se dispone á depositar una corona sobre su frente, y debajo de la cama hay una jarra. Una criada sostiene sobre el muerto un quitasol abierto para preservarle de los ardores de aquel astro (los dos personajes que están detrás de la mujer son restauraciones modernas). Por la derecha adelántase el viejo pedagogo (ΓΑΙΔΑ[γωγ]ΟΣ) que se apoya en un bastón encorvado y lleva en la otra mano una lira, señal de las lecciones que daba á su discípulo. Siguen dos servidores que llevan cada uno en la cabeza una mesa cargada de objetos: el primero tiene en la mano derecha una bolsa que contiene tal vez los juguetes de hueso que han pertenecido al niño, y algunas menudencias que debe depositar en la tumba; en su mesa hay cinco vasos adornados de cintas, que deben servir para las libaciones. El segundo servidor lleva en la mano izquierda el estrigil y el frasco de aceite de que se servía Arquemoros; en su mesa hay vasos destinados seguramente á ser colocados en la tumba. Véase Overbeck, *obra citada*, p. 116 y siguientes, y Heydemann, *Vasos del Museo nacional en Nápoles*, números 3255, página 586.

(3) Escena de lamentación fúnebre, según una placa pintada, en barro cocido, descubierta en Atica y existente ahora en el Louvre. (Cf. Benndorf, *Griechische und Sicilische Vasenbilder*, taf. I, página 3 y sig. El fragmento que completa la placa en la parte superior, á la derecha, faltaba cuando se publicó esta obra). – El pintor ha representado la exposición del muerto, que se hace en el interior de la casa, según lo indica una columna á la izquierda. Al rededor del cadáver, tendido en lecho de respeto con ricos adornos, están los individuos de la familia, las mujeres á un lado y los hombres á otro. Junto al lecho se ve la madre (ΜΕΤΕΡ), á la abuela (ΘΕΤΕ), y varias tías (ΘΕΤΙS), una de las cuales, que está detrás de la madre, es tal vez la paterna (ΘΕΤΙS ΓΡΟS ΓΑΤΡ[ὸς]); delante se hallan las jóvenes hermanas (ΑΔΕΛΦΕ) del difunto, y todas expresan vivamente su dolor por ademanes de desesperación; ó se llevan la mano al cabello como para arrancárselo y extienden

nunca tanto (1). Junto al muerto se ponían sin duda, en los antiguos tiempos, toscos ídolos para protegerle en su vida de ultratumba; y más adelante graciosas figuritas que recordaran sus juegos de la infancia ó los servidores á quienes había amado y que todavía debían distraerle ó servirle (2): en las tumbas se colgaban las guirnaldas y coronas que también ponemos nosotros. En los funerales de los muertos ilustres celebrábanse con frecuencia juegos fúnebres y, al regresar el acompañamiento, un banquete en casa del difunto ó del pariente más cercano, como se hace en nuestras campiñas, y como se practicaba en París no hace aún largo tiempo (3). El duelo duraba treinta días en Atenas, y mucho menos en Esparta; en el tercero, el noveno y el trigésimo, hacíanse sacrificios y libaciones en honor al difunto, lo mismo que en el aniversario de su muerte. Esquilo supone en los persas las costumbres de Grecia cuando presenta á Atossa describiendo á los ancianos de Susa los ritos que ha ido á cumplir en la tumba de Darío: «Salí de mi casa para llevar al padre de mi hijo un brebaje sagrado, leche, miel trasparente, rocío de la amiga de las flores, agua de una fuente virgen, y zumo de los antiguos racimos de uvas. Vamos, amigos míos, entonad el himno solemne y llamad á la sombra majestuosa de Darío; mientras la tierra bebe lentamente mis ofrendas.»

Se podría bosquejar también, con ayuda de Homero y Hesiodo, el cuadro de los conocimientos y de las artes que los griegos poseían en aquellas edades remotas. No conocían más que un arado de madera para labrar la tierra, y solamente pedían á ésta una abundante cosecha de cebada, algunas legumbres, como guisantes, habas y cebollas; un poco de trigo, vino, aceite y miel; y en cuanto á frutas, higos, aceitunas, peras, manzanas y granadas. Los bueyes aplastaban las gavillas; las mujeres trituraban las mieses á mano entre dos grandes piedras; los racimos de uvas se ponían al sol ó se estrujaban; y el aceite no servía sino para condimento, ó para untar el cuerpo. El alimento ordinario reducíase á unas tortas de cebada, legumbres y pescado fresco ó salado; comíase poco pan de trigo, y no se hacía uso de la carne fresca sino en los días de fiesta y en los sacrificios. Los griegos sabían trasquilar las ovejas y tejer la lana; y trabajaban el oro, la plata, el cobre, y más raramente el hierro, de difícil explotación (4). Sus armas eran de bronce, que era al oro lo que nueve es á ciento (5). Varios emblemas adornaban los escudos de los jefes (6); y con la lanza que hiere de cerca vencieron á los arqueros del Asia. La moneda era desconocida aún: un toro servía de término de comparación para los cambios. La cautiva hábil

---

la otra hacia el muerto, ó se cogen la cabeza entre ambas. Más lejos, á la izquierda, está el círculo de hombres: padre (ΓΑΤΕΡ) y hermanos (ΑΔΕΛΦΟS); todos tienden el brazo derecho, y con la cabeza alta cantan «el himno lastimero,» que el padre ha entonado y dirige. Una de las mujeres los mira, esperando sin duda á que acaben de cantar, para dar la señal á las mujeres; y así se pasará el triste día (Véanse los funerales de Héctor, *Ilíada*, XXIV, 719 y sig.). Entre las otras inscripciones trazadas en el campo, algunas traducen exclamaciones de dolor, como οἴμοι (¡ay!) dos veces repetido; otras ΥΟΥΥΤΟS, Ο. ΕΛΟSΑ no han tenido aún explicación satisfactoria.

(1) Cicerón, *de Legibus*, II, 22.

(2) Muchas opiniones se han emitido respecto á las figuritas halladas en las tumbas; pero aun no se ha dado ninguna explicación completamente satisfactoria.

(3) Por lo menos aun lo he visto en mi infancia á las puertas de París.

(4) Πολύκμητός τε σίδηρος (*Ilíada*, VI, 48).

(5) *Ilíada*, VI, 236. Estas armas de bronce se doblaban fácilmente (*Ibid.* III, 348, 363; XI, 237:... μόλιβος ὥς). En el canto IX de la *Odisea* (392) se trata del temple del hierro:... εἰν ὕδατι ψυχρῷ.

(6) Véase en los *Siete contra Tebas* el relato del espía y la descripción de los escudos. Eteocles habla también de las divisas que se leen en el escudo de Polínice, «donde el metal hirviente las ha trazado en letras de oro.» Esta costumbre ha sido atestiguada por Homero, Píndaro, Esquilo, Eurípides, etc.; de los griegos pasó á los romanos.

en los trabajos de aguja valía cuatro (1); la joven y hermosa Euriclea costó veinte á Laertes (2) y Licaón pagó su rescate con cien bueyes (3). Podían erigir vastas y sólidas construcciones; pero no sabían cortar el mármol (4). En sus templos, una piedra informe ó un tronco de árbol apenas modelado representaban hasta el Amor y las Gracias; los cuadros del escudo de Aquiles no son más que un sueño del poeta. La música nacía: en los tiempos heroicos habíanse oído ya, según se aseguraba, los sonidos armoniosos de la lira de Anfión y de Orfeo; y Aquiles en su nave distraía sus largos ratos de ocio con las dulces notas del forminge (especie de cítara).

El centauro Quirón había descubierto ó reconocido las propiedades medicinales de ciertas plantas: toda la ciencia de Podaliro y de Macaón consistía en practicar incisiones, propinando un medicamento interno. El mismo Esculapio creía menos en las medicinas para mitigar el dolor que en los cantos armoniosos y en las palabras místicas. En este concepto la medicina era una parte de la religión, y los médicos formaban una especie de corporación religiosa.

A pesar de la guerra de Troya y la expedición de los Argonautas, la navegación y el arte de construir barcos hallábanse aún en el período de la infancia. Habíase dado nombre á algunas constelaciones: la Osa mayor y la menor, las Pléyades, las Hiadas, Orión, la estrella del Perro «y Venus, el astro más brillante de cuantos recorren el cielo;» pero el navegante no osaba alejarse de las costas, y acercaba todas las noches su barco á la orilla. La tierra era siempre un cuerpo inmenso que Júpiter tenía suspendido de una cadena de oro sobre el abismo y que el Océano rodeaba por todos lados. Grandes columnas fijas en tierra y sostenidas por Atlas servían de apoyo al cielo.



Figurilla de Tanagra de la buena época (*).

(*) Barro cocido de Tanagra, en el Louvre. – Joven con traje usual, cubierta con su *calyptra* (largo velo); lleva en la mano derecha un abanico en forma de palmilla. Heuzey, *Las figuritas de barro cocido del Museo del Louvre*, lám. XXX y p. 19.

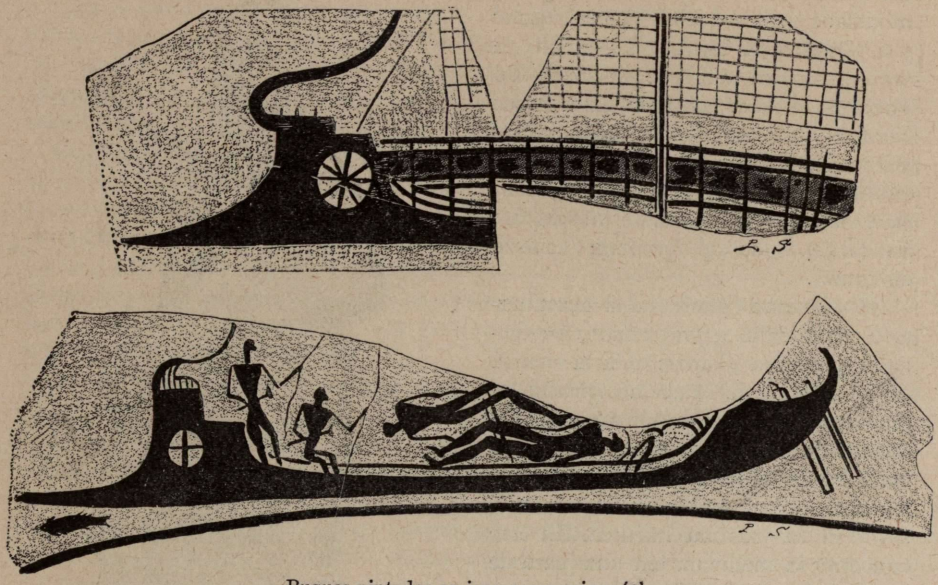
(1) *Iliada*, XXIII, 704-705.

(2) *Odisea*, I, 429-431.

(3) *Iliada*, XXI, 79.

(4) Entre las herramientas, cita Homero el berbiquí, el cepillo de carpintero, el hacha y el nivel, mas no parece conocer la sierra, la escuadra ni el compás. Los kábilas de Argel estaban menos adelantados, pues ignoraban el uso del cepillo del carpintero y de la sierra. En el escudo de Aquiles (*Iliada*, XVIII, 490-572), Vulcano ha representado algunos conocimientos industriales y costum-

Sin embargo, los conocimientos geográficos desarrollábanse á cada poema que cantaba las correrías vagabundas de un héroe, de Jasón, de Ulises ó de Menelao. El rapsoda, eco viviente de la musa popular, recogía todos los rumores, engalanábalos



Buques pintados en jarrones arcaicos (1).

con sus ficciones, y sus cantos, mezcla de arte, de moral y de religión, hacían de él á la vez producto y pintor de aquella sociedad salvaje, pero no grosera, llena de vio-

---

bres de la vida civil en los tiempos homéricos. Otra industria comenzó muy pronto, como lo indican nuestros grabados de las primeras páginas, y fué la cerámica, cuya historia ha resumido M. Heuzey apoyándose en la *Cerámica griega* de Alberto Dumont. «Primeramente, el antiguo adorno geométrico asocia sus ingeniosas combinaciones con el estilo oriental, caracterizado por la representación de animales y divinidades fantásticas, como se ve principalmente en Rodas. Después el decorado asiático se propaga cada vez más, caracterizando los primeros objetos de alfarería corintia, los vasos con relieves de la Etruria, y también, aunque en diferente proporción, la cerámica chipriota.

»Por último, los progresos del arte griego, que adopta resueltamente por tema favorito la figura humana, introdujeron en el decorado de los vasos un elemento nuevo y original, que comienza por asociarse con otras dos clases de adornos, por ejemplo, en las alfarerías de la isla de Milo. Bajo el impulso de la poesía heroica de los helenos, este principio fecundo se desarrolla rápidamente. Con la segunda época de la cerámica corintia, la pintura de los vasos llega á ser como una ilustración popular de la epopeya nacional. El carácter, en cierto modo literario, de estos adornos, se acentúa más aún con la introducción de las inscripciones que explican las escenas legendarias. Así se constituye una nueva imaginería, verdaderamente digna de la brillante imaginación de la raza griega que no solamente se extiende á la cerámica, sino tambien á todo el arte decorativo.

(1) Fragmentos de jarrones arcaicos pintados, descubiertos en Atenas, en Dipylon. Según los *Monum. del Inst. arqueol.*, IX. tab. XL, 2, 4. (Cf. *Annali* etc., 1872, pág. 178-181, y Helbig, *Das Homerische Epos*, pág. 56). Los dos buques van armados con un espolón de combate (ἔμβολον): en la proa hay un agujero (ὀφθαλμός) por donde pasaba la cuerda del ancla. En el segundo jarrón había pintado un combate naval y los dos hombres tendidos al pie del mástil eran heridos ó muertos. Dos marineros se ocupaban desde la proa en el velamen: en la popa se ven los dos largos remos que hacían las veces de timón. – En el primer fragmento se ve el mástil entero, la vela y la cuerda de la maniobra. Ninguno de los dos buques tiene puente (ἄστρωτος); en el segundo un muro de madera protege los flancos de los remeros: es κατάφρακτος.

lencias, pero también de poesía, porque aferrada todavía á la naturaleza, encontraba en ella la inspiración de sus años juveniles. En esa raza, la naturaleza humana no pierde nunca todos sus derechos, y sus bondades y bellezas todavía aparecen acá y allá esparcidos. ¡Qué honrados sentimientos los de Eumea! ¡Qué encantadora figura la de Nausicaa!

Homero y Hesiodo, ó las obras coleccionadas bajo su nombre, resumen la poesía de los antiguos bardos, pero reflejan dos fases de esa sociedad, y como dos edades distintas de la vida del pueblo griego; por eso cada uno de ellos parece no haber conocido nada del otro. Esta diferencia era tan bien comprendida, que se manifestaba hasta en la manera de recitar sus obras: el dialecto que hablaban es el mismo; pero los versos del uno eran leídos con gravedad, al paso que los del otro se cantaban alegremente al son de la cítara. Hesiodo, el poeta amado del labrador y del artesano, el poeta de los ilotas, como le llamaba desdeñosamente Cleomenes, que le expulsó de Esparta, no dejando entrar en ésta más que á Homero, el cantor de los héroes y de la guerra, comienza su poema *Las Obras y los Días* por el elogio del trabajo, haciendo dimanar de él todas las virtudes. ¡Cómo nos aleja esta moral práctica del brahmanismo indostano, que hace consistir la dignidad y el poder del hombre, no en las obras, sino en la meditación ociosa y estéril de las perfecciones de la divinidad! El Oriente, aunque dió algunos de sus dioses á los helenos, no consiguió hacer penetrar su misticismo en Grecia, donde comenzará una nueva civilización con un pueblo amigo del trabajo y del esfuerzo humano.

CAPITULO VI

RELIGION DE LA EDAD HEROICA.

I. – LOS DIOSES (1).

Hay dos especies de religiones, las del Libro revelado y las de la Naturaleza. Los judíos, los cristianos y los musulmanes profesan las primeras; el Oriente y la

(1) Las antiguas divinidades italiotas diferían mucho de los dioses de Grecia por su carácter y sus funciones; pero cuando la influencia de la civilización helénica se propagó á Italia, los romanos reunieron esos dos pueblos de dioses y diéronles nombres que han pasado á nuestra lengua. En una historia de Grecia sería más exacto no emplear para las divinidades helénicas sino sus nombres griegos; pero un lector francés prefiere las denominaciones con que se ha familiarizado por la literatura y las artes; y como con esto nada pierde la ciencia, nos conformaremos con ello, aunque á veces nos serviremos, para comodidad del discurso, de nombres tomados de una ú otra lengua. En las traducciones, por ejemplo, conservaremos los nombres griegos. He aquí las dos nomenclaturas de las divinidades principales:

Cronos	Saturno	Hefaistos	Vulcano
Rea	Ops ó Cibeles	Hestia	Vesta
Zeus	Júpiter	Poseidón	Neptuno
Hera	Juno	Hades	Plutón
Atenea	Minerva	Demeter	Ceres
Apolo	Apolo	Koré ó Persefona	Proserpina
Artemisa	Diana	Dionisos	Baco
Helios	El Sol	Asclepios	Esculapio
Hermes	Mercurio	Herakles	Hércules
Ares	Marte	Leto	Latona
Afrodita	Venus	Eos	La Aurora
Eros	El Amor		

Grecia las segundas; aquéllas tienen sus raíces en un Dios solitario y celoso, que no tolera nada fuera de su santuario; éstas penetran en el seno de la naturaleza, de donde surge la gran corriente de la vida universal, y sus templos se abren á toda idea revestidos de formas divinas. En los cultos procedentes del Sinaí, de Jerusalén y de la Meca, el desarrollo religioso se hace por el profetismo, comentario de un texto sagrado; en Grecia, los reveladores son los poetas. Las rocas peladas y desnudas que no presentan hoy ya más que el esqueleto de la Hélada, estaban revestidas entonces de una vegetación abundante; á la sombra de los bosques vagaban las fieras; de los montes descendían los arroyos y los ríos con murmullos que parecían voces; la vida estaba en todas partes y la naturaleza conservaba su majestad. Los primeros griegos, no pudiendo obtener de ella leyes, hacían salir dioses, que su imaginación joven y risueña había descubierto detrás del mundo visible. Después los multiplicaron hasta lo infinito y modificaron su historia, revistiendo de galas incesantemente enriquecidas las concepciones que nacían del espectáculo siempre cambiante de la naturaleza ó de las tradiciones llegadas de lejanos países.



Disputa entre Hércules y Apolo (1).

La poesía, que uno de nuestros antiguos escritores llamaba la «gran imaginería,» refleja toda impresión en una imagen, y á cierta edad de civilización, toda imagen se convierte en persona. Los dioses de los griegos son fuerzas de la naturaleza, ó manifestaciones de la actividad física y moral; pero también son hombres, buenos y malos, como los hay entre nosotros; precisamente porque representan á la humanidad han vivido tanto tiempo. Hasta en el cristianismo, los personajes dotados de más vida son el Hijo que se hizo hombre, y la Virgen, que es madre y mujer (2).

Herodoto considera los poemas de Homero y Hesiodo como origen de todas las creencias religiosas de Grecia. El benévolo y crédulo narrador nos dice que dirigió á las sacerdotisas de Dodona estas impertinentes preguntas: «¿De dónde ha venido cada dios? ¿Han existido todos siempre? ¿Cuál es su forma?» Y añade: «De todo esto, á decir verdad, no se ha sabido nada hasta una época muy reciente, pues creo que Homero y Hesiodo no son apenas cuatrocientos años más antiguos que yo (3). Ahora bien, ellos son los que han hecho la teogonía de los griegos, dando á los dioses sus nombres, sus honores y su forma.»

---

(1) Bajo relieve en una placa de bronce de Dodona, según Carapanos, *Dodona*, lám. XVI, 1. – La disputa entre Hércules y Apolo sobre posesión del trípode de Delfos es uno de los asuntos más á menudo tratados por los artistas de la antigüedad.

(2) Havet, *El Cristianismo y sus orígenes*, t. I, p. 51. Aristóteles, *Polit.* I, 1, *ad fin*, dice: «El hombre ha hecho los dioses á su imagen, y también les ha dado sus costumbres.»

(3) II, 53. Herodoto había nacido hacia el año 484. Los críticos de Alejandría, por el contra-

Nosotros sabemos de ello algo más que el escritor de Halicarnaso; pero la verdad es que de la religión griega, solamente conocemos bien su última forma, la que tomó cuando el tiempo y la reflexión hubieron puesto orden en el caos de las antiguas creaciones; cuando las ideas espontáneas de las primeras edades tomaron cuerpo y fueron reemplazadas por las combinaciones poéticas y por los artificios de los tiempos posteriores; en una palabra, cuando la *Ilíada* llegó á ser la Biblia helénica. Si es difícil descomponer por el análisis esa síntesis de los siglos y volver á encontrar los elementos primitivos determinando su carácter y origen, no lo es, en cambio, echar de ver que los Olímpicos son dioses más imperfectamente formados, que Homero ha perdido el sentimiento del naturalismo antiguo, y que sus personajes divinos viven á través de ficciones ingeniosas ó brillantes, á veces hasta irreverentes, que hubieran molestado la fe robusta de los antiguos tiempos.



Hera (Juno); estatua arcaica (4).

La reina de los cielos, Juno, «la de las sandalias de oro,» muéstrase á veces malhumorada, y el castigo que Júpiter le impone, suspendiéndola en medio del éter de una cadena de oro con dos bigornias en los pies (1), es propio de un sultán que castiga á una de las mujeres del harem. También Juno es dura para con Diana, á la que golpea en el rostro, «y que, vertiendo lágrimas, huye como la paloma á la vista del milano (2).» Para recompensar á Autolicos por los numerosos sacrificios que le ofrece, Mercurio le enseña el arte de engañar (3). Vulcano sufre enojosos accidentes; Venus tiene harto amables complacencias; Marte, furores brutales; y todos los dioses del poeta están sometidos á extrañas miserias. Vulcano es el personaje cómico del Olimpo, donde desempeña tanto mejor su papel en cuanto que lo representa con la mayor formalidad, sin sospechar que Homero le introduce allí para distraer á los dioses, ora haciéndoles testigos de sus infortunios conyugales, ora enseñándoles á Marte y á Venus cogidos en sus redes, ya provocando «una hilaridad inmensa» cuando, escanciador improvisado, les sirve el néctar cojeando, ya refiriéndoles su malhadada intervención en

---

rio, pusieron el intervalo de un siglo por lo menos entre los dos poetas, acercando á Hesiodo á la era de las Olimpíadas, aunque su *Teogonía* se refiere á creencias más antiguas que las de Homero. Su genio es también muy diferente; y Quintiliano no es sino muy justo cuando dice del poeta de Ascra: «Rara vez se eleva, pero tiene máximas útiles y hay dulzura en su estilo. Se le da la palma en cuanto al género templado, pero ¿son de él todas las obras que llevan su nombre? Difícil es creerlo.»

(1) *Ilíada*, XV, 18.

(2) *Ilíada*, XXI, 489 y siguientes.

(3) *Odisea*, XIX, 395-397.

(4) Estatua de mármol descubierta en la isla de Samos cerca del templo de Hera, y existente hoy en el Museo del Louvre (Véase en el *Boletín de la Correspondencia helénica*, IV (1880), el artículo de P. Girard, p. 483-493). El nombre de la diosa está escrito en la inscripción trazada verticalmente en la parte del manto que toca en la cintura: «Χηραμύης μ'ἀνέθηκεν τῆρηι ἄγαλμα, Cheramues me ha consagrado (á mí) estatua á Hera.» Los caracteres de la inscripción indican el fin del siglo VI ó los primeros años del V. Hera viste túnica de tela muy ligera, una especie de chal cruzado sobre el pecho, y un pesado manto que estando sujeto por delante á la cintura cubre toda la parte posterior del cuerpo. Con la mano derecha sostiene su manto, y en la izquierda llevaba sin duda una granada. Reproduciré, á pesar de su fealdad, varias estatuas arcaicas para que el lector pueda comparar la distancia recorrida por el arte griego hasta llegar á la perfecta belleza.

una disputa de familia entre Juno y Júpiter, quien cogiéndole por los pies le arrojó desde «el sagrado umbral» á través del espacio, donde volteó todo un día antes de caer medio muerto entre los sintios de Lemnos, que le curaron. Aristófanes se acordará de las libertades que los antiguos poetas se tomaron con los dioses y que tanto escandalizaron á los devotos de éstos. En los Infiernos, Pitágoras, según se decía, había visto la sombra de Hesiodo encadenada en una columna de bronce, y la de Homero pendiente de un árbol en medio de serpientes, en expiación de sus ultrajes á los dioses. En la tierra, Heráclito y Platón humillaron al cantor de Aquiles: el uno le excluye de los concursos y hubiera querido que le abofetearan á causa de su impiedad; el otro vierte perfumes sobre su cabeza y corónale de cintas, pero le expulsa de su república (1). Jenofonte, más severo aún, manifiesta contra él un odio de teólogo (2). Homero, pues, no representa el tiempo de la fe ingenua; con él comienza, si no la revolución del espíritu, por lo menos la indiferente irreverencia que conducirá más adelante á la negación. Sus héroes no temen ya combatir á los inmortales; y Ayax exclama: «Con el auxilio de los dioses, hasta el cobarde puede vencer, pero yo prescindiré de ellos;» y rechaza el apoyo de Minerva. Un personaje de Esquilo contesta á los argios, que le amenazan con la cólera de sus protectores divinos: «No temo á los dioses de este país, ni les debo nada (3).»

Aunque en la *Ilíada* y en la *Odisea* las potencias celestes intervienen de continuo en la vida de los héroes, los dos poemas son, sobre todo, la glorificación de la fuerza, del valor ó de la flexibilidad de espíritu de los hombres, y si en ellos aparecen los dioses animados de amistades y de odios en la tierra, protegiendo á los unos y persiguiendo á los otros, es para realizar acciones que entre los hombres producirían el favor ó la cólera: ninguno de ellos desempeña el papel de Satán ó Ahrimán. Esquilo ha trazado un retrato hediondo de las Erinnias, «esas perras rabiosas del Infierno, cuyos ojos destilan sangre y cuyo aspecto es horrible aun para las mismas fieras (4).» Pero entre ellas, que solamente persiguen á los culpables, y Satán, que trabaja para perder á la humanidad, hay gran diferencia: el uno es el genio del mal, y las otras la justicia divina (5). El cielo de Grecia no se ha oscurecido, pues, por las monstruosas apariciones que llenaron otros cielos (6), arrojando sobre la tierra tantos piadosos terrores; la última palabra de los moribundos expresa el sentimiento de «abandonar la dulce luz del día.» Homero es feliz en medio de los combates; el griego lo es sólo con vivir.

De esa alegría de vivir que el griego moderno ha conservado no participaban sus primeros antepasados. En tiempo de éstos, la lucha por la existencia era demasiado ruda, y su religión no podía ser risueña, como lo fué más tarde en las hermosas riberas de la Jonia. La de los más antiguos habitantes del país reducíase á un grosero naturalismo; cuando los dioses, desprendiéndose de los elementos con que se hallaban confundidos, llegaron á la condición de seres vivientes y animados por pasiones, los rasgos de su primitivo carácter pudieron reconocerse todavía en medio del rico desarrollo de la mitología helénica. Entre los ritos de las leyendas de los

(1) Diog. Laertes, VIII, 1, 21, en la *Vida de Pitágoras*, y Platón en el lib. III de su *República*.

(2) Atribuye á los dioses, dice, todo lo que en los hombres deshonra: el robo, el adulterio y la mentira (Sextus Empíricus, *Adv. Mathem.*, IX, 19).

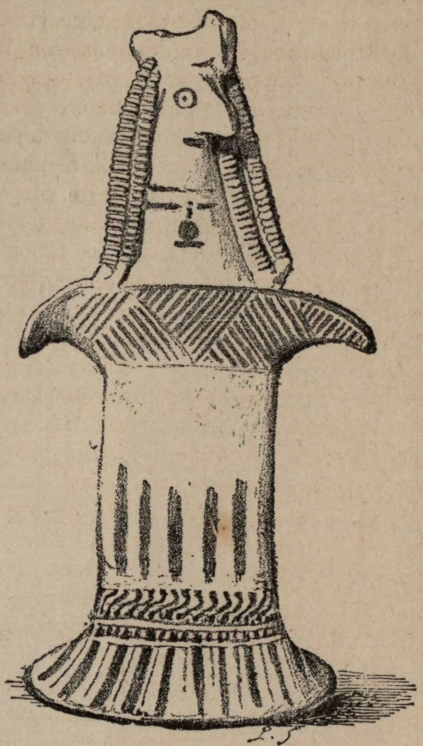
(3) *Las Suplicantes*, 858.

(4) Los *Choeforos*, 276.

(5) Véase más adelante, en nuestro cap. XX, la magnífica explicación que hacen sobre su poder y la misión que les está encomendada.

(6) Polignoto es el primero que ha representado en una de sus pinturas un demonio malo (Girard, *op. laud.*, p. 356).

héroes y de los dioses se vuelve á encontrar el culto más antiguo de los bosques, la adoración de las montañas, de las piedras, de los vientos y de los ríos. En la *Ilíada*, Agamenón invoca aún á éstos como grandes divinidades, y Aquiles consagraba al Simois su cabellera. Mientras subsistió el helenismo, la encina quedó consagrada á Júpiter, el laurel á Apolo, el olivo á Minerva, el mirto á Venus, etc. Las serpientes, después de figurar como seres amenazadores en los antiguos tiempos, cuando Apolo, Hércules, Cadmo y Jasón luchaban contra ellas, convirtiéronse en demonios bienhechores en Delfos, en Epidauro y en Atenas (Erictonio). Por último, ciertas piedras eran imágenes divinas: así, por ejemplo, Hércules estaba representado en Hietos (Beocia) por una piedra en bruto; Júpiter, en Tegea, por otra triangular, etc., etc. (1). He aquí de dónde partió el arte griego para llegar hasta el Partenón, y he aquí también el fetichismo, que fué más tarde la moral de Sócrates y el espiritualismo de Platón.



Figurita arcaica (5).

En tiempo de Tácito (2), en Pafos, adorábase á Venus bajo la forma de una piedra (3); pero esta Venus no era la de Grecia, y la piedra se reducía á un símbolo muy generalizado en el Asia occidental. Este naturalismo duró más que el paganismo, y aun se encontrarían en la Grecia moderna personas que creen en un espíritu de las aguas (4), como en el tiempo «en que el cielo andaba sobre la tierra, respirando en un pueblo de dioses.»

Pero los pelasgos no habían olvidado en su emigración todas las ideas que concibieran en el fondo del Asia con los arias, sus hermanos. Ahora que conocemos los Vedas, nos es dado seguir el destino de ciertas divinidades, así como con ayuda del sánscrito hemos podido encontrar la filiación de las lenguas (6). Por esa influencia de los recuerdos, el culto de la natu-

(1) Pausanias, IX, 24; VIII, 48.

(2) *Hist.* II, 3.

(3) Véase en la *Historia de los Romanos* una moneda de Chipre, una pintura de Pompeya, representando el templo de Venus en Pafos, con el simulacro de la diosa, y dos piedras cónicas que figuran el Hércules fenicio.

(4) Fauriel, *Cantos populares de la Grecia moderna*, II, 79.

(5) Barro cocido de Tanagra, en el Louvre. Pertenece á la serie de las «figuritas de bizcocho,» cuyo cuerpo se compone de un bosquejo plano ó cilíndrico que se ensancha hacia abajo. Ajustado á la altura de los hombros, el bosquejo forma á cada lado un apéndice semejante á una media luna y conviértese en brazo. La cabeza, modelada del mismo modo, sin boca ni barba, tiene el aspecto de un pico de ave. Véase J. Martha, *Catálogo de figuritas en barro cocido del Museo de la Sociedad arqueológica de Atenas*, p. XVII.

(6) Esto es lo que M. A. Maury ha hecho en su *Historia de las religiones de la Grecia antigua*, 3 t., 1857-1859. El primer dato de ese sabio libro es la semejanza de las más antiguas divini-

raleza se mezcló con la concepción de fuerzas físicas, que por una abstracción fácil se tomaban de la materia, y de ideas cósmicas, sugeridas por la vista del conjunto de las cosas.

Así, pues, los pelasgos, á semejanza de los arcadios de los tiempos posteriores, parecen haber honrado al Ser supremo sin templo y sin imágenes. «Durante largo tiempo, dice Herodoto, no conocieron el nombre de ningún dios (1).» La nevada cima de los montes servía de altar al que, como pura luz del cielo, llegará á ser Zeo, «el Brillante (2).» Cuando quisieron ponerle en más íntima relación con ellos, llamáronle Padre de las cosas vivientes, *Zeus Pater*, de donde viene el nombre romano de *Júpiter*. Su culto dominaba en tres de los lugares que la historia nos representa como los más antiguamente habitados en Grecia. En Dodona (Epiro), donde le estaban consagradas la encina de bellotas dulces y la haya de frutos nutritivos; en el Liceo, la más alta cima de la Arcadia; y en el monte Dicté, en Creta. Los cretenses no se hacían rogar para referir los detalles de su nacimiento y enseñar su tumba.

Esa adoración silenciosa del «Dios puro,» del «Dios padre,» autor de toda vida, revela una concepción monoteísta que no fué duradera, pero que la filosofía volverá á encontrar. Al culto del Cielo asocióse el de la Tierra. «Al Cielo puro, dice Esquilo, le agrada penetrar en la Tierra, y la Tierra aspira á ese himeneo. La lluvia que cae del cielo la fecunda, y entonces produce para los mortales los pastos de los ganados y las mieses.» El mismo pensamiento encerraba la invocación dirigida á Zeo por los *peleiades* de Dodona: «La Tierra produce frutos; hónrala con el nombre de Madre.» Se la llamó Tierra Madre, γῆ (ὀγᾶ) μήτηρ y en dórico Δα-μάτηρ, de donde se deriva el nombre *Demeter*, una de las esposas de Zeo, que los griegos sicilianos é italiotas llamaron Ceres. En Mantinea se conservaba en su altar un fuego perpetuo, como el de Vesta en Roma. Aunque los himnos que se cantaban en sus templos la suponían llegada de Creta, procedía de tierras mucho más lejanas, dado que es la diosa viajera que hace nacer las mieses á su paso (3). En Eleusis atribuíase á los tracios la fundación de sus misterios. Zeo, Apolo, Dionisos, Atena, Poseidón, y tal vez Artemisa, entraron también en Grecia por el Norte y por el Sud, por mar y tierra. Los dioses han seguido naturalmente el doble camino de las naciones. La nube luminosa que el Dios celoso de Israel envió para guiar á su pueblo no dejó en pos de sí huella alguna; los viajeros divinos que los griegos llevaron consigo por las aguas del mar Egeo y las costas de Tracia, marcaron, por el contrario, el camino por ellos seguido con los altares que allí erigieron y con los recuerdos que á su paso dejaron. La his-

---

dades de Grecia con las de los Vedas. Este descubrimiento fué el triunfo de la filología comparada. Hoy día los *Folkloristas* quieren tener cuando menos participación con los filólogos en el gran trabajo de la *historia de las religiones*. En la introducción que precede á su *Mitología griega*, M. Decharme ha hecho la historia de los diversos sistemas de interpretación sostenidos por los mitógrafos. Véase también M. J. Girard, *El Sentimiento religioso en Grecia, desde Homero á Esquilo*, y E. Havet, *El Cristianismo y sus orígenes*, t. I, cap. I, *desde Homero al siglo* VI.

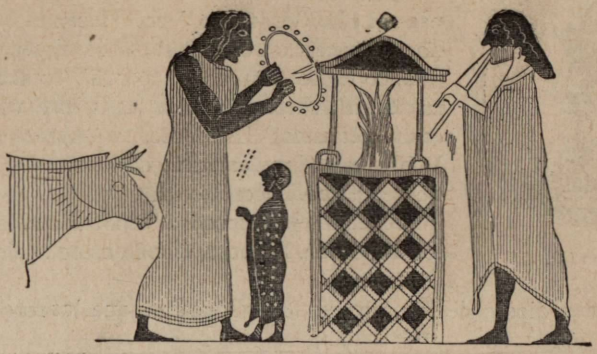
(1) II, 52.

(2) *Zeus* es la misma palabra que Θεός, *deus*, dios, cuya radical sanscrita *div*, significa brillar. Ζεὺς πατήρ, *Dies piter* es exactamente la palabra sanscrita *Dyaushpitar*, Júpiter. M. Maury la identifica con el *Indra* del *Rig-Veda*. Juno es la forma femenina de Zeus pasando por Dione, que en Dodona era su esposa. Llamábanla "Ηρα, el ama. Hasta en las edades posteriores, Zeus siguió siendo el dios de las alturas; sus altares coronaban la cima de los montes en la Megárida, el Atica y la Arcadia, y su trono estaba en el Olimpo.

(3) Había, por ejemplo, grandes relaciones entre el culto de Ceres y el de la egipcia Isis, mujer también del Júpiter egipcio, Osiris, y como Demeter, imagen de la tierra fértil. Herodoto (II, 4) refiere, según las sacerdotisas de Heliópolis, que los griegos habían tomado de los egipcios los nombres de sus dioses, y Apuleyo lo repite: «Egipto es el templo del mundo» (*Asclepias*, 24). Todo esto ha sufrido grandes modificaciones gracias á los modernos descubrimientos de la ciencia.

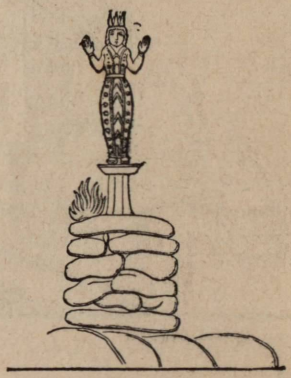
toria de los dioses viene á ser aquí como una contraprueba de la de los hombres.

Al dios del cielo, Helios, «que da á los inmortales y á los hombres la luz (1),» opónense los dioses de la tierra: Saturno ó Cronos, «el gran sembrador,» cuyo culto



Sacrificio junto á un altar (2).

desaparece pronto, salvo en Elida, en beneficio de Demeter que vió acrecentarse su importancia y honores que se le tributaban, y Plutón ó Hades, que no siendo en su origen más que el rey de los espacios subterráneos (3), convirtióse fácilmente en dios de los muertos que se depositan en la tierra y más tarde rey de las riquezas que ésta esconde en su seno. Por esta concepción primera de Plutón se comprenderá cómo se llegó á dar al dios de la tierra por mujer á la hija de la diosa de las mieses, Proserpina (Pĕrsefone), personificación también de la fuerza vegetativa.



Altar de piedras amontonadas (5).

El antropomorfismo se desprendió lentamente del antiguo naturalismo; pero aun tardaron más en llegar los enlaces y la generación de los dioses. Así, por ejemplo, Juno (Hera) fué largo tiempo, no la esposa del soberano de los dioses, sino la virgen celeste, Παρθένια, que reinaba en Argos (4). La Artemisa de Efeso, con sus cincuenta pechos, símbolo de la fecundidad, no penetró nunca en la Grecia europea, como no entró tampoco la cruel Artemisa de la Táurida; pero la Arcadia daba este nombre á una

(1) *Himnos homéricos*, XXXI. No se habla en Homero ni en Hesiodo del carro del Sol, ni de sus caballos, alimentados con la hierba que crecía en las islas Afortunadas, ni de la nave de oro que todas las noches volvía á conducirle por debajo de la tierra, desde el Occidente al Oriente.

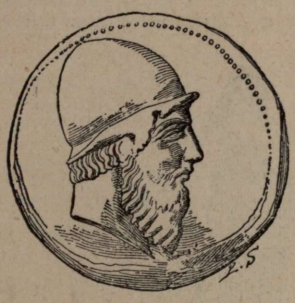
(2) Pintura de un vaso de la colección Campana existente en el Louvre. – La llama brilla en el altar, protegido por una especie de tejadillo; y á los sonidos de la doble flauta, condúcese á la víctima que se ha de sacrificar.

(3) La Adité de los Vedas, cuyo nombre indio se encuentra en el *Jupiter infernalis* de los latinos (*Dis, Ditis*).

(4) Hera no aparece en todo su esplendor sino en Homero. Hesiodo la invoca solamente como diosa de Argos; Píndaro, Esquilo, Sófocles, Eurípides y Aristófanes apenas la conocen. En tiempo de Estrabón, sus templos estaban ruinosos. Hera no ha recobrado su importancia como esposa del soberano de los dioses, ni disfrutado de grandes honores hasta que en Roma llegó á ser con el nombre de Juno el tipo ideal de la matrona severa y venerable.

(5) Pintura de vaso, según A. de La Borde, *Colección de vasos griegos del conde de Lamberg*, I,

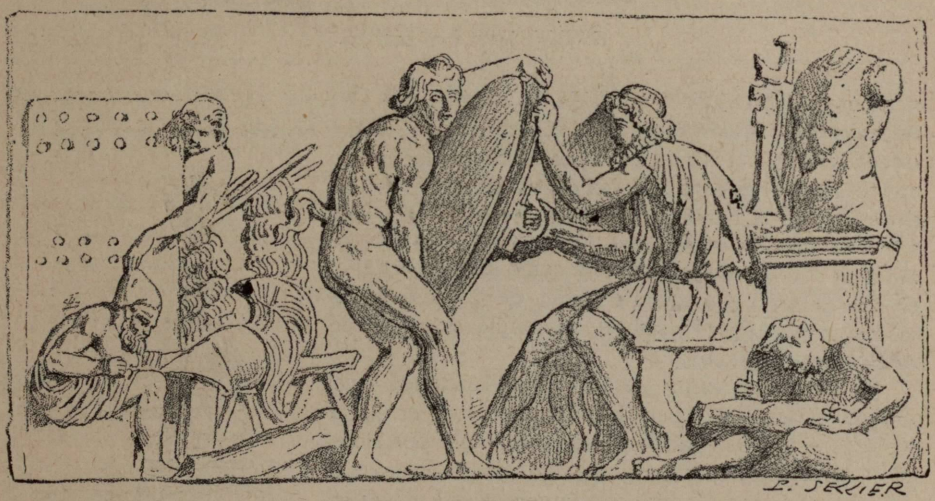
antigua deidad pelásgica que humanizaba con la música y el canto á los rudos pastores de sus montañas, sin que fuera, sin embargo, la Diana cazadora, hermana de Apolo y tan hermosa como él.



Vulcano (2).

Con las creencias de los tiempos primitivos relaciónase el culto del fuego, Vesta (Hestia), que ardía en el hogar doméstico, en el altar de los dioses y en el hogar público de los Estados (1), ó que brotaba misteriosamente de la profundidad de las tierras volcánicas, Vulcano (Hefaistos). Este dios, el «Agni» *(ignis)* de los Vedas, era el gran artesano del universo, idea aria que no se desarrolló en Grecia, pero que se encuentra en los misterios pelásgicos de Samotracia. Su culto estaba localizado en Lemnos, donde en todo tiempo se forjaron armas.

Pan y Hermes, dioses de los pastores de la Arcadia, que los representaban por



Las fraguas de Hefaistos (3).

medio de una imagen (4) ó con actitudes obscenas, no eran sino personificaciones

p. XXIII. – Una inscripción pintada sobre el ídolo nos da á conocer el nombre de la divinidad así representada: era Crisé.

(1) Después de la victoria de Platea se fué á buscar á Delfos, para ofrecer el sacrificio, el fuego que ardía siempre en el hogar del santuario nacional. En el palacio de los Pritanes, en Atenas, estaba el hogar público, puesto en el centro de una sala circular. En Roma, el templo de Vesta tuvo también esta forma, tal vez para recordar el fuego que ardía en el centro del mundo, y cuya existencia nos revelan los volcanes.

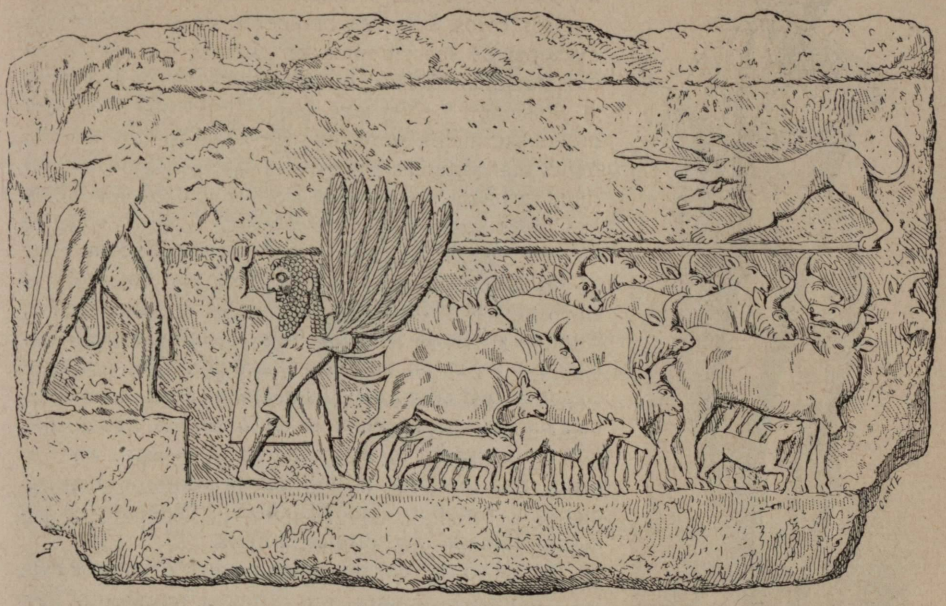
(2) Cabeza de Vulcano, cubierta con el *pilos* cónico, en una moneda grande de bronce de la isla de Lipari.

(3) Bajo relieve en mármol, existente en el Louvre (cf. Clarac, Museo de Escultura, II, p. 1.ª p. 356). – Hefaistos, sentado á la derecha, ocúpase en ajustar la abrazadera de un pesado escudo que uno de sus auxiliares le presenta; este último ha sido figurado como un fauno por un capricho del artista. Detrás del dios y sobre un pedestal están colocadas la coraza y la espada, concluídas ya. De los otros dos obreros, el de la derecha da la última mano á una cnémida, y el de la izquierda, martilla un casco. Un joven sátiro, oculto detrás de la puerta, trata de arrebatar el *pilos* al viejo herrero.

(4) Hermes era también un dios de la Tracia. «Los tracios sólo adoran á Ares, á Dionisos

ticulares y locales del principio de la generación. El procedimiento más habitual de la leyenda ulterior fué, en efecto, tomar una de las ideas contenidas en la concepción general de un dios, para transformarla en una nueva divinidad que comenzaba una vida particular, donde el elemento primitivo se confundía hasta perderse en la mezcla con otros elementos nuevos. El espíritu de los griegos fué un espejo de mil facetas, cada una de las cuales reflejó uno de los infinitos aspectos de la naturaleza.

He aquí lo que se puede dar como importación de los pelasgos en la religión helénica, y los dioses que á ellos debieron el derecho de habitar en el Olimpo.



Hércules y el rebaño de Gerión (1).

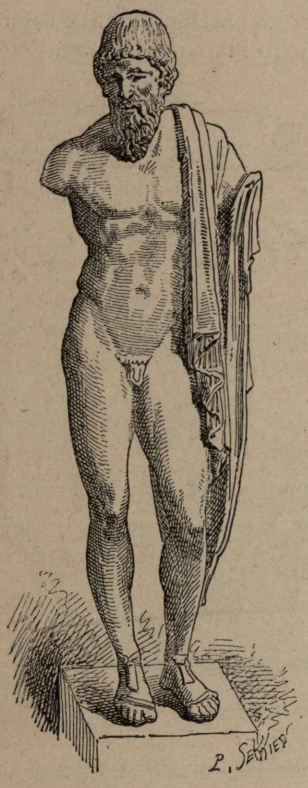
Los fenicios de Sidón propagaron el culto de su divinidad protectora, Astarté ó Afrodita, con cuya imagen adornaban la proa de sus naves (2), para preservarlas del

y á Artemisa; pero los reyes honran principalmente á Hermes, de quien se creen descendientes, y no juran más que por él» (Herodoto, V, 7). El templo que la Artemisa de la Táurida tuvo en Braurón, Atica (Herod., VI, 138), significa más que una importación de la diosa escita un recuerdo dedicado á la leyenda de Ifigenia y Orestes (Pausanias, I, 33, 1; III, 16, 7).

(1) Bajo relieve chipriota de Atienao, según Ceccaldi, *Monumentos antiguos de Chipre*, lámina V (cf. G. Perrot y C. Chipiez, *Historia del Arte en la antigüedad*, III, p. 573 y fig. 387). El dios á la izquierda, ocupa casi toda la altura del bajo relieve, que está dividido en dos mitades; en la superior, el perro Ortros, de tres cabezas y armado de una pica, amenaza á Hércules; en la inferior, el rebaño de Gerión huye, empujado por el pastor Euritión; este último lleva en el brazo izquierdo un árbol entero, y con la mano derecha levantada hace un ademán de espanto.

(2) Imágenes bien toscas, pues á los fenicios les faltó siempre el sentimiento del arte. Homero habla de bosques sagrados, pero no de estatuas de dioses, ni tampoco de fiestas periódicas; solamente se ocupa de la nacional de Apolo en Itaca y del sacrificio que cada año ofrecían los atenienses á Erecteo. No debe deducirse de esto que no hubiese entonces culto, recintos consagrados, templos é imágenes divinas; pero estas imágenes no fueron durante largo tiempo más que piedras en bruto ó simplemente escuadradas, troncos de árboles ó pedazos de madera apenas desbastados. Sobre este punto abundan los testimonios, pues algunas de esas toscas imágenes subsistieron hasta bajo el imperio romano, siendo objeto de una adoración constante.

furor de las olas, lo cual expresaron los griegos poéticamente, diciendo que Venus había nacido de la blanca espuma de las ondas amargas. Desde Ascalón pasó á Chipre, y de aquí á Citerea, «la isla purpúrea (1),» donde los fenicios le erigieron un templo; pero su culto se propagó lentamente, y en la época homérica era todavía muy limitado. Más tarde, la deidad siria, convertida en diosa del amor, fué la creación más encantadora del espíritu religioso de los helenos, y por doquiera tuvo altares é imágenes, que realizaron el tipo más perfecto de la belleza femenina, y un número sobrado considerable de adoradores.



Neptuno (Poseidón) (3).

Los tirios, á su vez, herederos de la dominación marítima de los sidonios, propagaron el culto de su dios nacional Melkart, que se transformó en Hércules.

Poseidón ó Neptuno (2), el dios del mar, que quiere sacrificios humanos y de caballos, debe ser una de las más antiguas divinidades del país, importada sin duda del Asia y de las islas por los griegos, con Rhea, la Cibeles frigia, y Minerva (Atena). Una de ellas no alcanzó en Grecia más que una importancia muy secundaria, casi nula; la otra tuvo por emblema el olivo, que es indígena en las costas asiáticas. Delfos, Olimpia y Atenas parecen haber tributado primitivamente á Poseidón un culto particular, y los jonios le consideraban como un dios nacional: en Asia celebraban sus asambleas generales en su templo. Los dorios, por el contrario, le honraron poco, excepto en Corinto. Las leyendas posteriores presentaron naturalmente á Poseidón como esposo de Demeter, el elemento húmedo que fertiliza la tierra.

Atena no fué en los primeros días el símbolo de las cualidades morales que Minerva representó más tarde, sino una personificación de las aguas, que la ponía naturalmente en relación con Neptuno, aunque no para el himeneo, porque, estéril como la onda amarga, mantúvose virgen infecunda. Posteriormente fué la divinidad guerrera que Homero nos presenta protegiendo á los héroes con su égida en medio de la batalla. Pero era inevitable que la diosa de las aguas incorruptibles y del aire impalpable llegara á ser también la de la castidad y de la pureza moral, cuando el politeísmo griego, desviándose del naturalismo por el progreso de las ideas, se espiritualizó sustituyendo á la personificación de las fuerzas fatales de la materia la de las cualidades morales atribuídas á los dioses á medida que se reconocían en el hombre. Entonces Palas-Atena, salida del cerebro de Júpiter, como su pensamiento divino, convirtióse en la deidad industriosa y en la fuerza inteligente á que nada puede resistir (4).

Dionisos (Baco), el dios de la vid, que aparece primeramente en la isla de Na-

(1) El *Murex brandaris*, del que se tomaba la «púrpura de las islas,» abundaba de tal modo, que en cierta época la isla tomó el nombre de *Porphyroessa* (Maspero, *Hist. Ant. del Oriente*).

(2) La antigua forma de su nombre en dialecto dórico era Ποτειδάν.

(3) Estatuíta de bronce, del Gabinete de Francia, Catálogo, n.° 3027.

(4) El nombre griego de Minerva varía mucho en los autores: yo tomo la forma Atena, que distingue á la ciudad de su diosa.

xos, y que los tracios adoraron en todo tiempo; Artemisa (Diana), la del culto homicida y de costumbres salvajes, como las de las amazonas, que tuvo en Efeso un santuario famoso y en la Táurida altares temidos; y por último Ares (Marte), el dios de la matanza, y tal vez la principal divinidad de la Tracia, son evidentemente de origen extranjero (1).

Pero el más importante de esos movimientos religiosos fué la tardía introducción en Grecia del culto de Apolo (2), el dios eternamente joven y hermoso, personificación de la luz radiante por él creada, λυκηγενής. Está en relación con Neptuno, porque los dos trabajan en levantar las murallas de Troya; ambos son también las gran-



Nacimiento de Atena (3).

des divinidades de las ciudades de las costas del Asia Menor, y un insular, el cretense Minos, es el que lleva por todas partes consigo el nuevo dios. En Grecia, el culto de Apolo no era todavía popular en tiempo de la guerra de Troya, aunque en la

(1) Herodoto dice (II, 52) que Dionisos fué largo tiempo desconocido en toda la Grecia, y Apolo en la Arcadia. En los tiempos homéricos, el culto de Dionisos era muy limitado aún, y Zeo en Homero (*Ilíada*, V, 890) llama á Ares ἔχθιστος θεῶν. Este dios feroz es el menos griego de los habitantes del Olimpo. Para la historia de Baco, véase el *Diccionario de las antigüedades de Saglio*. M. A. Bertrand (*Ensayo sobre los dioses protectores de los héroes griegos y troyanos en la Ilíada*) pone en el campo griego á Hera y Palas-Atena (aunque ésta tenga en Ilion un templo donde se la tributen grandes honores), á Poseidón, Hermes y Hefaistos; en el campo opuesto figuran Apolo, Artemisa, Afrodita, Ares, Xantos y Latona. Es casi la división en antiguos dioses y nuevas divinidades. Sobre ellos descuella así en el poema, como en la creencia popular, la figura majestuosa de Zeo, el dios supremo.

(2) Tardío, sin duda, pero muy antiguo, pues la *Ilíada* habla de la pedregosa Pito, aunque á decir verdad estas palabras podrían ser una interpolación.

(3) Pintura de vaso, según los *Monumentos del Inst. arqueol.*, III, t. XLIV. Zeo (Z[εὺς]), con el rayo y el cetro en la mano, está sentado en el centro en un trono adornado de relieves (dos atletas, uno de los cuales tiene una corona, y parte anterior de un caballo, que forma el respaldo). Hefaistos ha hendido ya el cráneo del dios, de donde sale Palas Atena (ΑΘΕΝΑΙΑ) armada. A cada lado de Zeo se agrupan simétricamente las divinidades de ordinario asociadas á Palas: delante de él se halla Ilitia (ΗΙΥΕΙΘΥΑ) que preside los nacimientos, y detrás Apolo (ΑΓΟΥΟΝ) que toca la lira de siete cuerdas. Después viene el grupo de Poseidón (ΓΟΞΕΙΔΟΝ) y de Hera (ΗΕΡΑ), al que corresponde el de Herakles y de Ares (estas dos últimas figuras, así como la de Ilitia, son casi enteramente modernas; lo que de ellas resta en la parte superior justifica plenamente la restauración propuesta). Por último, Hefaistos (ΗΕΦΑΙΣΤΟΣ), á la izquierda, huye espantado: la figura de Hermes, el mensajero de los dioses, correspondía, sin duda, á la derecha (Cf. Gerhard, *Auserles. Vasenb.*, I, Taf., I, II, III, IV). Detrás de Hera, vuela un ave de buen agüero.

Ilíada se diga que Agamenón fué á consultar el oráculo délfico; pero se le atribuyen ya dos cunas. Una de ellas fué el valle de Tempé, donde comenzó por llevar una existencia modesta y humilde, tanto que según la leyenda tesalia, Apolo sirvió en sus mocedades de pastor á Admetes; y la otra, la isla de Ortigia, «la pedregosa Delos,» en el centro de las Cícladas, que forman á su alrededor como una brillante corona (1). Los poetas contaban «que los cantores armoniosos de Febo, los cisnes de Meonia, al abandonar el Pactolo habían ido á dar vuelta siete veces alrededor de la isla santa para celebrar el nacimiento del hijo de Latona (2).» Los dos primeros altares que Apolo tuvo en la Helade se erigieron, pues, en el Olimpo y en la roca de Delos (3); un tercero, que eclipsó por su nombradía á los otros dos, fué el que los cretenses construyeron, al parecer, en Crisa, á orillas del golfo de Corinto, y que más tarde trasladaron en medio de las rocas del Parnaso, en un sitio majestuoso, más favorable para la seguridad de los sacerdotes y la fe de los peregrinos. Cuando los dorios del Olimpo se establecieron en las inmediaciones de la Fócida, tributaron la misma veneración á los dos santuarios de Delfos y de Tempé, y todos los años iba una procesión religiosa desde el uno al otro.



Las Gracias (4)

Apolo, pues, resultó ser la gran divinidad de las dos mitades del mundo helénico, de los jonios en Delos y de los dorios en Delfos, y por excelencia, el dios civilizador de Grecia, destructor de los monstruos (Pitón); el que, más que ningún otro, exigía la pureza física y moral; el que, rodeado del coro de las Musas y de las Gracias, seducía á los inmortales con sus cantos y con los sonidos de su lira, revelaba á los hombres las cosas futuras, y hería á los malos con sus flechas de oro. «Me agradarán, exclama el hijo de la gloriosa Latona, la dulce cítara y el arco encorvado, y anunciaré á los mortales los designios de Zeo (5).»

Bajo la influencia de las ideas relacionadas con el culto de Apolo prodúcese una civilización más elevada (6), y comienza una nueva era de la vida griega. La sociedad se organiza mejor; la vida urbana se desarrolla, y erígense templos para los dioses (7). Los cantos y la música sustituyen á los gritos salvajes; y los dioses se acer-

(1) Delos es menos una isla que un gran escollo, y basta una hora de marcha para franquearle en su mayor longitud.

(2) Calímaco, *Himno á Delos, ad fin.* Tucídides atribuye á Homero el *Himno á Apolo*, pero la moderna crítica combate esta opinión, aunque conviniendo en que éste es seguramente de una época remota. El autor del himno refiere los viajes del dios «cuando bajó del Olimpo buscando el lugar donde pronunciaría sus oráculos;» después habla de su singular encuentro con una nave cretense, que él conduce al puerto de Crisa para que los tripulantes sean servidores de su templo. Esta antigua poesía demuestra, á la manera de un relato de *Las Mil y una Noches*, la doble corriente que seguía el culto delfiano. Píndaro (*Píticas* I, 77) llama á Apolo «rey de Licia y de Delos.»

(3) M. Heuzey (*Olimpo y Acarnania*, p. 60) ha encontrado en esa montaña los vestigios de un templo á Apolo.

(4) Camafeo en sardónica de dos capas (20 mil. por 22). Gabinete de Francia, n.° 46.

(5) *Himno á Apolo.*

(6) Sobre la leyenda relativa á la lucha de Apolo con la serpiente Pitón, es decir del sol contra los miasmas mortales de los países pantanosos, véase la curiosa discusión de M. Maury (t. I, 130-142). «No hay un punto en la mitología griega, dice, en que se deje entrever con más evidencia el origen védico de las ideas griegas... Las primeras poblaciones de Grecia tenían las ideas naturalistas, cuyo resumen más puro y más antiguo nos han conservado los indos en el *Rig-Veda.*»

(7) Los primeros santuarios eran la cima de los montes, la sombra de las encinas, como en Dodona; ó lugares consagrados por un circuito de grandes piedras, como en el monte Liceo, en la Arcadia; ó grutas como la de Pan, en el Parnaso, y de Zeo en Creta. La construcción de los primeros templos en esa isla no se remontaba más allá de la Epiménida. Homero no hace mención de ellos

can al hombre y le revelan sus designios por la voz de los oráculos, pues Júpiter había dado á Apolo la inspiración divina, haciéndole sentar en el trono profético (1). Las costumbres se dulcifican; al culpable no se le condena ya á muerte cierta, y el crimen deja de ser un estigma hereditario que deba castigarse hasta en la posteridad del delincuente. La expiación puede borrar el pecado, y el remordimiento quebrantar la fuerza vengadora de las Erinias. El mundo de la armonía, de la luz, de la inteligencia y de la gracia, sustituye al del caos, de las tinieblas, de la fuerza y del terror. Delfos es el centro de este mundo como lo es de todo el universo, y desde allí el dios difunde entre la raza helénica la inspiración de la poesía, de la música y de las artes, como también la revelación del pensamiento divino que no se detiene jamás. Todas las tribus helénicas adoptaron su culto; y al pie de sus altares se encontraron, unidos por la misma oración y por la misma fe, el hombre de sangre dórica y el griego de raza jónica. Esparta nada hacía sin consultar en Delfos á su oráculo, y Atenas, con toda la Jonia, le honraba en Delos con fiestas solemnes. Los milesios establecieron su culto en todas sus colonias, desde Naucratis, en las orillas del Nilo, hasta la Táurida, en el fondo del Euxino. Los otros dioses siguieron siendo divinidades secundarias; solamente Apolo y Júpiter fueron los grandes dioses nacionales. Muy pronto se colocaron en los templos de Apolo estatuas de



Artemisa alada de Delos (2).



Base de la estatua de Artemisa alada de Delos.

respecto á Grecia, y Calímaco dice en el *Himno á Apolo*, 59: «A la edad de cuatro años ¡oh Febo! construiste en las orillas encantadoras del lago de Ortigia el primer edificio sagrado que los mortales han visto.»

(1) Esquilo, *Eumen.*, 15.

(2) Estatua de mármol descubierta en Delos (excavaciones de M. Th. Homolle), según molde del Museo del Trocadero (Cf. *Bol. de Corresp. helen.*, III (1879), p. 395 y pl. VI-VII). – La diosa está medio arrodillada, y el cuerpo no se apoya sobre la rodilla izquierda, sino en la punta del pie de este lado, mientras que la derecha está doblada por el esfuerzo. Es la actitud que los escultores antiguos y los pintores de vasos eligen con más frecuencia para las figuras en que se ha de suponer un paso precipitado. Tal es la estatua de Delos, que lleva, además, alas en los hombros y en los talones. El nombre de Artemisa se justifica por la inscripción grabada en la base (*Cf. Bol. de Corresp. helen.*, VII (1883), p. 254) que dice que «Mikkiades (ΜΙΚΚ[ιαδης]) y Arquermos ([Α]ΡΧΕΡΜΩΣ) han hecho y dedicado aquella estatua á la diosa que lanza sus dardos á lo lejos; puesto que ellos, los chiotas (ΟΖΧΙΟΙ), practican el arte hereditario de Melas» (última línea). Estos tres nombres son célebres en la historia de la estatuaria griega en sus principios, y eran los de tres escultores de la misma escuela y de la misma familia. Melas de Chio, uno de los primeros que trabajaron el mármol, vivía allá por la Olimpíada XL. Su hijo Mikkiades, su nieto Arquermos, y sus biznietos, Bupalos y Atenis, heredaron los secretos de su arte y de su fama.

Artemisa, una de las cuales, recientemente hallada en Delos, revela por su feo aspecto una venerable antigüedad.

Mejor fortuna está reservada aún al dios de Delfos en los últimos días del paganismo, cuando el emperador Aureliano le llamará el *Deus certus*, y Juliano le hará rey del cielo y del mundo. Mucho antes que ellos, Píndaro le atribuía ya algunos de los caracteres del Jehovah mosaico: «Dios poderoso, dice, tú conoces el fin último y las vías de todas las cosas; tú cuentas las hojas que la primavera hace brotar y los granos de arena que las olas y los vientos impetuosos arrastran por los mares; tú ves claramente lo que ha de ser y la causa de ello (1).» La idea monoteísta flotaba vagamente en medio de las nubes del politeísmo.



Artemisa de Delos (4)

En una época en que se quería coordinar leyendas más antiguas que Homero para formar con ellas un sistema, Hesiodo trazó en su *Τεογονία*, especie de génesis helénico, el cuadro de la familia de los Olímpicos.

«Ante todas las cosas existió el Caos, y después la Tierra, de extensa superficie, que se mantiene inmóvil para todos los seres, el tenebroso Tártaro, en las profundidades de la tierra inmensa, y el Amor, el más hermoso de los inmortales, que reina así en los dioses como en los hombres, enternece las almas, cambia el corazón y se antepone á las resoluciones más sabias (2). Del Caos nacieron el Erebo y la Noche sombría que, fecundada por las caricias de aquél, engendró el Eter y el Día. La Tierra produjo primeramente á Uranos, el Cielo estrellado, igual en inmensidad á ella misma, á fin de que la cubriera del todo y fuera eternamente morada fija de las bienaventuradas divinidades Después produjo las grandes montañas con sus altas cumbres, gracioso retiro de las Ninfas que habitan en los montes de profundos desfiladeros. También dió á luz, aunque sin disfrutar de los encantos del amor, á Pontos, el mar estéril (3), de turbulentas olas; y habiendo compartido el lecho de Urano, nacieron de esta unión Oceanos, que habita los abismos profundos, Ceos, Creos, Hiperión y Japet, Teya y Rhea, Temis y Nemosina, Febea, que ciñe corona de oro, y la amable Tetis. Después de todos estos dioses, también puso en el mundo al astuto Cronos (Saturno), el más terrible de sus hijos, que llegó á ser enemigo de su vigoroso padre; y por último, dió á luz á los Cí-

(1) *Píticas*, IX, 80-86.

(2) Eros, que Homero no conocía, es para Hesiodo uno de los elementos primitivos del mundo; es el Amor que anima la naturaleza entera, sembrando la vida en la tierra, en medio de los Océanos y en la humanidad. Para los filósofos será el sentimiento que produce la unidad aproximando los seres y las cosas opuestas, toda vez que amar es buscar la otra mitad de uno mismo, de su corazón y de su pensamiento, y de consiguiente establecer dentro de sí la armonía.

(3) En Homero, por el contrario, del Océano nacen todos los seres, y la ciencia moderna le da la razón demostrando que la vida comenzó en el mar.

(4) Estatua de mármol, descubierta en Delos (Excavaciones de M. Homolle), según modelado del Museo del Trocadero (Cf. *Bol. de la Corr. helen.*, III (1879), p. 99 y pl. I). Esa estatua presenta el tipo de aquellos ídolos primitivos, de piedra pulimentada, ó ξόανα, venerados por los griegos, que les atribuían con frecuencia un origen sobrenatural. Hasta ahora no habíamos conocido ese tipo sino por pinturas de vasos ó de monedas. La estatua de Delos es obra original de un escultor que vivió sin duda á fines del siglo VII. Una inscripción métrica (*Bol. de la Corr. helen.*, III, p. 3), grabada en el lado derecho de la estatua, nos dice que fué consagrada á Artemisa por Nicandra, hija de Deinodikos, de Naxos, cuya escuela de escultura es una de las más antiguas de Grecia.

clopes: Brontes (el trueno), Esteropes (el rayo) y Arges (el relámpago), que fueron como ministros de las altas potencias; y á los Titanes y Centimanos, que reinaron, unos bajo la tierra, y otros en las profundidades del Océano.»

El poeta habla después de la disputa de Uranos con sus hijos. La Tierra forja una guadaña de bronce, y Saturno se arma con ella para mutilar á su padre; pero la herida es una fuente de vida, y la sangre del mutilado produce otros dioses: los Gigantes, las Erinias y la graciosa Afrodita.

«Del mar fecundado por la sangre de Uranos elévase blanca espuma, de donde sale una joven de seductora belleza, que se lanza á la orilla chipriota. El Amor y el Deseo la acompañan, y á su imperio, que se extiende á los dioses y á los hombres, son sometidas las caricias virginales, las miradas seductoras, la dulce voluptuosidad, la belleza y las gracias.»

Este primer Olimpo es, como la tierra de los antiguos días, una mansión en donde reina la violencia. Saturno, vencedor de Uranos, se ve obligado por Titán, su hermano mayor, á devorar sus propios hijos, Poseidón y Hades; Rhea les devuelve la vida y salva á Júpiter, que ayudado de los Titanes derriba á Saturno y apodérase del imperio del mundo. Para conservarlo le es preciso muy pronto luchar contra sus antiguos aliados, y entonces empéñanse espantosos combates en los cuales toda la naturaleza toma parte. La tierra oscila, el Océano muge, y el cielo retiembla convulsivamente. Los Titanes acumulan montañas sobre montañas para escalar el Olimpo, y contestan á los truenos arrojando contra el cielo enormes rocas; pero al fin caen heridos por el rayo. Los dioses antiguos quedan vencidos; los dioses nuevos triunfan, y uno de los Titanes, Atlas, es condenado á sostener eternamente sobre sus hombros el cielo donde residen los vencedores.

Así trataba el anciano de Ascra de explicar el enigma del mundo (1).

Esta lucha de que habla ¿sería, quizás, un recuerdo de la oposición religiosa de los pueblos? Tal vez sí. El eco de la misma repercute aún en edades recientes; el dualismo religioso se refleja todavía en los dramas de Esquilo, término á donde van á parar las concepciones religiosas de Homero y de Hesiodo. Y por cierto que los nuevos dioses no son siempre para el gran trágico las divinidades más morales, como lo atestigua el Júpiter del *Prometeo encadenado* (2). En las *Euménides*, las Erinias dicen á Apolo: «Nuevo dios, tú ultrajas á las antiguas diosas (3);» pero esta vez el nuevo dios hace prevalecer la equidad sobre el derecho inexorable de los antiguos días (4).

Hay quien afirma (5) que algunas creencias pelásgicas, eco de los grandes sistemas teológicos del Oriente, se habían conservado en los misterios; pero lejos de ser esto así, sábese que los misterios tienen un origen más reciente, y que se diferenciaban menos por el fondo que por la forma de la religión popular que, en vez de encerrar á sus dioses en impenetrables santuarios, quería verlos y tocarlos. «El hombre

(1) *Teogonía*, vers. 664 y sig.

(2) Todo el drama del *Prometeo encadenado* se basa en la oposición de los dioses antiguos y modernos y en la usurpación de Zeo, que ha conquistado el trono del cielo, del cual será á su vez arrojado.

(3) *Eumen.*, 727. En otras partes el poeta llama á Apolo el cuarto dios que llegó á Delfos.

(4) Véase el cap. XX.

(5) Tal era la opinión de Otofredo Muller; pero ni Homero ni Hesiodo hablan de los más famosos de esos misterios, de los de Eleusis, considerados como los más antiguos. Lobeck ha demostrado en su *Aglaofamus* que no tenían revelaciones muy importantes que hacer á sus iniciados sobre Dios, el hombre y el mundo, y que no había nada misterioso, como no fuera el secreto con que se rodeaba la celebración de los ritos. Cada cual era libre de hacerse iniciar. Sobre los misterios griegos véase el cap. XV.

ha sido hecho á la imagen de Dios,» dice el Génesis; y explica nuestras imperfecciones presentes, refiriendo la caída del primer hombre. El politeísmo griego hacía sus dioses á la imagen del hombre, bien que dotándoles de cualidades superiores: Marte fué más fuerte, Apolo más hábil, y Venus más hermosa que los que les ofrecían víctimas. Esa diferencia del punto de partida de las dos religiones, hebraica y griega, constituía el germen de la oposición de las dos civilizaciones que de ellas resultaron.

Obsérvese, además, que en la teogonía helénica los dioses no son los creadores del universo sino solamente los que lo gobiernan. Hubo un tiempo en que no existían: hijos del Cielo y de la Tierra, hallaron hecho ya el mundo cuyas diversas y perecederas fuerzas representan. De aquí que no sean seres necesarios y eternos como no lo son los fenómenos que personifican. «Moriréis,» les dice Prometeo; y algún día los pueblos oirán una voz que gritará: «Los dioses han muerto.»



Combate de los dioses contra los gigantes (1).

Estos dioses del Olimpo homérico, sensibles á la alegría y al dolor, y siempre en comunicación, por medio de los oráculos y de los sueños, con los habitantes de la tierra, tenían todos los defectos de la naturaleza humana, abrigaban en su pecho todas nuestras pasiones, la cólera, el odio, la violencia; y hasta participaban de nuestras miserias. Apolo y Neptuno fueron esclavos de Laomedón; y los Aloides tuvieron á Marte encerrado durante trece meses en una prisión de bronce. «¡La servidumbre! exclama el poeta. ¡Pues si Ceres la sufrió y también la sufrieron el armero de Lemnos, Neptuno, Apolo, el del arco de plata, y el terrible Marte!» En los combates delante de Troya, Venus, Marte, Plutón, y hasta Juno, la reina del Olimpo, fueron heridos por los mortales (2). «Su sangre corre, dice Homero, pero una sangre tal como es la de los dioses, semejante al rocío, una especie de vapor divino, porque no alimentándose los dioses de los dones de Ceres, ni de los presentes de Baco, no tienen sangre terrestre y ordinaria como la nuestra; y por eso son inmortales.»

Homero, amante también de las concepciones gigantescas de aquellos antiguos tiempos en que el dios se escondía en el fenómeno que después representó, presta á sus divinidades y á su fuerza física enormes proporciones. Cuando Minerva se arma para el combate, su casco de oro es bastante inmenso para cobijar á los numerosos batallones de un ejército que cien grandes ciudades pusieron en pie de guerra, y sus corceles franquean de un salto tanta distancia como la que un hombre, sentado en una elevada cima, en tiempo apacible y sereno, podría abarcar con la mirada en la inmensa extensión de la azulada llanura.

En otro pasaje de la *Ilíada*, Júpiter, queriendo dar á los Olímpicos una idea de

(1) Fragmento de una copa de la fábrica de Erginos, pintada por Aristófano (Las firmas del cerámico y del pintor están en el fondo de la copa). Gerhard, *Trinkschalen und Gefasse des kon. Museums zu Berlin (Trinkschalen*, Taf. II-III).

(2) Véase en la *Ilíada*, 374 y sig., el modesto discurso de Dionea á Venus, que, herida por Diomedes, había huido de la batalla llorando como un niño.

su poder, les dice: «Sujetad en el cielo una cadena de oro, y suspendeos todos de ella, dioses y diosas; á pesar de vuestros esfuerzos, no conseguiréis arrastrar hacia la tierra á Júpiter, el supremo ordenador. Pero si yo solo tiro de esta cadena, elevaré con ella la tierra y el mar, y les sujetaré en la cima del Olimpo; de modo que todo el universo quedará suspendido; tan superior soy á los dioses y á los hombres (1).» Con este fanfarrón nos encontramos en un mundo muy pequeño aún, y muy lejos todavía del Dios que lo regulará todo con su tranquilo y supremo saber, cuando la filosofía y la ciencia hayan penetrado en las profundidades infinitas de los cielos.

Sin embargo, el imperio de esos dioses, que representan cada cual una faz de la naturaleza, es sumamente limitado; cada ciudad posee su divinidad propia á la que rinde un culto particular. Minerva reinaba en Atenas, Ceres en Eleusis, Juno en Argos, Apolo en Delfos, Baco en Tebas y Venus en Chipre. En otras partes recibían honores limitados, y á veces sólo inspiraban indiferencia. «No creo en los dioses de este país, dice el heraldo en las *Suplicantes* de Esquilo, porque no les debo la vida ni la edad que alcanzo (2).» Iolas, en las *Heráclidas* de Eurípides, se expresa así (3): «Los dioses que combatían por nosotros no les iban en zaga á los de los argios: si á éstos les protege Hera, nuestra diosa es Atena; la divinidad que se distingue por su valor y virtud es segura garantía de la victoria.» Esas divinidades envidiosas é implacables tenían, como el Jehovah hebreo, un pueblo favorito, y consideraban á los demás como enemigos. Todos los males de los troyanos resultaron, según el poeta, de la cólera de Juno y de Minerva, irritadas contra Paris que había dado á Venus el premio de la belleza; y Neptuno vengó en ellos el engaño de Laomedón, sentimiento rencoroso que los hombres les devolvían. «¡Oh Febo! exclama Aquiles, ¡oh el más cruel de los dioses! me has privado de una brillante gloria, salvando á los troyanos. ¡Ah! ¡cómo me vengaría de tí si tuviese fuerza para ello (5)!» De aquí también la alianza de los cultos que siguió á la de los pueblos: las ciudades unidas por tratados enviábanse solemnes embajadas los días de fiesta de sus «dioses paternales.»



Juno de Argos (4).

El sentimiento religioso resultaba perdiendo con esta división de la divinidad; pero de esa degradación de los dioses que participaban de las pasiones del hombre resultó el rico desarrollo de la poesía legendaria. Como cada divinidad tenía sus poetas, éstos, aunque respetando los rasgos generales de la historia del dios que can-

(1) *Ilíada*, VIII, 19-27.
(2) Vers. 893-4.
(3) Vers. 347 y sig.
(4) Busto de Hera de Argos: lleva ceñida en la cabeza el *polos*, y el cabello suelto sobre los hombros (Camafeo del Gabinete de Francia: sardónica de tres capas; altura 7 cent.; ancho 5 centímetros. Chabouillet, *Catálogo de los camafeos*, n.° 9).
(5) *Ilíada*, XXII, 15.

taban, aumentábanlos con mil incidentes, que durante siglos recrearon, con las aventuras de los héroes, la imaginación popular y alimentaron el teatro.

Sin embargo, esa mitología, que personificaba todos los fenómenos del mundo material y que más tarde personificó todos los del mundo moral, conservó siempre el vestigio de las teologías orientales y del naturalismo que la había engendrado, y sus dioses quedaron hasta cierto punto identificados con las fuerzas de la naturaleza. Júpiter no fué solamente el soberano del Olimpo, el esposo de Juno, el héroe de muchas aventuras en que el padre de los dioses se dignaba humillarse hasta tratar con las hijas de la tierra, sino también el aire que envuelve toda la creación. Apolo, dios de la poesía y de las artes, era todavía el sol, Helios, y Neptuno, el Océano que aquél recorre en su carro de oro, mientras los monstruos marinos saltan á su alrededor. Numerosas divinidades confundidas sucesivamente con el elemento que presiden y separadas de él para tomar una forma y pasiones del todo humanas, poblaban los ríos, las montañas y los bosques. Por eso la Náyade era á la vez la fuente misma y la diosa casta y tímida que se ocultaba en el fondo de oscuras grutas (1).



Minerva (3).

Las divinidades que contaban más adoradores eran los doce grandes dioses del Olimpo cuyo imperio limitó la teogonía de los últimos tiempos que precisó sus respectivas funciones:

Júpiter, el dios supremo (2) á quien los demás obedecen, protector de toda la raza de los helenos Ζεὺς Πανελλήνιος (4), que se llama también, como el Jehovah mosaico, el Altísimo, ὕψιστος;

Juno ó Hera, la reina del cielo, que tenía por símbolo el pavo real, porque los ojos brillantes de su plumaje extendido recordaban el firmamento estrellado;

Neptuno, dios de las aguas;

Apolo, el sol que ilumina y la inteligencia que inspira;

Minerva, la sabiduría y la ciencia que infunde en los hombres prudentes pensamientos y enseña á las mujeres buenas obras y honestas resoluciones (5);

---

(1) Las ninfas ó diosas de las aguas y de los parajes húmedos han desempeñado, tal vez, en remotas épocas un papel importante como representación del elemento húmedo, tan necesario para la reproducción; pero más tarde no ocuparon sino un lugar intermediario entre los hombres y los dioses, gozando de una larga vida y no de la inmortalidad, aunque se alimentasen de ambrosía (Pausanias, X, 31, 10). Plutarco conocía á punto fijo su edad: debían morir á los nueve mil seiscientos veinte años *(Sobre la cesación de los oráculos)*.

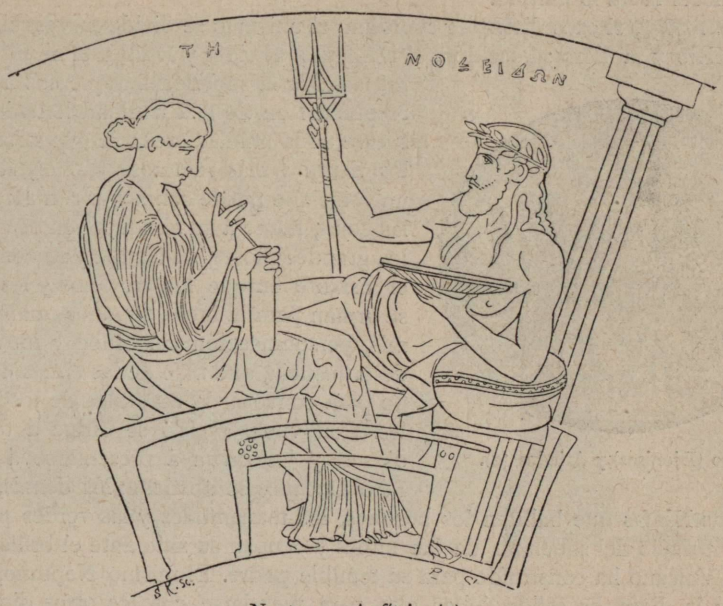
(2) Esta lista de los doce grandes dioses es la que da el Escoliasta de Apolonio de Rodas, *ad Argon.*, II, 535; su formación definitiva data de una época reciente.

(3) La diosa lleva casco y égida (Camafeo en sardónica de dos capas, 7 centím. por 6. Gabinete de Francia, n.° 26 del Catálogo).

(4) Pausan., I, 18, 9. Las tres Peliadas ó sacerdotisas de Dodona le invocaban también Ζεὺς ἦν, Ζεὺς ἐστι, Ζεὺς ἔσσεται, ὦ μεγάλε Ζεῦ (Id., X, 12, 10). En el Atica, en el Peloponeso, le daban á menudo los sobrenombres de ὕπατος, ὕψιστος (id.; I, 26, 5; III, 17, 6; V, 15, 5, etc.)

(5) *Odisea*, VII, 110. Para Homero, Minerva no es aún la protectora de Atenas, sino la de

Venus, la belleza;
Marte, la guerra;
Vulcano, las artes útiles;
La casta Vesta, que presidía las virtudes domésticas;
Ceres, que hacía madurar las mieses;
Diana, «la hermana divina de Febo,» como él sin himen, y como él también, «amiga de las flechas rápidas;»
Mercurio, cuyo carácter primitivo es incierto, pero que muy pronto comunicó á los hombres la elocuencia artificiosa y la habilidad para la astucia, la mentira y los



Neptuno y Anfítrite (1).

hurtos atrevidos, siempre celebrados en los tiempos de barbarie. Homero le convierte ya en mensajero de los dioses; más tarde fué el conductor de los muertos, y tal vez en esa doble función no personificaba más que el viento que transmitía á lo lejos las divinas palabras y arrastraba al abismo subterráneo á las almas, pobres hojas secas. Pero ¿por qué y cómo llegó á ser el Hermes itifálico, y más tarde la Razón divina, el Logos enviado por los dioses á la tierra? El tiempo da el mismo nombre á cosas bien diferentes y llena está la historia de las religiones de esos cambios que son una de las condiciones de su vitalidad.

Ciertamente había otros varios dioses, además de los grandes Olímpicos: Plutón, nacido de Saturno, como Júpiter y Neptuno, como Ceres y Vesta; Baco ó Dio-

---

Alalcómenes, ciudad beocia situada en las orillas del lago Copais (*Ilíada*, IV, 8). Antes de ser la divinidad de Atenas fué la divinidad protectora de los Eteobútadas, de entre los cuales salió siempre la sacerdotisa de la diosa (Cf. Esquino, *Sobre las prevaricaciones de la Embajada*).

(1) Pintura de vaso, según los *Monum. del Instit. arqueol.*, V, tab. XLIX. Anfítrite ([Ἀμφιτρί]ΤΗ) está sentada al pie del lecho en que descansa Poseidón (ΝΟΣΕΙΔΩΝ *sic*) y delante se ve la mesa de comer. Anfítrite tiene en la mano un vaso con perfumes, y en él humedece un pincel, que se aplicará después al cabello ó al rostro.

nisos, divinidad de origen más moderno (1), venido de Asia en su carro tirado por panteras, y seguido de Ninfas, Sátiros y Bacantes, detrás de los cuales va Sileno con paso vacilante; y finalmente todos los dioses secundarios de las campiñas, de los cuales va Sileno con paso vacilante; y finalmente todos los dioses secundarios de las campiñas, de los bosques y de las aguas: Pan, los Faunos, los Sátiros, las Driadas, las Náyades, las Oceánidas, las Nereidas y los Tritones, que acompañan, jugueteando sobre las olas, el carro de Nerea y de Anfítrite; Eolo y los Vientos; las Musas y las Parcas, etc. El politeísmo griego, divinizando los fenómenos de la naturaleza y las pasiones de los hombres, los bienes y los males, debía necesariamente multiplicar los dioses hasta lo infinito.

Sin embargo, el caos divino se coordina; el universo se divide en tres reinos; Zeo tiene el cielo y la tierra; Poseidón, el elemento líquido; y Hades, el mundo subterráneo. Por la superioridad que sus hermanos reconocen en Zeo, la trinidad helénica se resuelve en la unidad, creencia que existía ya en los tiempos más remotos. Júpiter, señor del universo que puede conmover con sólo fruncir las cejas, reune á su alrededor en el Olimpo á los grandes dioses, su familia y su consejo. En el instante en que los troyanos y los griegos se arman para la lucha suprema, manda á Temis, personificación del orden y futura diosa de la justicia, que baje de las cimas del Olimpo para convocar la asamblea de los inmortales. Con vuelo rápido se dirige á todos los dioses, y les invita á presentarse á Júpiter. Sólo Océanos se abstiene; los demás, con los Ríos y las Ninfas que habitan los bosques, los manantiales y las verdes praderas, llegan al palacio del soberano de las nubes y ocupan su sitio ante el brillante pórtico que Vulcano ha construído para su temible padre. El mismo Neptuno, dócil á la voz de la diosa, ha salido de las olas para mezclarse con los otros dioses.» El gran Olímpico les comunica sus órdenes, y todos obedecen (3). Homero llama ya á Zeo el supremo ordenador, ὕπατος μήστωρ. De estas vagas nociones de un poder su-



Baco (Dionisos) y Ariadna (2).

(1) Véase cap. XV. El Baco arcaico es viril y barbudo. El tipo femenino de esta divinidad no parece ser anterior á Praxiteles. En cuanto á Sileno, ese alegre compañero, de nariz achatada, de orejas velludas y vientre redondeado, es una repetición del dios grotesco de los fenicios, Bes, «la más antigua caricatura popular,» dice M. Heuzey (*Bol. de Corr. Helen.* 1884). Esculapio es también un dios moderno: en Homero no es todavía más que un hombre, ó por lo menos no es del todo un dios. En Epidauro se le adoró bajo la forma de una serpiente, á la cual se alimentaba en su templo. Ese extraño símbolo, que recuerda los animales sagrados del Oriente y de Egipto, revela una importación extranjera. Sobre las curas maravillosas efectuadas en sus templos, véase Maury, II, 458 y sig. También se hablaba, por supuesto, de los muertos resucitados. Los medios curativos variaban mucho; uno de los más singulares era el servicio que varios perros, mantenidos á expensas del dios, prestaban á los enfermos, lamiéndoles las llagas. Véase S. Reinach, *Rev. Arq.*, 1884, II, p. 129: *Los perros en el culto de Esculapio.*

(2) Dionisos y Ariadna, en un carro tirado por dos centauros, de los cuales uno toca la lira. Himeneo, que se reconoce por su antorcha, guía la marcha; Tros arregla una colgadura que cubre á los dos esposos. En la parte inferior, Océano está sentado junto á Tetis; una oceánida parece llegar para anunciarles el casamiento de Dionisos (Camafeo del Gabinete de Francia: sardónica de dos capas, de cuarenta y dos milímetros de altura por cuarenta y seis de ancho. Chabouillet, *Catálogo de los Camafeos*, etc., n.° 61).

(3) *Ilíada*, XX, *initio*.

premo, Sócrates, Platón y Aristóteles tomarán andando el tiempo la idea de un dios único, que mantendrá el orden y la armonía en los dos mundos del espíritu y de la materia, pero á quien los pueblos rehusarán largo tiempo sacrificar sus divinidades locales (1).

Pero ¿cómo pudieron los griegos conciliar su fantasía con la realidad? Resolviendo el problema de hacer vivir entre ellos á las divinidades sin verlas, atribuyéndoles un cuerpo de naturaleza particular, impalpable, incorruptible, que podía tomar todas las formas sin perder nunca la belleza que en los mortales se aja tan pronto. Sometidos sus cuerpos á la necesidad de nutrirse, dábanles por alimento el néctar y



Rapto de Europa (2).

la ambrosía en los banquetes celebrados en las cimas del Olimpo; y en la tierra, el humo de las carnes quemadas en sus altares, creyendo granjearse tanto más sus favores cuanto mayor era la cantidad de humo que se elevaba hasta el cielo. Llamada por su hijo, Tetis sale de los profundos abismos del mar: «es un vapor ligero que asciende sobre las blanquecinas olas.» Minerva, queriendo enviar á Nausicaa á Ulises, deslízase «como un leve soplo» en la rica morada donde duerme la virgen real, y para hablar con ella toma las facciones de una de sus compañeras. Véase en la *Iliada* cómo los dioses se hacen invisibles, ó de qué aspecto se revisten cuando quieren mezclarse en los combates delante de Troya.

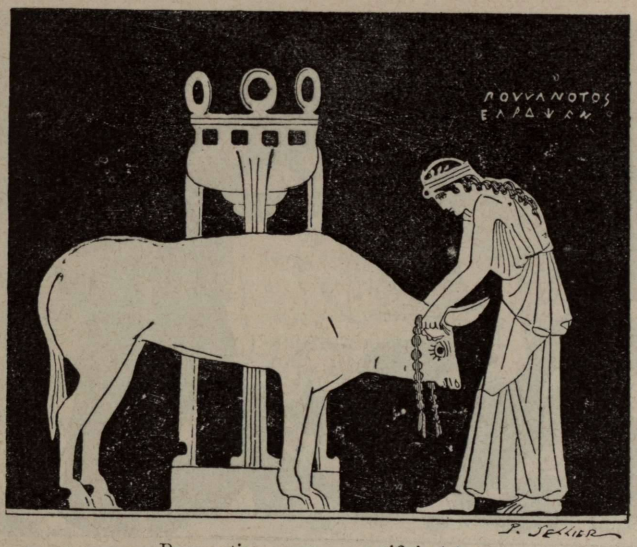
De este modo, los dioses estaban presentes en todas partes, por la fe, sin que se les pudiera reconocer en ninguna, como no fuera por los pensamientos que desper-

(1) Hombres muy sabios, como por ejemplo Karsten (*Xenophanis reliquiæ*, p. 114), han observado que la lengua de los griegos se presta mal á la expresión de la unidad divina. Siendo esto así, es prueba de que su espíritu fué largo tiempo refractario á esta idea.

(2) Pintura de vaso, según Lenormant y de Witte, *Flor de los Monumentos Ceramográficos*, I, lám. 27. – Europa es arrebatada por el toro poderoso sobre el mar; en las olas se ven dos asterias y encima un pez, etc. El Amor alado sigue á Europa, con una larga cinta en la mano. En la orilla, á la derecha, está el mismo Zeo, apoyado en su cetro. Cf. Overbeck, *Griechische Kunstmythologie*, I, p. 438, n.° 19. Esta duplicidad del dios, á la vez espectador y actor, se explicará en el cap. XXI.

taban en las almas. Para la leyenda, que tantas cosas ve en lo más remoto de las edades, tomaban todas las formas, como por ejemplo las que servían á Júpiter en las numerosas seducciones á que sucumbieron Europa, Alcmenes, Leda, Io, Antíope y Dánae.

Una observación para terminar. La vida religiosa de Grecia ha sido siempre un culto de interés, nunca un culto de amor. Como las sombras de los muertos necesitaban probar la sangre de un sacrificio para recobrar una vida momentánea, suponíase que los dioses necesitaban también víctimas y honores para conservar su categoría en el Olimpo y su crédito entre los hombres. Por eso se mostraban favorables



Preparativos para un sacrificio (1).

á las ciudades que celebraban en su honor magníficas fiestas; pero entre los dones que los hombres les otorgaban no figuraba la bondad, que conquistó el mundo para otro Dios. Por su parte, el suplicante les pedía para su vida terrenal, á cambio de su devoción, bienes efectivos; de modo que las pompas religiosas envolvían una especulación: «Da y recibirás.» En Homero, Crises exige que Apolo le defienda, porque le ha sacrificado muchos bueyes gordos; y para vengarse de Enoé, que descuidaba su altar, Diana envió á su reino el feroz jabalí que devastó la campiña de la risueña Calidón (2). Esquilo expresa, pues, el sentimiento que estaba en el fondo de todos los corazones cuando pone esta oración en boca del rey tebano, á quien amenazan poderosos enemigos: «¡Oh dioses que habitáis entre nosotros! si concedéis el triunfo á nuestras armas, y si la ciudad se salva, bañaré vuestros altares con sangre de las ovejas y de los bueyes (3).» Roma abrigará las mismas ideas: prometerá á Júpiter magníficos juegos, pero á condición de que le permita triunfar del rey de Macedonia (4). Los griegos no han profesado á sus dioses un respeto filial; los honraban

(1) Pintura de un vaso, firmada por Polignotos, según Gerhard, *Auserl. Vasenb.*, Taf. CCXLIII. — Una sacerdotisa, coronada de hiedra, adorna con cintas la cabeza de un toro, y detrás se ve un elevado trípode.

(2) *Ilíada*, I, 37; IX, 532.

(3) *Los Siete jefes*, 252. Cf. Eurip., *los Fenicios*, 573.

(4) Véase la *Historia de los Romanos*,. Entre los egipcios la oración era un encanto mágico

por temor, porque sabían que envidiaban toda prosperidad humana, pero nunca les profesaron verdadero amor (1). Cuando Telémaco ve á su padre transfigurado por Minerva, tómale por un dios, y sus primeras palabras expresan el espanto: «Cálmate, le dice; te haremos agradables sacrificios y ofrendas de oro artísticamente trabajado, pero perdónanos (2).» Los perros del anciano Eumeo, que han reconocido á la diosa, experimentan el mismo terror, y en vez de ladrar, huyen aullando. Como solicitantes á quienes nada desalienta, los griegos trataban todos los días de granjearse la voluntad de los dioses por medio de presentes, á fin de que alejaran el infortunio de su casa ó de su ciudad; mas no esperaban de ellos, para la vida de ultratumba, la beatitud que diferentes religiones prometen á sus adoradores, ni entendían que la felicidad eterna consistiera en la contemplación de las perfecciones divinas. Es indudable que el amor divino, como todos los demás, excepto el materno, es interesado; pero exalta las almas y hace mártires, que no encontramos en el helenismo: la ciudad los tuvo, pero no el templo: la piedad de un griego era el patriotismo. Esto no obstante, la ciudad y el templo eran una sola y misma cosa; así es que al morir por su patria, el griego moría también por su hogar y por sus divinidades.

II. – EL DESTINO (3)

Sobre todas las divinidades del Olimpo helénico reina el Destino, dios sin vida, sin leyenda, y hasta sin figura, que en la tierra no tiene altar, y que, inaccesible en el fondo del Empíreo á toda oración, mantiene el equilibrio del mundo moral sustrayéndole á los caprichos de las otras deidades (4). Este dios, que señala á cada uno su parte de bien y de mal, había sido creado, ó más bien había nacido de la conciencia perturbada de los hombres, para explicar lo inexplicable y hacer comprender lo incomprensible, es decir las causas lejanas y ocultas de los acontecimientos, y los motivos de orden superior que los producían. Herodoto, refiriéndose á una iniquidad que no se explica, ve en ella un acto divino y lo acata con respeto (5).

Todas las divinidades, incluso el mismo Zeo, estaban sometidas á la ley del Destino. Cuando la lucha suprema entre Aquiles y Héctor está á punto de comenzar, el soberano de los dioses coge la balanza de oro donde se hallan contados los días de los dos héroes; el platillo de Héctor se inclina hacia la morada de Hades, y Apolo, protector del hijo de Príamo, abandónale al punto. Zeo no pudo librar tampoco á su hijo Sarpedón de los golpes de Patroclo; pero en señal de dolor «esparció des-

---

que obligaba al dios, satisfecho por el sacrificio que se le había ofrecido, á conceder lo que se le pedía (Maspero, *Bol. de la Inst. Egip.*, 1885, p. 23-24).

(1) «Solamente el temor ó la necesidad de un apoyo que juzgan indispensable para su debilidad inspira sentimientos piadosos á los griegos de Homero... Griegos y troyanos sacrifican á los dioses, sin que ninguna mezcla de amor ennoblezca ese homenaje servil del débil al fuerte, sin que ningún impulso de fervor acerque á los objetos de su culto á esas almas humilladas por el miedo» (Tournier).

(2) *Odisea*, XVI, 183.

(3) El nombre del Destino en griego es femenino; mas le conservo aquel que para nosotros le caracteriza mejor, en gracia á la mayor comodidad del lenguaje.

(4) El Destino, en griego Αἶσα, *la parte*, ó Μοῖρα, *la porción que conviene*, da á todos, desde que nacen, la parte de bien y de mal que les corresponde, y que no se puede alterar. «Los hombres, dice Zeo, no deberían hablarnos de sus males. Su perversidad y el Destino son los que atraen sobre ellos el infortunio» (*Odisea*, 32).

(5) VII, 137.

de las alturas del éter un rocío sanguinolento (1).» Los dos aceptaban, pues, el fallo soberano con respetuoso silencio.

Estas divinidades impotentes ante el Destino, que arrebata á los que ellas aman, son la imagen de la impasible naturaleza que asiste á nuestros funerales, sin extender una sombra de duelo sobre las fiestas con que á sí misma se obsequia con el continuo desenvolvimiento de la vida, que tampoco puede efectuarse sin la condición precisa de la muerte.

La fatalidad, pues, se halla en el fondo de las creencias de Grecia; y mil años después de Homero se vuelve á encontrar en Luciano. Ya hemos visto qué prueba de su poder da Júpiter á los Olímpicos, al hablarles de la cadena de oro que tiene en la mano, y con la cual podría sujetar la tierra y los mares. Luciano toma esta imagen, pero anteponiendo al soberano de los dioses las Parcas, que le tienen á él mismo sujeto por el hilo de la vida, ó más bien, al hombre con sus ambiciones y sus esperanzas, suspendido del tenue hilo que cortarán las caprichosas divinidades (2).



Psychostasia ó acto de pesar las almas (3).

Sin embargo, este dogma, que era la negación de la Providencia divina y de la responsabilidad humana, se suavizó más tarde: poetas é historiadores trataron de justificarle, dando á sus decretos las apariencias de expiación.

Cuando Clitemnestra derriba de un hachazo á Agamenón y á la cautiva troyana Casandra, «que, como el cisne, entonó el canto plañidero de su muerte,» dice el coro de los ancianos de Argos: «No soy yo quien los ha matado, ni me titulo esposa de Agamenón. Acusad al Genio tres veces terrible de esa raza. Quien tomó mi forma es él, es el antiguo y cruel vengador del festín de Atreo... Idos, ancianos, volved á vuestras moradas, el Destino lo ordenaba así; era preciso que se hiciese lo que se ha hecho (4).»

«Cuando Creso, dice Herodoto, mandó depositar en el umbral del templo de Delfos sus cadenas de cautivo para quejarse de su derrota al dios que le había prometido la victoria, el oráculo contestó: – Es imposible, hasta para un dios, desviar la suerte señalada por el Destino. Creso ha sido castigado por el crimen de su quinto antecesor, Giges, que dió muerte al rey Candaulo. El dios hubiera deseado que el

---

(1) *Ilíada*, XXII, 209, y XVI, 459. Platón dice en el *Cratilo* que á fin de no pronunciar el temido nombre de Hades se reservó esta palabra para designar el reino del mundo inferior, cuyo sombrío soberano, llamado entonces Plutón, Πλούτων, fué también *Plutus*, Πλοῦτος, dios de la riqueza, á causa de los metales preciosos que la tierra contiene. Aristófanes emplea los dos nombres para el mismo dios, en el *Plutus* Πλοῦτος, á quien en el verso 727 llama Πλούτων.

(2) En el *Júpiter confundido*. Pero aquel autor que tanto se ríe no podía permanecer largo tiempo grave, así es que en la *Asamblea de los dioses* se burla, y con razón, del Destino y de las Parcas, sus supuestos ministros.

(3) Pintura de un vaso de la colección de Luynes (Cf. *Monum. del Inst. arqueol.*, II, tab. X). – Hermes en el centro, con su caduceo, sostiene la balanza en cuyos platillos están los εἴδωλα de dos guerreros. Dos testigos le ayudan, un dios y una diosa: á la izquierda, Zeo, armado del rayo, se apoya en su cetro; á la derecha está Tetis, la madre de Aquiles, ó más bien Eos, la madre de Memnón. En la *Ilíada*, solamente interviene Atena, que no es ciertamente la divinidad que el pintor ha representado.

(4) Esquilo, *Agamenón, ad fin.*

castigo recayese sobre el hijo de Creso, pero no lo permitió así el Destino. Por lo menos Apolo ha retardado tres años el cautiverio del rey.» Cuando los lidios comunicaron estas palabras á Creso, éste reconoció que solamente él era culpable, no el dios (1). Sófocles explicará también por una antigua falta las desgracias de Edipo, lo cual prestará al Destino un carácter moral, ó por lo menos de una moralidad que armonizaba con las ideas religiosas de los griegos.

La Necesidad, Ἀνάγκη, es una abstracción; los griegos de los primeros tiempos no podían contentarse con este dios sin forma y sin nombre, y diéronle ministros: las Parcas, que tejen la trama de la existencia, con los acontecimientos irresistibles de que estará llena, y que cortan el hilo en el momento marcado por el Destino, y por las Erinias «las de memoria fiel (2).» Esas «lúgubres hijas de la Noche» castigaban todas las faltas á que no alcanzaban las leyes civiles (3); eran el remordimiento que laceraba el corazón del culpable y perseguían hasta en los infiernos á todos aquellos á quienes el Destino había condenado. «Cuando se acercan, la gloria de los hombres y aun la que se elevaba resplandeciente hasta el cielo, cae á tierra y perece (4).» Sin embargo, esas deidades terribles que siembran el terror en las almas, inspiran respeto; guardianas del orden natural de las cosas, no hieren sino á los que infringen la ley, la justicia. «Si el Sol, dice Heráclito, saliese de sus vías, las Euménidas, valientes compañeras de la Justicia, le harían volver á ellas.» Píndaro dice: «Las Parcas miran con horror á los que rompen por enemistad los lazos de la familia (5).» No se deberá extrañar, pues, que en Esquilo las Erinias se conviertan en Euménidas, y las Furias en diosas venerables y bienhechoras (6).



La Fortuna (7).

Los helenos de los antiguos tiempos no conocían á una divinidad que más tarde será muy respetada en Roma, la Fortuna, de pie sobre su rueda movible y variable. Su nombre griego, Τύχη, no se encuentra en Homero, pero se hallará en Píndaro, cuando el progreso del antropomorfismo y del arte haya dado figura á la antigua deidad sin forma. «¡Oh hija de Zeo libertador, exclama el poeta tebano, oh Fortuna, tú que haces volar sobre las olas las rápidas naves, y que presides los combates y las deliberaciones de los mortales, cómo te burlas de sus frágiles esperanzas y las llevas sobre tu rueda para desde allí precipitarlas (8)!» El Destino mismo no tenía caprichos. Representando las leyes generales del Cosmos y la armonía del mundo, obliga á los dioses á obedecerlas, sin prohibirles que se contristen por ello ó que retarden á veces la ejecución de aquéllas. «No son inflexibles, dice el consejero de Aquiles; el suplicante, aunque fuere culpable, los apacigua con los sacrificios, las libaciones y el humo de las víctimas.» Atea, diosa de la desgracia, nacida de Zeo, que sin em-

(1) Herodoto, I, XCI.

(2) Esquilo, *Prom.*, 516.

(3) En las sociedades primitivas la tribu no castiga sino las faltas que contra ella se cometen; los crímenes contra los individuos atañen á la familia.

(4) *Euménidas*, el Himno de las Furias, verso 373 y sig.

(5) *Olímpicas*, XII.

(6) Plutarco, *Del Destierro*, cap. XI; Píndaro, *Píticas*, IV, 145.

(7) Nemesis Pantea, de pie, con las alas de la Victoria, el tocado de Isis, la serpiente y la pátera de Higia: á sus pies se ve la rueda, atributo especial de Nemesis (Piedra grabada, cornalina, del Gabinete de Francia. Alto 40 milímetros; ancho, 16. Chabouillet, *Catálogo de los Camafeos*, etc. n.° 1720).

(8) Véase cap. XX.

bargo la precipitó del Olimpo, «anda sobre la cabeza de los hombres (1);» pero las Plegarias, que son también hijas del gran Júpiter, síguenla cojeando y remedian los tormentos que ocasiona (2).»

Por esta poética creencia quedan justificadas todas las prácticas piadosas, las oraciones y los votos que los hombres elevan á la divinidad, las ofrendas que le hacen, la esperanza que tienen en su protección; y esta confianza, que cedía á la libertad moral una parte de sus derechos, impedía á los griegos abandonarse perezosamente á las voluntades de la suerte. A pesar de su creencia en el Destino, han obrado como si fueran dueños de sí mismos. En el espíritu de esos grandes lógicos, que tanto han tardado en conciliar la lógica con la razón, y que amaron la libertad hasta en sus abusos, la fatalidad se mezcla en proporciones mal determinadas, y por esto mismo más eficaces, con la ley moral que impone al hombre el trabajo y el esfuerzo, prometiéndole recompensas ó exigiéndole expiaciones. Cuando Xantos anuncia á Aquiles su próximo fin, el héroe contesta: «Ya lo sé;» y precipítase allí donde más recia es la batalla, oponiendo al Destino su indomable energía. Esquilo muestra por todas partes á los dioses y á los hombres dominados por la divinidad fatal, mas en el *Prometeo encadenado* dice: «Zeo es libre;» y Solón, que escribe: «Nuestros bienes y males provienen del Destino (3),» reforma las leyes de su país, porque, si bien admite la existencia de un dios ciego y sordo, cree también en la sabiduría humana (4).

Libertad, fatalidad, ideas tenaces á que los humanos no renuncian, porque son á la vez su fuerza y su flaqueza. Aristóteles, el genio más brillante de Grecia, estará por la una, y los estoicos por la otra, aunque compensando su enervante creencia en la fatalidad por grandes virtudes y muertes heroicas. Desde el mundo antiguo, esas ideas pasarán, bajo otras formas, al mundo cristiano, con las dos doctrinas opuestas de la gracia y de las obras: una que corresponde al Destino, porque Dios es quien la rehusa ó la da; otra, que resulta de la libertad moral, puesto que el hombre es quien voluntariamente ejecuta las obras meritorias, condición necesaria para salvarse.

III. — LA ENVIDIA DE LOS DIOSES

No hemos hablado todavía de una creencia singular que Homero deja entrever, que Hesiodo desarrolla, y que durante largo tiempo prevaleció en Grecia: la envidia de los dioses.

Sentado como Júpiter en la cumbre del Ida, Homero ve á los dioses y á los hombres combatir en la llanura, y oye el temblor de la tierra bajo sus pasos; después baja á «la pradera de asfodelos» para escuchar los tristes relatos de las almas, ó bien contempla á Nausicaa, tan hermosa como Diana, que moja en el agua límpida del río de los feacios las ricas ropas de su padre el rey Alcinoo. Un poeta es quien presta á los dioses, á los hombres, y á la naturaleza entera, la gracia y la grandeza, sin cuidarse de coordinar en un sistema todas las ideas que expresa. He-

---

(1) *Ilíada*, XIX, 87 y sig. Ἄτη significa fatalidad, desgracia. En Esquilo, *Coéforos*, 381, se confunde con Nemesis y las Erinias, ó la justa venganza.

(2) *Ilíada*, IX, 497. En el mazdeísmo, la Plegaria es hija también de Ahura-Mazda (J. Darmesteter, *Ormuz y Arimán*, p. 24).

(3) Véase la *Invocación á las Musas*.

(4) San Agustín, y otros muchos después de él, aceptarán esta feliz contradicción que salva al mismo tiempo la fe religiosa y la libertad moral. Para creer bien, se admitirá la presciencia divina, otra forma de la fatalidad, y para vivir bien se conservará el libre albedrío.

siodo, por el contrario, moralista y teólogo, pretende saberlo todo, el génesis de los dioses y el de los hombres, las diferentes edades de la humanidad y los males desencadenados sobre ella por la Eva helénica y por la envidia de los dioses. Su teoría de las edades es una creencia oriental que ha hecho fortuna en muchos países, porque esa concepción de la edad de oro para la juventud del mundo, y de la edad de hierro para los siglos que envejecen, responde á una disposición de nuestro espíritu, que tan á menudo pone la felicidad en el pasado á fin de eludir el sentimiento de los males presentes ó imaginarios. Con esta creencia y la de la envidia de los dioses contra los hombres se relacionan los mitos famosos de Pandora y de Prometeo, con los que cerraremos el ciclo poético de la época legendaria.

Los hombres y los dioses, dice Hesiodo, nacieron juntos (1); los primeros eran mortales, pero vivían como los dioses, libres de cuidados, de trabajos, de padecimientos, y amigos de la virtud. Rodeados de toda clase de bienes y exentos de la cruel vejez, morían entregados á un dulce sueño. Aquella fué la edad de oro (2). Cuando la tierra hubo encerrado en su seno esta primera generación, esos hombres se convirtieron en guardianes tutelares de los mortales; y envueltos en una nube, recorrieron la tierra sembrando á su paso la abundancia.



Hera y Prometeo (3).

Los habitantes del Olimpo produjeron una nueva raza muy inferior á la primera, la de los hombres de la edad de plata, que vivían largos años; pero Júpiter los aniquiló porque rehusaban tributar á los inmortales piadosos homenajes: esos hombres formaron la segunda clase de los genios terrestres. Después de ellos aparecieron los hombres de la edad de bronce (4): de corazón duro como el acero, y dotados de extraordinaria fuerza, gozaban con los sangrientos juegos de Marte. Pero también les sobrecogió la muerte, y dejaron de ver la brillante luz del sol.

La cuarta raza fué la de los héroes, que la guerra segó delante de Tebas, la ciudad de las siete puertas, ó que, armados en defensa de Elena, la de la hermosa cabellera, quedaron envueltos entre las sombras de la muerte al pie de las murallas de Troya. El poderoso hijo de Saturno los colocó en los confines de la tierra; allí, exentos de toda inquietud, habitan las islas Afortunadas, más allá de los profundos abismos del Océano, y, tres veces al año, la tierra fértil prodígales deliciosos frutos.

---

(1) Los *Trabajos y los Días*, I, 108. Píndaro repite este pensamiento al principio de la *Sexta Nemea*, y Juliano lo reproducirá en sus *Cartas*, creyendo que el hombre justo volverá á encontrar á los dioses en los astros. Los estoicos dirán también: «el hombre es un dios mortal.»

(2) Para Grecia es ese Edén que casi todas las religiones presentan como cuna de la humanidad naciente.

(3) Pintura de vaso, según los *Monum. del Inst. arqueol.*, V, t. XXXV (Cf. *Anales*, 1851, p. 279-289). Hera (HPA *sic* por HEPA) está sentada á la izquierda: en una mano tiene un cetro y flores y con la otra presenta una *phiala* a Prometeo (ΓPOMEΘEς), acogiendo así graciosamente á este último, que ha sido admitido en el círculo de los dioses.

(4) ...γένος χάλκειον... χαλκῷ δ' εἰργάξοντο· μέλας δ' οὐκ ἔσκε σίδηρος. Hesiodo creía, pues, como nuestros arqueólogos, que los hombres habían conocido el bronce antes que el hierro, y atribuye á los hombres de esa edad ἀδάμαντος θυμός; pero Hesiodo conocía ya el acero.

De este modo, los primeros hombres habían alcanzado la vida bienaventurada por la justicia, y los héroes por el valor. Pero el cielo y la tierra se oscurecen. «Pluguiera á los dioses, añade el poeta, que yo no viviera en medio de la quinta generación; que es la edad de hierro. Los hombres trabajan y sufren durante el día, y de noche se pervierten, mereciendo por ello que los dioses les envíen terribles calamidades. La Envidia de faz lívida, monstruo odioso que difunde la calumnia y se complace en el mal, perseguirá sin tregua á los humanos. El Pudor y Nemesis (1), cubriendo sus cuerpos graciosos con tejidos de deslumbradora blancura, remontarán el vuelo hacia la tribu de los inmortales, y á los humanos sólo les quedarán pesares devoradores.»

¿De dónde proceden esas miserias? De la envidia de los dioses. El cielo es un reflejo de la tierra: la envidia de los hombres contra todo lo que se eleva ha hecho creer en la de los dioses contra todo lo que se engrandece. «Los inmortales de Hesiodo ocultaron á los hombres el secreto de una vida frugal, en que un día de trabajo había sido suficiente para atender á las necesidades de todo un año. Irritado contra Prometeo, que había sustraído el fuego del cielo para dárselo á los mortales, Júpiter le dice: «Hijo de Japet, te regocijas de haberme engañado, á pesar de mi sabiduría, pero tu robo te será fatal á tí y á los hombres, porque les enviaré un funesto presente.» Y al punto manda á Vulcano fabricar con arcilla y agua una virgen de seductora belleza; dispone que Minerva le enseñe á confeccionar maravillosos tejidos; que Venus la colme de gracia encantadora, y que Mercurio la anime de un espíritu pérfido. Los dioses obedecen: del limo de la tierra, Vulcano forma un cuerpo perfecto (3); la diosa de ojos azules le da un rico cinturón; las Gracias y la Persuasión, collares de oro; las Horas, una guirnalda de flores primaverales; Palas, magníficos adornos; y el mensajero de los dioses, el arte de mentir, las palabras seductoras y pérfidas. Después le dió el nombre de Pandora, porque cada dios le había otorgado un don, á fin de que fuese funesta á los hombres industriosos; y



Nacimiento de Pandora (2).

---

(1) Para los escritores sucesivos, Nemesis es la diosa de las justas venganzas, la que castiga todos los excesos de fortuna ó de orgullo; en ese pasaje de Hesiodo, es la guardiana de las leyes morales, que espantada de los crímenes de los hombres, huye al cielo. – Cuando Ulises pide á Ilos veneno para impregnar en él sus flechas, Ilos se niega á dárselo por temor á Nemesis, que no puede tolerar un combate desleal (*Odisea*, I, 261-263).

(2) Pintura de vaso, según Lenormant y de Witte, *Monumentos ceramográficos*, III, lám. XLIV. – Hefaístos (ΗΕΦΑ[ι]ΣΤΟς) acaba de terminar su obra: en la mano izquierda tiene aún el martillo que le ha servido para modelar el cuerpo de la joven, y con la derecha ciñe una cinta en su cabeza. Pandora vuelve la suya hacia Atena (ΑΘΕΝΑΑ) que le pone un rico vestido. Se la designa aquí con el nombre de ΝΕϚΙΔΟΡΑ. No es necesario, en efecto, completar 'Α]νησιδώρα, como lo proponía Gerhard: es preciso relacionar este nuevo nombre, como lo hace Braun, con la glosa de Hesiquio: Νῆσις· σώρευσις literalmente *acumulación*. El nombre corresponde, pues, á la escena que el artista ha pintado: Minerva y Vulcano colmando á Pandora con sus dones (Cf. Gerhard, *Festgedanken an Winckelmann*, 1841, y Braun, *Bol. del Inst. arqueol.*, 1849, p. 98).

(3) Ya hemos visto en otro lugar que Prometeo forma también el primer hombre con limo de la tierra.

por mandato de Zeo, Mercurio la condujo ante Epimetea, que á pesar de los consejos de su hermano Prometeo, aceptó el peligroso presente (1). Pandora tenía una caja, abrióla y de ella escaparon mil males que se diseminaron por el mundo, con regocijo de los dioses.»

Diríase que esto es un eco de la leyenda bíblica: la mujer perdiendo á la humanidad, á la que encanta, por otra parte, con sus gracias y su abnegación maternal; y Dios condenando al hombre al trabajo, que ha sido su fuerza y su salvación.

Sin embargo, en medio de esa desesperación del antiguo poeta deslízase un rayo de sol: en el borde de la caja de Pandora, la Esperanza se ha detenido y no se aleja; pero Hesiodo la muestra á los hombres más bien que la infunde, y aquéllos se consumen día y noche por la fatiga y el pesar, mientras que «las Musas seducen á los inmortales, cantando con sus voces melodiosas la eterna felicidad de los dioses y los padecimientos de los mortales (2).» Los griegos llamarán á la peste enfermedad divina (3).



Marte hiriendo al gigante Mimas (episodio de la lucha de los dioses contra los gigantes) (4).

He aquí cómo, sin teología ni metafísica, y solamente por graciosas imágenes, los griegos explicaban el origen del mal. Para ellos provenía del cielo, y en efecto, con frecuencia ha bajado de él, puesto que Arimán y Satán han sido también dioses ó ángeles rebeldes; pero á esos genios maléficos se les conoce por lo que son, y los dioses griegos no han tenido nunca este carácter. No hacen el mal por puro placer: Nemesis castiga para atraer al bien á los culpables por medio de la expiación, y á los otros por el ejemplo. Nacidos de la tierra, como los hombres, y al mismo tiempo que ellos (5), los dioses no han adquirido su fuerza hasta después de grandes combates, y se muestran celosos de conservarla. Una suerte demasiado grande les parece que rebaja su dignidad, viendo tal vez en ella una amenaza. ¿No ha hecho Prometeo temblar á Júpiter, y no han puesto en peligro á los soberanos del Olimpo los Titanes, esos

(1) Según los griegos, los dos nombres de Prometeo y Epimetea significan el sabio y el imprudente; mas el Prometeo helénico no es otra cosa sino el *Pramathyus* indo, palabra que significa: «el que obtiene fuego por el frotamiento.»

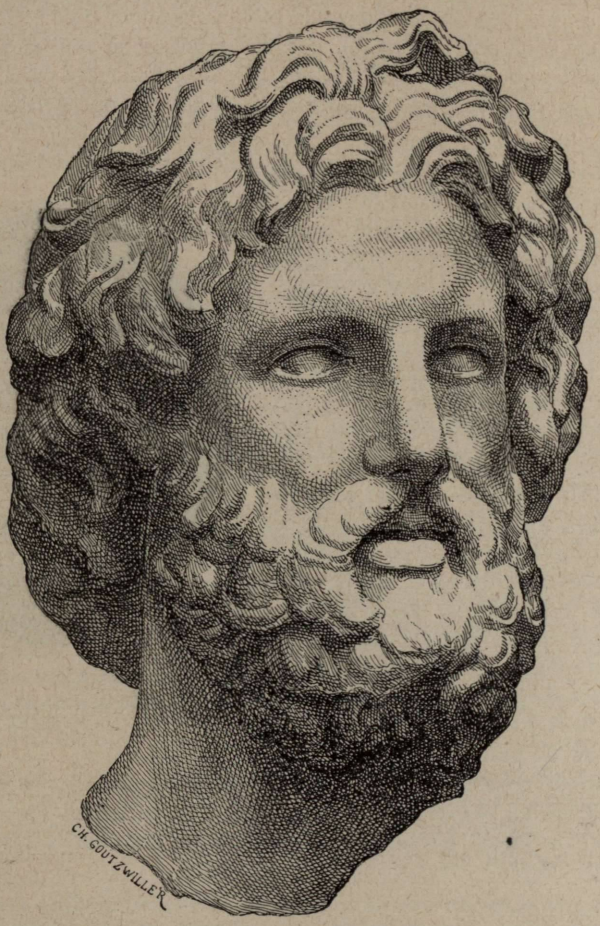
(2) Himno á *Apolo Delfio*, 190 y sig. En la *Ilíada*, Júpiter exclama: «Entre todos los seres que respiran y que se mueven en la tierra no hay ninguno más mísero que el hombre» (*Il.*, XVII, 443). Y «piensa cómo hará perecer cerca de las naves una multitud de héroes aqueos.» (*Il.*, II, 6), ó asiste tranquilo y radiante á la lucha, «contemplando el brillo del bronce, los guerreros que matan y los que mueren» (*Il.*, XI, 78), «y complaciéndose en los encantos del espectáculo» (*Il.*, XX, 22). En la *Odisea* Neptuno, irritado contra los feacios, hábiles marinos que arrostran sus tempestades, convierte en roca á la nave que á pesar de las furiosas olas ha conducido á Ulises á Itaca (*Od.*, VIII, 504; XIII, 163). Una de las razones que, según Herodoto (VII, 203), decidieron á los griegos á combatir en las Termópilas fué que Jerjes, llegado al colmo de la fortuna, estaba reservado para una gran calamidad. En el segundo siglo de nuestra era, Plutarco cree aún en el odio de los dioses á los hombres (*Sobre la cesación de los oráculos*, 4).

(3) Littré, *Obras de Hipócrates*, t. I, p. 75.

(4) Camafeo en sardónica de tres capas (altura 6 cent., por 5 de ancho). Gabinete de Francia, p. 57 del Catálogo.

(5) Añádase que los dioses griegos no son creadores, según hemos visto.

otros hijos de la Tierra? El genio mismo les infunde sospechas, y no les agrada que se rasgue el velo tras del cual se ocultan los secretos de la tierra y del cielo (1). La Pitonisa prohibe á los cnidios cortar su istmo, porque esto sería pretender que se hiciera de nuevo la obra divina (2), y el Darío de Esquilo reconoce que Jerjes ha sido



Cabeza de Zeo (3)

justamente castigado en Salamina por haber querido encadenar con un puente el mar que se extendía libre desde Sestos á Abidos.

Sin embargo, en el fondo, esos dioses envidiosos han ejercido una acción moral por la creencia en la expiación, necesaria en esta vida ó en la otra (4), y por el te-

(1) Herodoto, II, 32; Jenofonte, *Memor.*, IV, 7.

(2) Herodoto, I, 174.

(3) Mármol descubierto en Milo y conservado en el Museo Británico (de una fotografía). Según algunos arqueólogos, esta cabeza representa á Esculapio. Para los bustos y cabezas de Zeo véase Overbeck (*Griechische Kunstmythologie*, Atlas, Taf. II y III).

(4) Esta doctrina no está en Homero, pero sí en Esquilo; los misterios y el orfismo la han hecho prevalecer.

mor que inspiraba á la presunción ó al orgullo la envidia divina, esa Nemesis que se mostraba solícita con todos aquellos cuya felicidad no era merecida (1). Preguntábase á Esopo: «¿En qué se ocupa Júpiter?» Y contestó: «En humillar lo que se eleva y levantar lo que está humillado (2).» Esta doctrina resulta cierta, sustituyendo los dioses por el hombre. Aquel que se eleva demasiado, sin que en caso de necesidad le retenga un espíritu firme, y se siente sobrecogido del vértigo, se perderá. Alcibíades acusaba de sus desgracias á un demonio envidioso de su gloria, cuando sólo debía culparse á sí mismo.

La creencia en la envidia de los dioses, y más tarde en la influencia de los demonios bienhechores, se arraigó en el politeísmo greco-romano, para explicar las desgracias injustas y las caídas famosas. Creso se proclama el más feliz de los hombres: en castigo de este orgullo, dice Herodoto, la venganza de los dioses cayó sobre él de una manera terrible. Polícrates de Samos, menos confiado, arroja al mar lo más precioso que tiene, á fin de conjurar la cólera de las divinidades envidiosas; lo cual no le salva de ser precipitado. Para Esquilo, la excesiva fortuna de Persia y el insolente orgullo de sus reyes fueron castigados en los campos de Platea por la lanza dórica (3). En sus Odas, Píndaro recuerda á los vencedores, aunque ensalzando su gloria hasta las nubes, que de allí parte el rayo que hiere principalmente las grandes encinas (4), y Menandro, con la gracia del genio griego, repite las melancólicas palabras que Solón había dirigido ya al rey de Lidia: «El mortal amado de los dioses muere joven.»



Nióbidas (5).

Esta idea pasará de la religión á la política: el ostracismo, establecido en Atenas, Argos y Siracusa, no será más que la temerosa envidia del pueblo contra ciudadanos demasiado opulentos.

Los romanos no conocieron ese medio de escapar de la ambición de los hombres superiores, pero como sus antiguos hermanos, los helenos, temían á Nemesis. Camilo, vencedor de los veianos, teme los males reservados á una prosperidad excesiva, y el cónsul romano ponía en su carro triunfal el *fascinum*, que debía alejar de él los golpes de la envidia divina (6). Hasta César, por incrédulo que fuese, deseoso de conciliarse con Nemesis, ó más bien de satisfacer á la multitud supersticiosa, ejecutó un acto de humildad que no le libró de los idus de marzo: al entrar en Roma

---

(1) En las representaciones posteriores de Nemesis se le da por atributo el nivel y el freno, ó bien se la representa con el dedo junto á la boca para indicar la moderación en la palabra, y con el brazo puesto de manera que figurase la medida de un codo, es decir el gran consejo de guardar mesura á fin de evitar el exceso (Cf. Pausan. VII, 5, y I, 33, 6). La justicia divina tuvo también otro nombre, que en los trágicos se une al de Júpiter, Zeo Alastor, el vengador de las malas acciones (Esquilo, *Agam.*, 1425, 1479, 1508; *Persas*, 343; Sófocles, *Trac.* 1092). Eurípides, que apenas creía en Júpiter, hace de Alastor el genio malo de los individuos, σὸς ἀλάστωρ.

(2) Diog. Laertes, I, 3, *s. v. Chilo.* – Lutero dirá, dos mil años más tarde, al hablar del Papa: «Su grandeza actual es una prueba de que su fin está próximo.»

(3) En los *Persas*, 817. El mismo pensamiento en *Agamenon*, 750 y sig.

(4) Herodoto (VII, 10) hace decir la misma cosa á Jerjes por Arbatán en un discurso donde se hallan estas palabras muy significativas para los griegos: «Dios no permite el orgullo á nadie, como no sea á él mismo.» El piadoso Nicias, en Tucídides, VII, 77, espera, después de los desastres delante de Siracusa, que si algún dios ha sido contrario á la expedición de Sicilia, se mostrará clemente con los atenienses, «más dignos ya de su compasión que de su odio.» Véase en el *Plutus* de Aristófanes, vers. 87-92, cómo este dios trata á Júpiter, ἀνθρώποις φθονῶν.

(5) Niobe y su hija menor.

(6) Plinio, XXVIII, 4, llama al *fascinum* el *medicus invidiæ*.

después de sus grandes victorias, subió de rodillas los escalones del Capitolio (1). Más noble había sido la abnegación de Decio, ofreciéndose á la muerte para conjurar divinidades adversas.

El cristianismo suprimió la envidia de los dioses, pero los hombres la conservaron, y algunos se han quedado hasta en la edad de hierro de Hesiodo, con las «inquietudes devoradoras» que apresuran la decadencia progresiva de la humanidad. Tales son esos ancianos decrépitos en plena juventud, que no creen ya en el amor, en el arte, en la poesía, en la acción, y que, sin la excusa del monje budhista ó cristiano que pone el fin de la vida en otro mundo, llaman á la muerte, considerán-



Los tres Zeos (2)

dola como una salvación. Que escuchen lo que Grecia contestaba á los desesperados, hace veinticuatro siglos, por boca del más trágico de sus poetas.

El religioso Esquilo sabe que el hijo de Alcmenes ha sido condenado por Juno á terribles pruebas; que la hija de Inacos, perseguida por un tábano funesto á través de Europa y Asia, hasta las orillas del Nilo, fué también su inocente víctima, y que los Nióbidas (3) han perecido por la envidia de Latona. En el más sencillo, aunque

(1) Véase la *Historia de los Romanos*.

(2) Pintura de un vaso de Chiusi, según el *Archaologische Zeitung*, IX (1851), taf. XXVII (Th. Panofka). Zeo-Poseidón, que está á la derecha, se reconoce por el tridente en que se apoya, y en la mano izquierda tiene el rayo que sus dos hermanos, Zeo-Hades y Zeo, llevan también en la mano derecha mientras con la izquierda sostienen el relámpago. Se ha relacionado esta curiosa pintura con el pasaje de Pausanias (II, 24, 4 y 5), donde se dice que Zeo reina á la vez en el cielo, bajo la tierra (véase Homero, *Ilíada*, IX, 457) y en el mar.

(3) Véanse las estatuas de los Nióbidas, según el modelado de la Escuela de Bellas Artes. – Esas estatuas, descubiertas en Roma en 1583, y trasportadas en 1772 á Florencia, donde fueron restauradas, y donde aun se hallan hoy, no son más que las copias de los originales que decoraban en tiempo de Plinio el Anciano el templo de Apolo en Roma. C. Sosio las había llevado allí sin duda desde el Asia Menor, y preguntábase entonces si debían atribuirse á Scopas ó á Praxiteles. Como quiera que sea, el autor de este grupo célebre se ha esforzado sobre todo, como lo hubiera hecho un poeta dramático, para hacer simpáticas á las desgraciadas víctimas de Latona: la actitud desolada, pero sin debilidad, de la madre, es particularmente notable. Sobre la disposición de las estatuas que, según unos, decoraban el frontis de un templo, y según otros, hallábanse colocadas contra las columnas de un pórtico, véase K. B. Stark, *Niobe und die Niobiden*, p. 312 y sig.



Los Nióbidas (Véase la pág. 126, n. 3).

también el más grandioso de sus dramas, presenta á Vulcano clavando en una roca del Cáucaso á Prometeo, hijo de la Justicia divina (1). «El perro alado, el terrible convidado á quien nadie invita, le roe el hígado, y todo el día se ceba en su negro y sangriento festín. ¿Cuál es el crimen del Titán? Haber amado en demasía á los hombres, á quienes dió el fuego, las artes y la ciencia de los números, elementos que les harán dueños de la naturaleza (2). La gran víctima que por la humanidad sufre los más crueles martirios, persiste en un altivo silencio, y á los ofrecimientos de perdón que Zeo le envía, contesta con misteriosas amenazas. El usurpador del cielo se irrita; el huracán se desencadena; todos los vientos rugen; el cielo y el mar se confunden; el trueno brama, y el relámpago brilla, formando serpientes de fuego. «¡Ah! ¡Zeo ha empeñado el asalto supremo! ¡Oh madre mía! ¡Oh cielo, luz común donde rueda la inmensidad del espacio! Ved lo que sufro por la justicia.» La tierra desarraigada tiembla sobre su base; la roca en que Prometeo está encadenado se derrumba (4); pero antes de ser precipitado al Tártaro, el Titán dirige á los hombres sus últimas palabras: «La divinidad rencorosa caerá del cielo, y por fin llegará el reinado de la justicia (5).»



La Esperanza (3).

Hesiodo dejaba una esperanza en la caja de Pandora; Esquilo la puso en el corazón de la humanidad, y nosotros la conservamos (6).

IV. — LOS HÉROES Y LOS DEMONIOS

Como los romanos, los griegos no han tenido libros sagrados que contuvieran el dogma, ni tampoco una casta sacerdotal encargada de enseñarlo. La creencia, de consiguiente, no se fijó nunca por un texto inmutable, quedando así entregada á los

---

(1) Había nacido de Temis.

(2) Véase en el *Prometeo encadenado* la brillante enumeración que termina con estas palabras: «Los hombres recibieron todas las artes de Prometeo.» Su nombre significa «el previsor;» Plutarco le presenta en su tratado de la *Fortuna* como Genio del ideal humano, del buen sentido y de la razón: Ὁ Προμηθεὺς τουτέστιν ὁ λογισμός.

(3) Figura en pie, ceñida la cabeza de diadema; con la mano izquierda levanta un lado de la túnica, y en la derecha tiene una flor (Camafeo del Gabinete de Francia. Sardónica de tres capas; altura 37 mil. por 23 de ancho; n.° 94 del Catálogo).

(4) No sé si Horacio se acordaría de Esquilo; pero hay como un eco de los versos del poeta griego en la magnífica oda, III, III.

Justum et tenacem propositi virum
. . . . . .
Si fractus illabatur orbis
Impavidum ferient ruinæ.

(5) En Píndaro, *Istmicas*, VII, 69 y sig., hállase una leyenda por varios conceptos análoga. Tetis, dice, rehusó el himeneo con Júpiter ó Neptuno, porque el Destino había resuelto que la diosa de los mares diera á luz un hijo más poderoso que su padre; por esto se casó con Peleo, que fué padre de Aquiles. La creencia en una amenaza suspendida por el Destino, hasta sobre la cabeza del soberano del Olimpo, y con mucha más razón sobre los Estados y los mortales, figuraba, pues, aún en Grecia en aquel tiempo. ¡Y qué trágica grandeza adquiere en Esquilo! Pero antes de transcurrir cien años, Tucídides la rechazará. Véase en el cap. XX el párrafo relativo á Tucídides.

(6) Teognis, el poeta de Megara, es un vencido también, un desesperado; pero conserva la esperanza. Véase en el cap. XI el párrafo referente á Megara, y en el cap. XX el cuadro que Sófocles traza sobre los felices efectos de la actividad humana.

caprichos de la imaginación popular y á la fantasía de poetas y artistas, únicos teólogos del helenismo. Los poetas, amantes de las imágenes, y el pueblo, que como el niño las ve por doquiera, no podían concebir un Olimpo que se perdiese en la infinidad de los cielos; de aquí que lo pusieran cerca de la tierra y que disminuyeran más aún la distancia que separaba á los dioses de los hombres, poblando las avenidas del Olimpo de semidioses y de héroes: lo mismo han hecho casi todos los pueblos de la raza aria.

Los griegos dieron el nombre de héroes á hombres á quienes creyeron, bajo la fe de sus poetas, nacidos de dioses y de humanas criaturas, ó que habían llegado á ser célebres por sus hazañas y sus servicios. A estos «hijos de Zeo» rendíanles un culto sin libaciones ni sacrificios al principio, pero con oraciones y honras fúnebres; venerábanlos como genios tutelares que velaban sobre sus adoradores, socorríanles en la desgracia y les enviaban sueños proféticos. Tales eran, no solamente Hércules, Teseo, Jasón, Perseo, etc., sino también algunos jefes de las emigraciones, fundadores de ciudades, patronos de familias ó de corporaciones, y hasta hombres que no habían sido notables sino por sus cualidades físicas ó por su belleza (1). Compréndese que de esta suerte cada ciudad, cada arrabal tuviera sus patronos divinos. Las diez tribus de Atenas honraban á los héroes cuyo nombre llevaban, y á los reyes de Esparta tributábanles después de su muerte honores heroicos (2). Hasta en el fondo de la Fócida Pausanias encontró leyendas maravillosas, las que hubieran llegado hasta nosotros, á haber nacido en ciudades menos oscuras. El oráculo de Delfos fué comunmente el encargado de pronunciar la canonización, ordenando que se sacrificase al nuevo dios. Onesilos, después de haber sublevado Chipre contra los persas, fué vencido y muerto por los amatontinos, los cuales colgaron sobre una de las puertas de su ciudad su cabeza que, una vez seca, sirvió de colmena á las abejas que depositaron en ella sus panales. La Pitonisa, consultada sobre aquel prodigio, ordenó á los de Amatonte que sepultasen aquella cabeza y ofrecieran anualmente á Onesilos los sacrificios reservados á los dioses, mandato que fué obedecido. El historiador añade: «Esto se hace aún en mi tiempo (3).» Los atenienses elevaron á la categoría de héroe á un médico cuyo nombre no conocemos siquiera, y á quien dieron un sacerdote y consagraron muchas ofrendas, testimonios de sus curas maravillosas (4) Hipócrates en Cos, Brasidas en Anfípolis, recibieron también honores divinos (5). Era ni más ni menos que el culto de los santos; algunos de los nuestros tienen fama de curar ciertas enfermedades. Este culto ha existido casi en todas partes, porque esa concepción religiosa responde á una necesidad de la naturaleza humana: hasta el islamismo tiene santos en su cielo desierto (6).

---

(1) Véase para esta deificación en favor de la belleza nuestro cap. XXI.
(2) Jenofonte, *Rep. de Lac.*, cap. XV; Pausanias, I, v, 2.
(3) V, 114.
(4) S. Reinach, *Epigrafía griega*, p. 71.
(5) Plinio, VII, 37, y Tucídides, V, 2.
(6) En su último día y como llamamiento supremo al patriotismo que comenzaba á perecer, Grecia divinizó como héroes á Filopomeno y á Aratus. En un voluminoso libro, escrito con gran talento que, por esta razón misma, ha conquistado numerosos adeptos á la doctrina en él contenida, decíase que todas las unidades sociales, familias, hermandades y tribus, habían sido formadas por la religión. Es evidente que ésta ha sido el lazo que las uniera, pero ¿había sido también el principio de ellas? Homero y Aristóteles son absolutamente contrarios á este sistema, el uno por la sociedad que nos presenta, el otro por las razones que le indujeron á escribir el primer capítulo de su *Política: Sobre la formación de las sociedades*. Respecto de la Edad media, que conocemos mejor que los siglos oscuros de Grecia durante los cuales se establecieron esas asociaciones, tampoco sabemos si fué el santo quien dió nacimiento á la familia y el patrono quien fundó la aldea. El hecho material

Como nuestros santos, los héroes intercedían por los mortales, apelando á las grandes divinidades. Elena, hija de Júpiter, hace devolver la vista al poeta Estesícoro; y Eaco obtiene de Zeo, su padre, la cesación de un período de hambre que afligía á Egina. En Maratón y en Salamina, varios héroes combaten por su pueblo, pues creíaseles siempre obligados á defender la ciudad donde hallaron su última morada. Atenas creía que las osamentas de Edipo y de Teseo alejarían de ella todos los males, y no se cuidaba de averiguar si la leyenda de Edipo en Colona era una fantasía de poeta y el hallazgo de Cimón en Esciros un fraude político. Orcomena creía á pie juntillas en los restos del héroe Acteón, y Tejea y Esparta en los de Orestes. El mismo Hesiodo, que no había contado con tanto honor, llegó á ser, por intervención de la Pitonisa, protector divino de los habitantes de Orcomena que fueron á buscar sus huesos á Naupacta.

Fuerza es confesar, sin embargo, que los santos de Grecia no habían ganado la apoteosis con sus virtudes. El valor moral se contaba por poco; la fuerza, el valor y la destreza, por mucho. En una palabra, venerábase á los que, al parecer, habían traspasado la medida común de una manera ú otra.

Las apariciones eran casi tan frecuentes como en nuestra Edad media. Con los ojos del espíritu, cuya vista es tan sutil que penetra lo invisible, reconocíase á los dioses, á los semidioses y á los héroes, bajados del cielo ó salidos de la tumba para asistir á sus adoradores, ó simplemente para atestiguar que no habían cesado de vivir. En los resplandores del sol de poniente, Aquiles, siempre joven y hermoso, aparecíase cubierto de su armadura de oro á los marinos que costeaban la isla de Leucé, donde se enseñaba su tumba.

Cuando dos pueblos se aliaban, sucedía á menudo que á fin de dar á conocer su unión fraternal, uno de ellos honraba á los héroes del otro, asociándolos á su culto nacional. En cambio, los patronos de dos ciudades rivales, como ciertos santos de dos pueblos enemigos en la Edad media, no vivían en muy cordial armonía. Herodoto (1) nos ha conservado la curiosa historia de la lucha de un tirano de Sicione, Clistenes, contra el héroe Adrasto. Este rey de Argos, antiguo jefe de los confederados en la guerra tebana, tenía en Sicione una capilla donde varios coros ditirámbicos cantaban todos los años sus hazañas y sus desventuras durante una fiesta que era la más brillante de cuantas se celebraban en la ciudad. Clistenes resolvió suprimirla para agraviar á los argios, sus enemigos; pero como el asunto era grave, lo primero que hizo fué solicitar autorización del oráculo de Delfos: la Pitonisa le contestó que Adrasto era rey de los sicionios (2) y él un bandido. Obligado á renunciar á la violencia franca, Clistenes imaginó un medio para precisar á Adrasto á marcharse por su propia voluntad: á este efecto mandó que se pidiera á los tebanos el héroe Melanipo, muerto cuatrocientos ó quinientos años antes, ó más bien, los ritos de su culto, y cuando lo hubo obtenido, consagróle una capilla en el Pritaneo, y le colocó en el sitio más favorable, á fin de que pudiera defenderse mejor. Melanipo había sido enemigo mortal de Adrasto, á cuyo yerno y hermano dió muerte. Apenas llegado el héroe, Clistenes le dedicó todas las fiestas y sacrificios hasta entonces celebrados en nombre del rey de Argos, adaptó sus coros al culto de Baco (3), y quedó persuadido de que Adrasto, humillado al ver el abandono en que se le dejaba y los

---

ha debido preceder en todas partes al hecho religioso, y las frecuentes canonizaciones ordenadas por el oráculo de Delfos demuestran que el lazo religioso se formó con frecuencia muy tarde.

(1) Herodoto, V, 67.

(2) Los dioses y los héroes tienen á menudo en la antigua poesía el título de reyes.

(3) En estos «coros trágicos,» atribuídos por Clistenes á Dionisos, ven algunos el origen del drama lírico, del que más tarde salió la tragedia.

honores tributados á su rival, volvería por su propio impulso á Argos. Se sobrentiende que con él emigraron sus partidarios: la lucha religiosa debía ocultar una lucha política.

No siempre se conocía á ciencia cierta la condición impuesta á esos mitos que, colocados entre cielo y tierra, nó pertenecían completamente al uno ni á la otra. Una palabra del piadoso escritor de Halicarnaso nos indica la incertidumbre que reinaba sobre este punto, aunque se tratara del más ilustre de esos héroes. «El resultado de mis investigaciones, dice Herodoto, prueba claramente que proceden con discernimiento los griegos que tienen dos templos de Hércules: uno donde hacen sacrificios en su obsequio, por su carácter de olímpico, y otro donde le tributan los honores debidos á un héroe (1).»

Los héroes que tan preferente lugar ocupaban en la vida religiosa de los griegos tenían también participación en su vida política, interviniendo en los tratados. En una de las cláusulas del famoso convenio que lleva el nombre de Nicias (421) se estipuló que todas las condiciones se cumplirían fielmente, «á menos de haber impedimento por parte de los dioses y de los héroes (2).»

Por último, veremos cómo la posteridad de los muertos ilustres, guardiana de sus tumbas y de los ritos de su culto, forma la clase de los Eupátridas, que durante tanto tiempo será dueña del gobierno de las ciudades.

Con los héroes que, nacidos de los dioses y de mujeres mortales, constituyen un lazo entre el cielo y la tierra, relaciónanse los demonios de que Hesiodo nos habló ya, y que vamos á encontrar otra vez en el culto de los muertos.

En algunas cosas, los griegos tuvieron muy pronto una idea confusa de la omnipotencia divina, tomada en sí independientemente de los personajes que compartían las funciones sobrenaturales. El δαίμων de Homero, como el *numen* de los latinos, no representa siempre un ser divino particular, sino que á menudo corresponde á la creencia instintiva en un poder superior é indeterminado, τὸ δαιμόνιον, ó, como dice Cicerón, *divinum quiddam*, causa de los incidentes tristes ó alegres que sorprenden á los hombres, sin que puedan atribuirlos á un dios especial (3). ¿Quién inspira á Telémaco, ante Nestor, las palabras de prudencia, ó hace caer el arco de manos de Teucer cuando se halla á punto de herir á Héctor? ¿Quién inspira á Aquiles su funesta obstinación? ¿De qué demonio habla Andrómaca cuando al marchar Héctor, sonríe á través de sus lágrimas, y cuando Príamo se dirige á la tienda de Aquiles? Homero no lo sabe; una fuerza divina y sin nombre es la que les impulsa. Los devotos la llamaron más tarde Providencia; los indiferentes, Casualidad ó Fortuna (4), y los filósofos no verán en ella más que el impulso inconsciente de la voluntad (5).

Para Homero, los demonios son, pues, cuando esta palabra no se aplica á un Olímpico, una fuerza supraterrenal, sin nombre y sin forma, que no tiene lugar en la jerarquía celeste, pero que participa de la divinidad. Hesiodo condensa estos so-

(1) II, 44.

(2) Tucídides, V, 30.

(3) Véase lo que se dice en el cap. XXI, par. 2, sobre la *presencia real* de las divinidades en sus estatuas. Esta distinción pasó de la religión á la política. Los romanos del imperio separaron el tribunado y el poder tribunicio, el proconsulado y la autoridad proconsular. Cada año eligieron tribunos y procónsules; pero dieron á Augusto, con el carácter de perpetuidad, el *potestas tribunicia* y el *imperium proconsulare*.

(4) La «Buena Fortuna,» sin embargo, tuvo bastante pronto un templo en Atenas; y en el cuarto siglo su nombre se ponía en el encabezamiento de todos los decretos, como palabra de buen augurio: Ἀγαθῇ Τύχῃ.

(5) Véase en el cap. XXVII el demonio de Sócrates.

plos divinos en personajes verdaderos; sus demonios son hombres de la edad de oro, que alcanzaron la inmortalidad, y que en número «de tres veces diez mil, recorren la tierra fecunda rodeados de una nube. Zeo los convirtió en guardianes de la justicia.» Sin embargo, como carecen de esas poéticas leyendas que todos los héroes poseen, y como conservan alguna cosa de la abstracción á que deben su origen, serán menos populares. «Hesiodo, dice Plutarco, fué el primero en establecer claramente las cuatro clases de seres dotados de razón que pueblan el universo: en primer término los dioses; después un gran número de genios buenos; luego los héroes ó semidioses, y por último los hombres (1).» La necesidad de tener lo que el cristianismo llamará ángeles guardianes, convertirá también á los muertos venerados en genios bienhechores, εὐδαίμονες, cuyo número multiplicará el orfismo. Zeo será por excelencia «el demonio Bueno,» Agatodemon (2). Más tarde, los filósofos imaginarán los demonios maléficos para explicar el mal; y entonces comenzará el reinado de Satán. ¡Ay de mí! los ángeles guardianes y demonios satánicos existen en todo tiempo, porque están en nosotros; y el cielo donde habitaban no era sino un reflejo de la tierra que no han abandonado jamás.

V. — LA RELIGIÓN DOMÉSTICA. — LOS MUERTOS Y EL HOGAR

Al decir de Platón, el parentesco nace «de la comunidad de los mismos dioses domésticos (3).» Estos dioses se hallaban en la tumba de los antepasados y en el hogar de la casa; de modo que es preciso agregar esta religión de la familia, tan antigua como la raza aria (4), á la que constituía el culto público del Estado.

Homero considera la muerte como el mal supremo (5), que le inspira melancólicos pensamientos. «Las generaciones de los hombres se asemejan á las del follaje de los bosques; el viento arroja al suelo las hojas, y el bosque fecundo produce otras en la siguiente primavera. Así pasan las razas humanas; la una viene y la otra se va (6).» Hasta Píndaro se siente poseído de tristeza en medio de sus odas triunfales: «¿Qué somos? exclama. ¿Qué no somos? El sueño de una sombra (7).» Tradiciones que datan de las más remotas edades, procedentes sin duda del fondo del Asia, el horror á la destrucción, y los sueños en que se aparecieron queridas ó terribles visiones, indujéronle á creer que los muertos comenzaban en la tumba una segunda existencia. El lazo que, en vida, unía el espíritu con el cuerpo se había aflojado, pero no roto; el alma, más libre, vagaba por la noche al rededor de los lugares donde antes habitara, ó bien descendía á los campos estériles cubiertos de asfodelos, la planta de los muertos. Así, por ejemplo, Aquiles reinaba en las sombras, mientras que su cuerpo reposaba bajo el túmulo erigido en la llanura troyana ó en la isla de Leucé, en el Ponto Euxino. Ulises ve en los infiernos á Hércules, que le refiere sus desgracias, y sabe que el héroe, convertido en dios, reside en el Olimpo,

---

(1) *De la cesación de los oráculos*, 10; Hild, *de los Demonios*, p. 106.

(2) Pausanias (VIII, 36) vió en Arcadia un templo Ἀγαθοῦ Θεοῦ en el camino de Megalópolis á Menala. En la sincrética Alejandría, Agatodemón, sin duda Serapis, el gran dios curandero, está representado bajo la figura de una serpiente, fiel compañera de Esculapio.

(3) Ξυγγένειαν δὲ καὶ ὁμογνίων θεῶν κοινωνίαν. *Leyes*, V, t. I, p. 334, edición Didot.

(4) En la India se practican aún los ritos de los funerales, que recuerdan en muchos puntos los de la antigua Grecia. Si el hijo no hace los *çraddhas* que salvan el alma de los antecesores, éstos vagarán errantes y tristes entre el cielo y la tierra. Cf. Monier Williams, *Indos*, p. 68 y 158 (1882), y *Pensamientos religiosos y la vida en la India* (1885).

(5) *Ilíada*, XVI, 453 y 572.

(6) *Ilíada*, VI, 145-149.

(7) *Píticas*, VIII, 135.

«como esposo feliz de la joven Hebé (1).» El alma de Frixos, dice Píndaro, llega de la Cólquida para rogar á Pelias que lleve sus restos á Grecia (2).

Esa separación de las dos mitades del hombre, esa supervivencia de la personalidad después que el cuerpo no es más que polvo, son creencias que se encuentran en el origen de todas las religiones. Al ver que para el guerrero caído en la batalla la inmovilidad helada y el espantoso silencio de la muerte sucedían á las agitaciones de la vida, vacilábase en creer que tanta energía hubiera quedado repentinamente aniquilada para siempre. Pero la idea de una segunda existencia fué en un principio muy oscura; dábase al muerto lo que podía servirle, sus perros favoritos, sus caballos, sus cautivos; é inmolábase todo en su pira (3). Los galos tenían esa costumbre, y el indio de las praderas la observa aún, para que nada le falte al guerrero en sus fúnebres cacerías (4).

Los muertos que Homero llama cabezas vacías, νεκύων ἀμενηνὰ κάρηνα (5), no podían esperar de él una suerte muy feliz. Formas impalpables, las almas vagaban silenciosas, con la conciencia oscura, y obedeciendo menos á voluntades libres que á costumbres instintivas. Minos seguía juzgando como en su isla de Creta; Nestor refería sus hazañas, y Orión cazaba las fieras que en otro tiempo mató en la montaña; pero todos echaban de menos la existencia terrestre y sentían incurable aburrimiento. El glorioso Agamenón envidia á ese rey de Itaca que Neptuno persigue hace diez años con su cólera; y Aquiles dice á Ulises: «No me consueles de la muerte; mejor quisiera cultivar la tierra al servicio de algún labrador pobre que reinar aquí entre las sombras (6).»

Cuando Circe aconseja á Ulises que baje al reino de Hades, «el más aborrecido de los dioses (7),» dice: «Persefone permite sólo á Tiresias conservar la inteligencia y el recuerdo; los otros muertos no son junto á él más que sombras mudas.» Y aun es necesario que el adivino, para poder oir y contestar, beba la sangre de las víctimas que Ulises inmolará (8). Esquilo tiene mucha analogía con Homero por el genio y también por lo que cree de la otra vida. Cuando Darío vuelve á la tumba de que el poeta le ha hecho salir, dice á los ancianos de Persia: «Cualesquiera que fueren los males que os agobien en la tierra, entregaos diariamente á la alegría, pues al morir no se lleva uno consigo su fortuna (9).» Y Safo, al escribir contra una rival, dice: «De tí no quedará ningún recuerdo, porque no has recogido las rosas de la montaña de las Piérides (las Musas), y bajarás ignorada á la mansión de Hades, en donde figurarás al lado de los muertos ciegos» (10). El dios de la muerte, Θάνατος, es hermano del Sueño, y acabará por confundirse con él (11).

Durante largo tiempo los griegos pensaron como el hijo de Peleo, sin contar aquellos que creían que después de la muerte solamente quedaba un poco de ceniza. Hasta en Esquilo se leerá: «Los muertos no sienten ni alegría ni dolor, y se enga-

---

(1) *Odisea*, XI, *ad fin.*
(2) *Píticas*, IV, 284.
(3) Véase en el libro XXIII de la *Ilíada*, los funerales de Patroclo.
(4) Sabido es el lugar que en los ritos funerarios y en las creencias de los egipcios ocupaba el *doble*.
(5) *Odisea*, X, 521.
(6) *Odisea*, XI, 487.
(7) ...θεῶν ἔχθιστος ἁπάντων. *Ilíada*, IX, 159.
(8) *Odisea*, XI, 96-99.
(9) *Persas*, 840.
(10) *Poetæ lyrici Græci*, ed. Bergk, p. 615.
(11) Los dos, Tanatos é Hipnos, se llevan á Licia á Sarpedón, muerto delante de Troya (*Ilíada*, XVI, 671).

ñará singularmente quien pretenda hacerles bien ó mal (1).» Para Eurípides, «los muertos son insensibles (2);» y Anacreonte canta: «Bebed, amigos, antes que la muerte os convierta en un poco de polvo.»

No cabe exigir mucha lógica á la imaginación popular, tan dada á las contradicciones. Paralelamente con las tristes creencias que acabamos de recordar, habíanse producido otras más risueñas. Hesiodo suponía que los muertos llegaban á los últimos límites del Occidente, á las islas Afortunadas, iluminadas por un sol brillante (3) y no por los lívidos fulgores de la mansión sombría.

A los Olímpicos no les agradaba ver lo que era ó debía ser pronto un cadáver.



Deposición en la tumba (4)

Apolo se aleja de Alcestes moribundo á fin de no tener que purificarse de una mancha; y Artemisa deja solo á Hipólito, á quien la vida abandona, diciéndole: «No me está permitido ver muertos (5).» Esos dioses de la naturaleza se mostraban como ella impasibles ante el dolor; el Dios de la muerte, que debe reemplazarlos, se mostrará, por el contrario, muy compasivo hacia los que llegan al término inevitable, y esta compasión le granjeará el afecto de los vivos.

El pueblo amaba á sus muertos: más caritativo que sus dioses, quería con-

(1) *Friges*, fr. 2.

(2) *Antígono*, fr. 16. En los *Heráclidas*, 592-3, pone en boca de Macario estas palabras: «¿Qué sentimiento queda bajo la tierra? ¡Y pluguiera al cielo que no hubiese ninguno! La muerte es el remedio de todos los males.»

(3) Homero conocía ya la isla de los Bienaventurados (*Od.* IV, 561); mas parece ignorar el culto de los muertos.

(4) Pintura sobre un lecito blanco de Atenas, según A. Dumont y Chaplain, *Cerámicas de la Grecia propiamente dicha*, I, lám. XXVII-XXVIII. – Los genios alados del Sueño y de la Muerte (Tanatos é Hipnos) sostienen el cuerpo de una joven disponiéndose á depositarle al pie de una *estela* adornada de palmitas y de flores. Un efebo, revestido de la clámide y cubierta la cabeza con el petaco, contempla la escena, llevándose la mano izquierda á la cabeza: es un pariente de la difunta. Para las escenas análogas véase E. Pottier: *Estudios sobre los lecitos blancos en las representaciones fúnebres*, cap. II.

(5) Eurípides, *Hipol.*, 1437 ...ἐμοὶ λὰρ οὐ θέμις φθιτοὺς ὁρᾶν.

servarlos cerca, y organizó para ellos un culto que fué la segunda religión de Grecia.

Había dos especies de muertos, según que los ritos fúnebres se hubieran cumplido ó descuidado (1). Los que habían perecido en un naufragio, ó que el vencedor abandonaba á los perros ó á los buitres, el criminal, el traidor, cuyo cadáver se arrojaba más allá de las fronteras; los muertos, en fin, á quienes no se habían tributado las honras fúnebres, ó, si se les habían tributado en un principio, dejaron sus allegados de hacerlo después, andaban siempre errantes. Eran como las almas que en el Purgatorio del Dante arrastra un torbellino perpetuo (2), ó que, irritadas, y llegando á ser perversas por su desgracia, envían las enfermedades á las familias, la esterilidad al país y el espanto á los vivientes, cuando perturban la tranquilidad de la noche con sus gritos siniestros y sus amenazadoras apariciones.

«Ulises, dicen Pausanias y Estrabón, se detuvo en Temesa, en la costa de Brucio; uno de sus compañeros, Polites, ultrajó á una joven, y fué lapidado por los habitantes. Ulises no hizo nada para vengar aquella muerte apaciguando á los manes del héroe, y por eso el espectro de Polites volvía todas las noches á sembrar el espanto y la muerte entre la gente de Temesa. A fin de eludir su cólera, los habitantes se disponían á huir de la ciudad, cuando la Pitonisa les reveló que apaciguarían al héroe erigiendo para él un santuario y entregándole cada año la más hermosa de sus hijas. El edículo se construyó en el fondo de un olivar, y consumóse el duro sacrificio, hasta el día en que un famoso atleta de Locres, Eutimos, entrando en el templo, vió á la joven, y poseído á la vez de amor y de compasión, resolvióse á combatir al demonio á la noche siguiente, venciéndole en la lucha, expulsándole del territorio y obligándole á precipitarse en las olas del mar Jónico. Desde entonces, el espectro fatal no reapareció jamás, pero durante largo tiempo subsistió el proverbio: «Cuidado con el héroe (3).»

Para evitar la cólera de los muertos á quienes se privaba de honras fúnebres, el derecho nacional de los griegos había dispuesto que se diera sepultura á los guerreros caídos en el campo de batalla, excepto en aquellas guerras en que los vencidos fueran sacrílegos, que la misma tierra rechazaba. Al que encontrase un cadáver en su camino, la costumbre le imponía la obligación de cubrirle de tierra (4). Severas leyes castigaban la violación de las sepulturas, y una de las condiciones requeridas en Atenas para alcanzar el arcontado consistía en tener una tumba de familia, donde todos los años se verificasen los sacrificios ofrecidos á los dioses (5). Esta preocupación de asegurar la última morada era tan viva, que Héctor, vencido por Aqui-

(1) Es lo que un antiguo llama τὴν ἀτύμβευτον ὕβριν Onosander, *Estrategia*, c. 36.

(2) En un fragmento de Píndaro se lee: «Bajo la bóveda celeste, al rededor de la tierra, vuelan las almas de los impíos sometidas á crueles tormentos bajo la presión de males sin término. Las almas de los justos, que habitan en el cielo, cantan armoniosos himnos en loor del gran bienaventurado (Júpiter). (Villemain, *Ensayo sobre el genio de Píndaro*, p. 25). En el derecho romano del imperio, en el *Code*, IX, 19, 6, y *Novelle* LX, *in proœmio*, se encuentra el vestigio de una antigua costumbre de que los textos no hablan ni para la república ni para la época griega: refiérome al derecho del acreedor para impedir que á su deudor se le dispensen las honras fúnebres. Esta venganza contra un muerto debe provenir de las antiguas creencias que privaban de sepultura al culpable.

(3) Pausanias, VI, 6, 7-11; Estrabón, VI, p. 255; Suidas Εὔθυμος; Eliano, *Hist. var.*, VIII, 18. Véase *Hist. de los Rom.*, en el reinado de Tiberio, la historia de la matrona entregada por los sacerdotes de Isis al dios Anubis.

(4) La *Antígona* de Sófocles es la brillante demostración de esa idea, y el suplicio de los jefes vencedores en los Arginuses (véase cap. XXVI) será la consagración terrible. Eliano, *Hist. var.*, V, 14.

(5) Véase en el cap. XIX la tercera pregunta dirigida á los candidatos del Areópago en el momento del examen, δοκιμασία.

les, le suplica que no le prive de las honras fúnebres; y Aristófanes muestra á los pobres ahorrando diariamente un óbolo á fin de reunir el dinero necesario para comprar la sepultura (1). Prueba terrible de la fuerza de este sentimiento será la suerte de los jefes vencedores en las Arginusas; pero en cambio es consoladora la solemnidad desplegada seiscientos años después de la batalla de Platea en la tumba de aquellos que habían comprado con su vida la libertad de Grecia: todavía se les ofrecía un banquete fúnebre, como al día siguiente de la victoria (2).

Si á los muertos sepultados con sus ropas (3), sus armas y todo cuanto habían amado (4) se les tributaban sacrificios, ofreciéndoles una comida fúnebre (5) el día de los funerales y en los aniversarios; si las libaciones de leche y de vino al rededor de la tumba habían penetrado hasta sus labios ávidos, llegaban á ser protectores de los parientes y de los amigos que dejaron en la tierra (6). Se les veneraba como demonios bienhechores, se les hacían oraciones, y se esperaba ser socorrido por ellos en las horas de tristeza ó en las desgracias. «¡Oh padre mío, exclama Electra sobre

---

(1) «¡Lo que estaba destinado á pagar mi ataúd, dice un personaje de los *Acarnianos*, la multa se lo lleva!» Un rey de Comagene, probablemente Antíoco I que reinaba en tiempo de Lúculo, mandó construir en una de las cimas del Tauro un monumento colosal que debía contener su tumba, y donde dos veces al año se celebrarían fiestas, como nos lo dice una larga inscripción descubierta por Sester, publicada por la Academia de Berlín, y traducida al francés por Hamdy-Bey y Osgan-effendi (El *Tumulus de Nimroud-dagh*, p. XIV-XVII. Cf. *Rev. Arq.*, de 1884, p. 271). Esa inscripción recuerda que, si se olvidan los ritos impuestos, Nemesis castiga con penas inexorables el desprecio á la ley relativa á los manes. El culto de los antepasados estaba, por lo tanto, en pleno vigor en la Grecia asiática cuando Lucrecio y César renunciaban á él en Roma.

(2) He aquí el relato de Plutarco (*Arístides*, 21): «El décimosexto día del mes Memacterión (parte de octubre y de noviembre) que los beocios llaman Alalcómenes, fórmase desde la hora del alba una *teoría*. A su cabeza, una trompeta toca una marcha guerrera; detrás avanzan carros llenos de mirtos y de coronas, un toro negro, y jóvenes que llevan ánforas llenas de leche y de vino para las libaciones fúnebres, ó frascos de aceite y de esencia. Todos son libres, porque no se permite á ningún esclavo prestar su ministerio en una ceremonia consagrada á hombres muertos por la libertad. Cerrando la marcha va el arconte de los plateos, que comunmente viste blanca túnica y á quien le está prohibido tocar hierro; pero aquel día ciñe espada sobre túnica de púrpura; lleva un vaso que se ha llenado en la fuente pública, y se dirige á las tumbas. Lava las columnas, frótalas con mirto, inmola al toro en la pira, y elevando una oración á Júpiter y á Mercurio subterráneo, invita al festín y á la efusión de sangre á los hombres valerosos muertos por la salvación de Grecia. Después llena una copa de vino y de leche, y vierte el contenido diciendo: – Ofrezco esta copa á los guerreros que murieron por la libertad de los griegos. – Esta costumbre se observa aún entre los plateos.»

(3) Solón prohibió enterrar á un muerto con más de tres vestidos (Plutarco, *Solón*, XXIX. Véase la inscripción de Iulis, en la isla de Ceos, relativa á los funerales, y el comentario de M. R. Dareste sobre esta ley en la *Nueva Revista de legislación*, 1877).

(4) Una tumba hallada en la pequeña isla de Quelidromia, una de las Esporadas, contenía un esqueleto intacto todavía, dos copas pequeñas, dos monedas de cobre, un espejo de bronce, vasos de barro para el agua y el aceite, y hasta una lámpara de arcilla, casi todo un ajuar de casa.

(5) MM. E. Pottier y S. Reinach, que en 1881 exploraron en Mirina varios miles de tumbas, dedujeron en resumen, «que el ajuar de la tumba se explica por una sola y misma idea religiosa, la de asegurar al muerto en su existencia subterránea la posesión ó la compañía de los objetos familiares en medio de los cuales había pasado la vida» (*Bol. de la Cor. helen.*, marzo 1885, p. 166). En Atenas, la fiesta general de los muertos se celebraba todos los años en el mes *antesterion*, que correspondía á febrero y marzo.

(6) En los *Coéforos*, 149 y 164, Electra, haciendo libaciones en la tumba de Agamenón, le dice: «Recibe estas libaciones;» y después del canto fúnebre, añade: «Han penetrado en la tierra; mi padre las ha recibido.» Véase en la *Odisea*, X, 504-540, por qué medios, libaciones y sangre de las víctimas, Ulises consigue hacer hablar á los muertos. En un templo de la época macedonia, en Samotracia, se ha encontrado cerca de un altar interior una excavación preparada para recibir la libación y la sangre de las víctimas que iban á las profundidades de la tierra á solicitar la benevolencia de las divinidades infernales.

la tumba de Agamenón, está con aquellos que te quieren! Yo te llamo; escúchanos, y aparécete un día: contra tus enemigos está á nuestro lado! Para la libación de himeneo yo te traeré de la casa paterna la ofrenda de toda mi herencia, y esta tumba será el primer objeto de mi culto.»

Platón respetaba esta antigua creencia en los demonios bienhechores. «Según nuestras más antiguas tradiciones, decía, es incontestable que las almas de los muertos toman aún alguna parte en los asuntos humanos (1);» pero rehusaban contestar á lo que se les preguntaba si en los funerales no se había hecho todo conforme á los ritos. Periandro, viudo de su esposa Melisa, quiso que la consultaran acerca de la existencia de un tesoro; pero la muerta se negó á contestar diciendo: «Tengo frío; estoy desnuda; las ropas que depositaron en la tierra conmigo no se quemaron antes, y por eso de nada me sirven.» Esta costumbre era antigua; ya Homero hace mención de ella. En cuanto á las libaciones á los muertos, y á esos víveres depositados cerca de las tumbas, no eran para los griegos cosa más extraordinaria que el humo de los sacrificios enviado á los dioses para alimentarlos (2).

Con el tiempo y merced á los progresos del pensamiento, y sobre todo por la acción de los misterios (3), en que se harán promesas de beatitud á los iniciados, la mansión tenebrosa se iluminará. Homero atribuía á los muertos un carácter triste: Aristófanes y Plutarco los verán alegres en su vida de ultratumba, bajo una luz brillante y en el aire más puro, en medio de juegos y danzas animadas por la armonía de los coros (4). A estos placeres materiales, que recuerdan los de las islas Afortunadas, Píndaro añade lo que sería para nosotros la suprema recompensa: «el conocimiento del principio y fin de la vida (5),» ó la ciencia completa y todos los goces de la inteligencia. El *Fedon* concede á los iniciados, es decir á los elegidos, «la contemplación de los dioses en quienes habitarán y vivirán.» Aun se irá más lejos. «Cuando hayas abandonado tus despojos mortales, dicen los *Versos dorados*, te elevarás por el aire libre y llegarás á ser un dios incorruptible.»

La muerte usurpaba á veces algo á los dioses: una tumba en que dos niños habían sido sepultados representábalos bajo el aspecto de Diana y Apolo (6); y en otra se daba á la difunta la fisonomía de la Esperanza con los atributos de Venus y de la Fortuna (7). En el epitafio de un joven griego se leen estas palabras, que no son hijas de la imaginación de un poeta ó de un filósofo: «No me llores, madre mía, porque será inútil. Venérame más bien, pues he llegado á ser el astro divino que aparece al comenzar la tarde (8).» En el cuarto siglo de nuestra era, los grandes paganos creían aún que el alma de los justos se remontaba al cielo para residir eternamente en los astros (9).

---

(1) En el libro XI de las *Leyes*, t. II, p. 471, ed. Didot.

(2) Herodoto, V, 92. *Ilíada*, XXII, 512. ¿Es el mismo pensamiento el que inducía todos los años á los plateos á consagrar, con las solemnidades de costumbre, ropas sobre las tumbas de los griegos muertos en la gran batalla (Tucid., III, 58); y á los colonos de las ciudades romanas, por donde Agripina pasaba llevando las cenizas de su esposo, á quemar en honor de Germánico vestidos y perfumes?

(3) Véase cap. XV. Los misterios son de fecha reciente; no hay la menor indicación de ellos ni en Homero ni en Hesiodo.

(4) Aristófanes, *Ranas*, 324; Plutarco, en el tratado Ὅτι οὐδὲ ζῆν ἔστιν ἡδέως κατ' Ἐπίκουρον, t. IV, p. 1329, ed. Didot; pero los iniciados solamente son los que Aristófanes hace bailar al acercarse Dionisos, lo cual no prueba que el poeta escéptico creyese en sus propias palabras.

(5) *Fragm.* 114, ed. Bergk. Véase otro fragmento en la p. 134, nota 4.

(6) Heuzey, *Misión de Macedonia*, p. 236.

(7) Wilmanns, n.° 240; Orelli, 4585.

(8) Inscripción del segundo siglo antes de nuestra era, hallada en 1880 en la isla de Amorgos (*C. R. de la Acad. de las Inscrip.*, 1884, p. 520).

(9) Véase la *Historia de los romanos*.

Los griegos habían encargado á un dios, Hermes *Psycopompe* (1), la conducción de las almas á los Campos Elíseos, y por el derecho de asistencia y de castigo que



Ofrendas á los muertos elevados á la categoría de héroes (2).

reconocieron en sus muertos, éstos participaron al parecer de la divinidad, llegaron á ser auxiliares de las deidades ctonianas y fueron llamados dioses. En el tiempo

(1) *Odisea*, XXIV, *initio*.

(2) Bajo relieve descubierto en Crisafa, en Laconia, existente en el museo de Berlín. – El muer-

en que el politeísmo se extinguía, Cicerón escribió muy formalmente: «Nuestros antecesores han querido que los hombres que habían abandonado esta vida figurasen entre los dioses... Devolved á los manes lo que se les debe; tenedlos por seres divinos.» Y él mismo quiso consagrar un templo á su hija Tulia. En todas las tumbas romanas se ve la invocación *Diis Manibus* (1); y bastante á menudo estas palabras: *Sit tibi terra levis*, ó mejor aún: *Ave et vale* (2). No hace mucho tiempo que en algunas de nuestras provincias, al darse la comida de los funerales, bebíase á la salud del «pobre muerto.»

Compárense ahora las palabras que Homero presta á la sombra de Aquiles con las que pronunció Juliano moribundo (3) y se verá que el helenismo, idealizando poco á poco la muerte, ha llegado hasta los confines del cristianismo.

El culto de los muertos, que no se observaba sino en los aniversarios, era la parte externa de la religión doméstica: el culto del Hogar fué la parte íntima y discreta, y practicábase á todas las horas del día.

Recuerdos vagos que los griegos conservaban del Oriente habíanles conducido á la adoración del fuego. Una de sus más antiguas leyendas representaba á Prometeo robando al cielo ese agente primordial de la naturaleza que puso en manos del hombre una fuerza casi igual á la de los dioses. Una chispa de ese fuego brillaba día y noche en el hogar de cada casa, pero era más puro que aquel que reblandecía los metales, porque representaba á Vesta (Hestia), la diosa virgen y hermana mayor de Júpiter. Confundiéndose la imagen con el ser representado, ese fuego era Vesta misma, la guardiana de la casa, la protectora de la familia; ante ella no se pronunciaban las palabras que la casta diosa no debía oir, ni se hacía nada que ella no debiese ver (4). El padre, único sacerdote del culto doméstico, le daba las primicias de cada comida; hacía en su honor libaciones de vino y aceite, y la llama alimentada por esa ofrenda elevábase más brillante: la diosa llenaba la casa con sus claridades purificadoras.

Asociábasela también á las alegrías de la familia. Al quinto día del nacimiento de un niño, la nodriza, llevando la criatura en brazos, y seguida de toda la parentela, daba tres vueltas al rededor del hogar, y allí era, cerca del altar de Vesta, donde el niño entraba verdaderamente en la vida, pues desde aquel día cesaba para el padre el derecho de abandonar á su hijo (5). Allí iba á sentarse también el esclavo últimamente recibido en la casa, y sobre su cabeza echábanse higos secos, dátiles y tortas, todo lo cual compartía con sus compañeros de servidumbre (6): Vesta les otorgaba un día de huelga.

Para los griegos y romanos no había comida sin sacrificio (7), como no la hay para los cristianos sin oración. El altar de este culto doméstico era el hogar; y como

---

to y la muerta, divinizados como héroes, se representan sentados en un trono, detrás del cual se ve una serpiente erguida, atributo de aquéllos. El hombre, que mira de frente, tiene una pequeña cántara en la mano derecha y dirige la izquierda hacia adelante. La mujer está de perfil, con una granada en la mano derecha y en la izquierda la extremidad de su velo. Delante de la pareja se ven dos mortales, hombre y mujer, que la presentan ofrendas. El hombre tiene en la mano derecha un gallo, y la mujer una flor; los dos llevan en la izquierda una granada.

(1) Véase el culto de los Héroes.

(2) La fórmula *sit tibi terra levis* se encuentra ya en el *Alcestes* de Eurípides en los versos 463 y 464: κοὐφα σοι χθὼν ἐπάνωθε πέσοι.

(3) Véase la *Historia de los Romanos*.

(4) Hesiodo, *Trabajos y Días*, 678.

(5) Los romanos tenían semejante derecho: véase la *Historia de los Romanos*.

(6) Escolias de Aristófanes, *Plutus*, 768.

(7) Atenea, *Deipnosofistas*, V, 19.

en aquellas inteligencias, iluminadas unas veces por brillantes fulgores, y oscurecidas otras por densas sombras, el sentimiento religioso no distinguía la realidad de la ficción poética, el hogar llegó á ser un objeto sagrado, un ser divino. A él dirige Alcestes moribundo sus últimas súplicas, y Agamenón su primer saludo al volver alegremente de Troya; á él también confía la piadosa mujer de Megara los huesos de Foción, esperando que puedan ser sepultados más tarde en la tumba de sus antepasados. En la descripción de un banquete se lee: «En el centro de la sala del festín elévase un altar cargado de flores, y en la casa resuenan alegres gritos. Primero se canta al dios con castas palabras, se hacen libaciones y se ora, pidiendo fuerzas para vivir según la justicia (1)».

Esta religión de la familia tenía hasta la sanción del Estado, siendo una de las



Ofrenda en la tumba (2).

condiciones del completo derecho de ciudadanía. Aquel que perdía su propiedad, no teniendo ya, por lo tanto, ni hogar hereditario, ni tumba de los mayores, no podía aspirar á los cargos públicos, ni aun á los que se conferían por suerte. El hombre sin hacienda parecía abandonado de los dioses, y llegaba á ser como un extranjero en su ciudad.

La ciudad, ó sea la familia en mayores proporciones, tenía su hogar público, y toda liga un hogar central: los de Delfos y de Olimpia servían para la Grecia entera. Aun tratándose de los dioses más venerados, los sacrificios no comenzaban hasta después de rezar una oración y de libar en el altar de Vesta. Cuando se hubo expulsado á los medas de Grecia, la Pitonisa ordenó que se apagaran en todos los pritaneos los fuegos, manchados por la presencia de los bárbaros, y se volvieran á encender con la llama tomada en Delfos, en el hogar nacional (3). En Esparta era costumbre

(1) Jenofano, ap. Bergk, op. cit., p. 356.

(2) Pintura sobre un lecito blanco de Atenas, según A. Dumont y Chaplain, *Las Cerámicas de la Grecia propiamente dicha*, I, pl. 25-26. – La muerta sentada al pie de su estela, con sus pájaros favoritos en la mano, recibe las ofrendas de los sobrevivientes.

(3) La naturaleza volcánica de Grecia había despertado la idea de un fuego central; y por eso se colocaba en el centro de una sala circular el hogar público en los pritaneos griegos, y en Roma el altar donde ardía perpetuamente el fuego de Vesta.

llevar á la cabeza del ejército «el fuego sacro que no se extingue jamás,» á fin de que en toda circunstancia, al entrar en país enemigo, y en el momento del combate, el rey pudiese hacer un sacrificio y conocer los signos favorables ó adversos (1). Del mismo modo, al marchar una colonia, los emigrantes se llevaban el fuego tomado en el hogar público de la metrópoli, y con él se encendían todos los de los nuevos altares.



Vesta (Hestia) (5).

Del mismo modo que en la casa, presidía Vesta en los pritaneos las comidas dadas á los ciudadanos que habían obtenido, por decreto público, el honor de ser mantenidos á expensas del Estado. En ciertos pueblos había mesas comunes. Esos ágapes fraternales constituían una necesidad de los antiguos tiempos y eran un culto religioso á la par que político, una comunión con los dioses y con la ciudad, que prestaba al patriotismo singular energía (2). Para los antiguos poetas, la ciudad es el sitio donde se hacen los sacrificios á los dioses (3).

Vesta, «la diosa bienhechora y caritativa (4),» tenía otro privilegio: un altar era un asilo inviolable. En la hora del asalto supremo, Príamo se retira junto á su hogar: «Tus armas, dice Hécuba al anciano rey, no te defenderán, pero ese altar nos protegerá.» Temístocles, amenazado de muerte, se refugia en casa de su enemigo el rey de los moloses; de vuelta á su palacio, Admeto halla al proscripto sentado en su hogar, pero no quiere entregarle y le salva. En Roma, las vírgenes de Vesta libraban al condenado á quien se llevaba al suplicio si le encontraban por casualidad, es decir, si la diosa las conducía por el camino del desgraciado.

La sociedad greco-latina tenía una doble base, la piedra del hogar y la de la tumba. Al rededor de la una habíase formado la familia bajo la autoridad moral y religiosa del padre; en torno de la otra conservábase el respeto de los mayores y el culto hereditario.

---

(1) Jenofonte, la *República de Esparta*, XIII.

(2) Véase Aristóteles, *Polít.*, VII, 11, y en el lib. III de la *Odisea, initio*, las nueve largas mesas dispuestas para todo el pueblo de Pilos, que compartía con sus dioses la hecatombe que les había sido ofrecida. El filósofo Jenofano quería que cada comida terminase por una oración á los dioses para pedirles la sabiduría.

(3) *Odisea*, V, 101.

(4) Véanse los *Himnos homéricos*, XXIII y XXIX, y el *Himno órfico* LXXXI.

(5) Estatua de mármol titulada Vesta Giustiniani; forma parte de la colección Torlonia de Roma. La diosa tenía un cetro en la mano izquierda, y la cabeza cubierta de un velo; el cuerpo desaparece del todo bajo un vestido de pesados pliegues regulares como las estrías de una columna. El artista ha sabido comunicar á esta hermosa figura el carácter grave y casto que convenía á la diosa virgen, á la guardiana del hogar.

Nuestras razas latinas han conservado el culto de los muertos. ¡Ojalá dure siempre para recordar el lazo moral que debe unir á las generaciones que se van con las que llegan, puesto que entre ellas existe una estrecha solidaridad para las faltas cometidas y para la expiación inevitable! Pero á menudo el mal sale del bien. La antigua y piadosa costumbre de honrar á los muertos como seres divinos llevó á los griegos, y después á los romanos, á otorgar la apoteosis á los príncipes. La divinización de los reyes y de los emperadores que, con razón nos parece odiosa, no lo era para sus contemporáneos, como no lo es ahora la canonización para los católicos. Por no haber reconocido una creencia piadosamente arraigada durante siglos en el corazón de los pueblos, se han escrito tantas declamaciones contra los honores tributados á los *divi Augusti* (1).

VI. — LA MORAL RELIGIOSA

En todas las religiones, hasta en las mejores, la moral no ha sido, para muchos creyentes, más que la piedad externa, es decir, la observancia de los ritos. El politeísmo griego, que sometía á los seres divinos á todas las debilidades humanas, presentándolos envidiosos, vengativos y crueles, habría tenido poca influencia moral si esos soberanos del Olimpo, tan dominados por sus placeres, sus cóleras y sus venganzas, no hubieran sido también, según la idea popular y por una feliz contradicción, los guardianes que velaban por la justicia. Se les consideraba velando por la santidad de los juramentos, y sus altares eran asilo de los suplicantes. Sombríos é inexorables ministros de las venganzas celestes, las Furias acosaban á los culpables, vivos ó muertos, y con el cabello entrelazado de serpientes, llevando en una mano un látigo de víboras, y una antorcha en la otra, llenaban de espanto su alma y martirizaban su corazón. El extranjero ó el impío que por ignorancia penetraba en su templo, sentíase sobrecogido al punto de un furioso frenesí. Cuando los ancianos de Colona han de acercarse por fuerza al recinto temible donde Edipo, impulsado por el Destino, acaba de refugiarse junto á su santuario, avanzan, dice Sófocles, sin mirar, sin hablar, murmurando una oración á las diosas que llaman Euménidas, ó Benévolas, para no pronunciar su temido nombre.

Deificaciones terribles de los remordimientos, y guardianas de la justicia en la familia y en la ciudad, las Furias eran tanto más necesarias como sanción moral para esa religión, cuanto que ésta fué en un principio poco explícita sobre la vida futura. Si había para algunos muertos, como Sísifo, Tántalo, Ixion y las Danaides, suplicios y recompensas, ¡cuán estéril era la brillante imaginación de los griegos, aun la de Homero, cuando se trataba de describir los goces de los Campos Elíseos!

Hesiodo no arroja más luz sobre la otra vida. Su poema *Trabajos y Días* revela una moral muy pura, pues allí se castiga el vicio y se recompensa la virtud, pero sólo en esta tierra. De la vida de ultratumba nada dice, como no sea en algunos versos sobre los héroes de la cuarta edad que disfrutan en paz de la bienaventuranza en las islas Afortunadas, á orillas del profundo Océano. Tres veces al año recogen frutos, dulces como la miel, de árboles siempre en flor. Siempre resulta esto mejor que el Infierno del poeta de Chios; pero ¡qué melancólica morada, y qué lánguida existencia, sin nada de lo que constituye el encanto de la nuestra, es decir, el esfuerzo por la acción ó por el pensamiento! Dos ó tres siglos más tarde, Píndaro concedió á los muertos alguna cosa más enviándoles un rayo de la gloria humana. «¡Ve, Eco, ve á llevar á los padres de los vencedores de Delfos y de Olimpia, más

(1) Véase la *Historia de los Romanos*.

allá de los sombríos muros de Proserpina, la noticia de las victorias de sus hijos (1)!» Y en otro lugar: «Es preciso dar á los muertos una parte de gloria; el polvo que los cubre no impide que llegue hasta ellos el rumor de las hazañas que su raza llevó á cabo (2).»

Esta religión, reflejo del antiguo estado social, dispensa la inmortalidad con parsimonia; no la promete sino á los héroes, y la multitud sólo debe contar con los bienes y los males de la tierra. Aquellos que se hallan en los Infiernos gozando recompensas ó sufriendo castigos son, como Tántalo y Sísifo, reyes que agraviaron á los dioses, ó jefes á quienes su nacimiento y gloriosas hazañas valiéronles el privilegio de disfrutar de los tristes placeres de la segunda existencia. Píndaro no abre sus Campos Elíseos sino á los poderosos y á los triunfadores que han tenido en las



Los Infiernos (3).

venas algunas gotas de sangre divina y, como Homero, no se cuida de los pequeños, ni de los humildes. La perseverancia de este sentimiento da á comprender la larga duración del poder de los Eupátridas, descendientes de los dioses ó de los héroes, y la violencia de las luchas que estallaron entre los dos partidos, «el de los Buenos» y «el de los Malos,» según los llamará Teognis. Al hablar así, el poeta aristocrático de Megara pronunciaba palabras de odio y de división; pero en la Hélade de los antiguos tiempos prevalecía un sentimiento contrario, á saber, el que se forma naturalmente en las sociedades bárbaras, donde la debilidad de la autoridad pública hace necesaria la vigorosa unión de la tribu. Un lazo de solidaridad unía entonces entre sí á todos los individuos de una misma familia ó de una misma ciudad. Creíase que los hijos eran castigados ó recompensados hasta la tercera generación por las faltas ó las virtudes de los padres, los pueblos por los reyes, y éstos por aquéllos; que un crimen individual atraía el hambre ó la peste, y que la

(1) *Olímpicas*, XIV, 28.

(2) *Ibid.* VIII, 101.

(3) Pintura de vaso, según el *Archaologische Zeitung*, XLII (1884). Taf. XVIII. – En el centro de la escena, entre Hades á la derecha y una Erinia á la izquierda, hállase sentada Persefone. El dios se apoya en su cetro; la Erinia lleva dos antorchas, y detrás de ella se ve una pantera. Estas tres figuras dirigen la vista á la izquierda, hacia Orfeo y Eurídice. El cantor lleva un gorro frigio y tiene en la mano su lira. Ha obtenido de los dioses del Infierno que permitan la vuelta de Eurídice á la tierra y la ha cogido ya de un brazo para llevarla á la luz del día. Hacia él vuela un pequeño genio alado, alargando ambas manos como para abrazarle. A la derecha están Dike y Peritoos, este último encadenado á una roca por haber querido secuestrar á Kora. La diosa de la justicia, cuyo nombre nos es conocido por la inscripción contenida en un fragmento de vaso que representa una escena análoga, vigila y custodia, espada en mano, al héroe culpable (Cuadro de Polignoto, descrito por Pausanias, X, 29, 8). Véase en la *Historia de los Romanos* otra escena del reino de Hades.

piedad alejaba estas plagas, creencia preciosa, á falta de un móvil más enérgico, y freno poderoso para la familia y la ciudad. La historia de los Alcmeónidos demostrará su importancia política.

«Cuando los hombres, dice Homero, menospreciando las leyes de Júpiter, violan la justicia en las plazas públicas y la esclavizan á sus pasiones, el dios irritado desencadena las tempestades que perturban la tierra. Los ríos, ministros de su cólera, se desbordan; los torrentes arrancan montañas, árboles y rocas; y los campos del labrador no son más que miseria y desolación (1).» Hesiodo dice más aún: «¡Oh, Persés, oye la voz de la Justicia!.... Cubierta por una nube recorre los pueblos para castigar á los malos..... La ciudad que la honra prospera y en ella habita la paz que aumenta su riqueza, pues Júpiter, que todo lo ve, no envía nunca la guerra desapiadada ni la escasez á los hombres justos. Para ellos, la tierra tiene ricas mieses, la encina da sus frutos, las ovejas su pesado vellón, y las mujeres hijos parecidos á sus padres. Pero con frecuencia, toda una ciudad es castigada por causa de un solo hombre perverso que maquina proyectos criminales. Desde las alturas del cielo, el hijo de Saturno lanza sobre los habitantes una doble calamidad, la peste y el hambre; entonces los pueblos perecen, las mujeres no son fecundas y las familias disminuyen; ó bien aniquila su numeroso ejército, derriba las murallas, y véngase en las naves, sepultándolas en el mar. ¡Oh reyes! pensad también vosotros en esas venganzas, pues treinta mil genios, ministros de Júpiter, vigilan los actos de los hombres, recorriendo incesantemente la tierra: la Justicia, virgen inmortal, está sentada junto al soberano de los dioses (2).»

De este modo, según la creencia de la expiación, la familia responde por el individuo y la ciudad por el ciudadano.

El mismo pensamiento se halla tres siglos más tarde en Esquilo (3) y en Herodoto (4). Consultada la Pitonisa sobre cierto depósito que un espartano quería negar, le contesta: «Piensa que del juramento nace un hijo sin nombre, sin manos y sin pies, que con rápido vuelo cae sobre el hombre perjuro y no le abandona hasta haberle aniquilado, á él, á su casa, y á su raza entera; mientras que se ve prosperar á los descendientes de aquel que ha cumplido religiosamente su palabra (5).» Toda la poesía dramática de Atenas presentará el crimen seguido de la expiación. «La justicia, dice Solón, acaba siempre por triunfar (6).» En los últimos días del helenismo, Plutarco escribirá un tratado famoso sobre las *Dilaciones de la Justicia divina*. Si los griegos no tenían, como los antiguos judíos, más que una idea vaga y confusa de la otra vida, creían por lo menos en la intervención del cielo en la vida presente, y esta creencia en la responsabilidad personal ó hereditaria, aun estimando sólo su influencia moral, hacía menos indispensable la otra, porque, bien aceptada, hacía comprender que un lazo de estrecha solidaridad une entre sí á los individuos de toda asociación civil ó natural. ¿No ha reconocido la ciencia moderna que muchas

(1) *Ilíada*, XVI, 385 y sig., presenta todas las desgracias de los griegos delante de Troya como castigos por las faltas ó la impiedad de los jefes.

(2) *Obras*, v. 238 y 257.

(3) *Los Siete jefes*, v. 577 y siguientes.

(4) VI, LXXXVI.

(5) Véase en la *Ilíada*, en el canto III, con qué solemnidad los griegos y troyanos juran el tratado de paz propuesto por Agamenón á Príamo. En el canto XIX, Homero habla de los males que los dioses envían al perjuro para castigarle. Durante largo tiempo el perjurio fué considerado como un crimen semi-religioso y semi-civil. Carondas, el legislador de Catania y de las ciudades aqueas de Sicilia y de la Gran Grecia, introdujo en sus leyes una disposición formal contra los falsos testigos (Arist., *Polít.*, II, 10, *ad fin.*).

(6) Véase más adelante una larga cita de Solón sobre el mismo asunto.

cosas se explican para los individuos por la herencia física ó moral, y para las sociedades por el pasado de faltas ó de gloria que en pos de sí llevan?

Cuando Creón censura á Antígona por haber violado su orden real que prohibía cumplir en honor á Polínice las ceremonias fúnebres, la noble joven contesta al tirano invocando «esas leyes eternamente vivas que ninguna mano ha escrito, pero que los dioses y la Justicia, su compañera, han grabado en el corazón de todos los hombres (1).» Es el grito de la conciencia que se subleva ante la iniquidad, grito que los perseguidos de todos los tiempos han lanzado á la faz de sus perseguidores (2). En los antiguos días nadie pensaba en esa oposición entre la ley natural y la ley civil, cuyos resultados señalan el movimiento de la civilización. Aunque repitiendo los cuentos ligeros que circulaban sobre las costumbres del Olimpo, como para justificar á sus ojos sus propias debilidades (3), el griego tenía el temor á los dioses, vengadores de la injusticia, y si violaba un juramento prestado con las imprecaciones solemnes, debía temer á las Furias, guardianas de las leyes morales, que perseguían sin tregua á los perjuros (4). El mismo dios que faltaba á su promesa, después de haber jurado por la Estigia y las divinidades infernales, era excluído del Olimpo por nueve años (5). El juramento tan rigurosamente consagrado por la religión será también el lazo, largo tiempo respetado, de la sociedad civil y política.



Ulises y su perro (6).

Sin duda el culto autorizaba ritos enojosos, representaciones demasiado naturalistas, difíciles de avenirse con los dioses de la Grecia y con la moral celebrada por los poetas. Apolo, que mandó á su hijo matar á Clitemnestra, recomienda á Orestes que se sirva de la mentira y la astucia contra los asesinos de Agamenón; y junto á Aquiles, que aborrece la falsedad «tanto como las puertas del infierno (7),» Homero aplaude á Ulises, hijo de Sísifo, por su destreza para allanar todos los obstáculos y engañar.

Pero no debemos detenernos solamente en los detalles demasiado libres de las leyendas divinas. Si á los poetas les agradaba eludirlos, el padre de familia, por su parte, respetaba á la casta Vesta, protectora de su casa. Ceres, «la Tesmófora» (8), no podía inspirar más que graves pensamientos; Juno velaba por la santidad de los matrimonios, que la Venus Púdica embellecía con sus gracias; Diana imponía á los adolescentes la pureza de costumbres (9); Minerva infundía la sabiduría, y Jú-

(1) Aristóteles cita en su *Retórica*, I, 13, 15, estas hermosas palabras de Sófocles, cuando establece una distinción entre las leyes particulares de las ciudades y las comunes á todo el género humano. Cicerón las ha recordado particularmente cuando escribió su magnífica definición de la ley natural.

(2) Véase la *Historia de los Romanos*.

(3) Estas aventuras galantes no extrañaban á nadie en un país donde se adoraba la fuerza productiva de la naturaleza. Algunos caracteres delicados, ó sinceramente religiosos, como Píndaro, vacilaban en repetir «estas míseras historias de los poetas,» en las cuales no se favorecía á los dioses (*Olimp.* IX), y los filósofos las condenaban.

(4) En el cuarto siglo se creerá aún en Nemesis, como lo demuestra aquel padre que se mata para atraer la venganza celeste sobre los dos lacedemonios que han ultrajado y asesinado á sus hijas (Plut. *Amator. Narrat.*, cap. III, p. 945 (Didot).

(5) Hesiodo, *Teogonía*, 793.

(6) Piedra grabada, según Tischbein, *Homer. nach Antiken*, III.

(7) Según la *Ilíada*, I, 312.

(8) O la *Legisladora*.

(9) En el *Hipólito* de Eurípides, vers. 1302, dice de Cipris que es odiosa á todas las divinidades amantes de la virginidad.

piter era considerado, por los que le miraban con los ojos de Fidias, como el defensor de las santas leyes de la justicia, del amor filial y de la hospitalidad, como guardador de los juramentos y vengador de las iniquidades. Reuniendo todos los atributos que le asignaba la creencia popular, la filosofía, no viendo en él al amante de Alcmene y de Leda, hará de Zeo el Dios único, la inteligencia suprema que gobierna el mundo. En fin, por vagos que fuesen los temores y las esperanzas de ultratumba, la certidumbre de que Nemesis guardaba la puerta por donde se iba á la mansión de los muertos debía ejercer una benéfica influencia. Había, pues, suficiente moral en la religión helénica para que las personas honradas hallaran en ella algo que les estimulase para obrar con rectitud en la vida; mas por desgracia, esas personas honradas componen siempre el menor número.

VII. — EL CULTO PÚBLICO

La esperanza en la protección de los espíritus ó de los dioses ha sido en todas partes origen del culto. Los griegos creyeron, como los demás pueblos, que podían aplacar ó seducir á sus divinidades con piadosas ofrendas y oraciones, con votos y sacrificios, que á veces eran humanos en los antiguos tiempos (1). Si el olor de las víctimas quemadas en los altares era para los dioses delicioso perfume, esto consistía en que la oblación hecha por la persona devota de una parte de sus bienes indicaba un corazón humilde y arrepentido, el deseo de complacerles con un presente, ó el de borrar una falta con una expiación voluntaria. También consistía, y esto muy principalmente, en que las víctimas numerosas ofrecidas en el mismo altar halagaban el orgullo del dios, demostrando los honores que le tributaban en la tierra, y asegurándose así su protección. Por lo demás, permitía á sus adoradores, como un padre bondadoso para sus hijos, sentarse á la mesa del festín con que se le obsequiaba y compartir con él la víctima. El sacrificio era un banquete sagrado, una especie de comunión religiosa entre la divinidad, los sacerdotes y los fieles. Estos últimos consumían la mayor cantidad posible de manjares santos para honrar al dios, tortas sagradas, y vino del que se había usado para las libaciones. Μεθύειν, dice Aristóteles, significó primero «beber después del sacrificio;» los piadosos excesos con tanta frecuencia renovados, dieron á la palabra el sentido de embriagarse (2).

También existía en Grecia la costumbre romana de acostar las estatuas divinas en un lecho para ofrecerlas un banquete sagrado. Muchos bajos relieves representan esta ceremonia y algunas inscripciones la citan.

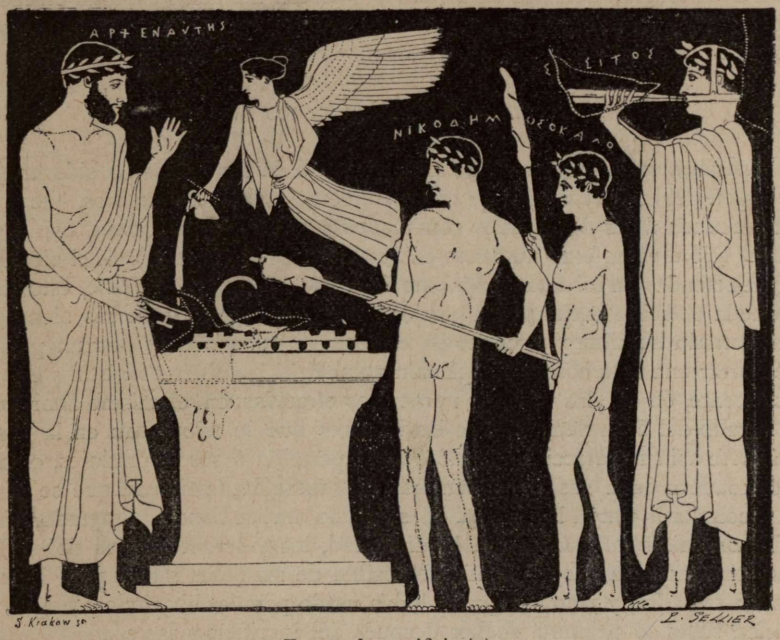
El sacrificio más completo, pero el más raro, era el holocausto en que la víctima

---

(1) En Creta se inmolaban niños á Kronos. Cecrops pasaba por haber abolido los sacrificios humanos en Atica; pero Pausanias (I, 5, 2) refiere que uno de los héroes epónimos, Leos, inmoló á sus dos hijas para obedecer á un oráculo que había declarado necesario aquel sacrificio para la salvación del país (véase también Eurípides, *Ion*, 277-8, y Plutarco, *Pelop.*, 21). Durante la primera guerra de Mesenia, el oráculo pide también la muerte de una virgen de la sangre de Epitos. Los hombres siguen el ejemplo de los dioses á quienes atribuyen sus mismas costumbres: Aquiles inmola en la pira de Patroclo doce jóvenes troyanos; Temístocles sacrifica tres prisioneros medos antes de la batalla de Salamina; y Herodoto (VII, 197) habla de sacrificios humanos en Tesalia. El más famoso de estos relatos es el que se refiere á la hija de Agamenón.

(2) Ateneo, II, 12. «No se sacrificaban todos los animales á todos los dioses; no se ofrecían cabras á Minerva ni cerdos á Afrodita, pero sacrificábanse estos últimos á Ceres, porque destruyen los frutos de la tierra, y el macho cabrío á Baco, porque daña las vides. Las víctimas debían tener cierta edad, y su sexo era generalmente el de la divinidad á que se ofrecían. Las víctimas blancas se reservaban para los dioses superiores, y las negras para los de la tierra y del mar» (Salomón Reinach, *Manual de filología clásica*, tomo I, p. 263).

reservada para el dios se quemaba por entero. El más solemne, la hecatombe; el más eficaz, aquel en que se vertía la sangre más preciosa, como cuando se inmoló á Ifigenia, la hija virgen del rey de los reyes. El pobre que no tenía víctimas ofrecía figurillas de pasta, sacrificio que no era por cierto el menos bien recibido. Apolo, particularmente, ejercía sobre sus fieles una acción moral. Un rico de Tesalia inmola en Delfos cien bueyes de astas doradas; mientras que un pobre ciudadano de Hermione se acerca al pie del altar y arroja en él un puñado de harina. «De los dos sacrificios, dice la Pitonisa, el último es con mucho el más agradable al dios (1).»



Escena de sacrificio (2).

Los filósofos de los últimos tiempos debieron expresarse del mismo modo, sin hacer aprecio alguno de la ostentación de los sacrificios fastuosos; pero antes de ellos Eurípides dijo: «Algunos hombres llevan al templo mezquinas ofrendas, y tal vez son más religiosos que aquellos que inmolan víctimas muy lucidas.» Grecia, que en su primera edad creía que los dioses solamente escuchaban á los grandes personajes, abrirá á su debido tiempo los templos y el cielo al indigente humilde. Esta re-

(1) Porfirio, *de Abstin.*, II, 15. Sobre las abstinencias más meritorias, porque eran más difíciles, véase Maury, *op. cit.*, en el cap. VII.

(2) Pintura de vaso, según Gerhard, *Auserles. Vasenb.* Taf. CLV. En el centro está el altar, en el que aun no brilla la llama, pero se ve un objeto encorvado, tal vez uno de los cuernos de la víctima. A la izquierda está el personaje que ofrece el sacrificio, coronado de laurel, con la mano izquierda levantada en señal de adoración, y con una copa en la derecha. Nike, diosa de la victoria y del triunfo, vierte el licor que servirá para la libación. (En cuanto al nombre de este personaje, ΑΡΧΕΝΑΥΤΗΣ, palabra que significa *el que manda la nave*, véase Gerhard, id. III, p. 21 y sig. Las personas eruditas creen ver en esta escena un sacrificio ofrecido por uno de los argonautas.) A la derecha se ven dos ayudantes coronados de laurel teniendo en la mano una larga varilla que sirve de asador y en la cual están ensartadas las carnes de la víctima. Detrás de ellos se representa un flautista, tambien coronado, y que al parecer tomará parte en el sagrado banquete.

volución moral corresponderá á la revolución política, que conferirá derechos á los que no los tenían en las primeras épocas.

Las ofrendas debían ser puras, las víctimas perfectas, y era necesario además que el sacerdote no tuviera ningún defecto en el cuerpo, ni el suplicante un pensamiento malo en su mente. Nadie se acercaba á los altares hasta después de haberse purificado por el agua, símbolo de la purificación moral. A la puerta del templo había un sacerdote encargado de verter el agua lustral en las manos y la cabeza de los fieles; y para algunos empleábase hasta una especie de bautismo por inmersión (1).

En todas las religiones, la purificación es el acto necesario para acercarse al dios. «Pero, dirá la Pitonisa, si para purificar al hombre de bien basta una gota de esa agua, para el malo no sería suficiente el Océano entero;» y los sacerdotes de Asclepios (Esculapio), en Epidauro, habían escrito en su templo: «Los pensamientos santos son los que constituyen la verdadera pureza.»

Para expiar un homicidio, aunque fuese involuntario, eran de rigor las purificaciones solemnes. Según la leyenda, ni aun el mismo Apolo se eximió de ellas después de haber dado muerte á la serpiente Pitón y atravesado á los cíclopes con sus flechas. Un asesino se presenta en Delfos; el oráculo le rechaza y le prescribe como penitencia pública ir á un templo del cabo Ténaro para someterse á las ceremonias expiatorias. Las ciudades mismas debían purificarse á fin de librarse de una calamidad ó de conjurar la cólera de un dios; y así Atenas lo será por Epiménides y Delos por los atenienses.

En Samotracia practicábase un rito más singular. Los cabiros obligaban al suplicante á confesarse primero con sus sacerdotes; lo mismo se exigía en Delfos; y el culpable debía confesar su crimen al sacerdote de Apolo, prometiendo arrepentirse (2).

En una invocación á Zeo «que habita en la fría Dodona,» Aquiles habla de los Selos «sus intérpretes, que están echados en la tierra desnuda, y cuyos pies no habían tocado nunca el agua;» pero los griegos no conocieron apenas el ascetismo y no le atribuían ningún mérito. Querían en verdad rezar á los dioses y hacerles ofrendas; mas no estaban por sacrificarles los goces de la vida (3).

Estos dioses, nacidos de la tierra, pasaban por estar en comunicación constante con los hombres. A cada momento aparecían en el aire señales, así como en los cuerpos de las víctimas; y en todos los templos hablaban los oráculos. Dos águilas, cerniéndose sobre la asamblea que Telémaco convocó en Itaca, y desgarrándose el cuello con las uñas, predijeron á los pretendientes la suerte que se les deparaba. Las entrañas de las víctimas, en las cuales un defecto de conformación era indicio funesto, la dirección de la llama y del humo del sacrificio, el vuelo de las aves, sobre todo de aquellas que, cual mensajeros celestes, y descendiendo de las alturas de la atmósfera, parecían llevar órdenes supremas; el relámpago que rasga las nubes, los sueños enviados por Júpiter, los sonidos imprevistos, los encuentros casuales de hombres y animales, y las palabras pronunciadas al acaso, porque así era la voluntad divina, revelaban también el porvenir. Los adivinos interpretaban los presagios,

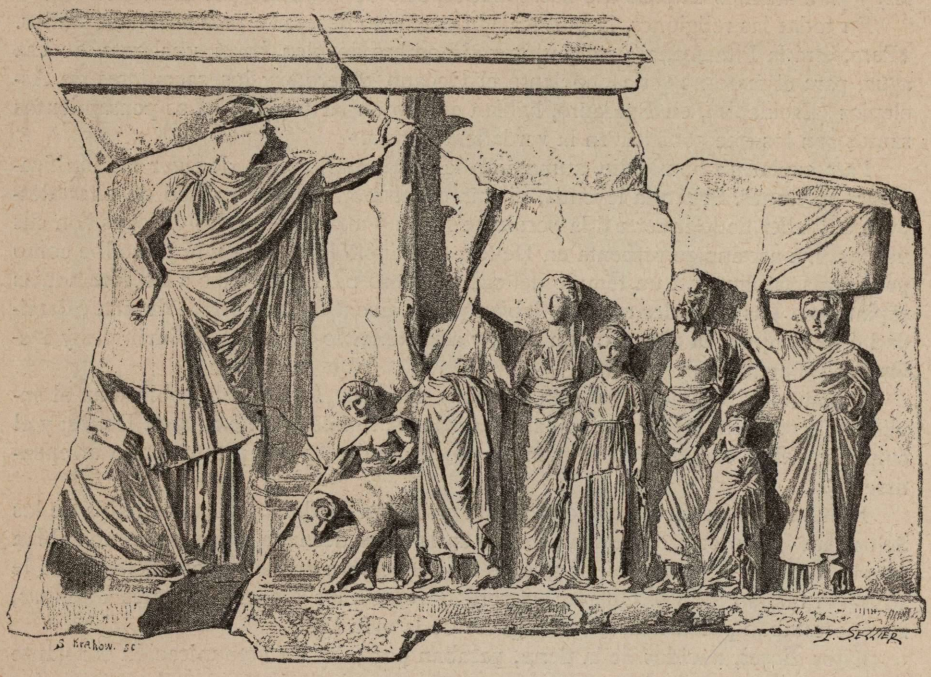
---

(1) *Antología Palatina*, XIV, 71.

(2) Plutarco, *Apophthegmata Laconica: Antálcidas*, t. III, p. 265, ed. Didot, y *Lysandre, íd.*, página 282. Leo en la *Religión de México*, de M. Reville, p. 176, que los mexicanos tenían también la confesión.

(3) El estoicismo, que ha de venir con posterioridad á Platón, recomendará las prácticas de ascetismo, y la Iglesia las prescribirá: divorcio entre el alma y el cuerpo, que no vale nada, sea cual fuere aquel de los dos principios de la vida completa que se sacrifique. De su unión, por el contrario, nacerá, por el arte y el pensamiento, la gloriosa civilización de Grecia.

y los sacerdotes suponían que los dioses les hablaban (1). Había, pues, como un diálogo continuo entre el cielo y la tierra. Aunque conservando un fondo de espíritu racionalista, el griego creyó tener en los oráculos una revelación permanente de la voluntad divina; mas por fortuna, la sabiduría política los interpretaba, y los intereses del Estado no debían resentirse de ello. El heleno no humillará tampoco su inteligencia, como lo hará el romano, ante todos los signos cuyo sentido buscará el arúspice. Agamenón se irrita contra Calcas, «profeta de desgracia á quien sólo agra-



Sacrificio á Esculapio (2).

da predecir el mal.» Polidamas, deseando retraer á los troyanos de atacar las naves de los griegos, les anuncia una señal funesta: un águila de alto vuelo se cernía á la izquierda, oprimiendo en sus garras un dragón de color de sangre que dejó caer antes de llegar á su nido para alimentar á los aguiluchos con aquella presa viva. Héctor le contesta con soberbio desdén y en verso heroico: «No me alarma el que las aves vuelen á mi derecha por el lado de la aurora y del sol, ó á mi izquierda,

(1) Sobre la adivinación en Grecia, véase el erudito libro de M. Bouché-Leclercq, *Historia de la adivinación en la antigüedad.* No doy los detalles de los ritos que se practicaban en los sacrificios, porque se hallan en todas partes. Se encontrará en la *Ifigenia en Aulida,* de Eurípides, una poética descripción de ellos.

(2) Bajo relieve descubierto en Atenas en las excavaciones del Asklépieion, copiado de una fotografía. La escena pasa en un templo, á presencia del dios, sentado á la izquierda, y de su hija Higia, que se halla de pie á su lado. La víctima está cerca del altar, y detrás de ella la familia de los suplicantes. En último término, una mujer lleva en la cabeza un gran cesto cilíndrico, en parte cubierto de un pedazo de tela: sin duda contiene las tortas (πόπονα) que deben tostarse en el altar antes de inmolar la víctima, y las ofrendas preciosas (Véase *Bol. de la Corresp. helén.*, II (1878), páginas 70 y siguientes).

hacia las inmensas tinieblas: el mejor de los augurios es el combate por la patria (1).»

Añadiré ciertos detalles que no convienen tanto á los tiempos heroicos como á os siglos siguientes, pero de los cuales no tendré ya que tratar.

En los antiguos tiempos, el templo era, bien una oscura gruta, donde cualquier rumor misterioso se tomaba por oráculo, ó ya un tronco de árbol que tenía oculta entre su espeso follaje una imagen informe de la divinidad. En el segundo siglo de nuestra era, Pausanias vió todavía templos de esa especie; el de las edades posteriores se componía de un vasto recinto que limitaba el terreno sagrado, y que jamás debían transponer aquellos á quienes estaba prohibido tomar parte en los sacrificios comunes (2). En el centro elevábase sobre un sólido basamento el verdadero santuario, la *cella*, vuelta hacia Oriente, que contenía la imagen del dios; y á menudo las de las divinidades ó héroes qne el dios principal admitía en su morada. Del mismo modo en nuestras iglesias los santos tienen sus capillas particulares. Cerca de la puerta hallábase el vaso con el agua lustral, que se conservaba pura echando en ella sal; y bajo el atrio, πρόναος, ó en la parte inferior de las gradas por las que se subía al templo, veíase el altar, que en un principio se reducía á un altozano ó á un montón de piedras, y que más adelante fué una mesa de mármol rodeada de guirnaldas de flores, con bajos relieves por adorno. En Olimpia recogíanse diariamente las cenizas de las víctimas, se guardaban con cuidado, y al cabo de un año, después de haberlas desleído en agua cogida del Alfeo, untábase con la mezcla el gran altar, que de este modo fué adquiriendo poco á poco enormes proporciones. Cuando Pausanias lo vió, tenía ciento veinticinco pies de circunferencia por veintidós de altura. El altar de Apolo-*Spodios*, en Tebas, se componía también de las cenizas de las víctimas.

En el interior de los templos, se colgaban en las paredes las ofrendas de los ciudadanos, de las ciudades y de los reyes, y también muchos *votos*, sobre todo en los *Asclepiones*, en agradecimiento de una cura milagrosa ó de una salvación inesperada (3). Con frecuencia, el Estado y los particulares ponían bajo la custodia del dios, junto á las riquezas del templo, el tesoro público ó su fortuna privada.

Entre los objetos más preciosos figuraban las reliquias de los héroes: en Olimpia, el hombro de Pelops, cuyo contacto curaba ciertas enfermedades; y en Tegea, la osamenta de Orestes, que dió á los tegeatos la victoria mientras supieron guardarla; cuando la perdieron, por el fraude piadoso de Licas, quedáronles los cabellos de Medusa, que colocados en sus murallas, bastaban para dispersar al ejército enemigo. El dedo grueso de un pie de Pirro produjo también los mismos maravillosos efectos (4).

Las estatuas de los dioses debían poseer por lo menos tantas virtudes como las reliquias de los héroes, y tenían varias particulares: una curaba el reuma, otra la gota; la imagen de Hércules en Eritrea había devuelto la vista á un ciego; y en Tre-

(1) *Ilíada*, XII, 243.

(2) Homero no cita más que los templos de Minerva, en Atenas, y de Apolo, en Delfos (*Odis.* VIII, 80), pero en todas partes había toscos santuarios.

(3) Véase el bajo relieve de Merbaka, que es uno de esos ex-votos. Beulé, el *Acrópolis de Atenas*, t. I, p. 298. Varios ex-votos representaban en los templos de Esculapio las partes del cuerpo que habían sido curadas. Véase Le Bas, *Inscripciones de las islas del mar Egeo*, n.° 280, p. 208, y en el *Bol. de la Corresp. helén.*, t. I, p. 156-169, t. II, p. 66, el curioso catálogo de ex-votos últimamente descubiertos en la pendiente meridional del Acrópolis de Atenas. Carvadios exhumó en Epidauro dos *estelas*, que contenían el relato de curas maravillosas, traducido por M. S. Reinach, *Rev. Arqueol*, 1884, II, p. 278; 1885, I, p. 265. «En Agrigento, dice Cicerón, hay una estatua cuya boca y barba han desgastado los besos de sus adoradores.»

(4) Plutarco, *Pyrrhus*, 3, y Plinio, *Hist. nat.*, VII, 2.

zena, la clava del héroe caída en tierra se había convertido en un magnífico olivo silvestre. Con mucha frecuencia, las imágenes sudaban copiosamente, agitaban los brazos, movían los ojos ó blandían sus armas, tomándose esto por expresivas señales. En aquellos templos, focos de la superstición popular, todo se animaba y hablaba, y hasta ocurrían milagros periódicos: en Andros, el agua se convertía en vino el día de la fiesta de Baco.

Los sacerdotes, instrumentos dóciles ó actores interesados en esas maravillas, á la vez cómplices de tan piadosos fraudes y adoradores convencidos de los milagros que efectuaban (1), adquirían, haciendo hablar á los dioses, mucha consideración y bienestar. Tenían su participación en la carne de las víctimas y recibían muchas ofrendas, ya en objetos preciosos para el decorado del templo, ó de la estatua de un dios, ó en tierrras cuyo producto les pertenecía, bajo la vigilancia de un consejo de fábrica (2), y mediante la condición de emplear los ingresos en la conservación del santuario y los gastos del culto. Delfos tenía posesiones tan extensas como una provincia. El ateniense Nicias dió cierto día al templo de Delos una palmera de bronce para el dios y una finca de 10.000 dracmas de valor para los sacerdotes, quienes se obligaron en cambio á celebrar anualmente un festín sagrado en su obsequio y á orar por él (4). Esto equivalía á una de nuestras fundaciones de misa perpetua. Diodoro de Sicilia habla de un templo cuyos sacerdotes alimentaban tres mil bueyes en sus praderas. También se daban esclavos á los dioses, y entonces convertíanse en hierodulos ó servidores del templo, condición que les aseguraba una suerte preferible aun á la del liberto (5): poco trabajo, alimento abundante, y ninguna inquietud para el porvenir (6).



Medusa (3).

Jenofonte nos ha conservado los detalles de una de esas fundaciones piadosas. Cuando los Diez Mil llegaron á Cerasonte, repartióse el botín, apartando el diezmo de Apolo y de Diana, que los jefes recibieron en depósito para ofrecerlo á los dioses. Jenofonte dividió en dos partes la suma entregada al efecto: con la una hizo una ofrenda á Apolo Délfico, depositándola en el tesoro de los atenienses, y con la otra compró, cerca de Scilonte, un territorio que fué consagrado á Diana. «Allí erigió un templo y un altar, y desde entonces ha ofrecido siempre á la diosa un sacrificio y el diezmo de los productos de sus tierras. Todos los ciudadanos de Scilonte, todos los habitantes de las inmediaciones, hombres y mujeres, toman parte en la fiesta. La diosa proporciona á los concurrentes harina de cebada, pan, vino, frutas, varias víctimas cebadas en las dehesas sagradas, y caza, pues los hijos de Jenofonte y los demás habitantes organizaban para esa fiesta una gran cacería, á la cual permitíase

(1) Se ha reconocido en varios templos que dentro del muro había una galería, la cual iba á parar al sitio donde se elevaba la estatua, como por ejemplo, en un templo de Isis, en Pompeya, en otro de Nimes, etc. El abate Guasco (*Sobre el uso de las estatuas entre los antiguos*, 1768), ha citado muchas maravillas efectuadas por las estatuas de los dioses y los medios empleados para producirlas.

(2) Ἱερὰ γερουσία. Véanse en el cap. XIX las *Cleruquias* fundadas por Atenas en el siglo V.

(3) Cabeza de la Górgona; en el reverso, león que acecha ó que devora (Tetradacma ático muy arcaico). Cf. Beulé, las *Monedas de Atenas*, p. 24 y siguientes.

(4) Plutarco, *Nicias*, 4.

(5) *Bol. de la Corresp. helén.*, t. III, p. 96, y t. VIII, p. 63 y siguientes.

(6) Estrabón (XII, p. 535) vió más de diez mil adscritos al servicio de la diosa Ma, en Comana de Capadocia.

asistir á cuantos lo deseaban. Bien fuera en las tierras de la diosa, ó en las de Foloé, cazábanse jabalíes, corzos y ciervos. En el recinto consagrado á Diana hay sotos y montañas pobladas de árboles, donde se pueden criar cerdos, cabras, bueyes y caballos. Al rededor del templo mismo se ha plantado un huerto donde se crían varias especies de árboles frutales que dan riquísimas frutas según las estaciones. El templo se asemeja, en pequeño, al de Efeso; pero en éste la estatua de la diosa es de oro, y aquí de madera. Cerca del templo hay una columna con la inscripción siguiente: «Estas tierras están consagradas á Diana. Aquel que las ocupe y coseche los frutos ofrecerá todos los años el diezmo, y con lo restante atenderá á la conservación del templo: si lo descuida, la diosa proveerá.» En la antigüedad, la religión se mezclaba con todos los actos de la vida: Jenofonte, aunque pertenecía á una edad en que el escepticismo hacía ya muchos prosélitos, conservóse creyente, y comenzaba su *Manual del jefe de caballería* con estas palabras: «Ante todo es preciso hacer sacrificios á los dioses...»

«El altar de los dioses, dice Eurípides, es el refugio común (1)». Antes de él, Esquilo había escrito con su enérgica frase: «El altar vale más que una muralla, porque es una armadura impenetrable (2).» Los templos tenían, pues, lo mismo que nuestras iglesias de la Edad media, el derecho de asilo. Si se cerraban para el excomulgado, abríanse, por una conmovedora excepción, para todo suplicante. Aquel que llevaba las cintas de lana ó las ramas verdes, señales de la desgracia y de la invocación á la divinidad para obtener su auxilio, tenía siempre derecho para depositar aquellos objetos en el altar, y sentarse allí bajo la vigilancia del dios. Para él los bosques sagrados donde solamente el sacerdote tenía derecho de penetrar, eran un lugar inviolable; y algunas veces, la protección del asilo les escudaba también fuera del templo, y el deudor, ó el esclavo, refugiados en su recinto, quedaban exentos al salir, el uno de su deuda, y el otro de su servidumbre. «Suspendía sus cadenas, dice Pausanias, en los árboles del bosque sagrado, y quedaba libre de la esclavitud (3).» En otras partes, el amo debía convenirse con él.

El uso de las cuestaciones religiosas no era desconocido. Para la reconstrucción del templo de Delfos hízose una en toda la Grecia y hasta en Egipto (4). Se imponían muchas multas en beneficio de los dioses; agregábanse al diezmo del botín, y en algunos pueblos al de los frutos de la tierra, á fin de aumentar el tesoro de los templos: en el siglo V, el de Minerva, en Atenas, recibió una sexagésima parte del tributo de los aliados, ó sea diez talentos al año. Por eso muchos templos fueron con el tiempo bastante ricos para reunir capital, prestando á crecidos intereses (5). No

---

(1) Los *Heráclidas*, 260. Los derechos de la hospitalidad estaban bajo la custodia de Júpiter Xenios.

(2) *Los Suplicantes*, 185.

(3) Lib. II, cap. XIII, 4, sobre el asunto del templo de Hebé en Flionte. Lo mismo en el de Hércules, en Canope. Desde el momento en que el esclavo fugitivo había recibido los estigmas divinos, convertíase en servidor del dios (Herodoto, II, 113). Sobre la cuestión de la esclavitud, véase la obra clásica de Wallon.

(4) Herodoto, V, 62.

(5) Una larga inscripción de mediados del siglo V, hallada en estos últimos tiempos en Eleusis, es un decreto del pueblo ateniense, por el cual se ordena (κατὰ τὰ πάτρια καὶ τὴν μαντείαν τὴν ἐκ Δελφῶν) que los atenienses y sus aliados ofrezcan á los dioses de Eleusis $^1/_6$ por 100 *medimnos* de la cebada recogida, y $^1/_{12}$ por cada 100 de trigo. «Si alguno cosecha anualmente más ó menos, debe ofrecer las primicias a proporción.» El decreto añade que el hierofanta y el daduco, al practicar los misterios, inviten á las demás ciudades helénicas á remitir también las primicias de sus cosechas, y que el consejo de Eleusis haga circular por todas partes esta invitación. Esas cebadas y trigos, guardados en silos, vendíanse sucesivamente, y con el producto se compraban víctimas para las diosas y

se ve, sin embargo, que el sacerdocio pagano tuviera nunca para su uso particular bienes considerables como nuestra antigua Iglesia. Siendo los sacerdotes, en la vida ordinaria, ciudadanos ó magistrados, y solamente pontífices en el altar de sus dioses, los bienes quedaban adscritos al templo y á cargo de una administración secular (1) y servían al Estado de recurso en las necesidades públicas, en vez de convertirse en propiedad de una casta sacerdotal que no existió jamás en Grecia.

Como las mujeres griegas estaban siempre bajo tutela, no podían disponer de sus bienes sin autorización de su κύριος; al parecer se hizo una excepción para los donativos piadosos (2), y seguramente en los templos se recibieron muchos.

Fundadas en las leyendas que circulaban sobre sus ascendientes, ciertas familias tenían sacerdocios hereditarios, y eran los de los dioses y de los héroes, considerados como fundadores de su raza, ó que habían introducido su culto en la ciudad. Pero esta herencia religiosa, que en los antiguos tiempos había constituído su poder, no les valió en la época histórica más que honores, sin eximirles de ninguno de los deberes del ciudadano. Guardianes de la divinidad, de su templo, de sus tesoros y de las tradiciones de su culto, los sacerdotes no eran mas que funcionarios religiosos. Instruían á los ciudadanos en la práctica de los ritos, y rechazaban del altar nacional á los extranjeros que no tenían derecho de hacer sacrificios á las divinidades poliadas.

Así, por ejemplo, en Atenas, la sacerdotisa prohibió al rey espartano Cleomenes la entrada en el templo de Atenea. Una de las condiciones para ejercer el pontificado consistía en no tener ningún defecto físico (3), regla que debía pasar á la Iglesia cristiana.

---

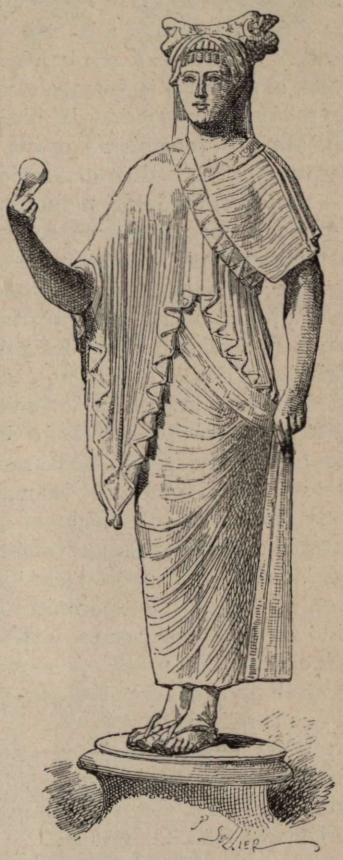
ofrendas para su templo. La inscripción termina con el anuncio de otro decreto sobre las primicias del aceite. Vése pues que el templo de Eleusis contaba con crecida renta, puesto que las primicias á que tenía derecho excedían del *diezmo* que nuestro antiguo clero sacaba de las cosechas; pero teníase cuidado de fijar cuál debía ser la parte de esa renta correspondiente á los sacerdotes y sacerdotisas, lo cual no se hacía en nuestras iglesias y conventos. Foucart, *Boletín de la Corresp. helén.* t. IV, p. 225, y t. VIII, p. 194.

(1) En Atenas, la administración de los bienes de Minerva estaba á cargo de diez tesoreros elegidos anualmente, uno por tribu. Formaban el inventario de las riquezas del templo en oro, plata, telas preciosas, y todo lo que se llamaba el κόσμος de la diosa, lo cual entregaban á sus sucesores, en sesión del consejo de los Quinientos. Las estatuas más antiguas, y con frecuencia las más veneradas, eran informes; engalanábanse con alhajas y túnicas, velos y cintas, y su tocado se cambiaba á menudo. El inventario del templo de Juno, en Samos, que aun se conserva, es muy extenso y curioso. Además de su guardarropa, la diosa tenía su servicio de mesa, ποτήρια, para los banquetes sagrados. Varias monedas de Samos demuestran que la costumbre de vestir así la antigua estatua de madera que representaba á Hera subsistía aún en tiempo del Imperio romano. Este uso, que continúa existiendo en la India, practicábase para con todas las divinidades, como se practica aún hoy para con las nuestras. Apuleyo (*Met.*, XI) representa á Isis coronada de flores y de una aureola luminosa, con vestido de varios colores y un manto negro salpicado de estrellas. Se conservan las inscripciones de una *ornatrix Dianæ*, Murat., 104, 4, y en Nimes de una *ornatrix fani* (*Rev. epigráfica del Mediodía de Francia*, 1885, n.° 36, p. 149). No era á la diosa solamente á la que sus fieles adornaban con magníficos velos: alrededor de ella y sobre su cabeza suspendíanse tapices ricamente bordados. Véase el curioso libro de M. de Ronchaud, *La tapicería en la antigüedad; El Peplos de Atenea; el decorado interior del Partenón*, 184. Singular contraste de las ideas y de las costumbres. El rey de Siria, Antíoco Epifanes, arrebató del templo de Jerusalén el velo que debía ocultar siempre al *Sancta Sanctorum*, y lo ofreció al Zeo de Olimpia, así como el sultán y el khedive ofrecen uno todos los años al santuario del Islam (De Saulcy, *Hist. del arte judaico*, p. 374; Clermont-Ganneau, *El velo del templo de Jerusalén en Olimpia*, 1878.

(2) Lewy, *De conditione mulierum Græcarum*, 1885. p. 18-22.

(3) ... ὁλόκληρον (Platón en el lib. VI de las *Leyes*, t. II, p. 355, ed. Didot). Esta regla era general. Véase Foucart, *Inscrip. inédita de la isla de Rodas*. Le Bas y Wáshington. *Inscrip. del Asia Menor*. O. Rayet. *Rev. arqueol.* 1874, II, p. 106.

Otra consecuencia de este hecho importante fué la falta de un cuerpo sacerdotal en Grecia: no hubo dogma para molestar á los filósofos, como no había tampoco «poder temporal de la Iglesia» para molestar al Estado. No habiéndose puesto el *Credo* bajo la custodia celosa de una clase interesada en conservarle en el fondo de un santuario, detrás de las puertas de bronce, Grecia debía llegar á ser, por excelencia, el país de la libre investigación en el dominio del pensamiento.



Venus (2).

Ese clero tan débil políticamente, estaba armado, no obstante, de un derecho de consideración: podía excluir al culpable de los sacrificios comunes, y atraer la maldición divina sobre la cabeza del sacrílego. De pie, con la cabeza vuelta hacia el Occidente, el sacerdote le maldecía, sacudiendo su vestidura, como si le rechazase del templo y de la ciudad (1); pero esta excomunión difería de la nuestra en un punto esencial. Siendo las divinidades numerosas, y honrándoselas de diverso modo en cada ciudad, la sentencia pronunciada en su nombre no tenía el carácter temible de las dictadas en nombre de un Dios único por una Iglesia universal, que no dejaba refugio al condenado. La excomunión griega recaerá á veces sobre toda una ciudad, y hasta sobre un pueblo entero; y entonces comenzarán las prolongadas guerras y las abominables matanzas que son habituales en las luchas religiosas.

Durante más de un siglo, los Alcmeónidas fueron blanco de piadosos resentimientos por no haber perdonado á los amigos de Cilón, suplicantes de Minerva; mientras que los Focidios, así como nuestros albigenses, estarán condenados al exterminio; y si Alcibiades hubiera entrado en Atenas después de haberle excomulgado los sacerdotes, habría sido arrojado al báratro.

---

(1) Lisias, *Contra Andócido*, 50-51. Véase en Egger, *Memorias de la Literatura antigua*, la fórmula de imprecación de los Teyanos, y en su *Memoria sobre los tratados públicos* la de los Anfictiones. He aquí la última que nos ha sido conservada por Esquino, *Contra Ctesifon*, 109-113. «Si alguno, sea ciudad, simple particular ó nación, contraviniere á este juramento, que se maldiga á esa persona, ciudad ó nación, como execrable y merecedora de toda la venganza de Apolo, de Artemisa, de Latona y de Atenea. Que sus tierras no produzcan ningún fruto; que sus mujeres den á luz monstruos en vez de hijos parecidos á sus padres; que la progenie de sus rebaños sea siempre deforme; que los habitantes salgan siempre derrotados en la guerra y en las deliberaciones públicas; que sean exterminados completamente, ellos, sus viviendas y su raza; que no puedan hacer sacrificios jamás en honor de Apolo, de Artemisa, de Latona ni de Atenea; y que estas divinidades jamás reciban con agrado sus ofrendas.» En la cita se han corregido dos palabras inexactas.

(2) Pequeña estatua de bronce de la colección de Luynes en el Gabinete de Francia. La diosa tiene una manzana en la mano derecha, y con la izquierda levanta los pliegues de su vestido. La cabeza está adornada con un alto *estefané* guarnecido de palmitas. *Gaceta arqueol.*, V (1879), pl. 16 y p. 94.

Tales eran los rasgos generales del politeísmo griego. A pesar de las reservas que ya hemos hecho en otro lugar respecto á la feliz influencia que ciertas creencias podían ejercer, preciso es confesar que una religión que presentaba á la mayor parte de los dioses entregados á las más vergonzosas pasiones, cometiendo el robo (1), el incesto y el adulterio, respirando odio y venganza, y que oscurecía la noción de lo justo, al paso que legitimaba el mal por el ejemplo de aquellos que hubieran debido ser la personificación del bien, no tenía la virtud necesaria para contribuir mucho al perfeccionamiento moral del individuo. Hasta es permitido ver en ella una causa activa de la desmoralización que se desarrolló en las edades sucesivas.

Siendo el fondo del politeísmo la adoración de las fuerzas productivas de la naturaleza, siempre hubo en su culto ritos peligrosos, é imágenes que llegaron á ser obscenas porque se quiso representar, por medio de símbolos materiales, las diversas concepciones del naturalismo (2). Si algunos no veían en el signo exterior más que la idea, ¡cuántos no acabarían por no ver ya más que la representación agradable á sus sentidos, y que les parecía justificar el desorden divinizándole! Por eso Aristóteles dirá al hablar, no de una ley existente, sino de una que está por hacer: «Solamente á los padres de familia se les debe permitir la celebración de ritos que puedan afectar el pudor de los niños; y se prohibirá á éstos asistir á las representaciones de comedias y dramas satíricos hasta que tengan la edad necesaria para preservarse por sí mismos de las malas influencias.» Esas leyendas de los dioses, llenas todas de sus amores, obligaron á la piedad y á la poesía á extenderse con cierta complacencia en detalles voluptuosos é impuros (3), siendo el menor de los males que de aquí resultó privar á los griegos de una de las gracias más encantadoras del arte, de la idea y del sentimiento, el pudor. Los adoradores de Venus no han conocido apenas el amor casto, y sus poetas no cantaron más que el placer. Entonces, por el desarrollo paralelo, aunque en sentido contrario, de las leyendas divinas y de la razón humana, el politeísmo quedó reducido á un estado, mortal para el culto, en el que la religión se separó de la moral, pues las ideas religiosas son transitorias y mudables, como todas las concepciones del espíritu, al paso que los instintos morales son eternos como la humanidad, y se desarrollan á medida que la conciencia del hombre se eleva y depura. La lucha entre esas dos fuerzas, cuando estalla, es necesariamente fatal á la primera.

---

(1) Durante las fiestas de Mercurio, en Samos, era permitido robar (Plutarco, *Cuestiones griegas*, § 55).

(2) Véase en los *Acarnianos* de Aristófanes el sacrificio de Diceópolis á Baco, V, 245 y sig.; y en Orígenes (*adv. Celsum*, IV, 48), las palabras de Crisipo respecto á la unión de Júpiter y de Juno. Aristóteles (*Política*, VIII, 4) pedía que se prohibiesen las representaciones obscenas, pero no se le escuchó. Las cortesanas de Corinto desempeñaban funciones religiosas (Ateneo, XIII, 32), y el severo dios de Delfos aceptaba en su templo una estatua dorada de «Friné la Tespiana,» mandada hacer por sus amantes (Pausanias, X, 14, 7).

(3) No me referiré más que á uno. En tiempo de Pausanias enseñábase cerca de Nauplia la fuente Καλάνθος. Ἐνταῦθα τὴν Ἥραν φασὶν Ἀργεῖοι κατὰ ἔτος λουμένην παρτένον γίνεσθαι (II, 38, 2).



SEGUNDO PERÍODO

DESDE LA INVASIÓN DORIA HASTA LAS GUERRAS MÉDICAS

(1104-490)

AISLAMIENTO DE LOS ESTADOS.—REVOLUCIONES INTERIORES.—COLONIAS

CAPITULO VII

ESPARTA Y LICURGO

I. — LA LACONIA. — SUS PRIMEROS REYES

De la mole confusa de las montañas de la Arcadia despréndense las dos cordilleras del Taigeto y del Parnón, que se prolongan hacia el Sud hasta los cabos Ténaro y Malea, azotados á menudo por la tempestad. «Cuando estés á punto de doblar el cabo Malea, decían los marineros, olvida lo que has dejado en casa (1).» Entre esas montañas corre el Eurotas, que se precipita como un torrente hasta más abajo de Esparta (2), y allí se encuentra una llanura ligeramente inclinada, por donde su curso, menos rápido, sigue hasta el mar lentamente.

Un valle, estrechado entre las empinadas vertientes de las montañas como entre dos muros, accidentado por numerosas colinas, y abrasado en verano por los ardores de un sol casi tropical que las brisas marinas no templan, mientras que por arriba se destacan los altos picos del Taigeto, con frecuencia cubiertos de nieve: tal es el aspecto que presenta el país llamado *Lacedemonia Hueca* (3).

---

(1) Estrabón, VIII, VI, 20. Mezières, *Descripción de la Laconia*, en los *Archivos de las Misiones*, t. III, p. 379.

(2) Homero no conoce para esta ciudad más nombre que el de Lacedemona (*Ilíada*, II, 581; III, 239, 244, etc.). Esparta se hallaba á 20 estadios, ó menos de una legua, al Norte de Amicles, una de las más célebres ciudades del Peloponeso en los tiempos heroicos, morada de Tindaro y de los Dioscuros.

(3) Κοίλην Λακεδαίμονα... *Ilíada*, II, vers. 581. Las cifras siguientes justifican el epíteto homérico. El Parnon tiene, en la frontera de Cinuria, 1958 metros, y al Este de Lacedemonia 1549; por la parte de Arcadia, las montañas alcanzan 1154, y el Taigeto 2567; en la costa, las alturas son de 823 hacia Tiros, 1138 hacia Zarax, 1805 en el cabo Malea, 929 hacia Helos, y 1302 en la pequeña cordillera del Ténaro.

Por su naturaleza y su clima, este país era el más propio para endurecer á los hombres, dotándoles de un carácter enérgico; no deja de ser fértil, pero no da frutos sino á costa de penosos trabajos. Como sólo hay una llanura, aunque verdaderamente deliciosa, la que el Eurotas baña en su curso inferior, se ha de labrar la tierra en las laderas de los montes. Por lo demás, la vid crece hasta la cima del Taigeto, entre bosques de plátanos, y produce en algunos collados los vinos celebrados por Alcman y Teognis; en otras partes, junto á la más rica vegetación, hállase un suelo árido y ferruginoso.

Para un pueblo batallador, las minas de hierro de Laconia eran un recurso precioso; y por otra parte, el país estaba también admirablemente dispuesto para llevar la guerra á otros, sin temor de ser atacado á su vez; era una verdadera fortaleza donde no se podía entrar sino por el Noroeste, por el valle del Eurotas, de fácil defensa, ó por el de Selasia, casi impracticable en su extremidad superior (1). Por el lado de Mesenia no había más que un sendero estrecho y peligroso á través del Taigeto. Todos estos caminos desembocaban en un mismo punto: Esparta. Eurípides pinta en dos versos la Laconia cuando dice: «País rico en productos, pero difícil de cultivar; cercado por todas partes de una barrera de escabrosas montañas, casi inaccesible al enemigo.»



Moneda de Esparta (2).

Parece que el primer rey de Laconia era autóctono y se llamada Lelex, lo cual quiere decir que un pueblo de este nombre había dejado allí los más antiguos recuerdos. Ciertos indicios de la mitología local relacionan estos Leleges con el Oriente y con los pueblos navegantes del mar Egeo. Así, pues, en el cabo Ténaro reinaba un hijo de Neptuno, el argonauta Eufemos, tan ligero en la carrera, que apenas rozaba al paso la cresta de las olas; y en las rocas de Talamés habían nacido los Dioscuros, esos gemelos que, para guiar á los marinos, encendían en el cielo sus fuegos protectores antes de que el Sol extinguiera sus últimos rayos. El nieto de Lelex, Eurotas, mandó abrir una especie de canal para conducir al mar el agua estancada de la llanura. No teniendo descendencia masculina, Eurotas dió su hija Esparta y su reino á Lacedemón, hijo de Taigeta y de Júpiter. Tal es la fértil imaginación de los pueblos jóvenes, que algunos nombres les bastan para crear toda una historia y largas genealogías.

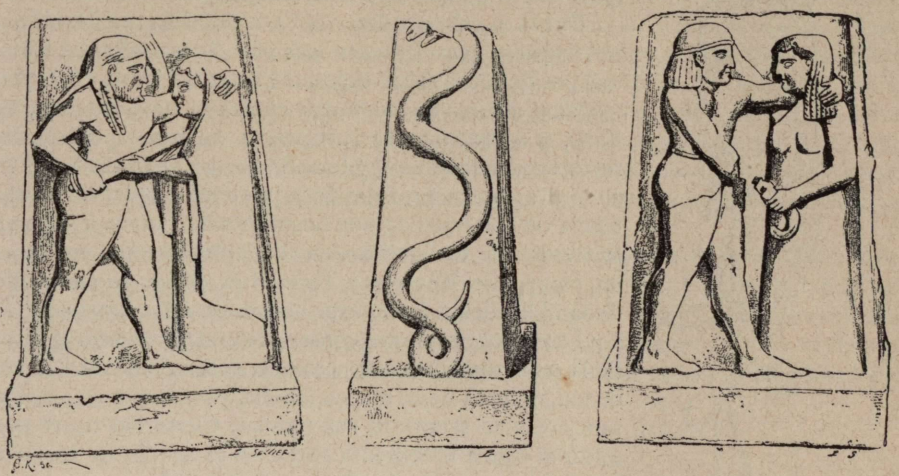
Uno de los sucesores de ese Lacedemón, Tindaro, fué esposo de Leda, madre de los Dioscuros, de Elena y de Clitemnestra. Habiéndole usurpado el trono su hermano Hipocón, Hércules se lo devolvió, con la condición de que lo legara á los Heráclidas cuando muriese; pero olvidando la promesa, dió sus Estados, con su hija Elena, al Atrida Menelao: Hermiona, heredera de este príncipe, casó con Orestes. Reinando su hijo Tisamenos, los Heráclidas se presentaron á reclamar el trono prometido á los descendientes de Hércules. Laconia tocó en suerte á los hijos de Aristodemo, Euristenes y Procles, y como eran gemelos, se resolvió que los dos fuesen reyes, porque la Pitonisa lo había ordenado así. Fueron fundadores de las dos

(1) El camino que va de Laconia á la Argólida, era en la antigüedad lo que aun es hoy, uno de los más escabrosos y salvajes de Grecia (Chateaubriand, *Itin...* p. 87).

(2) ΣΠΑΡΤΗ. Cabeza de Esparta con diadema, á la izquierda. ℞. ΑΑ. ΕΠΙ ΕΥΡΥΚ-ΛΕΩΣ. A la derecha una corona de laurel en la que se representa á los Dioscuros á caballo, lanza en ristre, galopando, y con una estrella en la cabeza. Esta moneda es de bronce.

casas reales de los Agidas y de los Euripontidas, que reinaron simultáneamente en Esparta más de novecientos años. La rama principal tomó el nombre del hijo de Euristenes, Agis; y la segunda el del nieto de Procles, Euripón (1).

Los nuevos dueños de Laconia, en vez de dispersarse por los campos, concentráronse en un lugar sembrado de colinas de fácil defensa, en Esparta, á fin de man-



Bajos relieves espartanos (2).

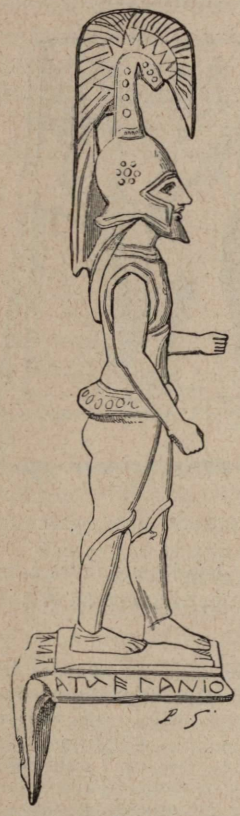
tenerse en guardia contra toda sorpresa. Al principio habían dejado sus leyes á los antiguos habitantes; y bajo el reinado de Euristenes los laconios vivieron en el mis-

---

(1) Según conjetura muy verosímil de Curcio, que se funda en un fragmento de Eforo, en Laconia debió haber, después de la invasión doria, una especie de *hexápolo* formado por las seis ciudades de Esparta, Amiclea, Faris, Egis, Las y Boees ó Gerontrea, cada una de las cuales tenía su príncipe ó monarca. Estos reinos se reducirían sin duda poco á poco á uno solo, sobreviviendo, sin embargo, dos familias reales. De aquí esa singularidad de que hubiera dos reyes en Lacedemonia (Herodoto, V, 72). Este doble poder real, que no tuvieron los demás Estados dorios, ha debido provenir, á la verdad, de alguna circunstancia que no está á nuestro alcance. Los Taltibiadas, que conservaron hereditariamente el cargo de heraldos públicos, pretendían descender también del heraldo de Agamenón; y muchos usos y tradiciones de la época aquea, es decir del tiempo de los Pelópidas, se conservaron en Esparta. Estos hechos confirman la opinión de Schœmann, quien cree que el hexápolo de que Eforo nos habla estaba constituído en el tiempo de los Pelópidas. También piensa que la capital doria fué un conjunto de cinco aldeas vecinas, pero separadas, una de las cuales tenía el nombre de Esparta. Por último, es posible que se deba rebajar la fecha de la invasión doria del undécimo al noveno siglo.

(2) Bajos relieves muy arcaicos en mármol azulado, descubiertos en Magula, cerca de Esparta, y conservados en el museo de esta ciudad. Según los *Annali dell' Instit.*, 1861. Las figuras, pesadas y fornidas, recuerdan las de los más antiguos metopas de Selinunte. Las dos escenas que representan no han tenido aún explicación satisfactoria: unos reconocen en la primera á Anfiaraos y Erifila, teniendo esta última en la mano el brazalete que le indujo á vender á su esposo; otros suponen que es Orestes encontrando á su esposa Electra; y hay quien dice que las dos figuras representan á Zeo y Alcmena. En la segunda escena, unos ven á Alcmeón, hijo de Anfiaraos, vengando en su madre la muerte de su padre; pero otros sostienen que es Orestes en el acto de dar muerte á su madre Clitemnestra; no faltando quien asegure que es Menelao amenazando á Elena después de la toma de Troya. Por último, ciertos sabios se fundan en la presencia de las serpientes, esculpidas en cada uno de los lados, para tenerlo por un monumento funerario. Véase H. Dressel y A. Milchhofer, *Die antiken Kunstwerke aus Sparta und Umgebung*, en las *Mittheilungen d. d. archaol. Instit. in Athen.* II (1877), p. 301, n.° 6.

mo pie de igualdad con los conquistadores; pero Agis revocó esta concesión. Solamente los dorios ó esparciatas tuvieron derechos políticos; mientras que los laconios, pasando á ser sus súbditos, no gozaron sino de los civiles. Los más admitieron este cambio de condición; los habitantes de Helos, que se negaron á aceptarle, fueron derrotados y sometidos á la servidumbre, sufriendo igual suerte los que siguieron su ejemplo.



Guerrero peloponeso (2).

Tal es el relato ordinario. Ya se ha visto que los dorios no ocuparon por el pronto más que el alto valle del Eurotas, por donde habían llegado. Pausanias habla de la prolongada resistencia de varias ciudades, de Gerontrea, de Faris, y sobre todo de Amiclea, la antigua capital de los reyes aqueos, que no fué tomada hasta el reinado de Telecles, una generación antes de la primera olimpíada. La existencia de dos reyes en una misma ciudad induce á suponer la reunión de dos pueblos en ella, como sucedió en Roma en tiempo de Rómulo y Tacio. Los dorios se vieron sin duda obligados á hacer esta concesión á los aqueos; y de aquí esos dos reyes que conservaban algunas prerrogativas de la monarquía heroica, pero que, contrariamente á la tradición, no eran de la misma familia, puesto que no mezclaron jamás su sangre ni sus tumbas. Cierto día no se permitió al Agida Cleomenes entrar en el templo de Minerva en Atenas, porque era de raza doria: «No, contestó, soy aqueo (1).»

Los espartanos no tenían el espíritu vivaz y movible de los habitantes de la Jonia, y esencialmente conservadores, continuaron con su doble monarquía, por más que no respondiese ya á una necesidad política, aun después de la sumisión de toda la Laconia. Entonces tuvieron el carácter de raza dominante y opresora, la cual excitó odios cuya explosión no pudieron contener sino por medio de una continua vigilancia, que se impusieron como una necesidad, á cuyo fin no quisieron encerrarse entre murallas. Por esto fué Esparta una ciudad abierta, y su pueblo estuvo siempre sobre las armas, sujeto á severa disciplina, como ejército acampado en país enemigo. Los espartanos formaron por sí solos el Estado, y ellos solos tuvieron el derecho de asistir á las asambleas donde se hacían las leyes, y de aspirar á los cargos públicos. Sometidos á ellos estaban sus súbditos: en las aldeas de la llanura ó en las del Taigeto, vivían los *laconios*, propietarios de sus campos, pero obligados á pagar impuestos á los reyes; y en la campiña los *ilotas*, esclavos de la gleba, condenados á labrar la tierra para sus señores.

Los dos primeros reyes, Euristenes y Procles, vivieron siempre en desacuerdo; nada era más propio para debilitar su poder, pero precisamente esto fué lo que les salvó. La aristocracia doria conservó esta doble monarquía, necesariamente inofen-

(1) Herodoto, V, 72.

(2) Pequeña estatua en bronce descubierta en Laconia, en el terreno que ocupaba la antigua ciudad de Selinunte, según los *Mittheilungen d. d. archäol. Instit. in Athen.* III (1878). Taf. I, n.° 2. – El guerrero, armado de casco y coraza, va de marcha. En el plinto se ve grabada en caracteres de fines del siglo VI, la inscripción siguiente: Καρίλος ἀνέθεκε τοῖ Μαλεάται, «Carillos ha consagrado á (Apolo) Maleates.» Esta figurita representa por tanto un *ex-voto*.

siva, así como los patricios de Roma eligieron dos cónsules para no tener un amo. Siguiendo el ejemplo de las dos casas reinantes, todas las familias se dividieron; la igualdad establecida después de la conquista por la primera repartición de las tierras desapareció así en las fortunas como en las condiciones, y hasta entre la raza dominante hubo opresores y oprimidos, ricos y pobres. Resultado de esto fueron los sacudimientos que hicieron vacilar el Estado, y á consecuencia de los cuales se expulsó del país á varios de los conquistadores. Un nieto de Tisamenos, Teras, condujo una colonia á la isla que tomó su nombre; otros fueron á establecerse al Oeste del Peloponeso, en la Trifilia; mas á pesar de estas discordias, Esparta halló, en el vigor de la savia bárbara, el medio de hacer nuevas conquistas. Atacó á los cinurios, que saqueaban sucesivamente la Argólida y la Laconia, y los arrojó de su territorio. Habiendo intentado los argivos apoderarse de aquel pequeño país, Esparta se revolvió contra ellos y batiólos, dando esto origen á una contienda que duró varios siglos.

Esta situación de los conquistadores de Laconia, rodeados de enemigos en medio de su conquista, y amenazadas sus fronteras por pueblos belicosos, imponíales la obligación de vivir estrechamente unidos, pues las disensiones intestinas podían comprometer aquella disciplina y aumentar el peligro exterior. Licurgo se impuso la misión de consolidarla, estrechando los lazos que encadenaban á los ciudadanos al Estado.

II. — LICURGO Y SUS LEYES

Respecto á Licurgo y á sus leyes, hay dudas que la crítica moderna no ha podido disipar; lo que vamos á decir tiene más de tradición que de historia; sucediendo lo mismo con la mayor parte de los hechos anteriores á las guerras Médicas (1).

Créese que Licurgo nació en el siglo IX (2), y que era hijo del rey Eunomos, quien separando, cierto día, á unos hombres que reñían, recibió una cuchillada de cuyas resultas murió. Su hermano mayor, Polidectes, tuvo también un fin prematuro, y Licurgo fué rey mientras se ignoró el embarazo de la reina, su cuñada, la cual se ofreció á matar al niño que llevaba en su seno con la condición de que Licurgo la admitiese como esposa. El rey engañó sus culpables deseos y salvó al hijo de su hermano. Irritados los magnates por su acertada administración durante la minoría del joven Carilao, obligáronle á desterrarse, y entonces viajó largo tiempo para entablar relaciones con los sabios y estudiar las costumbres de las naciones extranjeras. En la isla de Creta, instruyóle en las leyes de Minos el poeta Taletas, que cantaba sus versos acompañándose de una lira, y á quien llamó después á Esparta para que le ayudase á calmar los ánimos. Del Asia Menor no se llevó más que las poesías de Homero; pero los sacerdotes egipcios le contaron entre sus discípulos. Los espartanos de los últimos tiempos suponían que llegó hasta la India para interrogar á los

(1) Al principio de su «Vida de Licurgo,» Plutarco dice: «No se puede asegurar nada sobre él, pues son muy diferentes los relatos acerca de su origen, de su muerte, de sus leyes mismas, y la forma de gobierno que estableció.

(2) Eratóstenes representa á Licurgo como contemporáneo de un rey de Elida, llamado Ifitos, que al parecer renovó la institución de los juegos olímpicos, atribuída á Hércules y á Pelops, 108 años antes de la olimpíada de Corebos, la cual se fija en el año 776, en cuyo caso Licurgo debió florecer hacia el año 884. Según Tucídides (I, 18), la legislación llamada de Licurgo debe ser «anterior en cuatrocientos años ó más al fin de la guerra del Peloponeso.» Como ésta terminó en 404, resulta que la constitución espartana debe datar, según Tucídides, de algo antes de 804; pero esta legislación no se escribió nunca... *Solitum est ut Lacedæmonii... ea quæ pro legibus observarent, memoriæ mandarent (Instituta* de Justiniano, lib. I, tít. 2, cap. 10).

sabios brahmas y visitar aquellos lugares, cuna del sol, de donde debía salir toda luz, según parecer de los antiguos. Estos viajes eran muy largos y difíciles para los hombres de aquel tiempo; Licurgo no los hizo, y los sacerdotes de Egipto ó de la India no le enseñaron nada.

La relación de las instituciones de Esparta con las de Creta es evidente. La división en esclavos, en vencidos de condición libre y en conquistadores, la distribución de estos últimos en tres tribus, las comidas públicas, la influencia de los ancianos, y un senado compuesto de ellos, son cosas que también vemos en dicha isla; pero la verdad es que existían en todos los pueblos dorios, á causa de los usos comunes á la raza entera y de necesidades políticas resultantes de situaciones análogas. Licurgo no inventó, pues, su legislación, como tampoco la importó ya hecha de los países extranjeros, pues las leyes duraderas nacen de las costumbres, y los legisladores se limitan á redactarlas después. Licurgo hizo renacer y coordinó antiguos usos, precisó lo que era vago, completó lo que resultaba imperfecto; y con elementos dispersos, pero vivaces, formó un cuerpo de leyes rigurosamente encadenadas.

A su regreso, después de una ausencia, que se supone fué de diez y ocho años, halló la ciudad en estado de gran perturbación; el pueblo comprendía la necesidad de una reforma, y de consiguiente el momento era favorable. A fin de agregar á la autoridad de su nombre la de Apolo Délfico, dios nacional de los dorios, consultó al oráculo sobre sus proyectos, y la Pitonisa le saludó dándole el nombre de amigo de Júpiter.

Fuerte con el apoyo del dios, ganado ó cómplice, comenzó por interesar en sus designios á un partido considerable y poderoso; de manera que pudo contar con la fuerza en caso de necesidad para que se aceptaran sus leyes. Carilao era uno de sus más celosos partidarios.

Todos los males de Esparta resultaban de la anarquía, causa de extremada riqueza para unos y de la mayor pobreza para otros; colocados frente á frente éstos y aquéllos, destrozábanse á la vista de los vencidos, que sin duda esperaban aprovecharse de estas discordias para sacudir un yugo aborrecido. Como el mal que mataba al Estado era la desigualdad, Licurgo se propuso curarle por la igualdad.

Cuando la invasión, los dorios, ateniéndose á su costumbre, se repartieron por suerte las tierras conquistadas; pero no subsistió mucho tiempo la igualdad de los lotes, κλῆρος. Licurgo se propuso restablecerla renovando el antiguo uso agrario. Dividió las tierras reservadas á los espartanos en porciones iguales. Según Plutarco, hizo 39.000 partes de la Laconia, señalando 30.000 para los habitantes de ésta, y 9.000 para los espartanos. Estas últimas, mucho mayores que aquéllas, comprendían las mejores tierras del país, pero eran poco más ó menos iguales entre sí, ya que no por la extensión, al menos por el valor y las rentas (1).

---

(1) Los autores difieren sobre la cifra de los lotes. Estas variantes y el silencio de Herodoto, de Tucídides, de Jenofonte, de Platón y de Aristóteles, indujeron á MM. Lachmann, Kortum, Kopstadt y Grote á creer que ese reparto no se hizo nunca; el último, ni siquiera atribuye á Licurgo más que leyes concernientes á la educación de los niños y á las comidas públicas. *Licurgo*, dice, *es más bien el iniciador de una hermandad militar que el autor de una constitución política* (t. II, p. 525). Concedo que Licurgo no pudiese repartir todas las tierras de Laconia, puesto que este país no estaba en su tiempo conquistado del todo; pero como la constitución de Esparta y las ideas que de ella se formaban en la antigüedad tenían por base la igualdad de los bienes, no dudo que ésta se haya establecido algún día mediante una distribución de tierras. Tal es la opinión sostenida en la mayor parte de los escritos que de esta cuestión tratan, los de Hermann, de Tittmann, de Wachsmuth, de Manso, de O. Muller, de Schœmann, de Thirlwall y de Curcio. El amor al dinero, uno de los rasgos del carácter espartano que Aristóteles pone de relieve, probaría en caso necesario que ese vehemente deseo de poseer bienes muebles resultaba de la dificultad de tenerlos inmuebles, por

La población formaba tres clases: *espartanos*, *provinciales* ó *periecos* é *ilotas*. Los primeros, el pueblo soberano, eran descendientes de los conquistadores dorios, vivían reunidos en Esparta, y llamábanse los «iguales,» οἱ ὅμοιοι. Los provinciales ó *periecos*, eran los antiguos aqueos, los que no habían huido con Tisamenos á Egialea, los extranjeros que acompañaron á los conquistadores, y hasta dorios que habían perdido la categoría de ciudadanos por una causa ú otra, como por ejemplo la imposibilidad de contribuir con lo que cada cual debía dar para las comidas públicas.

El espartano y el ilota no se pueden separar, porque se completan uno á otro.

Los laconios ó provinciales, llamados periecos, «los que habitan alrededor de la ciudad sin estar comprendidos en ella,» cultivaban las laderas de las montañas y las orillas del mar. Ocuparon las *cien ciudades de Laconia*, míseros caseríos, representados los más en Esparta por una hecatombe anual. No tenían derechos políticos, la administración de sus concejos estaba sujeta á la vigilancia de los espartanos; debían pagar tributo, probablemente la mitad del producto de sus tierras (1), y prestar el servicio militar. Diez mil de ellos debían combatir más adelante en Platea como auxiliares de cinco mil espartanos, y Leónidas mandar á setecientos en las Termópilas. Los eforos, y sin duda antes de ellos los reyes, tenían el derecho de ordenar su ejecución sin previo juicio (2). Disfrutaban sin embargo de ciertas ventajas que suavizaban lo duro de su situación: si no tenían los derechos de los espartanos, en cambio no se les sometía tampoco á sus austeras costumbres, y ejercían la industria y el comercio, despreciados por los conquistadores; esto no era gran cosa, por cuanto á los espartanos les estaba prohibido el lujo; pero hallaban compensacion en la magnificencia que el Estado desplegaba en sus templos y sus solemnidades. Hasta de fuera del país se pedían ciertos productos de su industria. Brasidas demostró en sus expediciones lejos del Peloponeso qué servicios podían prestar; y cuando Esparta tuvo escuadras, los periecos formaron las tripulaciones. Estos servicios, y las riquezas que les era lícito adquirir, permitieron á varios de ellos aspirar á las dignidades. Supónese que Lisandro, Calicrátidas y Gilipos eran de esta clase; y á la verdad, varios de los vencedores en Olimpia y algunos artistas formaban también parte de ella. Antes de la guerra del Peloponeso había desaparecido ya todo indicio que pudiera dar á conocer las diferencias físicas que en un principio distinguían á los periecos de los espartanos; todos hablaban dorio, por más que se hubiesen mantenido severamente las líneas de demarcación política.

No se ha de buscar en Lacedemonia la política que fué una de las causas activas de la fortuna de Roma, es decir la fácil concesión del derecho de ciudadanía, pues todo el espíritu de su constitución era contrario á ella. Herodoto asegura que solamente dos hombres obtuvieron ese derecho: el adivino Tisamenos y su hermano Hegias. Tisamenos, á quien el oráculo de Delfos había prometido grandes triunfos, se hallaba con el ejército de los griegos en Platea; los espartanos, muy supersticiosos, sobre todo tratándose de su dios nacional, Apolo, quisieron que aquel hombre

---

más que muchos hombres de Esparta acabaron al fin por poseerlos. Pero ¿cómo fué así, puesto que esos lotes se consideran generalmente inalienables é indivisibles? Antes de la guerra del Peloponeso, por la extinción de un gran número de casas primitivas; y después de esta guerra, por la ley del éforo Epitadeos, que autorizaba al padre á disponer de sus bienes según le pareciera. Aristóteles dice que vender ó comprar un lote de tierra era herir profundamente el sentimiento público; pero que había la mayor libertad para los legados y las donaciones, libertad que bastaba para producir la concentración de los bienes en un reducido número de manos.

(1) Es la renta que los mesenios vencidos debieron pagar (Tirteo, ap. Pausanias, IV, 14, 3).

(2) Debe haber alguna exageración en el cuadro que Isócrates traza sobre la condición de los periecos.

predestinado fuera uno de los suyos, para compartir con él su fortuna; y el adivino no consintió sino con la condición de que su hermano fuera también ciudadano de Esparta (1). Toda aristocracia limitada debe perecer; no es de extrañar, pues, que Esparta cayera por falta de hombres, ὀλιγανδρία, que dice Polibio.

Ya hemos visto cuál era el origen de los ilotas. Figuraban en número más considerable que los esclavos de cualquiera otra ciudad griega, representando la esclavitud en su forma más completa (2). Esta servidumbre era doble; el ilota tenía dos amos: el espartano cuya tierra cultivaba, y el Estado; pertenecía á todos y á uno solo; y su voluntad y su vida estaban en manos de Esparta, que hacía lo que se le antojaba de una y otra. Sin embargo, la autoridad del amo tenía un límite; no podía matar ni vender fuera del país á sus ilotas, que permanecían sujetos al terruño como lo estuvieron más adelante los siervos de la Edad media: esta situación fija y estable era para ellos hasta un elemento de bienestar. Como el espartano observaba un régimen de vida sencillo é invariable, limitábase á exigir de los ilotas que cultivaban su tierra un impuesto en especie que era, siempre el mismo, suficiente para alimentarse él y los suyos: fuera de esto, no exigía nada, y el resto de los productos quedaba en favor del esclavo, el cual podía formarse un peculio y dulcificar así las condiciones materiales de la vida. Tampoco debía renunciar para siempre á la esperanza de ser libre; podía conseguirlo por la manumisión y merecer ésta por servicios en el interior ó por su valor en la guerra, porque el Estado le ocupaba en sus trabajos, y con frecuencia le concedía el honor de combatir en defensa de la patria común. Los ilotas emancipados formaban la clase de los neodámodas.

Esta posición no habría sido intolerable, ni el término ilota hubiera llegado á ser expresión de cuanto hay de más espantoso en la esclavitud, si su condición se hubiese reducido simplemente á lo que acabamos de indicar; pero esa clase activa, industriosa, y sobre todo considerable por el número, tenía á los espartanos en perpetua alarma. Para el esclavo es peligroso infundir temor al amo, y Esparta tuvo contra los suyos un código más atroz que nuestro código negro. Por lo pronto los degradó; un traje especial, que debían llevar siempre, servía para reconocerlos; prohibióseles cantar himnos guerreros de los espartanos; y para burlarse de sus vicios, ó presentarlos como ejemplo que sirviera de lección á los hijos de aquéllos, obligaron á los ilotas á embriagarse. Además de esto ¡cosa horrible! Esparta debilitaba á esa clase temida haciendo correr su sangre. Todos los años, á creer ciertos relatos, enviábase contra los ilotas á varios espartanos jóvenes armados de puñales para que se ejercitasen la mano, acostumbrándose á ver sangre. Todos los infelices á quienes se encontraba en los caminos pasada cierta hora eran asesinados, y esta caza de hombres tenía un calificativo especial: llamábase *criptia*. Algunas veces, la ejecución no se verificaba en detalle, sino en masa. Tucídides refiere que en cierta época, «como tuviese Esparta motivos para temer una insurrección de los ilotas, invitó por anuncio público á todos aquellos que por sus servicios pasados creyesen haber merecido la libertad, á presentarse para reclamar la recompensa á que se considera-

(1) Herodoto, IX, 33. Sin embargo, cita un tercer extranjero que se hizo espartano, Clitiades de Elis. Creo que Aristóteles habla de numerosos ciudadanos que alcanzaron esta gracia de los primeros reyes. A los extranjeros se les autorizaba para asistir á las fiestas de Esparta; Licas tenía para ellos mesa puesta (Jenofonte, *Memor.*, I, 2, *ad fin*).

(2) En la p. 10 he dado la cifra de los ilotas según Clinton; Schœmann la hace llegar hasta 224.000; pero siempre hay mucha incertidumbre respecto á las que provienen de los antiguos, ó las que se determinan por sus datos. Digamos solamente que el número de ilotas era muy superior al de espartanos. El término ilotas se deriva del nombre de la ciudad de Helos, que no fué tomada hasta después de la época de Licurgo. Otros la suponen derivada de Εἵλωτες, los prisioneros.

sen acreedores. Los más bravos y más ansiosos de libertad acudieron; de su número total eligiéronse dos mil como los más dignos; y llenos de alegría reuniéronse, coronados de flores, alrededor de los templos, á fin de dar gracias á los dioses. Poco tiempo después, los lacedemonios los hicieron desaparecer; ignórase cuál fué su suerte; pero nadie volvió á verlos más.» Este hecho, referido sin ninguna vacilación por un historiador que no es hostil á los espartanos, induce á creer que no hay demasiada exageración en lo que los antiguos nos dicen de la *criptia*. Un hábil crítico (1) no ve en esa extraña institución más que una ley de orden público como las que tantas veces se han hecho, una medida de policía contra los vagabundos y las reuniones nocturnas; pero aun en este caso, con una penalidad atroz. La explicación es buena; Esparta, en efecto, así como una plaza fuerte sitiada, debía valerse de los más duros rigores que jamás establecieron las leyes militares para asegurar su defensa. Aristóteles, á quien no se acusará de benevolencia para con los esclavos, decía: «Los tratamientos bárbaros inferidos á los ilotas harán de éstos otros tantos enemigos y conspiradores (2).» Y por eso sin duda conspiraban sin cesar, y se aprovecharon de todos los peligros que amenazaron á Lacedemonia (3).



Licurgo, en una moneda de Esparta (4).

El espartano no parece completo sin el ilota. Combate, se ejercita ó delibera; mas apenas sale del campamento, del platanista ó del consejo, ya no le queda nada qué hacer, y disfruta de todo el ocio que Aristóteles exigía para el ciudadano perfecto. A fin de tenerle siempre apercibido para su servicio, la ciudad le prohibe, aunque no le necesite por el momento, toda ocupación doméstica; de modo que es preciso que el ilota trabaje para él y le alimente, dándole la mitad del producto de sus tierras. Suprímase el ilota, y ya no habrá espartanos, porque las leyes de Licurgo dejarán de ser cuando el hacha y la azada sustituyan á la lanza en manos de sus dorios, cuando olviden la guerra para dedicarse á la agricultura y al comercio. El trabajo de los unos es consecuencia del ocio de los otros. Esta es la razón de que esa esclavitud fuese hasta el último día condición necesaria de la existencia misma de Esparta; esclavitud que se agravó á medida que ésta, debilitándose, hízose más suspicaz y recelosa.

Pero el espartano no conserva su título y su categoría sino en dos condiciones: es preciso que se someta á la severa disciplina de Licurgo, y que dé lo que la ley le exige para las comidas públicas. Si no cumple estas obligaciones, pierde sus derechos. Todo espartano tiene una participación asegurada en el gobierno, como rey, como senador ó como simple ciudadano. En efecto, su gobierno es democrático, es decir que los ciudadanos, considerados cada uno de por sí, forman una sociedad de iguales; pero todo el imperio de Esparta es una aristocracia que hasta degenera en oligarquía; tanta es la desproporción entre la masa de los habitantes del país y el número, relativamente escaso, de los que le gobiernan (5).

---

(1) M. Wallon, *Investigaciones sobre la criptia.*

(2) *Pol.* II, 7.

(3) Con frecuencia se han confundido los términos *espartanos* y *lacedemonios*. El primero designaba más bien la clase dominante; el segundo los dueños de Laconia y los periecos; pero dábase el caso de aplicar el nombre de lacedemonios únicamente á los espartanos.

(4) ΛΥΚΟΡΓΟΣ. Cabeza de Licurgo á la derecha. Ꝛ. Maza formando el mango de un caduceo; en el campo, ΛΑ(ΚΕΔΑΙΜΟΝΙΩΝ) y dos monogramas de nombres de magistrados. El todo en una corona de laurel (moneda de bronce).

(5) M. Wallon (*Historia de la esclavitud*, etc., t. I, cap. III, p. 108) piensa que en la época en que se dió la batalla de Platea se contaban unos 8.000 espartanos, ó con las mujeres y los niños,

He dicho que todos los espartanos eran iguales; pero Licurgo quería además que estuvieran estrechamente unidos por una especie de fraternidad de armas, y conservó la división en tres tribus hermanas: helenos, dimanos y panfilios, que no se distinguían entre sí más que por el privilegio único que tenía la primera de contar en su seno las familias reales. Cada tribu se distribuyó en 10 secciones llamadas *obeas*, subdividida cada cual en 30 *triacadas*, ó sea un total de 30 de las primeras y 900 de las segundas. Cada triacada comprendía 10 familias, y así resulta el número de 9.000, que era el de los lotes de tierra destinados á los espartanos, y el de los hombres que podían tomar las armas.

Todos los meses, reuníase la asamblea pública durante el novilunio: el Heráclida no tenía en ella más influencia legal que el último de los ciudadanos, y la asamblea votaba sin deliberar, contestando con un *sí* ó un *nó* á las proposiciones que los magistrados presentaban. Hasta más adelante no se introdujo el uso de discutir y de presentar enmiendas, y aun fué necesario que el orador obtuviera de los magistrados autorización para hablar. Después hubo también la pequeña y la grande asamblea; la primera se reunía para nombrar magistrados y sacerdotes, y la segunda para resolver sobre cuestiones de mucha importancia, como la paz y la guerra, las reformas de la constitución y la sucesión al trono vacante.

Superior á esta asamblea fué el senado, en la verdadera acepción de la palabra, γερουσία, que luego se formó. Era de institución democrática, puesto que no se exigía á sus individuos condición de nacimiento ni de fortuna; pero tenía, no obstante, algo de aristocrático, y para ser senador era preciso haber cumplido sesenta años. A causa de este requisito, que no permitía la entrada sino á los ancianos, aquel cuerpo tuvo ese espíritu particular que se encuentra en la política habitual de Esparta, caracterizada por la lentitud, la circunspección, una prudencia con frecuencia excesiva, é igual desconfianza respecto á los hombres y á la fortuna.

El senado se componía de treinta individuos elegidos en las treinta *obeas;* en este número comprendíanse los reyes, cada uno de los cuales representaba su obea, y por lo demás no tenían otro privilegio sino el de un voto preponderante, concedido al rey Agida. El senado deliberaba sobre las proposiciones que convenía presentar á la asamblea, juzgaba á los criminales, y ejercía una parte de las funciones censoriales que los éforos usurparon después. Los senadores se elegían de una manera singular: hacíase desfilar sucesivamente á todos los candidatos ante el pueblo, que saludaba á cada cual con aclamaciones más ó menos clamorosas; algunos ancianos, encerrados en una habitación próxima, desde donde nada podían ver, notaban quiénes habían sido aclamados más ruidosamente, y en éstos recaía la elección. Como senadores vitalicios, eran inamovibles é irresponsables, lo cual contribuía á comunicarles un carácter aristocrático, pues nada era más contrario á la democracia que una función política conferida á perpetuidad, y una asamblea cuyos individuos no vuelven al cabo de cierto tiempo á confundirse entre la multitud.

Se conservaron los dos reyes, que no debían tener ningún defecto físico. Ya hemos visto en qué reducidos límites se encerraba su influencia, tanto en el senado como en la asamblea: era poco más ó menos la que tuvieron los reyes de la edad heroica; y manteniendo este carácter, la monarquía se salvó en Esparta, mientras que sucumbía en todas partes. Sometidos al mismo régimen de vida y á iguales costumbres que los simples ciudadanos, no se distinguían de éstos sino por varias pre-

---

31.400; 120.000 periecos y 220.000 ilotas, lo cual supone una población sometida diez veces más numerosa que la clase dominante. Las cifras de Clinton difieren mucho de estas, sin ser por eso más seguras. Sin embargo, no admite la menor duda la enorme desproporción que existía entre las dos clases.

rrogativas, algunas de las cuales recuerdan la monarquía de los antiguos tiempos. Mandaban el ejército, seguidos de una escolta de cien hombres, y fuera de Laconia ejercían un poder casi absoluto (1), por lo cual se hicieron muy partidarios de la guerra, puesto que en el campamento estaban libres de las trabas que les molestaban en la ciudad. Si sus prerrogativas públicas eran escasas, en cambio el pueblo respetaba profundamente en ellos á los descendientes de Hércules, y consideraba como un deber religioso la conservación de su casa y de su título. Esparta creía poder contar con el apoyo de los dioses mientras tuviera Heráclidas á su cabeza, y por lo mismo éstos ejercían el cargo de guardianes de los oráculos, y con los oficiales píticos puestos á sus órdenes eran los medianeros entre la ciudad y el templo de Delfos. El primero y séptimo días de cada mes, el Estado les da una víctima, porque, á fuer de sacerdotes de Júpiter, deben hacerle sacrificios en las ceremonias públicas, en nombre de todos los ciudadanos; pero han de ofrecerlos apenas despunte el día, «á fin de ser los primeros en obtener la benevolencia del dios,» que en concepto de todos cedería, cual un rey bondadoso, á las instancias de los fieles que más solícitos y diligentes se mostraran. De cada parto de toda marrana les pertenece un lechoncillo, para que no les falten ofrendas cuando fuere necesario consultar la voluntad de los dioses, lo cual se hace en Lacedemonia con mas frecuencia que en ninguna otra parte (2); y en las comidas reciben doble ración, como honor especial, y para que puedan enviar algo de su mesa á los que quieran distinguir, pero también para que, comiendo más, sean más fuertes en el combate (3). Todos permanecen de pie en presencia del rey, excepto los éforos, que pueden sentarse, y en todo sacrificio público hecho por un ciudadano, tienen el lugar preferente. Todos los meses renuevan el juramento de fidelidad á las leyes de la república; por su muerte se viste luto público durante diez días; y su advenimiento celébrase con fiestas, mientras que el Estado condona á todos sus deudores una parte de la cantidad que han de satisfacer.

Estas prerrogativas son honores, no poder; y hasta se ha procurado que no caigan en la tentación de cambiar cosa alguna. Los reyes de la edad heroica se encerraban en alguna fortaleza para hacer frente allí, en caso necesario, á los resentimientos populares; los de Esparta habitaron en casas del todo abiertas, como las de los particulares. Por eso Herodoto no ve que Esparta tuviera gobierno monárquico, y Aristóteles sólo ve allí una aristocracia (4).

Nada decimos aquí de los éforos, magistrados que había también en otros pueblos dorios, y cuyas atribuciones, muy oscuras y restringidas sin duda en un principio á la vigilancia de los mercados, debían acrecentarse considerablemente hasta «obligar á los reyes, dice Polibio, á respetarlos como padres.» Eran en número de cinco, y elegíanlos anualmente de una manera extraña, que permitía al último de los ciudadanos ocupar aquel puesto. Según Aristóteles, su creación data de un siglo des-

(1) Allí también este poder fué limitado más adelante por los éforos, que enviaban dos de sus colegas al ejército, y en 418, por un consejo de diez espartanos que escoltaba al rey en toda expedición.

(2) Los adivinos gozaban de mucho crédito en Esparta, pues nada se hacía sin ellos. Acompañaban á los ejércitos, y el Estado tenía dos adivinos oficiales (Tucídides, V, 54, 55; VI, 69). En campaña, los reyes llevaban la imagen de los dos Tindáridas, patronos de Lacedemonia (Herodoto, V, 75).

(3) Los romanos tuvieron también sus *duplicarios*. Esta costumbre se halla en Homero, *Ilíada*, VII, 321, VIII, 162, y Platón la introdujo en su *República*, lib. V, p. 96, ed. Didot. «Será para los guerreros, dice, una distinción y un medio de aumentar su fuerza.»

(4) Herodoto, V, 92, Aristóteles, *Pol.*, V, 12.

pués de Licurgo, en tiempo de los reyes Teopompo y Polidoro; pero ya hablaremos de esto en otro lugar (1).

Hasta ahora no se ha visto cosa alguna que pertenezca exclusivamente á Licurgo ó á Esparta. Las intenciones del legislador se revelan mejor en las instituciones relativas á la vida privada; el principio á que obedecen es el de toda la antigüedad: el ciudadano nace y vive para el Estado, y á éste debe su tiempo, sus fuerzas y facultades. En ninguna parte se practicó semejante principio con tanto rigor como en Esparta. Licurgo restableció severamente con tal objeto todas las antiguas costumbres que se prestaban á ello y todas las innovaciones que introdujo. «Desnaturalizó al hombre, dice Rousseau, para reforzar en él al ciudadano.»

Había hecho una repartición igual de las tierras, mas no confió á los espartanos todos los derechos que la propiedad les daba; de modo que podría decirse que en realidad no había propietarios en Esparta, pues lo que constituye esencialmente la propiedad es el derecho de disponer de sus bienes, y el espartano no le tenía. Lo mismo que en Israel, los lotes de tierra eran inconmutables. La ley de los judíos permitía enajenar el lote, salvo el restablecer las cosas á su primer estado cuando llegaba el jubileo. En Lacedemonia se prohibió toda enajenación de patrimonio, y el espartano no tenía derecho para vender ni comprar tierra, no permitiéndose al padre ni siquiera dividir su herencia. Hasta el siglo IV (2) no se le autorizó para disponer de ella por testamento: érale forzoso dejar el lote primitivo á su hijo primogénito, heredero obligado, y á falta de varón, á la hija mayor. Esto era lo que nuestras leyes modernas llaman mayorazgo ó sustitución de tierra.

De este modo atacábase gravemente la libertad del ciudadano como propietario, pero se aseguraba la inmovilidad en el estado de las tierras.

También se conseguía esta inmovilidad en cuanto al estado de la población, en virtud de ciertas medidas que debían mantener al mismo nivel el número de ciudadanos. La mayor preocupación de los legisladores y de los políticos de la antigüedad era conservar la ciudad en los mismos límites, sin permitirla nunca reducirse ni extenderse. Licurgo remedia el exceso de ciudadanos con el abandono de los niños débiles ó mal conformados; mas en un pequeño pueblo guerrero, donde todo ciudadano es soldado y sirve, los combates bastan y sobran para limitar la población, y se debe más bien pensar en impedirle que se reduzca y aniquile. El legislador atiende á esto mediante las penas impuestas contra el celibato, y la especie de deshonra que recae en los ciudadanos sin hijos. Cierto día, Dercilidas, general de gran reputación, se presenta en la asamblea; un joven lacedemonio no se levanta al verle acercarse, según era costumbre; y el guerrero veterano se admira. «No tienes hijos, le dice el joven, que puedan algun día corresponderme con el mismo honor.» Nadie le vituperó.

Andando el tiempo, el gobierno quiso conceder recompensas á los ciudadanos que tuvieran más hijos, por lo cual favoreció las adopciones y los casamientos de herederas ricas con ciudadanos pobres. Los reyes que debían sancionar todas las adopciones, y que disponían de la mano de las huérfanas cuando el padre no había dado á conocer su voluntad, pudieron también, durante algún tiempo, salvar de la indigencia á un ciudadano útil, é impedir la acumulación de riquezas en las mismas manos.

Todo ciudadano, pues, debe dar hijos á la patria. Aquel cuya unión sea estéril podrá prestar á otro su mujer, cumpliendo así con la obligación de dar á la patria

(1) *Pol.*, V, 2.

(2) Véase en Plutarco, *Agis*, 6, la ley del éforo Epitadeos.

futuros soldados; y de tal modo se considera esto como una deuda, que los hijos pertenecen más bien á la ciudad que al padre. Al salir del seno materno, el espartano pasa á poder del Estado; el autor de sus días debe ir á exponerle en la *Lesché*, punto de reunión de los ancianos, é inútilmente tratará de salvar á su hijo. Si aquéllos le juzgan débil ó mal conformado, se le precipitará desde la cima del Taigeto, y el pobre niño será castigado con la muerte el primer día de su existencia porque no promete ser un guerrero bastante robusto. ¡Cruel y monstruosa costumbre, que filósofos y políticos, comenzando por Platón y Aristóteles, admitieron como una necesidad! Después de esta terrible inspección, el Estado devuelve á la madre el hijo que debe subsistir y se le deja hasta los veinte años; á esta edad vuelve á recogerle, para no soltarle ya, y la vida del niño no es desde aquel momento más que un largo aprendizaje de paciencia, de sobriedad, y hasta de dolor. Se le clasifica al punto en las *bandas* que varios maestros, elegidos entre los jóvenes más bravos, dirigen bajo la vigilancia de un magistrado á quien dan el nombre de *pedónomo*, y entonces se le ejercita en la palestra, en la carrera, en el manejo de las armas, así como en todo aquello que pueda comunicar fuerza y agilidad á su cuerpo, y valor y paciencia á su alma. «Con dificultad se encontrarán, dice Jenofonte, hombres mejor constituídos y de cuerpo más flexible que los espartanos: ejercitan con el mismo cuidado el cuello, las manos y las piernas; no usan calzado, y en verano visten el mismo traje que en invierno. Su lecho se compone de cañas que ellos mismos cortan en el Eurotas; y se les da poco alimento, á fin de obligarles á sustraer por astucia y destreza lo que necesiten para satisfacer su apetito.» Extraño es que se enseñe así á robar; pero á causa de la comunidad que une á los espartanos, esto no es en rigor un verdadero robo. Aquel que se deja sorprender es castigado, no como culpable, sino por su torpeza. En la guerra se acordarán, para despistar al enemigo, de las tretas de que se valieron en la infancia para obtener su alimento. Uno de ellos había robado un zorro joven; viendo que alguien se acercaba, ocultóle debajo de su ropa, y prefirió dejar que el animal le royera el vientre y las entrañas sin proferir un solo grito á descubrir su hurto. Para hacerlos sufridos, sometíanlos á rudas pruebas, como lo hacen aun hoy los indios del nuevo Continente; se les fustigaba ante el altar de Diana, y se recompensaba al que mejor resistía los golpes y el dolor, proclamándole «vencedor del altar,» βωμονίκης: así murieron algunos, sin que un solo gemido revelase lo que padecían (1). Estos ejercicios alternaban con otros diferentes: enseñábaseles á tocar la flauta y la lira, á cantar himnos sagrados, ó recitar poesías guerreras. La de Homero, de Tirteo, y toda poesía viril que eleva y fortalece el alma, merecían la preferencia, y prohibíase la lectura de los versos de Alceo, que había cantado vergonzosamente su fuga, y su escudo abandonado al enemigo. Después del sacrificio en aras de la patria, la virtud que más se enseñaba era el respeto á la vejez: nada parecía tan necesario en una ciudad donde todos los magistrados eran ancianos, y donde la ley, que no fué escrita, debía expresarse por boca de aquéllos. Creían obedecer á los dioses honrando á los que la Divinidad había juzgado dignos de una larga vida. Cierto día, en el teatro de Atenas, un anciano buscaba sitio entre la multitud, y recorría los bancos, rechazado por los unos, y siendo blanco de las burlas de los otros; unos diputados lacedemonios le vieron, y levantándose de sus sitios, hiciéronle señas de que fuera á sentarse entre ellos, acto que fué aplaudido.

(1) Por lo demás, no era tanto un medio pedagógico como costumbre religiosa, la cual, según Pausanias (III, 16, 10), había sido sustituída por Licurgo á la de los sacrificios humanos hechos á Artemisa. «De este modo, el altar de la diosa se regaba también con sangre.» En Alea (Arcadia), en el templo de Baco, se fustigaba á las mujeres durante la ceremonia.

«Bien veo, dijo el anciano, que los atenienses saben lo que es bueno; pero solamente los lacedemonios lo practican.»

A los veinte años admitíase en el ejército al joven, y prestaba el servicio en el interior ó el exterior. A los treinta se casaba y ejercía sus derechos de ciudadano, pero quedando sometido á toda la severidad de la disciplina espartana. A los sesenta



Ejercicios de los efebos (1).

había terminado su carrera militar, y ocupábase entonces en la administración de los negocios públicos y en educar á sus hijos.

La educación de los lacedemonios no era casi menos rigurosa. En vez de condenar á las mujeres esclavas á la existencia sedentaria en el fondo de un gineceo,

(1) Pintura de vaso, según Gerhard, *Auserl. Vasenb.*, Taf. CCLXXI, 1 y 2. – I. Dos efebos luchan á puñetazos; el maestro, que está á la derecha, esfuérzase por separarlos con su larga varilla, y por detrás llega corriendo otro efebo con sus halteras en la mano. A la izquierda, un tercero recoge una larga cuerda, sin duda para atarla al dardo en cuyo tiro se va á ejercitar. – II. Dos efebos luchan á brazo partido, bajo la vigilancia de un juez; á la izquierda se ve suspendido un saco, y detrás de aquél, un efebo, con la ropa arrollada en las caderas, tiene en la mano una azada: tal vez trata de señalar en el suelo el sitio donde ha de colocarse uno de sus camaradas para arrojar la jabalina. Nuestro dibujo no reproduce otro quinto personaje, que se asemeja á la última figura de la izquierda en el otro lado de la copa.

Licurgo les impuso el deber de hilar la lana y hacer los vestidos (1); y en cuanto á las espartanas jóvenes, quiso que se pusieran en estado de dar un día robustos hijos á la patria. Para ellas se establecieron, como para los hombres, ejercicios corporales, carreras y luchas, para que se conservasen sanas y robustas. Las fainoméridas se entregaban á estos ejercicios á la vista de los ciudadanos, casi sin más velo que su virtud (2), hasta que cumplían veinte años, edad habitual del matrimonio. Entonces comenzaban los cuidados domésticos, y las mujeres disfrutaban de mucha libertad, sin que las costumbres se resintiesen de ello, porque vivían á la vista de todos y no trataron de suavizar la severa austeridad de los ciudadanos. Esta educación, que elevaba sus sentimientos y su valor, aseguróles largo tiempo una influencia envidiada por las demás mujeres de Grecia. «Vosotras, las lacedemonias, decía una extranjera á la mujer de Leónidas, sois las únicas que mandáis á los hombres. – Es porque también somos las únicas, contestó la otra, que damos hombres al mundo.» Esparta quería ser el único objeto del afecto de sus hijos, y á fin de no perder nada de él, aniquiló por sus leyes el amor del padre al hijo y del marido á la esposa. Era vergonzoso que un hombre se dejase ver en compañía de su mujer, y que se le sorprendiera entrando ó saliendo de casa de ella (3); y por eso se había desterrado de Lacedemonia la diosa de las dulces voluptuosidades. Sin embargo, Afrodita tenía allí un templo: era el de Venus, no revestida de sus gracias, sino armada de un puñal, y á quien se había representado sentada, con la cabeza cubierta de un velo y grillos en los pies (4).



Joven de Elida, victoriosa en la carrera (5).

En Esparta, sin embargo, existía la vida de familia como en toda la Grecia, y cada cual tenía su hogar, su dios doméstico

(1) Jenofonte, por el contrario (*República de Lacedemonia*, 1), opone la educación dada en su tiempo á las jóvenes de Esparta á la que recibían en las demás ciudades de Grecia: «Comen muy poco pan, dice, y pocos manjares sazonados; no beben vino, y están sometidas á trabajos sedentarios para hilar la lana y hacer las ropas.»

(2) Aristóteles dice que en su tiempo por lo menos ese velo era muy ligero (*Pol.* II, t. I, p. 511).

(3) Esta costumbre no se refería sin duda más que al joven espartano, obligado á ocuparse todo el día en los ejercicios militares. Polibio dice que un marido que tuviera suficientes hijos cedía su mujer á otro, y que tres ó cuatro hombres, ó más cuando eran hermanos, podían tener la misma mujer, cuyos hijos se consideraban entonces comunes. Estas costumbres, sin embargo, debieron ser las de su tiempo, cuando Esparta no tenía sino un reducido número de ciudadanos, muchos de ellos pobres. No obstante, preciso es reconocer que esas costumbres dimanaban naturalmente de la antigua legislación, para la cual el matrimonio no tenía más objeto que la reproducción.

(4) Pausanias III, 15, 11.

(5) Estatua de mármol del Vaticano (*Mus. Pio Cl.*). – En los juegos que las mujeres celebraban

y su tumba (1). Tratábase con respeto á la mujer, y ésta demostró á menudo, en los buenos días de Lacedemonia, una grandeza de alma que la hizo digna rival de la matrona romana. «Es muy corta mi espada, decía un joven soldado á su madre, enseñando el acero. – Pues acércate un paso más al enemigo,» contestó la mujer. Otra madre, al dar el escudo á su hijo para una expedición, díjole: «Vuelve en él ó sobre él,» es decir: «Mata ó muere,» pero sin deshonra, porque la muerte es preferible á ella. Otra, llamada Demeneta, envía á sus ocho hijos al combate, y todos sucumben. La madre, sin verter ni una lágrima, se limita á decir: «¡Esparta, yo te los había dado para que pudiesen morir por tí!»

Licurgo quiso que los espartanos tuviesen costumbres austeras, y nada de lujo: esto lo consiguió con su pesada moneda de hierro, de la cual no se podía transportar la menor cantidad sino en carros (2), fuera de que no tenía circulación en otra parte. Pero si Lacedemonia no acuñaba moneda de oro (3), debía recibir mucha cuando llegase á ser poderosa, y la venalidad espartana dejará en la historia de Grecia famosos ejemplos. Licurgo desterró, no solamente el lujo, sino también el comercio que le introduce: los extranjeros habrían importado ideas nuevas, y por eso se les prohibió la entrada en Esparta, excepto en ciertos días. El ciudadano necesitaba permiso de los magistrados para viajar, y condenábase á la pena de muerte al que se estableciera en país extranjero, considerándosele como desertor.

Al mismo objeto tendía la institución de las comidas en común, á las que todo espartano debía asistir, incluso los reyes, bajo pena de perder sus derechos políticos, á menos que el ausente tuviera la excusa de un sacrifico ó de una caza prolongada que prometía á los convidados un presente para el festín. Estas comidas, llamadas *fidicias*, eran sobrias (4); cada cual daba una parte igual de harina de cebada, de vino, de trigo y de higos, con una ligera retribución para preparar los alimentos ó la carne. A esto no se podía agregar más que el producto de la caza ó una parte de las víctimas inmoladas á los dioses. Aquel que era demasiado pobre para llevar algo quedaba excluído de las mesas y perdía sus derechos de ciudadano. El manjar favorito, por el cual comenzaba la comida, era aquel pisto negro que hizo torcer el

---

en Elida en honor de Hera, las jóvenes, divididas en tres partidas según su edad, se disputaban el premio de la carrera. Pausanias, que lo refiere (V, 16, 2), describe así su traje: «He aquí, dice, cómo van vestidas para la carrera: sus cabellos sueltos, su túnica apenas llega á la rodilla, y el pecho y el hombro derecho descubiertos... El precio de la victoria es una corona de olivo. Esta descripción se adapta exactamente á la estatua del Vaticano: vemos además que la túnica iba ceñida debajo del pecho por un ancho *strophium*. La palma esculpida en el tronco que sirve para sostener la figura, es el emblema de la victoria.

(1) Véase Fustel de Coulanges, *La propiedad en Esparta (Bol. de la Ac. de ciencias morales*, 1880, página 645).

(2) Polibio, VI, 40. Esta prohibición debe ser de fecha posterior á Licurgo, puesto que en aquella época no había aún moneda en Grecia (Véase cap. XII). Ateneo (VI, 24) refiere, tomándolo de Posidonio, que estaba prohibido guardar dinero en la ciudad, y que todo cuanto el Estado poseía en metal precioso se confió primero á los arcades para su custodia, y más adelante al templo de Delfos.

(3) Torax, teniente de Lisandro, fué condenado á muerte porque se encontró oro en su casa (Plutarco, *Lis.*, 23).

(4) Según Ateneo, IV, 19, ninguno trataba de compensar la frugalidad del banquete público volviendo á comer en su casa después de haberlo hecho en la mesa común. Los espartanos tenían costumbre de comer mucho. Según las cifras que Tucídides nos ha dado, IV, 16, la ración de un hoplita lacedemonio era diariamente de 2 *chenices* de harina=2 litros, ó en kilógs. 1,626 que dan 1,839 de pan; 2 cotilos de vino=0^{lit},54, y un pedazo de carne, lo cual excede con mucho de la ración de nuestros soldados, pues no se les da vino, y solamente reciben 750 gramos de pan. Los espartanos, exigiendo más que nosotros de la fuerza del cuerpo, necesitaban más alimento. Así como los héroes de Homero, comían sentados.

gesto á Dionisio de Siracusa. «Verdaderamente falta en este plato alguna cosa, díjole el cocinero que se lo había servido. – ¿Y qué es? – Haberos bañado en el Eurotas.» Los ancianos y los niños asistían á esas comidas, durante las cuales referíanse las grandes acciones, elogiándolas mucho, y se denigraban las vergonzosas, con un sarcasmo agradable y picante (1).

Esta costumbre mantenía entre los espartanos una fraternidad que extrañaría á varios de nuestros más audaces utopistas, que tan á menudo toman por novedades, aunque muy poco venerables, ciertos hábitos de la antigüedad. El que nos ocupa, por muchos conceptos malo, tenía no obstante una ventaja. Los comensales de una misma mesa llegaban á ser en tiempo de guerra soldados de una misma sección; de modo que cada cual, combatiendo á la vista de sus amigos, sentía más ardimiento (2).



Escena de caza (4).

Todo ciudadano podía castigar á los hijos de otro; y en caso de necesidad, se permitía tomar los esclavos de un vecino, sus perros de caza y sus caballos, á condición de que se dejase todo en el mismo estado y en el mismo sitio. Los espartanos pusieron á prueba á veces la abnegación del propietario hasta un punto que Jenofonte admira en extremo, y que repugnaría singularmente á nuestras ideas sobre la santidad de los lazos de la familia (3), dadas las consecuencias que resultaban.

Fuera de la guerra y de los ejercicios preparatorios para la misma, las únicas ocupaciones del espartano son la caza y la conversación en los lugares públicos, donde se acostumbra á esa manera de hablar breve y sentenciosa que se ha llamado laconismo. En las mesas comunes desquitábanse de esta reserva estudiada, y se hablaba libremente, pero nada de lo que se decía debía saberse fuera. El presidente de la mesa repetía á menudo á los convidados, mostrándoles la puerta: «Por ahí no ha de salir una palabra.»

Una vez libre de sus deberes para con la patria, como el espartano desprecia la industria, el comercio y todo trabajo manual, y como no se cuida tampoco de la filosofía, ni de las bellas artes ni de la literatura, aunque le enseñen algunos versos

(1) Esas mesas comunes no solamente se encuentran en Creta, sino también en Megara, en Corinto, y hasta entre los enotrios de Italia.

(2) Dionisio, II, 23.

(3) Εἴ γε μέντοι συμβαίη γεραιῷ νέαν ἔχειν..... τῷ πρεσδύτῃ ἐποίησεν, ὁποίου ἀνδρὸς σῶμά τε καὶ ψυχὴν ἀγασθείη, τοῦτον ἐπαγομένῳ τεκνοποιήσασθαι.... Καὶ τοὐτῳ νόμον ἐποίησεν, ἥντινα (ἄν) εὔτεκνον καὶ γενναίαν ὁρῴη, πείσαντα τὸν ἔχοντα ἐκ ταὐτης τεκνοποιεῖσθαι. (*República de Lacedemonia*, I, p. 679, ed. Didot).

(4) Placa de bronce, descubierta en Creta, existente hoy en el museo del Louvre. Dos cazadores, uno de los cuales tiene su arco en la mano, se disputan un revezo. Estas dos figuras, de estilo muy arcaico, recuerdan las más antiguas pinturas de vasos. Cf. Milchhofer, *Die Anfange der Kunst in Griechenland*, p. 168 y siguientes.

y un poco de música (1), disfruta de esa ociosidad que le parece patrimonio del hombre libre. Refiérese que un espartano, hallándose en Atenas, supo que un habitante de la ciudad acababa de ser condenado á una multa por vago. Admiróle esto mucho, y solicitó ver al que así se castigaba por haberse portado como hombre, atendido el justo desprecio que mostraba por los trabajos serviles.

Esta uniformidad de vida no comunicaba á los espartanos el espíritu vivaz é ingenioso, audaz, lleno de recursos, y muy pronto familiar con lo desconocido, que los atenienses debieron á una mezcla armoniosa de ejercicios físicos y de cultura intelectual. Aristóteles los juzga toscos; Isócrates no está lejos de llamarlos bárbaros (2), y su historia nos revela que eran muy supersticiosos. Así sucedía con otros muchos, pero no hasta tal punto: mala disposición para la buena conducta de la vida, puesto que el saber se confía al acaso, y la voluntad se somete á supuestas fuerzas sobrenaturales. Los espartanos se apuraban por poca cosa. Esto se observa hasta en la guerra: un asedio, el mar, en una palabra, todo aquello á que no están acostumbrados los desorienta. En Platea deben esperar á los atenienses para forzar los atrincheramientos de Mardonio; y los sitios que emprenden tienen una duración homérica, como lo demostraron Ira é Itome.

La organización militar de los espartanos fué admirada en la antigüedad por hombres tan competentes como Tucídides y Jenofonte, que elogiaban su disciplina rigurosa, vigorizada por el sentimiento del honor; su notable subordinación que, severamente observada desde el rey hasta el último jefe, aseguraba la regularidad de los movimientos; y su orden de tan envidiable cohesión que solamente les aventajaron por tal concepto el batallón sagrado de los tebanos y la falange macedónica. El aspecto imponente de aquellos soberbios hombres, su actitud grave y resuelta, sus líneas erizadas de picas, los trajes de color escarlata que los guerreros vestían, sus cascos y escudos de bronce de oscuro brillo, y sus batallones avanzando al son de los pífanos con paso lento ó apresurado, sin detenerme nunca, eran cosas que arrancaron á Jenofonte un grito de entusiasmo. «Creeréis, dice, que solamente la república de Esparta ha producido verdaderos guerreros; mientras que el arte militar permanecía en la infancia en la mayor parte de las naciones.» No les faltaban á estas últimas ciudadanos que en caso de necesidad se convertían en soldados; pero tan sólo Esparta poseyó lo que llamaremos un ejército regular y permanente, con el cual hubiera sometido á toda la Grecia, si la ambición, que concibió después de la batalla de Ægos-Potamos, la hubiese tenido antes de la de Maratón. Platón decía de Esparta que era un ejército acampado bajo sus tiendas, más bien que una ciudad.

Sin embargo, preténdese que Licurgo trató de moderar el espíritu belicoso de los espartanos, prohibiéndoles que hiciesen la guerra durante determinadas fiestas, y que estableció treguas sagradas. Cuando menos, dióles algunas máximas muy sabias sobre este punto, de las cuales citaremos algunas. «No estar en guerra largo tiempo con un mismo pueblo,» á fin de no enseñarle á batirse bien. – «No perseguir á demasiada distancia al enemigo derrotado,» porque esto es cobarde y algunas veces peligroso. – «No despojar á los muertos antes de terminar el combate,» porque es una imprudencia.

La constitución de Licurgo era particularmente propia para hacer héroes, y los hizo. Servir á la patria y morir por ella era la mayor ambición de los espartanos.

---

(1) Jactábanse de ignorar las ciencias; en general no sabían leer ni escribir, y rara vez contar (Isócrates, *Panath.*; Platón, *El primer Hippias*).

(2) Aristóteles, *Política*, é Isócrates, p. 209.

¡Vencer ó morir! era su grito de guerra; y el honor su ley suprema. Lo que se debe admirar en Licurgo, dice Jenofontè, es el haber conseguido que se prefiriera una muerte gloriosa á una vida deshonrada. Aquel gran legislador se propuso labrar la felicidad del hombre valeroso y condenar al cobarde á la infamia; mientras que en las otras repúblicas cuando alguno carece de valor, conténtanse con calificarle de cobarde, sin que esto impida que en la plaza pública hable con el hombre bravo, se siente á su lado y delibere con él. En Lacedemonia, cualquiera se avergonzaría de comer con un cobarde, de tocar sus armas ó su mano; y en el juego de pelota todos le rechazan. En las salas de baile, ó en los espectáculos públicos, se le relega al último lugar. En las calles ha de ceder la acera á los que son más jóvenes que él. Hasta sus hijas participan de su envilecimiento; se las excluye de las comidas públicas, y no pueden hallar esposo. Además se le infieren mil injurias. Vestido de harapos, lleva la barba afeitada por un lado, y los que no esquivan su encuentro con horror, le golpean impunemente. En vista de esto ¿se podrá extrañar que en Esparta prefieran los hombres la muerte á una vida condenada á la infamia y al oprobio?

Aun no hemos hablado de otra singularidad: la ciudad de Esparta no tenía murallas. Llenos de confianza en su valor, y despreciando á sus súbditos, los espartanos no juzgaron necesario fortificar en modo alguno las colinas donde tenían su morada principal. Las fortificaciones, aun comprendiendo solamente un pequeño espacio, habrían separado una parte del pueblo de la otra, y esto hubiera sido tal vez un obstáculo para la igualdad común. Pensaban que las murallas de Esparta eran el Taigeto, los montes de la Arcadia, el mar, y sobre todo, lo que el poeta prefiere á los más sólidos baluartes, corazones valerosos. Los hechos demostraron que tenían razón.

No consiguió Licurgo establecer su constitución sin perturbaciones. Cuando quiso imponer la frugalidad en las comidas comunes, los ricos, acostumbrados ya al lujo y á la crápula, promovieron una sedición contra él é intentaron lapidarle; persiguiéronle hasta en un templo, y allí le hirieron, reventándole un ojo. El patriotismo, sin embargo, y la idea de los peligros á que la ciudad iba á quedar expuesta por efecto de estas divisiones, antepusiéronse á todo, y las leyes fueron aceptadas.

Cuéntase que después de haberlas visto adoptadas hizo jurar á los reyes, á los senadores y á todos los ciudadanos que no cambiarían nada hasta su vuelta; después se marchó de Esparta y fué á consultar el oráculo de Apolo. El dios contestó que Esparta eclipsaría la gloria de cualquiera otra ciudad mientras conservase sus leyes. Entonces Licurgo envió esta respuesta del oráculo á Lacedemonia, hizo otro sacrificio, abrazó á su hijo y sus amigos, y para no relevar á sus conciudadanos de su juramento dejóse morir de hambre.

El mejor comentario de las leyes de Licurgo es la historia de Esparta; léase, y se juzgará del árbol por sus frutos.

Licurgo, y adviértase que reuno bajo su nombre todas las leyes antes citadas sin ver si todas le pertenecen, Licurgo, repito, lo había combinado todo con rara sagacidad para que Esparta fuese inmutable y su constitución inmortal; pero las cosas de este mundo que quieren ser eternas tienen un temible enemigo en el tiempo, ese viejo de cabeza calva y barba blanca que la antigüedad armaba de una guadaña. A los legisladores y á los poetas no les agrada contar con él; y dicen sin reparo que han construído un edificio más sólido que el bronce; pero el tiempo sigue su curso y todo se derrumba (1). Esparta le desafió siglos enteros, pero sacrificando

(1) Esquilo dice admirablemente: «El tiempo marcha; es un gran maestro» (*Prometeo encadenado*, 981).

cada vez más la libertad de sus ciudadanos, á quienes sometió á la más ruda disciplina. Duró largo tiempo, mas no pudo sobrevivir. Apenas esa constitución inflexible, y por varios conceptos inmoral, establecida fuera de las condiciones acostumbradas de las sociedades, sufrió la primera sacudida, su decadencia fué rápida, irrevocable.

Licurgo quiso inmovilizar al hombre y la tierra, el número y la fortuna de los ciudadanos; y al fin no hubo ciudad donde la tierra fuese más movible, la condición de los ciudadanos más diversa, y su número más reducido (1).

Había mermado singularmente los derechos de la propiedad individual para vigorizar el poder del Estado; y Aristóteles dice: «En Esparta el Estado es pobre, y el particular rico y codicioso.»

También había desconocido las leyes de la naturaleza en el destino y la educación de las mujeres, y Aristóteles censurando sus costumbres, su codicia, y hasta su valor, ve en su licencia una de las causas de la caída de Lacedemonia.

Se impuso á los ilotas por el terror, y éstos lo devolvieron á sus amos.

Prohibió las guerras largas, pero al mismo tiempo, comunicólas atractivo eximiendo al soldado de las severas reglas impuestas al ciudadano; y precisamente por la guerra y la victoria su república pereció.

Privó de toda libertad de acción á sus conciudadanos, señalando á todos la ocupación de cada instante de su vida; y en fin, para hablar como Rousseau, que entendía también de paradojas políticas, «sus leyes desnaturalizaron al hombre para reforzar en él al ciudadano;» y Esparta, convertida en ciudad revolucionaria, murió por falta de hombres: ὀλιγανδρία (2).

Había proscrito el oro y la plata para evitar la corrupción; y desde las guerras médicas, en ninguna parte fué la venalidad tan común ni tan desvergonzada.

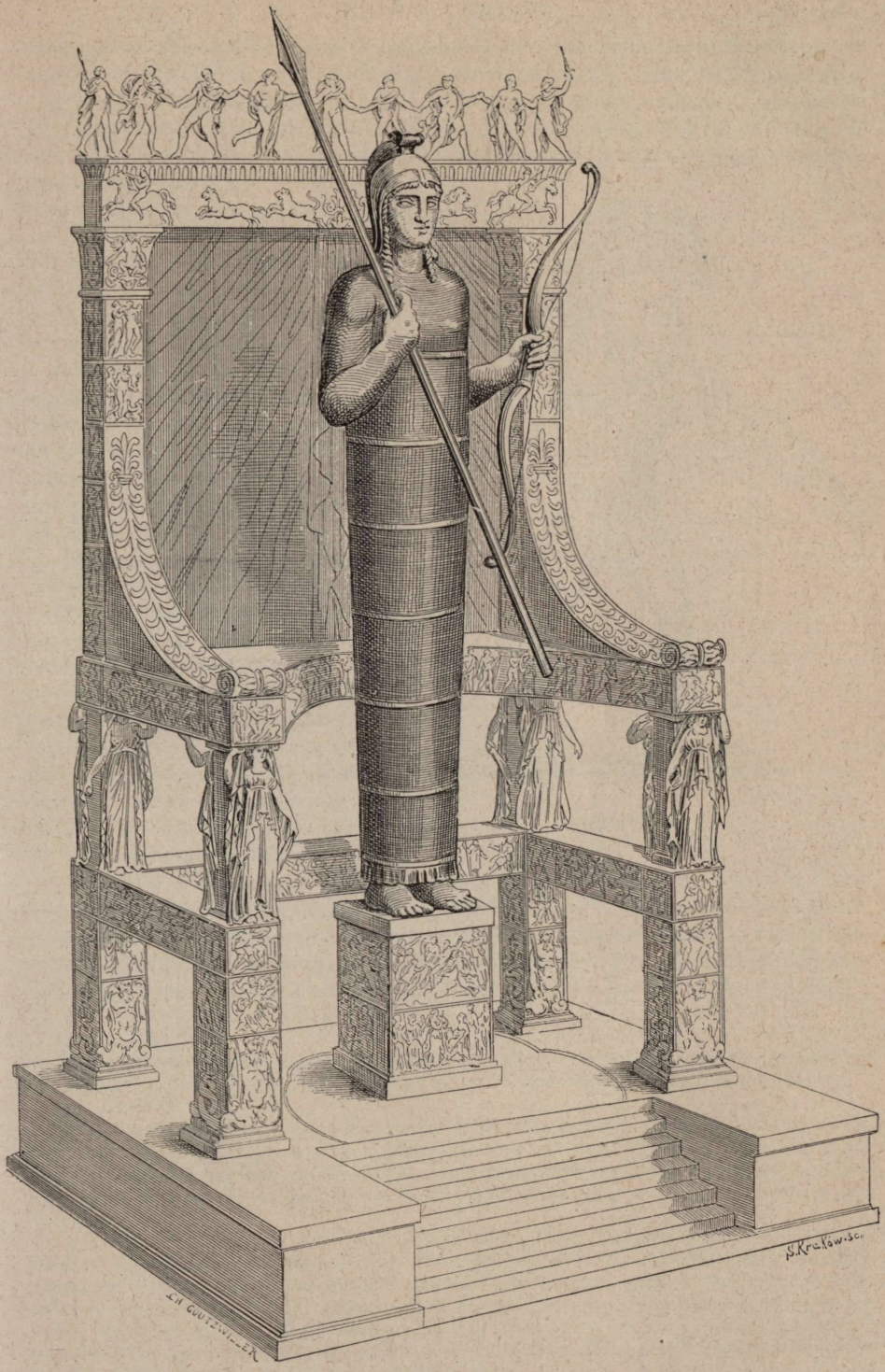
Desterró las artes (3), excepto para su templo de Apolo en Amiclea, y en esto

---

(1) Las adquisiciones hechas como resultado de guerras felices dieron á los espartanos otras tierras además de las fincas concedidas en un principio á cada cual, y no estando sometidas á las condiciones de la primera distribución de lotes, los padres pudieron sin duda repartirlas á los hijos menores, cederlas ó venderlas. De este modo efectuóse una concentración de las propiedades, que combinándose con otras causas, tuvo por consecuencia enriquecer á los unos y empobrecer á los otros. Ya en tiempo de Tirteo había en Esparta ricos y pobres (Aristóteles, *Pol.*, V, 6, t. I, p. 573; también Herodoto, VII, 134, y Tucídides, I, 6). Licas, que tenía siempre mesa puesta en Esparta para los extranjeros que acudían á sus fiestas, hizo correr un carro en Olimpia en 420, lujo que solamente los ricos podían permitirse (Tucídides, V, 49).

(2) Aristóteles, *Pol.* II, 6, dice de Esparta: ἀπώλετο διὰ τὴν ὀλιγανθρωπίαν, y Jenofonte, *Helen.* III, 3; *Rep. de Laced.*, 1: ἡ Σπάρτη τῶν ὀλιγανθρωποτάτων πόλεων οὖσα. Esta falta de hombres no se aplica á la población entera, sino al cuerpo de los ciudadanos *pleno jure*. En una época en que el número de éstos era muy reducido, los etolios se llevaron de una sola vez de Laconia 50.000 esclavos.

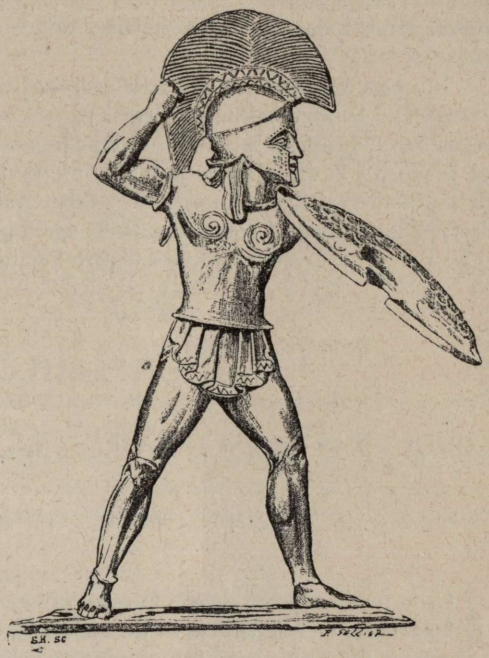
(3) O por lo menos las prohibió á los espartanos, pero éstos enviaron á buscar algunas veces artistas extranjeros. Desde el siglo VI, Baticles, llegado de Magnesia del Meandro, esculpió el trono colosal de Apolo en Amiclea. No cambió la extraña estatua del dios, especie de pilar de bronce, al que adaptó una cabeza, brazos y pies, pero adornó el trono con estatuas y bajos relieves, cuya descripción nos ha dado Pausanias (III, 18, 6). Más adelante, en recuerdo de la victoria de Ægos-Potamos, Aristandros, probablemente padre del gran escultor Scopas, representó en el mismo templo á Esparta bajo la figura de una tocadora de lira (*Id. ibid.* 5). La restauración del trono de Apolo en Amiclea, según la representa nuestro grabado, es la que hizo Quatremere de Quincy en su *Júpiter Olímpico*. Semejantes ensayos son particularmente difíciles, y nada de extraño tiene que la interpretación del mismo texto de Pausanias por Quatremere y por Teodoro Pyl en el *Archäologische Zeitung*, 1852, Taf. XLIII y p. 465, haya dado lugar á restituciones diferentes. Lo que está fuera de duda es que la estatua de Apolo se asemeja á una columna de bronce; del cuerpo no se veía más que el semblante, las manos y la extremidad de los pies. Por lo demás, la estatua no era obra



Restauración del trono de Apolo en Amiclea (Véase pág. 176, nota 3.)

consiguió su objeto. Cierto que Pausanias cita cincuenta templos en Lacedemonia, mas no ha quedado ni una sola piedra, y es porque los erigió una tosca religiosidad, y no el arte. Si prescindimos de cierta afición á la música y al baile, y una poesía severa, podremos decir que Esparta siguió siendo una ciudad bárbara en medio de Grecia, un punto oscuro en la luz. Ni siquiera conoció bien el único arte que practicaba, la guerra, ó por lo menos ignoró siempre algunas de sus partes.

Aristóteles lo ha dicho: Lacedemonia, hecha para la guerra, se enmoheció en la paz como una espada en la vaina. Todas sus instituciones le enseñaban á batirse, pero ninguna á vivir de la vida del espíritu. Virtud egoísta y feroz, pudo satisfacer el orgullo de sus hijos y granjearse los elogios de aquellos que admiran la fuerza y el triunfo; pero ¿qué ha hecho para el mundo? Máquina de guerra buena para aniquilar, é incapaz de producir, ¿qué ha dejado? Ni un artista, ni un hombre de genio, ni siquiera una ruina que lleve su nombre; tan completa fué su muerte, como lo había predicho Tucídides (1); mientras que Atenas, tan calumniada por los retóricos de todas las edades, conserva aún las ruinas majestuosas de sus templos, donde el arte moderno de ambos mundos acude á buscar la inspiración, como nosotros en sus poetas y sus filósofos la belleza eterna.



Guerrero dorio (2).

En resumen, y esta es la enseñanza que se puede sacar de esa historia: por más que Licurgo decretase para Esparta la igualdad de bienes, tan contraria á las condiciones de la naturaleza como á las de la sociedad, en ninguna parte de Grecia fueron de tanta consideración (3) las desigualdades sociales. Pero de su disciplina subsistió largo tiempo alguna cosa, y esta fué la que valió á Lacedemonia su poderío y

---

de Baticles. Tenía por base una tumba en forma de altar, y era la de Hiakintos. Quatremere de Quincy y Pyl están de acuerdo en todos estos puntos: las dificultades comienzan con el trono.

(1) *Hist.*, I, 10.

(2) Pequeña estatua de bronce, descubierta en Dodona, existente hoy en el Museo de Berlín, según una fotografía. – El brazo derecho levantado tenía una lanza; el izquierdo sirve al guerrero para protegerse con un escudo de tipo beocio. Esa estatua presenta notables analogías con los guerreros de los frontis de Egina que veremos en otro lugar, y también se remonta á los primeros años del siglo V.

(3) Grote, en su *Historia de Grecia*, cap. VII, *ad fin.*, dice: «Licurgo impuso á sus conciudadanos los mismos ejercicios obligatorios, los mismos hábitos de vida, de ociosidad de hombre bien nacido, de vigor ignorante; manda que todas las cosas sean iguales en todas partes: comidas, traje, trabajos, privaciones, paciencia, castigos y subordinación. Para los observadores políticos, es una lección instructiva cuando menos, aunque poco satisfactoria, el ver que con toda esa igualdad de procedimientos acaba por crear una comunidad en que se desarrollan especial y poderosamente, no tan sólo el amor á la preeminencia, sino también al dinero.»

su renombre, porque ese singular sistema social llenó de asombro á los demás pueblos.

Los espartanos han dado también un gran ejemplo de sobriedad y desprecio á las pasiones, al dolor y á la muerte. Sabían obedecer y morir; la ley era para ellos, según la hermosa expresión de Píndaro y de Montaigne, «reina y emperatriz del mundo (1).» Reconozcámosles además una virtud que les honra: el respeto á todos aquellos á quienes los años han ceñido la cabeza de una corona de cabellos blancos.

El poeta aristocrático de la Beocia, que como otro dorio, Teognis de Megara, aborrecía á la muchedumbre popular, admiró á la ciudad, «donde reinaban, bajo reyes hereditarios, la sabiduría de los ancianos y las lanzas de los jóvenes, los coros de la musa y la dulce armonía.» Simónides vió mejor lo que hizo la grandeza de Esparta: llamaba á Lacedemonia «la ciudad que domeña á los hombres (2): δαμασίμβροτος.» Este imperio sobre sí mismo suele proporcionar el dominio sobre los demás, y durante largo tiempo los espartanos tuvieron uno y otro.

CAPITULO VIII

CONQUISTAS DE ESPARTA HASTA LAS GUERRAS MEDICAS (743-490)

1. – PRIMERA GUERRA DE MESENIA (743-723) (3)

Cada pueblo recibe del suelo que habita, de sus tradiciones nacionales, y de las circunstancias en que ocurre su desarrollo histórico, un carácter particular. Mientras permanece fiel á este carácter, mientras avanza por las vías naturalmente abiertas ante él, es fuerte, porque obedece á las influencias que regularizan su vida y le hacen poderoso, si se combinan armoniosamente; pero cuando éstas luchan entre sí, le perturban y aniquilan. En este último caso, todo esfuerzo para eliminar los elementos contrarios y hacen volver á ese pueblo á la vía que antes siguiera, le hará reco-

---

(1) Νόμος ὁ πάντων βασιλεὺς θνατῶν τε καὶ ἀθανάτων. (Píndaro, *fragm.* 151, edic. Bœckh). Cf. Herodoto, III, 38. El *Digesto* (I, 3, 2) atribuye esta palabra al estoico Crisipo. Montaigne (I, capítulo XXII) llama á la ley «reina y emperatriz del mundo.» Esparta, con la que somos tan severos porque creemos que todo pueblo tiene deberes para con la humanidad, ha sido calurosamente defendida por algunos: Barthelemy ha reunido en su *Anacarsis* los juicios favorables. Todos los enemigos de Atenas y de la democracia están por ella: Tucídides, á quien Atenas castiga con un destierro merecido; Jenofonte, tan odiosamente parcial con su patria adoptiva; Platón, soñador sublime, que más que Licurgo aún, puso su república fuera de las condiciones de la humanidad; Isócrates, el retórico macedonio, etc. Los que cuentan á Aristóteles entre sus partidarios no han leído el capítulo VI del libro II de su *Política*. El mismo Platón es muy severo, en el libro VII de la *República*, con los panegiristas entusiastas de Licurgo.

(2) Plutarco, *Ages.*, 1.

(3) Pausanias da la fecha del principio de la primera guerra de Mesenia, y se conviene en que duró veinte años. Casi todo el artículo relativo á las guerras de Mesenia está tomado de Pausanias, quien siguió, para la primera, al retórico Mirón de Priena, escritor desconocido que vivió quinientos años después de ocurrir los acontecimientos que refiere; y para la segunda, un poema en honor de Aristómenes, escrito tres siglos antes de J. C. por Rhianos de Creta. De aquí el carácter maravilloso de esa historia, que no es sino una leyenda en la cual se hace imposible separar lo verdadero de lo falso.

brar su primer vigor. Esto es lo que Licurgo acababa de hacer en Lacedemonia. Infiel á las antiguas instituciones y á las costumbres nacidas del suelo como los guerreros de Cadmo, Esparta sucumbía en la anarquía; mas tan luego como Licurgo hubo reavivado el espíritu antiguo, recobró su fortuna.

Por lo pronto, los espartanos se ocuparon en someter á los laconios que aun no lo estaban enteramente, ó que se habían declarado libres. En tiempo de Teleclos y su hijo Alcamenes, los habitantes de Ægis fueron reducidos á la esclavitud; los de Faris, de Gerontrea y de Amiclea salieron del Peloponeso y dirigiéronse á Italia; Helos fué totalmente arrasada (860-815?). Hacia la misma época, Carilao, sobrino de Licurgo, invadió el territorio de Argos y atacó á los tegeatas fiado en la respuesta de un oráculo: «Os daré, había dicho el dios, el territorio de Tegea; podréis hollarle bajo vuestros pies bailando, y medir á cordel su hermosa campiña.» El pronóstico se cumplió tristemente: Carilao cayó prisionero; los espartanos se vieron cargados de las mismas cadenas que llevaban, y les midieron á cordel las tierras de Tegea, que cultivaron para sus vencedores.



Moneda de los mesenios (1).

Este revés dió otra dirección al ardimiento de los espartanos. El Taigeto, que en Esparta mide 2.409 metros, es un valladar de 100 kilómetros de longitud, de igual elevación casi en todas partes, y escarpado por el Este, mientras que por el Oeste presenta una suave pendiente. Más allá de esta arista pedregosa extendíase un país casi tan dilatado y mucho más ameno que la Laconia: montañas menos agrestes, llanos más fértiles, sobre todo el de Steniclaros, atravesado por el límpido Pamisos, y «la llanura feliz,» que baja hacia el golfo Mesenio. Los Heráclidas habían ocupado este país al mismo tiempo que la Laconia. Mientras los compañeros de Aristodemo entraban en el valle del Eurotas, Cresfonte hacía alianza con los arcades, casábase con la hija de su rey, y apoyado por este pueblo, penetraba con sus dorios en la Mesenia, donde se estableció en Steniclaros. Este relato era demasiado sencillo para la leyenda. A fin de explicar la enemistad de los espartanos con los mesenios, decía que después de la conquista de los dos países hecha en común, Cresfonte consiguió por astucia, en perjuicio de sus sobrinos Procles y Eurístenes, que se le adjudicara la Mesenia, mucho más fertil y rica que Laconia. Habíase convenido en echar dos bolas en un vaso lleno de agua, y en que la primera que saliese diera el derecho de elección; Cresfonte hizo para los hijos de Aristodemo una de barro secado al sol, y la suya del mismo material, pero cocido al fuego. La primera se disolvió en el agua; la segunda salió sola, y Cresfonte eligió la Mesenia. El tem-



Moneda de Motone (2).

(1) A la izquierda, cabeza de Ceres coronada de espigas; en el campo, ΣΩ, iniciales de un nombre de magistrado. R. ΜΕΣΣΑΝΙΩΝ. ΛΕΩΝ. ΑΙ (iniciales de un nombre de magistrado). A la derecha, Júpiter de Itome, desnudo, en pie, con el rayo en la mano derecha levantada y un águila sobre su puño izquierdo extendido; delante tiene un trípode (tetradracma).

(2) A la izquierda, guerrero combatiendo, con una jabalina en las manos. R. MO (bronce; número 1791 de la colección de Luynes, en el Gabinete de Francia).

plo de Diana Limnátida, erigido en la frontera común de los dos pueblos, recordó su origen fraternal.

Sin embargo, la benevolencia que Cresfonte demostró á los vencidos irritó á los dorios; éstos le mataron, y su hijo Epitos huyó al otro lado del Neda, en la Arcadia; pero llegado á la edad viril, penetró en el país, castigó con la muerte á los asesinos, y adquirió tanta gloria, que el nombre de Epítidas sustituyó para sus descendientes al de Heráclidas. Continuaron éstos su política, mostrándose benévolos con los vencidos, amantes de la paz, y esforzáronse para que su pueblo se aficionara á la agricultura y al comercio, llegando hasta construir un puerto, el de Motone. Una de sus ceremonias más solemnes era la fiesta árcade de las «grandes divinidades,» y el Zeo pelásgico tenía un templo en la cima del monte Itome, así como los arcades le habían consagrado uno en el monte Liceo. Estos hechos y otros muchos revelan que existía una antigua alianza entre los arcades y los hombres de Mesenia, que perdieron su carácter dorio, resultando de aquí tal vez el odio que les profesaron los Heráclidas de Lacedemonia. Cinco generaciones después, varias jóvenes lacedemonias habían ido al templo limítrofe de Diana Limnátida; algunos mesenios las violentaron, y dieron muerte al rey de Lacedemonia, Teleclos, que quiso oponerse á ello. Tal era el relato de los espartanos. Los mesenios sostenían que aquellas supuestas jóvenes eran espartanos disfrazados y armados ocultamente, que tenían el propósito de asesinar á los principales ciudadanos de Mesenia asistentes á la fiesta, y apoderarse del país.

En la generación siguiente hubo otro agravio. Un mesenio llamado Policares, á quien un sacerdote lacedemonio había robado sus rebaños, asesinando además á su hijo, fué á Esparta á pedir venganza; pero el rey y los éforos no se dignaron escucharle. Irritado por esta injusticia, apostóse en la frontera y mató á todos los lacedemonios que pasaban por allí. Esparta pidió á su vez que le entregasen á Policares, y contestósele con una negativa. Entonces amenazó con hacerse justicia por las armas, y los mesenios se ofrecieron á someter la cuestión al arbitraje de los anfictiones de Argos, ó del areópago de Atenas; pero los lacedemonios no consintieron y comenzaron la guerra traidoramente. Cierta noche apoderáronse de la ciudad de Anfea, que por estar situada en una estribación del Taigeto, sobre la llanura de Steniclaros, podía servirles de plaza de armas; sorprendidos los habitantes, no les fué posible oponer resistencia, y fueron asesinados (743).

Los tres primeros años pasáronse en escaramuzas y en ocasionarse mutuos destrozos, pues antes de combatir, el rey mesenio Eufaes quería aguerrir á su pueblo que había olvidado el uso de las armas por efecto de una prolongada paz. A los cuatro años empeñó una gran batalla; pero el ardimiento irregular de los mesenios no pudo triunfar del valor más sereno y más sistemático de los espartanos, y la victoria quedó indecisa. Durante el combate, los esclavos de los mesenios habían levantado detrás del ejército y en sus flancos una estacada, que por la noche se continuó en el frente; de modo que Eufaes y sus guerreros se hallaron al abrigo de ella como en un campo atrincherado.

Al día siguiente y los sucesivos, las tropas ligeras de ambos partidos se atacaron; mas los mesenios se abstuvieron de empeñar una acción formal, y no pudiendo los espartanos forzar la estacada, retiráronse á Anfea. Querían terminar la lucha; pero las censuras de los ancianos les obligaron á continuarla.

Al año siguiente, trabóse otra batalla, también con dudoso éxito: ninguno de los dos ejércitos pudo elevar un trofeo en señal de victoria, enviáronse heraldos, y por mutuo consentimiento permitióse recoger y dar sepultura á los muertos.

Así proseguía la guerra, indecisa, y sin embargo desastrosa para los mesenios,

obligados á mantener á gran coste guarnición en cada ciudad; sus labradores no osaban cultivar los campos, de cuyas cosechas se apoderaban los espartanos; y sus esclavos desertaban en masa. El hambre, y como consecuencia una enfermedad epidémica, agravaron el mal. Los mesenios resolvieron al fin abandonar las ciudades del interior y retiráronse á Itome, en la montaña de este nombre, mole aislada que domina toda la Mesenia como una fortaleza, y que merced á sus pendientes muy escarpadas es de fácil defensa (815 metros). Sin embargo, consultaron el oráculo, y éste contestó: «Elegid por suerte una virgen pura, de la sangre de Epitos, é inmoladla de noche á las divinidades infernales. Si la suerte no es propicia, otra víctima ofrecida voluntariamente bastará.» La suerte designó á la hija de Liciscos; mas apenas el padre tuvo conocimiento del terrible fin que la esperaba, huyó con ella á Esparta. El pueblo estaba consternado: Aristodemo, uno de los Epítidas, hombre poderoso y guerrero ilustre, ofreció voluntariamente su propia hija; pero ésta tenía prometida su mano á un mesenio, y para salvarla, el joven pretendió que solamente él tenía derecho sobre su futura, y que su padre no podía disponer de ella, tanto más cuanto que no serviría para satisfacer lo prevenido por el oráculo, puesto que era esposa y madre. Aristodemo, furioso por esta suposición ofensiva, mata á su hija, ábrele las entrañas, y demuestra que su seno está virgen. Aunque este asesinato no se hubiese cometido en honor del dios, todos se apresuraron á declarar que el oráculo debía quedar satisfecho. El pueblo, persuadido de que el espantoso sacrificio aplacaría la cólera divina, celebró con alegres festines su reconciliación con el cielo. La misma idea infundió temor á los espartanos, y suspendióse la guerra, de lo cual se aprovecharon los mesenios para hacer alianza con los arcades y los argivos, á quienes la ambición de Lacedemonia tenía recelosos.



Zeo (1).

Seis años transcurrieron antes de que el rey espartano Teopompo osase conducir un nuevo ejército contra Itome. Eufaes cometió la imprudencia de empeñar la acción antes de la llegada de sus auxiliares; á pesar de esto se combatió hasta la noche, y la victoria quedó indecisa. Los jefes se habían distinguido en combates singulares; Eufaes atacó á Teopompo, pero fué gravemente herido y murió pocos días después sin dejar heredero. En vano los adivinos Epebolo y Ofioneo advirtieron al pueblo que desconfiara de un hombre que llevara al trono una mancha sangrienta, pues á pesar de todo, Aristodemo fué elegido rey. La dulzura de su gobierno conciliόle el afecto del pueblo y de los grandes, y los arcades le ayudaron más de una vez cuando se propuso asolar la Laconia; los de Sicione y de Argos no esperaban más que una ocasión favorable para unirse con él; pero transcurrieron cinco años antes que esta ocasión se presentara. Los dos pueblos, cansados de tan prolongada lucha, trataron de terminarla por una acción general, é hicieron un llamamiento á sus aliados. En favor de Esparta no acudieron más que los corintios. Aristodemo apoyó el grueso de sus fuerzas en el monte Itome, y puso en emboscada, en las sinuosidades de la montaña, un cuerpo de tropas ligeras, que apareciendo de improviso en lo más recio de la pelea, cayeron sobre el flanco de la falange lacedemonia y le causaron considerables pérdidas.

(1) Estatuíta de bronce, descubierta en Olimpia, según *Die Ausg. zu Olympia*, V, Taf. XXVIII.

Los espartanos, abatidos por aquella sangrienta derrota, apelaron á la traición. Cien de sus conciudadanos, desterrados ruidosamente, se refugiaron en Mesenia, pero Aristodemo los obligó á retirarse, diciéndoles: «Los crímenes de los lacedemonios son nuevos, pero sus astucias pecan de muy antiguas.» Los de Esparta tampoco consiguieron romper las alianzas que los mesenios habían conseguido; pero un oráculo les alentó. La Pitonisa había contestado á los mesenios que la consultaron: «Los dioses darán el país mesenio á los primeros que coloquen cien trípodes alrededor del altar de Júpiter Itomato.» Ahora bien, como ese templo se hallaba en el interior de las murallas, parecía imposible que los lacedemonios pudiesen realizar semejante cosa; pero un delfiano comunicó á los espartanos lo dicho por el oráculo. Uno de ellos construyó más ó menos bien cien trípodes de barro, ocultólos en un saco, y provisto de redes como un cazador, mezclóse con los labradores que entraban en Itome. Llegada la noche, ofreció sus trípodes al dios, y regresó á Esparta para dar cuenta de lo que había hecho.



Guerrero griego (1).

La vista de aquellos objetos alarmó á los mesenios; Aristodemo hizo lo posible por tranquilizarlos, pero muy luego hubo de reconocer que había llegado la hora señalada para la ruina de su pueblo. Cierto día que trataba de ofrecer un sacrificio á Júpiter Itomato, los carneros, corriendo hacia el altar, chocaron contra él con tal violencia, que murieron en el acto. Este presagio y otros igualmente amenazadores le atemorizaban ya mucho, cuando tuvo un sueño que le quitó toda esperanza. Veíase completamente armado y dispuesto á marchar al combate; ante él hallábanse en una mesa las entrañas de las víctimas, cuando su hija se presentó vestida de negro, y señalándole con el dedo su pecho abierto, derribó cuanto había en la mesa, arrancó las armas de manos de su padre, y dióle en cambio la larga túnica blanca y la corona de oro con que los mesenios adornan á los muertos ilustres el día de sus funerales. Este sueño era la señal de un fin próximo, y Aristodemo realizó por sí mismo el presagio matándose sobre la tumba de su hija. Había reinado cerca de siete años. Perdido este intrépido jefe, los mesenios resistieron aún al enemigo y al hambre; pero al fin fué preciso ceder (723). Todos aquellos que tenían relaciones de hospitalidad en Argos, en Sicione ó en alguna ciudad de la Arcadia se retiraron; y los que pertenecían á la raza de los sacerdotes y al culto secreto de las grandes diosas fueron á Eleusis. Los lacedemonios arrasaron Itome y se apoderaron de las demás ciudades, excepto tal vez Motone y Pilos, exigiendo á los vencidos que habían quedado en el país el juramento de no rebelarse jamás. «Cargados como burros con pesados fardos, viéronse obligados también á dar á sus amos la mitad de los frutos que sus campos producían.» También se les ordenó, bajo severas penas, ir desde Mesenia á Esparta para asistir, vestidos de negro, á los funerales de los reyes y de los grandes personajes. «Ellos y sus mujeres lloran cuando la Parca corta el hilo de la vida de alguno de sus señores» (Tirteo).

Era inevitable que los reyes se asumiesen durante aquella prolongada guerra una autoridad que la constitución y las costumbres no les daban. En el gobierno sobre-

(1) Estatuíta de bronce, descubierta en Olimpia, según *Die Ausgrabungen*, V, Taf. XXVII.

vino un movimiento de concentración; y para llenar los huecos que la lucha había ocasionado en las filas espartanas, se concedieron derechos políticos á muchos laconios, que casaron con las viudas de los guerreros muertos. Pero al mismo tiempo, la antigua aristocracia se había fortificado contra los recién llegados, decidiendo que los reyes y el senado tuvieran derecho de anular una resolución de la asamblea cuando su voto les pareciese contrario á los intereses del país, decisión que el oráculo de Delfos sancionó con su autoridad religiosa. Mientras duró la guerra, siguióse esta marcha; pero con la paz entraron muchos ciudadanos nuevos en la ciudad. La aristocracia se libró de una parte de ellos apelando á un expediente muy acostumbrado en Grecia, y que debía serlo en Roma también, pero absolutamente contrario al espíritu de la constitución espartana: el envío de una colonia á Tarento (1). Prometióse á los emigrantes, á quienes llamaban desdeñosamente partenios, ó «hijos naturales,» que si la expedición no tenía buen resultado, se les cedería una quinta parte de las tierras de Mesenia (708). Los que permanecieron en la ciudad, irritáronse al ver la condición inferior en que se les dejaba, y estallaron varios motines, uno de los cuales costó la vida al rey Polidoro. El monumento que se erigió en Esparta al asesino mismo, y las atribuciones de que se revistió á los éforos para vigilar é inspeccionar los actos de los reyes y del senado, prueban el éxito de la insurrección popular. Cicerón compara á los éforos con los tribunos de Roma, y la semejanza es verdadera por varios conceptos. Así como ellos, se los elegía entre el pueblo, á menudo entre los más humildes, y tenían, como su nombre lo indica, derecho para vigilar la constitución y las costumbres. Ya veremos más adelante qué autoridad alcanzaron (2).

II. — SEGUNDA GUERRA DE MESENIA (645-628) (3)

Creció en Mesenia una nueva generación, que conservaba vivo el recuerdo de las desgracias y de las brillantes hazañas de sus padres, y que irritada por el vergonzoso yugo á que estaba sometida, no esperaba más que un jefe y una ocasión para sacudirlo.

Vivía por entonces en Andania un joven guerrero de la raza de Epito, llamado Aristómenes. Resuelto á elevar otra vez á su pueblo á la altura de que había caído,

---

(1) La tradición, á la que no le gusta dejar las cosas en esa sencillez, refería que mientras los espartanos estaban en la guerra de Mesenia, lejos de sus hogares, las mujeres lacedemonias contrajeron nuevos matrimonios con aquellos que se habían abstenido de jurar no volver á Esparta hasta haber alcanzado la victoria. De estas uniones ilegítimas nació una generación que fué designada con el nombre de *partenios*, y que más adelante, no pudiendo tolerar el desprecio de que era blanco, abandonó la Laconia, conducida por Falantos. Estos debían ser los fundadores de la gran colonia lacedemonia (707).

(2) No se conoce el origen de los cinco éforos, ó vigilantes, que probablemente son anteriores á Licurgo, y que no fueron al principio más que magistrados muy humildes; pero la elección les dió la autoridad que siempre comunica, y así como los tribunos de Roma, revistiéronse poco á poco de toda ella. Polibio (lib. XXIV, cap. VIII) representa á los reyes como subordinados de los éforos, que más de una vez los encarcelaron, y que permanecían sentados en su presencia, mientras los demás ciudadanos debían levantarse. Tenían en jaque á toda autoridad, y no reconocían límites precisos á su poder. Era de su incumbencia resolver sobre la paz ó la guerra, con ó sin el senado y el pueblo. Mandaban á los trescientos jóvenes encargados de la policía de Laconia, y fallaban como jueces en ciertos asuntos. Cuando los éforos lleguen al colmo de su poder, Esparta será en realidad un Estado regido despóticamente por jefes anuales y electivos, sacados de la clase popular; pero entonces todo el pueblo, ó los ciudadanos que gocen de derechos políticos, serán apenas un millar de hombres.

(3) Fechas dudosas, pero aceptadas por Curcio.

esforzábase continuamente en reanimar la esperanza de los desterrados y en excitar la cólera de los oprimidos. Atrajo á su causa á las antiguas aliadas de Mesenia, Argos, Sicione y los arcades; y los habitantes de Pisatida y Trifilia le prometieron refuerzos. Se le quiso proclamar rey, pero Aristómenes no aceptó más que el título de general. La segunda guerra de Mesenia comenzó treinta y nueve años después de la rendición de Itome.

La primera batalla se dió en la llanura de Derea: ninguno de los dos pueblos llevaba sus aliados, y la batalla quedó indecisa; pero los combates aislados fueron más favorables á los mesenios. Aristómenes mostraba en aquellos golpes de mano su arrojo y su audacia. Cierto día marchó solo, atravesó el Taigeto, entró de noche en Lacedemonia, y fué á colgar en el templo de Minerva un escudo con esta inscripción: «Aristómenes á Minerva, de los despojos de los lacedemonios.» Esparta, atemorizada, consultó al oráculo de Delfos, y el dios contestó que debía pedir un jefe á los atenienses. Atenas no quería contribuir al engrandecimiento de Esparta, pero tampoco osaba resistirse á las órdenes de Apolo, y para obedecer envió á Lacedemonia á Tirteo, maestro de escuela cojo que pasaba por loco (1). Pero este loco era poeta; cantó, y su vigorosa poesía reanimó el valor de los espartanos.

«Bello es para el hombre intrépido caer en las primeras filas durante la batalla y morir defendiendo su patria; pero no hay más lamentable suerte que el abandonar su ciudad, sus fértiles terrenos, é ir á mendigar por el mundo, llevando tras sí una madre querida, un padre anciano, hijos pequeños y una esposa legítima.

»Luchemos con valor por esta tierra y muramos por nuestros hijos. No seáis avaros de vuestra sangre, jóvenes guerreros; tened el corazón grande y valeroso y no abandonéis á vuestros mayores, esos veteranos cuyas piernas carecen ya de agilidad; porque es humillante ver tendido en tierra, delante de hombres jóvenes, un guerrero lleno de canas que exhala en el polvo su alma generosa, conteniendo con la mano sus entrañas palpitantes y ensangrentadas y sus carnes desgarradas. En cambio todo le está bien á la juventud; mientras el guerrero conserva esta noble flor de la edad se le admira y se le ama, y es bello aun cuando caiga en las primeras filas durante la batalla.»

Estas excitantes palabras valían más que la fría experiencia de un jefe hábil; pero se ha de añadir que Esparta recibió auxilios más materiales enviados por Corinto y los lepreatas, enemigos de Elis; mientras que los mesenios desterrados habían vuelto á su patria llevando consigo los sacerdotes refugiados en Eleusis. Todo el Peloponeso, menos los aqueos, iba á tomar parte en aquella lucha suprema. Un año después de la batalla de Derea, los mesenios y los espartanos, sostenidos por sus aliados, empeñaron nuevo combate en la llanura de Steniclaros, cerca del monumento del Jabalí. Esta vez, el intrépido valor de Aristómenes dió la victoria á los mesenios. «A no ser por Cástor y Pólux, que detuvieron á Aristómenes en la persecución, haciéndole perder su escudo,» ni un solo espartano hubiera escapado. Cuando el vencedor volvió á Andania, las mujeres arrojaron flores á su paso, cantando: «A través de los campos de Steniclaros, y hasta la cima de la montaña, Aristómenes ha perseguido á los lacedemonios.»

Abandonado sin duda por sus aliados después de esta victoria, que rechazaba al enemigo hasta su valle del Eurotas, Aristómenes le siguió, burlando toda vigilancia

(1) Casi todos los escritores antiguos le suponen ciudadano de Atenas, y algunos de Mileto: sus elegías están escritas en dialecto jonio. Dudoso es que los espartanos pidieran un general á los atenienses, pero no que enviaran á buscar á Atenas un poeta celebrado por sus cantos. Anteriormente habían llamado ya á Terpandro de Lesbos y á Taletas de Creta, pidiéndoles cantos para las fiestas de Apolo *Carneios* y para las *gimnopodias*, ó danzas de muchachos desnudos.

con sus marchas rápidas é imprevistas. Una tarde, al ponerse el sol, penetra en Laconia, marcha sobre Faris, la saquea y regresa cargado de botín. En el camino encuentra á Anaxandros, rey de Esparta, acompañado de sus hoplitas, y los dispersa. Hasta hubiera atacado á la misma Esparta si no se le hubiesen aparecido en sueños Elena y sus dos hermanos, los Dioscuros, aconsejándole que desistiera. Otra vez, arrebata en Caries las jóvenes que bailaban en honor de Diana, y no las devuelve sin recibir un considerable rescate (1). En Egila no fué tan feliz. «Allí, Ceres tiene un templo muy venerado: Aristómenes y su tropa sabiendo que las mujeres celebraban la fiesta de la diosa, trataron de sorprenderlas; pero estas mujeres, animadas sin duda por Ceres, hirieron á la mayor parte de los mesenios con los cuchillos y los asadores de que hacían uso en los sacrificios; y Aristómenes, cegado por la luz de las antorchas, fué cogido y cargado de cadenas; pero aquella misma noche escapó. Arquimadia, sacerdotisa de Ceres, fué acusada de haber facilitado su evasión, impulsada por el amor que hacía largo tiempo le había inspirado.»

Puesto que estamos refiriendo una leyenda más bien que una historia, véase otro rasgo por demás poético: Aristómenes cae cierto día en poder de siete cretenses al servicio de Esparta; y detiénense en el camino para pasar la noche en una casa.

Allí vivía una joven, la cual había soñado la víspera que libraría á un león al que varios lobos llevaban encadenado. Asombrada por aquel encuentro, imagínase que Aristómenes es el león de su sueño, y que sus indignos guardianes son los lobos; embriaga á éstos, desata las ligaduras del héroe, y éste mata á los cretenses, dando á uno de sus hijos por esposa á la joven que le ha salvado.

Entre tanto, Tirteo desempeñaba como poeta sus funciones de general; sus órdenes eran cantos de guerra; pero también lecciones de disciplina y de táctica.

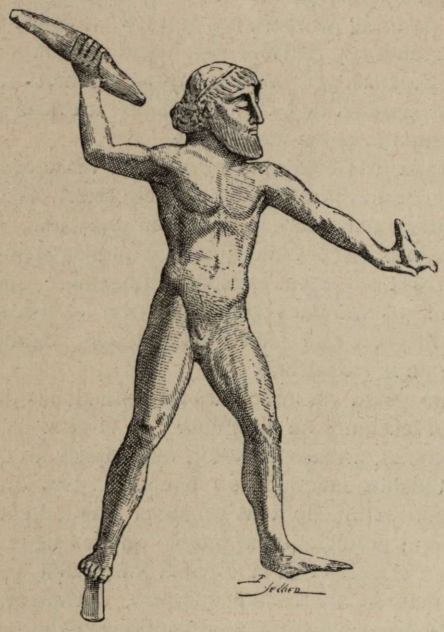
«¡Vamos! oh hijos del invencible Hércules, armaos de valor, que Júpiter no os abandona. No temáis el número de los soldados enemigos; no tembléis... Los que se mantienen unidos y compactos y se acercan mucho á las primeras filas del enemigo son los que en menor número mueren, protegiendo al pueblo que les sigue... ¡Mengua y baldón sobre aquel que yace en el polvo con la espalda traspasada por acerada lanza! Con las piernas separadas manténgase firme el guerrero, oprimiendo la tierra con sus pies, mordiéndose el labio con los dientes, y protegido el pecho por ancho escudo. Blanda con la diestra su poderosa lanza, agite sobre su cabeza la terrible crin, sin ponerse fuera del alcance de las jabalinas; aprenda á combatir en medio de los atrevidos lances de Marte; acérquese al enemigo con su larga pica, y hágale prisionero después de herirle con su espada. Pie contra pie, escudo contra escudo, casco contra casco, y pecho contra pecho, luchemos y combatamos con espada ó lanza. Y vosotros, soldados de las tropas ligeras, protegido cada cual por su escudo, derribad al enemigo con pesadas piedras, arrojadle vuestros dardos bien pulimentados, sin separaros de los panoplitas.»

Al mismo tiempo que Esparta introducía de nuevo la disciplina en su ejército, preparaba la victoria apelando á una traición. Aristócrates, rey de los arcades, ganado con regalos, prometió abandonar á los mesenios en la próxima batalla. Esta se trabó cerca de un sitio llamado el Foso Grande; combatíase con el mayor ardimiento, cuando Aristócrates, pretextando que las víctimas daban señales amenazadoras, retiró sus tropas y dejó en descubierto la izquierda de los mesenios. Este movimiento introdujo el desorden en sus filas. A pesar de su valor, Aristómenes hubo de ceder,

(1) Vitruvio cuenta que para castigar una traición de los carios se había dado muerte á todos los hombres de la ciudad, vendiéndose las mujeres, y que á fin de eternizar el recuerdo del crimen se representó á estas últimas en los templos sosteniendo cornisas. Esto es un cuento; pero las cariátides constituyen uno de los más elegantes asuntos de la ornamentación arquitectónica.

y aquéllos no se recobraron del sangriento desastre. Retiráronse al monte Ira, como en la guerra anterior se habían retirado al monte Itome, y allí se defendieron once años. Para sitiarlos por hambre, los espartanos convirtieron la Mesenia en desierto, prohibiendo á los labradores de los cantones limítrofes de Laconia el cultivo de sus campos hasta que terminase la guerra. Esta prohibición produjo escasez hasta en la misma Esparta, y hubo disturbios, que Tirteo apaciguó también cantando la concordia y la obediencia á las leyes.

Pero Aristómenes no era hombre capaz de dejarse encerrar en Ira. Una vez, hacia la caída de la tarde, salió con la tropa de trescientos hombres escogidos, que siempre le acompañaba, y marchó tan rápidamente, que pudo llegar á Amiclea antes de salir el sol, apoderóse de la ciudad y la saqueó: cuando llegó el socorro de Esparta, habíase retirado ya. En otra expedición, fué sorprendido por los dos reyes de Lacedemonia: herido de una pedrada en la cabeza, perdió el conocimiento, y quedó prisionero con cincuenta de los suyos, que fueron precipitados en el Ceadas, abismo donde se arrojaba á los malhechores (1). Los otros mesenios perecieron lo mismo, pero cuando llegó el turno á Aristómenes, un águila, según la leyenda, sostúvole en su caída con las alas desplegadas, y así llegó al fondo completamente ileso. Tres días permaneció en el abismo, embozado en su manto y esperando la muerte. Al cabo de este tiempo oyó un ligero ruido, se destapó la cabeza, y como sus ojos estaban acostumbrados á la oscuridad, vió una zorra que devoraba los cadáveres. Entonces, comprendiendo que aquel animal habría penetrado hasta allí por alguna salida secreta, dejóle acercarse, le cogió con una mano, y con la otra le presentó su manto para que mordiese. Siguióle así, y llegó á un agujero por donde penetraba una débil claridad; soltó á la zorra, ensanchó la abertura con sus manos, y escapando al fin, regresó á Ira.



Zeo blandiendo el rayo (2).

Aristómenes volvió á comenzar al punto sus correrías; destrozó á una partida de auxiliares corintios, y por tercera vez ofreció á Júpiter Itomeo el sacrificio llamado *hecatonfonia*, porque se reservaba al guerrero que hubiese matado por su propia mano cien enemigos. Sin embargo, acercábase la hora señalada para la toma de Ira, y el oráculo había dicho: «Cuando un macho cabrío beba en el tortuoso Neda, no defenderé ya á los mesenios.» El Neda es un río inmediato á Ira, y á fin de impedir que se realizase la amenaza del oráculo, alejábase cuidadosamente á todos los animales de dicha especie; pero en el país hay una higuera silvestre llamada *tragos*

(1) M. O. Rayet cree haber visto el sitio donde estaba este abismo. Véase Couat, *La poesía alejandrina*, p. 344, n.° 2.

(2) Estatuílla de bronce hallada en Olimpia, tomada de *Die Ausgrabungen zu Olympia*, IV, tabla XXIV). El dios blande el rayo con la mano derecha y en la izquierda tiene posada un águila.

(macho cabrío), y fué el caso que uno de estos árboles creció horizontalmente en las orillas del río, de modo que la extremidad de los ramos bañábase en la líquida superficie: el oráculo se cumplió; el *tragos* había bebido en el Neda.

Algún tiempo después, en una oscura noche, como la lluvia cayese á torrentes y no hubiera en las murallas de Ira abrigo alguno donde los centinelas pudiesen ponerse á cubierto, todos se retiraron para esperar á que cesase la tormenta. Un esclavo trásfuga de los lacedemonios lo echó de ver, y aprovechando aquella ocasión para obtener el perdón de sus antiguos amos, corrió al campamento de los de Esparta para darles la noticia. Al punto se pusieron en marcha, y como el estampido del trueno y el rumor de la lluvia no permitía oir el de sus pasos, llegaron hasta la ciudad sin que se les observase. Los primeros que los divisaron fueron Aristómenes y el adivino Teoclos; apenas dan el grito de alarma, los mesenios acuden por todas partes, y las mujeres suben á los tejados de las casas para arrojar desde allí piedras sobre los lacedemonios. Por espacio de tres días se disputa el terreno palmo á palmo, en medio de la tempestad que no cesaba; pero los espartanos se batían estimulados por los relámpagos que brillaban á su derecha, presagio favorable, y además tenían la ventaja del número. Cuando ya no quedó esperanza, Teoclos se precipitó en medio de los enemigos y murió matando; y Aristómenes hizo señal á los lacedemonios de que deseaba retirarse con los suyos. Los espartanos no se atrevieron á negarse á ello por no llevar al colmo la desesperación de aquel puñado de héroes. Aristómenes colocó á los ancianos, las mujeres y los niños en medio de los guerreros, y salió así de Ira llevando consigo la fortuna de Mesenia.



Moneda de Regio (1).



Moneda de Mesana (2).

Aquel hombre infatigable no desesperaba aún. Apenas retirado á la Arcadia, propuso á los quinientos mesenios que le quedaban marchar rápidamente sobre Laconia y apoderarse de Esparta, ó por lo menos de algunos rehenes. Todos acogieron con entusiasmo aquel proyecto audaz, y con los mesenios reuniéronse trescientos arcades; pero Aristócrates, cometiendo una segunda traición, avisó á los espartanos, y frustró esta postrera esperanza. «Cuando los arcades supieron esta perfidia, apedrearon á Aristócrates, instando á los mesenios á seguir su ejemplo; éstos miraron á Aristómenes, que bajó los ojos y comenzó á llorar. Los arcades, después de lapidar á su rey, arrojaron su cadáver fuera de los límites de su territorio, sin dignarse siquiera darle sepultura, y durante varios siglos se pudo leer en la cima del Liceo, cerca del altar del dios, una inscripción que decía: «Por la gracia de Zeo el traidor fué descubierto, y castigado su perjurio. Ningún crimen puede quedar oculto.»

Los mesenios fueron repartidos entre los ilotas; pero los habitantes de Pilos y de

(1) Morro de león, de frente; á la izquierda una rama de olivo. R. Un personaje barbudo que está sentado y apoya la mano derecha en un largo cetro; debajo del sitial se ve una cigüeña, todo ello rodeado de una corona de hojas de olivo (moneda de plata).

(2) Morro de león de frente. R.) MESSENION. Cabeza de ternera á la izquierda (moneda de plata).

Motone se embarcaron en sus naves y dirigiéronse á Cilena, en el país de los eleos. Una vez allí, propusieron á sus compatriotas que se hallaban en Arcadia que se embarcaran con ellos para ir á fundar alguna colonia en país extranjero, y hasta rogaron á Aristómenes que se pusiese á su cabeza. El héroe contestó que mientras conservase un soplo de vida combatiría á los lacedemonios, y que estaba seguro de hacerles mucho daño; pero dióles por jefe á su hijo Gorgos, con el cual fueron á Regio, adonde se habían retirado ya algunos mesenios después de la primera guerra. Dos siglos más tarde, un mesenio llamado Anaxilaos, que llegó á ser tirano de Regio, apoderóse de Zancle y estableció allí á los descendientes de los desterrados, que en recuerdo de la patria de sus padres dieron á esta ciudad el nombre de Mesena: este glorioso nombre se vuelve á encontrar en el de la ciudad actual, Mesina.



Moneda de Rodas (1).

Poco tiempo después Aristómenes se hallaba en Delfos cuando un rey de la isla de Rodas fué á consultar el oráculo sobre la elección de esposa. La Pitonisa le dijo que se uniera con la hija del griego más valeroso, y el rey pensó que nadie se podía comparar en Grecia con Aristómenes por su bravura, por lo cual pidióle su hija. Aristómenes fué con ella á la isla de Rodas, llevando su odio contra Esparta, y ocupábase aún en buscar enemigos de ella para atacarla, cuando la muerte le condenó al reposo eterno. Su pueblo, lo mismo que este intrépido jefe, mantúvose fiel al recuerdo de la patria perdida, y jamás se reconcilió con los que le arrebataron injustamente el hogar doméstico, las tumbas de sus abuelos y la libertad. Todos los enemigos de Esparta, Atenas, Epaminondas, los hallaron siempre dispuestos en todas partes á combatir contra la eterna enemiga; y cuando ya no existía Esparta, ni tampoco Grecia, los últimos mesenios cantaban aún, nueve siglos después de la toma de Ira: «A través de los campos de Steniclaros, y hasta la cima de la montaña, Aristómenes ha perseguido á los lacedemonios.»

III. — GUERRAS DE ESPARTA CONTRA TEGEA Y ARGOS

Por la legislación de Licurgo y la conquista de Mesenia, Esparta llegó á ser el Estado más poderoso del Peloponeso; pero después de sus grandes esfuerzos para sostener aquella guerra, necesitaba reposo. Hasta el año 620 no volvió á tomar las armas para atacar á los tegeatas, que en otro tiempo la hicieron sufrir humillantes derrotas. Esta guerra duró, con largas interrupciones, más de sesenta años, y en un principio, todo fueron reveses para Esparta. Aquí encaja una de esas tradiciones que á Herodoto le agradan tanto, y que tan bien refiere. Consultado el oráculo por los espartanos, contestó que serían vencedores cuando hubieran llevado á su ciudad la osamenta de Orestes sepultado allí donde soplan dos vientos contrarios, donde el tipo choca con el antitipo, donde el mal está sobre el mal. Sucedió pues que habiendo ido á Tegea un lacedemonio llamado Licas, entró en la tienda de un herrero, el cual le refirió, por casualidad, que al practicar una excavación en su patio había encontrado un ataúd de notables dimensiones. Al oir estas palabras, Licas re-

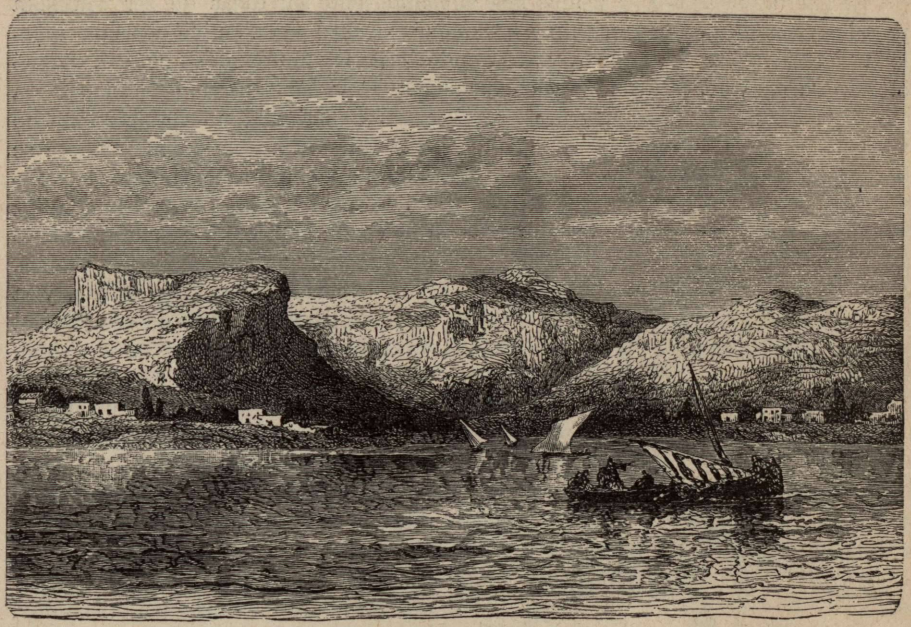
(1) Cara del Sol de frente, con el cabello dispuesto como rayos. R. POΔION. La rosa, emblema del nombre de la isla de Rodas; en el mismo tallo un capullo; en el campo un tridente y la letra I, marca de taller (tetradracma).

cuerda el oráculo: los vientos contrarios son sin duda los fuelles de la fragua, el tipo es el martillo, el antitipo la bigornia, y el mal sobre el mal, el hierro que se forja sobre el hierro; de modo que el ataúd debe ser el de Orestes. Entonces Licas vuelve á Esparta, revela á los magistrados lo que ha descubierto, y se le destierra para que nadie desconfíe de él. Vuelve á Tegea, alquila el patio del herrero, recoge la osamenta y se la lleva al punto. Desde aquel momento, los espartanos creyeron en la victoria, lo cual era el mejor medio de asegurarla; vencieron, y la cesión de la osamenta de Orestes, impuesta á los tegeatas, fué sin duda una de las condiciones de la paz. Tegea conservó su territorio y sus leyes; mas descendiendo á la categoría de los pueblos que Esparta arrastraba consigo á la guerra, y solamente tuvo el estéril honor de ocupar el ala izquierda del ejército federal.



Moneda de Tegea (1).

Antes de esta guerra, ó durante ella, varios cantones que los arcades poblaban



Vista de Citerea.

fueron anexionados al territorio de Lacedemonia; y de este modo, la preponderancia ejercida en otro tiempo por los Pelópidas en la península restablecíase en beneficio de los espartanos: la traslación de los huesos de Orestes á Lacedemonia suponía á este pueblo heredero del poderío de Agamenón, el gran rey de los tiempos homéricos.

Entre Argos y Esparta, las cuestiones reconocieron por causa la posesión de Tirea y de la Cinuria. Este país montañoso hubiera sido en manos de los argivos

(1) Cabeza de Minerva con casco á la derecha. R. TEΓETAN. Un guerrero armado de escudo, casco y espada, en actitud de combate (dracma).

una barrera eficaz contra las incursiones de Esparta; por otra parte servíales de comunicación con el resto de su territorio, pues poseían toda la costa oriental de Laconia hasta el cabo Malea y las islas adyacentes hasta Citerea. Para economizar sangre, los dos pueblos convinieron, hacia el año 547, en elegir cada cual trescientos combatientes, debiendo ser Cianura el premio de la victoria. La batalla duró todo un día; de los espartanos no sobrevivió mas que Otriades, pero gravemente herido y tendido entre los muertos; por parte de los argivos, dos guerreros quedaron ilesos, Alcenor y Cromios, quienes no viendo más enemigo ante sí, apresuráronse á llevar á sus conciudadanos la noticia de su victoria. Durante su ausencia, Otriades, haciendo un último esfuerzo, levantó un trofeo con las armas de los enemigos, y atravesóse con su espada para no sobrevivir á sus compañeros. Al día siguiente los dos pueblos se atribuyeron la victoria, y fué necesario zanjar la cuestión trabando una batalla general, que los lacedemonios ganaron. Los argivos hubieron de ceder los países disputados, y sin duda también la costa oriental de Laconia, que desde mediados del siglo VI, antes de nuestra era, parecía formar parte del territorio lacedemonio.

La guerra con Argos se renovó más adelante, pero sin dejar de ser ventajosa para los espartanos. En 514, su rey Cleomenes alcanzó cerca de Tirinto una señalada victoria sobre los argivos, y avanzando hasta los muros de su ciudad, quemó el bosque sagrado. Si los niños, los ancianos y hasta las mujeres, excitados por la poetisa Telesilla, no hubiesen hecho una valerosa defensa, seguramente se habría apoderado el enemigo de la plaza. El mismo príncipe invadió el Atica dos veces: la primera en cumplimiento de una orden del oráculo de Delfos, para expulsar á los Pisistrátidas, y la segunda para establecer en esta ciudad un gobierno aristocrático. Por último, en 491, la autoridad de Esparta, transponiendo las playas de la península, se extendió hasta Egina, cuyos habitantes entregaron rehenes.



Testa de Zeo (1).

Los lacedemonios habían ocupado además otro baluarte del Peloponeso, Citerea, situada al Sud del cabo Malea, isla árida y pedregosa: según la leyenda, allí abordó Venus cuando salió del seno de las olas, pero añadíase que la diosa de los placeres huyó muy pronto á Chipre. Los barcos mercantes procedentes de Egipto y de Africa encontraban allí una excelente estación naval; por eso los espartanos tenían guarnición en la ciudadela, y enviaban anualmente un magistrado para gobernar la isla.

Esparta era dueña por sí misma de dos quintas partes del Peloponeso (2); temíasela, ó se la obedecía en las demás, y los pueblos respondían á su llamamiento cuando los invitaba á seguir á su ejército fuera de la península. Era la primera po-

(1) Bronce descubierto en Olimpia, según *die Ausg. zu Olympia*, III, lám. XXII.

(2) El territorio de Esparta se extendía, por el lado de Argos, hasta el río Tanos (Luku), y por el de Elida, hasta el Neda (Buzi).

tencia militar de Grecia, y su fama llegaba hasta el Asia, pues hacia la época del combate de los seiscientos, Creso, rey de Lidia, envió una embajada con objeto de solicitar su auxilio, y Esparta se disponía ya á enviarle barcos y soldados cuando se supo la caída de Sardes. A Esparta pidieron tambien socorro las víctimas de Policrates, el desterrado samio Meandrio, los jonios contra los persas, Platea amenazada por Tebas, y últimamente Atenas, que deseaba vengarse de Egina. Así, pues, antes de las guerras médicas, los griegos y los bárbaros reconocían á Esparta como cabeza de la Hélade.

CAPITULO IX

ATENAS Y LA CONSTITUCION DE SOLON (1)

I. — ATICA Y SUS REYES

El limitado país que algunas montañas de difícil acceso separan de la Grecia central, y que penetra como un promontorio en el mar Egeo, flanqueado á la derecha por la larga Eubea y á la izquierda por las islas de Salamina y de Egina, es Atica, la parte del mundo más justamente celebrada en la historia del ingenio humano. Está dividida en tres cuencas semicirculares, las llanuras de Eleusis, de Atenas y de Maratón, que parecen cerradas en todos sus lados por las montañas y el mar; pero á trechos hay varias comunicaciones naturales, y los montes se deprimen como para dejar caminos abiertos y libre el paso á los viajeros; de modo que la configuración del Atica presenta á la vez diversidad y unidad. Su superficie no equivale á la mitad de la de los más pequeños departamentos franceses, y en su suelo pedregroso no hay siquiera, salvo en algunos puntos, la rica vegetación de la Beocia, sû vecina. La leyenda, sin embargo, supone que allí nació Triptolemo, el inventor de la agricultura, y que después de la adoración á Minerva, el culto de Ceres fué el principal. Apenas hay trigo; un poco de cebada, higueras, vides, olivos, las colmenas del Himeto (2), las canteras de mármol del Pentélico, las minas de plata del Laurión, y las pesquerías abundantes de la costa, constituyen con su belleza severa, pero delicada, toda la riqueza del país, sin contar la más fecunda y gloriosa de todas, es decir, el genio de los habitantes.

Este genio, debido á la influencia local, á varias circunstancias históricas, y á un clima que dulcifica la primavera, templando el rigor del invierno, difiere mucho del carácter espartano. Franco y abierto como el horizonte sin límites en que desde lo alto del Acrópolis puede explayarse la mirada por el mar Egeo (3); vivo y agudo como la brisa marina que sopla sobre las montañas purpúreas del Atica (4), es ade-

(1) Sobre las ventajas naturales del Atica, véase Jenofonte, *Rentas del Atica*, I.

(2) No conociendo los griegos el azúcar, la miel era un artículo importante de comercio, pues la usaban en la pastelería, y hasta en los manjares, considerándola además como un alimento necesario para los ancianos, y propio para prolongar la vida (Ateneo, II, 7).

(3) Jenofonte, en *la República de Atenas*, II, 7, decía: «Gracias al imperio del mar, oyen hablar todas las lenguas; estudian las costumbres y los usos más diferentes, y han introducido en su país una mezcla feliz de lo mejor que encontraron entre los griegos y los bárbaros.»

(4) Ovidio dice del Himeto: *purpureos colles (Ars amat.*, III, 687), y efectivamente, á ciertas horas del día las colinas del Himeto toman esa tinta.

más investigador, audaz é industrioso, como lo es con frecuencia el del habitante de las costas visitadas por muchos extranjeros, y el de las regiones que no se bastan á sí propias. Ese genio, en fin, siempre vivo y despierto, lo es más aún por la multiplicidad de las impresiones recibidas en una atmósfera pura y sonora, durante aquellas noches transparentes, que no son la oscuridad, sino la falta de la luz del día (1). Los atenienses eran sobrios á causa de la naturaleza misma de su suelo, donde no se encontraba nada abundante, pero otra condición tenían mejor, y era la sobriedad de espíritu. En aquel pueblo, que se distinguía por sus ideas ingeniosas y delicadas y la actividad de su existencia, nada había desmedido ni exagerado; todo era proporcional, perfectamente claro y preciso, sin pesadez ni falsedad; y muy por el contrario, observábase una elegancia natural. Licurgo no hubiera podido triunfar en Atica, pues las opresoras leyes que mantenían á Esparta inmóvil no habrían hecho mella en aquellas vivas inteligencias, en aquellos hombres poco disciplinables á una sola regla imperiosa, porque la naturaleza de su suelo les había acostumbrado á todos los géneros de existencia, y por sus venas circulaba la sangre más mezclada (2). Pelasgos, aqueos, jonios, tracios, eolios, y colonos orientales tal vez, todos habían acudido allí para encontrarse, no como conquistadores, porque esa península pedregosa, sin tierra y sin agua, no valía un combate, sino como fugitivos, y en una proporción tal, que una sola tribu no había podido avasallar á todas las demás. Atenas fué asilo de las razas helénicas, como Roma debía serlo de las italiotas; y he aquí porqué esas dos ciudades son, cada cual á su manera, la más completa expresión, esta de Italia, la otra de Grecia, y ambas del antiguo continente.

Esparta, el otro polo de la sociedad helénica, no hizo en nada grandes progresos: en su largo y escabroso valle del Eurotas, cerrado á los extranjeros, contrajo un carácter duro y mezquino que no se suavizaba jamás; y en política, organizó desde los primeros días la forma definitiva de su constitución, es decir, la aristocracia. Atenas, que debía llegar hasta la democracia, y aun más allá, debió recorrer más camino antes de hallar la constitución que á su genio convenía; y por eso tardó tanto en ser poderosa en el exterior.

Hasta las guerras médicas vemos en la historia de Atenas muchas revoluciones, las cuales comienzan con Teseo, que sucedió á su padre Egeo, hacia 1300, aunque ciertas instituciones, como el Areópago y la división del pueblo en nobles, labradores y artesanos, fueron tal vez más antiguas. Teseo es, por decirlo así, el patrón de Atenas, como Hércules lo es del Peloponeso y Quirino de Roma; es uno de esos

---

(1) El aire del Atica, dice Eurípides, se caracteriza por su extremada trasparencia (*Medea*, 829), y de consiguiente por su notable sonoridad; se ve y se oye desde muy lejos; de modo que los sentidos, esos vehículos de las ideas, están siempre despiertos y reciben impresiones mucho más vivas y multiplicadas que en nuestros climas brumosos. Cicerón dice en el *De fato*, IV: *Athenis tenue cœlum; Thebis autem crassum*. Cf. Hipócrates, *Del aire*, cap. LV, y Plinio, *Hist. nat.*, II, 80. Curcio (I, 248), recogiendo esta idea, dice á su vez: «Die Alten als eine besondere Gunst des Himmels anzuerkennen wussten, die trockne und helle Atmosphäre Atticas, welche durch ihre besondere Klarheit geeignet war, den Leib frisch und gesund, die Glieder elastich zu machen, die Sinne zu schärfen, die Seele heiter zu stimmen, die Kräfte der Geister zu wecken und zu beleben.» Voltaire no se engañaba pues tanto como se cree cuando decía: «Podría ser que la naturaleza hubiese dado á Atenas un suelo más á propósito que el de Westfalia y el de Champaña para formar ciertos genios.»

(2) A pesar de lo que dice Isócrates (*Panegírico*, 24, 25) acerca de que los atenienses eran autóctonos; pero cita con este motivo el hecho curioso de que en su época los pueblos griegos enviaban aun á Atenas las primicias de sus cosechas, obligados por la Pitonisa misma á cumplir este deber religioso, porque en Atica había nacido la agricultura, y de ella salió para extenderse por el resto de Grecia (id., 31, p. 28). Cito en cuanto es posible los autores griegos según las ediciones de la Biblioteca greco-latina de Didot).

personajes, ó mejor dicho semidioses, cuyo recuerdo, embellecido por la imaginación popular, se cierne sobre la cuna de un pueblo. Su historia era verdaderamente nacional en Atica, y los maravillosos detalles de su vida se conmemoran en los monumentos, recordándose en la religión, en las fiestas, y hasta en el calendario mismo de los atenienses. Ya los hemos referido allí donde correspondía, en la historia le-



Disputa de Minerva y de Neptuno (1).

gendaria, por lo cual basta decir aquí que Minerva y Neptuno, la diosa de la sabiduría y el dios del mar, habían disputado para saber quién sería la divinidad protectora de la nueva ciudad. Atenea triunfó, y dióle el siglo de Pericles; pero Poseidón le aseguró por espacio de siglo y medio el imperio del mar.

Solamente insistiremos sobre el hecho político de la fundación de Atenas como metrópoli de Atica.

Tierra de largas riberas es lo que viene á significar este nombre (2); en comuni-

(1) Este camafeo, uno de los más hermosos del Gabinete de Francia, fué tomado en la Edad media por una representación de Eva y Adán en el paraíso terrestre, y se grabó en hueco, en el reborde, una inscripción hebraica, el principio del versículo 6 del capítulo III del Génesis: «La mujer consideró que el fruto de aquel árbol era bueno para comer,» etc.

(2) Acta (*Plinio*, IV, 7): Ἀττικὴν τὴν χώραν, πρότερον καλουμένην Ἀκταίαν (Pausanias, I, 2, 6).

cación con el mar por tres lados, había recibido por aquí y por los caminos de las montañas beocias habitantes de origen muy distinto (1). Cada grupo se acantonó separadamente, y todos se negaron á tener nada de común entre sí; de modo que se necesitaron mucho tiempo y esfuerzos para reducir esos pequeños Estados al número de doce, é inducirles á unirse por alianzas y someter sus rencillas á un mismo tribunal. Este primer trabajo de conciliación tiene un nombre en la leyenda: se llama Cecrops (2); el segundo, cuyo objeto era formar una sola ciudad de las doce aldeas, constituyendo la unidad política después de la civil, tiene otro: se llama Teseo.

«Teseo, dice Plutarco, reunió en un solo cuerpo de nación á todos los habitantes de Atica. Diseminados antes en varias aldeas, era difícil reunirlos para deliberar sobre los asuntos públicos, y con frecuencia hacíanse la guerra entre sí. Teseo los recorrió todos para proponer un plan y hacer que se aceptara; los simples ciudadanos y los pobres adoptáronle sin vacilar; y para reducir también á los hombres más poderosos, prometióseles un gobierno sin rey, en el cual, reservándose Teseo únicamente la dirección de la guerra y la ejecución de las leyes, establecería para todo lo demás una igualdad completa entre los ciudadanos. Persuadió á unos; y los otros cedieron por temor. Entonces mandó derribar en cada aldea los pritaneos y las casas concejiles, suprimió todos los magistrados, hizo construir otro pritaneo y un palacio común en el lugar donde aun se hallan hoy; dió á la ciudad y á la ciudadela el nombre de Atenas, é instituyó para todos los ciudadanos una fiesta con el nombre de *Panateneas*» (3).

Su divinidad fué Palas-Atenea, cuya estatua había caído del cielo (4).

En otros términos, Atica, antiguamente dividida en varios Estados, como las demás provincias de Grecia, habíase visto obligada á reconocer la supremacía de aquel que se ensanchó más que los otros, porque su puerto ponía á su disposición el mar (5), y podía intentarlo todo, teniendo en caso adverso una roca de escarpados flancos, pero de cima aplanada, que era para el pueblo y para sus dioses un refugio inexpugnable (6). Esta revolución que puso al Atica en «la ciudad coronada de violetas» (7), no impidió, sin embargo, que subsistieran esas divisiones que se encuentran en el origen de casi todas las historias, las *tribus*, las *fratrias* y las *familias*. Había 4 tribus, compuesta cada cual de 3 fratrias, subdivididas á su vez en 30 γένη, lo cual formaba un total de 360 familias políticas. Así como las *gentes* romanas, estas familias no contaban solamente con hombres relacionados por el parentesco, sino también con los que estaban unidos por sacrificios comunes en honor del héroe ó del dios á quien se suponía antecesor de toda la raza; por el derecho de heredar unos de otros, á falta de herederos consanguíneos; por la obligación de ayudarse mutuamente; y por tener un altar, una sepultura y un tesoro comunes. Cada γένος comprendía cierto número de γεννῆται ó jefes de familia natural. Esta organización se basaba en un sentimiento que por desgracia se debilitó en nuestra Europa, es

(1) Los grandes dioses protectores del Atica revelan esta diferencia: eran el Zeo pelásgico, el Neptuno eolio, que en la roca misma del Acrópolis hizo brotar un manantial; y Palas, la antigua divinidad de los rudos montañeses de Palena y de la raza jónica.

(2) Véase p. 28.

(3) Tal es también el relato de Tucídides, II, 15.

(4) Φήμη δὲ ἐς αὐτὸ ἔχει πεσεῖν ἐκ τοῦ οὐρανοῦ. (Pausanias I, 6, 6.)

(5) Este puerto fué, hasta Temístocles, el de Falero.

(6) El Acrópolis es una roca aplanada de forma oval, de 900 pies de longitud por 400 de anchura y 2400 de circuito, escarpada por todas partes menos por el Oeste. Pericles la convertirá en el lugar más hermoso de la tierra.

(7) A causa de su origen jónico. En griego ἴον significa violeta. Cuando los atenienses se hubieron instruído, negaron, como ciertos advenedizos, su origen y su nombre (Herodoto, I, 143).

decir, el culto de la familia y la veneración á los antepasados. Atenas consideraba como una desgracia pública la extinción de una sola de sus familias, no tanto por el hecho de perder ciudadanos, cuanto por la circunstancia de que los antecesores, los manes y los dioses tutelares de aquélla iban á quedar sin honores, perdiendo ellos á su vez el afecto á una ciudad donde el fuego de los sacrificios no ardería ya en sus altares desiertos.

Además de esta división religiosa y social de los fratrias y de las familias, había otra más política y mucho más reciente. Cada tribu se subdividía en tres *tritias* ó tercios, y en doce *naucrarias;* las cuarenta y ocho naucrarias de las cuatro tribus eran divisiones territoriales; en cada una de éstas, los *naucraros*, ó principales propietarios, señalaban el impuesto así como el contingente militar del distrito; y andando el tiempo reuniéronse para equipar una galera á fin de proteger el Atica contra las agresiones de los piratas. Los pritaneos de los naucraros constituían en Atenas un consejo supremo. Estos naucraros pertenecían á la clase rica, á los nobles, que en la ciudad de Teseo formaban una aristocracia bastante análoga á la de la ciudad de Rómulo; aquí los patricios, allí los eupátridas, teniendo unos y otros al pueblo bajo su dependencia. En Roma, á donde la guerra llevó un segundo pueblo opuesto al primero, los plebeyos tuvieron pronto bastante fuerza para obligar á los patricios á contar con ellos; en Atenas, donde no se introdujeron vencidos después de su derrota, no pudieron éstos por lo tanto acrecentar incesantemente la fuerza del pueblo con el mayor número de individuos, y la aristocracia se mantuvo inalterable por espacio de algunos siglos.



Tetradracma de Atenas con Cástor y Pólux en el reverso (1)

Según las leyendas recogidas por Plutarco, esa aristocracia fué la que derribó á Teseo. «Durante una ausencia del héroe, los Tindáridas Cástor y Pólux invadieron el Atica para recobrar á Elena, robada por aquél, y hasta en la misma Atenas estalló un motín contra el héroe. Mnesteo, descendiente de Erecteo, trató de sublevar á los principales ciudadanos contra el hombre que les había arrebatado el imperio que cada cual ejercía en sus aldeas, y que al encerrarlos en una sola ciudad los había convertido en súbditos suyos ó más bien en esclavos. Mnesteo excitaba también á los hombres del pueblo, acusando á Teseo de no haberles dejado sino una libertad imaginaria, que los había privado de hecho de su patria y de sus sacrificios, dándoles por amo, en vez de varios reyes legítimos, buenos y humanos, un extranjero desconocido.» Al volver Teseo, vióse obligado á expatriarse y fué á Esciros, donde murió. De este modo Mnesteo alcanzó el objeto de sus intrigas y reinó; pero después de él la autoridad real fué recobrada por la familia de Teseo, que la conservó hasta el tiempo en que la invasión doria trastornó la Grecia.

Desde los primeros días Atica fué asilo de los vencidos, y no porque hubiese

(1) Cabeza de Minerva á la derecha, con el casco con crines y adornado de grifos y caballos al galope. ℞. Lechuza de pie sobre un ánfora volcada. En el campo se lee: ΑΘΕ y los tres nombres de magistrados: ΝΙΚΙΩΝ, ΕΥΡΥΚΛΕΙ[ΔΗΣ], ΑΣΚΛΗ[ΠΙΑΔΗΣ]. A la derecha de la lechuza los Dioscuros Cástor y Pólux, de pie, apoyándose uno en otro fraternalmente; uno tiene una lanza, otro una pátera. Sobre el ánfora hay la letra B, y debajo ΜΕ, marcas del artífice.

sido atacada, pues los invasores no se presentaron hasta el último instante en su frontera. Después de la invasión eolia, los minios, los tirrenos y los gefereos de Beocia buscaron un refugio más allá del Citerón, donde introdujeron, con el culto de Demeter, el uso de la escritura, ya antiguo en los alrededores del lago Copais. Los fugitivos de Trezena atravesaron el golfo de Salónica, y fueron á poblar los *demos* de Esfetos y de Anaflistos, hacia la punta del Atica que termina en el cabo Sunio. De Egina llegaron los Eácidas, de quienes eran descendientes Milciades y Cimón; y de Mesenia la posteridad de Neleo y de Nestor.

De este modo el Atica recibió entonces nuevos habitantes, y sobre todo antiguas familias, que poderosas por el número de sus servidores, por sus riquezas, y por las tradiciones religiosas y heroicas unidas á su nombre, tuvieron bastante fuerza para arrogarse violentamente el poder en Atenas. A fin de salvar la vanidad nacional, los atenienses explicaban de otro modo esta revolución: los extranjeros se establecieron como simples particulares en Atica; poco tiempo después, un rey de Tebas, en guerra con Atenas, retó á singular combate á Timetes, descendiente de Teseo, quien se negó á batirse; el mesenio Melanto aceptó en su lugar, venció por una astucia al rey tebano, y en recompensa fué aclamado rey por los atenienses. Lo cierto es que Melanto dejó el trono á Codro, su hijo, y que sus hermanos fueron jefes de los Alcmeónidas, de los Pisistrátidas y de los Peónidos, tres familias que ocuparon el primer lugar en Atenas. Bajo el reinado de Melanto, Atica recibió, además, de grado ó por fuerza, á los jonios de Egialea, expulsados de su país por los aqueos, y á otros emigrantes de Epidauro, de Flionte y de Corinto. Los recién llegados iban poseídos de un sentimiento que arraigó en el Atica, y era su odio á los dorios. Codro reinaba en Atenas cuando éstos, persiguiendo á los pueblos que habían expulsado del Peloponeso, invadieron la Megárida y el Atica; y aquí también la historia complaciente oculta tal vez una derrota bajo una tradición heroica de que no era permitido dudar en Atenas. Un oráculo, según decían, había revelado que si los sitiadores mataban al rey de Atenas, su derrota sería cierta, y de consiguiente, prometiéronse no tocarle; pero Codro sabía cuál era el sacrificio exigido por el dios y lo aceptó. Disfrazado de campesino, fuése al campamento ocupado por los enemigos, provocó la cólera de uno de los soldados, hiriéndole con su hoz, y se dejó matar. Cuando los dorios supieron que habían muerto al rey de Atenas, desesperaron del triunfo y volvieron al Peloponeso (1066?)

II. — ABOLICIÓN DE LA MONARQUÍA. — EL ARCONTADO. — LEYES DE DRACÓN

Muerto Codro, pretendióse que ninguno era digno de sucederle, y con este pretexto abolióse la monarquía (1045?). Esta revolución se hizo por los jefes de los recién llegados, eolios y jonios, que reunidos con la antigua nobleza de Atenas constituían la aristocracia política y sacerdotal de los *eupátridas* (nobles) ó *pedianos* (hombres de la llanura) por oposición á los antiguos habitantes rechazados hasta las montañas ó las riberas, y que por esto se llamaron *hiperacrianos* y *paràlianos*. Acantonados en Atenas, cuya fortaleza ocupaban, considerábanse todos de sangre real, y eran jefes militares y sacerdotes del pueblo. De este modo, una aristocracia extranjera, en connivencia con la nacional, amenazaba aniquilar las antiguas libertades y someter al Atica al régimen de castas, impuesto á los países situados en la otra parte del istmo. Esta tiranía fué minada al fin por el espíritu de las instituciones atribuídas á Teseo y por la actividad laboriosa de esta población, que obligada á recurrir al extranjero para alimentarse, pidió al comercio y á la industria los medios de cambio que su suelo no le proporcionaba.

Atenas no llegó á ser una Esparta, y Grecia se libró de una uniformidad estéril, por la cual el mundo hubiera perdido el rico desarrollo del espíritu ateniense.

Envidiosos de la autoridad real, que les hacía sombra, aunque desde la elección de Melanto se hallase este poder en manos de uno de ellos, los eupátridas le despojaron de sus principales prerrogativas, trasformándole en una magistratura vitalicia y responsable; y el pomposo título de rey fué sustituído por el de jefe, ó *arconte*. Sin embargo, consintieron en dejar esa autoridad tan mermada á Medón, hijo de Codro, y á doce de sus descendientes; pero una vez abolido el principio de herencia, é impuesto el de la responsabilidad, ninguna barrera debía tener ya á raya á una aristocracia recelosa; y en 752, la duración del arcontado se redujo á diez años. Cuando se hubieron sucedido siete arcontes decenales, la lenta descomposición de la monarquía se completó. Cada eupátrida quiso tener su parte de poder, y todos influyeron para que se acordara elegir nueve arcontes, οἱ ἐννέα, todos los años (683).

Tres de ellos se compartieron las antiguas prerrogativas de la monarquía. El primero, al *arconte epónimo*, dió su nombre al año: representante del Estado, era protector legal de las viudas y de los huérfanos, y guardián de los derechos de las familias y de las fratrias. El segundo, *arconte rey*, desempeñaba como el *rex sacrificulus* de los romanos, funciones religiosas, cargo que le daba importancia como custodio legal de la religión, pero ninguna autoridad doctrinal. Presidía el Areópago y los tribunales donde se juzgaba á los culpables de impiedad y de homicidio; y debía haberse casado con una virgen de pura sangre ateniense, la βασίλιννα, obligada á ofrecer por sí misma sacrificios á las Antesterias todos los años, jurando que no era culpable de adulterio (1). El tercero, *arconte polemarco*, mandaba el ejército y decidía las querellas entre ciudadanos y extranjeros. Los seis últimos arcontes, llamados *tesmotetes*, entendían en numerosas causas que no eran de la incumbencia de sus colegas. Cada uno de los nueve tenía derecho para publicar decretos.

Junto á estos magistrados supremos, salidos todos de las familias nobles, estaba el pritaneo de los naucraros, exclusivamente compuesto también de los eupátridas, y el senado del Areópago, donde solamente ellos podían entrar, puesto que se componía de arcontes que habían cesado en sus funciones. En su consecuencia, desempeñaban todas las magistraturas; pero aun fueron más lejos, y la servidumbre civil amenazó unirse á la política para el pueblo, porque tienen la costumbre de ir la una en pos de la otra.

Los nobles poseían toda la riqueza, y elevaron el interés del dinero hasta la usura, ó más bien exigieron de aquellos que labraban la tierra rentas demasiado crecidas. «Los pobres, dice Plutarco, agobiados por las deudas contraídas con los ricos, veíanse obligados á cederles la sexta parte del producto de sus tierras, ó bien, reducidos á empeñar su propia persona, entregábanse á sus acreedores, que los retenían como esclavos, ó los vendían en país extranjero. Hasta hubo algunos que vendían á sus hijos é hijas, á sus hermanas, lo cual no estaba prohibido por ninguna ley, ó huían de su patria para sustraerse á la crueldad de los usureros (2).»

¡Notable analogía de la situación de Atica en aquella época, con la de Roma un siglo después! El pobre, que estaba á merced del rico, no tiene ninguna ley escrita que invocar: algunas costumbres llamadas *leyes reales* constituyen la regla única é impotente que los tribunales reconocen; y por otra parte, todos los jueces son eupátridas, puesto que solamente los hombres de su clase desempeñan cargos en el arcontado y el Areópago. Con semejante tiranía, Atica no podía ser feliz. La clase

(1) Sobre el arconte βασιλεύς, véase Hauvette.-Besnault, *de Archonte rege*, 1884.

(2) Sobre la verdadera condición de los pobres, es decir, de los colonos en aquella época, véase más adelante la reforma de Solón.

de los hombres libres, de los pequeños propietarios ó terratenientes, era la que habría constituído la fuerza del Estado, y esta clase no se formaba; mientras que la de los pobres iba en aumento. He aquí porqué durante aquel oscuro período de cinco siglos y medio, transcurridos desde la abolición de la monarquía hasta la legislación de Solón, la historia no encuentra hecho alguno que recoger.

Sin embargo, los pobres tenían en su favor el número, y hasta obtuvieron poderosos auxiliares, pues algunos eupátridas, juzgando que no era suficiente la parte que los nobles les dejaban, se pasaron al pueblo. De este modo los Alcmeónidas se pusieron á la cabeza de los habitantes de la costa, y los Pisistrátidas, erigiéndose en jefes de los montañeses, regularizaron la oposición popular que en 621 arrancó un código en virtud de cuyas leyes podía eludir la arbitrariedad de los tribunales, donde los eupátridas juzgaban con arreglo á costumbres conservadas por la tradición oral, aunque cambiándolas muy á menudo con miras interesadas. Dracón, encargado de redactar el código, no tocó la constitución política, pero reguló la vida del ciudadano desde el día de su nacimiento hasta el de su muerte. Todos los delitos, según parece, desde el más insignificante hurto hasta el asesinato ó el sacrilegio.



Escena de cultivo (1).

debían ser castigados con la muerte, pretendiendo Dracón que las menores ofensas merecían este suplicio y que él no conocía otro para los crímenes. ¿Serán verdaderas estas palabras? Lo dudo, pues en esas leyes se citan otros castigos, como multas, privación de franquicias, y hasta en ciertos casos de asesinato, el destierro.

Dracón constituyó ó reorganizó el tribunal de los *efetas*, «los que destierran:» eran en número de cincuenta y uno, todos jefes de familias importantes, y elegidos tal vez por el arconte rey. Se reunían en el Paladión cuando se trataba de homicidios involuntarios, castigados con destierro temporal; en el Delfinión, si el matador había herido defendiéndose, ó para castigar el delito flagrante de adulterio (2); y en el Freatis, á la orilla del mar, cuando el hombre desterrado por homicidio involuntario había cometido otro antes de salir de Atica. El acusado no debía volver á pisar el suelo de la patria, y defendía su causa á bordo de un barco. El principal objeto era reconciliar las partes, haciendo pagar el precio de la sangre, τὰ ὑποφόνια. En el pritaneo, los *reyes* de las tribus juzgaban á los objetos inanimados que habían ocasionado muerte de hombre, y á los cuales se arrojaba fuera de los límites del territorio.

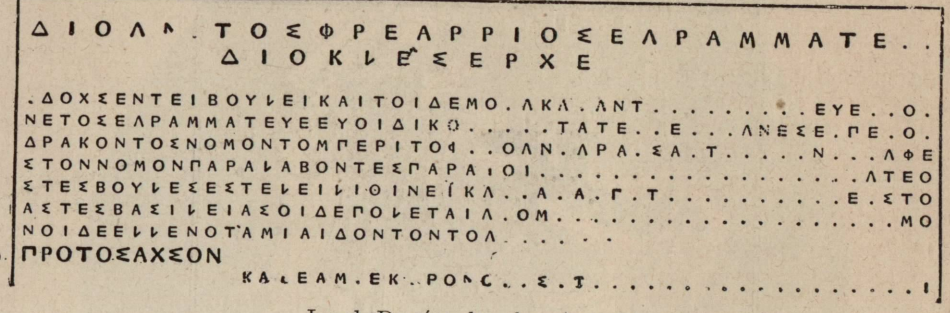
Con esta organización se suavizaban las antiguas costumbres, pues hasta entonces, todo homicidio se vengaba por los parientes de la víctima, lo cual producía odios hereditarios, ó sometíase al juicio del Areópago, que sin examinar las circuns-

(1) Pintura de un vaso de la colección Campana, en el Louvre. Del arado y del carro tiran dos mulos; en el segundo se conducen dos grandes ánforas cerradas; el último personaje de la izquierda es un vigilante.

(2) En los tiempos heroicos el adulterio se castigaba con una multa; pero al consolidarse el Estado sobre la base de la familia, hubo más severidad para el crimen que la desnaturalizaba. Dracón permitió la muerte de la adúltera sorprendida en flagrante delito; pero las costumbres autorizaban una indemnización pecuniaria, que la ley de Gortino en Creta fijó en 50 estateras ó 100 drasmas, en beneficio del tesoro. Demóstenes, *Contra Arist.*, cap. 53; *Contra Neera*, cap. 66.

tancias condenaba siempre á muerte ó á destierro y confiscación de bienes. Dracón tiene tal fama de severidad, que al hablar de sus leyes se ha dicho que se habían escrito con sangre. Tal vez se deba considerar, por el contrario, que con ellas suavizó antiguas y crueles costumbres.

Montesquieu observó que las leyes más severas no son las más eficaces; que exasperan á los que están sometidos á ellas, ó atemorizan á los mismos que las aplican, por cuyo doble motivo caen pronto en desuso. Así sucedió con las de Dracón; algunas dejaron de observarse, y entonces Atica volvió á ser presa de los anteriores desórdenes; mas á pesar de esto, habían producido un bien. El derechos la ley, no eran ya un misterio; el pueblo había comprendido la ventaja de esta



Ley de Dracón sobre el asesinato (1).

publicidad, y muy pronto debía pedir á Solón que emprendiese, con otras ideas, la reforma del código de Dracón.

II. — CILÓN, EPIMÉNIDES Y SOLÓN

En los países inmediatos al Atica había á la sazón graves disturbios. En Megara, en Corinto, en Epidauro y Sicione, la aristocracia, que había heredado, como en

(1) Fragmento de un decreto ateniense, según el *Corpus inscriptionum Atticarum*, I, 61. He aquí el texto y la traducción:

Διόγνητος Φρεάρριος ἐγραμμάτευε· Διοκλῆς ἦρχε.—Ἔδοξεν τῇ βουλῇ καὶ τῷ δήμῳ· Ἀκαμαντὶς ἐπρυτάνευε, Διόγνητος ἐγραμμάτευε, Εὐθύδικος ἐπεστάτει. Ἀθηνοφάνης εἶπε· τὸν Δράκοντος νόμον τόμ περὶ φόνου ἀναγραψάντων οἱ ἀναγραφῆς τῶν νόμων, παραλαβόντες παρὰ τοῦ πατὰ πρυτανείαν γραμματέως τῆς βουλῆς, ἐστήλη λιθίνη καὶ καθαλέντων πρόσθεν τῆς στοᾶς τῆς βασιλείας. Οἱ δὲ πωληταὶ ἀπομισθωσάντων πατὰ τὸν νόμον· οἱ δὲ Ἑλληνοταμίαι δόντων τὸ ἀργύριον.

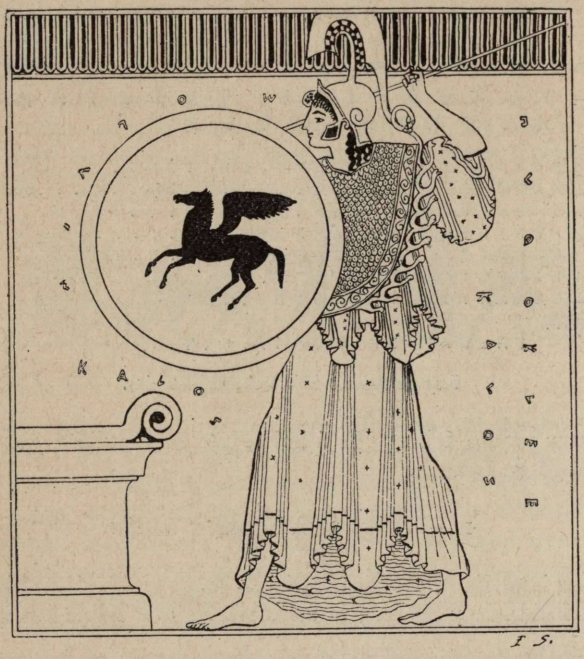
Πρῶτος ἄξων. Καὶ ἐάμ μὴ ’κ προνοίας κτείνῃ τίς τινα, φεύγειν. Δικάζειν δὲ τοὺς βασιλέας αἰτιῶν φόνου ἢ βουλεύσεως τοὺς ἀεὶ βασιλ[εύοντας...

«Diogneto de Prearrea era secretario, y Diocles arconte (La fecha corresponde á la *Ol.* 92, 4: 409-408). – El consejo y el pueblo han resuelto. La tribu Acamantida ejercía la pritanea; Diogneto era secretario, y Eutídicos presidente. Atenófano ha propuesto: La ley de Dracón sobre el asesinato se grabará de nuevo por los *grabadores de las leyes* en una plancha de mármol. La ley se formará por el secretario de la pritanea que asiste al consejo, y se expondrá delante del pórtico real. Los poletas señalarán su salario según la ley, y los tesoreros de la caja helénica suministrarán el dinero.

(Sigue la ley de Dracón, tomada de la primera tabla de Solón). – «Primera tabla. – En caso de muerte cometida sin premeditación, la pena será el destierro. Los arcontes reyes juzgarán los casos de homicidio ó de conato, cada cual durante el ejercicio de sus funciones...»

Sobre la traducción y comentario jurídico de este texto véase R. Dareste, *Las Defensas civiles de Demóstenes*, II, p. 55, n.° 29.

Atenas, la monarquía heroica, vió elevarse sobre ella, con ayuda de la plebe, jefes populares, verdaderos tiranos, y esto tentó á Cilón. Era un eupátrida rico, y célebre por una victoria alcanzada en los juegos olímpicos; Teágenes, tirano de Megara, habíale dado su hija, invitándole á imitarle, lo cual hubiera consolidado su propia usurpación. Así como lo hacían todos los griegos de aquel tiempo, Cilón consultó al oráculo de Delfos, y el dios le contestó que el día de la fiesta más solemne de Júpiter podría apoderarse de la ciudadela de Atenas. Entonces pidió auxilio á Teágenes, hizo entrar á sus amigos en la conspiración, y llegada la solemnidad de las



Atenea junto á su altar (1).

fiestas de Olimpia, en el Peloponeso, y persuadido de que aquel era el día señalado, apoderóse de la ciudadela. «En esto se engañó, dice Tucídides, pues el dios se había referido, no á la fiesta celebrada por los eleos, sino á la que los atenienses organizan en otra época del año.»

Apenas se tuvo conocimiento de la audaz tentativa, los atenienses de la campiña acudieron en masa y atacaron la ciudadela, donde muy pronto los sitiados carecieron de víveres y de agua. Cilón pudo evadirse con su hermano; los otros fueron á sentarse como suplicantes cerca del altar de Minerva, que estaba en el Acrópolis.

Era á la sazón arconte un hombre, probablemente tan ambicioso como Cilón, y que también aspiraba á la tiranía, por ser descendiente de los antiguos príncipes de Atica: su hijo contrajo íntimas relaciones con Creso, rey de Lidia, y después se casó con Clistenes, hija del tirano de Sicione. Este arconte era Megacles, jefe de la gran familia de los Alcmeónidas; el cual, no pudiendo conformarse con que otro se

(1) Pintura en una pequeña ánfora panatenaica, según O. Benndorf, *Griechische und Sicilische Vasenbilder*, Taf. XXXI, n.° 20. – Atenea *Promacos*, armada de casco, égida, escudo y lanza, está de pie junto á su altar.

apoderara de lo que él no había conseguido aún, púsose á la cabeza de los ciudadanos para recobrar de los rebeldes el santuario nacional; reconquistado el Acrópolis, solamente faltaba privar á los cilónidos de la protección de la diosa. En su consecuencia trató de inducirles á presentarse á juicio; y como temiesen perder el derecho de asilo, aconsejóles que atasen á la estatua de Minerva un hilo y le sujetaran con la mano; mas apenas estuvieron cerca del altar de las Euménides, el hilo se rompió por sí mismo. «La diosa, exclamó Megacles, niega su protección á los



Asesinato junto á un altar (1).

traidores.» Todos aquellos á quienes se cogió fuera del templo murieron lapidados, y se degolló sin escrúpulo junto á los altares á los que se habían refugiado en ellos. Solamente escaparon algunos, arrojándose como suplicantes á los pies de las mujeres de los arcontes (612).

Sin embargo, esta matanza dió motivo para que se acusara de sacrilegio á Megacles, y la acusación se extendió á toda su casa, que era la de los Alcmeónidas, incluso su posteridad. Los partidarios de Cilón, ó más bien los enemigos de los grandes, eran numerosos, y pidieron venganza en nombre de los dioses, que ya no mirarían favorablemente á una ciudad cuyos santuarios no se respetaban. Así vol-

(1) En una copa de la fábrica de Eufronios se ve pintada una de esas sangrientas escenas, y la reproducimos según Gerhard, *Auserl. Vasenb.* Taf. CCXXVI. – Aquiles se dispone á herir con su espada al joven Troilos, que en vano acaba de refugiarse en el altar de Apolo, sobre el cual se ve una rama de laurel, tal vez depositada por la víctima.

vieron á comenzar las discordias que perturbaban la ciudad, donde la democracia que subía luchaba con la aristocracia que no quería bajar. Los megarenses, entre los cuales se había refugiado tal vez Cilón, aprovecháronse de estas discordias para apoderarse de la isla de Salamina, desde donde se pueden dominar las inmediaciones de los puertos de Megara (1) y de Atenas. Hubiera sido un baldón y un peligro para los atenienses dejarla en manos de sus enemigos, é hicieron grandes esfuerzos para recobrarla; pero después de varios triunfos y reveses, como esta guerra se prolongase en demasía, disgustáronse de tal modo, que para no oir hablar más del asunto, prohibieron bajo pena de muerte proponer una nueva tentativa.

Hallábase por entonces en Atenas un descendiente de Codro, que vivía, sin distinciones públicas, en medio de sus conciudadanos. En su juventud se había dedicado al comercio para reparar las pérdidas ocasionadas en el patrimonio de su padre; esto le obligó á viajar mucho, para buscar á la vez, entre tantos pueblos como veía, la fortuna para el negocio, y la ciencia para el estudio de las costumbres y de las cosas. Tenía reputación de sabio, pero de sabio moderado, que no despreciaba los goces de la vida, la buena mesa y el amor; y que hasta cantaba sus placeres en versos bastante ligeros, aunque mezclados con buenas y profundas máximas: llamábase Solón.

Al principio hizo un uso muy singular de su talento poético. Así como toda la juventud de Atenas, soportaba con impaciencia el baldón de la última guerra; pero como estaba prohibido bajo pena de muerte hablar de Salamina, Solón se fingió loco algún tiempo, y cierto día se presentó en la plaza pública con aspecto trastornado y se puso á declamar en alta voz unos versos que comenzaban así: «Llego como heraldo de la bella Salamina, y voy á repetiros los versos armoniosos que Apolo me ha dictado.» Todos le escucharon, porque era un loco; pero cuando hubo concluído, toda la multitud allí reunida estaba tan enardecida como él, y ya no se habló más que de recobrar á Salamina, la hermosa isla, como el poeta la llamaba. Nombrado jefe de la expedición, venció á los megarenses por astucia, hizo un desembarco en la isla, y sometióla otra vez al dominio ateniense (604). Sin embargo, el asunto no quedó así; los megarenses se obstinaron en recobrar á su vez la isla, y después de hacerse mutuamente mucho daño, los dos partidos sometieron la cuestión al arbitraje de Lacedemonia, que falló en favor de los atenienses, bajo la fe, según dicen, de un verso que Solón había intercalado en la *Ilíada*, atribuyéndolo á Homero.

La sabiduría y el carácter resuelto de Solón decidieron del éxito de aquella guerra; mas para que se comprendan bien las ideas de aquel tiempo, conviene citar el expediente á que recurrió, y que fué un ardid de guerra de carácter particular. A fuerza de sacrificios, se granjeó el aprecio de los dos héroes indigetas que protegían á Salamina, y éstos se declararon en favor de los atenienses, los cuales creyeron que los honores dispensados á dichos héroes les habían inducido á favorecer á un pueblo que les atribuía tanta influencia en los asuntos humanos. Antes de atacar á los plateos, Arquidamos debía invocar también á los dioses de esta ciudad, pidiéndoles que se la entregasen.

La parte que Solón tomó en la guerra de Cirrha hubo de acrecentar la consideración de que gozaba, creyéndose que por sus consejos se había recobrado la ciudad

(1) Megara y su Acrópolis ocupaban, al pie de los montes Geronianos, dos alturas donde están situadas hoy día las casas de la ciudad moderna. Una altura en que existen todavía las ruinas de una fortaleza á la orilla del mar, dominaba el puerto de Megara, Nisea, que se enlazaba con la ciudad por Largos Muros.

culpable. Se aprovechó de la influencia que sus servicios le daban para calmar las disensiones que aun continuaban en la ciudad. Los parientes de Cilón y los de Megacles hacíanse una guerra encarnizada; indujo á estos últimos, á quienes llamaban sacrílegos, á someterse al juicio de trescientos ciudadanos de los más honrados; se les condenó y desterró, exhumáronse las osamentas de sus muertos y las arrojaron fuera de Atica.

Este severo castigo hizo desaparecer un elemento de discordia, pero quedaban tantos aún, que las turbulencias continuaron. Por otra parte, creíase haber visto aparecer espectros y fantasmas; y una peste que desoló el Atica consideróse como efecto evidente de la maldición de los dioses; las víctimas anunciaban que era preciso purificar la ciudad manchada por crímenes y profanaciones; y para calmar la ansiedad de los ánimos, llamóse, por consejo del oráculo de Delfos, al cretense Epiménides (1). Era éste amigo de los dioses; pasaba por hijo de la ninfa Baltea, y referíanse de él misteriosas anécdotas. En su juventud, habiéndole enviado cierto día su padre á buscar una oveja descarriada, penetró en un antro solitario para resguardarse del calor del día, y como le sorprendiese el sueño, durmió allí cincuenta y siete años. Todo era extraño é imponente en su persona; su largo cabello, su mirada sombría y profunda, la solemnidad de sus ademanes y su gravedad oriental. Tenía un conocimiento maravilloso de las cosas de la religión y de la naturaleza, y hasta pretendíase que estaba familiarizado con todas las propiedades de las plantas, y que sabía leer en el porvenir.

Su aparición produjo extraordinario efecto en el pueblo curioso de Atenas, y todos se apresuraron á obedecerle en cuanto ordenaba. Dispuso que se condujeran á la colina del Areópago varias ovejas blancas y negras, dejándolas allí libres; cada una de ellas fué inmolada en el sitio en que se detuvo, y se consagró allí un altar á los dioses desconocidos. Seis siglos después, San Pablo debía evocar con elocuencia aquel recuerdo, mostrando á los atenienses su Dios en el dios desconocido de Epiménides. Doloroso es decir que este sabio tan respetado exigió el sacrificio de una víctima humana; y según se asegura, encontráronse dos: Cratino y Aristodemo, jóvenes atenienses, unidos por una íntima amistad, ofreciéronse en holocausto sagrado por la salvación de la patria. Epiménides mandó construir en la colina de Marte un templo de las Euménides, cerca del cual se reunió después el Areópago. Introdujo algunos cambios en el culto, y prohibió á las mujeres que perdían sus esposos, esos bárbaros testimonios de dolor que dejaban en su cuerpo y en su cara repugnantes señales. Cuando terminó todas sus reformas, Epiménides marchó. Quísose colmarle de presentes y riquezas; pero no se llevó más que una rama del olivo de Minerva, y un tratado de alianza entre Atenas y Gnossa, su patria.

La misión de Epiménides tuvo por efecto reanimar en los atenienses el respeto á las cosas santas, abolir en nombre de la religión ciertos usos crueles, y sobre todo desterrar los temores supersticiosos y vagos. Había conocido todas las verdaderas necesidades de la ciudad por conducto de Solón, á quien asoció á todas sus medidas, y que poco tiempo después fué llamado á su vez para dictar leyes á su país (594).

IV. — LEY SOBRE LAS DEUDAS. — DIVISIÓN DEL PUEBLO EN CUATRO CLASES

El genio de Solón era esencialmente humano, y humana fué también su constitución. No consideró al Estado como una máquina artificial, cuyas piezas serían los

(1) Niese *(Zur Geschichte Solons und seiner Zeit,* 1882) sostiene que la historia de Epiménides no es más que una leyenda, y esto es verdad, al menos para una parte de lo que se cuenta.

hombres, piezas que se podrían combinar y acomodar á beneplácito para las necesidades del servicio. Esparta era un campamento donde los soldados estaban siempre sobre las armas enfrente del enemigo, y quiso que Atenas se asemejase más al ideal de la ciudad, que consiste en asociar al orden general la mayor independencia posible de los individuos. Este respeto á los derechos de la naturaleza humana, este punto de vista preciso del objeto que la sociedad debe proponerse, introdujeron en la constitución de Solón el principio democrático, que ya estaba en el corazón de su pueblo, y comunicaron á sus leyes un carácter más generoso. El ciudadano no fué ya esclavo del Estado, ni se expulsó al extranjero: esto es esencial en la historia de Atenas y en la de la civilización.

En la ciudad había tres partidos: los montañeses, que aspiraban á cambiarlo



Decadracma de Atenas (1).

todo; los paralianos, que solamente se proponían cambiar algunas cosas; y los pedieos, que no querían cambiar nada. Cediendo á la moderación de Solón, convinieronse todos en depositar en sus manos los poderes, los cargos y las rentas, revistiéndole, en fin, de una verdadera dictadura, mientras constituía el Estado (595). Sus amigos le instaban para que la conservara, erigiéndose en tirano más bien que legislador; pero contestóles con picantes burlas y prosiguió su obra.

Antes de ocuparse de la constitución, era preciso poner remedio á un mal presente, adoptando medidas respecto á los débitos no pagados por los pobres y por los antiguos clientes de los eupátridas, que debían ceder á sus acreedores ó á sus propietarios la sexta parte del producto de las tierras explotadas (2). Solón remedió esto con ayuda de su ley de *descargo*, que facilitó los pagos por un cambio en la tasa del interés y en el valor nominal de las monedas (3). Otra disposición devolvía la liber-

---

(1) Cabeza de Minerva mirando á la derecha, con el casco adornado de crines y de una corona de olivo. Ꞧ. AΘE. Lechuza de pie y de frente con las alas desplegadas (antiguo estilo). (Beulé, página 48.)

(2) Plutarco, *Solón*, 16.

(3) El valor de la dracma se disminuyó en un cuarto; una *mina* antigua equivalía á 73, y la mina nueva fué de ciento; de modo que el que era deudor de 73 dracmas daba 73 nuevas, pagando en realidad poco menos de las tres cuartas partes de lo que debía. Eckhel y Beulé *(las Monedas de Atenas)* han observado que las monedas de Atenas no son comparables, desde el punto de vista del arte, con las de Siracusa, por la razón de que, aceptándose la moneda de aquella ciudad en todas partes, debió conservar los tipos antiguos que permitían reconocerla. El sistema monetario establecido por Solón prevaleció en todo el mundo griego. He aquí las principales divisiones para la moneda de plata, única que existió durante mucho tiempo, pues parece que la de cobre no se acuñó hasta las postrimerías de la guerra del Peloponeso, habiendo sido tan rara siempre la de oro, que Eckhel ha negado su existencia en Atenas. La decadracma equivalía á media estatera de oro, y pesaba

tad á todos aquellos á quienes la miseria había reducido á la esclavitud, privando en lo sucesivo al acreedor de todo derecho sobre la persona del deudor (1), con lo cual desaparecieron de los campos de Atica los mojones (ὅρι) y los cartelones que expresaban el gravamen que sobre cada cual pesaba por las deudas contraídas. Esto fué lo que podríamos llamar el desembargo de las hipotecas (2). Aun tenemos los versos en que Solón se jacta de haber liberado la tierra, que antes de él era esclava, γῆ δουλεύουσα, haciendo volver á su patria á los deudores vendidos al extranjero, «que á fuerza de errar por el mundo habían olvidado la lengua ática.»



Mojón hipotecario (3).

Esta ley produjo en un principio murmuraciones; pero pronto se reconoció su sabiduría, y durante los tres siglos que rigió, la democracia ateniense no quiso anular nunca la medida de Solón, lo cual honra mucho su memoria.

El respeto á la propiedad se arraigó tan profundamente en los ánimos, que nadie osó ya pedir la abolición de las deudas y la disminución de valor de las monedas. La reforma de Solón, en efecto, fué mucho más que una simple abolición de las deudas; y las palabras enérgicas que emplea para caracterizarla autorizan á creer que suprimió una condición agrícola, análoga á la de los colonos romanos ó á la de nuestros sier-

---

43 gramos; la tetradracma, 17'20; la didracma, 8'60; la dracma, 4'30; el triobolo ó media dracma, 2'15; el óbolo, ó sexta parte de la dracma, 0'72; la dracma, según su peso en plata, valía de 92 á 93 céntimos (ó según Curcio, 1'02 céntimos); la *mina*, ó 100 dracmas, 92'68 pesetas; el talento, ó 60 minas, 5.560'80 pesetas; y el óbolo ó sexta parte de la dracma, 0'15 pesetas. Pero junto á este valor real, sería necesario poder apuntar el relativo, cosa muy difícil, sino imposible. En tiempo de Demóstenes, el valor de la plata era cinco veces menor que en la época de Solón.

(1) Montesquieu, *Espíritu de las leyes*, I, XX, cap. XV. «La ley no debe permitir la aprehensión del individuo, porque se cuida más de la libertad de un ciudadano que de la comodidad de otro.» Sin embargo, hace una excepción desgraciada para los negociantes. El interés legal en Atenas era de 18 por 100, y elevábase á mucho más en las transacciones particulares. Aun se coloca hoy dinero en el Banco nacional de Atenas al tipo de 12 por 100.

(2) Sobre las inscripciones hipotecarias en Grecia, véase una Memoria de M. R. Dareste en la *Nueva Revista de legislación*, 1885. El mismo sabio decía en la *Rev. hist. de derecho*, 1877, página 172: «Los griegos no conocen el embargo de inmuebles ni la venta judicial ni el procedimiento de orden. La hipoteca, tal como la practicaban, se parece menos á las nuestras que al *mortgage* del derecho inglés.»

(3) Mojón de mármol, descubierto en Atica, según Ἐφημερὶς Ἀρχαιολογική. Es preciso completar y leer: Ὅρος χωρίου προικὸς [Ἱ]ππoκλείᾳ Δημοχά[ρ]ους Λευκονοιῶς. Τ(αλάντου). Ὅσῳ πλείονος ἄξ[ιον], Κεκροπ[ί]δαις [ὑπό]κειται καὶ Λυκ[ομ]ίδαις καὶ Φλυεῦ[σι]. «Mojón hipotecario, colocado en un campo que pertenecía al marido de Hipokleya, hija de Democharos de Leukonoe, y prima

vos de la gleba (1). Dos palabras de Aristóteles nos confirman en ese sentimiento. «Solón, dice, suprimió la esclavitud del pueblo (2).»

La calma que estas medidas preliminares produjeron dejó á Solón más libertad de espíritu para hacer sus demás leyes, en las cuales usó de la misma moderación, esforzándose para conciliar principios é intereses contrarios, aunando, como él decía, la fuerza con la justicia.

Ante todo decretó una amnistía, de la cual no fueron excluídos más que los asesinos y los traidores; de modo que los Alcmeónidas pudieron aprovecharse de ella.

El sabio legislador conservó ciertas cosas de la antigua constitución, suprimien-



1. – Cultivadores midiendo su cosecha de aceite (3).

do otras: abolición de las leyes de Dracón, excepto las referentes al asesinato, y mantenimiento del arcontado, del Areópago y de las cuatro tribus con sus subdivisiones.

Introdujo dos reformas principales: por la primera, todo ciudadano tuvo cierta parte en los derechos anejos á este título, y por la segunda, la población se dividió

---

hermana del orador Demóstenes. Este campo era la hipoteca consentida por el marido como garantía de la restitución de la dote, que era de un talento; pero los acreedores del esposo de Hipokleya habían mandado inscribir á la vez sus derechos en aquel mojón. No era todo el campo el que garantizaba la restitución de la dote, sino una parte solamente del valor de un talento: todo lo demás era la hipoteca consentida por el deudor eomo garantía del pago de sus deudas. Entre los acreedores figuran: 1.° la tribu Cecrópida; 2.° la *gens* de los Licómidas; y 3.° el demo de Flía.» (B. Haussoullier, *La Vida municipal en Atica*, p. 221).

(1) Tal es la opinión de Boeckh, de Tittmann, etc., y de F. de Coulanges, *La Ciudad antigua*, página 315. El arrendamiento debe haber sido una condición casi general en Grecia, resultante de las antiguas conquistas y de la dominación de los eupátridas. Los ilotas de Esparta, los mesenios por ésta vencidos, los corinéforos de Megara, los penestes de Tesalia, etc., eran colonos. Según la ley de Gortyne, también existía en Creta una clase de colonos, ligados á la tierra que cultivaban, pero teniendo sobre ella ciertos derechos.

(2) .. δοὺλεύοντα τὸν δῆμον παῦσαι. (*Pol.*, II, 10.)

(3) Este grabado y el siguiente representan dos escenas pintadas en el mismo vaso, según los *Monum. del Inst. Arqueol.*, II, Tab. XLIV, *b*. – I. En cada una dos personas se hallan sentadas junto á un olivo; la de la izquierda se ocupa én medir su cosecha de aceite, y exclama: ¡Oh Júpiter, ojalá pueda yo llegar á ser rico'—Ὦ Ζεῦ πάτερ, αἴθε πλουσιος γεν[οίμαν]. – II. Medido el aceite, los deseos del cultivador quedan satisfechos. «¡Ya, ya, dice, ya hemos pasado de la medida!» Ἔδε μὲν, ἔδε (por ἤδη) πλέον παραβέβακε.

en cuatro clases, según la fortuna de los ciudadanos: la primera, pues, inclinaba al Estado hacia la democracia; la segunda era democrática en cuanto abolía los privilegios de la nobleza; pero también aristocrática, en el sentido de poner á los ricos al frente del Estado.

Las cuatro clases se organizaron de la manera siguiente: la primera comprendió todos los ciudadanos que poseían al menos una renta anual de 500 *medimnos* ó 500 dracmas, en productos secos ó líquidos (1), y que se llamaron por esta causa *pentacosio-medimnos* (2); el arcontado, los cargos importantes y el mando en jefe del ejército y de la flota, debían ser por ellos desempeñados.

La segunda clase se compuso de *caballeros*, es decir de aquellos que tenían una



2. – Cultivadores midiendo su cosecha de aceite (véase pág. 208, nota 3).

renta de 300 medimnos, por lo menos, ó 300 dracmas, cantidad que se juzgaba necesaria para poder mantener un caballo. Con esta clase debían formarse los cuerpos de caballería, concediéndosele, además, algunas funciones secundarias (3).

La tercera era la de los *zeugites*, ó dueños de una yunta de bueyes, lo cual equivalía á una renta de 150 á 200 medimnos. De esta clase se tomaban los hombres para la infantería de línea, reservándoseles también algunos cargos inferiores.

---

(1) En tiempo de Solón, un medimno de cebada valía una dracma.

(2) Un medimno es igual á dos ánforas romanas, ó 52 litros. Los individuos de la primera clase eran, pues, los ciudadanos á quienes sus tierras producían anualmente por lo menos 260 hectolitros de trigo, lo que constituiría hoy, según el precio medio del hectolitro en los cuarenta últimos años (20 pesetas), una renta en bruto de 5.200 pesetas, ó 5.616 dracmas, puesto que una dracma en tiempo de Pericles, según su peso en plata (4.363 miligramos, ú 82 granos) se aprecia en 0,92 pesetas $^2/_3$. Por otra parte, en las tierras gredosas y abrasadas del Atica, el rendimiento medio de la hectárea no debía exceder de diez hectolitros. En su consecuencia, para producir 260 necesitábanse veintiséis hectáreas, que al precio medio de 1.500 pesetas, tendrían para nosotros el valor de unas 40.000. Para los atenienses de Solón, esta tierra de veintiséis hectáreas no valía más que un talento, ó sean 5.560 pesetas, lo cual induciría á tomar la cifra 7 para multiplicar los valores de aquélla, á fin de traducirlos en valores actuales, pero el problema es muy complicado. – Otra observación puede hacerse y es que Atica era un país de propietarios de poca importancia y de escasas fortunas; de modo que no debe extrañarse ver que una renta en bruto de 5.000 pesetas permita llegar á la primera clase.

(3) Sófocles habla de los caballos rápidos del Atica, y en sus dos libros sobre *La caballería* demuestra hasta qué punto se apreciaba la equitación. En la raza actual de los caballos de Tesalia se ha creído reconocer los que Fidias mandó esculpir en el friso del Partenón y que Sófocles y Jenofonte han descrito. Sobre los caballeros, véase A. Martín, *Los caballeros atenienses*, 1886.

La cuarta clase, en fin, comprendía, bajo el nombre de *thetes* ó mercenarios, á todos aquellos que tenían bienes raíces de menos de 150 medimnos, fuera cual fuese su fortuna mobiliaria. Con ellos se formaban las tropas ligeras y la tripulación de las flotas, recibiendo un sueldo que el Estado no daba á los hoplitas tomados de las clases superiores. Por último, se les excluía de cargos y honores, pero se les admitía en la asamblea del pueblo y en los tribunales. Entre ellos debían hallarse muchos de los antiguos clientes de los eupátridas, del modo mismo que la plebe de Roma se formó en su mayor parte con la clientela de los patricios.

Esta desigualdad en la distribución de honores se compensaba con la organización del impuesto. La cuarta clase no lo pagaba, mientras que las tres primeras debían satisfacerlo según cierta progresión, por la cual se ve que en el espíritu del legislador, los deberes de los ciudadanos respecto á la comunidad, aumentaban con su fortuna. Las clases pagaban en proporción al valor nominal atribuído á sus propiedades; pero al paso que para la primera este valor era estimado en tanto como el valor real, reducíase para la segunda en una sexta parte, y en cuatro novenos para la tercera. De este modo, una propiedad que produjera 500 medimnos de renta evaluábase en doce veces esta suma, ó sean 6.000 dracmas, ó un talento; mientras que los bienes de los caballeros, en vez de apreciarse en doce veces 300 dracmas, ó 3.600, no se hacían subir más que á 3.000, y los de los zeugitas á 1.000, en vez de 1.800 (1). Esta ventaja era más aparente que real, ya que el impuesto directo sobre la renta sólo se establecía en los casos de urgente necesidad, al paso que la contribución indirecta sobre las mercancías importadas era permanente pagándola así los pobres como los ricos.

Sabido es ya que existían pesas y medidas en los pueblos sepultados bajo las lavas de Santorín (2); y con más razón tendrían tipos oficiales de medidas las ciudades comerciales é industriales de Grecia, que calculaban el impuesto según el producto de las tierras. Roma los tuvo y los guardaba en su Capitolio (3), así como nosotros conservamos religiosamente los nuestros en los grandes centros científicos.

V. INSTITUCIONES POLÍTICAS

Cuatro cuerpos políticos constituían el gobierno: los arcontes, el Areópago, el senado y la asamblea.

Los arcontes fueron siempre nueve, y como los sacerdotes, no debían tener ninguna deformidad corporal (4). Repartíanse el poder ejecutivo de la manera que ya hemos indicado, y por su carácter asemejábanse bastante á nuestros ministros. Tam-

(1) Aristóteles pensaba tal vez sobre esta diferencia en el impuesto y en los diversos cargos ó *liturgias* que pesaban exclusivamente sobre los ricos, y en las magistraturas reservadas gratuitamente á las tres primeras clases, cuando dijo en su *Política*, II, 5, que Solón se ocupó particularmente de nivelar las fortunas.

(2) Véase p. 19.

(3) Véase la *Historia de los Romanos*.

(4) Lysias, ὑπὲρ τοῦ ἀδυνάτου, 13, ed. Didot, p. 201. Véase para las demás causas de incapacidad el cap. XIX. Antiguamente los arcontes debían ser atenienses de raza pura, es decir en las dos líneas paterna y materna ascendientes de sangre ateniense: εἰ Ἀθηναῖοί εἰσιν ἑκατέρωθεν ἐκ τριγονίας. (Pollux, VIII, 85). Esta obligación desapareció poco á poco. En la época de Demóstenes, los hijos de ciudadanos naturalizados podían llegar á ser arcontes. En cuanto á la manera de nombrarlos, hacíase para unos por elección, y para otros por suerte, adoptándose precauciones que, por lo menos en circunstancias graves, disminuían los inconvenientes de este último sistema. Véanse más adelante las reformas de Clístenes.

bién conservaron el desempeño de sus funciones judiciales, salvo las apelaciones ante los tribunales compuestos de todas las clases, cuyos miembros eran por ellos sorteados (1). Al tomar posesión de su cargo juraban mantener las leyes, y al salir daban cuenta de su administración á la asamblea general, siendo admitidos después en el Areópago. En el ejercicio de sus funciones sus personas eran inviolables.

Las dos anclas que sostenían la nave del Estado, aun en medio de la tempestad, dice Plutarco, eran el Areópago y el senado, ó Consejo de los Cuatrocientos.

El Areópago, antiguo tribunal de justicia muy respetado, reuníase en la colina de Marte al aire libre, porque no podía estar bajo el mismo techo con el hombre cuyas manos se suponían impuras. Juzgaba los crímenes de homicidio, mutilación, envenenamiento y traición; componíase de ex-arcontes, y por ende de hombres en su mayoría ancianos y prácticos en los negocios. Solón erigió el Areópago en tribunal supremo, confiándole la vigilancia de toda la ciudad, de las costumbres, de la educación y la religión, y de revisar las sentencias del pueblo, con facultades para proceder á la nueva instrucción de un proceso, ó de un asunto cualquiera. Sus individuos ejercían el cargo con carácter vitalicio; pero se les podía excluir por acuerdo de sus colegas, como se hizo con un areopagita á quien se vió en un lugar de escándalo (2), y con otro que, según se aseguraba, ahogó á una avecilla que se había refugiado en su pecho, huyendo de un gavilán. Las formas del procedimiento ante el Areópago eran solemnes y severas. Reuníase de noche (3) presidido por el segundo arconte, y allí no se permitía digresión alguna por parte del acusado ó del acusador, que habían de comparecer sin abogado. Tampoco se permitía hacer un llamamiento á la pasión ó á la piedad. Todo se reducía al simple relato de los hechos, debiéndose prestar ante todo juramento de no decir más que la verdad. Para votar, los areopagitas cogían un guijarro en el altar y depositábanle silenciosamente en la urna de la Piedad, que era de bronce, ó en la de la Muerte, que era de madera. Si resultaba empate en los sufragios, el heraldo echaba un guijarro más en la urna de la Piedad: era el voto de Palas, pues se creía que Minerva había salvado así á Orestes. El fallo era sin apelación, pero el culpable podía expatriarse antes de dictarse la sentencia, y la ley protegía su persona hasta llegar á la frontera (4).

Ese cuerpo venerado, que Esquilo llama «baluarte del país, centinela vigilante que para la salvación común está con los ojos abiertos cuando todos duermen en la ciudad», tenía su fuerza principal en la opinión pública, y el resultado de esto fué que su influencia disminuyó á medida que los atenienses fueron perdiendo el respeto á sus antiguas instituciones.

El Areópago era el custodio de los libros misteriosos donde se indicaban los medios de asegurar la salvación de la ciudad (5); pero aquel pueblo, por supersticioso que fuera, tenía demasiado espíritu para conceder á las antiguas insensateces la ex-

---

(1) Estos tribunales eran los de los *heliastas*, de quienes hablaremos más adelante. Varios escritores rehusan admitir, á pesar de la afirmación terminante de Plutarco (*Solón*, 19), que se pudiese apelar de los fallos pronunciados por los arcontes. Grote no cree siquiera en la autoridad judicial de los heliastas antes de las reformas de Clístenes. Cierto que es muy difícil distinguir lo que en la organización de los heliastas pertenece á Solón, á Clístenes ó al siglo de Pericles; pero sin los heliastas ¿hubiera tenido el pueblo para defenderse el escudo que Solón se alaba de haberle dado?

(2) Ateneo, XII, 21, 233.

(3) Por lo menos, así lo dice Luciano, *Hermot.*, 64; pero es él solo, á no ser que se quiera ver el mismo sentido en las palabras de Esquilo, citadas más adelante.

(4) Sabido es que en Roma existía la misma costumbre.

(5) Dinarco, *Discurso contra Demóstenes*, § 9: ὃ φυλάττει τὰς ἀπορρήτους θήκας, ἐν αἷς τα τῆς πόλεως σωτήρια κεῖται.

cesiva confianza que los romanos tuvieron en los oráculos de las sibilas. Los libros del Areópago no han figurado en la historia de Atenas.

Los cuatrocientos senadores se elegían en las tres primeras clases. Cada una de las cuatro tribus daba cien individuos elegidos por mayoría de votos, y más tarde designados por la suerte, cuyos errores se corrigieron entonces por la prueba severa á que se sometió á los candidatos. Una sola cosa marca bien la diferencia entre el senado de Atenas (βουλή) y el de Lacedemonia (γερουσία) á la vez que el carácter de las dos repúblicas: en Esparta no se admite en el senado al que no haya cumplido 60 años; el cargo es vitalicio, y de las resoluciones de la asamblea son irresponsables sus individuos. En Atenas se fija la edad para poder ser senador en 30 años, y el senado es anual y responsable. Ya hemos tenido ocasión de indicar hasta qué punto es este un principio democrático; y además, ¡qué diferencia, para la enérgica actividad del gobierno, entre las resoluciones de un senado de ancianos y las de otro compuesto de hombres en todo su vigor corporal é intelectual! El senado preparaba las leyes que debían ser sometidas á la asamblea del pueblo, ocupábase de la hacienda y de la administración, daba decretos que tenían fuerza de ley durante el año, y por último, podía imponer ciertas multas. Dividíase en diez comisiones, llamadas *pritanias*, compuestas de número igual de individuos que sucesivamente desempeñaban durante 35 ó 36 días la presidencia del senado y de la asamblea. La pritania en ejercicio reuníase en el Pritaneo, adoptaba las medidas de interés inmediato, y recibía una subvención del Estado. El senado constituía el consejo perpetuo del pueblo, pero éste era único soberano. La asamblea popular, convocada por aquél, se componía de todos los ciudadanos (1); pero generalmente sólo un reducido número de ellos asistía á la *Agora*. El extranjero que se hubiese introducido en ésta antes de obtener el derecho de ciudadanía habría sido castigado con la muerte ó vendido como esclavo, porque tal acto constituía una usurpación de la autoridad soberana. La asamblea se reunía en la *Agora*, cuyo emplazamiento no se ha determinado aún rigurosamente, ó en el *Pnyx*, que, á pesar de las dudas en sentido contrario emitidas, debe al parecer buscarse al Norte de la colina de las Musas, allí donde la roca ha sido cortada en forma de tribuna. La sesión comenzaba por un sacrificio y una oración (2); después leíase en alta voz el asunto de que se iba á tratar, y el heraldo invitaba á subir á la tribuna á los que tenían algún consejo útil que dar al Estado. La votación se efectuaba levantando las manos, sin distinción de clases ni de fortuna. «Por un movimiento unánime de todo el pueblo, dice Esquilo, el aire parecía erizarse de manos derechas para sancionar el decreto (3).» La asamblea redactaba las leyes, elegía los magistrados que debían darle cuenta de su gestión al cesar en su cargo, y deliberaba sobre los asuntos públicos que el senado sometía á su examen y que ella aprobaba, rechazaba ó modificaba. Todo ciudadano tenía derecho de presentar al pueblo una proposición, pero nadie podía hacerlo, ni aun los arcontas, sino por mediación del senado. Cualquier ciudadano mayor de 20 años podía también tomar la palabra en la asamblea; pero los hombres de 50 años tenían el privilegio de poder hablar primero; privilegio mezquino que se concedía á la vejez, muy inferior al poder omnímodo que los ancianos tenían en Esparta. ¿Era esta una concesión suficiente á la experiencia? ¿No era esto conceder demasiado á los

(1) Sobre la cifra de los ciudadanos véase el cap. XIX.

(2) El lugar donde la asamblea debía reunirse purificábase de antemano con agua lustral esparcida en el suelo, y de aquí la palabra de Aristófanes: ἐντὸς τοῦ καθάρματος (*Acarnanios*, 44). Lo mismo se hacía para la reunión de los jueces (Id. *las Avispas*, 860).

(3) *Las Suplicantes*, versículo 208.

fogosos impulsos de la juventud? Siglo y medio más tarde, Aristófanes se lamentará amargamente del desdén con que los atenienses tratarán á los ancianos. Digamos, no obstante, que la costumbre era más severa que el derecho, y que no se veía de ordinario en la tribuna más que á los oradores del Estado, diez ciudadanos á quienes se les encargaba, después de examen público, la defensa verbal de los intereses de



El Pnyx y la tribuna de la Asamblea del pueblo (1).

la república. Era este un cargo de los más honoríficos y de los que mayor influencia daban al que lo ejercía. Todo ciudadano tenía derecho á perseguir judicialmente á un orador si su vida no era irreprensible, si había sido mal hijo ó mal soldado, ó si había propuesto un decreto contrario á las leyes existentes. En este último caso, intentábase contra él un proceso en nombre de las antiguas leyes, y el orador podía ser castigado con el destierro ó una ruinosa multa (2). Cuando estaba en la tribuna,

(1) De una fotografía. – La tribuna está situada hacia el Norte. El orador tenía á mano derecha el Areópago y el Acrópolis. Los nichos que se distinguen en el muro del Este de la tribuna estaban destinados á recibir los votos ú ofrendas, que según varias inscripciones se consagraban especialmente á Zeo. He aquí porqué ciertos escritores no creen ver en la supuesta tribuna más que un altar de Zeo. Por otra parte, los que sostienen la opinión contraria reconocen que si esta tribuna es la de Demóstenes, no puede ser la de Pericles. Sabido es, en efecto, que la tribuna del antiguo Pnyx daba al mar.

(2) Era la γραφὴ παρανόμων, que podría llamarse la acción por causa de ilegalidad. Véase el discurso de Demóstenes, *contra Timócrates*.

ostentaba en su cabeza la corona de mirto usada por los senadores y magistrados; por este símbolo se conocía los ciudadanos que hablaban en interés del Estado.

No se había fijado el número necesario para hacer valederas las resoluciones de la asamblea, excepto en ciertos casos en que se necesitaban 6.000 ciudadanos. Tucídides observa que rara vez asistían á la asamblea ordinaria 5.000 miembros, debido esto á que los atenienses no eran, como los espartanos, una asociación oligárquica mantenida por ilotas. En Atica era preciso ganar el pan ejerciendo la agricultura, la industria ó el comercio, y además, la ley que prohibía la ociosidad y obligaba á cada ciudadano á declarar todos los años de qué ocupación vivía, tenía por objeto mantener la costumbre del trabajo. Esto hizo más tarde necesario indemnizar al pueblo por su asistencia á la asamblea (1). Pero entonces, el ateniense curioso ó novelero se entretenía charlando en el mercado, mientras que los pritanos esperaban inútilmente con algunos fieles en el Pnyx, y era forzoso lanzar contra el soberano olvidadizo á los escitas mantenidos á expensas del Estado para vigilar la ciudad. Iban los tales por las calles y mercados provistos de una cuerda teñida de bermellón, y con ella señalaban á los morosos, que ya no podían presentarse al lexiarca para recibir la ficha que acreditase su presencia en la asamblea. Al acercarse los vigilantes, todos corrían á cual más á fin de huir de ellos y llegar á tiempo al recinto consagrado. ¡Júzguese ahora si se divertiría aquel pueblo alegre y turbulento en una larga sesión, en una asamblea en que estaba prohibido, bajo pena de multa, salir antes de haber aquélla terminado! ¡Considérese también con qué buenas disposiciones se asistiría á ella muchas veces! Véase en el héroe de los *Acarnianos* de Aristófanes ese amigo de la paz, buen hombre en el fondo, que se instala en el Pnyx con la intención preconcebida de interrumpir á todo el que hable de guerra. ¡Qué vida, qué movimiento, qué fuego cruzado de chanzas burlescas y de ingeniosas pullas, qué interpelaciones, qué interrupciones y qué tumulto! ¿Y cómo permanecer silencioso cuando se llega del Pireo, donde se han presenciado las disputas de los marineros y el movimiento de los barcos y de la multitud, y oídose los gritos en el puerto y los rumores del mar? ¿Cómo estar tranquilo cuando los oídos y los ojos están llenos aún de tantas escenas diversas y tumultuosas? Sin embargo, los tiempos de Solón están todavía muy lejos de aquellos otros en que este cuadro será la verdadera expresión de la realidad.

Además de la asamblea general, la autoridad popular ejercíase también por los tribunales que los arcontas presidían, y por el cuerpo de los *heliastas*, que según reglamento posterior comprendía 5.000 ciudadanos de 30 años de edad cuando menos, elegidos por la suerte sin distinción de fortuna, pero á condición de tener buena fama y no ser deudores al tesoro público (2). Esos heliastas (3), divididos en diez secciones, del mismo modo que más tarde Clístenes dividirá el pueblo en diez tribus, juzgaban por comisiones de 500, 1.000 ó 1.500, las causas más graves y los delitos políticos; su número indicaba que eran la justicia del pueblo en acción, é imposibili-

---

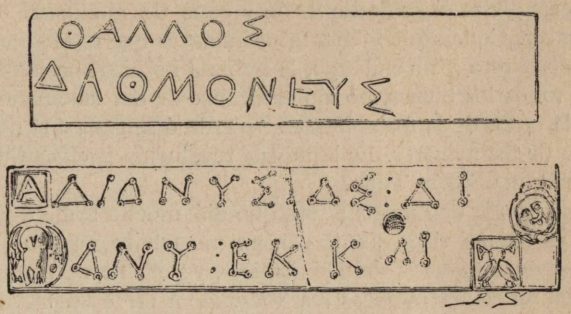
(1) Véase en el cap. XIX la Constitución de Atenas en tiempo de Pericles.

(2) Isócrates hace un elogio de Atenas en su *Panegírico*, cap. 40, p. 29, por haber sido la primera de las ciudades griegas que instituyó los tribunales para resolver las diferencias por medio de la palabra y no por la fuerza (véase Dareste, *Las defensas políticas de Demóstenes*). En las sociedades primitivas, la represión del robo ó del asesinato incumbe á los interesados; la tribu no castiga más que los crímenes cometidos contra ella: la traición, la usurpación del derecho ó la cobardía frente al enemigo.

(3) Tomaban su nombre de la plaza Heliea, donde celebraban sus sesiones, ó de la circunstancia de reunirse al aire libre (ἥλιος). Así en Atenas como en Roma, el procedimiento era distinto del juicio. El magistrado procedía á la instrucción y el jurado sentenciaba.

taba á los acusados ricos ó poderosos de imponerse por la venalidad y la intimidación á ese tribunal, que representaba la ciudad casi entera (1). El juramento que prestaban (2) implicaba la obligación de juzgar según las leyes y castigar á los autores de proposiciones ilegales, lo cual les daba un derecho de inspección sobre los actos de la asamblea general, que por su composición no estaba al abrigo de los votos temerarios. Esta institución era un complemento y una sanción del poder político ejercido por la asamblea; y como los heliastas se renovaban cada año, estaban bien animados del espíritu del pueblo de cuyo seno habían salido y al cual habían de volver.

A fin de evitar la acumulación de los procesos, Solón había dispuesto que varios ciudadanos de 60 años de edad, aceptados por las dos partes, pudieran constituirse



Tablillas de los heliastas (3).

en tribunal arbitral, cuya sentencia era inapelable. También se instituyó en las tribus de los *dietetes* una especie de jueces de paz que podían sentenciar en cuestiones poco importantes. Considerable era el número de estos jueces, pues una inscripción recientemente descubierta nombra 104 para un solo año.

Un tribunal particular, el de los 51 efetas, juzgaba los homicidios involuntarios, ó los cometidos en defensa legítima. La piedra que al caer desde lo alto de un muro mataba un transeunte, considerábase como un objeto maldito: cuando esto ocurría, instruíase en cierto modo el mismo proceso que era obligatorio para todo asesinato, y los jueces conducían el objeto fuera del Atica como si fuese un criminal desterrado. Los efetas, hombres de 50 años de edad por lo menos, y todos de noble estirpe,

---

(1) Las antiguas repúblicas no tenían cuerpo de magistratura hereditaria ó vitalicia, y seguras del respeto de la multitud, ni fuerza armada para proteger al tribunal. Por la composición de sus tribunales, Atenas hizo que la justicia se administrara casi del mismo modo que se hacían las leyes; de manera que todo el pueblo parecía haber juzgado y no podía apelarse ante él de la sentencia dictada. Cada proceso duraba solamente un día.

(2) La fórmula de este juramento, conservada en el discurso contra Timócrates, ha inspirado dudas á los filólogos.

(3) Del *Anuario de la Asociación para el fomento de los estudios griegos*, 1878 (O. Rayet). Por medio de estas tablillas de bronce, que hacían las veces de tarjetas, los ciudadanos inscritos en la Heliea expresaban su condición. Además del nombre del heliasta y de su demótico, contenían: 1.° una letra de serie que indicaba la sección de la heliea de que formaba parte el poseedor de la tablilla; y 2.° uno ó varios *sellos*, que servían de señales para la impresión oficial. En la primera de nuestras tablillas falta el sello: Thallos, del demo de Athmonón. La Δ indica que formaba parte de la cuarta sección. La segunda tablilla, por el contrario, tiene tres sellos: á la izquierda una lechuza de frente, y á la derecha una cabeza de gorgona y un mochuelo doble con una sola cabeza. Dionisio, hijo de Dionisio, del demo de Koilé (ἐκ Κοι[λης]) pertenecía á la primera sección (A).

se reunían, según el caso, en cuatro lugares diferentes: el Delfinión, el Paladión, el Pritaneión y el Freato (1). Los progresos de la democracia acabaron por quitarles toda su importancia.

Las penas habituales eran la multa, la confiscación de bienes, la prisión y la muerte; una pena particular, la *atimia*, despojaba al ciudadano de una parte ó de la totalidad de sus derechos cívicos (2).

Como se ve, de los tres cuerpos deliberantes, la *asamblea* representaba la democracia ó, como hoy se dice, el movimiento: el *senado*, la aristocracia rica ó la clase media y la prudencia del interés; y por último, el *Areópago*, bastante análogo al senado de Esparta, la aristocracia de la edad y de los honores, la experiencia en los negocios y el espíritu de conservación, que exagerado por los antiguos cuerpos y partidos, puede convertirse á menudo en deseo de inamovilidad. Este régimen mixto y templado caracteriza el genio de Solón y pone de manifiesto las dificultades que hubo de vencer. Concilió hábilmente los intereses que estaban en lucha; el pueblo ganó mucho con esto, y sin embargo, la nobleza no hizo oposición, porque, poseyendo entonces todos los bienes, no vió el alcance de esa sustitución democrática de la riqueza á la cuna, de la fortuna que se pierde ó se gana á la nobleza que solamente se hereda de los mayores. Es la misma revolución pacífica que casi en igual época realiza en Roma Servio Tulio.

En Atenas no existía una magistratura que dió mucho brillo á Roma, la de los censores; pero ya hemos visto que la censura no faltaba, puesto que la ejercía el Areópago, como podía ejercerla todo ciudadano, y por último, que cada candidato que desempeñaba funciones públicas era sometido á un examen, la δοκιμασία, muy severo (3). Más hubiera valido indudablemente que este poder se hubiese ejercido por un magistrado especial; pero en la misma Roma, la censura no evitó nada cuando llegó el desbordamiento de las malas pasiones. La censura más eficaz es la de las costumbres públicas cuando son puras. En Atenas no se hacía tampoco el censo ni se practicaba la gran solemnidad romana de la *lustratio* (4); pero la purificación de la ciudad se verificaba todos los años con ceremonias religiosas, para expiar y borrar lo que hubiera podido irritar á los dioses contra el pueblo (5).

Es posible que alguna de las disposiciones reglamentarias que acabamos de citar fuese introducida posteriormente, sobre todo desde Clístenes; mas prescindiendo de estos detalles, la legislación de Solón se puede comprender bien en su conjunto.

---

(1) Pollux, *Onomasticon*, VIII, 125.

(2) Se pueden distinguir en la legislación relativa á la justicia criminal tres períodos. «En primer lugar, las leyes relativas al homicidio, antiguas costumbres mezcladas aún con restos religiosos. Redactadas por Dracón en el siglo VII antes de nuestra era, y respetadas por Solón, publicáronse de nuevo durante el arcontado de Diocles en el año 409. Después encontramos las leyes de Solón, probablemente ampliadas por Clístenes á raíz del triunfo definitivo de la democracia. De aquí proceden la institución de los tribunales populares, el sistema de las acciones populares y la asimilación del procedimiento criminal al civil. Por último, en la segunda mitad del siglo V, la lucha de los partidos y las rivalidades de los oradores multiplican las persecuciones políticas; entonces se introduce una nueva forma de instrucción criminal, que cada día se generaliza más y que, más rápida y enérgica, contiene en particular dos innovaciones importantes, la acusación por decreto de la asamblea, y la práctica de las diligencias por una especie de ministerio público.» (R. Dareste, *Las defensas políticas de Demóstenes*. Introd., p. V). El principal origen del derecho criminal ateniense es el discurso de Demóstenes *contra Aristócrates*.

(3) Véase el cap. XIX.

(4) Véase la *Historia de los Romanos*, t. I.

(5) Hipponax, fr. 60, en los *Poetæ Lyrici Græci*, de Bergk. Hemos hablado antes de la purificación de la ciudad practicada por Epiménides, y de la de Delos por Pisistrato. Durante la guerra del Peloponeso veremos cómo los atenienses purifican otra vez á Delos.

Según dice él en uno de sus peanes, había puesto término á la irritación de los pobres contra los ricos, dando á cada uno de los dos partidos, no una espada para atacar y obtener una victoria fatal, sino un escudo para protegerse y defenderse (1).

Observemos, además, que la participación que Solón concedió, aun á los más pobres, en la asamblea general y en los tribunales, demuestra que este verdadero sabio poseía en el más alto grado el sentimiento de la dignidad del hombre, y que había comprendido que son buenas aquellas leyes que elevan al ciudadano, no las que le humillan y degradan. En Atenas no hay parias políticos: Solón quiere que todo ciudadano conozca bastante claramente los intereses de la ciudad para votar bien en la asamblea y las leyes de la moral para juzgar como es debido en los tribunales. Todos, lo mismo el pobre que el rico, el hombre libre que el esclavo, son llamados á las fiestas, que, á la vez que representan y desarrollan el sentimiento religioso, despiertan el patriotismo y afición al arte. ¡Qué educación para el pueblo aquel continuo ejercicio de las más altas facultades! Y cuando se vea á los atenienses llamados también al concurso de los poetas, de los escultores y de los pintores, para pronunciar su fallo entre Esquilo y Sófocles, Zeuxis y Polignoto, Fidias y Policletes, ¿quién extrañará que aquellos ciudadanos hayan llegado á constituir el pueblo más inteligente del mundo?

VI. — INSTITUCIONES CIVILES. — INDUSTRIA Y COMERCIO, EXTRANJEROS Y ESCLAVOS

El lazo que une las instituciones civiles con las políticas es menos sensible en Atenas que en Esparta: no existe en aquélla esa unidad y uniformidad que ofrece la ciudad de Licurgo, donde el hombre desaparece para no dejar ver más que al ciudadano, siempre y en todas partes encadenado al Estado.

La propiedad no está en Atenas absorbida por el Estado ni entorpecida por el riguroso formalismo que impera en las maneras de adquirir y que aparecerá también en Italia; muy lejos de ello, existe con toda la libertad y la independencia que constituyen su verdadera esencia. «Antes de él, dice Plutarco, los atenienses no habían tenido autoridad para testar; todos los bienes del ciudadano que moría sin hijos volvían á sus *genetas*. Solón, que prefería la amistad al parentesco y la libertad de elección á la violencia, y que deseaba que cada cual fuese verdaderamente amo de lo que poseía, permitió á los que no tenían hijos disponer de sus bienes como quisieran. No aprobó indistintamente toda especie de donativo, ni autorizó más que aquellos que se hubieran hecho teniendo el juicio sano y no debilitado por enfermedades, por la bebida ó por los hechizos, sin mediar violencia ni seducción.» Los *genetas* no heredaban entonces sino en el caso de faltar testamento, y si había hijos, éstos se repartían la sucesión en porciones iguales, conforme á la antigua costumbre, constituyendo un dote á sus hermanas. A falta de hijos, la hija heredaba; pero el hecho de no haber varón parecía una calamidad, porque la hija no podía continuar la religión doméstica, y los antepasados iban á carecer de los honores fúnebres necesarios para el reposo de los manes. El hijo ilegítimo no tenía derecho alguno á la sucesión, que en este caso volvía á los parientes más cercanos del difunto, y ni siquiera era ciudadano; pero se permitía investigar la paternidad al hijo nacido de

(1) Aristóteles le elogia por haber sido el primero en establecer un gobierno mixto, καλῶς μίξαντα τὴν πολιτείαν. «En efecto, la oligarquía está representada por el Areópago, la aristocracia por la manera de elegir los magistrados, y la democracia por la forma de los tribunales; pero algunos censuran al legislador por haber destruído él mismo este equilibrio, concediendo la resolución suprema á jueces designados por la suerte» (*Política*, II, 10).

madre ateniense. El padre, por lo demás, podía desheredar al hijo á condición de que el consejo de familia consintiese en ello en una deliberación que la autoridad pública confirmaba (1).

Muchas ciudades griegas habían prohibido el celibato; Platón vuelve á repetir en sus *Leyes* que el ciudadano que no haya contraído matrimonio antes de los treinta y cinco años debe pagar una multa anual de 100 dracmas, y que no podrá reclamar de los jóvenes las muestras de respeto y consideración debidas á la vejez (2).



La fuente de Kallirrhoé (3).

Ignoramos si Solón necesitó apelar á tal severidad. En su tiempo, la religión era respetada aún, y como exigía que el hogar doméstico tuviera siempre ofrendas, y que se celebrasen libaciones en honor de los muertos, imponía con tales prescripciones el matrimonio. La familia sin posteridad significaba un hogar extinguido, una tumba olvidada, y unos antepasados privados de los honores que habían de consolarles en su vida de ultratumba.

Como las jóvenes vivían muy retiradas, concertábase el matrimonio según las conveniencias de los padres, por lo regular en el mes de γαμηλιών, enero-febrero, tiempo en que la naturaleza comienza á despertar del sueño invernal (4). Esta solemnidad celebróse siempre con ceremonias religiosas: primeramente se hacían sacrificios en honor de los dioses protectores del himeneo; y después se tomaba el baño nupcial

(1) Caillemer, *El derecho de sucesión en Atenas*, p. 25; R. Dareste, *El testamento de Epicteta (Nueva revist. hist. del derecho*, 1882, p. 250). Sobre el hijo nacido después del divorcio véase el sabio estudio de M. Dareste respecto á la ley de Gortyne, que trata del estado de las personas, de la propiedad y de las sucesiones en Creta.

(2) En el libro IV de las *Leyes*, *ad fin.*, y en el libro VI. Los censores de Roma impondrán también una multa á los célibes (Val. Máximo, II, 9), y Cicerón creerá muy justo que se castigue esta abstención del cumplimiento de un deber cívico: *Censores*, dice, *cælibes esse prohibento (de Leg.*, III, 3).

(3) Según la ley de Gortyne, línea 670, la hija podía casarse «á los doce años ó más.»

(4) La fuente de Kallirrhoé se representa en un vaso, cuya pintura reproducimos, según Gerhard, *Auserl. Vasenb.*, IV, Taf. 307. Seis jóvenes van á sacar el agua del baño nupcial y llevan en la mano un ramo de follaje. La fuente está designada por la inscripción KAVIPE (sic) KPENE (Καλλιρρόη κρήνη), y cada una de las jóvenes se llama Σιμυλίς (dos veces repetido, según parece), Ἐπηράτη; Κυανή, Εὐηνή, Χορονίκη.

en el agua sagrada, que algunas jóvenes iban á buscar á la fuente de Kallirrhoé. Terminada la última comida que hacía en la casa paterna, la novia vistiendo su traje de gala, esperaba á su esposo, quien la conducía en un carro seguida de varias jóvenes, que formaban el cortejo, cantando el epitalamio, del cual Teócrito nos ha conservado algunas estrofas en el canto nupcial de Elena.

«Cuando el blondo Menelao se unió con la que en toda la Acaya no tenía rival por su belleza, doce vírgenes de las más nobles familias de Lacedemonia, con su sedosa cabellera ornada de guirnaldas de jacintos, reuniéronse ante la morada feliz de los dos esposos, y golpeando el suelo á compás hicieron resonar en el palacio los dulces cánticos del himeneo.

»¿Veis la brillante aurora del primer día de primavera, cuando el frío invierno huye hacia los helados polos? Pues tal parecía entre nosotros Elena, la de cutis sonrosado.

»¿Qué mujer ha llenado su canastilla con más hermosos tejidos? ¿Quién ha sabido mezclar con más gusto las lanas de variados colores en tramas delicadas, y arrancar de la lira sonidos tan armoniosos, ó cantar con tanta gracia las alabanzas de Artemisa y de Atenea? Eros habita en sus ojos.

»¡Oh hermosa doncella! esposa eres ahora. Mañana iremos á la pradera á coger las flores recién abiertas y formaremos con ellas coronas odoríferas para adorno de un plátano que regaremos con los más dulces perfumes.

»¡Salud, nueva desposada! ¡Salud, Menelao, hijo del rey de los cielos! ¡Ojalá que Afrodita inflame vuestros corazones con mutuos transportes de amor, y que Latona os dé hijos dignos de vosotros!...

»Duerme, pareja encantadora; pero despierta con el alba. Apenas el cantor de la mañana, levantando su altiva cresta, anuncie la vuelta de Apolo, todas vendremos á cantar á coro:

»¡Himeneo, Himeneo, regocíjate de esa hermosa unión!»

En Atenas, el matrimonio era en realidad más digno que en Esparta. Sin embargo, para asegurar la continuidad de las familias cuando alguna de ellas parecía amenazada de esterilidad por parte de uno de los esposos, Solón conservó en sus leyes antiguas costumbres al parecer muy singulares, como por ejemplo la concerniente al anciano que por codicia se casaba con una heredera joven y rica (1). Servíanle de excusa ideas religiosas muy respetables, pero que no son ya las nuestras, y por eso las leyes que nos rigen no necesitan, como en Atenas, autorizar una sustitución que el legislador imponía al hermano ó á un pariente del esposo.

Las familias no parecen haber sido numerosas en Grecia. El aborto era frecuente, como lo es en Oriente todavía; el juramento hipocrático, por el cual los médicos se comprometían á no provocarlo, es una prueba de ello, y Aristóteles le recomienda para que la población no exceda de una cifra determinada. La comedia atestigua también que las costumbres no reprobaban la exposición, sobre todo para las hijas que no podían continuar la familia y el culto doméstico. Sabido es qué suerte sufrió en Esparta el niño débil; en Tebas, la ley ordenaba á los padres demasiado pobres entregar sus recién nacidos á los magistrados (2), obligación que seguramente no salvaría á muchos niños.

Sin embargo, no se ha de creer que el matrimonio griego se redujese á un acto religioso en el cual para nada entraba el afecto, porque esto sería suponer que los

(1) Plutarco, *Solón*, XXVI.
(2) Eliano, *Var. Hist.* II, 7.

antiguos eran de una naturaleza distinta de la nuestra. Cierto que entonces, lo mismo que ahora, el legislador se ocupaba de los ritos y no de los sentimientos; pero Solón ha definido el matrimonio en términos como los que nosotros usamos: «Una sociedad íntima entre el marido y la mujer, que tiene por objeto formar una nueva familia, disfrutando ambos de la dulzura de una ternura recíproca.» De aquí sus reglamentos sobre las dotes. La prometida no debe llevar á su esposo más que tres vestidos y algunos muebles de poco valor (1). Celoso de la dignidad de las mujeres, que él entendía de muy distinta manera que el legislador de los *fenoméridos*, restringió su libertad en favor de la decencia; reguló sus viajes, su luto y sus sacrificios, y prohibióles salir de la ciudad con más de tres vestidos, llevar provisiones por valor



Cortejo nupcial (2).

de más de un óbolo y cruzar de noche por las calles, como no fuera en un carro precedido de una antorcha. También consagró un antiguo derecho de las familias (γένη): si una joven quedaba huérfana, el pariente más cercano por parte del padre debía unirse con ella, ó por lo menos constituirle un dote, calculado por la cuantía de sus propios bienes, y buscarle esposo; pero abolió la ley desnaturalizada que autorizaba al ciudadano á vender á su hijo, á su hija ó á su hermana huérfana, á menos que esta última no justificase por su conducta semejante severidad.

---

(1) Esta disposición era buena para los tiempos antiguos. Cuando la riqueza se hubo desarrollado, la mujer ateniense solía llevar á su esposo un dote consistente en cosas fungibles ó no fungibles. En el primer caso, el marido se hacía propietario, mediante la condición de reconocer á la esposa un crédito que la ley garantizaba; en el segundo, no tenía más que el usufructo, quedando la propiedad para la mujer y sus herederos. Caillemer, *Estudios sobre las antigüedades jurídicas de Atenas*. La esposa, pues, tenía bienes propios; mas para todo acto de la vida civil necesitaba el auxilio de un tutor. En una inscripción recientemente descubierta en Orcomena, este tutor es el marido de una mujer de Tespies, que ha prestado 18.000 dracmas á aquella ciudad (*Bol. de la Corresp. helén.*, t. IV, p. 15).

(2) Pintura de un ánfora ateniense, según los *Monum. del Inst. Arqueol.* X, Tab. XXXIV. – Una joven, mirando á la derecha, y envuelta en un manto ceñido, se adelanta con la cabeza inclinada y una agradable expresión de gracia y de pudor; en el espacio que hay sobre ella figura una corona de mirto. La joven va precedida de otra que viste un peplo de anchos bordes y lleva entre las manos un ánfora de la misma forma del vaso en que se representa el asunto descrito. Delante de ella avanza una *tibicina* coronada de mirto y tocando la doble flauta, y un Eros alado vuela enfrente. Más lejos, una mujer (*ninfeutria?*), vista de frente, lleva una antorcha en cada mano (δᾷδες νυμφικαί). Detrás de la joven va otra mujer que viste un *himatión* de rica franja y lleva una antorcha. La composición termina en este lado por una mujer que tiene la mano derecha levantada...» (Collignon, *Catálogo de los vasos pintados del Museo de la Sociedad arqueológica de Atenas*, p. 128, n.° 503). – Las dos figuras de la derecha están pintadas en la cara posterior del ánfora.

La familia conserva aquí todo su misterio; es respetada, y no queda desnuda á la luz del día como en Lacedemonia, ni tampoco es absorbida, como lo será más tarde entre los romanos, por el *pater familias*. En Atenas, la autoridad paterna y la materna no son más que medios de protección y defensa. Solón suprime, hasta para el padre, el antiguo derecho de vender ó de matar á su hijo, y éste crece en los brazos de la madre, sin que el Estado vaya á fijar indiscretamente sus miradas en el santuario del hogar doméstico. De aquí resultan, de padre á hijo y recíprocamente, relaciones y deberes particulares del todo conformes con la naturaleza. En Esparta el hijo no debe profesar apenas más respeto á su padre que á cualquier otro ciudadano de edad madura, porque el padre no es á sus ojos más que uno de los individuos ancianos del Estado. En Atenas, Solón repite inconscientemente una frase del Decálogo que Platón repetirá más tarde (1): «Honra á los dioses y respeta á los que te han dado la vida.» Obliga á los hijos, cuando ya son mayores, á mantener al padre achacoso, y antes de otorgar una elevada magistratura á cualquier ciudadano, la ley averiguará si ha sido buen hijo, y si ha respetado á sus padres, así en vida como después de su muerte (2).

Los padres educan al hijo hasta los 16 años de la manera que les place, costumbre que Aristóteles reprueba, porque esta educación en manos de aquéllos será con frecuencia débil ó caprichosa y contribuirá á disolver la ciudad. Desde dicha edad, los jóvenes asisten al gimnasio, donde el Hermes *Hegemonios*, aquel que conduce, presidía sus ejercicios. No se pensaba entonces en fatigar la imaginación de los niños con una infinidad de conocimientos que cansan la memoria sin desarrollar la inteligencia. Su educación se dividía en dos series de estudios: la *gimnasia*, ó danza, lucha y combates gímnicos para el cuerpo; la *Enseñanza de las Musas*, ἡ μουσικὴ τέχνη, para el alma. Se les hacía vivir con los poetas, depositarios de las leyendas heroicas ó sagradas y de las máximas saludables; con Homero, Hesiodo y los líricos, que casi siempre fijan su mirada en elevadas regiones, y con los gnómicos, que compendiaban toda la sabiduría humana. Procurábase inspirarles el espíritu de orden que se halla en el fondo de la literatura griega, así como la afición á la armonía que la música puede comunicar; pero no se agobiaba el espíritu con estudios excesivamente prolongados y diversos, que debilitan ó destruyen la constitución física. Para este ser doble necesitábase una doble educación. Por una parte, «los presentes de Apolo y de las Musas (3)»; por otra, los ejercicios favorables al desarrollo de la fuerza, de la destreza y de la hermosura. Tal era el sistema observado para hacer de los hombres buenos ciudadanos y guerreros.

A los 18 años cumplidos, es decir, al llegar á la mayor edad civil, el joven puede tomar posesión de su patrimonio; se le inscribe en el libro de los *efebos*, y desde entonces comienza su noviciado político y militar. Cada año, los atenienses de esta edad se reunen ante el altar que llaman «hogar común del pueblo», y en presencia de los *exegetas*, encargados de interpretar los oráculos, y del sacerdote de las Gracias, que tiene el deber de pedir para la ciudad la protección de todos los dioses, el efebo presta el juramento siguiente: «No deshonraré las armas sagradas que la patria me da, ni abandonaré tampoco á mi compañero de fila. Combatiré por todo lo que es santo y sagrado, solo ó con muchos, y no legaré á nuestros sucesores mi patria más pequeña y débil de lo que fuese al recibirla, sino más grande y más fuerte. Obedeceré á los magistrados y á las leyes, y si alguno las anulara ó no las

(1) Θεοὺς τίμα, γονέας αἰδοῦ. Eurípides la repite en las *Suplicantes*, 362.
(2) Plutarco, *Solón*, 22; Demóstenes, *Contra Timócrates*, 106.
(3) La frase es de Platón, y está en el séptimo libro de las *Leyes*.

respetase, las vengaré, solo ó con mis conciudadanos. Venero la religión y á mis padres, y tomo á los dioses por testigos de este juramento.»

Prestado este juramento heroico, los efebos quedan bajo la vigilancia de un magistrado anual, el cosmeta. Entonces asisten á los cursos de filosofía, de música, de elocuencia y de poesía para formar su espíritu; á las fiestas religiosas, porque el culto y la patria se confunden; á las asambleas del pueblo, á fin de estudiar los asuntos públicos; á los ejercicios gimnásticos, para adquirir agilidad y fuerza; y por último, como aprendizaje de guerra, prestan un servicio de policía en el interior y otro de guardia en las fortalezas de la frontera y del litoral. ¡Qué educación tan completa del cuerpo y del alma (1)! Es que la guerra sin tregua amenaza de continuo la ciudad, y como no se tienen máquinas para defender las murallas, necesítanse hombres vigorosos, ligeros y resistentes para los combates cuerpo á cuerpo, así como ánimos firmes y resueltos á todos los sacrificios que la patria exija.

A los veinte años, mayor edad política, el joven es ya ciudadano en toda la acepción de la palabra; vota en la asamblea general, y hasta puede tomar en ella la palabra. Ya hemos indicado cuánto movimiento y actividad debían producir aquellos oradores de veinte años; pero bastante á menudo también ocasionaban perturbación y desorden en las asambleas públicas. A esta edad media comienza seriamente el servicio militar.

Esta doble mayor edad era bien prematura; era hablar al hombre joven demasiado pronto de sus derechos, y no bastante á tiempo de sus deberes. De todos modos, hasta que llegue la decadencia general de las costumbres, cuando las mejores leyes serán impotentes, no se verá á esos jóvenes disipadores convertidos en tipos de los escenarios griego y latino.

A los 30 años el ciudadano puede ser admitido en el senado.

A los 60 se le exime del servicio militar y se le permite entregarse al descanso.

La adopción confería los mismos derechos que la filiación natural por iguales razones tomadas del culto de los muertos: «Si anuláis la adopción hecha por Menecles, dice un orador á los jueces de Atenas, morirá sin hijo; nadie practicará en su honor las libaciones fúnebres y se verá privado de todo culto» (2).

Ya he dicho que el suelo de Atica era generalmente estéril por la falta de agua que en él se sentía, pero el rocío proporcionaba todas las noches alguna humedad, y los atenienses, al contemplarlo por la mañana, daban gracias á la Aurora. Sin embargo, apreciábase mucho la agricultura, y los griegos decían que Triptolemo (3) había sembrado allí el primer grano de trigo. Las leyes de Atenas castigaban con la muerte al que mataba un buey (4), prohibición que no se eludía sino tratándose de sacrificios á Júpiter *Polieo*. Para consumarlos se ponía cebada sobre un altar junto al cual era colocado el buey; cuando éste había tocado el grano, se le daba muerte; pero el victimario, después de haber dado el golpe mortal, dejaba caer su hacha

---

(1) Sobre esta institución, que no fué particular de Atenas, véase A. Dumont, *Ensayo sobre la efebia*, y Collignon, *de Collegiis epheborum apud Græcos excepta Attica.*

(2) Iseo, defensa pronunciada con motivo de la *herencia de Menecles*, p. 10 y siguientes; y lo mismo en la defensa para la herencia de Astifilos, 7.

(3) Esta leyenda se perpetuó. La encontramos en el «bajo relieve de Eleusis» que se ha hecho célebre bajo este nombre, y fué descubierto en 1859 en Eleusis, cerca de los Propileos: la obra es del siglo V. – Triptolemo, instruído por las dos diosas, recorrió el mundo en un carro alado para iniciar á los hombres en los beneficios de la agricultura. Véanse en la pág. 30 el grabado y la nota 2.

(4) Varrón, *de Re rustica*, II, 5; Pausanias, I, 24, 4; Eliano, *Hist. Var.*, VIII, 3.

y huía. Los presentes al acto aparentaban no haberle visto, recogían el hacha y llevábanla al juez, quien condenaba al hierro como autor de la muerte, ordenando que se la arrojase al mar (1). Después de Pericles, el trabajo de los campos y la vigilancia de los cultivos eran todavía la principal ocupación de los ciudadanos, inclusos los ricos. El bueno de Strepsiade, en las *Nubes* de Aristófanes, no conoce otra.

Solón no tenía prescripción alguna que establecer en favor de la agricultura. Preocupado con el deseo de fomentar la industria y el comercio, quiso que cada



La Aurora derramando el rocío sobre la tierra (2).

ciudadano conociera un oficio. En Jerusalén existía una ley semejante. ¡Singular coincidencia! Las dos ciudades que más hondamente han agitado el mundo de la inteligencia son también las que más han honrado el trabajo manual. Según una ley de Solón, el padre que no había hecho aprender un oficio á su hijo no podía exigir

(1) Pausanias, I, XXIV, 4; Eliano, *Hist. Var.*, VIII, 3. En el templo de Erectea no se ofrecía en sacrificio nada que tuviese vida (Pausanias, I, XXVI, 5). Lo mismo sucedía en el templo de Júpiter Upatos en Arcadia (Id., VIII, II, 3). Decíase en Atenas que Triptolemo había ordenado, al partir, que se honrara á los padres, que se ofrecieran frutos á los dioses, y que no se diera muerte á los animales. La última prescripción era de las que las mismas condiciones de lugar imponen, puesto que el Atica tiene pocos pastos y por consiguiente poco ganado: esta circunstancia y la sobriedad nacida del clima, trajeron consigo las leyes protectoras de los animales. Los griegos modernos comen también muy poca carne, y los múltiples ayunos del rito griego no les son penosos. ¡Cuántas prescripciones religiosas hay que no son sino leyes instintivas de higiene!

(2) Pintura de vaso, según Millingen, *Antiguos monumentos inéditos*, lám. VI. – Eos (AOS), ó Aurora, vistiendo un largo *chitón* (túnica), sembrado de estrellas, vuela por los aires, llevando las *hydrias* (tinas) con que vierte el rocío sobre la tierra.

de éste que le mantuviera en su vejez (1); y el Areópago, encargado de asegurarse de los medios de subsistencia de cada ciudadano, hubo de castigar á los que permanecían ociosos. Lacedemonia había proscrito el trabajo, y Atenas lo imponía por una ley: de aquí nacen las diferencias que entre ambos pueblos existieron, así en lo que se refiere á sus respectivas suertes como por lo que toca á la gloria de cada uno.

A fin de obtener á bajo precio todos los artículos de primera necesidad, Solón prohibió la exportación de los productos del suelo, excepto el aceite de oliva, lo cual era un estímulo para la industria. Una ley prohibía censurar á un ciudadano, por la ganancia que hubiese obtenido en el mercado; pero otra le impedía encarecer las cosas valiéndose de la mentira. Con esto se trataba de introducir la moralidad en el comercio.

Atenas no podía hacer el comercio por tierra más que hacia el Norte, con Beocia y Megara, pues por todos los demás puntos rodeábala el mar. Solón, el conquistador de Salamina, fué uno de los primeros en reconocer la magnífica posición marítima de Atica, pero no se habían apreciado aún todas las ventajas que ofrecía el Pireo. Conservó la división del territorio en cuarenta y ocho *naucrarias* ó distritos para la percepción del impuesto y las levas militares; los habitantes de cada una de ellas estaban obligados á equipar una galera; y este fué el fundamento de la *trierarquía* y del poder marítimo de Atenas. En Lacedemonia, donde todo era común, los jóvenes se ejercitaban en el robo para adiestrarse; en Atenas se impuso la pena de muerte contra aquel que robara en el gimnasio objetos cuyo valor excediera de diez dracmas.

El ciudadano era muy libre de ir y venir, podía establecerse en el extranjero y llevar allí toda su hacienda «si, dice el *Criton* de Platón, nosotros ó la república no le agradamos».

Los pueblos comerciantes é industriosos no sienten orgullo desdeñoso hacia los extranjeros; y es más, sólo por la frecuencia de relaciones con ellos aseguran y desarrollan su prosperidad. Lejos de cerrar el Atica, Solón mandó acoger á los numerosos emigrantes á quienes atraía allí la libertad de que se disfrutaba. No otorgaba el derecho de ciudadanía sino á los que habían sido desterrados para siempre de su país, estimando que no había de ser mejor tener dos patrias que servir á dos amos, y cargaba de cadenas, aun antes del juicio, á los que usurpaban este título, porque no era conveniente que la soberanía se viciara en su origen por la confusa mezcla de elementos impuros. Hasta la segunda generación no podía la familia del nuevo ciudadano entrar en el arcontado y en el sacerdocio.

El extranjero establecido en Atenas se distinguía con el nombre de *meteco* (que habita con), y satisfacía como jefe de familia una contribución personal de 12 dracmas á cambio de la protección que el Estado le dispensaba: si dejaba de pagarla, era vendido como esclavo. Esta hubiera sido, por ejemplo, la suerte del filósofo Jenócrates si un rico ciudadano no le hubiese reconocido al pasar por el mercado cuando se hacía la subasta y no hubiese pagado su deuda. El impuesto de la mujer extranjera era una mitad menos, y el del hijo eximía á la madre, así como el del marido á la mujer. Las mismas condiciones regían para el liberto. El meteco debía elegir entre los ciudadanos un patrono que respondiese de su conducta y le sirviera de fiador. Cumplidas estas obligaciones, podía traficar y ejercer libremente su profesión, pero no adquirir propiedad territorial. Además se les imponía en las fiestas ciertos trabajos humillantes; así, por ejemplo, en las Panateneas llevaban los vasos y utensilios sagrados, y sus mujeres debían sostener el parasol que resguardaba la

(1) Plutarco, *Solón*, 22.

cabeza de las matronas atenienses. Jenofonte deseó más tarde que se abolieran estas distinciones irritantes, y en efecto, después de largas guerras confirióse á muchos la categoría de ciudadanos, dulcificándose con esto un poco la condición general de los metecos. Estos se habían hecho dignos de tales concesiones, porque participaban de los peligros de la patria común, sirviendo en su flota como remeros ó soldados, y hasta en sus ejércitos como hoplitas, es decir, en medio de las tropas nacionales.

El mismo espíritu liberal informado en iguales razones se dejaba sentir respecto de los esclavos. Solón quiso que cuando fueran maltratados por sus amos, pudieran exigir que se les pusiera en venta para servir á otro menos cruel. La ley les asegu-



El templo de Teseo (Theseión) (1).

raba un defensor, y mientras se esperaba el fallo, hallaban en el templo de Teseo un asilo inviolable. No todo el mundo podía pegarles, y su muerte y hasta un ultraje á ellos inferido vengábanse como si la víctima hubiera sido un hombre libre. He aquí la razón de ello, según Jenofonte: «Si la costumbre autorizase al hombre libre para maltratar al esclavo, al extranjero ó al liberto, el ciudadano pudiera á menudo ser víctima de un error, pues ni en el aspecto ni en el traje había nada que le distinguiera del extranjero ó del esclavo.» Demóstenes, que no tiene esa crudeza puramente espartana, ve en ello una grande y gloriosa ley humanitaria. «¡Y qué dirían los bárbaros, exclama, si supiesen que protegéis, aunque no se trate más que de un insulto, al esclavo comprado en las naciones que os dieron, sin embargo, justo motivo de odio hereditario, y que con frecuencia han sido castigadas con pena de muerte las infracciones de esa ley!» – «La ley no quería, y con razón, dice Montesquieu, agregar la pérdida de la seguridad á la de la libertad.» Los esclavos podían,

(1) La identificación del Theseión con el monumento que aun subsiste al Norte del Areópago ha dado origen á largas discusiones. Entre los sabios, unos sostienen que fué consagrado á Ares, y los otros á Herakles (en este caso el templo sería el Herakleion del demo de Melite); varios proponen á Herakles y Teseo, y no pocos á Hefaístos y Atenea.

como los extranjeros, entrar y orar en los templos, de donde la ley excluía á la mujer adúltera (1); admitióseles á prestar servicio en la flota como remeros ó soldados de marina, y á los que habían combatido á los arginusos se les naturalizó.

De este modo la constitución ateniense estatuía en favor del esclavo. Atenas fué recompensada por esta dulzura, pues jamás, ni aun en el tiempo de sus más duras pruebas, estallaron contra ella esas guerras serviles que tantas veces exigieron á Esparta y á Roma terrible cuenta de su crueldad (2).

El Estado tenía esclavos públicos: era un cuerpo de arqueros, llamados los escitas, agentes de policía en las calles, guardianes de la prisión y ejecutores de la justicia. Más tarde, su número se elevará á trescientos, después á seiscientos y al fin á mil doscientos, destinándose algunos al ejército, á los que se llamará hipotoxotas ó arqueros de á caballo.

Preciso es decir, no obstante, que el esclavo ateniense no escapaba de todas las miserias de la servidumbre. Careciendo los griegos de esas máquinas que relevan al obrero moderno de los más rudos trabajos, forzoso era que las supliese el esclavo; el cual, como en todas partes, hallábase sometido á las órdenes de su amo, fueran éstas cuales fuesen. En caso de proceso, los ciudadanos libres, á quienes no se podía aplicar el tormento, entregaban sus esclavos bajo pretexto de iluminar á la justicia. «Toma mi esclavo y que le torturen,» dice un personaje de Aristófanes (3). El arsenal del verdugo estaba muy bien provisto de todo lo que puede atormentar la carne. Poco importaba que el infeliz expirase en aquel suplicio; el amo que perdía el pleito pagaba una indemnización á su contrario por el esclavo difunto, y con esto quedaba resuelta la cuestión. Cuéntase, y esto sería más odioso aún si el relato fuera cierto, que Parrhasios, deseoso de reproducir en un cuadro los dolores de Prometeo, hizo que torturasen á un anciano cautivo que había comprado (4). También sabemos que los atenienses conocían los eunucos. Complázcome en creer que los compraban en Asia y que no eran propios del país (5).

No todas las mujeres compradas permanecían en la casa de su señor para cardar la lana y atender á los quehaceres domésticos. Sus amos tenían derecho para abusar de ellas y utilizarse de sus encantos colocándolas en ciertas casas donde el vicio habita, siendo esta industria bastante lucrativa. Pero si la esclavitud era la llaga hedionda de todo el mundo antiguo, en Atenas, por lo menos, tuvo el carácter particular de ser menos dura que en otras partes; no se podía exigir más á los atenienses.

Solón estableció como lazo de sus leyes la solidaridad de los ciudadanos, los cuales debían protegerse mutuamente; el testigo de un ultraje inferido á otra persona debía informar al punto á los jueces; y en caso de homicidio, los parientes del difunto, ó á falta de ellos sus *genetas*, debían pedir á los tribunales el castigo del

---

(1) Demóstenes, *Contra Neæra*, § 115. Si entraba en él era permitido expulsarla de allí á golpes con tal que no se la hiriese mortalmente; pero ¿es de Demóstenes este discurso?

(2) La rebelión de los esclavos que se ocupaban en las minas de Laurión es un hecho aislado, local y ocurrido varios siglos después. Sin embargo, en la misma Atenas prohibíase á los esclavos, como á los meteços, la música y la gimnasia, considerándose que éstas no convenían sino á los hombres libres. Los libertos pasaban á la clase de los metecos, mas no podían llegar á ser ciudadanos (Dion Chrysost., *Orat.*, XV). El liberto convicto de ingratitud para con su amo puede ser reducido á su primera condición. «Sé esclavo, le dice la ley, puesto que no sabes ser libre» (Valerio Máximo, II, 6).

(3) *Las Ranas*, 616.

(4) Séneca, *Controv.*, V, 34. Debe ser un cuento de retórico, pues la ley no autorizaba semejante crueldad.

(5) En el *Protágoras* de Platón, un eunuco es el portero de la casa en que el Sofista ha entrado.

culpable. En fin, para desterrar la indiferencia política, que en toda república es mal de muerte, hizo esta ley particular suya: «Todo ciudadano tomará las armas en la guerra civil.» Esta ley era buena en una ciudad pequeña y tratándose de un pueblo muy ilustrado, porque aseguraba el triunfo de la verdadera mayoría, poniendo más pronto término á las discordias; buena también en todas partes, en los momentos de crisis, cuando las cuestiones se deben resolver claramente por un sí ó un no; pero mala en un gran Estado, cuya vida regular no puede ser sino una serie de concesiones recíprocas obtenidas por la persuasión y donde el lugar del buen ciudadano está entre las pasiones de los partidos extremos. Aunque uno de ellos tuviese la verdad en su favor, una sociedad numerosa no puede identificarse de un salto con esta verdad nueva sin graves perturbaciones, que un tránsito gradual evitaría. Montesquieu aprueba que Solón hubiese querido «atraer de nuevo al partido de los sediciosos al escaso número de hombres sabios y pacíficos; esto era como detener la fermentación de un licor con una sola gota de otro (1).»

Añadiré que en las repúblicas antiguas, no teniendo los magistrados fuerza armada que los protegiera contra el golpe de mano de un ambicioso, era preciso que los amigos de las leyes estuvieran siempre dispuestos á acudir en su defensa.

Aquel sincero amigo de la libertad protegióla en todas sus manifestaciones é hizo una ley famosa para autorizar á los ciudadanos que tuvieran iguales intereses á unirse en corporaciones (2). Esta ley pasó al código romano.

Solón no creyó haber hecho una obra eterna; quiso que su constitución pudiese ceder al tiempo sin quebrantarse, en vez de romperse al oponerle resistencia. Reconoció para la asamblea general el derecho de resolver, en la primera reunión de cada año, si había motivos para crear una comisión legislativa, la de los *nomotetas*, para introducir una nueva ley ó modificar cualquiera antigua; y en estos cambios procedíase con toda la solemnidad de un juicio público. La proposición se exponía en todas partes para que toda la ciudad la conociese. Cinco oradores se encargaban de presentar la defensa de la ley que se trataba de anular, y la comisión legislativa, cuyos individuos eran heliastas elegidos ó designados por la suerte, preparaba el trabajo de revisión para someterlo al senado, que lo discutía, y después á la asamblea general que lo aprobaba ó desechaba. De este modo manteníase el orden y la claridad en el conjunto de las leyes. Si una nueva disposición alteraba las que regían, los nomotetas reclamaban de oficio un segundo examen. Con estas condiciones una constitución se hace duradera, como todo lo de este mundo, transformándose con sabiduría y prudencia; pues la verdadera vida es el movimiento, la acción, la investigación del bien y hasta de lo que es mejor.

Cuando Solón hubo publicado sus leyes, grabáronse y se expusieron en el Acrópolis en rollos de madera giratorios, á fin de que el pueblo las tuviera siempre á la vista; pero vióse acosado de tantas solicitudes, de tantas instancias para que interpretase alguna de sus leyes, que pidió á sus conciudadanos permiso para alejarse, después de haber hecho jurar á los senadores y á los arcontas que conservarían sus instituciones intactas durante diez años. Entonces fué cuando visitó Egipto, donde los sacerdotes le hablaron de la Atlántida, esa gran isla del Océano que se había sumergido en los abismos del mar; vió la isla de Chipre, donde el rey del país quiso que fundase una ciudad de su nombre, *Soli*, y después recorrió las costas del Asia

(1) *Espíritu de las leyes*, XXI, III. Si Montesquieu viviese hoy se confirmaría más en esta opinión.

(2) Gayo, en el Dig., XLVII, XXI, 4, piensa que la ley romana *de Collegiis et corporibus* no es sino una traducción de la ley de Solón: Ἐὰν δὲ δῆμος, ἢ φράτορες, ἢ ἱερῶν ὀργίων, ἢ ναῦται, ἢ σύσσιτοι, ἢ ὁμόταφοι, ἢ θιασῶται, ἢ ἐπὶ λείαν οἰχόμενοι, ἢ εἰς ἐμπορίαν....

Menor y la corte de Lidia. A juzgar por una tradición que Herodoto nos ha transmitido, Solón conversó con Creso. Este famoso rey, dice el ameno narrador, le recibió con grandes distinciones y alojóle en su palacio. Cierto día abrió las cámaras donde guardaba sus tesoros, y cuando el ateniense lo hubo visto todo, preguntóle: «¿Cuál es el hombre más feliz que habéis encontrado?» Creso no se contentaba con ser el príncipe más rico y poderoso; pretendía, puesto que en todo se habían realizado sus deseos, adquirir también para él solo ese tesoro que los dioses otorgan á veces á los más pobres, es decir, la felicidad. – «El hombre más dichoso que yo he conocido, contestóle Solón, es Tellus de Atenas; vivió en una ciudad floreciente; tuvo hijos hermosos, dotados de virtudes, y fué víctima en una guerra después de combatir valerosamente y haber visto al enemigo rechazado por su valor. Atenas le tributó grandes honores, y el Estado costeó sus funerales y su tumba.» Creso se asombra al oir estas palabras, y cree que Solón le concederá por lo menos el segundo lugar; pero no fué así. «Después de él, replica el ateniense, citaré á dos argivos, Cleobis y Bitón, ambos vencedores en los juegos públicos. Un día que su madre, sacerdotisa de Juno, debía ir al templo en un carro tirado por dos bueyes, la yunta faltó; sus hijos se uncieron al yugo, y anduvieron así cuarenta y cinco estadios, en medio de las aclamaciones del pueblo, que elogiaba su veneración á los dioses y á su madre y felicitaba á la sacerdotisa que tales hijos tenía. Al ofrecer el sacrificio, la madre suplicó á la diosa que concediese á los dos jóvenes la mayor felicidad que un mortal puede obtener; y fué escuchada, porque sus hijos se durmieron en el templo y no volvieron á despertar. Los argivos supusieron que Juno había querido sustraerlos por esta dulce muerte á las miserias de la vida, y erigiéronles estatuas que se colocaron en el templo de Delfos, á fin de consagrar para siempre su memoria.» – En cuanto á los dos jóvenes argivos, cualquier médico de nuestros días encontraría fácil explicación de su muerte; pero los contemporáneos de Solón veían en ello, como en todo lo que les sorprendía, un acto divino.



Afrodita (1).

Estos relatos son inventos; la inexorable cronología y la verosimilitud histórica los rechazan (2), pero agradaban á la imaginación de los griegos. Creso y Solón eran á sus ojos las dos civilizaciones contrarias del Asia y de la Hélade: la una prosternándose ante sus reyes y ante el oro; la otra reservando todo su amor y respeto para sacrificarse por los dioses y por la patria. En su consecuencia, si la entrevista citada antes fuese falsa, de todos modos la verdad es que los griegos se proponían alcanzar ese tipo de perfección, y que á fuerza de contemplarle, algunos lo realizaron. Con ese espíritu claro y vivaz hicieron, en vez de una teoría discutible, una anécdota precisa, de la que Solón merecía ser el héroe. Muy á menudo se encuentra de esta suerte al lado de la historia verdadera otra ideal, que por algunos conceptos no es menos cierta que aquélla.

(1) Estatua de bronce descubierta en Olimpia, según *Die Ausgrabungen zu Olympia*, III, Taf. XXIV.

(2) Creso no fué rey hasta el año 560; Solón se hallaba entonces en Atenas, donde murió al año siguiente; pero los defensores de la tradición han dicho que Solón pudo ver al príncipe cuando era gobernador de Adramita en nombre de su padre Aliates.

El nombre de Solón es uno de los más gloriosos de la historia. Acción y pensamiento, política y poesía; todo se juntaba en él, y á estas condiciones agregábase la dulzura de su sabiduría y su bondadosa virtud. Pocos versos nos han quedado de él, y solamente citaremos su *Invocación á las Musas*. Puesto que tratamos de hacer la historia de las ideas y de los sentimientos de Grecia tanto como la de sus revoluciones, ese ligero poema nos permitirá formarnos una idea de la conciencia del hombre que tan poderosa influencia ejerció en sus compatriotas y que aun es respetado por la posteridad.

«Brillantes hijas de Mnemosina y de Júpiter, Musas de la Pieria, escuchadme. Haced que obtenga de los inmortales la felicidad y de los hombres buena fama; que sea dulce para mis amigos y temible para mis adversarios; que inspire respeto á los unos y temor á los otros. Deseo la riqueza, pero adquirida justamente, porque el castigo sigue de cerca á la iniquidad, y los tesoros que ésta acumula no son duraderos: el dominador eterno los destruye. Después de haber perturbado las olas hasta el fondo del mar estéril, y de haber devastado las risueñas cosechas de la tierra madre, el viento de la primavera despeja en un momento las nubes y devuelve al cielo la serenidad. No menos repentina es la venganza de Júpiter; pero la cólera del dios no estalla como la del hombre á cada instante, aunque no olvida nunca el crimen. La expiación llega antes para el uno y más tarde para el otro; si la justicia de los dioses no alcanza al culpable, sus hijos ó su posteridad pagarán por él (1).» Esto no es una oración cristiana, pero sí palabras de un hombre honrado, con la santa creencia en la inevitable expiación de todas las faltas.

Recordemos también estas palabras, que ninguno de nosotros debería olvidar nunca: «Envejezco aprendiendo siempre (2).» Pero añadía: «Lo que también amo son los dones de Cypris, de Baco y de las Musas,» y esto, excepto la última palabra, no demuestra ya tanta prudencia.

CAPITULO X

LOS PISISTRÁTIDAS Y CLÍSTENES (560-500)

I. — PISISTRATO

Los principios en que se basaba la legislación de Solón armonizaban perfectamente con el carácter y las necesidades del pueblo ateniense, y por lo tanto sus leyes debían ser duraderas (3); pero se necesita el transcurso del tiempo para que los antiguos partidos abdiquen de sus creencias, dejando á las nuevas instituciones funcionar con regularidad. El pasado no se borra de repente: aunque esté condenado irrevocablemente á morir, prolonga por largo tiempo su influjo, y se ha visto sociedades perturbadas en sus cimientos no poder arrancarlo de su seno para comenzar

(1) Vers. 1-32. La composición es mucho más larga, pero la continuación no es sino el desarrollo de los mismos pensamientos.

(2) Γηράσκω δ' ἀεὶ πολλὰ διδασκόμενος. Plut., *Solón*, 43.

(3) Curcio dice al hablar de la legislación de Solón: *Es war das gute Gewissen der Athener welches das wankelmüthige Volk immer wieder mit leiser Gewalt zum Guten zurückführte* (t. I, p. 281).

libremente una nueva vida. Hasta cierto punto, esta resistencia es legítima, porque evita los movimientos precipitados, y así para el Estado como para la familia, la tradición es un elemento que debe tener su parte de influencia. No se extrañe, pues, que la sabiduría de Solón no pudiera desarmar inmediatamente todas las ambiciones, extinguir todos los odios, y aunar todos los partidos en uno solo, el de la paz pública y de la grandeza nacional.

Cuando volvió á Atenas, de regreso de sus viajes, tres facciones estaban en lucha. Los hombres de la llanura, que tenían por jefe á Licurgo; los ribereños, á cuya cabeza hallábase el Alcmeónida Megacles; y los montañeses, que obedecían á Pisistrato, quien se vanagloriaba de ser descendiente de Nestor. A estos últimos habíase agregado la multitud de los *tetes*, enemigos declarados de los ricos, y cuyas esperanzas de repartirse las tierras había Solón defraudado. Respetábase aún la reciente constitución, ó por lo menos no se violaba abiertamente; mas por todas partes se esperaba una revolución, al término de la cual el poder había de ser para el más fuerte. Por fortuna, la historia y las últimas leyes habían unido tan estrechamente á las poblaciones, que si estas rivalidades podían conducir muy bien á la pérdida de las libertades públicas, eran, en cambio, impotentes para producir la disolución del Estado. Cada facción tenía un jefe, y únicamente el partido de la paz y de la ley no había elegido ninguno. Solón era naturalmente la persona indicada para encargarse del mando. Acogido con respeto y con honores, trató de reconciliar á los tres rivales; mas no tardó en distinguirse entre ellos un hombre de miras ambiciosas, hábil y peligroso para la libertad. Era Pisistrato, que por su bravura en las guerras contra Megara había adquirido mucha popularidad, y que ahora se preparaba el terreno apelando al arte de la seducción.

«Era, dice Plutarco, de carácter amable, insinuante en sus propósitos, caritativo con los pobres, benévolo y moderado para sus enemigos; sabía fingir tan bien las cualidades que la naturaleza le negara, que generalmente se le tenía por hombre modesto, reservado, amante celoso de la justicia y de la igualdad, y enemigo declarado de aquellos que trataban de introducir innovaciones.» Cuando creyó llegado el momento de repetir la tentativa de Cilón, valióse de una singular estratagema. Después de inferirse algunas ligeras heridas á sí propio y á sus mulas, condujo á los cuadrúpedos desordenadamente hasta la plaza pública, huyendo, según dijo, de varios enemigos que intentaban matarle. La multitud se indigna, y en el mismo instante uno de los confidentes de Pisistrato propone que se dé al amigo del pueblo una guardia de cincuenta hombres. Al oir esta proposición astuta, Solón, á pesar de su avanzada edad, corre á la plaza pública y opónese á ella enérgicamente; pero abandonado por los ricos, hallábase en medio de la multitud amenazadora de los pobres; entonces vuelve á su casa, coge sus armas y las pone á la puerta de la calle, diciendo: «He defendido en cuanto me ha sido posible la patria y las leyes.» Todavía las defendió con sus versos, pero todo fué en vano: «Si sufrís estos males por vuestra cobardía, no acuséis de ellos á los dioses. Vosotros sois los que habéis engrandecido tanto á esos hombres y los que os habéis sometido á una vergonzosa esclavitud.»

Por la deferencia que le manifestó, Pisistrato le indujo, ya que no á que aprobase su usurpación, por lo menos á que le ayudara algunas veces con sus consejos. El sabio murió en 559.

Con la guardia que había obtenido, y que sucesivamente fué aumentando hasta cuatrocientos hombres, Pisistrato pudo apoderarse de la ciudadela (560), y desde aquel instante fué dueño de Atenas, de donde los descontentos salieron para ir á fundar, bajo la dirección de Milcíades el Anciano, una colonia en el Quersoneso de

Tracia. Usó de su poder como hábil político; y satisfecho de dirigirlo todo á su antojo, se condujo en lo demás como simple ciudadano, manteniendo las leyes de Solón. Acusado de homicidio, hubo de comparecer ante el Areópago.

A pesar de esta moderación, no consiguió conservar el poder, que perdió y recobró varias veces. Megacles y los Alcmeónidas se habían expatriado voluntariamente; Licurgo quiso quedarse en Atenas, reconcilióse con ellos, y las dos facciones reunidas expulsaron por fin al enemigo común. Los que tan bien habían sabido unirse para derribar á Pisistrato, no supieron ponerse de acuerdo cuando se trató de la



Atenea subiendo á su carro (1).

repartición de sus despojos; los aliados disputaron entre sí y la discordia se introdujo en todas partes, así en el campo como en la ciudad, desapareciendo desde entonces la seguridad y el tráfico mercantil. Pisistrato se había retirado á las montañas, donde vivía como jefe independiente. Megacles le propuso que si se casaba con su hija, le permitiría encargarse nuevamente del poder. Pisistrato aceptó esta proposición. Su influencia en la ciudad era todavía tan grande, que sólo se había encontrado un hombre, después de su destierro, que hubiese osado adquirir sus bienes vendidos en pública subasta. Para dar más realce á su regreso, Pisistrato organizó una ceremonia que ha sido mal comprendida. «En el burgo de Peania había por aquel entonces una mujer notable por su figura y por su belleza; Megacles y Pisistrato la revistieron de una armadura completa, y la colocaron en un carro que marchó hacia la ciudad, precedido de varios heraldos que gritaban: – Atenienses, recibid favorablemente á Pisistrato, que es entre todos los hombres aquel que Minerva honra más, y que ella misma conduce de nuevo á la ciudadela. – Pisistrato iba á

(1) Pintura de vaso, según Gerhard, *Auserl. Vasenb.* Taf. CXXXVI. – Palas-Atenea revestida de la égida, con la cabeza cubierta del casco y lanza en mano, sube á su carro; con la diestra hace ademán de ceñirse una corona. Delante de los caballos está Hermes, y detrás Herakles y Apolo, este último tocando la cítara.

caballo detrás del carro, y los habitantes, persuadidos de que aquella mujer era realmente la diosa, prosternáronse para adorarla y dejaron pasar á Pisistrato.» Atendida su influencia y la de Megacles, no necesitaba valerse de tan grosera astucia. Abiertas tenía las puertas; pero á fin de entrar en la ciudad de una manera más solemne, se puso bajo la protección de la diosa, y en vez de hacer llevar su estatua durante el acto solemne que en estos casos se realizaba, presentó su imagen viviente. Hubo en todo esto tan poco fingimiento, que después de la ceremonia, la supuesta diosa se casó con uno de los hijos de Pisistrato.

A pesar de que el matrimonio con una hija de los Alcmeónidas era la condición impuesta á Pisistrato, éste no quiso mezclar su sangre con la de una raza maldita, y el desprecio que manifestó á la joven fué suficiente para que Megacles se pasara al partido de Licurgo. Pisistrato debió salir nuevamente de Atenas, y esta vez hasta del Atica, retirándose á Eretria, en la Eubea, una de las ciudades más florecientes de Grecia en aquella época. Allí estaba cerca de sus antiguos amigos, los diacrios, y vivía en medio de una considerable multitud de mercaderes que llegaban de todos los puntos del mundo helénico. Rico por el producto de las minas que poseía en las orillas del Strimón, quiso vivir con la ostentación de un príncipe, y anudó en el continente, en las islas y hasta en Italia estrechas relaciones con ciudades envidiosas de Atenas, como lo eran Tebas y Argos, y con otras cuya buena voluntad se granjeó con sus servicios. Llegado el momento oportuno, todas prestaron considerables sumas al hombre de quien todo el mundo decía que las devolvería muy pronto centuplicadas.



Tetradracma de Eretria (1).

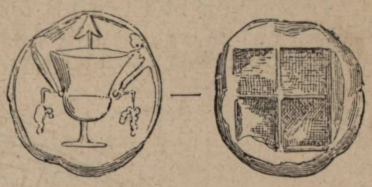
Hipias, su hijo mayor, y el adivino Anfilitos indujéronle en 541 á intentar otro nuevo esfuerzo, habiéndole prometido los argivos que le permitirían hacer en el país una leva para formar un cuerpo de mercenarios, mientras que el naxiano Ligdamis fué á reunirse con él, llevándole soldados y dinero. Los atenienses salieron para combatir á Pisistrato, pero en desorden; la victoria fué fácil, y aquél entró con los fugitivos en Atenas, de donde volvieron á expatriarse los Alcmeónidas. Pisistrato consolidó su poder, prometiendo á todos amnistía y seguridad, á condición de que cada cual volviera tranquilamente á ocuparse de sus asuntos. Sin embargo, no se fió más que de las tropas extranjeras, que conservó á sueldo, y además exigió como fianza los hijos de los principales ciudadanos, á los cuales envió á la isla de Naxos, de la que era gobernador Ligdamis, amigo de Pisistrato. Por último, exigió á los atenienses la entrega de sus armas, que depositó en el templo de Aglaura, y fijó su residencia en el Acrópolis, peñasco inaccesible, excepto por un punto fácil de guardar.

Su tiranía fué por lo menos inteligente y activa (2). Restableció las relaciones amistosas con Tebas y Argos, y se puso en buena inteligencia con Esparta. Por este

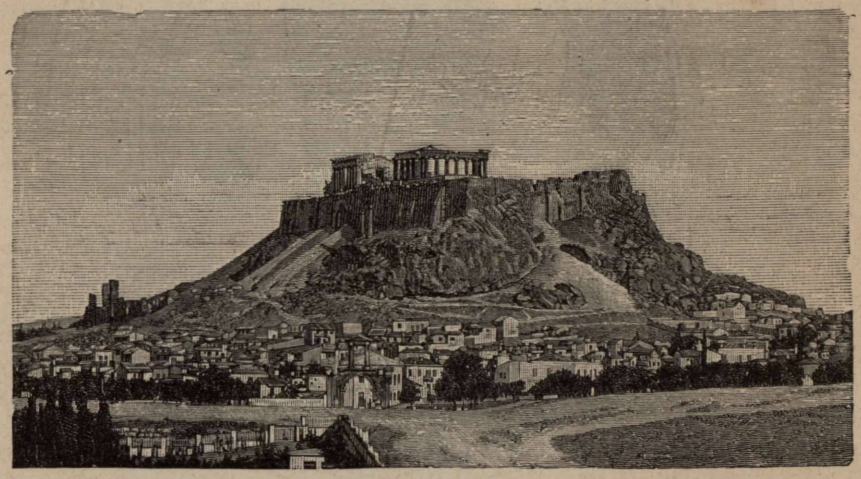
(1) Busto de Diana cazadora con el arco y el carcaj á la espalda. En la cinta que sujeta el cabello se leen las letras ΦΑ, iniciales del nombre del artista que grabó esta hermosa medalla. Reverso: ΕΡΕΤΡΙΕΩΝ. Vaca de pie mirando á la derecha con un cencerro en el cuello; debajo ΔΑΜΑΣΙΑΣ, nombre de un magistrado. Alrededor una corona de laurel (Gabinete de Francia).

(2) La palabra *tiranía* no implica en griego la idea de crueldad, sino la del poder ejercido por uno solo allí donde las leyes le confían á varios ó á todos.

lado quería la paz; pues, como Solón, comprendía que Atenas no debía buscar fortuna en tierra firme, donde Megara y Tebas le cerraban el paso, sino en aquel mar de las Cicladas por donde se hacía todo el comercio de Grecia con la costa asiática, y que pertenecería al primero que le ocupase. Creó una marina poderosa, asegurando para los mercaderes atenienses la buena acogida de los príncipes de Tesalia y de Macedonia, é inauguró el sistema que tanto debía realzar la grandeza de Atica, es decir, colonias que sirvieran exteriormente de puntos de apoyo para su dominio, y lazos de afecto con las ciudades jónicas para acercarlas más á Atenas y agruparlas, por decirlo así, alrededor de su metrópoli. Después tomó á los mitilenos la ciudad de Sigea en Troade, que dominaba la entrada del Helesponto. En uno de aquellos combates, el poeta Alceo había perdido su escudo, que los atenienses suspendieron



Moneda de Naxos (1)



Acrópolis de Atenas (véase pág. 232).

como un trofeo de victoria en las paredes de Atenas. Habiendo pedido un oráculo la purificación de Delos, antiguo santuario de las tribus jónicas, Pisistrato se encargó de cumplir la voluntad de Apolo. De todos los puntos de la isla que se podían divisar desde la cúspide del templo fueron retiradas las tumbas y trasladados los cadáveres á otros lugares.

Pisistrato abrió caminos para poner en comunicación la ciudad con su puerto de Falera y con los cantones rurales; todos ellos confluían en el Cerámico, el arrabal de los alfareros, es decir, de la clase industrial, que era su mejor apoyo; y en el centro de este barrio, que se convertía en una nueva Atenas, erigió al Noroeste del Acrópolis un altar á los doce grandes dioses. Por acueductos subterráneos que aun subsisten condujo las aguas de los manantiales de las montañas hasta la ciudad,

(1) Moneda de plata de la isla de Naxos. – Cántara con asas, de las cuales penden dos racimos de uvas. – En el reverso un cuadrado hueco, dividido en cuatro compartimientos (Gabinete de Francia).

donde alimentaron las fuentes públicas; de modo que la antigua de Kallirrhoé ó «fuente de las hermosas aguas», se pudo reservar para el servicio de los dioses y las ceremonias santas.

También dió principio á la construcción de varios de los monumentos que debían ser una de las glorias de Atenas (1): el Partenón, consagrado á Minerva (2), un templo de Apolo, y el de Júpiter Olímpico, obra tan grandiosamente concebida



Alfarero fabricando un vaso (3).

que no pudo concluirse hasta setecientos años después de comenzada, no habiendo templo alguno en el mundo helénico, como no fuera el de Efeso, que le igualara por la extensión de su recinto. Por último, adornó el Liceo, jardín magnífico, inmediato á la ciudad, donde la juventud iba á ejercitarse en la palestra; organizó la primera biblioteca que existió en Grecia, y abrióla para extranjeros y ciudadanos. Hasta hizo lo que nosotros llamaríamos una primera edición de los poemas de Homero,

(1) Por eso Aristóteles (*Política*, lib. V, cap. 11) comprende á Pisistrato entre los tiranos que sometieron á su pueblo á grandes trabajos para estar más seguros de su obediencia. No quería ociosos en la ciudad, y multiplicó lo que debía ser una de las riquezas de Atica, los plantíos de olivos.

(2) Este Partenón primitivo, que los persas destruyeron y cuyos restos se ven aún en el muro occidental del Acrópolis, encerraba el Tesoro de Minerva, donde se depositaba á cada nacimiento y á cada defunción un óbolo, una medida de cebada y otra de avena.

(3) Pintura de un vaso, según Gerhard, *Festgedanken an Winkelmann*, 1841, tab. II, 3-4. El alfarero termina con un desbastador un pequeño *skyphos*. A la derecha se ven dos vasos ya terminados, colocados en un estante ú horno.

que solamente los rápsodas habían conservado hasta entonces por la tradición. Algunos sabios, Onomacritos de Atenas, Zopiros de Heraclea, y Orfeos de Crotona, trabajaron con él para enlazar los fragmentos, depurar el texto y sustituir los versos que le desagradaban con otros que él inspiró. El poema inmortal quedó entonces, poco más ó menos, bajo la forma en que ha llegado hasta nosotros (1); y lo mismo se hizo para los poetas cíclicos y para Hesiodo. Cuando renovó la fiesta de las grandes Panateneas, quiso que se recitaran esos poemas homéricos, que si bien no conocían la democracia de origen reciente, celebraban las hazañas de los héroes que Pisistrato señalaba como antepasados suyos y las de los reyes cuyo poder se había arrogado. De este modo la herencia común de toda la Grecia pasaba á ser propiedad particular de Atenas, y Pisistrato consagraba ya como capital intelectual del mundo helénico la ciudad donde reinaba. De orden suya, una galera fué á buscar á Teos y Anacreonte; también llamó á Lasos de Hermione y á Simónides de Ceos, que al fin de su vida pudo vanagloriarse de haber alcanzado en Atenas cincuenta y seis victorias ditirámbicas. Por último, estimuló á Tespis, uno de sus diacrios (2), para que transformase en drama los coros de Dionisio, dios de los viñedos de Atica, haciendo alternar el recitado y el canto. De ese drama nacieron la tragedia de Esquilo y todo el teatro ateniense (535).

Pisistrato no había abolido la última constitución, pero no se hacía nada, ni elecciones ni leyes, ni se acometía empresa alguna sino por su influencia y bajo su dirección. A juzgar por las apariencias, Atenas era una república; pero en realidad tenía un amo, aunque popular. Sin embargo, mantuvo severamente las leyes referentes á la policía y que obligaban á trabajar, generalizando además una disposición de Solón en favor de los soldados que se inutilizaban en la guerra: todo ciudadano inválido ó achacoso debía recibir un óbolo diario (15 céntimos). Para conservar su popularidad hizo distribuciones á los pobres y abrió sus jardines al pueblo. Antiguamente no había en la fiesta de las grandes Panateneas más que carreras ecuestres, y únicamente los ricos tomaban parte en ellas. Pisistrato instituyó ejercicios gimnásticos en los cuales el más pobre podía disputar la corona. Sus liberalidades eran inteligentes: para impedir la formación de un proletariado urbano, esa llaga de las grandes ciudades, enviaba á los indigentes á trabajar en los campos, y poníalos en estado de salir de sus primeros apuros dándoles ganado y simientes.

Difícil era practicar tantos trabajos y reformas sin que se agravara el peso de los gastos públicos, tanto que Pisistrato se vió obligado á imponer un diezmo sobre los productos de la tierra. Cuéntase que al ver cierto día á un campesino empujar penosamente su arado en la falda del Himeto, preguntóle qué le producía su campo. «Mucho mal, – contestó el labrador; – pero poco le importa esto al tirano, con tal que cobre su diezmo.» La respuesta le hizo reir y eximió al pobre hombre del pago. Pisistrato murió en el año 527, bastante dueño del poder para transmitirle á sus hijos.

Así la tiranía se hizo hereditaria. Atenas había recorrido ya toda la serie de las transformaciones políticas cuya teoría expone Aristóteles mostrándonos cómo se siguieron regularmente en casi todos los Estados de la antigüedad: monarquía heroica, aristocracia, oligarquía, democracia y tiranía. Mientras que la lenta y cautelosa Lacedemonia se detenía al primer paso entre la monarquía heroica y la aristocracia, la inquieta é impaciente Atenas corría de un extremo á otro de la serie,

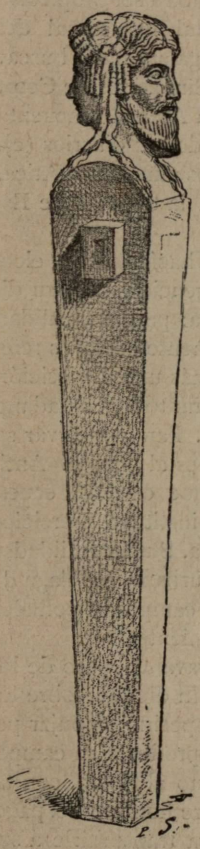
(1) Se hicieron otras correcciones, y de ellas las más famosas fueron las de Aristóteles en el siglo IV, y de Aristarco en el siglo II.

(2) Tespis era del burgo de Ikaria.

ensayaba todas las formas de gobierno y llegaba al último período de esa larga evolucion, á la tiranía, á la que pronto debía renunciar gloriosamente para adoptar el verdadero gobierno republicano y democrático.

II. – LOS PISISTRÁTIDAS (527-510)

Pisistrato había dejado tres hijos, Hipias, Hiparco y Tesalos, todos ellos amantes de la literatura, pero menos prudentes y reservados que su padre, á causa de haber sido educados en el seno del poder. Hipias era considerado como soberano, en su calidad de primogénito; pero entre todos los hermanos había mucha unión, hasta el punto de que Hiparco parecía asociado al poder. Tucídides, que tal vez se muestra benévolo con ellos porque eran de su casa, dice: «Estos tiranos afectaron largo tiempo la sabiduría y la virtud; satisfechos con percibir de los atenienses el pago de la vigésima parte de las rentas, embellecían la ciudad, sostenían la guerra y costeaban los gastos de los sacrificios que se hacían en las fiestas. En todo lo demás la república gozaba de sus derechos, y la familia de Pisistrato tenía solamente la atención de conceder á varios de los suyos destinos públicos (1). Así vemos que un hijo de Hipias fué arconta. Amigo de las artes, como su abuelo, cuyo nombre llevaba, elevó sobre la Agora un altar á los doce grandes dioses, y en el *temenos* de Apolo, recinto consagrado á esta divinidad, otro altar cuya dedicatoria se ha descubierto recientemente en las orillas del Ilisos.



Hermes (2).

Hiparco se había hecho muy amigo de Anacreonte, de Simónides de Ceos y de Onomacritos, que era á la vez poeta y adivino y á quien expulsó por haberle sorprendido interpolando las profecías de Museo. Atribúyesele el establecimiento de esos hermeses que adornaban las plazas y encrucijadas, en las calles de Atenas, en los burgos de Atica y á lo largo de los caminos. Había mandado grabar en verso magníficos preceptos de moral, tales como éste: «Tomad siempre la justicia por guía;» y este otro: «No violéis jamás los derechos de la amistad;» de modo que el extranjero, al entrar en Atica, reconocía que iba á pisar un suelo en donde la sociedad civil estaba bien ordenada y se rendía culto al talento. Un antiguo compara el tiempo de los Pisistrátidas con los días de la edad de oro: «Era el reinado de Saturno,» dice el *Hiparco*, y aunque equivocadamente se incluye á éste entre los tratados platónicos, la frase citada no causaría extrañeza en boca del mismo Platón. Cierto día que los Pisistrátidas bajaban con todo el pueblo al Cerámico para ofrecer un sacrificio á los doce grandes dioses, vieron algunos suplicantes sentados en los escalones del altar: eran plateos que iban á pedirles auxilios contra Tebas, la cual había querido realizar en Beocia la revolución hecha en Atica en beneficio de Atenas, y convertirse, como ella, en metrópoli y centro político del país. Los

(1) Libro VI, cap. LIV.

(2) Según el original que está en el Museo del Louvre. – El hermes es doble, es decir, tiene dos caras; por un lado la cabeza de Dionisio, y por el otro la de Ariadna (?).



Vista general de los monumentos del Acrópolis de Atenas

Pisistrátidas olvidaron sus antiguas relaciones con Tebas para aprovechar la ocasión que se les ofrecía de extender su influencia más allá del Parnés y asegurar su frontera terrestre. El ejército que enviaron venció á los tebanos, sellando entre Atenas y Platea una alianza que duró tanto como estas dos ciudades (519).

No obstante, de vez en cuando dejábase sentir la tiranía. Cimón, hermano de Milcíades, tres veces vencedor en los juegos olímpicos, parecía un ciudadano peligroso á causa de su nombradía y fué asesinado. Harmodios, que había rechazado la amistad de Hiparco, prefiriendo la de Aristogitón, ciudadano de la clase media, fué víctima de una cobarde venganza del tirano. «Harmodios, dice Tucídides, tenía una hermana joven; invitáronla á llevar la canastilla sagrada á una fiesta, y cuando se presentó expulsáronla vergonzosamente, sosteniendo que no la habían llamado y que no era digna de llenar una función reservada á las hijas de las primeras casas. Harmodios se irritó violentamente por este insulto, Aristogitón participó de su resentimiento: reunidos con otros enemigos de los Pisistrátidas, tramaron una conjuración para asesinar á éstos, esperando, para llevar á cabo su designio, la fiesta de las grandes Panateneas, único día en que los ciudadanos se reunían armados. Llegado este día, Hipias, con sus guardias, ocupábase en alinear el cortejo en el Cerámico, fuera de la ciudad, y ya avanzaban Harmodios y Aristogitón para matarle, provistos de puñales que llevaban ocultos entre ramos de mirto, cuando vieron á uno de los conjurados hablando familiarmente con él, pues á todo el mundo dejaba acercarse. Entonces, creyéndose denunciados y queriendo por lo menos vengarse antes de morir, franquearon las puertas y precipitáronse en la ciudad, donde encontraron á Hiparco en el sitio llamado Leocorión y le hirieron de muerte. Aristogitón consiguió escapar de manos de los guardias, mientras daban muerte á Harmodios. Advertido en secreto de lo que acababa de ocurrir, Hipias, en vez de correr al sitio donde se había cometido el asesinato, acercóse á los ciudadanos armados que escoltaban el cortejo, antes de que supiesen nada, y componiendo su fisonomía para que no se trasluciese su emoción, ordenóles que fueran sin armas á cierto sitio por él designado, como así lo hicieron, creyendo que tendría algo importante que comunicarles. Hipias mandó al punto á sus guardias recoger las armas y detener á cuantos llevaran puñales.»

Según relatos posteriores, Aristogitón sufrió el tormento antes de ser ejecutado, y denunció á los más caros amigos del tirano, quien ordenó al punto su muerte. «¿Hay alguno más? preguntó. – Solamente tú, contestó el ateniense, y bien quisiera que también murieses; mas por lo menos he conseguido que sacrifiques á los que más amabas.» Para ennoblecer este primer día de su libertad, los atenienses referían, además, que Leena, amiga de Aristogitón, había sufrido el tormento como él, y que temerosa de ceder al dolor y descubrir involuntariamente á uno de sus cómplices, se cortó la lengua con los dientes, arrojándola luego al rostro del tirano. Después de la caída de los Pisistrátidas, los atenienses figuraron á Leena bajo la forma de una leona sin lengua.

A los griegos, como á los romanos, agradábales representar un personaje por el objeto que su nombre recordaba: tal sucede con la estela de León de Sínope.

Harmodios y Aristogitón no fueron impulsados á cometer un asesinato por ideas políticas, pues los Pisistrátidas no les parecieron déspotas hasta después de haber experimentado los efectos de la tiranía. La muerte de Hiparco fué la venganza de una injuria personal; pero los atenienses consideraron á los dos amigos como mártires de la libertad. Por esto les erigieron estatuas, otorgando á su descendencia privilegios de que ésta disfrutaba aún en tiempo de Demóstenes. En las fiestas y en los festines se cantaba: «Llevaré el acero entre la rama de mirto, como lo hicieron Har-

modios y Aristogitón cuando mataron al tirano, estableciendo en Atenas la igualdad.

»Queridísimo Harmodios, tú no has muerto; sin duda vives en las islas de los bienaventurados, allí donde se hallan, según dicen, Aquiles el de los pies ligeros, y Diomedes, hijo de Tideo.

»En la rama de mirto llevaré la espada, como Harmodios y Aristogitón cuando en las fiestas de Atenea mataron al tirano Hiparco.

»Tu fama será imperecedera en la tierra, queridísimo Harmodios, y también la tuya, Aristogitón, porque disteis muerte al tirano, estableciendo en Atenas la igualdad.»



Harmodios y Aristogitón (reverso de una moneda de Atenas) (2).

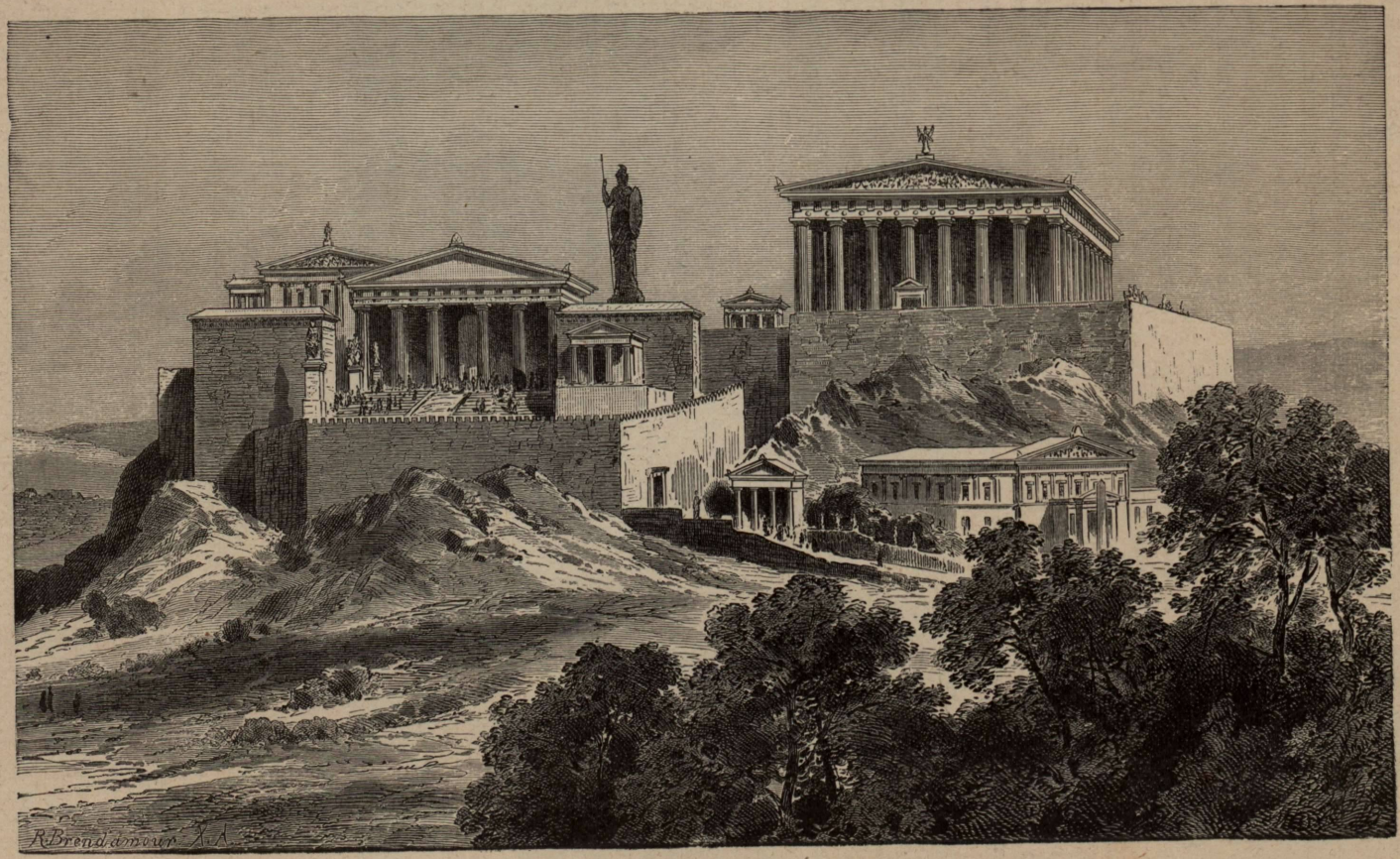
La leyenda sobre la abnegación patriótica de los dos amigos arraigó tan hondamente, que Tucídides, Platón y Aristóteles (1) no pudieron alterarla, y tuvo terribles consecuencias. La doctrina del asesinato político cundió cada vez más por Grecia, los países bárbaros y Roma. Matar al tirano fué la virtud suprema que inspiró á Bruto, como aun inspira á los que tratan de alcanzar, por la muerte de un rey, el renombre engañoso de héroe de la libertad.

El carácter de Hipias pareció cambiar desde la muerte de su hermano (514). Sombrío y receloso, el déspota mandó dar muerte á muchos ciudadanos, agobió de impuestos á los demás y estrechó sus alianzas con el exterior, con su hermano Tesalos, que era dueño de Sigea, y con Milcíades, que tenía el Quersoneso. Hipias se alió también con el tirano de Lamsaca, que gozaba de mucho crédito con el rey de Persia, dándole por esposa su hija. «¡Un ateniense asociarse con un hombre de Lamsaca!» exclama Tucídides en su orgullo ático. La prudencia hacía enmudecer el orgullo. Hipias tenía, sin embargo, otros amigos, como Lacedemonio, rey de Macedonia, Amintas y los tesalios de Larisa. ¿Qué podía temer?

Los Alcmeónidas, desterrados por Pisistrato, habían hecho una primera tentativa para volver á entrar por fuerza en Atica, pero frustrado su intento, buscaron aliados. El templo de Delfos se había incendiado en el año 548; en toda la Grecia se recogió dinero para reconstruirlo, y á los delfianos se les impuso la cuarta parte de los gastos, evaluada en 300 talentos de Egina (cerca de dos millones de pesetas). Los Alcmeónidas contrataron con los anfictiones la reconstrucción del templo, y éstos, al ejecutar los trabajos, excediéronse mucho á lo que se había convenido, pues en vez de hacer el frontis de piedra, construyéronle con mármol de Paros. A los delfianos les halagó mucho esta generosidad; y cuando los lacedemonios iban á consultar á la Pitonisa, ya en interés propio, ó bien á nombre del Estado, la sacerdotisa aconsejaba, después de dar sus respuestas, que se devolviese la libertad á Atenas. Los espartanos se inclinaban naturalmente en favor del partido aristocrático de aquélla, representado por los Alcmeónidas, y eran hostiles, por el contrario, á ese espíritu democrático que elevó al poder á los Pisistrátidas. Además, no habían visto sin secreta envidia los rápidos progresos de los atenienses bajo el gobierno de Pisistrato y de sus hijos, por más que hubiesen hecho alianza con ellos; pero como el dios parecía relevarles de su compromiso, decidiéronse á enviar por mar una expedición que desembarcó en

(1) Tucídides en su historia, en el lib. VI, 59; Platón en el *Banquete*, en el discurso de Pausanias; y Aristóteles en su *Política*, V, 10. Un decreto del año 403 autorizó á todo ateniense á matar al ciudadano que aspirase á la tiranía, hiciese traición á la república ó intentara destruir la constitución. Véase Andócides, *Sobre los misterios*, 95; y Licurgo, *Contra Leocrates*, 126.

(2) Reverso de una tetradracma ateniense con la firma de dos magistrados. En el campo se ven junto á la lechuza los dos asesinos, disponiéndose á herir á Hiparco (Beulé, obra citada, p. 335).



Acrópolis de Atenas (reconstrucción)

el puerto de Falero. Hipias, aliado de la poderosa ciudad de Larisa, en Tesalia, había recibido un socorro de mil jinetes de este país, y tuvo la precaución de mandar cortar los árboles y los setos de los alrededores de Falero. Hecho esto, apenas los lacedemonios quisieron salir á la llanura, fueron acometidos por los tesalios, que los rechazaron hasta sus barcos, matando al jefe y á una parte de sus guerreros.



Moneda de Larisa (1).

Este descalabro acrecentó el furor de los lacedemonios, para quienes ya se trataba ahora de vengar una derrota. Por otra parte, al frente de ellos iba un caudillo valiente y audaz, el rey Cleomenes, á quien pesaban, mientras estaba en Lacedemonia, así la vigilancia de los éforos como el carácter subalterno de los soberanos de Esparta. Agradábale la guerra, que le confería el mando absoluto; acababa de humi-



Muro pelásgico de Delfos (2).

llar á Argos, y deseaba hacer lo mismo con una dominación de la que se hablaba demasiado hacía años, entreviendo al final de estas empresas y de estos triunfos la última victoria, la que llevaría consigo la caída de los eforos y de la constitución de

(1) Cabeza de la ninfa Larisa, de frente, descabellada y adornada con un collar. – Reverso: ΛΑΡΙΣΣΑΙΩΝ. Caballo embridado á la derecha. Didracma. (Friedländer y Sallet, *Münzkabinet*, n.° 198, lám. III).

(2) Según la *Tour du Monde*, XXXIII, p. 147. Este muro sostiene por la parte del Sud el terraplén donde se elevaba el templo de Apolo (véase Foucart, *Memoria sobre las ruinas y la historia de Delfos*, p. 83 y sig.). El muro está casi del todo cubierto de inscripciones, especialmente de actas de manumisión de esclavos (véase Curcio, *Anecdota Delphica;* Foucart y Wescher, *Inscripciones recogidas en Delfos;* R. Haussoullier, en el *Bol. de Corresp. helénica*, V, 1881, p. 397 y sig.).

su país. En su consecuencia, condujo un nuevo ejército contra Atenas, y esta vez el ataque, dirigido por tierra, tuvo mejor éxito; los tesalios fueron derrotados y Atenas sitiada. «Los tiranos, dice Herodoto, se habían refugiado detrás del muro pelásgico, y los lacedemonios, no hallándose en estado de obligarles á salir de allí, no tenían la menor intención de emprender un sitio contra enemigos á quienes no faltaban provisiones de toda especie. Hasta pensaban en retirarse, después de un bloqueo de pocos días, cuando un incidente imprevisto ocasionó la ruina de los Pisistrátidas. Hipias, deseoso de poner á sus hijos al abrigo de todo percance, quiso embarcarlos; pero cayeron en poder del enemigo, que no consintió en devolverlos sino á condición de que su padre saliese de Atica en el término de cinco días. Hipias accedió al fin (510) y retiróse á Sigea con sus tesoros y sus principales partidarios.»



Moneda de Trikka en Tesalia (1).

III. – CLÍSTENES (510)

Con los Alcmeónidas, la influencia de los espartanos y el espíritu de sus instituciones parecían llamados á prevalecer de nuevo en Atenas; pero á la cabeza de los emigrados que volvieron á su patria contábase un hombre que había aprendido mucho en el destierro: era Clístenes, nieto del tirano de Sicione, y verdadero fundador de la democracia ateniense. Herodoto le presenta como un ambicioso que, viendo un rival en Iságoras, el más rico y noble de los ciudadanos de Atenas, resolvió buscar apoyo en la clase inferior del pueblo, como Pisistrato, y aniquilar la influencia de los nobles, rompiendo los lazos con que retenían bajo su dependencia á una parte de los ciudadanos (3). Tal vez no hizo más que llevar á cabo una patriótica reforma como la que había emprendido poco antes en Roma el rey Servio; es decir, la mezcla de los antiguos con los nuevos habitantes. Solón, en efecto, había conservado las primitivas tribus, que íntimamente unidas por lazos religiosos, rehusaban, á pesar de las ventajas ofrecidas por el legislador, admitir á los extranjeros establecidos en gran número en Atica. La opresión que había pesado sobre todos estrechó las filas, confundiendo los orígenes, y la revolución estaba, si no hecha, por lo menos preparada en los ánimos, cuando Clístenes la llevó á cabo.



Moneda de Sigea (2).

Nombrado arconta epónimo, abolió las cuatro antiguas tribus y sustituyólas por diez nuevas, cuyos héroes epónimos tuvieron sus estatuas en la *Agora* y en el Par-

(1) Caballero armado de lanza. Reverso: **TPIKKA.** Mujer en su tocador, mirándose en un espejo, y sosteniendo en la mano izquierda un pebetero (Moneda de plata del Museo de Berlín). Trikka tenía un templo de Esculapio, considerado como el más antiguo y más famoso santuario del dios (Estrabón, VIII, 15, p. 374).

(2) Cabeza de Minerva con casco, de frente. Reverso: lechuza doble con una sola cabeza, y en el campo la media luna (Bronce del Gabinete de Francia, n.° 1841).

(3) Tucídides, después de dar cuenta (lib. II, 15-18) de la destrucción de los diversos Estados de Atica por Teseo, añade: «Pero aun después de esta concentración del gobierno, la mayor parte de las antiguas familias y de las que se formaron después, siguieron habitando en sus dominios, rodeadas de todos sus servidores en los lugares donde siempre habían vivido, y donde se hallaban sus santuarios particulares, y por decirlo así, sus penates domésticos. Abandonar aquellas moradas hereditarias, cambiando de distrito, hubiera sido para ellas lo mismo que expatriarse.»

tenón. Cada tribu comprendió al principio diez demos, y después algunos más, puesto que Estrabón cuenta hasta ciento setenta y cuatro y que se han hallado hasta ciento ochenta de ellos. Los demos de una misma tribu no estaban necesariamente en el mismo cantón; de cuatro que rodeaban el Pireo, por ejemplo, tres pertenecían á otras tantas tribus diferentes, de lo cual resultó la ventaja de que no representando la tribu un solo interés territorial, no llegó á ser nunca el foco de una facción política. Cada demo, administrado por su jefe, tenía su registro de ciudadanos, sus asambleas, sus rentas municipales, sus dioses y sus fiestas. Las hijas se inscribían en la *fratria* y no en el demo (1).

Las *fratrias*, subdivisiones de las tribus antiguas, no subsistieron sino para los asuntos civiles y religiosos. Los derechos políticos derivaron de la nueva organización; nadie pudo obtener los privilegios de ciudadano sin estar inscrito en un demo. Este cambio transformará al pueblo ateniense, que se sentirá animado de nuevo espíritu. Clístenes le sustrajo á la influencia que los nobles se transmitían como herencia en sus *fratrias* y en sus γένη y que se conservaba de generación en generación en las mismas casas. Antes, la unidad política era el *genos*, compuesto de ciudadanos unidos entre sí por las tradiciones y la religión, y sometidos á la influencia de jefes hereditarios; desde Clístenes, la unidad política fué el demo compuesto de hombres reunidos solamente por la comunidad de intereses y la proximidad de dominios y bajo la única influencia del patriotismo. Hablando en lenguaje político moderno, esto era no más ni menos que el establecimiento del sufragio universal. El ciudadano que cambiaba de domicilio quedaba sujeto al demo en que estaba inscrito; igual sistema seguirá Roma con los individuos de sus tribus (2).

El aumento en el número de aquéllas hizo que fuese mayor el de senadores. De cuatrocientos que antes eran pasaron á ser 500, de tal manera que 50 individuos fuesen designados en cada tribu tal vez por la suerte (3) desde aquel momento. Este senado, delegación del cuerpo de ciudadanos, debía reunirse todos los días, excepto los de fiesta. Cada sección funcionaba, á su vez, durante una décima parte del año, y sus individuos, mantenidos durante este tiempo á expensas del Estado, designáronse con el nombre de *pritanos*. La sección se subdividía en cinco comisiones, cada una de las cuales presidía el senado por espacio de siete días bajo la dirección de uno de sus individuos, llamado *epistato*, que la suerte designaba. Este epistato guardaba las llaves del Acrópolis y del tesoro, así como el sello del Estado; pero sus funciones no duraban más que un día. Los demás senadores podían reunirse con los pritanos, y no había decisión valedera mientras que un senador por lo menos de cada una de las otras nueve tribus no hubiese tomado parte en la deliberación de los pritanos. De este modo, los representantes de cada tribu se encargaban por turno de la dirección del gobierno. La asamblea del pueblo se reunió en lo sucesivo cuatro veces por pritania (espacio de 35 á 36 días), ó más si era necesario, por convocación del senado ó de los generales, y bajo la presidencia de los pritanos, cuyo jefe ó epistato indicaba los asuntos que la asamblea debía votar.

Las 48 naucrarias se aumentaron hasta 50; de suerte que el Atica se dividió en

---

(1) Sobre la organización de los demos, véase B. Haussoullier, *la Vida municipal en Atica*, 1884.

(2) En un proceso, el autor de un discurso atribuído á Demóstenes presenta siete testigos, de los cuales seis se hallan inscritos en seis distintos demos (*Contra Neera*, 71). Así se ve cómo estaba roto el γένος, la antigua unidad política y religiosa.

(3) Sobre este punto, véase cap. XIX.

otros tantos distritos de recaudación financiera. Los heliastas formaron 10 tribunales (1), y la misma división prevaleció en la mayor parte de los cuerpos públicos, excepto en el colegio de los arcontas, cuyo número siguió siendo de nueve, nombrados, tal vez, por elección y no designados por la suerte, como lo serán seguramente más tarde, cuando hayan perdido las más importantes prerrogativas que Clístenes les otorgara (2).

La nueva organización fué también militar: cada una de las 10 tribus tenía sus hoplitas, sus jinetes y su general; y cada naucraria debía dar una galera y dos jinetes para guardar el país (3). El tercer arconta ó polemarco conservó voz y autoridad preponderantes en el consejo de guerra. Los generales no desempeñaban su cargo más de un año; pero sus funciones fueron en aumento con la democracia. En tiempo de Pericles, los arcontas verán limitada su misión al cuidado de la policía de la ciudad y á la preparación de la sentencia en los procesos; mientras que los generales dirigirán, no solamente los asuntos de la guerra, sino también toda la política extranjera (4).

Atribúyese también á Clístenes el establecimiento del ostracismo, que fué la aplicación de una idea religiosa á la política. Ya hemos visto que una de las creencias más inveteradas de los griegos era la que representaba á la divinidad envidiosa de la prosperidad humana, y que esta envidia era una mezcla de temor y de orgullo. Los poetas habían repetido tantas veces que derribar lo que se eleva á demasiada altura era una venganza divina, que el pueblo tuvo á su vez envidia de sus grandes hombres, sentimiento que, por lo demás, se halla en el fondo del corazón de todas las multitudes. Todos los años, durante el sexto mes, se pudo debatir la siguiente cuestión en el senado de Atenas y ante la asamblea: «¿Exige la seguridad del Estado que haya una votación de ostracismo?» Si se reconocía esta necesidad, el pueblo estaba llamado á votarla, pero no se le designaba ningún nombre, sino que escribía por sí en una concha impregnada de cera (ὄστρακον) el nombre del ciudadano cuyo alejamiento de la ciudad creía útil para mantener la igualdad común é impedir toda tentativa de usurpación. La votación era secreta; los arcontas hacían el recuento de los sufragios, y el ciudadano designado por la mayoría era desterrado por diez años, sin que por esto su buen crédito se resintiera en lo más mínimo ni fuesen sus bienes confiscados, como se hacía con los desterrados por otras causas; es más, conservaba el usufructo de los mismos. Desde el tiempo de Clístenes, diez ciudadanos fueron sometidos á esta medida de alta política: Hiparco, pariente de los Pisistrátidas, Alcibíades, Megacles y Calias, tres jefes de poderosas familias, Arístides, Temístocles y Cimón, tres ciudadanos notables; Tucídides el Anciano, jefe de facción; Damón, uno de los maestros de Pericles, é Hiperbolos, demagogo vulgar. Después de este último, el ostracismo cayó en desuso.

Esta institución ha servido de asunto á muchas discusiones. A Plutarco le falta poco para condenarla; pero Aristóteles la absuelve (5), porque le parece un medio

---

(1) Véase p. 215.

(2) Schœmann, cap. III, § 5, y Grote, cap. XIII, creen que los arcontes se nombraron por suerte desde el tiempo de Clístenes. Los antiguos no nos proporcionan datos sobre este cambio, que en mi opinión puede hacerse datar del tiempo de Arístides y de Efialto.

(3) En la guerra contra los eginetas, Atenas no pudo oponerles más que cincuenta galeras, suministradas por las naucrarias (Herodoto, VI, 89).

(4) Véase Hauvette-Besnault, *Los estrategas atenienses*, 1885.

(5) Plutarco, *Arístides*, VII; Aristóteles, *Política*, lib. III, cap. IX. El ostracismo existió también en Siracusa (el *petalismo*) en donde causó graves males por no haber sido debidamente regulado (Diodoro XI, 87), y en Argos (Aristóteles, *Política*, lib. V, cap. III).

para mantener al Estado en las rigurosas proporciones que no permitan á nadie elevarse demasiado en la ciudad. «El pintor, dice, no dejará en su lienzo un pie desproporcionado, por admirable que sea, y el jefe de coro obligará á la más hermosa voz á que vaya al unísono con las demás.» Dícese que al establecerse ese régimen, Atenas acababa de sacudir una tiranía odiosa; que el nuevo gobierno carecía de toda fuerza armada para defenderse; y por último, que como la libertad, tantas veces violada desde Solón, había llegado á hacerse suspicaz, consideraba temible á todo ciudadano que se distinguía demasiado; siendo, empero, sus mismos temores una alabanza, de tal suerte que al herir honraba. El ostracismo era como el sello de las grandes celebridades. Al juicio de Aristóteles agreguemos el de Arístides: «No hay, decía, más que un medio para devolver la paz á la ciudad; y es que Temístocles y yo nos arrojemos al fondo del *baratro* (1).»

Atenas fué más prudente, pues contentóse con alejar á uno de los dos rivales; y entonces Temístocles, libre ya por fin de aquella lucha diaria, tuvo más tiempo para servir á su patria: salvó á Atenas, y Arístides, al volver más tarde, le honró por sus virtudes.

Montesquieu ha dicho: «En los Estados donde más se aprecia la libertad hay leyes que la violan contra uno solo, respetándola para todos los demás..... Cicerón quiere abolirlas..... Confieso, sin embargo, que el uso de los pueblos más libres que han existido en la tierra me induce á creer que hay casos en que es preciso correr un velo momentáneamente sobre la libertad, como se hacía para ocultar las estatuas de los dioses (2).»

Montesquieu tiene tal vez razón en lo que se refiere á las pequeñas ciudades de Grecia, y todos los gobiernos modernos que destierran hasta á los niños son de su parecer; pero Cicerón no deja de tenerla cuando pide que en un gran Estado no haya ley hecha para ó contra un particular, *ne privilegia inroganto* (3). Hasta podríamos creernos autorizados para sostener que esa especie de leyes que ofenden á la justicia, puesto que no se aplican á un delito determinado, no eran necesarias en Atenas. Para una votación de ostracismo se necesitaban 6.000 votantes; es decir, una reunión del pueblo entero. Siendo la mayoría que decretaba el destierro la que hacía la ley en la asamblea y administraba la justicia en los tribunales, podía esperarse sin peligro que se realizara un acto culpable para castigar á su autor. La prueba de que esta institución famosa no tenía ó no tuvo largo tiempo la utilidad que grandes talentos la reconocieron, es que no fué duradera. El ostracismo dejó de aplicarse desde el año 417, precisamente cuando más necesitada estaba la democracia ateniense de garantías suficientes contra las audacias de Alcibíades.

---

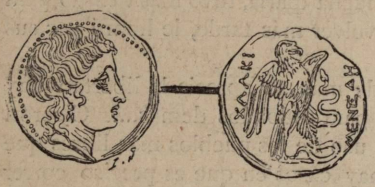
(1) Profunda sima cuyas paredes se hallaban erizadas de puntiagudas rocas, y á la cual eran arrojados los criminales, como se hacía en Roma desde lo alto de la roca Tarpeya. El *baratro* ú *orugma* estaba situado en el demo Keiriade (Harpocración, *s. v.*, y el Escoliasta de Aristófanes, sobre *Plutus*, 431).

(2) *Espíritu de las leyes*, lib. XII, cap. XIX. En otra parte dice XXVI, 17: «El ostracismo prueba la dulzura popular que lo aplicaba.» Y en el cap. XXIX: «Fué en Atenas una cosa admirable.» – Los ingleses tienen algo peor que el ostracismo, el *bill of attainder*, que envió á Strafford y á tantos otros al patíbulo.

(3) *De legibus*, III, 4. Estas palabras son la traducción de una ley ateniense. Cf. Demóstenes, *contra Timócrates*, 59; *Contra Estéfanos*, II, § 12, y Andócides, *Sobre los Misterios*, § 87-89. El Escoliasta de Aristófanes, sobre los *Caballeros*, 855; Pollux, VIII, 15. Grote y varios eruditos dicen que se necesitaban 6.000 sufragios contrarios, lo cual supone una asamblea mucho más numerosa de la que tal vez hubo nunca en Atenas. Plutarco (*Arist.*, 7), Boeckh, Wachsmuth, etc., piensan que era suficiente la mayoría que resultaba de los 6.000 votantes, y yo soy de esta opinión. Sobre el número reducido de asistentes á la asamblea general, véase nuestro cap. XIX.

IV. — INTERVENCIÓN DE LACEDEMONIA

Los sacerdotes de Delfos, fieles á los Alcmeónidas, habían sancionado las reformas de Clístenes, designando los diez héroes epónimos de las nuevas tribus, cuyas estatuas se erigieron en el Acrópolis, teniendo así Minerva por guardianes de su templo á los representantes divinos de la ciudad. Pero la aristocrática Lacedemonia, al introducir de nuevo á los Alcmeónidas en Atenas, había creído derribar un tirano y fundar una oligarquía: engañada en sus esperanzas, escuchó las quejas de Iságoras, que había dado hospitalidad á Cleomenes mientras sitiaba la ciudadela (1), y un heraldo se presentó á reclamar el destierro de Clístenes, como individuo de una familia sobre la cual había recaído el oprobio. Clístenes, no reconociéndose bastante fuerte para resistir, salió de Atenas; entonces llegó Cleomenes, expulsó á las 700 familias designadas por Iságoras, suprimió el consejo de los Quinientos, y quiso conferir todo el gobierno á 300 ciudadanos de la facción oligárquica. El senado, no queriendo ceder á la violencia, llamó al pueblo para salvar las leyes, y los conspiradores, que se habían apoderado ya de la ciudadela, fueron sitiados.



Moneda de Calcis (2)

Cleomenes trató en vano de atraer á su causa á la sacerdotisa de Minerva, que le detuvo cuando se presentó en el umbral de la *cella* para interrogar á la diosa. «Extranjero lacedemonio, le gritó, retrocede y no penetres en el santuario, pues no está permitido á los dorios entrar aquí.» Dos días más pudo resistir Cleomenes, pero la falta de víveres le obligó á capitular, é Iságoras pudo escapar con él, mientras que sus partidarios fueron condenados y ejecutados como traidores. Por segunda vez Atenas desterraba la tiranía para aspirar de nuevo el aire de la libertad, que le comunicó nueva fuerza.

Bien lo necesitaba, pues el peligro era grande. Cleomenes organizaba un ejército, é iba á conducir á Esparta á una guerra abierta; Calcis y Egina, envidiosas de la naciente flota de los atenienses, veían con placer la ocasión que se les ofrecía para destruirla, y Tebas la de vengarse; de modo que Hipias se juzgaba ya elevado de nuevo al poder. Clístenes intentó un paso atrevido: recordando que su padre debía una parte de sus riquezas á Creso, fijó su mirada en Sardes, y fué á solicitar el auxilio del gobernador de esta ciudad. El persa Artafernes no conocía más alianza con el rey que la sumisión á sus órdenes y exigió á los enviados de Clístenes el homenaje de la tierra y del agua; pero el pueblo, menos fácil de convencer que sus embajadores, y tal vez que su mismo jefe, á quien esta aventura desacreditó (3), desechó el tratado, aunque armándose por precaución. Cleomenes llegaba con ánimo de

---

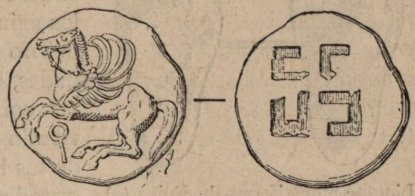
(1) Hasta se creía que Cleomenes había interesado en su causa á la mujer de Iságoras (Herodoto, V, 70).

(2) Cabeza de Calcis con diadema. Reverso: ΧΑΛΚΙ (Χαλκιδέων) ΜΕΝΕΔΗ (Μενέδημος, nombre de magistrado). Aguila luchando contra una serpiente (moneda de plata del Gabinete de Francia).

(3) Al partir de este momento, desaparece de la historia. Ignórase si fué desterrado por el ostracismo á consecuencia de este paso en falso, pero Eliano (*Historiæ Variæ*, XIII, 25) lo afirma. ¿Habríase preparado Clístenes de esta suerte una *tiranía* popular? Así se ha dicho, pero los hechos no lo demuestran, y sin ellos, nadie está autorizado para pretender que el gran reformador no era más que un vulgar ambicioso.

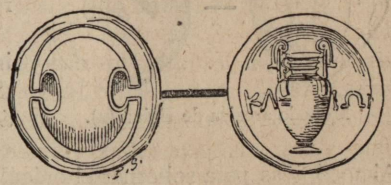
atacar por la parte de Eleusis, mientras los beocios, reunidos con los calcidios, caerían sobre Atica por la espalda, por el lado Norte, y los eginetas por el litoral.

Los atenienses corrieron al encuentro del enemigo más peligroso, que era Cleomenes. «Los ejércitos, dice Herodoto, iban á empeñar la acción, cuando los corintios, reconociendo que hacían una guerra injusta, cambiaron de plan y se retiraron, siguiendo su ejemplo Demarato, segundo rey de Esparta. Esto ocasionó la retirada de todas las tropas, y aquella disidencia dió origen á la ley por la cual se prohibía á los reyes de Lacedemonia estar á la vez los dos en el ejército.»



Moneda arcaica de Corinto (1).

Corinto se había retirado, no por amor á los atenienses, sino por envidia contra Egina, su rival, que se hubiera engrandecido por esta guerra; y en cuanto á Demarato, que no se cuidaba de Atenas, temía mucho la ambición de Cleomenes. Libres de los espartanos, los atenienses cayeron sobre los beocios antes de llegar las tropas cálcidas, matáronles muchos hombres, hicieron 700 prisioneros, y el mismo día desembarcaban en Eubea, donde alcanzaron tan señalada victoria, que pudieron enviar á la isla 4.000 colonos ó *clerucos*, entre los cuales se repartieron las tierras de los más ricos habitantes de Calcis. Centinela de Atenas en el estrecho de Euripe, esta colonia contribuyó mucho al engrandecimiento de su metrópoli por los recursos que le facilitó, ya en trigo, ya en caballos, y por la influencia que le prestó en Eubea (507).



Moneda de los beocios (2).

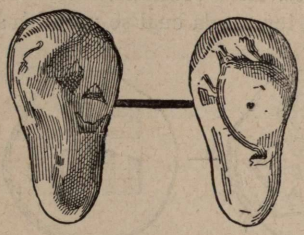
La democracia inauguraba gloriosamente su advenimiento con dos importantes victorias ganadas en dos días. Los atenienses no habían logrado tanto durante los cincuenta años de tiranía, y por eso experimentaban un justo sentimiento de orgullo. Tenían buen número de prisioneros, que guardaron algún tiempo encadenados. Con el diezmo del rescate de dos *minas* por cabeza (200 pesetas) mandaron construir una cuadriga de bronce que fué colocada en los Propileos y consagrada á Minerva. La inscripción, que por lo altiva anunciaba los héroes de Maratón, decía así: «Los hijos de Atenas han dominado á los pueblos de Beocia y de Calcis, humillando en la prisión y con el hierro la insolencia de sus enemigos.» En el Acrópolis se conservaron las cadenas de los cautivos, y Herodoto, que los vió, añade: «Desde aquel acontecimiento, Atenas no dejó de engrandecerse, y su prosperidad ha demostrado en esa ciudad, como en todas partes, las ventajas de un Estado en que cada cual disfruta de los mismos derechos. Efectivamente, mientras los atenienses se hallaron sometidos á los tiranos, no fueron superiores en la guerra á los pueblos que les rodeaban, pero los sobrepujaron desde el momento en que rompieron las cadenas de la tiranía. Cuando había de redundar en provecho de un amo, no experimentaron jamás el deseo de ilustrarse; una vez libres, quisieron saber y lo consiguieron, porque entonces cada cual trabajó en interés propio.»

---

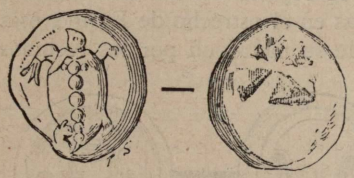
(1) Pegaso embridado, volando á la izquierda, y debajo la *koppa*, inicial del nombre de Corinto. En el reverso, cuadrado hueco (plata. - Véase Friedländer, n.° 21, pl. I, p. 55).

(2) Escudo beocio. En el reverso, ΚΛΙΩΝ, nombre de un magistrado. Anfora (moneda de plata del Gabinete de Francia, n.° 439).

Junto á esos trofeos de la victoria eleváronse los de la libertad. En la vía Sacra, que conducía al Acrópolis, donde ahora no residen más que los dioses, erigiéronse las estatuas de Harmodios y de Aristogitón, que decían á todo ciudadano cuando iba á tributar culto á las divinidades poliadas: «Es un acto hermoso matar á un tirano.» Atenas y Grecia se complacieron en ese sentimiento feroz, y lo transmitieron á los asesinos de César, ó por lo menos al más honrado de ellos, á Bruto. Sin embargo, los beocios, deseando reparar su desastre, habían pedido auxilio á los eginetas, fundándose en que Tebas y Egina, hijas del río Asopos, que dieran un nombre á las dos ciudades, eran hermanas. A este argumento los eginetas contestaron igualmente en estilo mitológico, enviando las estatuas de los héroes Eacidas al campo de los beocios, lo cual no evitó que éstos fueran derrotados, derrota que les indujo á solicitar un socorro menos divino y más humano. Como entre Atenas y Egina mediaba una antigua diferencia de que muy pronto hablaremos, los eginetas resolvieron aprovecharse de los nuevos apuros de Atenas, y mientras los tebanos atacaban por el Norte, armaron una escuadra y saquearon las costas, aun antes de haber declarado la guerra. Atenas preparó al punto una gran expedición contra Egina; pero las noticias que recibió del Peloponeso impidiéronle seguir más adelante.

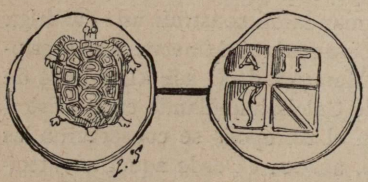


Lingote monetiforme de Egina (1).



Moneda arcaica de Egina (2).

Lacedemonia, atendiendo siempre más á los intereses que á los principios, había determinado deshacer lo hecho, restableciendo en el poder á Hipias, después de haberle derribado, pues comprendía ya la astucia de que se valieron los Alcmeónidas para sobornar el oráculo de Delfos y provocar la expedición de Cleomenes. Pesábale que se hubiesen burlado de ella, «y además, como dice claramente Herodoto, pensaba que Atica, una vez libre, llegaría á ser capaz de rivalizar en poder con Esparta; mientras que, doblegada bajo el yugo, sería necesariamente débil.» Hipias, que estaba en Sigea, fué llamado á Esparta, cuyos magistrados propusieron á los aliados una gran expedición para hacerle otra vez dueño de Atica. La asamblea se reunió en la misma ciudad de Esparta (505). Los diputados de los Estados libres escucharon al principio en silencio la extraña proposición de prestar auxilio á un tirano, y al fin uno de ellos, el corintio Sosicles, levantóse para tomar la palabra. Recordó los males que la tiranía había producido en su patria y en las otras ciudades, censuró á los espartanos, porque iban contra su propia historia, y declaró que jamás



Moneda de Egina (3).

(1) En el anverso la tortuga; en el reverso, cuadrado hueco. Este lingote, que apenas tiene el aspecto monetiforme, representa la primera moneda griega de plata (Colección de Luynes en el Gabinete de Francia).

(2) Esta moneda, con el tipo de la tortuga y del cuadrado hueco, es una muestra de las monedas de plata en su transformación (Gabinete de Francia).

(3) La tortuga, Hermoso estilo. En el reverso, cuadrado hueco en que se ven un delfín y las letras AIΓ (Αἰγινητῶν) (Gabinete de Francia).

los corintios contribuirían á restablecer un gobierno que tanto les había hecho sufrir. La mayor parte de los aliados fueron del mismo parecer; la liga que se formaba quedó disuelta, é Hipias volvió tristemente á Sigea, desde donde solicitará continuamente de los persas un ejército que le permita someter de nuevo su patria al yugo y poner á Grecia á los pies del gran rey, con lo cual quedará demostrada la razón que asistía á Sosicles cuando se oponía á ayudar al tirano.

Acabamos de ver que Atenas, después de muchos disturbios y revoluciones, entra rápidamente en las vías democráticas y llega á ser lo que Solón había querido que fuese, es decir, una reunión de ciudadanos, entre los cuales ni las familias ni las corporaciones ni las castas tuviesen derechos particulares y hereditarios. La igualdad ante la ley, la seguridad de los bienes y de las personas, el libre acceso en los destinos, en los tribunales y en la asamblea general; leyes escritas que impedían la arbitrariedad; un dominio público que pertenecía verdaderamente al pueblo, puesto que el producto de las minas, por ejemplo, se repartía entre los ciudadanos cuando la ciudad no lo necesitaba para sus atenciones; pero la dirección de los asuntos reservada á los ricos, porque tenían más tiempo, y les era dado hacer mayores sacrificios cuando el caso lo requería; además de todo esto, el respeto á los grandes hombres, á las antiguas familias y á la antigua religión del país, de modo que, no quedando rotos todos los lazos con el pasado, el Estado no podía precipitarse temerariamente hacia un porvenir desconocido, y la nobleza ateniense seguía siendo el adorno y la fuerza de la ciudad, sin constituir para ella una amenaza ni un peligro. He aquí lo que era la Atenas de Solón y de Clístenes, un gobierno que impulsaba á la libre expansión de las facultades de cada uno y á la abnegación absoluta de todos para el común engrandecimiento (1).

Y este engrandecimiento comenzaba ya. Una vez establecido el orden en el interior, la república se desarrolló pronto en el exterior, llegando á ser al propio tiempo bastante temible para excitar la envidia de la muy poderosa Lacedemonia. Varios pueblos, varias aristocracias se han ligado contra ella; con objeto de contener su desarrollo, Esparta apela á los medios más contrarios, ora expulsando á los tiranos, ora haciéndolos volver, y nada consigue. Mientras que Atenas triunfa de todos sus esfuerzos, cual árbol vigoroso cuya savia se trata inútilmente de comprimir y cuyas ramas se procura debilitar, aquellas ramas que, como en los climas benditos, han de ostentar juntos frutos y flores.

Esparta no habría renunciado sin duda á su envidia rencorosa si un notable acontecimiento no hubiera impuesto de improviso á los griegos el olvido de sus injurias y la unión: llegamos á las guerras Médicas, y antes de referirlas es preciso que el mundo helénico se presente á nuestros ojos en su conjunto y variedad. Vamos á ocuparnos ahora de los Estados pequeños de Grecia y de las numerosas colonias que fueron la primera causa del gran conflicto en que Asia y Europa chocaron entre sí y en que desde entonces no han dejado esas dos grandes unidades de intervenir.

(1) Tal es la opinión de Herodoto, V, 78, y de Tucídides, I, 17, 18.

CAPITULO XI

ESTADOS SECUNDARIOS DE LA GRECIA CONTINENTAL

I. — ESTADOS SECUNDARIOS DEL PELOPONESO

Los pequeños Estados de Grecia figuran en número considerable; cada uno de ellos tuvo su historia, puesto que tuvo también su vida propia. Esa historia, muy imperfectamente conocida, es en general, en cuanto al movimiento interior, una simple repetición de lo que se ha visto en Atenas y en Esparta; y por lo que hace al exterior, aparece también muy á menudo íntimamente relacionada con la de las dos repúblicas principales. No vemos más que un hecho común á todos esos pueblos secundarios, y es la lenta revolución que los conduce á la monarquía, tal como Homero la representaba, y á la aristocracia, que algunos tiranos combaten en algunos puntos para ceder á su vez el puesto á la democracia tal como nos la describen Tucídides y Herodoto.

El gobierno de la edad heroica, con sus reyes descendientes de los dioses, con su senado de nobles, su consejo y la asamblea general de hombres libres, que desecha ó aprueba sin deliberar, continúa en Esparta y en Epiro hasta el siglo tercero antes de nuestra era. En el resto de Grecia desapareció con las causas que le dieron origen, las repetidas guerras, las invasiones súbitas y los cambios de territorio. La sociedad, más sólidamente establecida, necesitó menos de esos hijos de los dioses- y en todas las ciudades se abolió la monarquía más tarde ó más temprano, ocupando su lugar la oligarquía que databa de la conquista y que gobernó por pritanos ó arcontas en interés y provecho de los nobles. El tránsito fué algunas veces gradual, donde se pasó desde el rey á un arconta vitalicio, después decenal y al fin anual. En el siglo VII, esta revolución oligárquica se ha consumado por completo en todo el mundo griego, así en las colonias como en las metrópolis.

Desde 650 á 500 síguese otra revolución, pues una vez libre de la monarquía de los hijos de los dioses, Grecia no debía detenerse hasta llegar á la extremidad opuesta, á la democracia. Los nobles, no teniendo ya señores superiores á ellos, no quisieron ver á sus pies más que súbditos, quienes, á su vez, hicieron contra la oligarquía lo que ella hiciera contra los reyes; sin embargo, desconfiando todavía demasiado de sí mismos para establecer un gobierno popular, pusieron á su frente á alguno de los personajes ilustres que se habían puesto de su parte, y confiriéronle el poder para que les proporcionase en cambio la igualdad. Así llegaron á ser tiranos, Pisistrato en Atenas, Cipselos en Corinto, Panetios en Leontini, Pitacos en Mitilene (1), etc., tiranías brillantes y populares que permitieron á las ciudades vivir en paz y prosperidad.

No todas las tiranías llegaron por este camino, ni tuvieron tampoco ese carácter popular. En Argos, el rey Fidón rompió todas las trabas que limitaban su poder,

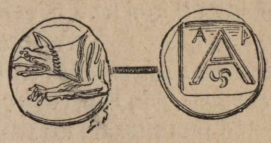
(1) La mayor parte de los manuscritos griegos y latinos dan Μιτυλήνη y *Mitilene*, pero las monedas y las inscripciones llevan Μυτιλήνη, que es sin duda la verdadera ortografía.

sometiendo á su voluntad á grandes y pequeños; en Mileto y en toda la Jonia, los magistrados establecidos por los nobles se arrogaron el poder. En Sicilia, el agrigentino Falaris lo usurpó y ejerció con tanta más crueldad cuanto que, no siendo representante de ninguna clase, todas eran para él enemigas. En Gela, Cleandros é Hipócrates lo alcanzaron gracias á sus numerosos mercenarios. En Cumas, Italia, Aristodemo se apoderó de él por violencia; y en el Quersoneso de Tracia, el primer Milciades lo obtuvo como jefe de una colonia rodeada de enemigos.



Moneda de Leontini (1).

Estas tiranías pasaron como las oligarquías que las produjeron, porque el uso prolongado de un poder irresponsable tuvo sus consecuencias naturales; á saber: los abusos y las violencias, que dieron origen á una nueva revolución: ésta acababa de efectuarse cuando estallaron las guerras Médicas. Tal es la vida interior de Grecia: los reyes primero, la aristocracia después, luego los tiranos que se apoyan en la clase oprimida ó en mercenarios, y por último la ciudad gobernándose á sí misma, en unos puntos haciendo más concesiones á los ricos propietarios del suelo, y otorgando en otros mayores preeminencias al pueblo. Esta última transformación debía ser la más feliz, porque de la rivalidad de las clases nacieron esa emulación y esa actividad del espíritu que engendraron la civilización de Grecia.



Moneda de Argos (2).

Como señal y consecuencia de esta revolución política, efectuóse otra en la organización militar, que comunicó á la primera un carácter irrevocable: á la igualdad en los derechos vino á unirse la igualdad en las armas, y á los guerreros de la época homérica, que combatían aisladamente en carros, sucedieron los hoplitas alineados en filas compactas. En otro tiempo, solamente los héroes atacaban de cerca, sembrando en torno suyo el terror y la muerte; ahora, el pueblo es el que empeña la acción y la sostiene. Cada ciudadano va armado de punta en blanco, y en vez de las maravillosas hazañas de algunos jefes intrépidos, presénciase el grandioso espectáculo que la ciudad entera ofrece avanzando serena, disciplinada y con ánimo resuelto en busca de la victoria ó de la muerte. Esta organización democrática es la que prevalecía en tiempo de la llegada de los medas, y fué la que salvó á Grecia.

En la historia sumaria de cada uno de estos pequeños Estados volveremos á encontrar algunos de los incidentes de estas transformaciones sucesivas.

La *Arcadia*, detrás de su alto circuito de montañas, tiene un suelo accidentado, donde las aguas no trazaron grandes cuencas, como no sea el valle de Ladón, porque corren oprimidas en todas direcciones, chocando á cada paso contra alturas cuya base corroen, ó perforan el terreno para abrirse un camino subterráneo (3). La his-

(1) Cabeza laureada de Apolo entre dos hojas de laurel. Por símbolo, un león saltando; leyenda retrógrada: ΛΕΟΝΤΙΝΟΝ. En el reverso, cuadriga al paso, sobre la cual vuela una Victoria que lleva una cinta; en el exergo un león agachado (tetradracma del Gabinete de Francia).

(2) La loba abalanzándose sobre su presa. En el reverso, en un cuadrado hueco, una A grande con el triquetro y las letras ΑΡ (Ἀργείων) (dracma del Gabinete de Francia).

(3) «Se puede dividir la Arcadia, con relación á la geografía natural, en dos partes principales: una de ellas, al Levante, es la región de las cuencas sin salida, de niveles altos; la otra, al Occidente, abraza toda la cuenca del Alfeo y sus grandes afluentes» (Puillón Boblaye, *Expedición de Morea*).

toria de este país, imagen y como reflejo del suelo, carece de unidad. Muchos pueblecillos, diseminados en aquellos innumerables valles, vivían en ellos aislados; pero gracias á su pobreza y á su aislamiento, Arcadia se salvó de las revoluciones que tantas veces cambiaron la población de los demás cantones de Grecia. «Los arcadios, dice Pausanias, ocuparon desde su origen y ocupan todavía el mismo país.» Dábanse á sí mismos el nombre de προσέληνοι, es decir, más antiguos que la luna, y hablaban el dialecto más primitivo de Grecia, el eólico. Sus montañas conservan aún en algunos sitios, en escarpadas cimas, restos de fortificaciones ciclópeas, moles enormes que parecen haber sido el primer bosquejo informe de las famosas murallas de Micenas y de Tirinto. Su principal divinidad, Júpiter, era adorada en la cumbre del monte Liceo, desde donde se veía la mayor parte del Peloponeso; su altar era un montón de tierra, y su templo un recinto de piedras muy toscas, donde se sacrificaban víctimas humanas y cuya entrada estaba vedada á los hombres; el que penetrara allí debía morir infaliblemente dentro del año; y para asegurar la veracidad del oráculo, los habitantes lapidaban inmediatamente al culpable cuando podían cogerle. Júpiter compartía sus honores y sus templos en toda la Arcadia con una divinidad muy popular en aquella provincia, con Pan, cuyo culto era probablemente anterior. Considerábase á este dios como protector de los pastores y de sus rebaños de cabras y chivos, y atribuíansele las costumbres lascivas de estos últimos animales; pero también era el dios del fuego que difunde la vida en la tierra para hacer germinar las mieses de Ceres, por lo cual los griegos le llamaban auxiliar de la Gran Madre (2). Sin embargo, los arcades le trataban á veces con poca reverencia, y cuando la caza no había sido buena, descargaban en su estatua recios golpes (3). Pan, el dios de los bosques solitarios, que los vientos llenaban de rumores misteriosos y donde el juego de la sombra y de la luz hacía aparecer fantásticas imágenes, era la causa de los temores súbitos é inmotivados y sembraba el *pánico*.



El monte Olimpo de Arcadia (Liceo) (1).

Decíase que una serie de reyes había dominado al principio en toda la Arcadia, y se citaba como el primero al que le dió su nombre, Arcas. Cipselos reinaba cuando ocurrió la invasión de los dorios, que no se detuvieron en aquel país, y sus sucesores tomaron parte en las guerras de Mesenia. El último, Aristócrates II, aseguró por su traición la victoria definitiva de los espartanos, é indignados los árcades lapidáronle y abolieron la monarquía (628).

Dos ciudades se elevaron poco á poco sobre los otros burgos: «la amable Mantinea», donde los argivos favorecieron la democracia, y «Tegea la inexpugnable», que más próxima á Laconia, sostuvo largas guerras con Esparta, conservando después su alianza y el espíritu de su gobierno. De aquí resultó entre las dos ciudades una continua rivalidad que dió origen á sangrientas luchas. Los árcades, pobres y robustos, fueron los primeros en ir á buscar fortuna sirviendo al extranjero. Considerábaseles como los mejores hoplitas del Peloponeso; mas eran objeto de burla por el hecho mismo de servir causas extrañas á su país. En Grecia se hizo costumbre, cuando se trataba de personas que trabajaban para otro, decir que imitaban á los árcades.

---

(1) Olimpus, apoyándose en su cayado, está sentado en el monte Olimpo (Liceo), al pie del cual se lee ΟΛΥΜ. En el campo, el monograma arcade AB (tetradracma del Gabinete de Francia).

(2) Ματρὸς μεγάλας ὀπαδός (Aristóteles, *Ret.*, II, 24).

(3) Teócrito, VIII, 7.

Elida, la costa del Noroeste, una de las más fértiles regiones del Peloponeso, formaba en un principio tres pequeños Estados, porque tenía tres valles que daban al mar de Jonia: entre el Alfeo y el Neda, la *Trifilia*, cuya capital, Pilos, en la confluencia del Peneyos y del Ladón de Elida, había sido la ciudad de Nestor; la *Pisátida*, donde estaba Olimpia, en la orilla derecha del Alfeo; y la *Elida*, cuya capital, Elis, con su acrópolis construído en una colina de 500 pies de altura, dominaba el valle del Peneyos. Oxilos se había establecido allí con algunos etolios en tiempo de la invasión doria. La monarquía subsistió en la Pisátida hasta la conquista de este país por los eleos hacia el año 572, después de largas guerras para obtener la presidencia de los juegos, que se distinguieron, como todas las de religión, por sangrientas ejecuciones. Pisa, la ciudad de los excomulgados, fué destruída tan completamente que no queda una sola piedra, tanto que hoy se buscaría en vano el lugar donde se elevaba. El más célebre de los reyes eleos, Ifitos, había instituído ó restablecido los juegos olímpicos (3), en los que tomaron parte los espartanos muy pronto, después de formar estrecha alianza con dicho rey. Esta institución determinó la suerte de Elida, que fué cada cuatro años el punto de reunión de la Grecia entera, considerándose por esto sagrado su territorio. La guerra no asolaba aquel país, las tropas extranjeras que debían cruzar por el territorio depositaban sus armas al entrar para no recogerlas hasta su salida; y he aquí por qué los campos estaban bien cultivados y tenían numerosa población. Ciudadanos ricos habitaban siempre en ellos; los tribunales juzgaban las diferencias, y de este modo la capital no ejercía sobre el resto del país esa atracción que en otras partes llevaba demasiada vida á las ciudades, sin dejar suficiente en los campos. La aristocracia ejercía el poder: dos magistrados supremos y más tarde diez, llamados *helanódices* ó jueces de los helenos, estaban encargados de vigilar los juegos, y no permitían acercarse más que á las personas de pura sangre helénica. El



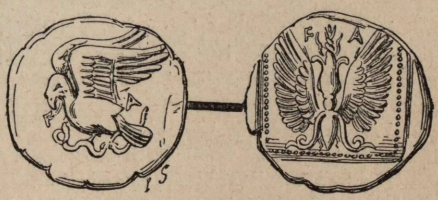
Arcas, en una tetradracma de Feneos de Arcadia (1).



Moneda de Mantinea (2).



Moneda de Tegea (4).



Moneda de la Élida (5).

(1) Cabeza de Demeter coronada de espigas, á la derecha. Reverso: ΦΕΝΕΩΝ. Hermes con el caduceo, cubierta la cabeza con el petaco alado, y llevándose al joven Arcas, á quien sostiene en su brazo izquierdo. Detrás se lee el nombre ΑΡΚΑΣ (Gabinete de Francia).

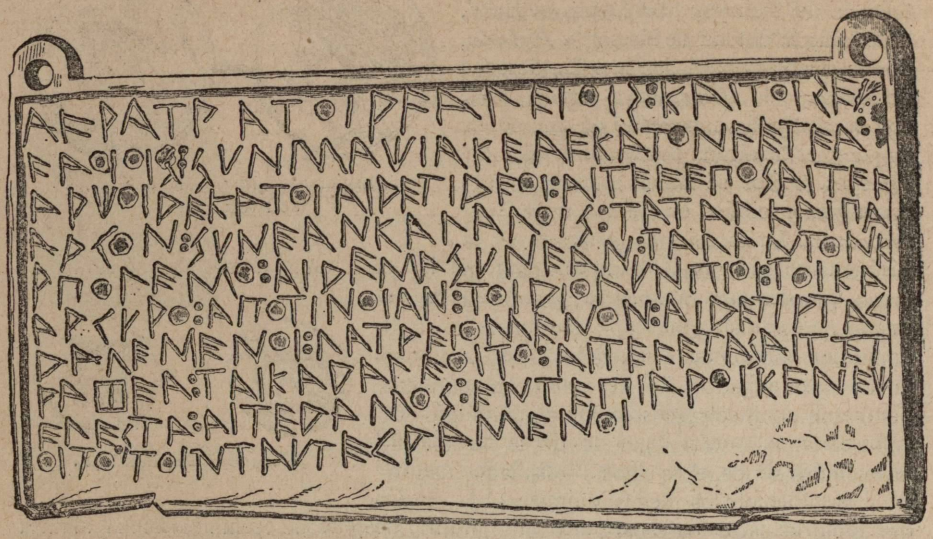
(2) El oso de Mantinea, á la izquierda. Reverso: MA Delfín. Cuadrado hueco (dracma).

(3) Véase el cap. XV.

(4) Cabeza de Palas con casco. Reverso: ΤΕΓΕ (Τεγεατῶν). Lechuza (bronce, imitación de las monedas de Atenas).

(5) Aguila devorando una serpiente; en la inscripción FA, iniciales de la palabra arcaica FA-

senado, compuesto de noventa individuos con cargo vitalicio, se organizaba por sí mismo. Los tres *Teocolos*, ó grandes sacerdotes de Olimpia, eran designados probablemente por el mismo dios, es decir, por la suerte, como los grandes sacerdotes de Delfos, y desempeñaban durante cuatro años sus funciones, sin duda muy laboriosas,



Tratado de paz entre los eleos y un pueblo desconocido (1).

pues «todos los meses, dice Pausanias, los eleos sacrifican una vez en cada uno de los 70 altares erigidos á los dioses.»

ΛΕΙΩΝ, que fué más tarde ΗΛΕΙΩΝ. Reverso: La misma inscripción FA. Rayo alado derecho, en un cuadrado hueco (plata).

(1) Según Rœhl, *Inscripciones griegas antiquísimas*, n.° 110. Este tratado, el más antiguo de cuantos existen en lengua griega, está grabado en una plancha de bronce descubierta en Olimpia, y que se encontró sujeta por dos clavos en la pared de algún templo. He aquí la reproducción del texto en caracteres corrientes y la traducción.

'Α Fράτρα τοῖρ Fαλείοις: καὶ τοῖς ϜὐFαοίοις:. συνμαχία κ' ε[ἴ]α ἑκατὸν Fέτεα:, ἄρχοι δέ κα τοϊ. αἰ δέ τι δέοι: αἴτε Fέπος, αἴτε Fάργον:, συνε[ἶ]αν κ' ἀ[λ]λάλοις:, τά τ' ἄ[λ]λ[α] καὶ πὰρ πολέμο:. αἰ δὲ μὰ συνε[ἶ]αν:, τάλαντόν κ' ἀργύρο: ἀποτίνοιαν: τοῖ Δὶ 'Ολυνπίοι: τοὶ κο[δ]δαλέμενοι: λατρεύο-μενον:. αἰ δέ τιρ τὰ γράφεα: ταὶ κα[δ]δαλέοιτο:, αἴτε Fέτας αἴτε τελεστὰ[ς]: αἴτε δᾶμος:, ἐν τ' ἐπι' ροι κ' ἐνέχοιτο τοῖ'νταῦτ' ἐγρα[μ]μένοι.

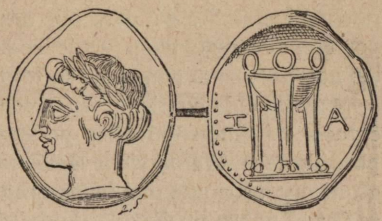
El dialecto es eleo, y si fuera el de Atica, el tratado estaría concebido en estos términos:

'Η ῥήτρα τοῖς 'Ηλείοις καὶ τοῖς Ϝαῴοις. Συμμαχία ἂν εἶμ ἑκατὸν ἔτη, ἄρχοι δά' ἂν τόδε. Εἰ δέ τι δέ οι εἴτε ἔπος εἴτε ἔργον, συνεῖεν ἄν ἀλλήλοις τά τ' ἄλλα καὶ περὶ πολέμου· εἰ δὲ μὴ συνεῖεν, τάλαντον ἂν ἀργύρου ἀποτίνοιεν τῷ Διὶ [τῷ] 'Ολυμπίῳ οἱ καταδηλούμενοι λατρευόμενον. Εἰ δέ τις τὰ γράμματα τάδε καταδηλοῖτο εἴτε ἔτης εἴτε τελεστὴς εἴτε δῆμος, ἐν τῷ ἐφιέρῳ ἂν ἐνέχοιτο τῷ ἐντᾶυθα γεγραμμένῳ.

«He aquí el tratado entre los eleos y los eveenos (?). Que haya alianza por cien años, á comenzar desde el presente. Si hay necesidad de una negociación ó de un acto cualquiera, que los dos Estados se unan para todo asunto y también para la guerra; si no lo hicieren, que los que violasen el tratado paguen un talento de plata á Zeo olímpico; y si alguno, sea simple ciudadano, magistrado, ó bien una comunidad, atentara contra esta inscripción, impóngasele la multa sagrada que aquí se especifica.»

La fecha de este documento y el nombre del segundo pueblo son inciertos; pero el tratado no parece posterior á la primera parte del siglo V antes de nuestra era. En cuanto al nombre del segundo pueblo, véase Köhler en los *Mittheilungen d. d. archäolog. Instit. in Athen.*, VII (1882), p. 378, n.° 2, y S. Reinach, *Tratado de epigrafía griega*, p. 14-15.

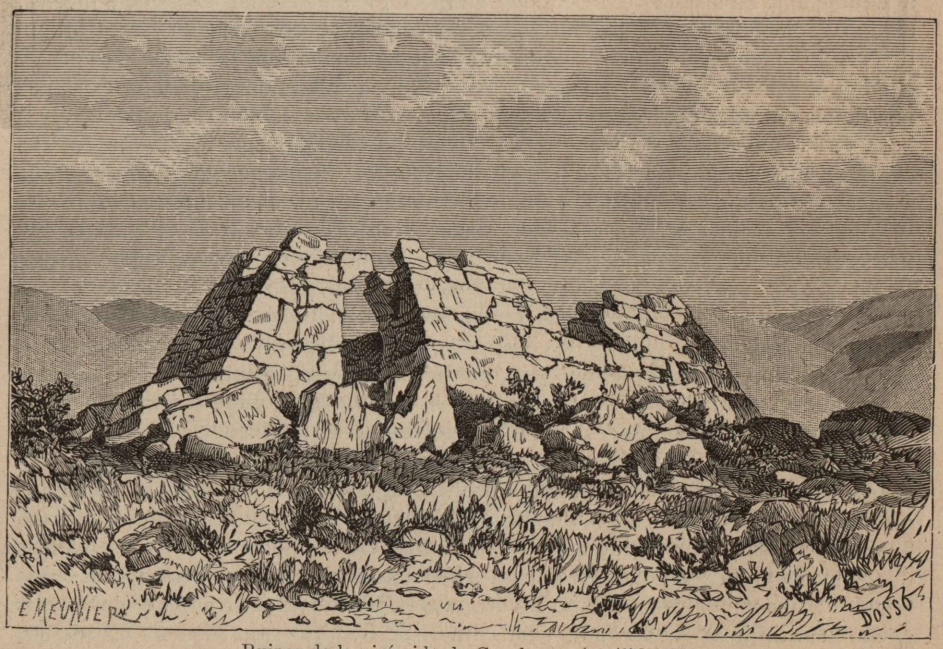
Frente á la costa, á 60 estadios de distancia, hallábase Zacinto, que los marinos llaman hoy «flor del Oriente» (1). Sus habitantes pretendían descender de los troyanos; pero Tucídides, cuidándose menos de las leyendas que de las probabilidades históricas, los presenta como aqueos. Creíase que habían fundado Sagunto en España.



Moneda de Zacinto (2).

Al Este de la Elida está la Acaya, donde reinaron los descendientes de Tisamenos hasta que subió al poder un tal Gyges, cuyas crueldades ocasionaron la abolición de la monarquía, no se sabe en qué época, sustituyéndola el gobierno democrático, que formó una confederación de doce ciudades. La Acaya no tomó parte en los asuntos generales de Grecia, y vivió tranquila y feliz. Elogiábase su constitución, que fué adoptada por varios pueblos, y sus ciudades brillaron un momento en los últimos días de Grecia.

Desde la Acaya, dando la vuelta por Sicione y Corinto, pasamos á la Argólida,



Ruinas de la pirámide de Cenchrea (Argólida) (3).

gran península sin unidad geográfica, erizada de montañas, sin caminos ni centro común, ni ríos que la fertilicen. El Inacos, que la cruza, no tiene agua sino durante el

(1) He visto allí flores en pleno campo á principios de enero.

(2) Cabeza laureada de Apolo á la izquierda. Reverso: ZA (Ζακυνθίων), trípode (tetradracma del Gabinete de Francia).

(3) Según una fotografía. Cf. la *Expedición á Morea*, II, lám. 55. – Este monumento, único en Grecia, está construído sobre enormes moles poligonales, algunas de ellas unidas con mortero, y tiene una entrada por la parte del Este. Sin duda era una vasta tumba.

invierno. La Argia en particular es una tierra árida, y los griegos sabían la causa de ello: Neptuno y Hera, decían, se disputaban la posesión de aquel país, y para resolver su diferencia, tomaron como árbitro á Foroneo, á quien asesoraron los ríos Cefisa, Asterión é Inacos. El juez falló contra Neptuno, y éste se vengó secando los ríos y manantiales del país, que desde aquel día no tienen más agua que la enviada por Hera desde el cielo. La leyenda toma de todas partes, así de las cosas como de los hombres, para aumentar su tesoro de relatos maravillosos.

La Argólida contiene aún numerosas ruinas, que revelan que en aquel reducido espacio existieron ciudades poderosas, tales como Micenas, Tirinto, Midea, Nauplia, Trezena, Hermione y Epidauro; de aquí podríamos deducir que el país fué largo tiempo teatro de una lucha entre razas diferentes, y así se comprende por qué no se formó nunca un Estado unido y fuerte como el Atica y la Laconia. En efecto, en la población no había mayor unidad que en el suelo. Trezena, por ejemplo, se mantuvo casi del todo jónica, conservando como principales divinidades á Neptuno y Minerva; marcó sus monedas con un tridente y una cabeza de Atenea; y cuando Jerjes entró en Atica, á Trezena llevaron los atenienses sus mujeres y sus hijos. Epidauro conservó también un fondo de población jónica, y no todos los aqueos siguieron á Tisameno á Egialea (1). La Argólida tampoco fué nunca doria más que á medias, aunque Temenos, jefe de la casa de los Heráclidas, se estableció en Argos, y aunque los dorios de esta ciudad colonizaron sucesivamente Sicione, Cleone, Flionte y Epidauro, considerando á Argos como su metrópoli Hermione, donde se enseñaba una de las entradas del infierno, lo cual dispensaba á los habitantes de poner en la boca de sus muertos la moneda de plata que todos debían pagar á Caronte, reconoció asimismo esta supremacía, que también Nauplia y Asina aceptaron. Argos se vió á la cabeza de una confederación que comprendió toda la península argiva, y cuya divinidad protectora no fué ya la Hera aquea, sino el dios dórico Apolo, cuyo santuario estaba situado en la ciudadela de Argos. Todos iban y debían ir allí á ofrecer sacrificios. Los argivos, guardianes del templo, tenían derecho de proceder por la fuerza contra aquellas ciudades que no enviaran las víctimas obligatorias, así como también imponían una multa á los individuos de la liga que no cumplían con las condiciones impuestas. En el año 514, como Sicione y Egina hubiesen prestado socorros al espartano Cleomenes para invadir la Argia, Argos impuso á las dos ciudades una multa considerable y Sicione reconoció que era de justicia.

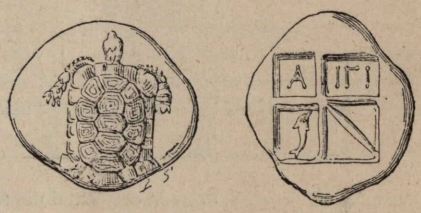
Esta reunión de todos los dorios de la Argólida bajo la dirección de Argos confirió por un momento á esta ciudad el primer lugar en el Peloponeso, y en tiempo de su rey Fidón, décimo descendiente de Temenos, hacia el año 750, ejerció la influencia que Esparta no pudo adquirir hasta más tarde. Fidón retiró la presidencia de los juegos olímpicos á los eleos para dársela á los piseos, sometió toda la costa oriental de Laconia hasta el cabo Malea, con la isla de Citerea, y en el continente griego fué el primero que mandó acuñar moneda de plata para sustituir á la de hierro y de bronce, pesada é incómoda, que circulaba en Esparta. El sistema de pesas y medidas que estableció, y al que se dió el nombre de sistema de Egina, fué adoptado por todo el Peloponeso, Beocia, Tesalia y Macedonia. Este príncipe, casi contemporáneo de Licurgo, tenía, como se ve, otras ideas que éste, porque veía á su alrededor distintas necesidades. Inducía á su pueblo á practicar el comercio y la navegación, con tanta insistencia como la que el legislador de Esparta había empleado para retener el suyo en el estrecho círculo de sus rígidas y nada liberales instituciones. Esparta y Argos no eran, pues, dorias de igual manera. Corinto, ciudad de lujo

(1) Véase p. 75.

y de molicie, debía serlo menos aún. Y es que se ha de atribuir á la influencia de los lugares y de las circunstancias lo que durante largo tiempo se juzgó tan cómodo, para explicarlo todo, atribuir á la influencia de la sangre, es decir, á la raza.

Después de Fidón, la monarquía argiva volvió á caer en el período de decadencia de que aquél la libró, y apenas fué ya otra cosa que un título. Como en todos los Estados dorios, la población se hallaba dividida en tres clases: una superior, que era la que gobernaba, compuesta de los descendientes de los conquistadores; otra intermedia, la de los vencidos que eran libres como los laconios; y por último, la clase de siervos, como los ilotas, á quienes se llamaba por desprecio *gimnesianos* ú hombres desnudos. Por su carácter de ciudad doria y aristocrática, Argos hubiera debido ser siempre aliada de Esparta; pero al recordar que había ocupado en otro tiempo el primer lugar en Grecia, no podía ver sin envidia la grandeza creciente de Lacedemonia. A menudo estuvo en guerra con ella por cuestión de las fronteras, y perdió una parte de la Cinuria. Más tarde, poseída de odio contra Esparta, declaróse en favor del partido de Atenas y de la democracia, pero practicó este gobierno difícil sin la sabia moderación con que los atenienses procedieron durante largo tiempo. Cicerón observa que no ve citado en ninguna parte el nombre de un orador argivo.

Al Este de Argos, en la península *Actea*, elevábase *Epidauro* en la costa del golfo de Sarónica, frente á *Egina*, á la cual había colonizado y cuyos destinos habían durante largo tiempo estado encadenados á los suyos. A título de metrópoli había obligado á los habitantes de aquella isla á presentar los procesos ante sus tribunales. En el siglo VII cayó bajo el poder de Fidón de Argos, y recobró su independencia después de la muerte de aquél. A fines del siglo VII y principios del VI, Epidauro volvió á quedar sometido al yugo extranjero: reinaba allí á la sazón Procles, pero fué destronado por su yerno Periandro, y á consecuencia de este incidente Egina quedó libre. En Epidauro había esclavos semejantes á los ilotas y á los gimnesianos á los cuales se daba el nombre de *conipodos* (hombres de pies empolvados), otro término despreciativo que indica al mismo tiempo sus ocupaciones rurales.



Moneda de Egina (1).

Egina es una de las islas más pequeñas del Mediterráneo, pues apenas tiene 83 kilómetros cuadrados de superficie. Su suelo es pobre, y sus riberas, de graciosos contornos, están flanqueadas de escollos, excepto en el punto donde se encuentra una excelente rada; en su interior elévase el monte San Elías, desde donde es fácil contar los templos del Acrópolis de Atenas y ver Salamina, Eleusis, Megara y el Acrocorinto con las primeras islas del Archipiélago. Se puede pronosticar desde luego que Egina dominará el golfo de Sarónica y el mar de las Cícladas el día en que haya en esta roca insular hombres de corazón y de inteligencia, como los que han existido en algunos de esos islotes en que los griegos modernos desarrollaron tanto el comercio y de los cuales salieron tantos marinos temibles.

Algunos pelasgos, y después varios aqueos mirmidones fueron los más antiguos habitantes de Egina. Estos últimos tuvieron por jefe á Eaco, á quien la leyenda llama

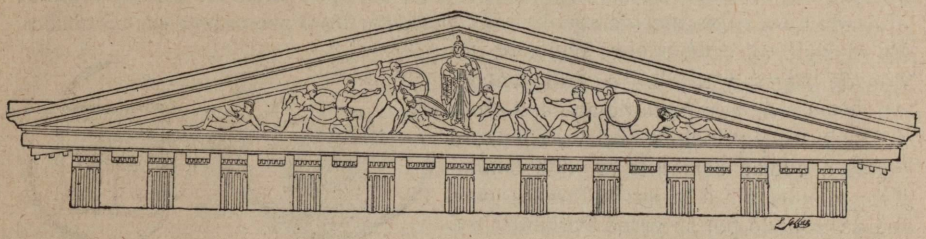
(1) Moneda de la segunda época. La tortuga está perfectamente grabada; en el reverso, cuadrado hueco dividido en cuatro compartimientos, en los cuales se ve un delfín y una inscripción ΑΙΓΙ por ΑΙΓΙΝΗΤΩΝ (plata).

hijo de Júpiter, diciéndonos además que cierto año, como la sequía amenazase destruir las mieses, los diputados de Grecia corrieron á él y le suplicaron que invocara á su padre. Eaco subió á la cima del monte llamado hoy de San Elías, y después de orar, las nubes se acumularon y cayó una lluvia abundante, con lo cual se salvaron los griegos. El agradecimiento fué muy triste, pues pusieron á Eaco en los infiernos para juzgar á los muertos, con Minos y Radamanto. Había tenido dos hijos: Peleo, que regresó con varios de los mirmidones á Tesalia, donde nació su hijo Aquiles; y Telamón, que tuvo por hijo á Ayax, el más terrible de los griegos después del hijo de Tetis. Los dorios de Epidauro ocuparon á Egina, sin comunicarle al principio mucho esplendor, pues permaneció largo tiempo en la obscuridad; pero su feliz posición promovió el comercio, y con este se desarrollaron algunas industrias artísticas. Sus habitantes modelaban graciosos vasos; habían descubierto el bronce más apreciado después del de Delos; acuñaron la primera moneda griega, y durante largo tiempo vendieron estatuas de dioses á todas las ciudades, así como de atletas á todos los vencedores de Olimpia, desde las costas de Asia á las de Sicilia. Antes del siglo de Pericles, los artistas de Egina fueron los primeros de Grecia.



Eaco, juez de los muertos (1).

Ricos ya, rompieron sus relaciones con Epidauro, que era pobre y débil; pero á su vez viéronse perturbados por violentas contiendas entre el antiguo partido de los


Frontón occidental del templo de Atenea en Egina (2).

conquistadores dorios y otro nuevo que el comercio había formado y enriquecido. La oligarquía venció al fin y conservó el poder.

Después de sus buques de comercio, Egina lanzó en los mares los de guerra; pues como en aquel tiempo no se ejercía vigilancia en aquéllos, los traficantes usaban espada y convertíanse muy pronto en conquistadores. Egina alcanzó algunas victorias. En el año 519 venció á los samios; pero sin dejarse llevar de la ambi-

(1) Moneda del Gabinete de Berlín: en la inscripción AIAKOC. Eaco, con el cetro en la mano, está sentado en su trono; ante él comparece un personaje, y más lejos se ve el Genio de la muerte, Tanatos, sobre un cipo; en el campo, una estrella (bronce).

(2) Este grabado se ha hecho según los modelos de la escuela de Bellas Artes. La disposición rigurosamente simétrica de las figuras, y la habilidad del escultor para llenar el espacio triangular cuya forma le imponía el frontón, son verdaderamente notables. A cada lado de la diosa Atenea, que preside el combate y domina á los héroes con su elevada estatura, hay cinco guerreros, ó según otra restauración, siete; bajo los ángulos se ven los heridos, y en las rampantes hay combatientes arrodillados. El asunto que se representa es el combate de los griegos y troyanos al rededor del cuerpo de Patroclo (*Ilíada*, XVII, 715). Patroclo, mortalmente herido, acaba de caer, y los troyanos, á la derecha, esfuérzanse para cogerle; uno de los arqueros troyanos lleva el traje frigio. A la izquierda están los griegos, y en primer término los dos héroes que los eginetas honran con su culto particular: son Ayax, hijo de Telamón, y Teucer. Estas magníficas esculturas constituyen la serie más importante de las obras de la época antigua (Museo de Munich).

ción de las lejanas conquistas, no fundó más que una sola colonia, la de Cidonia, en Creta, que es hoy la capital de Candia, la Canea. Desde el año 563, bajo el reinado del faraón Amasis, había establecido una factoría en Naucratis, en el Delta.

Otra enemiga tuvo Egina más temible que Samos, y fué Atenas, que acabó por matarla. Aquel odio reconocía una causa natural en la rivalidad de dos pueblos, separados solamente por un estrecho mar, donde á cada instante se encontraban sus barcos. Con viento favorable, un navío podía ir desde el Pireo á Egina en dos horas. Para explicar este odio de dos pueblos, Herodoto tiene, como siempre, una antigua historia que contar, en la cual nos hace ver las mezquinas rivalidades, los mutuos resentimientos, y las mujeres que eternizan las contiendas conservando el recuerdo de los agravios en sus ceremonias y hasta en la forma de sus vestidos (1). «En una época de escasez, la Pitonisa ordenó á los epidauros que consagraran á Ceres y á Proserpina dos estatuas de madera de olivo, y para obtener ésta dirigiéronse á los atenienses, que consideraban ese árbol como sagrado. Se les concedió el permiso de tomar lo que necesitasen, mediante la condición de que irían todos los años á Atenas para ofrecer un sacrificio á Palas y Erecteo: los epidauros aceptaron esta condición, cumpliéndola fielmente; pero más tarde, habiéndoles los eginetas robado las estatuas, dejaron de hacer su visita anual. Entonces los atenienses se quejaron, contestándoles que se dirigieran á Egina, y ésta rehusó cumplir la condición aceptada en otro tiempo por Epidauro. Con este motivo, Atenas envió contra la isla una expedición, pero ésta fué tan completamente derrotada, que solamente un hombre pudo escapar de la catástrofe. Apenas el fugitivo hubo anunciado el desastre, las mujeres de aquellos que habían muerto se precipitaron sobre él, y cada cual le hundió en el cuerpo la aguja de que se servían para sujetar sus vestidos, suplicio que ocasionó la muerte del infeliz.



Moneda de Cidonia (2).

»Los atenienses, horrorizados ante esta crueldad y para castigar á sus mujeres, obligáronlas á despojarse del traje dorio que usaban y á vestir el de las jonias, es decir, la túnica de lino, para la cual no necesitaban agujas. Desde aquel acontecimiento, estableciόse entre los argivos y los eginetas la costumbre aun existente de hacer las agujas una mitad mayores de lo que eran en otro tiempo, y por eso las ofrendas de las mujeres consisten principalmente en esa clase de agujas. Una ley prohibe también á esos pueblos hacer uso en las ceremonias públicas de ningún utensilio fabricado en Atica, y emplear objeto alguno de alfarería de dicha procedencia.»

Ya hemos visto en otro lugar que los eginetas manifestaron un odio persistente contra Atenas cuando en el año 507 tomaron parte en la gran liga formada por Tebas y Lacedemonia para aniquilar á la vez la libertad y la fortuna de los atenienses. Del templo que erigieron en honor de Atenea en la época de su prosperidad, se conservan magníficas ruinas y esculturas que, á pesar de su carácter todavía arcaico, anuncian el próximo advenimiento de la gran estatuaria helénica (3).

Entre la Argólida y la Acaya hallábanse Sicione y Corinto. La primera, edificada

(1) Herodoto, V, 82-88. Ya se comprenderá que reseño muy brevemente este largo relato.

(2) Cabeza de mujer coronada de flores mirando á la izquierda (probablemente es Acacalis, madre de Cidón). Reverso: loba amamantando al joven Cidón, heroe epónimo de la ciudad de Cidonia (Cidón era hijo de Hermes y de Acacalis, hija de Minos). En la inscripción ΚΥΔΩΝ (plata).

(3) Véase el grabado de la página 260.

á 20 estadios del mar, en una escarpada altura cuya base bañan las aguas de dos arroyos, tenía un territorio muy fértil, y pasaba por ser, con Argos, la residencia del más antiguo reino de Grecia; no vacilaba en citar los príncipes que en ella reinaron diez siglos antes de la guerra de Troya, y decíase que allí fué donde Prometeo engañó á Zeo haciéndole elegir, en vez de una víctima gorda, osamentas descarnadas cubiertas con una piel de buey. En el tiempo legendario de Agamenón, Sicione fué tributaria de Micenas, y después del regreso de los Heráclidas, un hijo de Temenos se estableció allí con una colonia doria. Debajo de esa aristocracia se entrevé una población de otro origen, y una clase de siervos llamados despreciativamente *catonacóforos* (que llevan pieles de oveja), y *corinéforos* (que llevan palos).

Hacia el año 670, un hombre del pueblo, llamado Ortágoras, sublevóse contra



Moneda de Sicione (1).

Carrera de carros (2).

esta oligarquía y estableció un gobierno tiránico que duró un siglo. «Si se conservó tanto tiempo, dice Aristóteles, fué porque esos tiranos trataron á sus súbditos con dulzura, y porque su administración fué siempre conforme á las leyes, habiendo sabido conservar el favor del pueblo (3).» Mirón, sucesor de Ortágoras, solamente es conocido por una victoria en los juegos olímpicos, en la carrera de los carros (648); esta lucha, recientemente establecida, valió á Sicione muchas coronas, y á su hermosa raza de caballos una gran nombradía. El biznieto de Mirón, Clístenes, secundó á los anfictiones en la guerra contra Crisa, y con los despojos de esta ciudad adornó ricamente su patria, llenándola de magníficos monumentos (4).

Herodoto nos ha conservado, respecto á este príncipe, una de esas historias que tan bien sabe contar, pero que no estamos obligados á creer del todo. Ese tirano de Sicione, dice, hombre muy poderoso y rico, tenía una hija llamada Agarista, á quien no quería casar sino con el más cumplido de los griegos. Durante la celebración de los juegos olímpicos, en los cuales había sido vencedor en la carrera de los carros, hizo anunciar por un heraldo que aquel que se creyese digno de ser su yerno

(1) Cabeza laureada de Apolo mirando á la derecha. Reverso: corona de laurel, con una paloma en el centro que vuela llevando una cinta en el pico (Oro. Gabinete de Francia, 1431).

(2) Escena pintada en la tapadera de un ánfora (según Gerhard, *Auserl Vasenb.*, IV, tab. 267). – El primer carro está á punto de alcanzar la meta, donde se ve una estela adornada de cintas, y detrás galopa un caballo que se ha escapado de otro carro.

(3) *Polít.*, V, 11.

(4) Clístenes fué vencedor en los juegos olímpicos hacia el año 582.

debería ir á Sicione en el término de 60 días, porque un año después de comenzar el último casaría á su hija. Numerosos pretendientes acudieron presurosos de todos los puntos del mundo griego, y á medida que llegaban, Clístenes se informó de cuál era su país y su nacimiento, y después los retuvo á su lado un año, durante el cual les trató diariamente con magnificencia, y estudió sus inclinaciones y costumbres, sus conocimientos y su instrucción, ya en las conversaciones generales, ya en los festines á que les invitaba. A fin de conocer también su destreza y su fuerza, les hacía practicar los ejercicios ordinarios, á cual efecto había hecho construir expresamente un estadio para la carrera y una palestra para los otros juegos.

De todos los pretendientes, el que hasta el último momento parecía tener las mayores probabilidades de triunfo era el ateniense Hipoclides; llegado el día que Clístenes había fijado para declarar quién sería su yerno, el príncipe inmoló cien bueyes, é invitó al festín real, no sólo á los pretendientes, sino también á todos los sicionios. Terminada la comida, los pretendientes hablaron de música, de arte y de todo cuanto constituye el asunto ordinario de las conversaciones, esforzándose cada cual en brillar por su talento. Hipoclides llamaba en particular la atención, pues habíase adivinado la secreta preferencia de que era objeto. En un momento dado, dijo al flautista que tocara uno de los aires con que se acompañan las danzas; pero en vez de comenzar con la *pírrica*, danza guerrera inventada por Aquiles y que se usa mucho en Lacedemonia, donde era imagen de los combates, dió principio con una de las danzas afeminadas de Jonia. Esperaba asegurar así su triunfo, luciendo su gracia y ligereza y procurando imitar hasta los gestos de los histriones, sin ver que el príncipe, indignado ante tal espectáculo, mirábale con expresión de cólera. Clístenes, no pudiendo contenerse más, le gritó: «¡Hijo de Tisander, tu danza deshace tu casamiento! – A Hipoclides le importa poco,» contestó el ateniense, poseído de vanidad y engañado por los aplausos burlones de la asamblea.

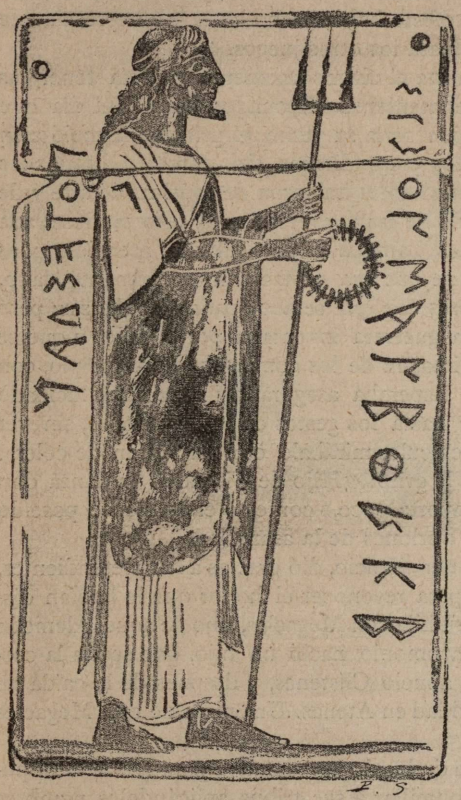
Entonces Clístenes, después de imponer silencio, dió gracias á los pretendientes, ofreció á cada cual un talento de plata para reconocer el honor que le habían dispensado solicitando su alianza, y casó á su hija con Megacles, hijo de aquel Alcmeón de que antes hemos hablado. De este matrimonio nació un hijo, que según la costumbre ateniense, tomó el nombre de su abuelo Clístenes, y después de la caída de los Pisistrátidas obtuvo la principal autoridad en Atenas. Una nieta de este Megacles fué madre de Pericles.

La antigua aristocracia doria hizo, sin duda, alguna tentativa para recobrar el poder en Sicione, pues vemos á Clístenes humillar á sus tribus aplicándoles nombres despreciativos, mientras que daba á la suya el de *Arquelanos*, ó jefes del pueblo. Cuando esta dinastía cayó, hacia el año 570, y los dorios hubieron recobrado la influencia, cambiaron aquellos nombres humillantes por los de tres tribus de Esparta y de Argos, *Hileos*, *Dimanes y Panfilianos;* y los Arquelanos fueron entonces los egialeos, ú «hombres de la ribera». Según parece, Argos había tratado de sostener al partido dorio de Sicione, y para castigarla, Clístenes abolió los juegos en que los rapsodas se disputaban el premio cantando los versos de Homero, porque este poeta había celebrado á los argivos. He referido ya su lucha singular contra el héroe Adrasto, que nos permite ver todo un lado de la vida religiosa de los griegos, y el culto de los hombres *santificados* (1) por sus hazañas. Sicione, que enviará 3.000 hoplitas á Platea, no volverá á tener, sin embargo, importancia política hasta la última edad de Grecia; esto no obstante, muy pronto poseyó una escuela de escultura, fun-

(1) Véase p. 131.

dada por dos cretenses, Dipenos y Scilis, hacia el año 560, y de la cual salieron Canacos y Lisipo. Plinio dice de Sicione «que fué patria de la pintura (1).»

El territorio de Corinto (2) era estéril, pero tenía para su defensa un Acrópolis inexpugnable en una escarpada roca de 575 metros, y para su riqueza dos puertos en dos mares, el Archipiélago y el mar Jónico; el del Oeste, el Lequeo, se enlazaba con la ciudad por un fuerte muro de 12 estadios. Las dificultades para la navegación alrededor del Peloponeso hicieron la fortuna de la ciudad, que por sus puertos ponía en comunicación el golfo de Sarónica con el de Corinto, y que podía abrir ó cerrar á su antojo el istmo que lleva su nombre. Este istmo, que Píndaro calificó de puente echado sobre el abismo, no mide más de 5 á 6 kilómetros de anchura, y el terreno es casi uniforme, ó por lo menos no tiene en su parte baja más que pendientes regulares, las cuales permiten elevarse insensiblemente á la altura de 60 á 70 metros. Por eso los corintios pudieron abrir una vía, el Diolcos, para los barcos que colocados sobre rodillos pasaban, con ayuda de máquinas, de un mar al otro. Los modernos lo han hecho mejor, pues continuando la obra de Nerón, abren en el istmo un canal (3). En la cima y al pie del Acrocorinto deslizábanse las aguas de un abundante manantial, la fuente Pirene, excelente, según decían, para templar el bronce corintio, pero mejor aún, en caso de asedio, para preservar á los ciudadanos de la sed. La prosperidad de Corinto databa de larga fecha, y los antiguos poetas, según Tucídides, dábanle el nombre de Corinto la rica. En sus arsenales se construyó hacia el año 700 el primer trirreme, y treinta y cuatro años más tarde dió origen á dos poderosas ciudades, Siracusa y Corcira. Para proteger su



Poseidón. (Placa votiva de Corinto) (4).

(1) XXXV, 11.

(2) Se ha conjeturado (*Gaceta arqueológica*, 1885, p. 404 y siguientes) que la primera ciudad del Istmo, aquella en donde los fenicios y los jonios introdujeron su dios Poseidón, fué Efira, de la cual quedan algunos vestigios cerca de las ruinas del templo de este dios. Después de la invasión doria, edificóse al pie del Acrópolis una nueva ciudad, la verdadera Corinto, cuya principal divinidad fué el dios dorio Apolo.

(3) Véase p. 9.

(4) Placa de arcilla pintada, descubierta en Corinto, y existente hoy en el museo del Louvre (O. Rayet, en la *Gaceta arqueológica*, V (1880), p. 104 y sig.). – El dios tiene su tridente en una mano y una corona en la otra. Detrás se ve inscrito su nombre (Ποτειδάν) y delante el de la persona que ha ofrecido el ex-voto: Ἴγρων(?)μ' ἀνέθεκε) Los caracteres, excepto el epsilón de Ποτειδάν, son los del alfabeto corintio, uno de los más antiguos de Grecia.



Ruinas del templo de Hera en Corinto

comercio vigiló los mares á fin de perseguir á los piratas, y en 664 libró contra los corcíreos, que habían olvidado pronto su origen, el más antiguo combate naval que se recuerda desde el tiempo de Tucídides. Corinto fué también la primera en modelar figuras, y precedió á las demás ciudades griegas en las artes del dibujo. Algún tiempo después debía dar su nombre al más rico de los órdenes arquitectónicos. En sus talleres se trabajaron la más fina lana, los bronces de más nombradía, vasos pintados que se buscaban por todas partes y perfumes que competían con los de Oriente; pero las frecuentes visitas de sus barcos á los puertos del mar oriental y la afluencia de extranjeros en su ciudad desarrollaron con la industria y el lujo las supersticiones y los vergonzosos vicios que encontramos en las ciudades asiáticas. Como las ciudades de Siria y de Babilonia, tuvo libres sacerdotisas de Venus, sin poder ostentar como excusa las creencias que dieron origen á las prostituciones sacras. Un antiguo legislador, llamado Fidón, trató inútilmente de curar estas llagas.



Alfarero. – Placa votiva de Corinto (1).

Su primer rey dorio había sido el Heráclida Aletas, y la dinastía que fundó produjo once generaciones de soberanos. Después de ellos, los Baquíadas, de la misma familia, en número de doscientos, se apoderaron de la monarquía y la abolieron después, á mediados del siglo VIII, pero conservando la autoridad, que ejercieron bajo el nombre de pritanos, magistrados anuales elegidos en sus filas. La asamblea del pueblo y el senado subsistieron, aunque dominados una y otro por aquella poderosa casa.

Esa oligarquía fué derribada en 657 por Cipselos. Los Baquíadas habían prohibido entre sí los matrimonios fuera de su orden; pero uno de ellos tuvo una hija coja, llamada Labda, que ninguno de los nobles quiso aceptar por esposa. Irritada por este desdén, unióse á un hombre de origen lapita, que no pertenecía á la aristocracia, y del matrimonio nació un hijo que los Baquíadas hicieron buscar cuidadosamente para darle muerte, pues un oráculo había anunciado que si conservaba la vida les sería fatal. Diez de ellos fueron á casa de Labda, quien creyendo que los nobles iban á visitarla para honrar á su esposo, permitióles llevarse á su hijo: habían resuelto en el camino que el primero que lo cogiese le aplastaría contra el suelo; pero la criatura que estaba en brazos del Baquíada comenzó á sonreir tan dulcemente, que el hombre se conmovió. Entonces, no atreviéndose á matarle, entregóselo á un compañero; éste se lo dió á otro, y así pasó sucesivamente de mano en mano, pues el niño sonreía siempre. Una vez fuera de la casa, echáronse en cara mutuamente su debilidad y convinieron en volver á entrar para herir todos á la vez; pero la madre, que lo había oído todo, ocultó á su hijo en un canasto de trigo, donde no pudieron encontrarle. Después de buscar largo tiempo, acordaron por último decir á los que les habían enviado que ya habían dado muerte al niño. Este se llamó Cipselos, nom-

(1) Placa de arcilla pintada, en el museo del Louvre (*Gaceta arqueológica*, V (1880), p. 104 y siguientes. – Un alfarero, sentado sobre su escabel, se sirve de un desbastador, dando vueltas á un *aribalo* puesto en una rueda, la cual pone en movimiento con la mano derecha. En un rincón hay dos montoncitos de arcilla, y de la pared penden dos *aribalos* semejantes al que modela.

bre tomado del objeto en que se le salvó (κυψελίς, cofrecito), aunque quizás es más probable que la leyenda se formara sobre el nombre que llevaba (1).

Cuando ya fué hombre se puso á la cabeza del partido popular y erigióse en tirano de Corinto; obligó á los ricos á pagar fuertes impuestos, desterró á los oligarcas, y durante los 30 años de su reinado conservó tan bien el amor del pueblo que jamás tuvo necesidad de guardias. Tal vez esta prolongada tranquilidad se debió á las colonias que fundó fuera de su patria. Durante su gobierno, en efecto, Corinto, resuelta á disputar á los corcíreos el comercio del Epiro y á asegurarse de las estaciones navales del mar de Jonia, fundó Anactorión y Ambracia alrededor del golfo de este nombre, y Leucade en una península que los habitantes separaron más tarde del continente por medio de un canal.

Cipselos dejó el trono en 629 á su hijo Periandro, cuyo carácter nos han representado bajo aspectos muy diferentes. Sin duda fué amado del pueblo como su padre, y terrible para la aristocracia. Mantenía relaciones con Trasíbulo de Mileto, y cierto día le consultó sobre lo que debería hacer para asegurar su poder. Por toda contestación, Trasíbulo condujo al mensajero á un campo de trigo, donde con su bastón hizo caer al punto todas las espigas que sobresalían de las demás, y hecho esto despidióle sin añadir palabra. El mensajero refirió á Periandro lo que había visto, manifestando su extrañeza por haber sido enviado á consultar á un hombre asaz extravagante para destrozar su propia hacienda. Pero Periandro comprendió el mudo lenguaje de Trasíbulo, y desde aquel día derribó cuanto se elevaba en el Estado sobre el nivel de la multitud, rodeóse de guardias extranjeros, hizo leyes suntuarias, que probablemente eran también políticas, como la que limitaba el número de esclavos, y para agotar los recursos de los grandes, impúsoles ruinosas ofrendas al templo de Olimpia. El fin de su reinado se distinguió por la toma de Epidauro, de donde expulsó á su suegro Procles; pero entristecido por el desgraciado fin de su mujer, Melisé, á quien mató en un exceso de celos, y por el pesar que le causaba su hijo Licofrón, que le echaba en cara aquel crimen y rehusaba ser su heredero, abandonó el poder.

Periandro había reinado cuarenta y cuatro años cuando murió en 585. Su sucesor Psamético no estuvo al frente del gobierno más de cuatro años (2), y después de él, la oligarquía, apoyada por tropas espartanas, derribó el trono hacia la misma época en que el partido dorio se entronizaba de nuevo, á su vez, en Sicione. Corinto cayó entonces desde las alturas del poder á que los Cipsélidas la elevaran; perdió Corcira, que Periandro había mantenido en la obediencia hasta su muerte; y sus colonias de Leucade, de Ambracia y de Anactorión se declararon independientes. Sin embargo, conservó las ventajas de su posición geográfica, y siguió teniendo mucha importancia por el comercio, por las artes y hasta por la política, como el día en que se opuso á que los peloponesios repusieran á Hipias en Atenas (3).

II. — ESTADOS SECUNDARIOS DE LA GRECIA CENTRAL

Lo que Corinto era al Sud del istmo, es decir, la llave de aquel paso, era al Norte Megara, con sus dos puertos en ambos golfos. Homero no hace mención de

(1) Herodoto, V, 92. Los Cipsélidas hicieron una ofrenda á Olimpia de un cofrecillo de madera de cedro, con esculturas en relieve é incrustaciones de oro y marfil, cuya curiosa descripción se debe á Pausanias (V, 17, 18, 19).

(2) El sobrino de Periandro había recibido sin duda su nombre egipcio del faraón Psametik, el primero que abrió el Egipto á los griegos.

(3) Véase p. 249.

ella, y sin embargo, parece muy antigua. Las leyendas y los nombres heroicos se acumulan en ella, como se acumularon también las razas en aquel territorio durante sus aventuradas correrías, dejando cada cual un recuerdo, del mismo modo que cada ola del golfo de Sarónica deja en él alguna piedra arrancada á las rocas Escironianas (1). Un rey de Atenas, Pandión, tenía su tumba y recibía honores de dios en Megara: ésta pagó á Minos la mitad del sangriento tributo impuesto á los atenienses, doble señal, tal vez, de una antigua dependencia respecto de ese pueblo. La monarquía fué abolida en Megara antes de la conquista doria, y entonces la ciudad tuvo magistrados, á quienes se dió el nombre de *esimnetos*, especie de reyes electivos y amovibles. Después de la vuelta de los Heráclidas quedó sometida por los corintios, y sus habitantes viéronse en la precisión de ir á llorar en los funerales de los Baquíadas, como los mesenios en los de los espartanos. Más tarde se hizo independiente con el auxilio de Argos, pero quedando sujeta á la dominación de los ricos propietarios dorios hasta el año 625, en el que Teagenes, padre político del ateniense Cilón, se hizo dueño del poder. Sin duda bajo su reinado los megarenses tomaron Salamina á los atenienses; esto no obstante, fué expulsado de Megara, en donde estallaron entonces violentas discordias. Las deudas eran la causa de ello, y desgraciadamente no había allí un Solón para contener las reformas dentro de los límites de la moderación y de la justicia. Los acreedores se vieron obligados, no solamente á renunciar á lo que se les debía, sino á devolver los intereses que ya se les habían satisfecho. Entonces, es decir, hacia el año 600, hubo destierros y confiscaciones. El poeta Teognis, que en aquel tiempo residía en Megara y pertenecía al partido aristocrático, nos ha dejado versos en que se reconoce la animosidad de los diversos bandos que tomaron parte en la lucha. «Esta ciudad sigue siendo tal, pero su pueblo es otro pueblo, compuesto de gente que no conocía antes ni tribunales ni leyes. Visten pieles de cabra y, como los ciervos, habitan fuera de la ciudad; ahora son los *buenos*, y los que en otro tiempo eran los valerosos pasan ahora por *cobardes*.» Como esos ciegos amantes del pasado, que no tienen ojos sino detrás de la cabeza, parécele que todo degenera y que se han perdido todas las virtudes. «El pudor ha muerto; la impudencia reina, y la injuria, victoriosa de la justicia, es dueña de todo el mundo. Hacer bien á los *malos* es sembrar en el mar blanquecino.» En su odio inextinguible ve ya elevarse al tirano que vengará á la aristocracia. «Que venga cuanto antes, exclama, el hombre que hollará bajo sus pies á ese pueblo insensato y le hará sentir la punta del aguijón, oprimiendo su cuello bajo pesado yugo.» En cuanto á él, «quisiera beber la negra sangre de sus enemigos (3).» El poeta de Megara es un desesperado, y los pesimistas de nuestro tiempo nada tienen que envidiarle. «Para el hombre, dice, el primero de los bienes sería no nacer; pero una vez nacido, sería franquear cuanto antes el umbral de la morada de Hades.» Sin embargo, esa desesperación es tan contraria á la naturaleza humana, que en otra parte, Teognis escribe «que es preciso esperar siempre, y que en los sacrificios la espe-



Moneda de Megara (2)

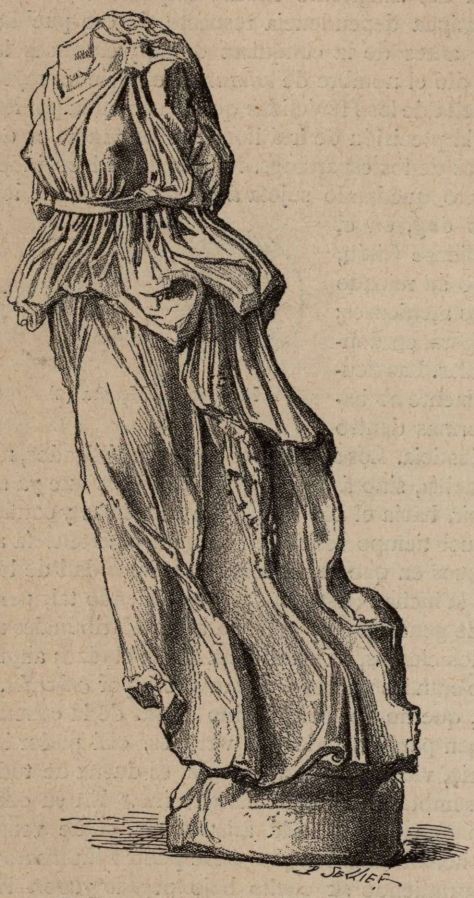
(1) Eaco y Minos, Telamón y Ayax, Teseo y Pandión, el feroz Tereo y la amazona Hipólita, Ino y Melicertes, Nisos, que dió su nombre á uno de los dos puertos, Adrasto, los Siete Jefes, Scirón y el pelópida Alcatos, Alcmenes y Euristes, tenían allí sus tumbas, altares, ó sitios consagrados.

(2) Cabeza laureada de Apolo mirando á la derecha. Reverso: ΜΕΓΑΡΕΩΝ. Lira. Plata (Gabinete de Francia).

(3) Teognis, versos 53, 69, 291, 349, 846. Sobre aquellos que en Grecia se llamaban los *hermosos* y los *buenos*, véase el discurso preliminar de Welcker en su edición de Teognis, p. XX.

ranza debe ser lo primero y lo último que se invoque (1).» También se ha de tener en cuenta en favor suyo el haber combatido la antigua y dura creencia de la expiación hereditaria, pidiendo á los dioses que no castigasen más al niño por la falta del padre.

En los versos de Teognis contra la democracia megarense se reconoce de hecho la revolución que se producía: esos hombres que visten pieles de cabra, signo de su condición, son los *catonacóforos* que hemos visto en Sicione y en otras partes; su traje corresponde á las ropas de esclavo de los ilotas laconios. Obsérvense también esas comparaciones con el ciervo que habita lejos de la morada de los hombres, con el buey que se ha de castigar con el aguijón para que doble la cerviz al yugo; ellos nos demuestran claramente que las aristocracias dorias, es decir, aquellos que se llamaban *buenos* y *valerosos*, ponen á los vencidos, á los *malos*, al nivel de las bestias de carga. Hasta entre los dominadores las costumbres eran salvajes. «Más vale ser carnero que hijo de un megarense,» decía un proverbio.



Victoria, descubierta en Megara (2).

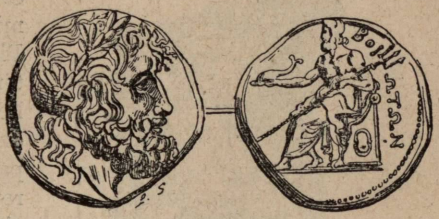
A pesar de estas discordias intestinas, á pesar de su reputación algo sospechosa respecto al espíritu, si hemos de creer á los atenienses, jueces muy competentes aunque con cierta prevención, Megara debió tener en el siglo VI una fuerza que no volverá á tener jamás. Sus lejanas colonias de Sicilia y de las costas de Bitinia y del Bósforo de Tracia, donde fundó Bizancio, indican, por lo menos, una población numerosa y un comercio floreciente. Luchó contra los atenienses y venció una vez á los que iban á ser dueños del mar, perpetuando este glorioso recuerdo una proa de bronce suspendida en su templo de Júpiter. Más tarde envió á Platea 3.000 hoplitas. Hoy día, dice Plutarco, la Grecia entera no podría suministrar ese contingente. Posteriormente dió origen á una escuela de filosofía. Pero faltábale la base de una fuerza duradera: carecía de agricultura. «Los megarenses labran piedras,» dice Isócrates. De aquí esas continuas tentativas para invadir la fértil llanura de Eleusis. Además de esto,

(1) Versos 425 y 1143.

(2) Mármol encontrado en Megara en 1830, y que se conserva hoy en Atenas delante del Teseion, según las *Mittheil. d. d. arqueolog. Institutes in Athen.* VI (1881), p. XI. – La estatua, desgraciadamente muy deteriorada, es de buen estilo.

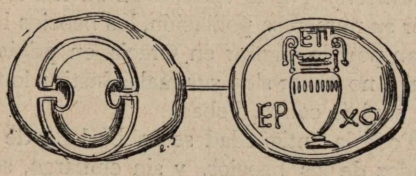
era tan hostil como Esparta á los extranjeros; y al ofrecer su derecho de ciudadanía á Alejandro, pretendió habérselo dado solamente á Heracles, abuelo del héroe.

De la Megárida pasamos á la *Beocia*, inmediata al Atica, de la cual la separan tan sólo los desfiladeros del Parnes. Este país tiene un aspecto muy diferente; la vegetación es más vigorosa; la tierra, bañada por numerosas corrientes de agua, revela á primera vista la fertilidad y la riqueza, y los pastos abundan; pero en ese cantón se buscarían en vano las líneas armoniosas del Atica. Los contornos de las montañas son menos precisos, las aristas no tan agudas, la mirada está limitada por todas partes y una atmósfera espesa y vaporosa hace recordar con tristeza la luz que ilumina el paisaje ateniense. El contraste es tan notable entre las dos historias como entre los dos países.

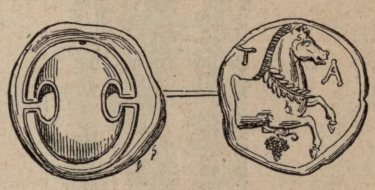


Moneda de los beocios (1).

La monarquía fué abolida en Beocia muy pronto, desde el siglo XII, dividiéndose entonces el país en tantos Estados secundarios como ciudades, es decir, diez ó doce. Orcomenes, que había decaído mucho de su antigua grandeza; Tebas, Platea y Tespias, las dos únicas ciudades beocias que se negaron á dar la tierra y el agua á los heraldos de Jerjes; Tanagra, donde había nacido Corina, la rival de Píndaro, y por último Queronea, eran las ciudades más importantes. Cerca de Tespias hallábase el burgo de Ascra, patria de Hesiodo. Cada una de las ciudades tenía su territorio y su régimen particular, mas el gobierno era generalmente oligárquico. Sin



Moneda de Orcomenes (2).



Moneda de Tanagra (3).

embargo, en Tebas surgieron perturbaciones en el seno mismo de la clase dominante á causa de la desigualdad de las propiedades, y por esta causa llamóse á un legislador de Corinto, el Baquíada Filolao, para que redactara un código de leyes. Este legislador trató de organizar la aristocracia de modo que fuese duradera, limitando á un número determinado las familias que tuviesen derechos políticos y excluyendo de las funciones públicas á todo tebano que en los diez años anteriores hubiera ejercido cualquier oficio. Como se ve, estas leyes fueron dictadas por el más puro espíritu dórico (4). Otra prueba de este mismo espíritu era la repugnancia de Tebas á

---

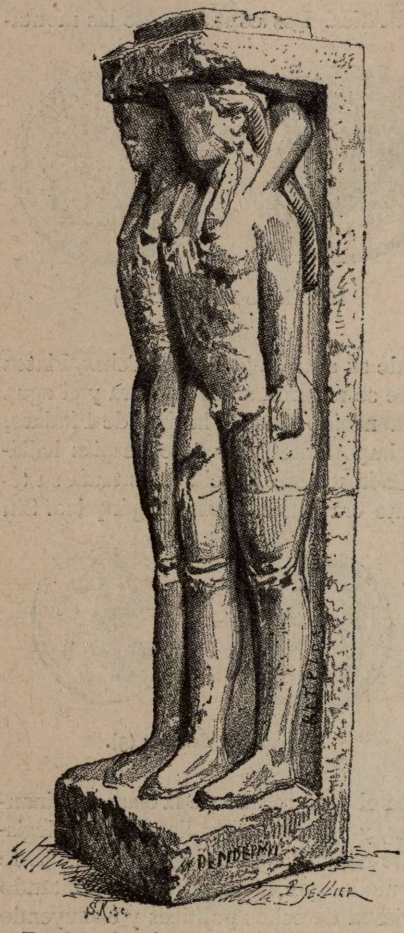
(1) Cabeza laureada de Júpiter mirando á la derecha. Reverso: ΒΟΙΩΤΩΝ. Neptuno, sentado en su trono, con un delfín en la mano derecha y el tridente en la izquierda. Bajo el sitial del dios del mar, el escudo beocio (tetradracma del Gabinete de Francia).

(2) El escudo beocio. Reverso: ΕΡΧΟ (Ἐρχομενίων). Anfora: encima, las letras ΕΠΙ, iniciales de un nombre de magistrado (plata).

(3) Escudo beocio. Reverso: ΤΑ (Ταναγραίων). Medio caballo con el cuello adornado con una corona de laurel galopando hacia la derecha. Debajo un racimo de uvas (plata).

(4) Sin embargo, prohibía matar á los recién nacidos, derecho que se ejercía ó toleraba casi en todas partes, incluso en Atenas. Permitía al ciudadano pobre llevar á su hijo al magistrado, quien

recibir extranjeros en su ciudad. Lo mismo por lo que toca á ella que por lo que se refiere á Esparta, conócense muy pocas concesiones del derecho de ciudadanía; pero Tebas difiere de Lacedemonia por las perturbaciones que suscitaron alternativamente una oligarquía y una democracia desenfrenada (1). En Tespias se consideraba también un oficio cualquiera como cosa degradante para el hombre libre.



Escultura beocia (Dermys y Kitilos) (2).

Las ciudades de Beocia formaron entre sí una liga, á cuya cabeza se puso Tebas; pero esta preeminencia acabó por convertirse en dominio absoluto. Varias ciudades, entre otras Platea y Tespias, trataron de oponerle resistencia, y por esto se promovieron guerras que llevaron consigo la destrucción de esas dos ciudades por los tebanos. Los asuntos del país discutíanse en cuatro consejos que se reunían en los cuatro distritos en que la Beocia se dividía; y elegíanse once *beotarcas*, que, como magistrados supremos, estaban á la cabeza de la confederación y tenían el mando de los ejércitos; pero debían resignar sus poderes al terminar el año bajo pena de muerte. Tebas nombraba por sí sola dos, uno de los cuales era presidente del cuerpo. En las fiestas solemnes reuníanse los individuos de la liga en los campos de Coronea alrededor del templo de Minerva. Por lo extenso de su territorio y por su numerosa población, los beocios hubieran podido figurar en Grecia en primera línea, á no haber sido sus malas instituciones y su envidia contra Tebas.

Toda la antigüedad se ha burlado de la pesadez de los beocios, y sin embargo, son los que dieron á Grecia el más famoso de sus poetas líricos, Píndaro; Corina, su émula, y aquel que se acerca más á Homero en la alta poesía, Hesiodo. De este último he citado ya varios fragmentos; he aquí otros que también son notables. «No hagas jamás daño á nadie. Ama á quien te ama; socorre á quien te auxilia. Aquel que da, siente en su corazón un dulce arrobamiento.» Y si en otro lugar dice: «Rehusa á quien te rehusa,» después añade: «Cuando tu prójimo reconozca su falta, devuélvele tu amistad;» y sin cesar recomienda que se proteja al débil y al suplicante,

---

le vendía á otro ciudadano. Este se obligaba á educarle, pero el niño quedaba esclavo (Eliano, *Variæ Historiæ*, II, 7).

(1) «Los asesinatos son frecuentes en Tebas,» escribía Dicearco (Περὶ τῶν πόλεων, ap. *Fr. H. G.*, edición Didot, t. II, p. 258). Todo cautivo que cayera entre sus manos por la suerte de las armas tenía la ventaja de poder rescatarse, á menos de haber nacido en Beocia, en cual caso se le condenaba á muerte (Pausanias, IX, 15, 4).

(2) Relieve en toba, descubierto en una de las necrópolis de Tanagra (según las *Mittheil. d. d. arqueolog. Instit. in Athen.*, III (1879). Tab. XIV y p. 309, n.° 4). – Este monumento, uno de los

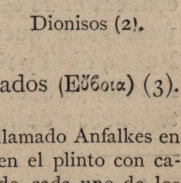
al huésped y al huérfano. Júpiter ha llegado á ser la justicia; la moral es su ley, y el dios castiga á los que la infringen. Hesiodo promete al justo lo que era la mayor recompensa hebraica, una vejez prolongada y feliz, numerosos hijos que se le parezcan, todos los bienes de este mundo, y por último, después de esta vida, las islas de los Bienaventurados. Para el malo reserva el Tártaro, cuyo umbral es de bronce y está guardado por el Cerbero.

Es de notar que en el país que se extiende desde el Parnaso al Atica fué donde se efectuó el último movimiento religioso; allí se establecieron el culto de Apolo y los misterios de Eleusis; allí tuvo su origen la leyenda de Hércules, el primer héroe; allí fué donde Baco, el último de los grandes dioses helénicos, tomó verdaderamente posesión de su divinidad en el Parnaso, cerca de Delfos, en el Citerón, inmediato á Tebas, y en los alrededores de Orcomenes, donde se celebraba su culto desordenado. Las mujeres, vistiendo la nebrida de las bacantes, atronaban las montañas con sus ruidosas danzas salvajes, iluminaban los bosques con el resplandor de sus antorchas y corrían en busca del dios.



Moneda de Tebas (1).

No olvidemos tampoco que las Musas, bajando del Olimpo, detuviéronse en el Parnaso, y que en sus graciosos repliegues el Helicón oculta la fuente sagrada de Hipocrene. Por último, una tradición refiere que Eteoclo fundó en Orcomenes el culto de los Carites, de modo que así las Gracias como las Musas, serían, según lo referido, de Beocia. Cierto es que las artes se cultivaban en aquel país; su escuela de pintura, aunque tardía, no careció de gloria, siendo testimonio de ello los nombres de Nicomaco y de Arístides; y en cuanto á la música, era una afición nacional. Tebas se funda á los acordes de la lira de Anfión; los flautistas tebanos son célebres en toda la Grecia, y las cañas más propias para la fabricación de la flauta crecen á orillas del lago Copais. La Beocia no fué, pues, tan desheredada como su mal renombre podría hacer creer.



Dionisos (2).

Enfrente de este país, al otro lado del Euripo, prolóngase una isla montañosa y estrecha, llamada *Eubea*, la tierra de los ricos ganados (Εὔβοια) (3).

---

más antignos y notables de la escultura beocia, fué erigido por un personaje llamado Anfalkes en la tumba de dos amigos, Dermis y Kitilos. Así lo dice la inscripción grabada en el plinto con caracteres arcaicos: Ἀμφάλκες [ἔ]στασ' ἐπὶ Κιτύλοι ἠδ, ἐπὶ Δέρμυι. El nombre de cada uno de los personajes está repetido á lo largo de la pierna derecha del uno (Δέρμυς), y de la izquierda del otro (Κιτύλος). El artista los ha representado completamente desnudos, pasando el uno su brazo por el cuello de su amigo; pero el brazo está demasiado alto, parece caer del plinto superior que forma capitel (véase A. Dumont en la *Gaceta arqueológica*, V (1878), p. 160).

(1) Escudo beocio. Reverso: ΘΕΒΑΙΟΝ. Hércules desnudo, armando su arco. Hermoso estilo arcaico (Moneda de plata del Museo Británico, *Grecia Central*, lám. XI, n.° 2).

(2) Cabeza de Dionisos, de frente, coronada de pámpano y hiedra, en una moneda de Tebas. En la inscripción ΘΕ (Θηβαίων); en el reverso escudo beocio.

(3) El buey era el tipo ordinario de las antiguas monedas de la isla. Su población fué una mezcla de cretenses (curetas), de fenicios y griegos que llegaron de todos los puntos del continente; pero predominaba el elemento jónico (J. Girard, *Memoria sobre la Eubea* en los *Archivos de las Misiones*, t. II, p. 635). Homero elogia sus vinos (*Ilíada*, II, 537). Medía esa isla 1200 estadios de longitud por 150 de ancho. Eubea dió su nombre á un sistema métrico diferente del de Egina, que fué adoptado por Atenas y las ciudades jónicas.

Su costa oriental, muy escabrosa, carece de puerto; pero la otra, por el contrario, fácilmente accesible en mil puntos, se abre en el centro, presentando una extensa y fértil llanura, donde se elevaban las dos principales ciudades, Eretria y Calcis, construída esta última en la pendiente de una colina que tiene un buen puerto en su base. En una y otra gobernaba una oligarquía de ricos propietarios llamados *Hipobotes* (que alimenta caballos). Eretria tuvo una época de poderío, durante la cual mandaba en Andros, Tenos y Ceos, pudiendo poner en pie de guerra tres mil guerreros, seiscientos jinetes y sesenta carros. Las dos ciudades se hicieron la guerra largo tiempo, por cuestión de unas minas cuya posesión se disputaban, y estas luchas, en las cuales Calcis



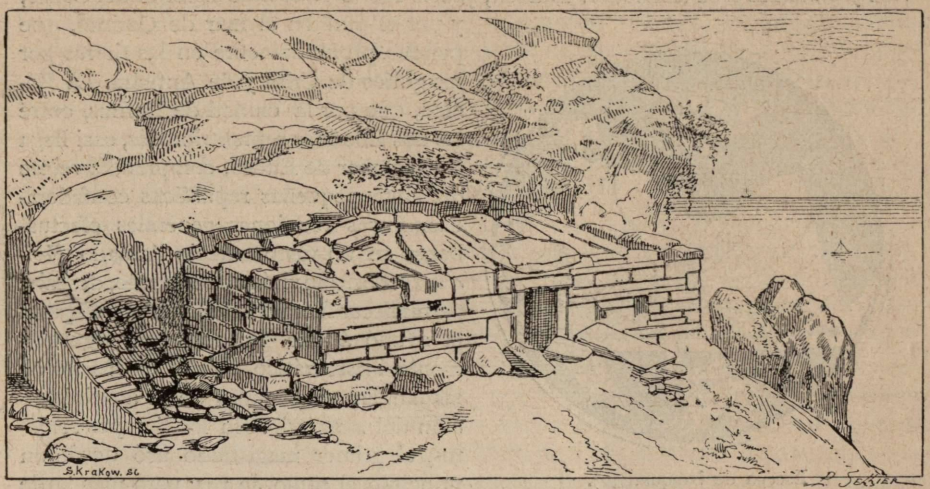
Las Musas (1).

representaba la aristocracia y Eretria la democracia, interesaron por esta razón á toda la Grecia, dando lugar á la primera liga entre ciudades lejanas. Mileto quiso tomar parte en la alianza de Eretria, y Samos en la de Calcis. En opinión de Tucídides, fué la guerra que más agitó á toda la Grecia desde la caída de Troya hasta la invasión persa. Entre los dos Estados habíase firmado un extraño y leal convenio, cual era el de obligarse á no hacer uso de dardos ni de proyectiles en los combates, pues no se quería que el cobarde pudiese matar desde lejos al hombre valeroso. Eubea, fértil y rica, no supo conservar su libertad, y llegó á ser como una granja de Atenas; pero el contacto con la ciudad de Minerva no enardeció las pesadas inteligencias de los hombres de aquel país. Eubea no produjo ni un filósofo ni un

(1) Sarcófago de mármol pentélico, casi intacto. Descubierto á principios del siglo XVIII, á corta distancia de Roma, pasó del museo del Capitolio al del Louvre (véase Fröhner, *Informe de la Escultura antigua en el museo nacional del Louvre*, n.° 378). – Las nueve Musas están representadas en el orden siguiente, partiendo de la izquierda: *Clio*, musa de la historia, lee en un rollo desplegado; *Talía*, musa de la comedia y de la poesía bucólica, tiene una careta cómica en la mano izquierda, y en la derecha un palo de pastor (*pedum*). Siguen *Erato*, musa de la poesía erótica; *Euterpe*, musa de la poesía lírica, que lleva dos flautas; *Polimnia*, musa de los himnos, en la actitud meditabunda que nos ha dado á conocer la *Apoteosis de Homero; Caliope*, musa de la poesía épica, que tiene en una mano sus tablillas de cera y en la otra el punzón ó *estilo; Terpsícore*, musa de los coros, que lleva en una mano su lira y en la otra el *plectro*, asemejándose á Apolo Musageto, ó conductor de las musas (véase la *Apoteosis de Homero*, p. 447); *Urania*, musa de la astronomía, traza el movimiento de los astros en un globo colocado en tierra, y en último término *Melpómene*, musa de la tragedia: lleva una careta trágica levantada sobre la cabeza, calza coturnos, y ostenta un largo vestido de teatro. En el friso de la cubierta, que remata á derecha é izquierda con una careta de joven sátiro, represéntase un festín báquico.

poeta; á menudo obsérvase que los países ricos no tienen más que riquezas. Dios da limosna á los pobres, otorgándoles el valor ó la generosidad.

Los calcidios fueron tristemente famosos por un vicio que no comprendemos, pero que toda la Grecia practicó en grande escala, comunicándole al imperio romano, y que el Oriente conservó: le designaron con su propio nombre χαλκιδίζειν. En la plaza pública habían erigido un monumento suntuoso, que se relacionaba, no solamente con una tradición heroica, sino también con un recuerdo de aquella pasión amorosa de que no eran objeto las mujeres. Era la tumba de Cleomacos, jefe tesalio



Ruinas del templo del monte Oca, en Eubea (1).

que había ido á socorrer á Calcis contra Eretria. En un momento crítico se le insta para que dé una carga á la caballería enemiga. «¿Mirarás el combate?» pregunta á un joven á quien amaba. Este jura no perder de vista la lucha un instante, precipítase en sus brazos, y después arma con sus propias manos á su amigo. Cleomacos se lanza en medio de la batalla, dispersa á la caballería de Eretria, y hace destrozos entre sus hoplitas; pero á su vez cae herido y muere en el seno de la victoria.

Los calcidios fueron los que enviaron á Italia la más antigua de las colonias griegas del Occidente, la de Cumas en Italia, en el siglo XI, y ellos también los que en el siglo VIII penetraron los primeros en Sicilia, entablando más tarde relaciones con Corcira. Al Nordeste, en las costas de Tracia, penetraron en la península que, tomando su nombre, se llamó Calcídica, y allí erigieron treinta y dos ciudades, prueba

(1) Según los *Monum. dell' Inst. arqueol.*, III, t. XXVII, 1. (Cf. la memoria ya citada de M. J. Girard, p. 708 y sig.). Este templo ocupa una pequeña plataforma en la más alta y más meridional de las dos cimas del Oca, que es al mismo tiempo la más inmediata á Caristos. Es una construcción del género ciclópeo, aunque las moles de roca irregularmente dispuestas que forman los muros indican una tendencia á formar líneas de cimientos. El edificio se compone de una *cella* de $12^{m},70$ de largo por $7^{m},70$ de anchura, y en uno de los lados que se prolongan, hay una puerta con ventanas á ambos lados. Tanto aquélla como la techumbre tienen un carácter particularmente notable. La puerta, que da al mediodía, se compone de cuatro piedras; dos grandes y delgadas, que servían de jambas, y otras dos que formaban el travesaño. El techo se había formado con grandes planchas de roca que se apoyaban en cada una de las cuatro paredes, sobreponiéndose y elevándose en suave pendiente. Todas las tejas terminaban en un espacio vacío. Si se admite que siempre fué así, el templo del monte Oca sería la más antigua muestra de un templo hipetra.

evidente de su antiguo poderío, pero la derrota de 508 los arruinó (1) hasta el punto de que en las guerras Médicas hubieron de pedir barcos prestados á la ciudad de Atenas.

Desde Beocia se pasa á la Fócida atravesando, cerca de Queronea, la cadena del Parnaso y el famoso desfiladero que los antiguos llamaban «camino hendido», por donde se iba á Delfos, costeando el profundo valle de Pleistos. En vez de una vasta cuenca central, como la del lago Copais, en torno de la cual se agrupan las ciudades beocias, la Fócida tiene en su centro altas montañas que han difundido vida y ciudades á su alrededor: es decir, por el Norte en el valle superior del Cefiso, y por el Sud en el mar de Corinto, que penetra profundamente en las tierras por los golfos de Crisa y de Anticira. La Fócida, que por la ciudad de Dafnus, entre las dos Lócridas septentrionales, casi llega hasta el mar de Eubea, comprendía veinte ó treinta pequeñas repúblicas confederadas, cuyas reuniones generales efectuábanse en un vasto edificio llamado *Focicón*. Delfos, que vivía de su templo, deseaba permanecer fuera de esta unión, y Esparta la ayudó á ello. Su gobierno, rigurosamente aristocrático, estaba en manos de las familias encargadas de la administración del santuario. En los tiempos remotos, el primer magistrado usó desde un principio el título de rey; pero más tarde llamóse pritano. Un consejo de quinientas personas de la familia de Deucalión administraba los negocios del oráculo.



Escena de banquete (2).

Delfos no tuvo siempre esta independencia. Antiguamente hallábase bajo el dominio de Crisa, que, edificada en una cordillera desviada del Parnaso, bajo las *Fedriadas*, ó «rocas brillantes», dominaba el profundo barranco de Pleistos. Al acercarse al mar, este arroyo, hasta entonces muy encauzado, atravesaba una fértil llanura cuyas orillas habían corroído las aguas del golfo de Corinto, acabando por abrir en ellas una bahía profunda. Como todos los fundadores de ciudades en la edad heroica, los ciudadanos de Crisa habían buscado la seguridad en el interior de las tierras, sobre una roca escarpada, y más tarde establecieron un puerto en Cirra

(1) Véase p. 142.

(2) Pintura en el fondo de una copa de Tanagra según las *Mittheil. d. d. arqueol. Instit. in Athen*, IX (1884). Tab. I (U. Kœhler). – «Un hombre barbudo, coronado de apio silvestre, y con la parte inferior del cuerpo cubierta por una clámide... está echado en un lecho, apoyando el hombro y el brazo izquierdo en un cojinete. Tiene la cabeza echada hacia atrás, y de su boca entreabierta escápanse las siguientes palabras, que se leen en el campo : ὦ παῖδων κάλλιστε. Con la mano izquierda sujeta unos palillos, y la mano derecha, que está pendiente, acaricia una liebre. En el campo se ve suspendida una canastilla... La inscripción indica el carácter del personaje, y por otra parte se ha de recordar que la liebre figura á menudo en las escenas de erastos y de eromenes (Collignon, *Catálogo de los Vasos pintados del museo de la Sociedad arqueológica de Atenas*, n.° 469). M. Kœhler ha tenido la suerte de encontrar los versos que el personaje canta, que son dos de Teognis, 1365-1366.

Ὦ παῖδων κάλλιστε καὶ ἱμεροέστατε πάντων,
στῆθ' αὐτοῦ καί μου παῦρ' ἐπάκουσον ἔπη.

La comida ha concluído, el *simposión* ha empezado y el personaje canta.

para las necesidades del comercio. En el valle superior del Pleistos desprendíanse vapores de una grieta del terreno (1), y admirados al observar este fenómeno, que dió fama á Delfos, consagraron en aquel sitio un templo en honor de Apolo, el dios que revelaba el porvenir (2). De este modo hallábanse á medio camino de su puerto y de su santuario; pero era inevitable que uno y otro tomaran incremento á sus expensas, gracias á la multitud de peregrinos que llegaban por la vía marítima para consultar al oráculo. Crisa fué poco á poco abandonada por sus habitantes, que fueron á buscar fortuna, ya á Cirra, donde afluían los devotos de Apolo, ya á Delfos, donde entregaban sus donativos al dios, dejando mucho dinero á sus huéspedes. Cuando los muros ciclópeos de Crisa, cuyos restos se ven aún, quedaron del todo desiertos, comenzó la lucha entre los habitantes del puerto y los del santuario, porque los primeros imponían exacciones á los peregrinos cometiendo violencias que los segundos tenían interés en reprimir. Esta rivalidad produjo la primera guerra Sagrada (600), que los anfictiones ordenaron, que los tesalios, los siciónidos y los atenienses dirigieron, y cuyo resultado fué la destrucción de Cirra. Esta debía ser otra guerra homérica, ó más bien legendaria, pues el sitio de Cirra, como el de Troya, duró diez años.

Pausanias en su *Viaje* y Frontino en sus *Estratagemas* cuentan que los aliados, siguiendo el consejo de Solón, echaron eléboro en el manantial donde los sitiados bebían, y que debilitados éstos por el uso de aquellas aguas, se rindieron al fin. Un manantial que tenía la misma propiedad del eléboro, y que se halla cerca de la ciudad, dió origen á esta historia. En cuanto á la duración del sitio era preciso, tratándose de una ejecución religiosa, que los relatos que circulaban en Grecia demostrasen cuál había sido la perseverancia de los devotos de Apolo para vengar sus injurias. Durante muchos años no hubo en el territorio de Cirra más que devastaciones periódicas, como las que los lacedemonios cometieron en Atica en tiempo de la guerra del Peloponeso. La falta de máquinas para batir las murallas hacía que las ciudades que las tenían ciclópeas fuesen inexpugnables mientras no careciesen de víveres.

Las disposiciones adoptadas por los sacerdotes de Delfos después de esta sangrienta ejecución demuestran mucha habilidad. Los despojos de Cirra sirvieron primeramente para instituir los juegos píticos, que rivalizaron en brillantez con los de Olimpia, con gran beneficio del templo y de sus servidores. Después, á fin de evitar que otra ciudad ocupase el sitio de la destruída, consagraron á Apolo las tierras de Cirra, que por lo tanto debían quedar incultas y desiertas bajo pena de sacrilegio. No obstante, podían servir para los pastos, pues era necesario que los peregrinos hallasen víctimas para presentarlas en los altares, puesto que el oráculo no contestaba á las preguntas hasta después de hacerse el sacrificio, una parte del cual era para los sacerdotes. He aquí por qué los poetas satíricos, para decir que el delfiano vivía en medio de las fiestas y de los sacrificios, representábanle con una corona en la cabeza y un cuchillo en la mano (3).

No hablamos de la *Dórida*, reducido y triste país, con cuatro pueblos que se

---

(1) Actualmente no se ven estos vapores.

(2) El examen de las ruinas de Crisa y de Delfos prueba efectivamente que las murallas pelásgicas de la primera son anteriores á las construcciones subterráneas de la segunda, formadas con bloques irregulares, pero cortados cuidadosamente. El pueblo de Kastri está en gran parte construído sobre el terraplén que servía de base al santuario de Delfos. Este último estaba situado en la parte más alta de la ciudad y dominado por las rocas Fedriadas. Desde el templo bajábase á la fuente de Castalia, y sobre ésta elevábase la roca Hiampeya, desde donde los delfianos precipitaron á Esopo.

(3) Ateneo, IV, 74.

daban el nombre de ciudades, pero que Lacedemonia honraba llamándola su metrópoli, ni tampoco de las tres Lócridas, territorio sin ninguna importancia.

Al Norte de la Fócida se extiende la Tesalia, dividida en cuatro distritos: la Tesaliótida, la Pelasgiótida, la Phthiótida y la Histieótida. Los tesalios propiamente dichos se nos presentan como un pueblo rudo, violento, y tal vez extraño á la raza helénica, por más que hablase un dialecto afine del eolio. Su caballería gozaba de gran fama, porque su nobleza se batía montada, y tenía una raza de caballos pequeños y sobrios, pero de mucho nervio y muy resistentes á la fatiga. En cambio, su infantería era mala; pues no tenían más que tropas ligeras, mal armadas y poco belicosas, porque no combatían por propio impulso, sino en provecho de sus amos. Estos auxiliares eran los *penestes*, es decir, los *trabajadores* ó los *pobres*, antiguos habitantes de la Tesaliótida y de las regiones vecinas, que, como los ilotas de Esparta, cuidaban de los innumerables rebaños de los tesalios, cultivaban sus tierras y seguíanles á los combates. Sin embargo, no podían ser vendidos fuera del país, ni despojados sin causa legítima de la granja que se les había dado, ni privarles del derecho de contraer matrimonio y adquirir por cuenta propia; resultando de esto que algunos llegaron á ser más ricos que sus mismos amos. Los penestes habitaban en la ciudad en barrio separado, pues la *Agora*, donde se reunían los señores, no debía mancharse con la presencia del esclavo. Como tantas otras aristocracias militares, los tesalios eran libertinos y violentos, aficionados á la ostentación y vanidosos; pero faltábales la gracia del talento y de las costumbres, y la poesía les interesaba tan poco, que ni Simónides consiguió hacerse escuchar de ellos. Otro indicio de la rudeza de aquel pueblo era que en Tesalia pululaban los magos que en Atenas eran castigados con la pena de muerte.



Moneda de los epirotas (1).

Si los tesalios hubiesen estado unidos, habrían llegado á tener gran importancia; pero aquella nobleza turbulenta y altiva se debilitaba por continuas discordias. No sólo eran independientes los grandes cantones, sino que cada uno de ellos se subdividía en distritos que hacían vida aparte. Así, el país de los oeteos contaba catorce distritos, y los habitantes del uno podían negarse á seguir á la guerra á los de los otros. En algunas ciudades hubo familias dominantes: en Cranón los Scopades; en Larisa, los Aleuades, que se titulaban descendientes de Hércules, y que para propalar su nombre en Grecia, más bien que por gusto á la poesía, hacían cantar sus glorias por Simónides y Píndaro. Algunas veces, no obstante, todo el país se reunía bajo la presidencia de un *tagos*, especie de dictador como los de Roma. Dos generaciones antes de la guerra de los persas, hubo uno que usurpó el poder á Larisa, pero por poco tiempo. Esta antigua ciudad pelásgica, la más rica de Tesalia, era famosa por sus corridas de toros, y en sus inmediaciones celebrábase una fiesta que recuerda las saturnales de Roma: en efecto, en cierto día del año los esclavos eran servidos por sus amos (2).

---

(1) Bustos unidos de Júpiter y de Juno mirando á la derecha; Júpiter lleva una corona de hojas de encina, y Juno una diadema. En el campo hay dos monogramas de nombres de magistrados. Reverso: ΑΠΕΙΡΩΤΑΝ. Toro cornúpeto á la derecha, rodeado de una corona de encina (plata).

(2) Ateneo, XIV, 44 y 45, recuerda que en Creta y en Trezena existía la misma costumbre. En Atenas, el precio de un esclavo era de 200 dracmas.

No citaremos más que á los *lócridos ozoles*, á los etolios, pueblo bandido y semisalvaje, cuya lengua no comprendía Tucídides, y los *acarnanios*, á quienes no pudieron civilizar las colonias de Corinto en Anactorión y en Léucade. Tucídides dice de esos tres pueblos, que conservaban las costumbres de la edad heroica, la de entregarse al bandolerismo y la de estar siempre armados. A más altura está el Epiro, que careciendo de puertos, estuvo poco expuesta á la colonización griega; pero ya salimos del mundo helénico y estamos entre los bárbaros (1).

¿Qué resulta de este cuadro? Por de pronto el hecho singular de que la civilización y el poder, distribuídos casi igualmente en todas las provincias de la Grecia de Homero, se han acumulado y concentrado en la parte oriental. Los pueblos del Norte y del Oeste disminuyen, y algunos hasta se mantienen completamente separados de la vida común. El segundo hecho es que nunca existió país más agitado que el de los griegos; este pueblo ha vivido largo tiempo, pero sobre todo ha vivido mucho. En Grecia no se encontrará un solo rincón que haya permanecido sepultado en el reposo y en la apatía; en todas partes se nos presentan las pasiones, la ambición, las luchas y las revoluciones. Semejante vida constituía una educación ruda; y he aquí por qué al llegar los persas, esos sentimientos poderosos de libertad, de emulación y de amor á la gloria, que en todas partes germinan, esos cuerpos sanos y vigorosos, adiestrados en los combates y en los ejercicios, darán muy pronto cuenta de las multitudes que arrastran perezosamente sus largos ropajes bajo los latigazos de sus amos.

CAPITULO XII

FUNDACION DE LAS COLONIAS GRIEGAS

I. — COLONIAS DEL ASIA MENOR

Acabamos de ver hasta qué punto se había multiplicado la vida en la Grecia continental, y ahora volveremos á observar la actividad prodigiosa de ese pueblo en las riberas y en las islas de aquellos mares que se comunican entre sí, desde las columnas de Hércules hasta el *Palus Meotide*.

Mil causas impulsaron á los griegos á emigrar: religión, carácter, posición geográfica, revoluciones interiores, exceso de población; más tarde, el deseo de extender las relaciones políticas de la madre patria y ocupar para ella, en lejanas tierras, puntos de apoyo que favorecieran su comercio ó su dominación. Confiados é intrépidos, la más leve señal de la divinidad, el oráculo más oscuro, indúceles á montar sus barcos para lanzarse en medio de los mares. El hijo del Oriente se prosterna inmóvil y tembloroso ante sus terribles divinidades: los dioses del Olimpo no infunden semejante terror. Véase en Homero cómo sus fieles departen familiarmente con ellos,

(1) Tucídides, I, 5. Los tesprotas, en cuyo territorio estaban Dodona y la caverna del Aqueronte, donde se evocaba á los muertos, y los molosos, son considerados por Herodoto como helenos; Platón da este título á los atamanes. Tucídides y Estrabón no ven sino bárbaros en todos esos pueblos. Al Norte del Epiro, los albaneses ó eskipetaros hablan una lengua que no se ha escrito todavía. En cuanto á la costumbre del bandolerismo, practicábase un poco en todos los puntos de Grecia (véase Egger, los *Tratados públicos en la antigüedad*, p. 20-21). Hasta en Atenas Solón hizo una ley relativa á las asociaciones legítimas, y entre ellas cuenta las de ἐπὶ λείαν.

tocando con la mano las rodillas y la barba de sus estatuas cuando solicitan alguna cosa, cual podría hacerlo el niño que juega con su padre. El griego es audaz, y los dioses son buenos; bajo sus auspicios aventúrase en ese mar que, con sus innumerables golfos, parece ir á buscarle hasta en medio de las tierras, y se abandona á merced de los vientos; pero el dios le guía, porque también le son agradables esas expediciones lejanas que multiplican sus altares y sus honores. «¡Oh Febo! bajo tus auspicios se levantan las ciudades; te complaces en fundarlas, y tú mismo pones la primera piedra» (1). Esa tendencia expansiva, que los griegos modernos conservan aún, manifiéstase hasta en las leyendas de los tiempos primitivos, según las cuales, los Argonautas y los jefes que volvieron del sitio de Troya (2) visitaron dos veces todo el mundo conocido.

No me propongo hacer la historia legendaria de las colonias; no se tratará aquí de los pelasgos, que la tradición hace aparecer en tantas partes; ni de Danae, que Virgilio conduce á Ardea, en el Lacio; ni de Minos y de su expedición á Sicilia, ni de la dispersión, en fin, de los jefes griegos después de la guerra de Troya. Solamente hablaré de la gran emigración que siguió en el siglo XII, al establecimiento de los tesalios y á la invasión doria, cuando estas dos tribus conquistadoras, acosando á la vez por Norte y Sud á los pueblos refugiados en la Grecia central, obligáronles á comenzar otra vez en sentido inverso el viaje que sus padres efectuaron en otro tiempo por el mar Egeo.

Este mar es un lago griego. Los vientos periódicos que soplan del Norte por la mañana y del Mediodía por la noche y que rara vez se presentan tempestuosos, conducen la nave sin esfuerzo desde Atenas á Mileto, y vuelven á llevarla desde Efeso á Egina. Numerosas islas ofrecen al navegante buenas escalas con abrigos seguros; y al término de este fácil viaje hállase la otra mitad de Grecia, la Jonia, de dulce nombre y clima voluptuoso, cinturón de oro sujeto en los rugosos costados de la gran península asiática.

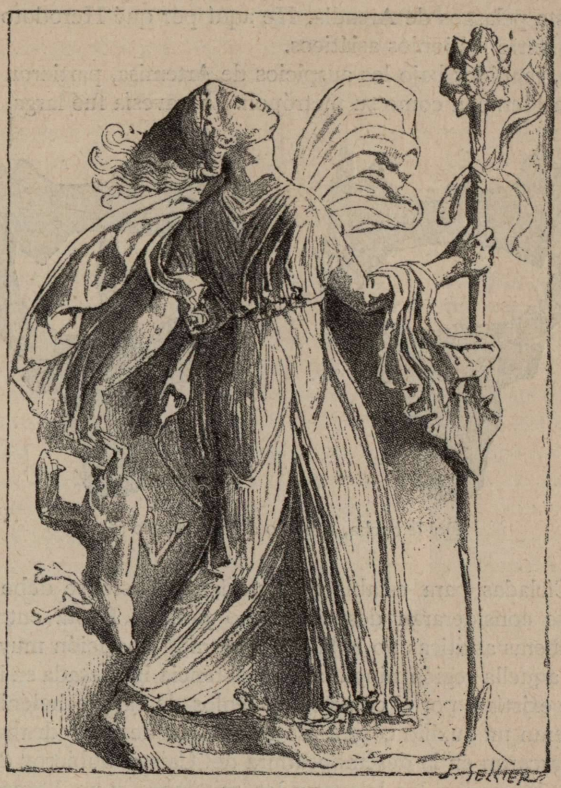
Esta última proyecta entre tres mares una inmensa meseta, árida en el centro y fértil en las orillas, sobre todo por el Oeste, donde se inclina suavemente hacia el Archipiélago como invitando á los pueblos á bajar á él, ó para recibir, si el mar les asusta, á los colonos aventureros que las olas y los vientos conducirán á sus playas. Los puertos naturales que flanquean este litoral, las eminencias de la costa que multiplican los golfos y bahías, las islas que los preservan de las tempestades del mar; todo, en fin, predestinaba á esos lugares á ser residencia de pueblos activos y emprendedores.

La primera colonia fué la de los eolios (hacia 1054). Expulsados de Hemonia por los tesalios, reuniéronse con otros pueblos, y dirigidos por el pelópida Pentilos, embarcáronse en el puerto de Aulis, del cual había salido la expedición contra Troya. Siguiendo la misma dirección, abordaron la costa Noroeste del Asia Menor, y una vez abierto este camino, la emigración continuó, dirigida por el hijo y el nieto de Pentilos, diseminándose poco á poco por toda la Misia, donde los dardanios, antiguos dueños del país, fueron rechazados hasta las montañas del interior. Desde la cumbre del Ida, los recién llegados divisaron mar adentro bajo el cielo más clemente, una isla magnífica con espaciosos puertos, y separada de tierra firme por un canal estrecho. Era Lesbos, adonde se encaminaron, ocupando también Tenedos y Hecatonesa. En el continente, toda la costa desde el Helesponto hasta el río Hermos tomó el nombre de Eólida, cuya principal ciudad fué *Cimé*. En tiempo de la guerra

(1) Calímaco, *Himno á Apolo*, 55. Séneca, *Consolatio ad Helviam*, 6, 7.
(2) Véase p. 27, 29.

del Peloponeso, aquellos colonos consideraban aún á Tebas como su metrópoli. Una colonia de Metimna ó de Mitilene, llamada Assos y emplazada sobre el golfo Adramita, ofrece al viajero ruinas notables.

Los eolios del continente se dedicaron á la agricultura más que al comercio. Los de Cimé, según decían los antiguos, no sospecharon que su ciudad estaba á orillas del mar; llevaron consigo la limitada inteligencia que distingue al campesino de las



Bacante en éxtasis (1).

fértiles llanuras de Beocia, que sólo ve el surco del arado, y por eso los lugares que fueron teatro de la gran lucha homérica no tuvieron eco para ellos (2). Pero los eolios de Lesbos contaban que después de haber matado los menades al cantor armonioso de Tracia, la cabeza y la lira de Orfeo, impelidas por los vientos y las olas hasta sus orillas, llevaron consigo la inspiración poética. Más adelante se verá cómo algunos grandes poetas justifican esta leyenda, ó más bien la crean, con la fama de sus versos y la dulzura de sus cantos.

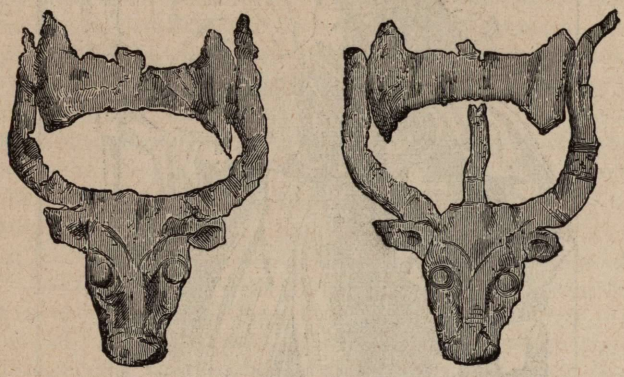
La emigración jónica, la más considerable que salió de Grecia, tuvo lugar hacia 1044 y en los años siguientes. Rechazados de Egialea por los aqueos de la

(1) Bajo relieve en mármol, existente en el museo del Louvre. La Bacante tiene en una mano su tirso, que remata en una piña y está adornado de una cinta, y con la otra sujeta la parte anterior de un corzo. Cf. Clarac, *Museo de Escultura*, t. II, primera parte, p. 431, n.° 135.

(2) Pero también es verdad que se cuentan 200 kilómetros entre Cimé y Troya.

Argólida, los jonios residían en Atica hacía ya más de cincuenta años, cuando la escasez inevitable en tan reducido país, sobrecargado de habitantes, hizo necesaria la emigración. Un jefe se ofreció á conducirla: era Neleo, hijo de Codro, que después de haber disputado el poder á su hermano Medón, fué excluído de él por un oráculo de la Pitonisa. La emigración no se compuso únicamente de jonios, sino que la reputación de los jefes atrajo á su alrededor, ó indujo á seguir su ejemplo, á los abantes de Eubea, á muchos minios de Orcomenes, tebanos, focios, driopes, molosos, epidaurios y hasta pelasgos de Arcadia. He aquí por qué Herodoto reconoce hasta cuatro dialectos entre los jonios asiáticos.

Los colonos, reunidos bajo los auspicios de Artemisa, partieron del Pritaneo de Atenas, que consideraban como su metrópoli. La travesía fué larga, porque se detu-



Doble hacha, símbolo del Zeo Cario (1).

vieron en las Cícladas para establecer factorías, y á esto se debe que casi todas aquellas islas se consideraran después como jónicas. Hasta entonces los recién llegados á las riberas asiáticas no habían encontrado oposición muy viva, porque ya no quedaba en aquella región ninguna gran potencia interesada en impedir el acceso á ella, y porque existían, por el contrario, pueblos de sangre helénica, para quienes los emigrantes eran un auxilio contra los bárbaros que les rodeaban. No obstante, los que desembarcaron en la desembocadura del Caistre hubieron de sostener largos combates contra los carios, los lelegos y los migdones, y no llegaron á ser dueños pacíficos del suelo hasta después de haber exterminado una parte de su población masculina. «Las mujeres carias, dice Herodoto, obligadas á aceptar por esposos á los recién venidos, conservaron largo tiempo su enojo y juraron no sentarse jamás á la mesa con sus maridos, ni darles el nombre de tales, y quisieron que sus hijas jurasen imitar su ejemplo.»

Estas violencias eran cosa corriente en la fundación de las colonias, pues como los emigrantes acostumbraban á marchar solos para buscar una familia no menos que una patria, tomaban las mujeres al mismo tiempo que las tierras. Pasado el primer dolor, la unión se restablecía pronto, y no quedaban más que ciertos usos, como aquellos de que Herodoto nos habla, para atestiguar, no tanto el sentimiento

(1) Cabezas de vaca, de oro, con doble hacha, descubiertas en Micenas (Schliemann, *Micenas*, fig. 329-330). La doble hacha era el símbolo del gran dios cario, Zeo; los carios, los lidios y los misios poseían un santuario de Zeo, que les era común, cerca de Milasa. Estas dobles hachas sirvieron á M. Kœhler para aducir un argumento más en favor de los que atribuyen á los carios objetos hallados en las tumbas de Micenas (*Mittheil. d. d. arqueol. Instit. in Athen*, III (1878), p. 9).

de las mujeres, como la altiva dignidad de aquellos hombres, que trataban á las extranjeras más bien como esclavas que como esposas.

Los jonios ocuparon, al Sud de las colonias eolias, toda la costa que se extiende desde Hermos hasta el Meandro y más allá. Sus doce ciudades, las más de las cuales existían antes de que ellos llegaran, eran, desde Sud á Norte, *Samos* y *Chios* en las islas de este nombre; *Mileto*, con sus cuatro puertos, cegados más tarde por los aluviones del Meandro, que se creyó fundada por Neleo; *Mionte*, *Priena* y *Efeso*, edificada, según dicen, por Androclos, hermano de Neleo, y en la cual sus descendientes conservaron grandes privilegios, entre otros el de ocupar el cargo hereditario de sacerdotes de Ceres (1). Contábanse además *Colofón*, *Lebedos*, *Teos*, *Eritrea*, *Clazomene* y *Focea*, que no fué admitida en el Panjonio, según dice Pausanias, hasta que tuvo á su cabeza jefes de la sangre de Codro; y por último *Esmirna*, á orillas del magnífico golfo donde desemboca el Meles, y donde los jonios y los eolios mezclaron su sangre, sus tradiciones y su genio para dar á luz esas maravillas de la lengua y de la poesía griegas que se llaman la *Ilíada* y la *Odisea*.

En la otra extremidad de la Jonia, cerca del lugar habitado por los carios, edificóse la pequeña ciudad de Heraclea del Latmos que pretendía guardar la tumba de Endimión, á quien la diosa Selene envolvía todas las noches con sus rayos (2).

La mayor parte de esas ciudades estaban desgraciadamente asentadas en las orillas de ríos *trabajadores*, que han colmado los puertos; de modo que al examinar los puntos donde se hallan, apenas es posible darse cuenta de su antigua prosperidad. Efeso está hoy á dos horas del mar; el Meandro ha cegado el golfo Látmico, y los escuálidos caballos de los turcomanos van á pastar allí donde antes abordaban las galeras de Mileto. Priena, que tenía dos puertos, hallábase ya en tiempo de Estrabón á cuarenta estadios de la costa. Estas ciudades vivían del mar, y el río las mató. Los aluviones del Escamandro impiden reconocer la llanura de Troya, y si la industria humana no interviene, el Hermos convertirá el más magnífico puerto de esa costa de Asia, el de Esmirna, en un inmenso pantano.

Cerca de esas ciudades había pueblos poderosos; de modo que el peligro debía provenir para ellas del interior; y por eso las edificaron en las islas de la costa ó en penínsulas de fácil defensa. Así es que la nueva Jonia, especie de lengua de tierra larga y estrecha del litoral, dedicóse, á causa de su posición, al comercio marítimo, aunque tenía detrás de sí vías abiertas para negociar con los ricos Estados del Asia anterior. La moneda es uno de los factores considerables de la civilización, y si los lidios fueron los primeros en acuñarla, como Herodoto asegura (3), los jonios debieron apropiarse muy pronto el feliz invento para evitar las dificultades del comercio por trueque, y las lentitudes de los cambios que se efectuaban por lingotes (4) que habían de pesarse en la balanza. Sus ciudades fabricaron monedas de plata y de oro según las divisiones del sistema métrico de los babilonios, y hallándose garantizado

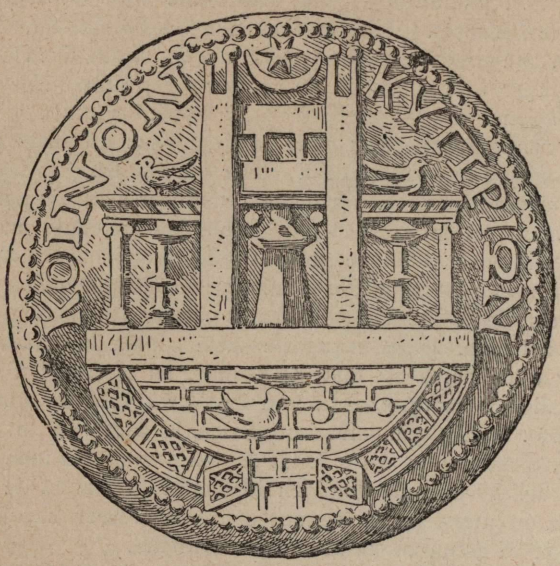
(1) El templo de Diana en Efeso era uno de los más venerados de Asia, y constituía el centro de un gran comercio. Cuando los jonios llegaron á la desembocadura del Caistre, estableciéronse en un promontorio á siete estadios del santuario, que se mantuvo independiente de la ciudad nueva, y que en la época romana conservaba aún su derecho de asilo (Herodoto, I, 26; Pausanias, VII, 2, 8).

(2) Endimión era la imagen del sol que se duerme en las brumas del Occidente, y que la diosa Selené, la luna, iba á visitar todas las noches.

(3) I, 94.

(4) «Solamente dos pueblos casi hermanos, dos pueblos de la raza heleno-pelásgica, pueden disputarse seriamente la gloria de haber inventado la moneda. Bien haya tenido por cuna á Sardes ó Egina, este invento, tan grande y fecundo, después de ser desconocido para Egipto y las civilizaciones más antiguas del Asia semítica ó aria, tuvo su nacimiento en la cultura que se formó al rededor del mar Egeo» (Francisco Lenormant, la *Moneda en la antigüedad*, t. I, p. 136).

el valor de aquéllas por esa intervención de la fuerza pública, el comercio tomó un gran desarrollo. Recorriendo los mares desde la Tracia al Africa, desde el fondo del Euxino á las costas de España, sus marinos no sólo cambiaban sus géneros, sino que también adquirían muchos conocimientos y artes, los más propios para ilustrarse y enriquecerse. La Jonia era el lugar donde la civilización griega debía proyectar sus primeros destellos, alrededor de los templos erigidos á Poseidón, que apaciguaba las tempestades, á Apolo, dios de la luz, de la poesía y de la inspiración divina, y á su hermana Artemisa, en Grecia virgen indómita, en la Táurida divinidad salvaje y



Templo de Pafos en una moneda de Chipre (agrandada) (1)

en Efeso diosa de las cincuenta mamas, y personificación de las fuerzas productivas de la naturaleza.

La emigración doria se compuso de minios, que los dorios de Laconia habían acogido en su territorio, y qué se mostraron tan indóciles, que fué preciso alejarlos, dándoles dos jefes, Polis y Delfos, y prometiéndoles considerarlos como colonia suya. En otras épocas, algunos dorios de Argos, de Trezena y de Epidauro siguieron sus huellas: las islas de Citerea, de Creta, de Cos, de Rodas, así como toda la costa Sudoeste del Asia Menor, quedaron por ellos ocupadas y el nombre de Dórida se conservó en aquella parte del continente asiático. La principal ciudad de esta región fué Halicarnaso, patria de Herodoto y, bajo el dominio persa, capital de una dinastía que los nombres de Mausolo y de Artemisa hicieron famosa.

¿En qué época recibió Licia colonos griegos? Nada se sabe sobre este punto. La leyenda de Belerofonte demuestra que este país estuvo en relación con Argos desde una remota antigüedad, y créese reconocer allí hombres de todas las razas: semitas, que formaron las tribus de los solimas, y cretenses, que tributaban culto al héroe Sarpedón. Cerca de Patara erigióse el primer gran templo de Apolo, como

(1) Según Perrot y Chipiez, *Historia del arte en la antigüedad*, t. III, fig. 58, p. 120. – El monumento cuya fachada representa el grabado es, en sentir de los historiadores, el famoso templo de Pafos, tal como existía aún en la época romana.

dios de la luz, y de aquí su sobrenombre de Liciano, que pasó á sus adoradores (1). No sabemos más respecto á dos ciudades de Pisidia, *Selgé* y *Sagalasos*, que pretendían ser de origen laconio, y lo mismo debo decir de *Aspendos* y *Sidé*, en Panfilia, de *Tarso*, de Cilicia, antigua ciudad fenicia ó asiria; ni de *Pafos*, *Salamina* y *Kitión*, en Chipre, por las cuales pasó la mayor parte de la isla de los fenicios á los griegos; pero estos últimos, al apoderarse de aquella tierra, adoptaron también algunos de los ritos licenciosos y crueles de la religión púnica.

Las ciudades griegas de Chipre sostenían que su antigüedad se remontaba por lo menos á la guerra de Troya, pretensión común también á muchas ciudades de Italia. Cumas quería datar del siglo que siguió á la vuelta de los Heráclidas, asegurando que la habían fundado habitantes de Calcis, en Eubea, y de Cime, en la Eólida, hacia el año 1050 (2). Su prosperidad fué grande desde el siglo VIII al VI. Unida con Roma contra los etruscos y los samnitas, Cumas rechazó varias veces sus ataques; pero la tiranía de Aristodemo y crueles disensiones intestinas la debilitaron. Sin embargo, en 474 venció, con ayuda del siracusano Hierón, á una gran flota etrusca y acaso también cartaginesa; pero la conquista de Capua por los samnitas, y las continuas hostilidades de estos turbulentos vecinos, condujéronla á una decadencia cada vez más acentuada.

II. — COLONIAS DEL NORTE, DEL OESTE Y DEL SUD

Cuando dejó de sentirse el impulso dado por la invasión doria en Grecia, y este país hubo lanzado fuera de sus territorios durante varias generaciones el exceso de población, ya no se vieron salir de él emigrantes por espacio de varios siglos. En el VII, como aumentase de nuevo el número de habitantes por efecto de la paz y el desarrollo de un activo comercio que hacía prosperar á los Estados, produjose una nueva corriente de emigración, que, esta vez, se dirigió hacia el Norte y el Oeste.

Eretria, Calcis, Megara y Corinto, entonces las más ricas ciudades de la Grecia europea, figuraron en primer término en esta segunda época de la colonización griega. La aristocracia, dueña de esas cuatro ciudades, favorecía de muy buen grado el alejamiento de los ciudadanos pobres, que iban á ocupar en notable beneficio de la metrópoli, territorios fértiles ó ventajosos para las relaciones comerciales.

La península que rodean los golfos Termaico y Estrimoniaco es rica en metales, como la costa vecina de Tracia, y como ésta también, poseía magníficos bosques que proporcionaban el combustible necesario para la fabricación. Famosos en toda la Grecia por su habilidad en trabajar el cobre, que su isla producía en abundancia, los calcidios habían encaminado toda su fuerza de colonización hacia un país donde se hallaban los elementos de su prosperidad y llegaron á él en tal número, que la península entera tomó su nombre, llamándose la Calcídica, y treinta y dos ciudades reconocieron como metrópoli (3) á Calcis, «la ciudad de bronce» (4). Aun se ven

(1) Designase bajo el nombre de Monumento de las Harpías una tumba de la ciudad de Xantos en Licia, cuyas esculturas se conservan hoy día en el Museo Británico (véase Ch. Fellows, *Informe sobre los descubrimientos en Licia*, 1840, p. 170, y O. Rayet, *Monumentos del arte antiguo, Tumba de Xantos*, llamada *Monumento de las Harpías*.

(2) Fr. Lenormant (*La Gran Grecia*, t. I, p. 255) y Helbig (*Das Homerische Epos*, p. 321 alegan con razón que Cumas se fundó en el siglo VIII.

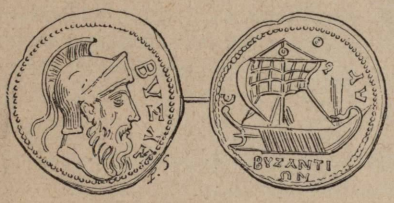
(3) *Metoné*, en la Pieria, *Mendé*, y otras cinco ciudades en la fértil península de Palena, nacieron de Eretria. *Sané*, *Akantos*, *Estageira* y *Argilos*, en el golfo Estrimoniaco, debían su origen á Andros, que, á su vez, era colonia de Eretria. De Calcis dependían directamente ocho ciudades de la península Sitonia.

(4) El bronce se llama en griego χαλκός.

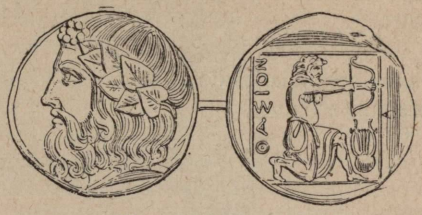
noy los pozos de las minas y los montones de escorias, que revelan la actividad de su industria metalúrgica.

Sin embargo, de las dos ciudades que llegaron á ser las más célebres de aquella región, una, *Potidea*, había sido fundada por Corinto; la otra, *Olinte*, por la tribu tracia de los botieos: más tarde dominó en esta ciudad la influencia griega, desapareciendo el elemento bárbaro. Al Este del Nestos comenzaban las colonias de los griegos de Asia, que llenaron con sus factorías todas aquellas riberas hasta el Bósforo, y desde aquí al Danubio. Megara, no obstante, se abrió paso á través de los establecimientos de griegos asiáticos, y á mediados del siglo VII fundó Bizancio en el lugar en que debía surgir un día una de esas ciudades que por su posición son soberanas, Constantinopla (1).

Las dos islas de la costa de Tracia, *Samotracia* y *Tasos*, fueron tomadas, la primera á los pelasgos por los jonios, y la segunda á los fenicios por colonos de Paros.



Moneda de Bizancio (2).



Moneda de Tasos (3).

Arquiloco decía que Tasos era como un lomo de asno cubierto de bosques salvajes; pero debajo de estos bosques había minas de oro, existiendo otras más ricas en la costa inmediata, sobre todo en *Scapté-Hylé*. Los tasios, á pesar de varias derrotas, en una de las cuales Arquiloco perdió su escudo, despojaron de esas riquezas á los tracios, y obtuvieron tales productos, que en los años buenos les quedaban trescientos talentos (1.700.000 pesetas), después de cubiertos los gastos y de pagado el impuesto.

Corinto, á la que se habían adelantado Calcis y Eretria, no tenía por este lado más que dos ciudades, *Potidea* y *Eneia;* pero encontró una compensación, formando en el mar de Jonia y en el Adriático un grupo de factorías exclusivamente corintias: *Corcira*, en la isla de este nombre, y á la entrada y alrededor del golfo de Ambracia; *Leucade*, *Anactorión* y *Ambracia*, más al Norte; *Apolonia*, en la desembocadura del Aous, y *Epidamne* (Dyrrachium), en el territorio de los taulantios. Estas ciudades explotaban el comercio del Epiro y de Iliria, obteniendo en estos países todo lo necesario para las construcciones navales, madera, metal y alquitrán, y además mucho ganado y esclavos: las primeras materias de las montañas de Iliria transformábanse en Corinto en esencias preciosas. Corcira tenía, además, la ventaja de que por ella se iba á Italia: el estrecho que la separa de ésta tiene menos anchura que el mar que se extiende desde Citerea á Creta, y desde los montes de Caonia distínguese claramente la cumbre del Apenino. Todos los barcos que efectuaban la

(1) Selimbria, en la Propóntida, Calcedón, «la ciudad de los ciegos,» situada frente á Bizancio, y Heraclea del Puente, cuyos habitantes sometieron á los indígenas de las inmediaciones, los mariandinios, á la condición de los ilotas de Esparta, fueron también colonias de Megara.

(2) Cabeza con casco del héroe Bizas mirando á la derecha: leyenda ΒΥΖΑΣ. Reverso: buque á la vela: en el exergo, ΒΥΖΑΝΤΙΩΝ; en el campo, la fecha ΕΘΥΑ (490). Bronce.

(3) Cabeza de Baco con corona de hiedra mirando á la izquierda. Reverso: ΘΑΣΙΟΝ. Hércules con la piel de león, arrodillado y disparando una flecha; á sus pies una lira (tetradracma).

travesía del mar Jónico deteníanse, además, en su puerto. A pesar de todo esto, no desempeñó el papel más importante en la colonización occidental, aventajándola en preponderancia la activa é industriosa Calcis.

Los actos de bandolerismo de los piratas tirrenos, que recorrían los mares de Sicilia y de Italia, y algunas espantosas tradiciones popularizadas por los poemas de Homero sobre la gigantesca estatura y la ferocidad de los habitantes de Sicilia, alejaron largo tiempo á los griegos de los países del Occidente. Una calamidad desvaneció aquellos terrores: el ateniense Teocles, impelido por los vientos hasta las costas de Sicilia, observó que, lejos de ser como decían las terribles descripciones que acerca de ellos circulaban, los habitantes de aquella isla eran sumamente débiles y se presentaban como fácil presa. De regreso á su patria, refirió lo que había visto, haciendo elogios del hermoso cielo y de la riqueza y exuberante fertilidad de Sicilia. Una colonia de calcidios, con los cuales se unieron algunos habitantes de Naxos, consintió en seguirle. Estos emigrantes abordaron en la costa oriental de la isla, en la orilla del Acesino (Alcántara), al pie de la colina que fué más tarde Tauromenio y fundaron la ciudad de *Naxos* (735). El altar de Apolo que erigieron en la playa fué durante varios siglos como un santuario para todos los griegos de Sicilia, porque allí era donde Grecia había comenzado la ocupación del mundo occidental. En aquella costa hospitalaria, donde el piloto tenía por guía, ya las llamas, ya las nieves del Etna, los naxianos se diseminaron libremente desde el estrecho de Mesina hasta el territorio siracusano, poniendo por jalones en su camino las ciudades de Catania y Leontini.



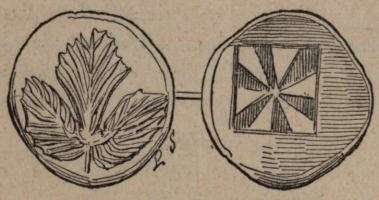
Corintos y Leukas
(Corinto y Léucade personificadas) (1).

En Sicilia había cuatro poblaciones diferentes: los sicanos, tribu ibera ó céltica; los sículos, probablemente de origen pelásgico; los fenicios, que ocupaban algunos puntos de la costa y, por último, los elimianos, población que pretendía ser de orígen troyano, pero en la que dominaba el elemento bárbaro. Los elimianos, dueños de la punta occidental del triángulo siciliano, habitaban las ciudades de *Egesta* y *Eryx*, famosa esta última por el templo construído en la roca que la domina, y que Eneas consagró, según dicen, á su madre Afrodita (2): también fué para los romanos uno de los santuarios más respetados. Los sículos se retiraron ante los griegos refugiándose en el interior de la isla y hacia la costa septentrional; los fenicios, que se confundieron poco á poco con los cartagineses, ocuparon *Motia*, *Solous* y *Panormos*

(1) Espejo griego en bosquejo. Se descubrió en Corinto y hállase hoy en el museo del Louvre. – Corintos (ΚΟΡΙΝΘΟΣ), héroe epónimo de la ciudad, está representado con las facciones de un hombre de edad avanzada, medio desnudo y con el cetro en la mano. Ocupa un alto sitial y se vuelve hacia una mujer joven que personifica á Léucade, colonia corintia (ΛΕΥΚΑΣ). Esta joven pone una corona en la cabeza del héroe (véase Alb. Dumont, en los *Monumentos griegos publicados por la Asociación para el fomento de los Estudios griegos*, 1873).

(2) Véase la *Historia de los Romanos*, t. I.

(Palermo), el mejor puerto de toda la isla. Los dorios siguieron muy pronto las huellas de Teocles. En 734, la peste hacía estragos en Corinto; consultada la Pitonisa, ordenó que se expatriara al punto un descendiente de Temenos, llamado Arquias, por haber cometido un acto de brutal violencia contra el joven y hermoso Acteón. No habiendo el padre podido obtener justicia, dióse muerte en los juegos ístmicos, encargando á Poseidón que le vengara; y temiendo los Baquíades el efecto de aquella maldición paterna, obligaron á Arquias á obedecer al oráculo. Así lo hizo, poniéndose al frente de una partida de corintios, dejó en el camino á varios de sus compañeros en la isla de Corcira, y abordó la costa oriental de Sicilia. Allí encontró una isla llamada Ortigia, de tres kilómetros de circunferencia, situada á la entrada de un vasto puerto que el mar socavaba detrás de ella y tan próxima á tierra firme, que más tarde se pudo unir con ésta por medio de un puente. Después brotó en ella un manantial de aguas puras y abundantes, la fuente Aretusa, que inspiró á los poetas graciosos relatos (2). Arquias fundó en aquellos parajes una ciudad, á la cual se llamó *Siracusa* por ser este el nombre de un lago vecino, y que por su admirable posición llegó á ser, en poco tiempo, la ciudad más importante de Sicilia. Apenas habían pasado dos generaciones, cuando se halló ya en estado de desprenderse de un exceso de hombres y de poder fundar en la costa meridional nuevas ciudades para expulsar á los fenicios de aquellas playas (3). El impulso estaba dado, y de todas partes acudió gente hacia aquel nuevo mundo; y así como nosotros compramos un territorio á cualquier rey de la costa africana, del mismo modo los megarenses negociaron con un jefe sículo la cesión del terreno donde erigieron, entre Leontini y Siracusa, la ciudad de *Megara Hibla*, que en 628 dió origen á *Selinus* (Selinonte) «la ciudad del perejil.» Los hábiles marinos de Rodas no abandonaron á los griegos de las islas y del continente el comercio de los mares occidentales, sino que, unidos con algunos cretenses, edificaron *Gela*, que en 582 fundó sobre una roca cuya base baña el Acragas, y en una de las localidades más fértiles de Sicilia (el valle de Mazzara), Agrigento, hoy Girgenti, muy pronto rival de Siracusa. Desde el promontorio de Paquinos al de Lilibea, la costa meridional quedó ocupada por ciudades helénicas, que daban frente á Cartago más allá del



El perejil en una moneda de Selinonte (1).



Moneda de Gela (4).

(1) Hoja de perejil extendida. Reverso: cuadrado hueco dividido en doce compartimientos, de los cuales seis en relieve (plata).

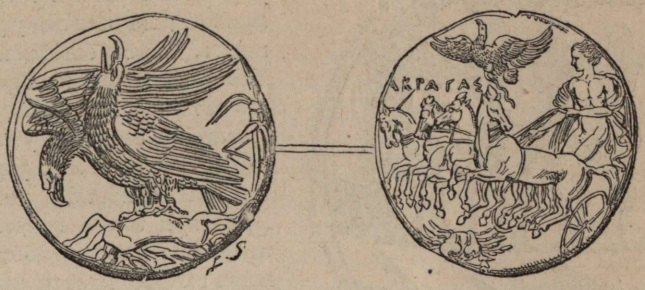
(2) Las aguas de este manantial llegaban desde tierra firme á la isla por un conducto submarino.

(3) Acræ en 664, Casmene en 644, y Camarina en 599. Lo que explica cómo una sola ciudad podía dar nacimiento á tantas colonias es que enviaba á buscar colonos á todas partes. Así, por ejemplo, los habitantes de Zancle queriendo edificar una ciudad en Sicilia, lo notificaron á Jonia, y sin duda á otros puntos, para que se supiera su intención, invitando á reunirse con ellos á cuantos quisieran contribuir á la fundación de la nueva ciudad (Herodoto, VI, 22).

(4) El río Gelas está personificado bajo la forma de un toro, con cabeza humana barbuda. Leyenda: CEΛAΣ. Reverso: mujer vestida con un largo chitón, en una biga que pasa por delante de una meta en forma de columna jónica (tetradracma).

canal de Malta; de modo que la rivalidad comercial entre griegos y fenicios, que había comenzado al Este del Archipiélago, iba á continuarse por el Oeste en la otra cuenca del Mediterráneo. Observemos, no obstante, que esta costa del Sud, rica en montañas, surcada por torrentes, y con pocos puertos, es menos hospitalaria que las del Norte y del Este. La prosperidad de Selinonte, de Gela y de Agrigento fué una excepción que no ha vuelto á reproducirse.

Al Norte de la isla no hubo hasta el tiempo de Tucídides más que dos colonias griegas: *Zancle* ó la *Hoz* (1) (Mesina), fundada por habitantes de Cumas y de Calcis; é *Himera*, que algunos siracusanos y colonos de Zancle fueron á levantar atrevidamente cerca de las colonias fenicias de Solous y de Panormos. Justo es añadir que Fenicia, acosada en aquella época por los reyes de Nínive, no podía auxiliar á sus lejanas colonias; su decadencia comenzaba, y aun no había llegado la época en que



Decadracma de Agrigento (2).

la grandeza de Cartago había de alcanzar su apogeo. Entre esos dos momentos tuvo lugar la fácil ocupación de Sicilia por los griegos, aunque exceptuándose la extremidad occidental, de la que no se pudo desalojar á los cartagineses. Desde allí sólo sujetaban á Sicilia por uno de sus bordes, pero la sujetaban tan bien, que fueron necesarios los rudos golpes de Roma para que soltaran su presa cuatro siglos más tarde. Desde Lilibea se ve la costa africana donde se eleva Cartago, y al pie de este promontorio pasaban todas las naves que iban á explotar aquella especie de mar interior, limitado por las riberas opuestas del Africa, de Cerdeña, de Italia y de Sicilia. La colonización griega hubo de luchar contra grandes dificultades para prosperar en aquel dominio particular de la marina cartaginesa.

La historia de las colonias griegas en Italia se divide en dos partes: una, que comienza en el siglo VIII antes de nuestra era, no admite la menor duda; la otra, que se remonta al siglo XII, tiene en contra suya todas las probabilidades históricas. Sin duda es muy posible que varias partidas de helenos, ahuyentados por las revoluciones de la madre patria en los tiempos que siguieron á la guerra de Troya, fueran á desembarcar en las costas de Italia después de este importante suceso que puso en conmoción á toda la Grecia; pero cuanto se dice sobre haberse establecido Diomedes en la Daunia, ó en el país de los vénetos, que en tiempo de Estrabón le

(1) Llamada así á causa de la forma de su puerto.

(2) Dos águilas devorando las entrañas de una liebre que sujetan bajo sus garras; en el campo una langosta. Reverso: ΑΚΡΑΓΑΣ. El héroe epónimo Acragas, hijo de Zeo y de Asterope, en una cuadriga cuyos caballos galopan, y sobre la cual vuela un águila con una serpiente entre sus garras; en el exergo un cangrejo vuelto hacia arriba. Este magnífico medallón pesa cuarenta y tres gramos.

sacrificaban todos los años un caballo blanco, es puro cuento. Lo mismo diremos de cuanto se refiere á los compañeros de Nestor en Pisa; de Idomeneo en Salento; aunque Knose, en Creta, enseñase su tumba; de Filoctetes en Petelia y en Turión, de Epeyos en Metaponte; de Ulises en Scilación; de Evandro, de Tibur y de Telegono, hijo de Ulises, en el Lacio, en Tusculum, Tibur, Prenestes, Ardea, etc. Todas estas leyendas no pueden considerarse sino como tradiciones poéticas inventadas por los rápsodas con objeto de dar á esas ciudades un origen ilustre.

Nada faltó para acreditar esas genealogías gloriosas, ni los cantos de los poetas, ni la credulidad ciega é interesada de los historiadores, ni siquiera las reliquias veneradas de los héroes. En las orillas del Numicio, los contemporáneos de Augusto iban á ver la tumba de Eneas, que había llegado á ser el Júpiter Indigeta, y á la que todos los años ofrecían sacrificios los cónsules y pontífices romanos. Circeii enseñaba la copa de Ulises y la tumba de Elpenor, uno de sus compañeros; Lavinio, la nave incorruptible de Eneas y sus dioses penates; Turión, el arco y las flechas de Hércules entregados por Filoctetes; Macella, la tumba de este héroe; Metaponte, los útiles de hierro de que se había servido Epeyos para construir el caballo de Troya; Luceria, la armadura de Diomedes; Maleventum, la cabeza del jabalí de Calidón; y Cumas, los colmillos del jabalí de Erimanto. Algunos armenios creen aún que los restos del arca de Noé pueden verse en la cima del monte Traza.



Ulises ofreciendo la copa á Polifemo (1).

Nadie cree ya en esos fabulosos orígenes, y por otra parte, aunque se consideraran auténticas las primeras colonias de la raza griega en Italia, no se les podría dar ninguna importancia histórica, pues cortadas sus relaciones con la madre patria, perdieron el carácter de ciudades helénicas, y cuando los griegos llegaron, en el siglo VIII, no hallaron ya vestigio de aquellas colonias inciertas. A esta clase de relatos legendarios pertenecían las tradiciones referentes al troyano Antenor, que fundó Padua, y al famoso Eneas, que llevaba al Lacio el Paladión de Troya. Los nobles romanos querían hacer remontar su origen á la guerra de Troya, así como los nuestros quieren descender de los Cruzados.

Según Herodoto, los primeros griegos que fueron á establecerse en Iapigia eran cretenses arrojados por una tempestad á esas playas. Seducidos por lo fértil del suelo, quemaron sus naves y erigieron la ciudad de Iria en el interior. Pero la más antigua colonia griega sobre cuya existencia no puede haber duda es la de los calcidios, fundadores de Cumas. Conducidos por Hipocles y Megástenes, avanzaron, según dice la tradición, por mares desconocidos, guiándoles de día una paloma, y

(1) Cilix arcaico, conservado en el Gabinete de Francia. - Polifemo, sentado á la derecha en una roca, está desnudo y tiene entre sus manos las piernas de uno de los infelices que ha devorado. Ulises, de pie, le presenta la copa, y al mismo tiempo, ayudado por sus tres compañeros, clava una estaca en el ojo del cíclope. La serpiente que se ve sobre las figuras y el pez que está debajo de ellas, solamente sirven para llenar los dos huecos.

de noche el sonido del bronce místico (1). Encantados ante la magnificencia de los golfos de Mesina y de Puzzolo y de la fertilidad de las tierras volcánicas de la *feliz* Campania, fundaron la ciudad de Cumas, sin cuidarse de los rumores que circulaban sobre el gigante Tifón, contra quien Júpiter había fulminado sus rayos, y cuyo cuerpo inmenso se extendía desde los campos Flegreos hasta el Etna, donde su boca vomitaba llamas (2). Edificada en un promontorio que domina el mar y las llanuras vecinas, frente á la isla de Isquia, Cumas prosperó tan rápidamente, que pudo, á su vez, llegar á ser metrópoli (3), ayudar á Roma y á los latinos, en tiempo de Porsena, á sacudir el yugo de los etruscos del Norte, y á luchar por su cuenta contra los de la Campania. El combate naval del año 474, librado por los griegos italiotas y sicilianos contra los etruscos y los cartagineses, resonó hasta en Grecia, donde fué celebrado por Píndaro.

«Hijo de Saturno, decía, yo te invoco; haz que el fenicio y el soldado de Tirrenia permanezcan en sus hogares, aleccionados por la derrota que su escuadra acaba de sufrir delante de Cumas, y por los males que les causó el soberano de Siracusa, cuando habiéndoles vencido, precipitó en las olas, desde lo alto de las popas rápidas, á toda su brillante juventud, librando á Grecia del yugo en que gemía esclava.» El rey de Siracusa Hierón hizo ofrenda á Júpiter Olímpico del casco de uno de los lucumones muertos en aquella batalla mandando grabar en él la siguiente inscripción: «Hierón y los siracusanos han consagrado á Júpiter las armas tirrenas tomadas á Cumas (4).»

En 420, sin embargo, los samnitas entraron en la gran ciudad campaniana. A pesar de su alejamiento y de los bárbaros, Cumas se conservó durante largo tiempo griega por su lengua, sus costumbres y sus recuerdos, y cada vez que un peligro amenazaba á Grecia, creía, en medio de su dolor, ver llorar á sus dioses. Estas lágrimas pagaban los cantos de Píndaro.

En aquella tierra volcánica, cerca de los campos Flegreos y del sombrío Averno, los griegos creyeron estar á la puerta de los Infiernos. Cumas, en donde Ulises había evocado á los muertos, según Homero, llegó á ser residencia de una de las sibilas y de las nigrománticas más hábiles de Italia, y todos los años, numerosos peregrinos visitaban con terror el santo lugar, dejando con esto pingües beneficios á los habitantes. También allí, en aquel puesto avanzado de la civilización griega, en medio de aquellos jonios poseídos del espíritu homérico, fué donde se elaboraron las leyendas que condujeron á Italia á tantos héroes de Grecia.

Los dorios, que dominaban en Sicilia, eran poco numerosos en Italia; pero poseían Tarento, con un golfo donde abundaban y eran de mejor calidad que en ningún otro punto de los mares europeos, las conchas que producen la púrpura (5). Por su poder y riqueza rivalizó con Sibaris y Crotona, conservando su independencia más tiempo que estas dos ciudades (6). Ricas ofrendas depositadas en el templo

(1) Estrabón, V, 4, 4: πασῶν ἐστι πρεσβυτάτη τῶν τε Σικελικῶν καὶ τῶν Ἰταλιωτίδων. Con los calcidios habíanse reunido colonos de Cime, en las costas del Asia Menor, donde Homero había entonado sus cantos.

(2) Píndaro, *Píticas*, I, 29-50.

(3) Cumas fundó á *Dicæarchia* ó *Puteoli*, que le sirvió de puerto, y *Parténope* ó *Neapolis* (Nápoles), que la eclipsó. También contaba Nápoles entre sus fundadores á varios atenienses y eretrios. Estos últimos se habían establecido primeramente en la isla de Isquia, de donde les obligó á huir una erupción volcánica (Estrabón, V, 4, 9).

(4) Píndaro, *Píticas*, I, 136. – Este casco se descubrió en 1817 en el lecho del Alfeo, y está hoy en el Museo Británico.

(5) Sobre la fundación de Tarento véase p. 185.

(6) Tito Livio XXVII, 16. Estrabón dice (VI, 3, 4): ἴσχυσαν δέ ποτε οἱ Ταραντῖνοι καθ' ὑπερ-

de Delfos atestiguaban, aun en tiempo de Pausanias, sus victorias sobre los iapigios, los mesapianos y los peucetianos. Había erigido á sus dioses, en señal de su valor, estatuas de dimensiones colosales, todas en actitud de combate; mas no pudieron defenderla contra Roma, y el vencedor, después de arrasar sus murallas, dejóle por mofa las imágenes de sus belicosas divinidades. Un tarentino, Architas, ha ocupado un lugar entre los filósofos y los sabios de Grecia, y como general, más de una vez condujo á sus compatriotas á la victoria; Platón contó entre sus amigos á ese hombre en cuyo corazón imperaba la bondad. «Suerte tienes, dijo cierto día á uno de



Ruinas de un templo de Metaponte (1).

sus servidores á quien cogió en falta, suerte tienes que esté encolerizado.» Alcanzó fama como matemático, por haber descubierto un procedimiento para duplicar el cubo, y su paloma volante se consideraba como una obra maestra de mecánica. Conservamos sesenta fragmentos que llevan su nombre, pero no es seguro que todos le pertenezcan.

Ancona, fundada hacia el año 380 en el Picenio por algunos siracusanos que huyeron de la tiranía de Dionisio el Viejo, era también doria.

La más floreciente de las colonias aqueas fué Sibaris, cuyos habitantes no merecieron al principio la reputación que se les concedió después. Su actividad correspondió bien á la fertilidad del suelo; sometieron á muchos pueblos; internáronse atrevidamente en las profundidades del Sila, bosque muy temido que cubría el Apenino meridional, y fueron á fundar al otro lado, á orillas del mar Tirreno, veinticinco

---

δολήν. La riqueza de Tarento debíase á sus pesquerías y á sus talleres para trabajar las lanas finas del país, como también á su puerto, que era el mejor de la costa meridional.

(1) De la obra *Metaponte*, por el duque de Luynes, pl. III. Estas ruinas se designan hoy con el nombre de *Tavola dei Paladini*.



Basílica de Bæstum (antigua Poseidonia)

colonias. Dícese que Sibaris podía armar trescientos mil combatientes, cifra que es seguramente legendaria; pero en 510 fué tomada y destruída por los crotoniatos. Toda la Jonia, que traficaba con aquella colonia, lloró su pérdida, y los milesios vistieron luto. Su territorio, según se aseguró, daba ciento por uno (1); pero ahora no es más que una playa desierta y cenagosa. Laos, que los lucanios destruyeron después de alcanzar una señalada victoria sobre los griegos confederados, y Poseidonia, cuyas grandiosas ruinas han hecho célebre la ciudad de Pæstum, hoy desierta, eran también colonias de Sibaris. «Sometidos por los lucanios, dice Ateneo (2), los griegos de Poseidonia perdieron poco á poco su carácter helénico y hasta su idioma, y llegaron á parecerse á sus señores. No obstante, conservaron una fiesta griega: todos los años reuníanse para evocar los antiguos recuerdos, citar los nombres amados y hablar de la patria perdida, después de lo cual separábanse llorando.» ¡Triste y conmovedora costumbre que revela una dura esclavitud!

Otros aqueos se habían establecido en Metaponte, que debió considerables riquezas á su agricultura y á su puerto, convertido hoy en laguna (3). Quince columnas reunidas aún por sus arquitrabes señalan el sitio donde estuvo su Acrópolis. Crotona prosperó tan rápidamente como Sibaris, su rival, y sostúvose más tiempo: su recinto, de doble extensión (100 estadios), acusa una población más numerosa, que también podríamos creer más enérgica, á juzgar por su nombradía en las luchas de pugilato (Milón de Crotona). A ocho millas de sus muros construyó el famoso templo de Juno Laciniana, del cual ha quedado una columna en pie en el promontorio que, como el cabo Sunio, se designa con el nombre de *Capo delle colonne*. Para explotar los dos mares que bañan la Italia meridional, franqueó el Apenino y estableció en el golfo de Terina colonos que encontraron allí minas de cobre antiguamente beneficiadas. Un ciudadano, llamado Failos, condujo á Salamina la única galera que había llegado de los mares occidentales para combatir por la libertad. Los tiranos de Siracusa se apoderaron de Crotona tres veces, y cuando los romanos la atacaron ya había perdido toda su importancia.

Los jonios no tenían más que dos ciudades en la Gran Grecia: Elea, célebre por su escuela de filosofía, y Turión, cuyos principales fundadores fueron los atenienses. Enemiga de los lucanios y de Tarento, Turión debía tomar parte muy pronto, como su metrópoli, en la alianza de Roma.

Los locrios edificaron la ciudad de Locres epizefiriana, ó la Occidental, casi en la extremidad del Brucio: su origen era, según se suponía, análogo al de Tarento, es decir que había sido fundada por un partido derrotado en las luchas intestinas de los locrios de la Hélade. Si hemos de creer la leyenda, esta colonia, en su primera época, se envileció con una perfidia. Decíase que los locrios, desembarcados en el país de los sículos, habíanles jurado conservar la paz «mientras tuvieran la tierra bajo los pies y la cabeza sobre los hombros;» pero es el caso que cada uno de ellos llevaba tierra en el calzado y una cabeza de ajos en los hombros; y creyendo, gracias á tal estratagema, haber cumplido con la buena fe y con los dioses, atacaron á los sículos en la primera ocasión favorable y los despojaron de sus dominios. Sin embargo, muchos de ellos fueron admitidos en la nueva ciudad, que tomó y conservó varias de sus costumbres. Para poner coto á largas disensiones, los locrios consultaron al oráculo de Delfos, quien les aconsejó buscar un legislador; y entonces

(1) Varrón, *de Re rust.*, I, 44.

(2) XIV, 31.

(3) Lago de Santa Pelagina. Cuando las aguas están bajas se ven en él restos de construcciones antiguas.

solicitaron los servicios del pastor Zaleuco (1). Pretendíase que Minerva le había inspirado, dictándole sus leyes durante un sueño, y el hecho es que las escribió, promulgándolas en 644, cuarenta años antes que Dracón, del que tuvo toda la severidad. Iban precedidas de un magnífico preámbulo sobre la divinidad. «El orden del universo, decía, prueba evidentemente que ésta existe;» y enseñaba las virtudes que los dioses exigen á los ciudadanos y á los magistrados. El jefe de éstos usaba el nombre de *Cosmopole*, que debía recordar á todos que la vida social consiste en el orden y en la armonía. Los locrios se aferraron tanto á sus antiguas leyes, que, si hemos de creer á Demóstenes, el ciudadano que intentaba proponer una nueva disposición presentábase á la asamblea con una cuerda al cuello: si aquélla era aprobada, dejábanle en libertad, pero de lo contrario se le estrangulaba al punto.

Los calcidios habían fundado Zancle (2); y para ser del todo dueños del estrecho, levantaron en la orilla opuesta una ciudad cuyo nombre demuestra que habían reconocido la antigua unión de la isla con el continente, pues llamáronla Rhegion, «la ciudad del desgarramiento.» Era entonces el tiempo de la primera guerra de Mesenia, y varios antiguos compañeros de Aristodemo se mezclaron con los colonos de aquel punto. Su legislador fué el de Catania, Carondas, contemporáneo de Zaleuco, y que, como él, encabezó sus leyes con un preámbulo de gran elevación moral; pero debe temerse que esta declaración de los deberes del ciudadano sea obra de algún pitagórico de edad posterior.

La gran diosa aquea, Hera ó Juno, tuvo en el promontorio laciniano, al Sud de Crotona, un templo famoso que fué el principal santuario de la Gran Grecia y el lugar donde se celebraban las fiestas que debían sellar la alianza de los recién llegados con los antiguos dueños del país.

Es curioso que todas estas ciudades prosperaran rápidamente y que pocos años les bastasen para convertirse en Estados, que podían contar hasta con cien mil combatientes. Y no fueron tan sólo el favorable clima de la Gran Grecia, la fertilidad del suelo, que en los valles y llanuras de las dos Calabrias sobrepujaba á la de Sicilia, y la sabiduría de sus legisladores, Carondas, Zaleuco, Parménides y Pitágoras, los elementos á los cuales se debió este prodigio; fué más bien la hábil política que admitió en la ciudad á todos los extranjeros (3) y transformó por algunos siglos las poblaciones pelásgicas del Sud de Italia en un gran pueblo griego. Sin duda se establecieron distinciones, y hubo probablemente en las capitales plebeyos y nobles; en

(1) Es la versión de Suidas. Diodoro (XII, 20) le representa como hombre de buena familia, lo cual es más probable.

(2) Véase en la p. 190 cómo Zancle llegó á ser Mesina.

(3) Polibio, II, 39; Diodoro, XII, 9. Sibaris mandaba en cuatro pueblos y veinticinco ciudades (Estrabón, VI, 1, 13). Sin duda hay mucha exageración en la cifra de 300.000 combatientes, pero el número de los habitantes debía ser muy superior al de las ciudades de la Grecia propiamente dicha. En algunas de sus fiestas, Sibaris reunía hasta cinco mil jinetes, cuatro veces más de los que tuvo Atenas (Ateneo, XII, 17 y 18; Diodoro, fragmento del libro VIII; Scymne, 340). Lo mismo sucedió en Crotona. Los pelasgos de la Lucania y del Brucio se dejaron dominar por los helenos con tanta facilidad como los de Grecia, hasta el punto de tomar su lengua y sus costumbres, por iguales razones, es decir por la comunidad de origen, ó por lo menos el parentesco próximo. Esta influencia de los helenos fué tan poderosa, que á pesar de las colonias romanas posteriores, así la Calabria como la Sicilia fueron largo tiempo un país griego. Hasta principios del siglo XIV, sin embargo, no comenzó á perderse la lengua griega, y en cuanto á la prosperidad de estas ciudades, relaciónase más de lo que se ha creído con la de las colonias griegas en general. Dueños de todas las costas de la gran cuenca del Mediterráneo, los griegos tenían entre sus manos el comercio de los tres mundos. Continuas relaciones unían sus ciudades, y cada punto de aquel círculo inmenso se utilizaba de las ventajas de todos los demás. La prosperidad de Tarento, de Sibaris, de Crotona y de Siracusa, correspondía á la de Focea, de Esmirna, de Mileto y de Cirene.

la campiña, siervos de la gleba, y en las ciudades conquistadas, vasallos; pero estas diferencias no impidieron durante largos años la unión y la fuerza. También por este medio, por esta asimilación de los vencidos con los vencedores, Roma se engrandeció, pero conservando su disciplina; mientras que las ciudades de la Gran Grecia, amenazadas por Cartago y Siracusa, por los tiranos de Sicilia y los reyes de Epiro, y sin cesar inquietadas por los galos italianos, por los samnitas y sobre todo por los lucanios, no pudieron evitar las disensiones intestinas, mal endémico de las ciudades griegas. Y se debilitaron más aún por sus rivalidades, que preparaban para los romanos una fácil conquista.

Las colonias formadas por los griegos en Italia y en Sicilia abrieron para este pueblo, á la vez ávido y atrevido, la cuenca occidental del Mediterráneo. Hacia el año 629, un barco samnita, impelido por la tempestad más allá de las columnas de Hércules, llegó á la desembocadura del Betis, tocando en Tartesos, país rico en minas de plata, y uno de los grandes mercados de Fenicia. Los samnitas cambiaron sus mercancías con tal ventaja, que con el diezmo de sus beneficios mandaron construir una crátera de bronce, que costó 6 talentos, adornada de cabezas de grifos y sostenida por figuras arrodilladas de siete codos de altura (3 metros). Herodoto vió esta ofrenda en el templo de Juno. Los samnitas, sin embargo, no supieron aprovecharse de tal descubrimiento; mientras que los focios, menos temerosos de una navegación por los mares occidentales, llegaron á su vez á Tartesos. Allí reinaba Argantonios, que sin duda por odio á los fenicios acogió bien á los griegos. Este príncipe, que vivió ciento veinte años, al decir de Herodoto, invitó á los focios á salir de Jonia para establecerse en el lugar de su país que más les agradara; pero como no consiguiera persuadirlos, dióles el dinero necesario para proteger con sólidas murallas su ciudad.

En una de estas excursiones hacia las tierras del Oeste, los focios llegaron á las riberas de Córcega, y después á las de la Galia, donde fundaron *Marsella* (hacia el año 600), sobre cuyo origen referían los griegos una graciosa historia. Un mercader focio, llamado Euxenos, llegando de arribada forzosa á la costa gala, tocó en el territorio de los segobriges, al Este del Ródano. El rey de este pueblo, Nann, acogió bien al extranjero, é invitóle al gran festín que había preparado aquel día mismo para celebrar el casamiento de su hija. Al fin del banquete, la virgen se presentó, llevando, según costumbre, la copa que debía ofrecer á quien eligiera por esposo; y bien fuese casualidad, curiosidad de mujer, ó impulso divino, fijóse en el huésped de su padre y le presentó la copa. Nann aceptó al extranjero por yerno, y dióle en dote el lugar donde había saltado en tierra. Este es un hecho que ha debido repetirse á menudo. Marsella se elevó al rededor de aquel puerto natural, y desde entonces su prosperidad no ha dejado de ir en aumento: es la más rica de las colonias de la antigua Grecia que han sobrevivido.

Esa ciudad fundó á su vez colonias en las costas de la Galia y de España, Agde y Empories, la ciudad doble, donde la factoría griega estaba separada de la ciudad española por una sólida muralla. En este último país, una colonia que salió de la isla de Zacinto fundó también *Sagunto*, en época desconocida.

Los griegos, por último, tuvieron igualmente en Africa una colonia importante; de modo que ninguna de las riberas del Mediterráneo pudo sustraerse á su espíritu colonizador. Ya hemos visto que los dorios habían ocupado la isla volcánica de Thera (Santorín): Grinos, que en ella reinaba, fué á Delfos para ofrecer una hecatombe al dios, y entre los que le acompañaban iba un ciudadano llamado Battos. Cuando la Pitonisa hubo respondido á las preguntas que se le dirigieron, añadió que era preciso erigir una ciudad en Libia. «Pero, señor, repuso el rey de los tereos, ya soy de-

masiado viejo y pesado para emprender tal viaje; dad la orden á uno de esos jóvenes, que mejor que yo podrán cumplirla.» Y al decir esto, señalaba con la mano á Battos. De regreso á Thera, ya no se pensó más en el oráculo, pues los habitantes, no sabiendo dónde estaba la Libia, no osaron enviar colonos á un lugar desconocido. Pero dióse el caso de que, durante siete años consecutivos no llovió ni una sola vez en la isla, secándose por esta causa todos los árboles, excepto uno. Los tereos consultaron de nuevo á la Pitonisa, y ésta les reprendió por no haber obedecido al dios. Entonces comenzaron á buscar alguno que conociese la Libia, y después de tomar varios informes en Creta, equiparon dos naves, confiando el mando de ellas á Battos, quien fundó la ciudad de Cirene (632) en una de las más fértiles y deliciosas regiones de Africa. Otras cuatro se formaron muy pronto, Apolonia, en el puerto de Cirene, Barcé, Tauchira y Hesperis. Estas ciudades sometieron á su influencia á los nómadas que las rodeaban en una extensión de tres grados de longitud, desde las fronteras de Egipto á la Gran Sirte. Aunque en aquella sazón habían pasado ya los tiempos legendarios, los poetas hicieron de aquel acontecimiento un mito que circuló por el mundo griego. Contaron que Cirene era la más hermosa de las jóvenes de Tesalia; que Apolo la amó, y que en un carro de oro la transportó á la Libia. La fuerza creadora de la imaginación popular no se detiene, mientras existe, en el claro-oscuro de la historia; y en el siglo VII, aun no estamos en plena luz.

Hacia el año 650, algunos aventureros de Caria y de Jonia se habían puesto al servicio de Psammetiko, uno de los jefes que se repartieron el Egipto después de la expulsión de la dinastía etíope. Con su auxilio, este príncipe, de origen libio, consiguió vencer á sus rivales, y como no profesaba al extranjero el odio de los antiguos Faraones, agradeció el servicio de los griegos y abrióles las puertas de su país. Muchos fueron los que acudieron allí á establecerse, y cuando una parte de los guerreros emigraron de Egipto para evitar su contacto impuro, Psammetiko se sirvió de sus nuevos auxiliares en la persecución de aquéllos. Aun se puede leer en Abu-Simbel (Ipsambul) (1), en la Nubia, la inscripción que grabaron en el muslo del coloso de Ramsés en recuerdo de aquella expedición lejana. Psammetiko les dió tierras en el Delta, por la parte del Oeste, sobre la desembocadura canópica, donde fundaron una ciudad á la cual dieron el nombre de Naucratis para recordar su primera victoria en el Nilo; también les permitió establecerse por el Este, á lo largo de la desembocadura pelusiaca, en el lado por donde temía una invasión (2).

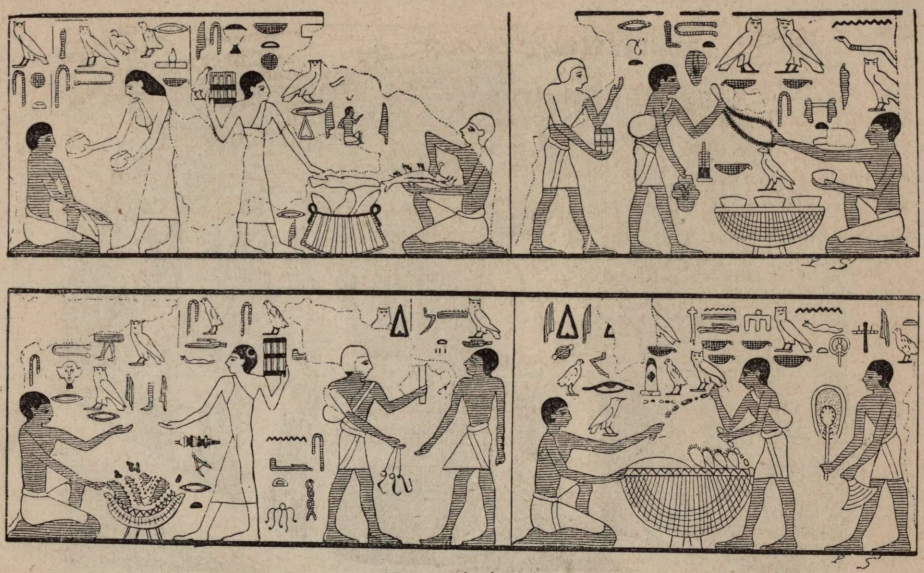
Los traficantes siguieron á los soldados en tal número, que pareció necesario formar una clase especial, la de los intérpretes. Todo el comercio de Egipto, y de consiguiente el de Arabia y de una parte de la India, se halló entonces en manos

---

(1) Véase pág. 300, los colosos de Ipsambul, según Perrot y Chipiez, *Historia del arte*, t. I, fig. 248, p. 421 (Eliseo Reclus, *Nueva geografía universal*, X, p. 459 y siguientes). – Una parte de la inscripción griega que lleva el monumento dice: Βασιλέος ἐλθόντος ἐς Ἐλεφαντίναν Ψαμ[μ]ατίχου, ταῦτα ἔγραψαν τοὶ σὺν Ψαμματίχῳ τῷ Θεοκλ[έ]ος ἔπλεον. Ἦλθον δὲ Κέρκιος κατυπερθεν [ἐ]; ὁ ποταμὸς ἀνίη. Ἀλ[λ]ογλώς[σ]ους ὁ Ϝῆγε Ποτασιμτό, Αἰγυπτίους δὲ Ἄμασις. Ἔγραφε δ' ἀμὲ Ἄρχων Ἀμοιβίχου καὶ Πέλεος Οὐδάμου.—«Habiendo ido el rey Psammetiko á Elefantina, he aquí lo que escribieron los que navegaban con este príncipe, hijo de Teocles. Llegaron hasta más allá de Kerkis (?), es decir hasta donde el río fué navegable. Potosimto (?) tenía (á sus órdenes) extranjeros, Amasis de los egipcios. Arcón y Pelekos son los que escribieron nuestros nombres.» Siguen tres nombres, los de un teano, un ialisiano y un colofonio. Wiedemann, *Rheinisches Museum*, 1880, p. 364, y S. Reinach, *Tratado de epigrafía griega*, p. 8.

(2) El gran caudal de aguas del Nilo tenía su salida entonces por las desembocaduras pelusiaca y canópica. Naucratis era exactamente para los griegos lo que las factorías de Bergen, de Novogorod, etc., fueron en la Edad media para la Hansa teutónica, y lo que son en los tiempos modernos Cantón y Hong-Kong para el comercio europeo.

de los griegos. Para desarrollarlo más aún, Necos proyectó abrir un canal entre el mar Rojo y el Mediterráneo, canal que desembocó en el Nilo en medio de los acantonamientos griegos. Alarmado Amasis al observar que aquella potencia extranjera tomaba pie en Egipto, quiso reprimirla, y para ello resolvió regularizarla, concediendo por el pronto el monopolio exclusivo del comercio á la factoría de Naucratis. A todo mercader que llegaba á otra desembocadura del Nilo se le obligó á jurar que sólo había entrado en ella para escapar de la tempestad; y después de cumplida esta fór-



Bazar egipcio (1).

mula, érale preciso volver con su barco á la desembocadura canópica, á menos que los vientos no fueran del todo contrarios, en cual caso debía transportar sus mercan-

(1) Pintura ejecutada sobre los pilares que adornaban una tumba contemporánea de la quinta dinastía, según la *Gaceta Arqueológica*, VI (1880), lám. XVI (G. Maspero). – I. *Registro superior*, comenzando por la derecha. Un mercader está arrodillado delante de un gran cesto que contiene tres vasos. «Aquí tienes para tí el licor *sat* dulce,» dice al comprador; y este último, que tiene en la mano un par de sandalias, le contesta: «Pues toma tú estas sólidas sandalias.» Otro comprador se adelanta con un cofrecillo. – En las dos escenas siguientes, las que compran son mujeres; una de ellas está delante de un vendedor de pescado, que se ocupa en abrir un gran pez del Nilo; en la canasta que tiene delante hay otros cuatro peces. La mujer lleva al hombro el cofrecillo cuadrado que contiene lo que se propone dar en cambio. La otra compradora presenta dos vasijas blancas á un hombre agachado delante de un frasco de perfumes al que parece dar vueltas. – II. *Registro inferior*. A la derecha se ven dos compradores de pie ante el aparador, que siempre es un enorme cesto colocado sobre un soporte. Dentro del cesto hay legumbres. «Veamos, dame el equivalente,» dice el vendedor al primer comprador, que lleva la alforjilla debajo del brazo izquierdo y tiene en la mano dos hilos de cuentas de abalorios. «Aquí tienes un abanico; hazte aire,» dice al mercader el segundo comprador que tiene en la mano derecha un abanico y en la izquierda un atizadero. – Dos hombres, de pie, están contratando, y uno de ellos tiene tres anzuelos en la mano derecha. La mujer que sigue, y que lleva un cofrecillo, ajusta el precio de objetos, cuya naturaleza no se puede precisar, á un hombre arrodillado ante el cesto-mostrador de forma particular. Según observa M. Maspero, no parece haber metal en ese mercado; pero el sabio egiptólogo cree que el cofrecillo era una especie de *bolsa*, en la cual el comprador guardaba sus valores, y que contenía metal, bien trabajado en forma de objetos menudos, ó ya en lingotes pesados de antemano.

cías, bien selladas, por los canales del Delta, á Naucratis, único punto donde se le permitía exponerlas para la venta. Los griegos establecidos allí formaron una comunidad que se llamó *Helenión* y que tuvo jefes elegidos por ella misma; poseía un templo con recinto consagrado, cuya construcción se costeó por cuatro ciudades jónicas, Chios, Teos, Focea y Clazomenes; cuatro dorias, Rodas, Cnide, Halicarnaso y Faselis, y una eolia, que fué Mitilene. Los beneficios eran de tal importancia para todos los individuos de la comunidad, que muchas ciudades, deseosas de obtener el derecho de participación, pretendían haber ayudado á construir el templo de Hele-



Los colosos del gran templo de Ipsambul (V. pág. 298)

nión. Samos, Egina y Mileto, demasiado poderosas y ricas para unirse con otras, habían formado cada cual una factoría particular, también con su templo y sus jueces.

Naucratis fué entonces lo que Alejandría más tarde, es decir, una de las ciudades más ricas y más afeminadas, el punto de contacto del mundo helénico con la civilización oriental (1). Por ella pasaron seguramente en primer término las leyendas de que Herodoto se ha hecho eco, y que presentaban á Egipto como la madre patria de la religión, de las artes y de la ciencia, y hasta de algunos de los antiguos jefes de Grecia.

(1) Los ingleses han practicado últimamente (1884-1885) interesantes excavaciones en Naucratis, habiéndose hecho públicos los resultados de la primera campaña en la tercera memoria que tiene por título *The Egypt Exploration Fund. Naukratis*, Parte I, 1884-85, por W. M. Flinders Petrie. Se ha despejado una gran parte de la ciudad antigua, el recinto sagrado del templo de los Dioscuros, del de Apolo y de Hera, el barrio de los alfareros, y una fábrica de escarabajos, habiéndose descubierto en estas ruinas muchos fragmentos interesantes, sobre todo de vasos con dedicatorias á Apolo y á los Dioscuros (lám. XXXII-XXXVI) y también pesas (lám. XXI-XXIV). Desgraciadamente, los planos que acompañan al texto (lám. XL-XLIII) son muy imperfectos, y el autor advierte ya que son incompletos. Los resultados de la segunda campaña los modificaron en más de un punto, y por lo tanto esperamos la continuación de la obra inglesa para contar con un plano más exacto de las ruinas de Naucratis.

Atenas no tomó parte alguna en aquella primera colonización de los griegos en Egipto; pero cuando envió más tarde sus flotas y ejércitos á las desembocaduras del Nilo, ya no fué sólo para apoyar la rebelión de los sátrapas ó de los indígenas contra el gran rey, sino también para asegurar el comercio del Sud y de la India, del mismo modo que en el Helesponto se había apropiado el del Norte y de la Escitia. Los griegos tenían mayores alcances en sus miras de lo que nosotros estamos acostumbrados á creer.

Hemos terminado el viaje que efectuaron los colonos griegos á lo largo de las costas del Euxino y del mar interior. Si nos representamos esas ciudades, esos templos erigidos en todos los promontorios; las tierras saneadas y en cultivo; las costumbres dulcificadas; y los pueblos bárbaros conducidos á la civilización, ¡cuántos esfuerzos, cuánto valor y habilidad habremos de suponer en tan audaces fundaciones! ¡Cuántos Vascos de Gama y Hernán Cortés no conocidos salieron de esas pequeñas ciudades! ¡Y cuánto agradecimiento merece esa raza emprendedora que surcó tantos mares con las proas de sus barcos, que comenzó verdaderamente para el hombre la conquista de la tierra por la inteligencia y la libertad, y que encendió al rededor del Mediterráneo tantas antorchas, cuyo resplandor debía iluminar el mundo!

CAPITULO XIII

GRANDEZA Y CIVILIZACIÓN DE LAS COLONIAS GRIEGAS

I. — RELACIONES DE LA COLONIA CON SU METRÓPOLI. — PROSPERIDAD COMERCIAL DE LOS GRIEGOS ASIÁTICOS

Desde el punto de vista de las relaciones de la colonia con la metrópoli, Grecia y Roma representan dos políticas contrarias; la una obedeció al espíritu de libertad y alcanzó gloria, la otra al espíritu de mando y adquirió fuerza. Sin embargo, si la colonia griega se aislaba de la madre patria para gobernarse libremente, no por eso quedaba exenta de todo deber respecto á ella. Manteníase unida, como la esposa joven con su madre, por los lazos de la familia, por una mezcla de benevolencia, de respeto y de veneración (1).

Estas relaciones variaron según los tiempos y las circunstancias de la fundación del nuevo Estado. Las primeras colonias, expulsadas á menudo por una raza extranjera y conquistadora ó por una facción enemiga, rompen completamente con su metrópoli, que las pierde de vista y las olvida. Más tarde la colonia se aleja por lo regular bajo la fe de un oráculo, separándose de su madre en paz y buena armonía. Se mantiene fiel, no obstante, por los lazos de religión y de piedad filial; lleva consigo sus divinidades, su culto, su gobierno, con frecuencia su nombre y á veces sus sacerdotes y un símbolo de unión eterna, como ese fuego sagrado que los jonios tomaron en el Pritaneo de Atenas y que no era permitido encender de nuevo sino en el altar de la madre patria. Si se ve en grave peligro, pide á ésta un jefe, un adivino, sacerdotes de sus dioses ó auxilios de tropas y barcos. Hasta cuando fundaba una

(1) Platón, *Leyes*, lib. VI, *initio*.

nueva ciudad, la madre patria era la que de ordinario nombraba un jefe para los emigrantes, οἰκιστής. A las fiestas de esta última, la colonia enviaba diputaciones y ofrendas y reservaba un puesto de honor para los ciudadanos de la metrópoli cuando celebraba las suyas, siendo ellos los primeros que probaban la carne de las víctimas. Más tarde aún, después de las guerras Médicas, el Estado reivindicó derechos rigurosos sobre las colonias que de su seno salían, y no contento ya con las antiguas relaciones de benevolencia recíproca, consideró á las nuevas ciudades como puestos militares y comerciales, que debían extender su tráfico y asegurar su fuerza. Este es el método de colonización que adoptaron, Atenas en el siglo de Pericles, Cartago, y más severamente aún Roma, la gran ciudad que debía heredar todo el antiguo continente.



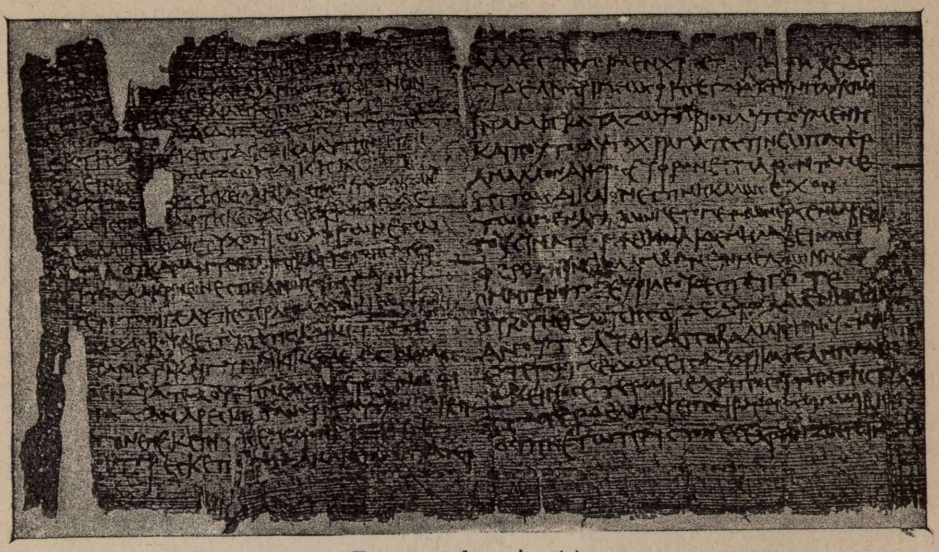
La Quimera en un vaso de Camiros (1).

Las relaciones de las colonias entre sí, cuando habían nacido una de otra, eran las mismas que las de la colonia con la metrópoli; y así vemos que Epidamno debía cumplir para Corcira los mismos deberes que ésta para Corinto. Entre colonias de parentesco más lejano, el carácter de las relaciones dependía de la mayor ó menor afinidad de raza, y cuando esta afinidad era muy íntima daba origen á confederaciones bastante análogas á las anfictionias. Pero esas confederaciones no se encuentran ya sino en las colonias asiáticas, lo cual parece probar que en la época en que se fundaron, la institución anfictiónica estaba en todo su vigor, y que perdió más tarde su influencia, pues las nuevas colonias no se llevaron ni el recuerdo de ella. Las once ciudades eolias tenían probablemente un templo común, el de Apolo *Grineano*. Las doce ciudades jónicas enviaban diputados en épocas periódicas, no solamente cuando se trataba de juegos y fiestas, sino también para discutir los intereses de la nación en el *panjonión*, alrededor del templo de Neptuno, que se elevaba en el monte *Micale*, frente al mar de Samos. Sin embargo, hasta para los jonios el lazo fué siempre más bien religioso que político; y solamente en los raros momentos en que toda la Jonia se vió amenazada, fué cuando sus ciudades opusieron á un peligro común una defensa común también. Los dorios tenían una confederación análoga, más religiosa que política, cuyo centro era el templo de Apolo Triopios; pero sólo admitían seis ciudades, Lindos, Ialisos, Camiros en la isla de Rodas, Halicarnaso y Cnide en la costa, y Cos en la isla del mismo nombre. Es el hexapolo dorio, que no fué sino una pentápolis cuando Halicarnaso quedó excluída por haber violado las leyes de la asociación. A partir del año 408, Lindos, Camiros é Ialisos se reorganizaron en un solo Estado, cuya capital fué Rodas.

Las colonias asiáticas se adelantaron á sus metrópolis en las vías de la civilización, fenómeno que puede explicarse por varias razones. La primera es que los colonos no cayeron en medio de bárbaros á quienes fuese preciso vencer y después ex-

(1) Plato de Camiros, existente en el museo del Louvre, según A. de Longperier, *Museo Napoleón III. Monumentos antiguos escogidos, propios para la historia del arte en Oriente y Occidente*, lám. III. – La Quimera está formada por un cuerpo de león, en cuyos costados se ha ingerido una cabeza de cabra, consistiendo la cola en una serpiente; de las fauces y de las narices de los tres animales brotan llamas; y esto corresponde en un todo á la descripción de Homero (*Ilíada*, VI, 181). En el registro inferior se ve un pez grande, acaso el pez espada, que va nadando hacia la derecha.

terminar ó reprimir por una legislación severa, sino que llegaron á regiones en donde había pueblos de la misma sangre, que hablaban la misma lengua y que ocupaban toda aquella costa en pleno desarrollo de la vida social. Organizados militarmente, como conviene estarlo cuando se trata de ir á buscar fortuna lejos, los nuevos colonos obligaron de grado ó por fuerza á los indígenas á compartir con ellos; hubo pocos combates, y efectuóse pronto y pacíficamente la mezcla de razas, tan favorable á los progresos de la civilización. Después, mientras que Grecia se agitaba en sus convulsiones intestinas, consecuencias de la invasión doria, ó permanecía inmóvil bajo las sospechosas oligarquías, herederas de la monarquía heroica, las colonias encontra-



Fragmento de papirus (1).

ban en nuevas riberas la independencia que el genio exige y el elemento que fomenta su desarrollo; es decir, la paz en el seno de una actividad fecunda, y los honores que una sociedad inteligente y libre prodigaba á las artes.

Otra causa de emancipación intelectual, de la que muy pronto volveremos á ocuparnos, fué la proximidad y el contacto de civilizaciones que iban á sucumbir, pero que eran entonces las más avanzadas del mundo, en Lidia, en Tiro, en Egipto y

(1) Según los *Monumentos griegos publicados por la Asociación para el estímulo de los estudios griegos*, 1879 (H. Weil). – El papirus de que damos un fragmento es del Serapeum de Memfis, y data muy probablemente del segundo siglo antes de nuestra era. Contiene, entre otras cosas, cuarenta y cuatro versos inéditos de Eurípides. Reproducimos en caracteres corrientes los siguientes versos con los cuales comienza la segunda columna:

Ἀλλ' ἔςτ' ἐμοὶ μὲν χρηστός, ἠπόρηκε δέ.
σὺ δ' ἄνδρ' μ', ὡς φῄς, ἐκδίδως νῦν πλουσίῳ,
ἵνα μὴ καταζῶ τὸν βίον λυπουμένη.
Καὶ ποῦ τοσαῦτα χρήματ' ἐστὶν, ὦ πάτερ,
ἃ μᾶλλον ἄνδρος εὐφρανεῖ παρόντα με;

Es el discurso de una mujer que suplica á su padre no la separe del esposo á quien ama para unirla con otro hombre más rico.

hasta en Babilonia, y en esa Nínive, donde Francia volvió á encontrar un arte cuya grandiosidad nadie sospechaba. Añadamos la influencia de un suelo admirablemente dispuesto y de un clima delicioso, el más propio para fecundar y madurar el espíritu, si las malas instituciones no producen el letargo y la muerte del alma allí donde la naturaleza ha sembrado tan ricamente la vida.

Las corrientes de agua que bajan de las montañas del Asia Menor fertilizan su costa occidental, que por mil puertos se comunica con un mar sembrado de numerosas islas. Asentadas al pie de todos los promontorios, en la desembocadura de todos los valles y en las inmediaciones de todos los golfos, la posición misma invitaba á las colonias griegas á transportar en sus barcos de un país á otro los productos propios de cada uno. No descuidaron la agricultura, elemento de vida; pero dedicáronse sobre todo al comercio, que enriquece, y á la navegación, que ilustra y comunica nuevas ideas á la vez que presenta á la vista los más variados aspectos. Rivales de los fenicios, desalojáronlos del mar Egeo y del Euxino, y sus numerosos barcos fueron á cambiar en todas partes los diversos productos. La rica lana de Frigia, hábilmente tejida y teñida en Mileto y en toda la Jonia; el aceite cosechado á lo largo de la costa de Asia; los innumerables objetos tan diestramente trabajados por sus artistas; el papirus de Egipto; los frutos y vinos de Grecia, de los que aun se abastece la Rusia meridional; las maderas de construcción de la Tracia; los trigos, las pieles, la resina, la cera y el lino del Quersoneso Táurico y de las regiones vecinas; las salazones del Euxino; el polvo de oro de la Cólquida; los metales de Armenia y del Ural; el incienso, los perfumes de Arabia y el marfil de Africa; las piedras preciosas, las perlas, la seda de la India y de Serica, que las caravanas llevaban hasta Dioscurias, en el Euxino, y los barcos hasta las ciudades asirias del golfo Pérsico; el ámbar, que Corcira compraba en el Adriático; el silfio *(laser)* de Cirene; la alfarería de Atenas, y los mil productos, en fin, de la industria de los lidios, de Fenicia y de Babilonia, eran otros tantos artículos que contribuían á fomentar el comercio. No olvidemos un género que era entonces el más buscado, es decir, el hombre, el esclavo, que provenía de todos los países.

Dos ciudades se pusieron á la cabeza de las otras en este progreso, Focea y Mileto. Mientras que la primera se extendía hacia Occidente, exploraba las costas de Italia, de Córcega, de la Galia y de España hasta más allá de las columnas de Hércules; la segunda, enriquecida por sus finos tejidos de lana y sus alfombras de vivos colores, tomaba para su dominio un mar oriental, que se llamó, aunque su navegación fuera peligrosa, «mar hospitalario» (Ponto Euxino), así como los portugueses dieron al cabo de las Tempestades el nombre de Buena Esperanza. En las riberas septentrionales de este mar, las brumas eran muy densas y el invierno terrible; pero allí también se encontraban mercados inagotables de esclavos, las tierras más ricas de Europa para los cereales é inmensas praderas para la cría de ganados. Al Este y al Sud abundaban las maderas propias para la construcción de buques, y todas las aguas eran ricas en pesca. Todas las primaveras, el atún sale del Euxino para ir al Mediterráneo, y su pesca, una de las más antiguas y más grandes industrias de aquellos tiempos, constituía el principal alimento de las ciudades marítimas, y fué tal vez lo que acercó más y más, primeramente á los fenicios y después á los griegos, á ese sombrío y tempestuoso mar sin islas, con pocos puertos y «tan grande, que toda la Hélade, desde el Olimpo al cabo Tenaro, podría flotar allí fácilmente». A las riberas del Sud llegaban por la Armenia los géneros de la India y de Asiria y las aguas del Fase, agrietando las montañas, arrastraban pepitas de oro, que se recogían extendiendo vellones en el fondo de la corriente. Más ricas eran aún las pepitas del Ural que los escitas llevaban á la costa del Norte.

Este comercio había estado primeramente en manos de los fenicios; Mileto se lo usurpó y fundó en aquellas costas más de ochenta factorías. Al Sud se hallaban Sínope, antigua ciudad asiria; Trapezonte y Amisos, sobre el Euxino; Cícico (1) y Proconeso, en el mar que tomó el nombre de Mármara de unas islas de mármol que en él existen; Abidos y Lampsaco, sobre el Helesponto, para ofrecer un refugio á los buques arrastrados por la violencia de la corriente de los Dardanelos. Al Norte estaban Istros y Tiras en el delta del Danubio *(Ister)* y el *liman* del Dniester



Alfarería de Atenas: jarro y lámparas (2).

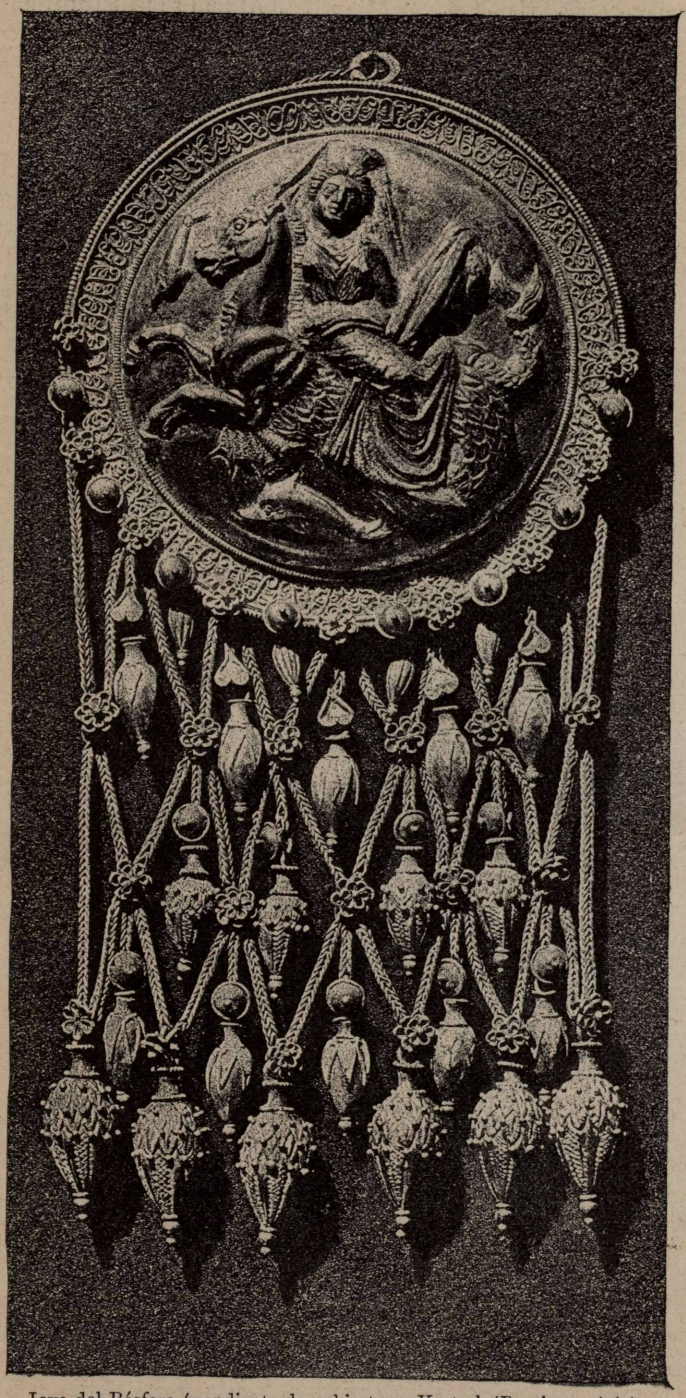
(Tiras); Odessos y Olbia, cerca de las desembocaduras del *Hipanis* (el Bug) y del *Boristenes* (el Dnieper), que los antiguos comparaban con el Nilo por la pureza de sus aguas y sus ricas riberas. En las inhospitalarias costas de la Táurida (Crimea) encontrábanse Teodosia (Caffa) y Panticapea (Kertsch), que con Fanagoria, situada frente á la península de Tamán, cerraba el estrecho del Bósforo cimeriano. Por último, en el mar de Azof, sobre el delta del Tanais, encontrábase una ciudad del mismo nombre, y en el fondo del Euxino, Fasis y Dioscurias, situadas en el límite extremo del mundo helénico, eran como dos cuñas que la civilización encajaba en la barbarie oriental para entreabrirla.

La prosperidad comercial de los griegos de Asia alcanzó su apogeo en los si-

(1) Notaré de paso que Cícico tenía, como nosotros, un registro especial para las hipotecas.

(2) Pequeño lecito ateniense y lámparas existentes en el museo del Louvre. La alfarería de Atenas era muy celebrada. Los que trabajaban en ella ocupaban todo un barrio de la ciudad, al que habían dado su nombre, el *Cerámico*. La forma de las lámparas es la más sencilla y común: la mecha salía del pico poco prolongado, y el aceite se echaba por un agujero practicado en el centro de la parte superior. Un orificio más pequeño ponía el líquido en contacto con la atmósfera, sufriendo la presión de ésta.

glos VII y VI. En 704, los samios no tenían más que un trirreme, y antes de 631 ningún barco griego había visitado las costas de Libia. Dos generaciones más tarde, los jonios dominan en el mar Egeo; Corcira y Corinto en el de Jonia; la Italia meridional llega á ser la Gran Grecia; Sicilia se ha helenizado; Marsella reemplaza á los fenicios, y en Africa, Cirene y Barcé alcanzan un estado floreciente y Naucratis es el mercado de toda la Grecia y del valle del Nilo. La razón de esta prosperidad está en que estas ciudades han llegado entonces á su más alto grado de población y riqueza, y en que al mismo tiempo ocurren dos grandes acontecimientos: la admisión del comercio griego en Egipto, hacia el año 630, y la decadencia de Fenicia, avasallada en



Joya del Bósforo (pendiente descubierto en Kertsch (Panticapea) (1).

(1) Según los *Informes de la Comisión arqueológica de San Petersburgo*, 1865, lámina II, 2. – Este pendiente fué descubierto en la tumba de una sacerdotisa de Demeter, que contenía todo un tesoro de objetos del más elevado precio. En el disco á que están sujetas las cadenillas se ve cincelada la figura de una Nereida, llevando una de las piezas de la armadura de Aquiles.

aquella época por los asirios. Por una feliz coincidencia, en el mismo instante en que un rico país se entregaba por su propia voluntad á la explotación extranjera, los graves apuros en que se hallaban los eternos rivales de los griegos dejaban á éstos el campo libre. Al mismo tiempo también alcanzaban su mayor grandeza, según se asegura, los italiotas griegos; de modo que desde una á otra orilla del Mediterráneo entablábanse activas relaciones, correspondiendo la prosperidad de Sibaris á la de Mileto y la fortuna de Crotona á la de Focea.

La sumisión de la Jonia por los persas (1), los ataques incesantes de los sabelios contra los griegos italiotas, y por último los peligros de la madre patria, amenazada en sus libertades, detuvieron aquel brillante impulso; pero por fortuna habíanse recogido ya los ópimos frutos que aquella prosperidad debía madurar.

II. – INFLUENCIA DE LAS CIVILIZACIONES ASIÁTICAS SOBRE EL GENIO GRIEGO

La civilización de los pueblos comerciales se desarrolla más rápidamente que la de los pueblos agricultores ó pastores, sobre todo si sus barcos y sus mercaderes visitan países civilizados, pues como recorren muchos, pueden recoger en todas partes aquello que les parece propio para obtener los goces de una vida más tranquila. A la vez que adquieren la riqueza necesaria para fomentar las artes, su espíritu se explaya y excita ante el espectáculo de tantas cosas y su curiosidad se complace en las novedades en vez de rechazarlas. Ahora bien, la civilización de Grecia tenía mucho que aprender de los egipcios y de los asirios, esos primogénitos del mundo occidental, y tomó bastante de ellos, no solamente por sus mercaderes, sino también por sus viajeros y sus proscriptos. Más de un griego, antes de Herodoto, tuvo curiosidad por las cosas de Asia, y más de un soldado, antes de Jenofonte, fué á ofrecer su valor á aquellos reyes que tenían bastante oro para recompensar todos los servicios. Alceo de Mitilena, que visitó el Egipto, celebra las hazañas de su hermano, «que había vuelto de las extremidades de la tierra, llevando un puñal con empuñadura de marfil guarnecida de oro.» Cada una de estas ciudades era, pues, un punto de contacto del mundo griego con las antiguas poblaciones del Oriente; y cada cual tomó de los países situados detrás de ella primeramente algunos de sus géneros y después algunas de sus costumbres y creencias (2) y de sus procedimientos artísticos.

Herodoto, Diodoro y Pausanias quieren que todo, arte y religión, haya sido importado de Egipto á Grecia (3). Lo que hemos descubierto recientemente del arte asirio, y lo que sabemos de la ciencia, de la industria y de la religión de Babilonia,

---

(1) Sobre la sumisión de los griegos asiáticos, primero por los lidios y después por los persas, véase el cap XIV.

(2) La cebada y el trigo cultivados en Grecia son de la misma especie que se halla en las tumbas de los reyes de Egipto, y estos dos cereales proceden del Oriente. Los otros dos, el centeno y la avena, originarios del Norte, no se cultivaban en Grecia (Moreau de Jonnes, *Estadística de los pueblos de la antigüedad*, t. I, p. 441). Hasta había mezcla entre las poblaciones: un griego, tirano de Efeso, era cuñado de Creso, y la madre de éste era jonia. Amasis casó con una griega de Cirene (Herodoto, II, 181). Tal era el número de griegos que habitaban en Egipto, que fué necesario crear una clase de intérpretes (id., 154); pero estas relaciones entre ambos países no datan sino de la época de los reyes saíticos, es decir de la segunda mitad del siglo VII, y sobre todo del VI. Homero no sabe casi nada de Egipto. Véase un interesante artículo de M. Paparrigopoulos, titulado *Grecia y Egipto en los tiempos prehoméricos*, en el Bol. de la Corresp. helén., V (1880), p. 241-250.

(3) Ahora conocemos los nombres de las divinidades egipcias, pudiendo decir por lo tanto que nada tienen de común con los de los helenos que corresponden todos por sus raíces á las lenguas indo-europeas (Guigniaut, *Religiones de la antigüedad*, t. II, parte III, p. 1056, y A. Maury, t. III, p. 363).

de Fenicia y de los lidios, nos inducen á dar mucha más importancia á la influencia asiática en el desarrollo de la civilización griega.

Los fenicios, cuyos barcos visitaban todas las costas del Mediterráneo, fueron los



Pátera fenicia de Dali (1).

primeros, y durante largo tiempo los principales intermediarios entre el Oriente y el Occidente. Careciendo de arte nacional, reproducían para sus artículos de exporta-

(1) Pátera de plata dorada, existente en el museo del Louvre. Perrot y Chipiez, *Historia del arte*, t. III, fig. 546, y Clermont-Ganneau, *La estampería fenicia y la mitología iconológica entre los griegos*, p. XVIII y sig. – En el medallón central, «un personaje con atributos mitológicos, de estilo completamente egipcio, está de pie, blandiendo con la mano derecha una clava y tendiendo la izquierda, armada de un arco, sobre un grupo de tres hombres medio arrodillados que luchan contra él.» M. Clermont-Ganneau demuestra, en su notable estudio, cómo esta escena, que los fenicios tomaron de los egipcios, fué copiada después por los griegos, llegando á ser en su mitología el combate de Hércules contra el triple Gerión. La imagen fenicia, en efecto, había circulado en todo el mundo griego, adoptándose para esas copas y vasos metálicos que el comercio fenicio vendía en todos los puntos del Mediterráneo. En el friso exterior se ven doce grupos correspondientes á los diversos episodios de una doble lucha; es la del Hércules fenicio contra el león, y de otro héroe contra el león y el grifo. En el friso interior se ven grifos y esfinges aladas, con la pata apoyada sobre la cabeza de un hombre tendido en tierra.

ción los modelos que habían visto en Egipto y en Asiria, algunas veces sin comprenderlos (1), y diseminaban por todas partes formas y tipos que se aclimataban en sus patrias adoptivas.

Más poderosa fué probablemente la influencia de Asiria, donde habían florecido ricas y poderosas monarquías. Hubo allí un foco de civilización cuyo esplendor irradió mucho más allá de las fronteras de la Mesopotamia, franqueando por un lado el Líbano, y por el otro el Taurus. Las esculturas de Cilicia y de Capadocia presentan ciertos rasgos de semejanza con las de los artistas asirios. Los pueblos del Asia Menor, dueños de las vías comerciales que pasaban por Comana y Tarso, prolongándose hasta Nínive y Babilonia, y esos Hitites recientemente descubiertos debieron servir de intermediarios entre Asia y Grecia (2). Es imposible no reconocer la influencia de los grandes pueblos de Oriente «en esa representación de animales fabulosos, de cacerías y de combates fantásticos, en esos adornos extravagantes formados con plantas y símbolos evidentemente asiáticos, que se observan en toda una serie de los más antiguos vasos pintados, y en otros muchos objetos artísticos cincelados y grabados.

»La Quimera, las Gorgonas, los centauros y los grifos, la esfinge mujer y león, y el caballo alado Pegaso, reconocidos ambos entre las esculturas asirias de Nimrud, son imitaciones de ese género, y pasaron de las tradiciones á los monumentos, ó algunas veces también, de estos últimos á aquéllas. Las más antiguas monedas griegas, las de Egina, de Corinto y Atenas, que se remontan á las primeras olimpíadas, presentan en sus tipos simbólicos el vestigio de esas imitaciones tomadas del Asia Menor, de Fenicia y de Asiria, de igual manera que en las escenas heroicas esculpidas en estilo antiguo en los templos de Egina y de Selinonte, con las proporciones macizas de sus figuras, con sus músculos muy pronunciados, sus adornos, su tocado y sus trajes, se cree reconocer la misma fuente de imitación, que produjo tantas piedras grabadas y escarabajos, cuyos asuntos y ejecución recuerdan tan notablemente los cilindros babilónicos (3).»

Tanto las vías terrestres como las marítimas han servido para transmitir de este modo la influencia oriental, que se atestigua por lo que podría llamarse la ilustración sucesiva de los países donde se habla la lengua helénica. En las costas del Asia Menor es donde se manifiesta desde luego la luz, que se difunde hasta las Cícladas, y alcanza después al continente europeo. Los poetas y los filósofos nacen al Oriente del mar Egeo; allí se fundan las primeras escuelas de arte y se erigen los primeros templos; de modo que los griegos recibieron de los artistas desconocidos del Oriente la primera iniciación; pero de la misma manera que aquel personaje de la fábula que

---

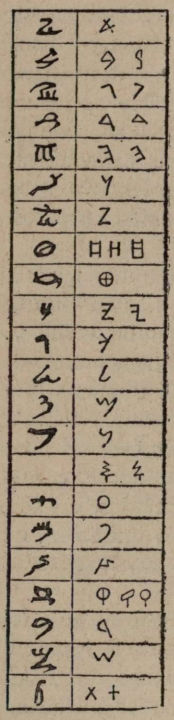
(1) Véase la copa de Palestrina en mi *Historia de los Romanos*, tomo I. – Hasta en el tiempo en que llegó á su apogeo la prosperidad del comercio helénico, los fenicios tuvieron factorías en muchas ciudades griegas, y un cementerio en el Pireo (*Corp. inscr. Semit.*, n.° 116). En Marsella se encontró marcada sobre una piedra procedente de Cartago la tarifa de los sacrificios hechos en la ciudad focense (id. n.° 165).

(2) G. Perrot, *Miscelánea de arqueología*, p. 39 y 67, y *Revista de los Dos Mundos*, 15 julio de 1886: *Una civilización recobrada.*

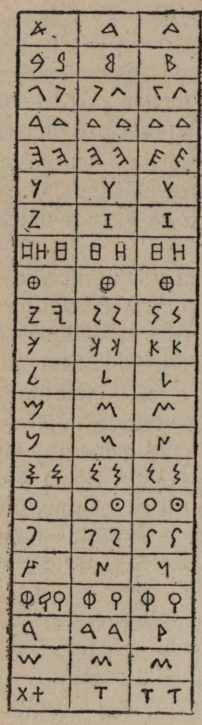
(3) M. Guigniaut, *Notas á Creuzer*, t. II, p. 1063-4. La figura, grabada en relieve en el gran sarcófago fenicio del Louvre, recuerda á la vez las cabezas de Khorsabad y las más antiguas esculturas griegas, sobre todo ciertas figuras de barro cocido que representan á Gea y se hallan en las antiguas tumbas helénicas. Esta es por lo menos la opinión de M. Longperier (véase sus *Informes sobre las antigüedades del museo del Louvre*, segunda edición). Eurípides había dicho ya que los muros de Micenas fueron construídos según el sistema fenicio (*Hércules enojado*, V, p. 945). La puerta del Tesoro de Atreo en Micenas, de forma piramidal, recuerda, en efecto, la de una ciudad ciclópea de Fenicia, Oum-el-Awamid (*la Madre de las Columnas*), situada á cuatro leguas al Sud de Sour (De Vogüé, en el *Ateneo* del 30 diciembre 1854).

convertía en oro cuanto sus manos tocaban, transformaron ellos todo lo que recibieron del extranjero.

Las letras griegas, lo mismo que el alfabeto latino y el de los etruscos, son caracteres que los fenicios tomaron de Egipto, no solamente por la forma, el orden de su unión y el valor, sino también á veces por el nombre mismo, como *bêta* por *beth*, *thêta* por *tet;* pero «si los fenicios dieron la escritura, los griegos son los que han escrito (1).»



Origen egipcio del alfabeto fenicio (4).



Origen fenicio del alfabeto griego (5).

El más antiguo sistema métrico adoptado en la Hélade, el de Egina, con sus divisiones en talentos, minas y óbolos, es idéntico al sistema babilónico y fenicio, y aun la palabra mina *(mna)*, unidad del sistema, es de origen caldeo (2); de allí proceden igualmente la división duodecimal del día, y el uso de la esfera celeste y del gnomon, que sirve para contar las horas por la sombra que proyecta un cuerpo sólido sobre una superficie plana. Egipto dió la geometría práctica, y Caldea las observaciones astronómicas (3); pero Grecia fué la que fundó la ciencia, creando verdaderos sistemas científicos.

De los tres géneros de música griega, uno es de Lidia y otro de Frigia. La flauta era de este último país, como Hyagnis, su inventor, y como Marsyas, que osó luchar contra Apolo, según decían los griegos; y Olimpos era de Misia. En Grecia fué, no obstante, donde la música llegó á ser un procedimiento de educación y una institución social.

Dos de los tres órdenes de arquitectura existían ya en las orillas del Nilo y del Eufrates antes de ser conocidos en Grecia. Champollion encontró triglifos y

(1) Havet, *Orígenes del cristianismo*, p. 22. Sobre el alfabeto griego, véase Manuel de Rougé, *Memoria sobre el origen egipcio del alfabeto fenicio*, 1874.

(2) Bœckh, *Metrología*, ch. IV, V, VI. Cf. Vazquez Queipo, *Ensayo sobre los sistemas métricos y monetarios de los antiguos* (3 vol. Paris, 1859).

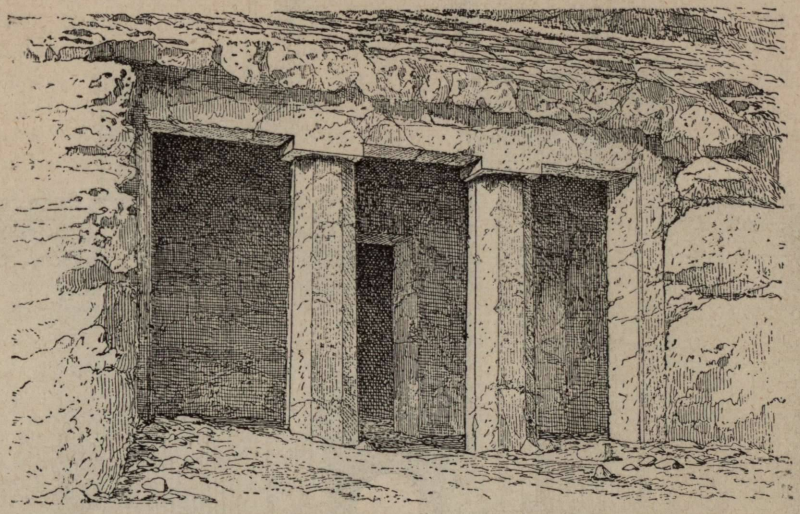
(3) Ptolomeo cita trece observaciones astronómicas de los caldeos, que, como los egipcios, habían determinado con suficiente exactitud la duración del año solar. En una memoria de Grotefend sobre la astronomía de los asirios y de los babilonios, leída el 10 de enero de 1854 en la Sociedad siro-egipcia de Londres, el autor demostró que el Zodíaco es de origen asirio y no egipcio, pues no contiene animales de este último origen. Los griegos, según él, debieron tomar su astronomía de la Asiria por conducto del Asia Menor, según lo atestiguan los poemas de Hesiodo y de Homero, en los cuales las constelaciones de Hércules y otras se describen exactamente tal como las representan los mármoles de Nimrud.

(4) Cuadro formado por M. de Rougé (según el *Diccionario de las antigüedades griegas y romanas*, fig. 230).

(5) Cuadro formado por M. F. Lenormant (id., fig. 231). Se encontrarán otros más exactos en el *Tratado de epigrafía griega* de M. S. Reinach, p. 180-181 y 186-189.

columnas dóricas que adornaban la entrada de las tumbas de Beni-Hassán, anteriores en algunos siglos al uso de las columnas dóricas en Grecia. MM. Layard y Botta hallaron la voluta jónica en Nínive, en el palacio de Sargón, que data del siglo VIII (1).

En todo el Oriente se hicieron estatuas y se comenzó á practicar el arte; pero los griegos fueron los que realizaron la belleza. Con una religión que tan poco pesaba sobre las almas, no tenían el ideal que arrebata el espíritu y le pierde en las regiones de lo infinito, ó le sepulta al pie de ídolos que nada le dicen, por lo mismo que quieren decirle demasiado. No tuvieron ni la forma á veces monstruosa, del arte



Fachada de una tumba de Beni-Hassán (2).

indio ó egipcio, que revela sobre todo la fuerza y solamente impone por lo gigantesco, ni la forma ingenua y transparente del arte cristiano, que querrá representar sobre todo el alma. Bajo la inspiración de un genio feliz y de una naturaleza dulcificada y suave, terminaron con armoniosas proporciones lo que los artistas de Nínive y de Menfis comenzaron con formas grandiosas ó colosales, pero sin gracia ni hermosura; tuvieron el arte libre y laico, el arte humano por excelencia, el equilibrio más perfecto de la forma y del pensamiento.

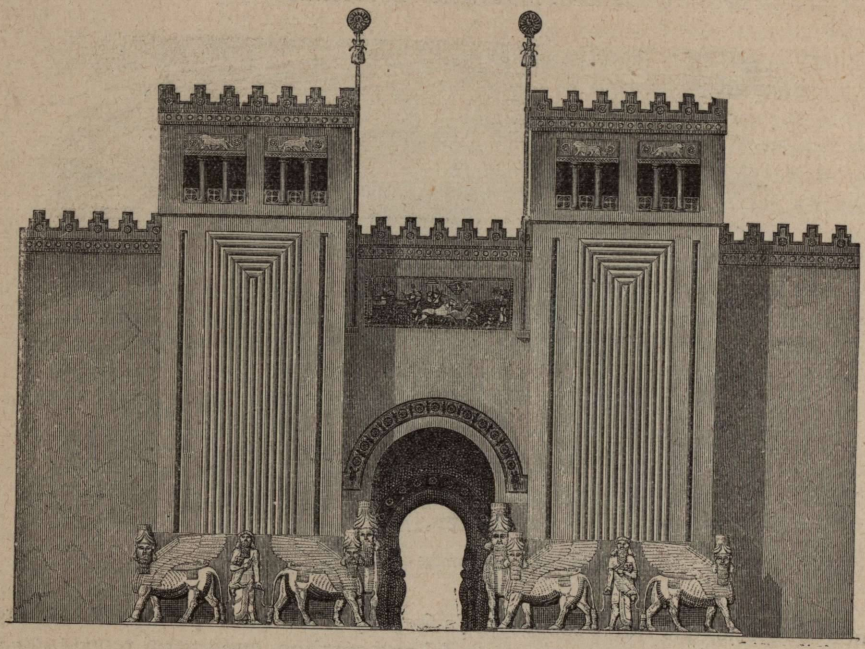
III. — LAS ARTES Y LA POESÍA

Egipto y Asiria habían erigido templos á sus divinidades y palacios y tumbas á sus reyes. Entre los griegos de los tiempos históricos, que ya no tenían reyes, el arte monumental no estuvo por lo pronto más que al servicio de los dioses, y sólo en los últimos siglos se usó para adornar las ciudades. Al llegar á la Hélade, la ciencia ar-

(1) Ker Porter ha visto la voluta jónica en Persépolis, pero en ese santuario de los Aqueménidas era importación extranjera, y como una reproducción ofensiva del arte griego en el centro de la Pérsida. Este es uno de los hechos que se han puesto perfectamente en claro gracias al luminoso libro titulado *Arte antiguo de Persia*, cuyos datos buscaron atrevidamente en el fondo de Persia M. Dieulafoy y su señora, á pesar de muchas dificultades, peligrosas algunas veces.

(2) Según Perrot y Chipiez, *Historia del arte*, t. I, fig. 166, p. 255 y 549.

quitectónica del Oriente se modificó y ennobleció, y aunque los procedimientos fueron los mismos, el dibujo general difirió mucho, porque las creencias y las divisiones sociales no se asemejaban. Nada recuerda menos los edificios religiosos de Egipto ó de Asiria que el templo griego, realización de una idea sencilla en la piedra: es la morada del dios erigida sobre la de los hombres, pero de un dios siempre visible por la abertura de la *cella*, que quiere observar desde el fondo de su santuario á su pueblo, y comunicarse con los fieles por medio de los sacrificios ofrecidos á su divinidad. En nuestros días, los términos *dórico* y *jónico* sirven para designar dos órde-



Puerta del palacio real de Khorsabad (Asiria)

nes de arquitectura diferentes, severo el uno, y más elegante pero serio todavía el otro, que se formaron en la Grecia asiática (1), y cuyo *canon*, ó reglas fundamentales, determinaron los griegos, que han seguido siempre variándolas. Desde el séptimo siglo, Samos erigía á Juno el más vasto templo que vió Herodoto. El santuario de Artemisa en Efeso fué después de él el más importante, habiendo sido construído á expensas de todas las ciudades griegas de Asia y considerado como una de las siete maravillas del mundo. Su construcción duró doscientos veinte años (2).

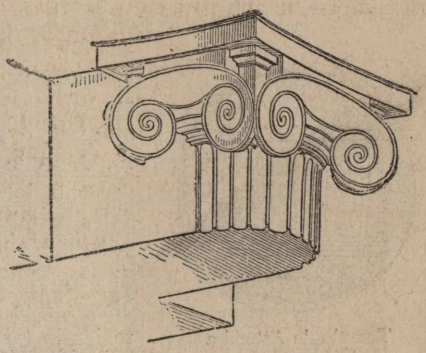
Otros tres templos de la costa de Asia reunían á la gracia del arte jónico la grandeza y la majestad: en Magnesia del Meandro, el santuario de Artemisa Leucofrina,

(1) Atenas no tuvo más que dos templos jónicos, el Erecteyon y el santuario de la Victoria Aptera, ambos pequeños, pero dos maravillas. Para todo lo que se refiere á las artes en Grecia, consúltese la obra de MM. Perrot y Chipiez, *Historia del arte en la antigüedad*, donde se tratan todas estas cuestiones con doble competencia.

(2) Su longitud era de 425 pies romanos (126 metros), y su anchura de 220 (65). Tenía ocho columnas de frente, con una doble línea al rededor de la *cella*, contándose entre todas 127 columnas de orden jónico, de 60 pies, ó cerca de 18 metros de elevación. Clarac ha dado una descripción de este monumento en las notas del *Viaje por Levante* del conde de Forbín, p. 114.

algunos de cuyos restos se hallan en el Louvre; en Priena, el de Atenea, de fecha más reciente; y en el territorio de Mileto, el de Apolo *Didimeno*, rival del Artemision de Efeso por la riqueza de sus adornos, por sus columnas de 20 metros, y por su fachada de 50. Todos los griegos de Asia consultaban al oráculo de este templo, como lo hicieron más tarde los romanos: Diocleciano hubo de preguntarle también si se debía tolerar ó perseguir á los cristianos.

Los griegos, que eran muy aficionados á introducir alguna historia delicada en el origen de todo, contaban que una joven de Corinto, al despedirse de su novio que se disponía á emprender un largo viaje, había observado que el perfil de su prometido se proyectaba en sombra sobre el muro por la luz de una lámpara; y para conservar este dulce recuerdo, fijó la imagen fugitiva, trazando al punto una línea sobre los contornos. Con esto quedó descubierto el dibujo. Aristóteles, á quien no agradaban esta especie de historias, acercábase á la verdad al decir que el primer pintor había sido Eukheir, pariente de aquel Dédalo que para los mitógrafos representaba el genio de la invención en las artes. Dédalo conocía el Egipto, puesto que su laberinto de Creta se consideraba como una copia del de aquel país; pero la verdad es que así en las orillas del Nilo como en las del Tigris y del Eufrates, los templos y las tumbas estaban cuajadas de pinturas. No debe extrañarse, pues, que los primeros pintores de Grecia aparecieran en la Jonia. Refiérese que Bularcos había pintado con varios colores un cuadro que representaba la destrucción de Magnesia del Meandro, y que el rey Candaule lo compró á peso de oro; pero se ha visto que el uso de los colores para el decorado de las paredes, en la Grecia europea, era anterior aun á la guerra de Troya (2).



Capitel jónico en el templo de Apolo *Epicurios*, en Bassæ (cerca de Figalia) (1).

La escultura debía alcanzar la perfección en aquel país, único que había tenido instituciones destinadas á desarrollar y fortificar el cuerpo, y en el que, para juzgar mejor de los golpes, para estudiar las posturas, actitudes y ademanes necesarios, los atletas, los andarines y los pugilistas se ejercitaban desnudos en el gimnasio y desnudos luchaban en la liza. Sin embargo, dos cosas contuvieron durante largo tiempo el impulso de esa arte bella: la imperfección de los procedimientos técnicos, y el respeto supersticioso de los pueblos á los objetos informes de su adoración. En mucho tiempo, los dioses no estuvieron representados más que por un tronco de árbol sin descortezar apenas, ó por una simple piedra, y más tarde por placas de hierro ó de bronce unidas entre sí por medio de remaches que sólo podían producir desgraciadas imágenes (3). En el siglo VII, Teodoro de Samos, que grabó la famosa esmeral-

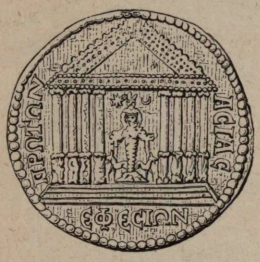
(1) Según el *Diccionario de antigüedades griegas y romanas*, fig. 1758, en la palabra *Columna*. – El templo de Bassæ fué construído por Iktinos, el arquitecto del Partenón. Se observará que las espirales de las volutas están unidas entre sí por una curva sobrealzada, y no por una curva doblegada, como en el Erecteyon; véase C. Chipiez, *obra citada*, p. 270 y sig.

(2) Páginas 19 y 20.

(3) «Antes de la guerra de Troya,» dice Pausanias, y hubiera podido añadir: largo tiempo después, «no se conocía el arte de fundir el metal y echarlo en moldes. Se hacía una estatua como un traje, pieza por pieza, y no de una sola vez» (Pausanias, VIII, 14).

da arrojada por Polícrates al mar, inventó el vaciado, por medio del cual se pudo comunicar al bronce todas las formas; y un poco más tarde Glaucos de Chíos inventó la soldadura del hierro, sirviéndose de metales más fusibles que aquellos que se quería unir (1). Por último, hacia mediados del siglo VI, dos artistas cretenses, Dipœnos y Scyllis, establecidos en Sicione, hicieron prevalecer para la estatuaria el uso del mármol. Un invento muy modesto, y sin embargo importante, aseguró á los templos más larga duración: un arquitecto de Naxos imaginó preservar las junturas del tejado con planchas de mármol, que impidieron el deterioro producido por el agua de las lluvias. El servicio se consideró de bastante importancia para que el artista mereciese una estatua.

El arte tuvo entonces á su alcance medios de acción, y ya no le faltó sino sustraerse á las exigencias teocráticas para ser libre en sus concepciones. La piedad prohibía cambiar, ni aun para embellecerlas, las imágenes de los dioses, que conservaron sus formas rígidas é ingratas; pero el arte laico, que reproducía para las ciudades las facciones de los vencedores en los juegos nacionales, tuvo su reacción sobre el arte religioso, que gradualmente llegó á ser menos severo. Aunque conservando para ciertas ceremonias las representaciones informes de las antiguas divinidades, los fieles permitieron que se comunicara también la gracia y la belleza á los héroes hijos de los hombres, y hasta á los dioses. Entonces formáronse escuelas, entre otras la de Naxos, que floreció mucho desde el siglo VII al IV, apareciendo también verdaderos artistas. Baticles, de Magnesia del Meandro, hizo para el templo de Amiclea, cerca de Esparta, una obra importante, en la que la informe imagen de Apolo tuvo á su alrededor las estatuas de las Estaciones y de las Gracias, y el trono en que el dios se hallaba de pie habíase adornado con bajos relieves que representaban la historia de los dioses y de los héroes (3). Antes de Fidias, Atenas poseyó también una escuela de estatuarios, que Quintiliano compara con los etruscos primitivos (4). En Sicione, Kanacos construyó una Venus de oro y de marfil, y un Apolo, del que existe una reproducción en bronce en el Museo Británico, y otra en el Louvre. Cicerón censuraba á este maestro por no haber renunciado ya á la rigidez é inmovilidad arcaicas (5); pero su Apolo, no obstante, tiene más soltura en los miembros, y facciones más finas que las del Apolo de Temea (6). En Argos y en Egina, la vida animó, al fin, el mármol y el bronce.



Templo de Artemisa en Efeso (2).

Ageladas de Argos, nacido tal vez en 540, esculpió varias estatuas de vencedores en los juegos olímpicos; un Hércules Αλεξίκακος, ó Tutelar, y un Zeo para los mesenios de Naupacta. Era un artista eminente, pues fué maestro de Fidias, de Mi-

(1) Herodoto, I, 25.

(2) En leyenda: ΕΦΕCΙΩΝ. La estatua de la diosa está de pie y de frente, adornada con sus atributos, bajo un templo de seis columnas: las acroteras y los antefijos se distinguen muy claramente en el bordo del techo, lo propio que algunas de las figuras representadas en el frontón y las figuras y adornos de la base y del capitel de las columnas (Reverso de una moneda de bronce del emperador Adriano). M. Wood ha descubierto y cedido al Museo Británico importantes fragmentos de las esculturas de este templo.

(3) Véase p. 177.

(4) XII, 10, 7.

(5) Cicerón, *Brutus*, 18.

(6) Temea, distrito del territorio de Corinto (Estrabón, VIII, 6, 22).

rón y de Policletes; de modo que inaugura la época del gran arte escultural. Su contemporáneo, Onatas de Egina, se hizo célebre por sus estatuas de bronce y sus trofeos de los vencedores olímpicos, y hasta por un cuadro que pintó en el templo de Platea, consagrado á Minerva Areia (la Belicosa), cuadro en que los plateos, poseídos de odio contra Tebas, quisieron que se representase la expedición de los jefes argivos contra aquella ciudad. Algunas veces se ha considerado á Onatas como autor de los famosos mármoles de Egina. Hacia el año 548 se introdujo la costumbre de colocar en el Altis de Olimpia las imágenes de aquellos que habían ganado los premios en los juegos públicos, lo cual fué un poderoso estímulo para la estatuaria. Como en esos juegos había carreras de carros, también se acostumbraron los artistas á esculpir caballos; y el friso del Partenón demuestra hasta qué punto se alcanzó en esto un buen resultado (1).

A mediados del siglo VI, el arte dejó, pues, de estar condenado á reproducir formas invariables, y en vez de la imitación servil, buscó lo ideal, y el don de la libertad llegó á ser para el artista el don del genio, porque tenía ante los ojos la más hermosa raza del mundo. «La figura jonia, dice Dion Crisóstomo, reune los caracteres de la belleza,» é Hipócrates declara que la sangre jónica era la más pura de Grecia (2). Un hecho demuestra la influencia que ejerció en el desarrollo de las artes en la Hélade europea la proximidad de las ciudades asiáticas, tal es el de que no se encuentran artistas sino en la costa oriental; en el Noroeste de Grecia no los hubo.

La religión griega había sustituído los dioses de Oriente, abstractos y simbólicos como Brahma y Ormuz, ó materiales y toscos como Apis, por seres morales y personales, transformación que abrió un campo inmenso á la poesía. Por de pronto la epopeya surgió naturalmente, pero una epopeya en que lo maravilloso no anonada al hombre. Esta poesía es hija de Jonia; Esmirna y Chíos son las dos ciudades que reivindican con más verosimilitud el honor de haber visto nacer á Homero. Al cantor de Aquiles sucedieron otros muchos poetas, pero aunque se han conservado los nombres de veinte ó treinta, nada queda apenas de sus obras. Se les llamaba *cíclicos*, porque sus poemas reunidos formaban como una colección completa de las tradiciones sobre la edad heroica. Habían celebrado las hazañas de los antiguos héroes, ó los incidentes de la guerra de Troya que el cantor de Aquiles no tocó, recogiendo así, como dice Esquilo, las migas del festín de Homero.

Los poetas épicos celebraban el pasado heroico y religioso de Grecia; pero sus cantos cesaron cuando el espíritu griego, desprendiéndose en parte de los lazos de la antigua fe, comenzó á interrogarse á sí mismo y dejó de ocuparse tanto de los dioses para pensar un poco más en el hombre, cuidándose menos de la vida pasada, que la imaginación embelleciera con sus ficciones, y más de la vida presente, que la pasión animaba con sus amores y sus cóleras. A la musa épica sucedió la musa elegíaca y la lírica, que dió principio á sus cantos en los mismos lugares donde apareció Homero, y que los continuó durante tres siglos desde el octavo al quinto con una brillantez fácil de reconocer en los escasos restos que de ella nos quedan.

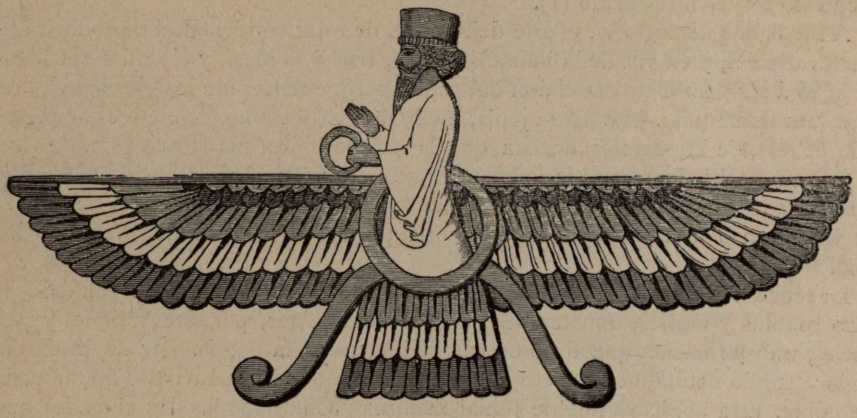
(1) Debo decir que hay mucha incertidumbre sobre todos estos datos, á pesar de los muchos esfuerzos que se han hecho para ordenar esta cronología.

(2) El sistema de educación, en el que la gimnasia era de primera importancia, tendía á desarrollar las formas físicas. Véase p. 317 lo que decía Xenofonte sobre los espartanos. Respecto á la higiene pública de los antiguos, tan admirablemente concebida, y de la que hemos hecho mal en no conservar nada, M. Littré dice en su *Hipócrates*, t. IV, p. 662: «Se sabía con exactitud lo que era necesario para formar un soldado ó un atleta, y particularmente un gladiador, un andarín, un saltador ó un pugilista.»

La lista de esos precursores de Píndaro es larga; mas apenas nos quedan de ellos algunos fragmentos.

Terpandro, nacido en Lesbos, el país adonde los vientos y las olas llevaran la cabeza y la lira de Orfeo, según se aseguraba, y donde los ruiseñores dejaban oir por la noche sus más armoniosos trinos, añadió tres cuerdas á la lira, que al principio contaba solamente cuatro. Había sido vencedor en el primer concurso de canto que hubo en Esparta, hacia el año 676, con motivo de las fiestas de Apolo, y los antiguos le consideraban como el legislador del arte musical. Tenemos tres ó cuatro fragmentos de sus poesías, que eran himnos religiosos (1).

Arión, de Metimna, otro cantor famoso, era considerado como inventor del ditirambo, ó poema en honor de Baco, y cantaba sus versos acompañándose de la



El dios Ormuz

cítara. Terpandro había seducido á los espartanos; Arión hizo más, pues hechizó á los monstruos marinos; ó por lo menos, Herodoto cuenta formalmente que habiendo sido Arión arrojado al mar por unos piratas, fué salvado por un delfín al que la dulzura de sus cantos había atraído hasta cerca de la nave (2). Se le atribuye, sin duda erróneamente, un fragmento de himno á Neptuno, en el que da gracias al dios y á sus monstruos saltadores: «Tú eres quien me sostuvo sobre tus hombros inclinados, conduciéndome hacia la tierra de Pelops por un camino que ninguna vía surca. Hombres pérfidos me habían arrojado desde lo alto de la nave á las embravecidas olas.» Los antiguos creían en la influencia de la música sobre los hombres y sobre los animales; la fábula de Arión circuló entre ellos para demostrar el hecho, y los navegantes no abrigaron ya ninguna duda cuando al doblar la punta del Peloponeso vieron al pie del cabo Tenaro la imagen de bronce de un hombre montado en un delfín (3).

En la poética Lesbos habían nacido también, Alceo, «el del plectro de oro,» como dice Horacio, que le imitó á menudo, y Safo, que era con él la gloria de Mitilene y de la Grecia entera. Al contrario del poeta de Tibur, Alceo era un bravo, aunque como aquél tuvo un momento de debilidad cuando, joven aún, arrojó sus armas en el combate de Sigea contra los atenienses (612). «Los hombres, dice, son

(1) Bergk, *Poetas líricos de Grecia*, p. 537.
(2) Bergk, *Poetas líricos de Grecia*, p. 566.
(3) Esta estatua existía ya en tiempo de Herodoto (I, 24).

la mejor muralla para las ciudades;» y describe la morada de un guerrero en los siguientes términos: «Por doquiera brilla el bronce; la techumbre está adornada con cascos de larga crin, y en las paredes se ven corazas tejidas de lino y numerosos escudos y túnicas de guerra (1).» Sin embargo, «en medio de las armas, ó cuando acababa de amarrar su barco á la orilla, cantaba á Baco, á las Musas y á Venus con el niño que siempre la sigue (2).»

Safo contaba algunos años menos que Alceo, que la amó. ¿Fué virgen casta primero, y después respetable matrona, ó por el contrario una cortesana animada por las pasiones ardientes y entregada á los vergonzosos vicios que el sol de Jonia puede alimentar? ¿Se precipitó desde la roca de Léucade desesperada por el abandono de Faón? He aquí las preguntas que muchos se hacen, pero que nosotros no hemos de contestar. Bastará decir que, según la impresión de toda la antigüedad, Safo fué un gran poeta, aunque, por desgracia, de aquellos de quienes nada podemos tomar, ni siquiera su oda á Venus y sus versos «á una mujer amada.»

Alcmán era lidio, pero vivió en Esparta, cuya ciudadanía le fué otorgada por la energía de sus versos, y aunque se felicitaba de haber cambiado de patria, no renegó de la ciudad que fué su cuna. «Sardes, antigua residencia de mis padres, si hubiera sido educado en tu seno, habría llegado á ser sacerdote de Cibeles y hubiese vestido trajes tejidos de oro y tocado los sagrados tambores. Hoy me llamo Alcmán y soy ciudadano de Lacedemonia; he aprendido á conocer las Musas griegas que me han engrandecido más que á los reyes Dascyles y Gyges.»

Estesícoro de Himera, contemporáneo de Alceo y de Safo, merece mayor atención de nuestra parte. Al introducir en sus poemas líricos el *epodo*, en que celebraba á los héroes protectores de las ciudades, preparó una importante innovación, el recitado de una leyenda por un personaje distinto del coro, ó en una palabra la acción, el drama agregado al canto, lo cual fué el germen de la tragedia. Quintiliano ha dicho al hablar de él que, «cantor de las grandes guerras y de los jefes ilustres, había sostenido con su lira el peso de la epopeya. Si hubiese sabido guardar el justo medio, ningún poeta se habría acercado tanto como él á Homero (3).» Tan poco nos ha quedado de sus versos, que no podemos comprobar la exactitud del elogio ó de la crítica; debiendo creer lo que los antiguos nos dicen de él. Horacio, que con frecuencia es duro en sus apreciaciones, le llama discípulo de las musas severas (4).

La nueva musa se acercaba á la epopeya cuando cantaba á los héroes con los poetas líricos, y se convirtió en elegía cuando expresó sentimientos más personales. Callinos de Efeso, que inventó el verso elegíaco, le usó, como Tirteo, para cantos guerreros, y después de él, Mimnerme de Esmirna ó de Colofón lo empleó para expresar el dolor ó el placer. Hacia el año 680, un contemporáneo de Callinos y de Tirteo, Arquiloquio de Palos, encontró el yambo y sirvióse de él para sus crueles sátiras.

A pesar de su mala lengua y de sus vicios, y hasta de su debilidad en el campo de batalla, donde abandonó su escudo sin sonrojarse, los griegos, seducidos por sus hermosos versos, pusiéronle junto á su poeta favorito (5), porque la poesía les em-

(1) Bergk, *Poetas líricos de Grecia*, III, p. 573.
(2) Horacio, *Odas* I, XXXII, 6-10.
(3) Quintiliano, *Inst. or.*, X, 1.
(4) Horacio, *Odas*, IV, IX, 8.
(5) *Maximus poeta aut certe summo proximus* (Valerio Máximo, VI, III, 1). La opinión parece singular, después de leer el severo juicio de Píndaro acerca de él (*Píticas*, II, 100). El emperador Juliano prohibió la lectura de sus composiciones. He aquí la traducción de los desgraciados versos que escribió á propósito de su escudo, y que Horacio imitó, lo cual no le hizo mucho favor.

briagaba y adoraban el talento. Hipponax, de Efeso, heredó el numen y los arrebatos de Arquiloquio.

El sexto siglo termina con los poetas que se llamaron *gnómicos*, ó sean los que escribían sentencias, prólogos ó apólogos; entre ellos figuraban Focílides de Mileto, Solón de Atenas, Teognis, el poeta aristocrático de Megara, y Esopo, nacido en las costas de Tracia, pero que vivió en Samos. Estos poetas señalan la nueva tendencia del espíritu griego hacia la observación y la abstracción filosóficas. En las sentencias muy morales de Focílides apenas se notan vestigios poéticos; un paso más en esta vía, y nacerá la prosa escrita, libre de todo ritmo y de toda sujeción, que será la lengua de los hombres nacida después de la de los dioses.

Citemos entre los grandes poetas á Anacreonte de Teos, que no queriendo envejecer mezclaba sus cabellos blancos con las rubias trenzas de las jóvenes «como el lirio se enlaza con la rosa» (1); á Simónides de Ceos, el rival de Píndaro y familiar del Pisistrátida Hiparco, que hace olvidar su usurpación con su celoso culto á las letras; y á Baquílido, su sobrino, poeta elegante y puro á quien Horacio ha imitado también algunas veces (2), y algunos de cuyos versos deberían repetir los desesperados de nuestros tiempos, como por ejemplo: «No hay en este mundo sino un camino que conduzca á la felicidad, y es no permitir que nuestra alma se doblegue por el excesivo sufrimiento, ni se deje abatir por las desgracias que nos acosan en la vida.»

Esos poetas no han muerto del todo, aunque solamente se hayan salvado algunos pocos versos; pero si interesan á la historia literaria, no dan nada á la historia política y pasamos ante ellos saludándolos simplemente (3).

De este modo, toda la savia poética de aquella época se derrama y disemina en las costas de Asia y en las islas. Las colonias de Sicilia no pueden citar sino á Estesícoro y al inventor de la comedia, Epicarmo, que nacido en Cos, vivió en Siracusa. En esta lista de honor se podría inscribir también á Hesiodo que, según antiguos autores, nació en Cime, en la Eólida, donde su padre fué á establecerse en la Ascra beocia. Pero ¿qué es el poeta beocio junto al divino ciego que Esmirna y Chíos se disputan? Las colonias asiáticas habían recibido, pues, todos los dones de las Musas: la epopeya, la elegía, la sátira, la fábula y la música, compañera inseparable de la poesía, á la cual somete al ritmo y al compás. ¿Qué más les faltaba en este punto? El drama, una de las glorias reservadas á Atenas, cuyos elementos se habían ido preparando por el culto de los héroes, la religión de los muertos y la creencia en la virtud de la expiación.

Mientras las colonias brillaban por el esplendor que les comunicaron aquellos que no son ya para nosotros más que gloriosos restos, la madre patria había tenido solamente tres poetas, Tirteo, Solón y Teognis (4), ó cuatro, si comprendemos en este período á Píndaro, que pertenece á él por la naturaleza de su genio, y que por su edad es contemporáneo de otra escuela, la de los grandes trágicos de Atenas. El tiempo, que maltrató á todos sus rivales, favorecióle á él, habiendo llegado hasta nosotros un número de obras suyas bastante para señalarle un lugar aparte. Sus

---

«Un tracio se enorgullece de poseer mi escudo, que yo abandoné intacto junto á un matorral, seguramente no por mi gusto; mas al proceder así, evitaba la muerte. Adiós, escudo mío; otro tendré que no valdrá menos que aquél.»

(1) Carmina, 49 (34). 7-8.

(2) Particularmente en la preciosa oda (I, XV).

(3) Volveremos á encontrar algunos en nuestro cap. XXII. *El siglo de Pericles fuera de Atenas.*

(4) Sobre Tirteo, véase p. 186; sobre Solón, p. 228; y sobre Teognis, p. 269.

versos le valieron en vida la gloria con la fortuna y el inusitado honor de ocupar un sitio en el templo de Apolo (1). Después de su muerte, su popularidad continuó hasta nosotros, que, aunque no siempre le comprendemos, respetamos no obstante el juicio que los antiguos emitieron sobre él (2).

Fué un hombre feliz, y por eso amó su época, su religión y las asambleas de los ancianos, que en el Estado lo regulan todo pacíficamente, incluso aquellos que Atenas llamaba tiranos, y que él tituló «ordenadores de las ciudades.» Su pensamiento se eleva á los dioses, de los cuales acepta todas las leyendas, excepto las que no les favorecen, y también está con los reyes, cuyo poder le parece bueno para contener á la multitud popular. Es, además, creyente, y partidario de la autoridad monárquica y de la de los grandes. «Agitar una ciudad, dice, y dice muy bien, es cosa fácil, hasta para los más miserables; pero ruda tarea es asentarla de nuevo sobre sólidas bases (3).» He aquí por qué profesaba todo su afecto á Lacedemonia y hablaba el dialecto dórico. Debemos notar este doble carácter de Píndaro, que le hace parecer más viejo de lo que era; pues si vivió, como se cree, desde 522 á 442, asistió á los preliminares del divorcio entre la poesía y la antigua mitología y vió á los gobiernos libres sustituir á los eupátridas.

Por efecto de las relaciones con Egipto, cada día más frecuentes, el uso del papiro se propaga; la escritura obtiene gracias á esto un material cómodo, y las obras en prosa, más difícil de confiar á la memoria que los versos cantados, comienzan á multiplicarse. Los primeros prosistas proceden también de las colonias: Ferécides de Siros (4) escribe, hacia el año 550, una teogonía, el primer libro en prosa de que aun subsisten algunos fragmentos. Cadmos de Mileto redacta la historia de su patria; Hecatea, su compatriota (510-490), Helanicos de Mitilene y Ferécides de Leros preceden á Herodoto, que habiendo nacido hacia 484, iba en las guerras Médicas á escribir ó más bien á cantar el triunfo de Grecia sobre Asia.

IV. — LA FILOSOFÍA

Esa actividad del espíritu que impulsaba á los griegos asiáticos por todas las vías del arte y del pensamiento, debía conducirles á la investigación de los grandes problemas de la naturaleza del hombre, de Dios y del mundo, problemas que el espíritu humano se plantea siempre, y que quiere resolver por las únicas luces de la razón, cuando no le satisfacen las soluciones que la religión popular ofrece. Esa investigación, ese estudio, se llama filosofía, y el Asia Menor fué también su cuna.

No habiendo tenido Grecia, como Egipto, una clase sacerdotal que conservara para ella sola, lejos del vulgo profano, la religión y la ciencia, ocultas bajo una escritura misteriosa, cada cual pudo beber en la fuente santa, y de ella brotó el libre desarrollo del espíritu filosófico. Unida en el Oriente con la religión por lazos indisolubles, la ciencia quiso separarse de ella en Grecia, y, como las letras y las artes, obtuvo esa libertad sin la cual no hubiera traspasado sus límites la civilización.

---

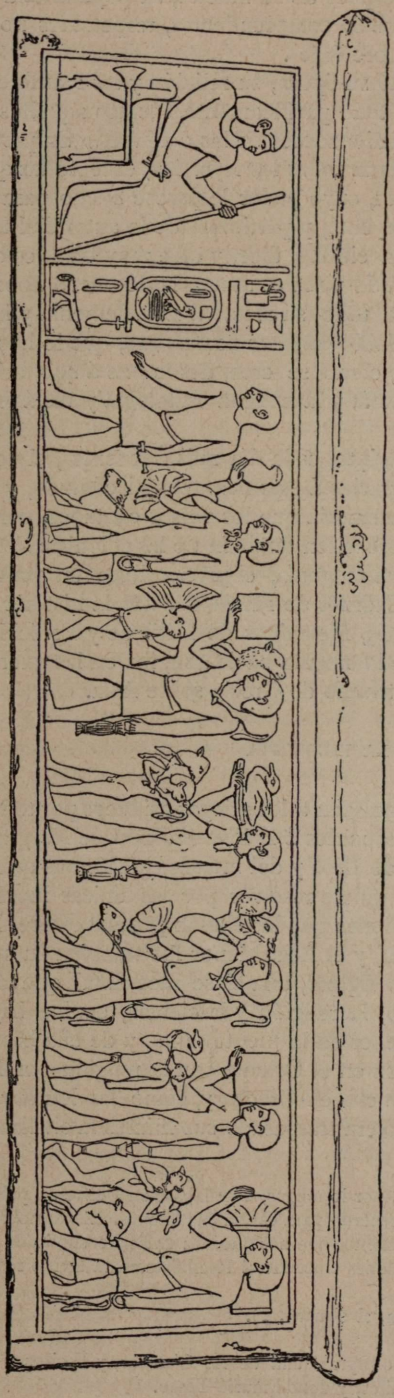
(1) En tiempo de Pausanias (*Foc.*, 24), por lo menos, enseñábase en Delfos un púlpito de hierro en que el poeta, según decían, se había sentado para cantar sus himnos. El mismo Píndaro confirma el hecho al escribir en uno de los fragmentos que nos quedan: «¡Te he suplicado, oh divinidad de la corona de oro y de las predicaciones elocuentes! Recíbeme en tu divino recinto, á mí, pontífice renombrado de las Musas.»

(2) Le ponían junto á Homero (Cicerón, el *Orador*, 1).

(3) *Píticas*, IV, *ad fin.*

(4) Hay dos islas de este nombre: Siros (Syra), una de las Cícladas, y Esciros (Skyros), una de las Esporadas, donde Tetis ocultó á Aquiles, y donde murió Teseo.

En sus primeros pasos, la filosofía estaba, al parecer, sujeta por los lazos de la religión y de la poesía, y no podía ser de otro modo; pero en el siglo VI, la religión perdía ya su crédito entre ciertos hombres que pretendieron ver el fondo de las cosas. La necesidad de representarse la Divinidad bajo una forma humana, tendencia que se llamó antropomorfismo, había materializado de nuevo los dioses, pero de muy distinta manera que el naturalismo. Estos dioses hombres servían de asunto á leyendas cada vez más complicadas y maravillosas, y por lo tanto menos veraces. Su vida iba unida á groseros incidentes y á ficciones licenciosas, que los poetas y los artistas hicieron más peligrosas aún revistiéndolas con todas las galas del arte.



Ofrenda á un hierogramata

Bajo relieve de Menfis, según Perrot y Chipiez, *Hist. de l'art*, t. I, pág. 485. – A la izquierda está el hierogramata con un largo bastón de mando en una mano y una cinta en la otra: un escriba introduce á varias personas, hombres, mujeres y niños, que llevan diferentes ofrendas.

La multitud tuvo tanta mayor devoción para esos dioses obscenos, cuanto que con su ejemplo legitimaban sus desórdenes; pero los hombres de espíritu más elevado y de corazón más recto buscaron por sí mismos entre esas fábulas la verdad oscurecida. Este primer esfuerzo del espíritu no consistió al principio más que en reflexiones confusas acerca del hombre y de la naturaleza, con una propensión singularmente temeraria á idear conjeturas y sistemas que abarcaban al mundo entero. En sus comienzos, la filosofía quiere ser la ciencia universal.

Algunos de esos filósofos, que se ocupaban sobre todo de moral práctica, fueron designados con el nombre de *sabios*. Las opiniones no están acordes sobre su número ni sobre sus nombres; los unos citaban siete y los otros diez. Era una leyenda por la cual los griegos señalaban los principios de la observación moral. Tales de Mileto, Bías de Priena, Pitacos de Mitilene y Solón de Atenas, eran los

únicos generalmente reconocidos como sabios, agregándoseles de ordinario Chilón de Esparta, Cleóbulo de Lindos y Periandro de Corinto, que fué, sin embargo, un tirano cruel. Se han conservado algunas de sus máximas, que Platón llama en su *Protágoras* «primicias de la sabiduría griega.» «Conócete á ti mismo.» – «Huye del exceso (1).» – «El infortunio te sigue de cerca, pero más infeliz es aquel que no sabe soportar la desgracia.» - «Escucha mucho y habla poco.» – «¿Quién da la sabiduría? La experiencia.» – «La verdadera libertad es una conciencia pura.» Y este otro gran precepto: «No hagas tú lo que te desagrade en los otros.» – Bías, que cifraba los únicos bienes en la inteligencia, decía al salir desnudo de su ciudad natal que había caído en poder del enemigo: «Me llevo todo cuanto tengo.» En el templo de Latona, en Delos, leíanse estas palabras de Teognis: «Lo más hermoso que hay es la justicia.» Pitágoras enseñaba que los dioses habían hecho dos magníficos regalos al hombre, la verdad y la beneficencia; y agradábale repetir dos máximas saludables: «Guarda la medida,» que es el gran consejo de la moderación en todo, y «Respétate á ti mismo,» lo cual quiere decir: honra la inteligencia que te ha sido concedida, mostrándote digno del don que recibiste. Kant ha tomado de esto uno de los fundamentos de la moral, y al hacerlo así ha obrado muy sabiamente.

En los *Versos dorados* atribuídos á Pitágoras, y que, por lo menos, son de su escuela, se lee una excelente regla de perfeccionamiento: «No te entregues al sueño antes de examinar tres veces lo que has hecho durante el día. Pregúntate qué falta has cometido y qué deber has descuidado, é interrógate también sobre cada una de tus acciones. Es el medio de llegar á la verdad y á la dicha.» Y en otro lugar dice: «Sonrójate delante de ti mismo más bien que delante de los demás. - Honra á tu padre y á tu madre, y elige por amigo al que sea mejor por su virtud.» Tal vez fuera también de ellos esta inscripción grabada en la puerta del templo de Delfos: *Tu es*, que parece un eco del Génesis, no reconociendo la existencia absoluta sino en la Divinidad. Si se coleccionan sus máximas por un orden matemático (2), reconócese que estos sabios habían conocido ya todas las partes de la moral individual y social. Así, por ejemplo, recomiendan la cultura del espíritu, la templanza y el valor: moral individual; al principio negativo de no hacer á otro lo que no se quisiera para sí, agregan el principio activo de servir á su familia, á sus amigos y á su patria; y á las obligaciones del *deber* añaden hasta las de la *caridad:* moral social. Por último, prescriben que se reverencie á los dioses y se les rinda culto público: moral religiosa.

Esos filósofos daban otra prueba de sabiduría. He aquí una máxima de Bías, poco metafísica, pero elocuente en su concisión. «Respecto de los dioses, dí que hay dioses.» Veinticinco siglos no nos han enseñado más.

El fundador de la primera escuela de filosofía griega, la de Jonia, fué Tales de Mileto, nacido hacia 640 de una familia originaria de Fenicia. Sagaz observador, dió principio á una gran revolución cuando aprendió á sustituir los conocimientos empíricos por la ciencia abstracta, que debajo de los hechos busca las relaciones constantes de las cosas. Así descubrió que los ángulos de la base de un triángulo isósceles eran iguales; que tres ángulos de un triángulo valen dos rectos, y que los triángulos equiángulos tienen sus lados homólogos proporcionales. Este último teorema le per-

---

(1) El μηδὲν ἄγαν de Chilón, que con el γνῶθι σεαυτόν, estaba grabado en el templo de Delfos, se lee todavía en una piedra de un pequeño santuario de Apolo, construído en Oca (isla de Santorín) en una gruta de donde se escapaba una *mofeta* de aire cálido mezclado con ácido carbónico, análoga sin duda á la de Delfos, hoy perdida (C. R. de la *Academia de las inscripciones*, para 1866, p. 278).

(2) Esto fué lo que hizo M. Garnier en su Memoria sobre los *Sabios* de Grecia.

mitió medir la altura de las pirámides de Egipto por la sombra que proyectan (1). Su reputación fué suficiente para que se haya pretendido que había anunciado el eclipse de sol que tanto atemorizó á los lidios y á los medas, entonces en guerra. También fué él quien indujo á los marinos de Jonia á tomar por guía, no ya la Osa Mayor, demasiado alejada del polo, sino la estrella polar, llamada entonces la *Fenicia*, porque hacía largo tiempo que los fenicios dirigían por ella el rumbo en su navegación.

Los descubrimientos matemáticos de Tales son bien modestos, pero inauguraban una nueva senda, por la que se aventuró el genio griego que, separando poco á poco la geometría de la metafísica, se esforzará en sustituir á la observación de los fenómenos la investigación de las leyes y libertará al espíritu humano de las trabas de la teología. En Mileto, pues, había acontecido una cosa de la más alta importancia: el advenimiento de la ciencia matemática que será poderoso auxiliar de las otras cuando salgan á luz.

Aunque adelantándose á su época, Tales sabía demasiado para no agitar también la cuestión del origen de la vida, que ha seguido siendo, fuera de las religiones, un enigma indescifrable. Ahora sabemos que todo sér viviente proviene de otro que vive también, y que la vida es una propiedad que la materia no posee; pero el hombre no se resigna á ignorar, y esto le enaltece. Tales rompió en este punto con el mundo legendario; vió fuerzas naturales allí donde Homero y Hesiodo veían dioses; y algunas observaciones muy sencillas sobre la humedad y la creencia general de que existía el río Océano que rodeaba la tierra, fueron, según Aristóteles, los elementos con que el jefe de la escuela jónica compuso su sistema del mundo. El agua fué para él, como lo había sido en las cosmogonías orientales, el principio de las cosas, porque careciendo por sí misma de forma, puede tomarlas todas. «Todo viene de ella, decía, y todo vuelve á ella.» La Biblia presenta, antes de la Creación, al espíritu de Jehovah cerniéndose sobre las aguas; Homero hace salir de ellas á todos los seres, incluso á los dioses (2), y si la Venus Anadiomenes era la diosa nacida de la blanca espuma de las olas, también fué la fuerza generadora que surgía del mar.

Pero Tales, al determinar el principio componente, no reparaba la fuerza formadora, y aunque médico, no osó elevarse sobre el mundo material para buscar á Dios. Creyó que el universo era un organismo viviente, y los dioses fueron para él las fuerzas mismas de la naturaleza, las causas que producen los fenómenos. «Todo está lleno de dioses,» decía (3).

Natural era que después de esta filosofía, que veía el *cosmos* con los ojos del cuerpo, viniese otra que no quisiera verle sino con los del espíritu. Los griegos tenían demasiado buen sentido para no mirar á su alrededor en el mundo físico, y poseían más del suficiente raciocinio para no subordinar sus observaciones á la dialéctica. Con Anaximandro comenzó la metafísica. Este filósofo, compatriota y amigo de Tales, el primero que en Grecia construyó un gnomón ó cuadrante solar, una esfera y un mapa-mundi, calculando la inclinación de eclíptica (4), encabezó la des-

(1) En su *Examen* de una memoria póstuma de Letrona (1854), M. Th. H. Martín establecía que la ciencia matemática atribuída á los egipcios es una pura quimera, y que la geometría práctica ó medida de las tierras es un arte que les pertenece; pero que la geometría especulativa y demostrativa es una ciencia puramente griega. Platón había dicho ya: «Los griegos tienen un espíritu curioso y ávido de ciencia τὸ φιλομαθές, los fenicios un espíritu de lucro τό φιλογρήματον. (Ed. Didot, t. I, p. 74).

(2) *Ilíada*, XIV, 201, 246.

(3) Aristóteles, *Del Alma*, I, 5, πάντα πλήρη θεῶν εἶναι.

(4) Véase Estrabón, I, p. 7, y Diógenes Laerte, II, 1. – Herodoto (V. 49) cuenta que «el mileno Aristágoras llevó á Lacedemonia una placa de bronce en que estaba grabado el contorno de la

cripción de su sistema, en su libro Περὶ φύσεως, con el axioma que de la nada no sale nada, y sustituyó el elemento primitivo de Tales con un principio infinito, eterno, cuya esencia era producir, en virtud de su sola fuerza, los infinitos fenómenos. Reemplazaba un principio físico con otro metafísico, y sustituía por un razonamiento puro la observación que, sin embargo, tan bien le había servido.

Anaxímenes, discípulo tal vez de Anaximandro (1), siguió la senda trazada por Tales; pero al agua prefirió el aire que rodea la tierra y parece ser fuente de toda vida: rarificado conviértese en fuego, condensado forma las nubes, el agua, la tierra y las piedras.

Heráclito de Efeso, que florecía hacia el año 500, tomó otro agente primordial, el fuego, y negó la existencia de un ser suprasensible; pero concibió la notable idea de la constancia de las leyes generales, á pesar de la variedad infinita de las formas; πάντα χωρεῖ, οὐδεν ηένει, «todo se mueve y nada persiste.» Las variaciones de la materia eran para él cambios temporales: una transformación perpetua, como diría Hegel; una emanación sin fin bajo formas diversas, como pensarán los evolucionistas (2). Generación y destrucción no significaban para Heráclito más que unión y separación, y el orden de la naturaleza era el equilibrio de fuerzas contrarias. La ciencia moderna cree haber revelado dos leyes fundamentales, la conservación de la materia y la de la energía. Parécenos que con un poco de buena voluntad se podrían encontrar en germen estas ideas en el movimiento continuo de Heráclito (3). El filósofo de Efeso rehusó, según dicen, dar leyes á su país, por lo cual se representó como misántropo solitario y desconsolado al pensador tenaz que no quería distraerse de sus meditaciones profundas por la preocupación importuna de intereses transitorios, y y al genio altivo que osaba ya decir: «Elevan sus oraciones á las estatuas, que es como si se hablase á las piedras;» ó bien: «Júpiter se divierte y el mundo se hace.» No establecía diferencia entre la materia de los dioses y la de los hombres; la humanidad le parecía compuesta de materia divina; Hesiodo lo había dicho ya; mas para Heráclito, lo divino era la elevación del pensamiento sobre los sentidos.

Cincuenta años más tarde, Sicilia tuvo un hombre superior, Empedocles de Agrigente, filósofo, poeta y físico. Sus conciudadanos erigieron al filósofo una estatua velada, imagen de la oscuridad de su doctrina; pero el físico sentó una teoría que ha sobrevivido hasta fines del siglo XVIII, la de los cuatro elementos, la tierra, el agua, el aire y el fuego. Son imperecederos, decía, y se mezclan ó separan incesantemente; de modo que las sustancias persisten bajo el cambio perpetuo de las apariencias. En tales doctrinas se ha creído entrever ciertas particularidades del sistema de la evolución (4). Esos griegos, dotados de tan fina penetración lo han presentido

tierra con todos los mares y los ríos » Más tarde, los atenienses colocaron en uno de sus pórticos una carta geográfica general de Grecia, la que Sócrates mostró á Alcibiades, diciéndole para humillar su orgullo: «Indícame dónde están esas grandes propiedades que te jactas de poseer.» Eliano, III, 28.

(1) Según Diógenes Laercio, Anaximandro debió morir hacia el año 547 y Anaxímenes en 500.

(2) ...οἷον ῥεὐματα κινεῖσθαι τά πάντα. (Platón, Théétète, c. 15, p. 160, D.). Por eso Platón llamaba á sus discípulos los 'Ρέοντες.

(3) En su luminoso libro sobre los *Orígenes de la alquimia* publicado recientemente, M. Berthelot dice lo que sigue sobre las ideas de Heráclito: «Se asemejan singularmente á las que sirven hoy de base á nuestras teorías físicas sobre el cambio incesante de los elementos en sus compuestos, sobre la transformación de las fuerzas, y sobre la teoría del calor. Del mismo modo, la teoría de los átomos de Leucipe y de Demócrito, adoptada más tarde por los epicuros, ha llegado hasta nosotros, y aun la profesan hoy la mayor parte de los químicos.» Si hubiera vivido en nuestros días Empedocles, que unía por íntimos lazos toda la naturaleza organizada, sin duda habría sido uno de los fundadores de la nueva fisiología.

(4) Hablaremos otra vez de Empedocles más adelante en el cap. XXII.

todo, y si se aislaran alguna de sus ideas, se les consideraría como precursores de la ciencia moderna; pero miraban el fondo de su raciocinio más que el de la naturaleza, porque les faltaba el arma más poderosa en la lucha científica, es decir, el método experimental. Prodigaban sin tasa sus ideas, como el sembrador que diseminase á manos llenas la buena simiente y las malas hierbas. Estas últimas impiden que aquélla germine, y las mieses no brotan hasta veinte siglos después.

Sin embargo, los griegos no fueron iniciadores de la civilización solamente por sus escritores y sus artistas, sino que al sospechar antes que ningún otro pueblo que el universo estaba gobernado por leyes, prepararon algunas de nuestras ciencias. Todavía admiramos los trabajos de Aristóteles sobre *Historia Natural*, y los *Elementos* de Euclides, que fué casi su contemporáneo, constituyen aún el fondo de nuestra enseñanza geométrica (1).

Los griegos habían tratado, pues, de resolver el gran problema de la filosofía natural, es decir, la constitución de la materia, problema cuya solución no se ha encontrado aún. Los fluidos imponderables no han hecho más que pasar; el éter de los físicos, el átomo de los químicos y la unidad de la materia son hipótesis que sufrieron tal vez la suerte de tantas otras, que son verdad hoy y error mañana. ¿No se pretende ya explicarlo todo por un nuevo agente, el movimiento, que es también muy antiguo, puesto que se le puede hacer remontar á Heráclito y puesto que Descartes decía: «Dadme materia y movimiento, y haré de nuevo el mundo?»

Otro problema hay más difícil todavía, del cual se ocupa la metafísica: la investigación del principio de las cosas. Anaximandro, como acabamos de ver, lo había abordado ya; la escuela de Elea y la de Pitágoras trataron de resolverlo; pero debía transcurrir más de un siglo después de Tales, según dice Aristóteles (2), para que Anaxágoras de Clazomene, nacido hacia el año 500, separara claramente de la materia la causa primera ó el dios ordenador del mundo, mereciendo ser llamado, por este sublime esfuerzo, ὁ Νοῦς, la Inteligencia (3).

La escuela eleática, que tomó su nombre de la ciudad italiana de Elea, fundada por los focios, opuso al *múltiplo* de los físicos de Jonia, para explicar el mundo, el principio de la *unidad*. Xenofonte de Colofón llegó al país hacia el año 536, y Parménides nació poco tiempo después: su dialéctica poderosa, que les desviaba de la observación exterior para no dejarles escuchar más que las revelaciones de lo que consideraban como la razón pura, convirtióse en arma de una escuela austera cuya tendencia fué absorberlo todo en un ser sin principio ni fin, infinito, así en el espacio como en el tiempo, de modo que no existía espacio ni tiempo, siendo idénticos el ser y el todo; inmutable, de manera que no había cambios ni movimientos, y siempre idéntico á sí propio, de modo que no podía producirse nada nuevo, ni acto ni pensamiento. Sin embargo, este principio eterno, invariable, que no era un espíritu ni tenía ninguno de los atributos reconocidos en el dios de las religiones monoteístas, confundíase con las leyes del universo. Una sola cosa es cierta, decía atrevidamente Parménides, la metafísica; lo demás se reduce á engañosas apariencias é ilusiones de los sentidos. Por eso la razón, que aun no era dueña de sí misma en aquel primer albor, debía abismarse en sus propias abstracciones, arrastrando consigo á los dioses del vulgo. Aquellos metafísicos trataban con mucha dureza la religión de los pactos. «Si el buey y los leones supieran pintar, decía Xenofano, harían dioses semejantes á sí mismos;» y censuraba á Homero y á Hesiodo por haber ce-

(1) Euclides, el geómetra, floreció hacia el año 320.
(2) *Metafísica*, I, 3.
(3) Véase el cap. XXII.

lebrado á menudo los actos criminales de los olímpicos. Parménides era poeta como Xenofano, y en el impulso idealista que le eleva sobre el mundo de las realidades, echa sobre su austera filosofía un velo de poesía, con que el panteísmo se envuelve de buen grado como si se tratara del ropaje de Isis. Tal es el fragmento en que refiere el viaje, «fuera de los senderos hallados por los hombres,» que le permite llegar á la morada etérea, cuyas dobles llaves guarda la Justicia.

Zenón de Elea, su discípulo, penetró más aún en los sofismas de aquella escuela. Dícese que cierto día, como negase el movimiento, uno de sus oyentes se levantó y anduvo, pero esta demostración práctica no era suficiente para sobreponerse en él á las teorías abstractas. El espíritu, embriagado desde que había sacudido el yugo de las antiguas creencias, perdía terreno. El filósofo cerraba los ojos, y satisfacíase con el rumor de las palabras, costumbre que no se ha perdido aún del todo.

Sin embargo, con esa escuela de Elea, tan extraña en sus afirmaciones que el buen sentido condena, relaciónanse grandes talentos, que más tarde volvieron á estudiar el problema sobre el *Ser*, convertido, según las épocas y los sistemas, en lo que llaman la *Sustancia*, lo *Absoluto*, la *Idea*.

Pitágoras, nacido en Samos hacia el año 570, ó poco después, fundó otra escuela, que llevó su nombre, y hubo de emigrar á Italia por causa, según se dice, del odio que profesaba al tirano Polícrates, estableciéndose en Cretona. Se ha supuesto que viajó por Oriente, ó cuando menos por Egipto y Babilonia (1), y deducíase de ello que de allí había regresado con aquella afición á las ciencias matemáticas que caracteriza su escuela. No es necesario que haya recorrido tantos países para recoger ideas, pues sabemos que estas últimas viajan más de lo que se cree y que se vuelven á encontrar á menudo muy lejos de su punto de partida, como esas vetas de metales preciosos que desde las profundidades de la tierra llegan á tocar en la superficie. Sin embargo, las relaciones entre Samos, Egipto y Siria eran entonces frecuentes, y puede ser que Pitágoras visitara esos países que atraían á muchos griegos y estudiara otros. ¿No había adquirido el hermano de Alceo en Babilonia brillantes recompensas militares, y no fueron grandes viajeros Hecatea de Mileto y Herodoto de Halicarnaso? De todos modos, Pitágoras estuvo seguramente sometido á la influencia de algunas ideas que no parecen haber nacido en su isla de Samos. ¿No se tiene por cierto que Ferecidas de Siros, su maestro, según dicen, se inspiró en libros fenicios? (2).

En efecto, se pueden distinguir en el pitagorismo dos partes, una que tiene más el carácter griego y otra que recuerda en particular el Oriente. Como pertenecientes á esta última debemos considerar los puntos siguientes: el principio de las cosas es el fuego central ó el sol, el alma del mundo, el dios de la vida. Las almas de las esferas que gravitan alrededor del primero son dioses inferiores, y de éstos emanan los de tercer orden. Las almas de los hombres y de los animales provienen también del fuego central, rayos inmortales de la inmortal divinidad; penetran en el cuerpo al nacer y salen cuando llega la hora de la muerte para animar otro cuerpo, subiendo ó bajando, según sus méritos, por toda la escala de los seres. He aquí ahora la teoría griega: el alma es doble, y una parte de ella misma, que está en el cerebro, es el νοῦς; la otra, que se halla en el pecho, es el Θυγός; la una es racional é inmortal; la otra,

(1) El último historiador de la filosofía griega, Zeller (I, 301), duda de estos viajes, que sin embargo eran fáciles entonces.

(2) Clemente de Alejandría comprende á Ferecidas entre los escritores enigmáticos, y como tal le admitimos. No se le cita aquí más que por unas líneas en prosa, las primeras que se escribieron en Grecia, ó por lo menos los más antiguos que se poseen. Digamos también que Cicerón le atribuye haber enseñado la inmortalidad del alma, doctrina que sin duda era para él lo que la metempsicosis fué para su discípulo Pitágoras.

principio de la fuerza, es perecedera. Los animales no tienen más que la última; el hombre posee ambas, pero debe esforzarse para subordinar siempre la segunda á la primera. Más griegos son aún los descubrimientos geométricos de Pitágoras y los que hizo en la astronomía y en la música, aunque su teoría de los números y su doctrina de la metempsicosis hayan labrado sobre todo su reputación (1).

Esta teoría de los números, tan extraña á primera vista, no deja de tener relaciones, sin embargo, con las doctrinas de la escuela jónica. El punto es en geometría lo que la unidad en aritmética y la molécula en la materia; son los tres elementos generadores sometidos á las mismas leyes; mas para explicar el mundo físico se necesitan dos cosas, la materia y el principio organizador. Esta idea, aplicada á los números, llevó á considerar la *mónada* como el principio activo, la *diada* como principio pasivo, produciendo la acción de la primera sobre la segunda la *triada*, de lo cual resultó esta consecuencia: el impar es el tipo de las cosas perfectas y el par el de las imperfectas. Esta conclusión se aplicaba igualmente á la religión, que para Pitágoras se basa en el dogma de la unidad divina representada por la mónada primordial, y en las ciencias morales lo bello, lo bueno y lo verdadero, que consisten en la armonía resultante de la unidad, así como lo feo se produce por la falta de acuerdo y de armonía, y lo malo y lo falso por lo múltiple é indeterminado.

Los sucesores de Pitágoras fueron más lejos aún al decir que los números, en vez de ser el símbolo numérico de una verdad real, eran los principios mismos de las cosas (2). El número tres tipo de lo perfecto, el cuatro primer cuadrado, y el diez, suma de las cuatro primeras cifras, tuvieron entonces grandes propiedades místicas, sobre todo la *triada*, que debía ser más tarde la trinidad platónica y alejandrina, con la cual Plotin y Proclus harán la ley universal de los seres, aplicándola los cristianos á su dogma fundamental. De aquí los desvaríos á que se entregó la escuela pitagórica, que proclamaba, sin embargo, una gran verdad, es decir, la armonía del universo, al que ya no llamaba το πᾶν, el todo, sino κόσμος, en latín *mundus*, el orden, palabra é idea que se han conservado. Esa armonía que Pitágoras observaba en el cielo, donde creía oir la música de las esferas, deseábala en el Estado por la concordia, en la familia por el afecto y en el hombre por la virtud.

La teoría pitagórica de la metempsicosis es una de las más ingeniosas hasta ahora inventadas para resolver la insoluble cuestión de la existencia más allá de la tumba, desvanecer el espanto que produce la destrucción final de nuestro ser y dar á la vida una sanción moral. Después de la muerte, el alma, según sus méritos ó sus faltas, pasaba á otro cuerpo que ocupaba un lugar más alto ó más bajo en la escala de los seres; de modo que el universo viviente era teatro de perpetuas emigraciones que tenían por término supremo la absorción en Dios del alma llegada á su estado

---

(1) Se le deben la demostración relativa al cuadrado de la hipotenusa, la idea de las cantidades inconmensurables, la teoría de las proporciones y de los intervalos musicales; y por último, el descubrimiento que hizo, él ó su escuela, de que el círculo encierra mayor superficie que las curvas planas de igual perímetro, así como también que la esfera comprende más considerable volumen que el que pueden contener superficies iguales. En astronomía reconoció que la estrella de la mañana y la de la tarde son un mismo astro, Venus, y que el día y la noche se producen por la rotación de la tierra alrededor de su centro, etc.

(2) Ἀριθμὸν εἶναι τὴν οὐσίαν ἁπάντων. (Aristóteles, *Metafísica*, I, 5). «Hacer de una cantidad numérica la sustancia de las cosas es una manera de pensar que nos parece muy extraña; pero imaginemos qué impresión debió producir en el espíritu de los hombres el primer descubrimiento de una regularidad matemática, profunda é inmutable en el seno de los fenómenos. Entonces comprendemos que el número haya sido adorado como causa de todo orden y de toda determinación, como principio de todo conocimiento, como fuerza divina que reina en todo el mundo.» (Zeller, t. I, página 339, traducción de Boutroux.)

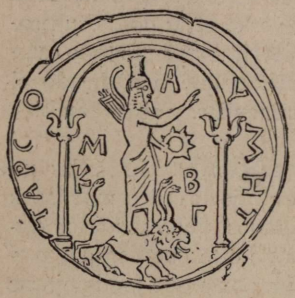
de perfección. Pitágoras prohibía también de un modo casi absoluto los sangrientos sacrificios en los altares de los dioses, apartando á sus discípulos del uso habitual de la carne. Del mismo modo que había purificado la noción de la divinidad y de la vida, purificó también la moral, que siempre depende de esta doble concepción, y en ciertos puntos llegó á una elevación que recuerda el cristianismo. No predicaba solamente la justicia, que le parecía el principio de toda virtud, sino también la templanza, la castidad y el pudor; é igualmente se podría ver en el fondo de su pensamiento el principio que ha llegado á ser axioma de la ciencia moderna: todo cambia; nada se destruye. La doctrina formó dos de los hombres que han dejado el nombre más puro, Arquitas de Tarento y el tebano Epaminondas, y acaso también Esquilo.

Pitágoras no se limitó á meras especulaciones, sino que para comunicarles un carácter de autoridad y propagarlas, fundó un instituto, especie de orden monástica compuesta de comunidades, donde un noviciado de tres grados preparaba á los discípulos á recibir las revelaciones del maestro. Con ayuda de este cuerpo, que participaba á la vez de sacerdotal y de político, Pitágoras se proponía que predominase en el Estado el imperio de la sabiduría y de la virtud, así como en el individuo el de la razón. La disciplina y el entusiasmo de sus discípulos valiéronle en Crotona, en Locres, en Caulonia, en Tarento y Metaponte una autoridad que le permitió hacer en esas ciudades una revolución moral y política; pero los principios de gobierno aristocrático que sus doctrinas encerraban desarrolláronse pronto; la secta se apoderó de los empleos y del poder, y mostróse sin duda muy poco tolerante, como toda corporación que triunfa. Lo que se fundaba, pues, era una teocracia, es decir, una cosa del todo contraria al genio griego, y esto provocó una reacción del partido popular. Cierto día, después de alcanzar una victoria sobre Sibaris, los pitagóricos de Crotona, que formaban el Gobierno, quisieron reservarse todo el botín, y entonces la revolución estalló. El instituto fué dispersado y muchos de sus adeptos perecieron (550); pero sobreviviéronles sus doctrinas, y el paganismo moribundo las combinó con las de Platón para combatir al cristianismo. En cuanto á Pitágoras, parece que murió en Metaponte algún tiempo después de la dispersión de su instituto. Se le había considerado hasta por sus contemporáneos como un ser casi sobrenatural, relacionado con los dioses; y la leyenda que se formó en torno de su nombre enriquecióse á cada generación con nuevos relatos maravillosos, como sucedió con la de los santos de la Edad Media. Refirióse que cuando fué á Grecia mostró á los que estaban presentes un muslo de oro ó de marfil, y que fascinó con su mirada á un águila que iba á precipitarse sobre él. Díjose que en vida había bajado á los Infiernos, que después de muerto se apareció á sus amigos, y que profetizaba el porvenir, dictaba órdenes á la tempestad y ponía término á las enfermedades contagiosas. Semejantes hechos se vuelven á observar en las épocas más diversas, pues lo que más abunda no es la fría razón, sino la credulidad pública y la imaginación popular (1).

Todas estas filosofías adolecían de un vicio radical, porque eran concepciones *a priori;* pues partiendo de lo desconocido para llegar á lo conocido, seguían una marcha contraria al método científico, que procede en sentido inverso. Sin embargo, aunque las doctrinas de Tales, de Xenofanes y de Pitágoras no fuesen más que

(1) Hay mucha incertidumbre respecto á Pitágoras y sus doctrinas. El monumento más antiguo de esa escuela es aquel cuya autenticidad nos ha probado Bœckh, no los *Versos dorados* de Pitágoras, sino los fragmentos de Filolaos, contemporáneo de Sócrates. (Véase Denis, *Historia de las teorías y de las ideas morales en la antigüedad;* Janet, *Historia de la filosofía moral y política.* La más reciente y mejor historia de la filosofía griega es la de Zeller.)

la primera luz de la razón, demasiado sometida aún á las ilusiones de la mente, sus tres escuelas inauguraban una nueva era para el espíritu griego y para el espíritu humano. El politeísmo panteístico de Homero y de Hesiodo, esa naturaleza impregnada de divinidad, cuyos diversos elementos y mil aspectos se habían personificado en otros tantos seres divinos, fueron instituídos por una materia sometida á reglas fijas κόσμος que la inteligencia del hombre podía comprender. Ese mundo divino, ese antiguo Proteo de formas cambiantes, estaba sujeto por sus ligaduras y obligado á responder de sí mismo; de modo que esto era una revolución moral que libraba al pensamiento de sus cadenas. La duda y el examen sucedíanse á la fe ciega y temerosa, la investigación científica de las causas á la adoración servil de los fenómenos y la edad histórica y racionalista á la edad legendaria y mítica. Escuchad á Xenofanes, que desesperado por la fuerza de la razón, llega á decir: «Nadie alcanza la certidumbre; nadie puede saber nada de los dioses ni del mundo, y en todas estas cosas no hay más que opiniones.» Desde su primera hora, la filosofía comenzaba su obra destructora contra la religión positiva (2).



La Quimera en una moneda de Tarso (1).

Hemos querido demostrar en este breve cuadro con qué ardimiento las colonias griegas, sobre todo las de Asia, siguieron todos los caminos en que el espíritu humano podía esperar que encontraría lo bello y lo verdadero. Abrieron anchas vías, donde la Grecia propiamente dicha iba á lanzarse á su vez para agrandarlas más. Las colonias merecen, pues, el agradecimiento de Grecia y del mundo entero, ya que sin ellas y sin sus trabajos de toda especie, con frecuencia defectuosos, pero siempre magníficos, el siglo de Pericles, tan fecundo en obras maestras, que muy pronto vamos á contemplar, ó no hubiera llegado, ó se habría mantenido muy inferior á lo que fué.

CAPITULO XIV

SUMISIÓN DE LAS COLONIAS GRIEGAS ANTES DE LAS GUERRAS MEDAS

I. — CONQUISTAS DE LOS LIDIOS Y DE LOS PERSAS

La Grecia asiática hubiera sido la verdadera Grecia si detrás de ella hubiesen estado las Termópilas; pero la naturaleza que le prodigara todos los dones no había hecho nada para defenderla, y sus pueblos no supieron sustituir con una sólida organización militar las murallas naturales que aquélla les había negado. Faltos de

(1) Bajo un pórtico se ve la estatua llamada de Sardanápalo de pie sobre una Quimera, tal como se encuentra representada igualmente en cilindros asirios de una época muy anterior. El personaje lleva en el hombro el arco y el carcaj, y en la cabeza el *modius;* en la mano izquierda tiene una corona denticulada, y extiende la mano derecha. (Esta estatua está descrita por Estrabón (XIV, 5, 9): en la inscripción, TAPCOY-MHT[ροπόλεως] y en el campo las letras A·M·K·Γ·B. (Reverso de una moneda de bronce con la efigie de Gordiano el Piadoso).

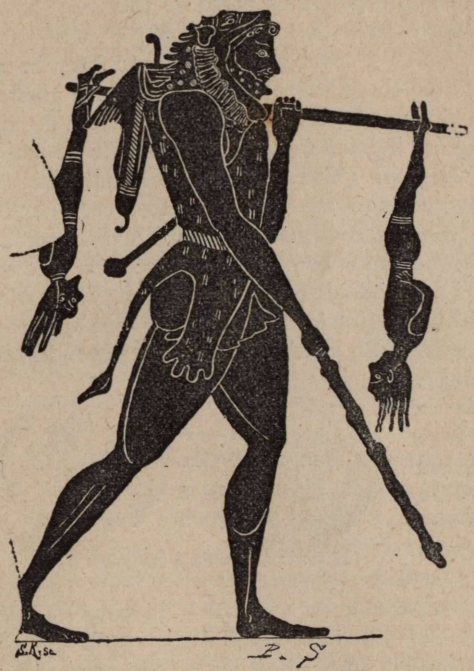
(2) Véanse nuestros capítulos XXVII y XXX.

espíritu de unión y por no haber querido sacrificarse una parte de esa libertad de que tan buen uso hicieron, perdiéronlo todo. Por otra parte, tenían también demasiada riqueza; «sus largos ropajes, artísticamente trabajados, y su luengo cabello, perfumado con incienso» (1), revelaban la molicie de una vida no perturbada por el temor de futuros cuidados; pero su sujeción á los bárbaros que los rodeaban condújoles á la decadencia moral. Pasaremos rápidamente sobre esta triste historia.



Moneda atribuída á Gigés (2).

Las colonias jónicas estuvieron gobernadas largo tiempo por príncipes de la casa de Cocerus, cuyos descendientes gozaban aún en Efeso, en tiempo de Estrabón, de prerrogativas que recordaban su antiguo poderío; pero en esas ciudades comerciales y compuestas de muy distintos elementos era inevitable que la democracia tomase rápido impulso. La monarquía fué abolida pocas generaciones después de la llegada de los colonos á las costas de Asia; como en la madre patria, la aristocracia quiso ocupar el lugar de los reyes, naciendo de aquí largas discordias que ensangrentaron las ciudades. Herodoto, refiriéndose á Mileto, habla de una guerra que duró dos generaciones. La libertad triunfó al fin, y así debía ser; pero hubiera debido pensarse también en la independencia, aunando todas las fuerzas, y ninguna de esas brillantes ciudades pensó en salir de su aislamiento egoísta.



Heracles llevando los hermanos Cercopes (3).

Sin embargo, fácil era ver que detrás de ellas hubo un gran peligro: habiendo ocupado todas las riberas occidentales del Asia Menor, y erigido una gran ciudad, Efeso, Esmirna y Mileto, en la desembocadura de cada uno de sus ríos, el Hermos, el Caistro y el Meandro, impedían á los reyes de Lidia la aproximación por el mar; pero en el transcurso del siglo VII, cuando esos soberanos llegaron á ser poderosos, volvieron sus armas contra los extranjeros establecidos en sus dominios. Los lidios han sido representados como semitas; Herodoto, su vecino, inclínase mucho á creer á los griegos, ó por lo menos supone que sus primeros reyes eran Heráclidas, y presenta á su segunda raza real

(1) Verso del filósofo Xenofanes, que era jonio (Bergk, *Poetæ Lyr.*, II, p. 357).

(2) Superficie estriada sin señal de cuño monetario. Reverso: Cuadrado hueco resultante de las señales de tres punzones, una de ellas rectangular, que se prolonga entre las otras dos, de forma cuadrada en el rectángulo prolongado. Se ha creído ver en relieve una zorra corriendo.

(3) Fragmento de una pintura de vaso que es interesante comparar con la metopa de Selinonte (según Gerhard, *Auserles. Vasenb.*, Tab. CX).

en constante comunicación con el oráculo de Delfos; añadiendo que él mismo vió y tocó en el templo los ricos donativos que enviaron á Apolo. Sin embargo, el príncipe que se mostró más generoso con el gran santuario helénico, Gigés, comenzó la guerra contra los jonios; apoderóse de Colofón, y Priena cayó en manos de Ardis, sucesor suyo; pero hacia esta época, un gran movimiento agitó el mundo bárbaro al Norte del Euxino, del Cáucaso y del Oxus. Los nómadas que vagaban por aquellas vastas soledades precipitáronse sobre el Asia por dos lados á la vez; pues mientras los escitas avanzaban á través del país de los medas y de los asirios hasta Egipto, los cimerios penetraban en el Asia Menor, asolando toda la parte occidental. Sardes fué tomada, y la misma Jonia sufrió graves perjuicios, de los cuales pudieron darnos todavía idea las poesías de Callinos.



Apolo y Marsyas (1).

Este Callinos era un poeta de Efeso que para reanimar el valor de los guerreros que no osaban hacer frente á los bárbaros, recordó los versos por Tirteo compuestos durante la segunda guerra de Mesenia. «¿Hasta cuando, ¡oh jóvenes!, decía, durará esa indolencia? ¿Cuándo tendréis un corazón valeroso? ¿No os sonrojáis al abandonaros así á vosotros mismos tan cobardemente? Queréis vivir en paz, pero la guerra abrasa el país entero... Seguid adelante con la lanza alta; que vuestro corazón se enardezca de entusiasmo en el momento de comenzar la pelea; y al morir, descargad el último golpe, pues para el hombre intrépido es honroso combatir por su patria, por sus hijos y por su legítima esposa. En cuanto á la muerte, ya vendrá en el instante marcado por el hilo de las Parcas. Nadie puede evitarla, aunque descienda de los inmortales; y con frecuencia el que huye del combate, temiendo el peligro, sucumbe más pronto en su casa, sin que nadie lamente su pérdida. Al hombre valeroso, por el contrario, llóranle pequeños y grandes, porque en vida se le apreciaba lo mismo que á los semi-dioses, puesto que era para sus ciudadanos muralla segura.» No sabemos qué sucedió con los bárbaros; la ola retrocedió sin duda como había venido, y se perdió al fin, ó por lo menos, aquellos bárbaros, diezmados por las enfermedades y la guerra, desaparecieron poco á poco.



Moneda atribuída á Sadyates (2).

Sadyates y su hijo Alyate continuaron los planes de sus predecesores contra las colonias griegas. El segundo atacó principalmente la ciudad de Mileto; pero, incapaz de apoderarse de ella por la fuerza, resolvió sitiarla por hambre. Todos los veranos, dice Herodoto, apenas comenzaban á madurar los frutos y las mieses, el rey se

(1) Apolo, de pie, medio desnudo, y con su lira en la mano derecha, rehusa el perdón del sileno Marsyas al discípulo de éste, el joven Olimpos, que se lo pide arrodillado. El imprudente Marsyas, que ha tenido la osadía de disputar á Apolo el premio de la flauta, está sujeto por las manos á un árbol muerto; se le representa sentado sobre su nébrida, y junto á él se ve la doble flauta (Camafeo en sardónica de dos capas; altura 42 milím., por 35 de ancho. Gabinete de Francia, n.° 14).

(2) Parte anterior de un león con las fauces abiertas, de estilo tosco y arcaico. Reverso: Cuadrado hueco, resultante de la impresión de tres punzones, como en la moneda de Gigés.

ponía en marcha á la cabeza de su ejército, y mandaba acampar al son de los instrumentos. Llegado al territorio de los milesios, respetaba las casas diseminadas en los campos, y ni siquiera mandaba derribar las puertas; pero destruía las mieses y los frutos, hecho lo cual se retiraba. Como los milesios eran dueños del mar, era inútil intentar el sitio de la ciudad con un ejército que carecía de barcos; y en cuanto á las casas, si no se derribaban, era para que las ocupasen de nuevo sus habitantes, quienes, después de retirarse el enemigo, no dejaban de volver á cultivar la tierra y á sembrar; de modo que al año siguiente no le faltaba á aquél algo que destruir.



Safo (1).

Los lidios hicieron así la guerra á los de Mileto durante once años; llegado el duodécimo, y como se procediera á incendiar los trigos, según costumbre, el fuego se comunicó á un templo de Minerva, y casi al punto Alyate enfermó. Consultado el oráculo de Delfos, contestó: «El rey no curará hasta que haya reedificado el templo de la diosa.» Alyate envió entonces un mensajero á los milesios para pedirles una tregua que le permitiese ejecutar la orden de la Pitia. Trasébulo, tirano de Mileto, enterado por Periandro, tirano de Corinto, de la respuesta del dios, imaginó la estratagema siguiente: mandó llevar á la plaza pública todos los víveres que había en la ciudad, y dispuso que los milesios los comieran alegremente apenas entrara el mensajero del rey. Así se hizo; y de vuelta á Sardes, el enviado refirió lo que había visto; Alyate que había creído que el hambre hacía estragos en Mileto y que el pueblo estaba reducido al último extremo, al oir la narración del mensajero cayó en el lazo que Trasíbulo le tendiera y consintió en la paz, mandando construir dos templos en vez de uno.



Esopo (2).

Así se salvó Mileto; pero Esmirna y Efeso fueron tomadas, aunque los habitantes de esta última hubiesen consagrado su ciudad á Arte-

(1) Doble hermes del museo de Madrid, según la *Archäologische Zeitung*, 1871, Tab. L (1872, p. 83 y siguientes) K. Botticher, E. Hubner, *Die antiken Bildwerke in Madrid* (1862), p. 100, número 148). En la figura de la izquierda se reconoce generalmente á Safo, cuya cabeza aparece reproducida en varias monedas de Mitilene, entre otras en la que se fotografió al mismo tiempo que el hermes. En la figura de la derecha, Botticher cree ver la imagen de Faón, y Gerhard, citado por Hubner (*Archäologische Zeitung*, 1872, p. 87), proponía que se reconociera en ella á Corina. La cabeza es seguramente de hombre.

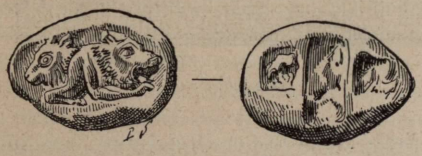
(2) Busto barbudo de Esopo, de perfil (Piedra grabada existente en el Gabinete de Francia. Altura 8 milím., por 6 de ancho. Catálogo, etc., n.° 2041).

mis, fijando en su templo una cuerda que llegaba hasta las murallas, distante siete estadios. Las otras ciudades cayeron unas tras otras bajo los repetidos golpes de Creso, que las obligó á derribar parte de los muros para que sus tropas pudieran entrar en todo tiempo. El vencedor pensaba también hacer la guerra á los insulares;



Anacreonte (1).

pero Bías le hizo desistir de su intento. «Circula el rumor, dijo el sabio, de que los habitantes de las islas están reuniendo diez mil jinetes para atacaros en Sardes. – ¡Pluguiera á los dioses, exclamó Creso, que cometieran la locura de hacerlo! – Sí, repuso Bías, los griegos serían insensatos si viniesen á combatiros con caballería, arma que es la fuerza de los lidios; pero vos, ¡oh Creso! ¿no lo seríais también si fuerais á buscarlos en el mar, donde tantas ventajas tienen de su parte?» El rey desistió de su proyecto, hizo tratados de hospitalidad con los insulares, y su dominación sobre los griegos de Asia fué tan benévola, que éstos rechazaron las solicitudes de Ciro cuando atacó á los lidios.



Moneda atribuída á Creso (2).

Creso, que tenía por madre á una mujer de Jonia, era un rey poderoso, desprendido, amante de las artes y casi griego. Consultaba con frecuencia al oráculo de Delfos; recibía en su corte á Bías de Priena, á Pitacos de Mitilene y quizás también

(1) Copa de Vulci, conservada en el Museo Británico (*Catálago de los vasos griegos y etruscos del Museo Británico*, n.° 821); según O. Iahn, *Ueber Darstellungen griechischer Dichter auf Vasenbildern*, en las *Abhandlungen der philologisch-historischen Classe der königl. sächsischen Gesellschaft der Wissenschaften*, III (1861), p. 699 y tab. III, n.° 1. – Anacreonte, coronado de follaje, toca la lira ante dos jóvenes que salen á su encuentro y le aclaman. Delante y detrás del poeta se lee Ἀνακρέων καλός, y lo mismo para el primero de los jóvenes Νυ[μ]φης καλὸς. Véase un vaso del Museo de Berlín, A. Furtwangler, *Beschreibung der Vasensammlung im antiquarium*, n.° 2351.

(2) Dos partes anteriores de toro enlazadas entre sí. Reverso: Cuadrado hueco resultante de la impresión de tres punzones, como en las anteriores monedas lidias (estatera de electro, tejuelo globuloso).

á Solón el ateniense (1) y se hallaba sometido al imperio que ejerce toda civilización superior. Había extendido su dominio hasta el río Halys; y cuando los medas y su rey Astiajes hubieron sido derrotados por Ciro, creyó llegado el momento de apoderarse del imperio de Asia. Herodoto se ha complacido en referir las desgracias de este príncipe: escuchémosle, sin por esto darle siempre crédito, y nos distraerá de los pensamientos más severos de la historia filosófica. Herodoto es el Joinville de los griegos y tan piadoso como él; en sus vivos relatos hallaremos la confirmación de las ideas religiosas que antes hemos dado á conocer, puestas, por decirlo así, en acción. Aquel contemporáneo de Tucídides es el último representante de la antigua teología que el historiador de la guerra del Peloponeso ya no conocerá. Si no se halla la verdad en los detalles que se dan sobre las trágicas aventuras de Creso y de sus



Lección de poesía y de música en una clase ateniense (2).

hijos, por lo menos está en el espíritu de aquel que los refiere. Por su ejemplo nos da á conocer lo que el pueblo griego pensaba aún á mediados del siglo v, y comprendemos mejor la importancia de los oráculos durante las guerras médicas al ver la solicitud con que un rey bárbaro los consulta.

«Cierta noche, Creso se sintió perturbado por un sueño que le revelaba un triste fin para uno de sus hijos; de los dos que tenía, uno de ellos padecía una enfermedad natural, el otro, llamado Atys, aventajaba en todo á los jóvenes de su edad. A este

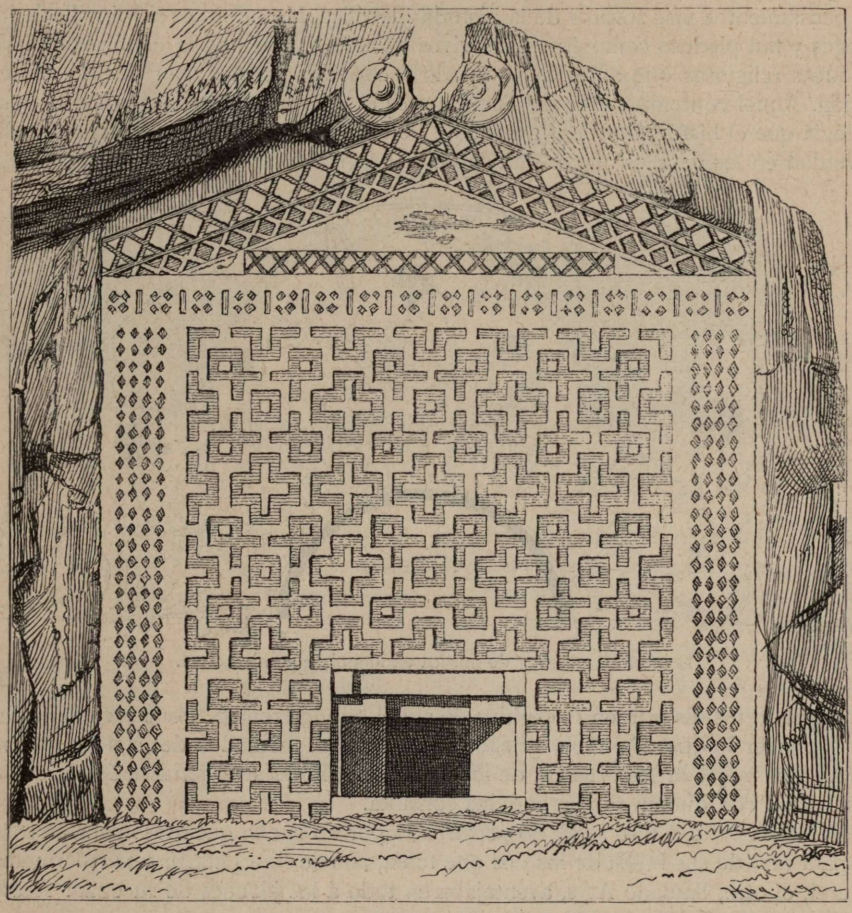
(1) Véase p. 132.

(2) Copa con la firma del pintor Douris, descubierta en Cære y conservada en el Museo de Berlín (A. Furtwangler, *Beschreibung der Vasensammlung*, etc., n.° 2285); según el *Archäologische Zeitung*, 1873, Tab. I, p. I (A. Michaelis). A la derecha se halla sentado el pedagogo con las piernas cruzadas; su discípulo, que acaba de llegar, está de pie ante el maestro de poesía, recitando su lección. El profesor ocupa un sitial de respaldo alto y tiene en la mano un rollo abierto, en el que se leen los versos siguientes:

Μοῖσά μοι ἀ(μ)φὶ Σκάμανδρον εὔρρων [=εὔρροον] ἄρχομαι ἀείνδειν.

Sobre estas tres figuras hállanse suspendidos una copa, una lira y un saco de cuero que encierra las flautas, y al que está sujeta la caja que contiene boquillas de varias clases para las mismas (γλωττοκομεῖον). Más lejos el discípulo toma una lección de música, y así él como su maestro están sentados en una especie de taburete. El maestro, con la cabeza alta, mira al discípulo, que inclinado sobre su lira parece absorto por completo en su tarea. Sobre ellos se ven suspendidas una canastilla de tres pies, una lira y una copa. En el campo la inscripción Ἵπ[π]οδάμας καλός.

último se refería el sueño de Creso, según el cual, Atys debía morir por arma de hierro. El rey, temblando por su hijo, alejóle de los ejércitos, al frente de los cuales tenía costumbre de ponerle, y mandó retirar los dardos y picas de las habitaciones donde estaban suspendidas estas armas, por temor de que alguna cayera sobre su hijo.



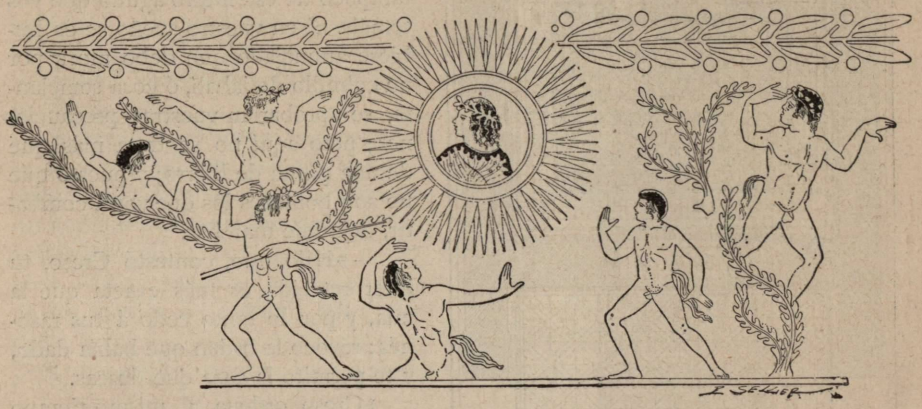
Tumba de Midas (1).

»Por entonces llegó á Sardes un infeliz cuyas manos eran impuras. Este hombre era frigio y de familia real; y llegado al palacio, rogó á Creso que le purificase,

(1) Tumba frigia, abierta en la roca (según Texier, *Descripción del Asia Menor*, I, p. 154 y lám. 56). – Este monumento fué descubierto por el coronel Leake, y en la inscripción, que mide 12 m 80 de longitud, se lee el nombre de Midas: es la cuarta palabra; la sexta es el término FANAKTEI (Ϝάνακτι). Parece, pues, que el sentido de la inscripción sería el siguiente: «Fulano de tal ha consagrado á Midas, rey...» Ignoramos quién era ese rey Midas; mas el monumento no deja de ofrecer por eso menos interés. La fachada, en la cual se ve un nicho poco profundo, tiene por adorno meandros encuadrados en un friso, que presenta losanges en hueco, coronándole un frontis en cuya cima se ve una especie de bóveda. Es el adorno puramente geométrico del que tantas muestras nos ofrece el arte arcaico (véase A. Milchofer, *Die Anfange der Kunst in Griechenland*, p. 23, 24 y sig.).

según lo prevenían las leyes del país. Efectuadas las expiaciones, el rey quiso saber de dónde venía aquel hombre y á quién había matado. «Señor, contestó, soy hijo de Gordius y nieto de Midas; me llamo Adrasto, y he matado á mi hermano involuntariamente. Expulsado por mi padre, he venido aquí á buscar un asilo.» «Salís de una casa que aprecio en mucho, repuso Creso; estáis entre amigos, y nada os faltará en mi palacio, mientras tengáis á bien permanecer en él. Soportad vuestra desgracia con paciencia, porque este es el único medio de dulcificarla.» Adrasto permaneció en la corte de Creso.

»En aquella misma época apareció en Misia un jabalí de enorme corpulencia, que bajando del monte Olimpo cometía grandes destrozos en la campiña. Los misios le habían atacado varias veces sin hacerle daño alguno, mientras que la fiera



Sátiros atemorizados huyendo á la vista del Sol (1).

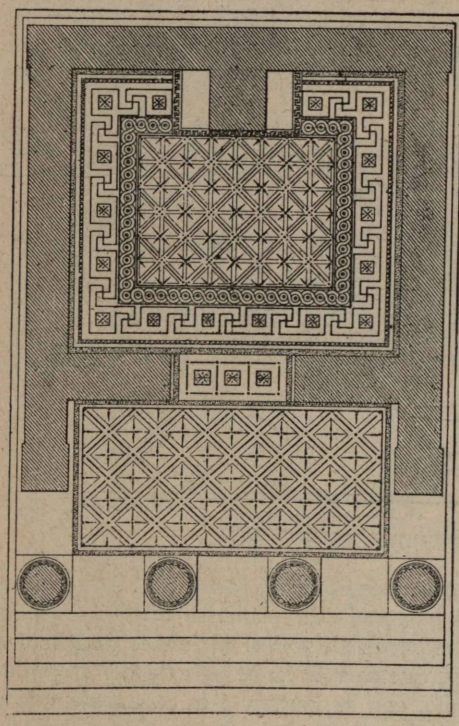
les ocasionaba muchos males, y en su consecuencia dirigiéronse á Creso. «Señor, dijéronle los diputados, á nuestras tierras ha venido un espantoso jabalí que asuela los campos; y á pesar de los repetidos esfuerzos de todos, no hemos podido dar muerte á ese animal. Os suplicamos, pues, que para librar al país de ese azote enviéis con nosotros al príncipe, vuestro hijo, con su jauría y á la cabeza de varios jóvenes elegidos.» Creso, recordando su sueño, contestó al punto: «No me habléis de mi hijo, pues no puedo enviarle con vosotros; pero os prestaré mi tren de caza, con la flor de la juventud lidia, recomendándole que se afane para libraros de ese jabalí.» Los misios quedaron muy satisfechos de aquella contestación; pero Atys, que había oído su demanda y la negativa de Creso de enviarle con aquéllos, entró en aquel instante. «Padre mío, le dijo, en otro tiempo éranme permitidas las acciones más nobles y generosas, y podía ilustrarme en la guerra y en la caza; mas hoy me alejáis de una y otra, aunque no habéis observado en mí cobardía ni debilidad. ¿Con qué ojos me mirarán cuando vaya á la plaza pública ó vuelva de ella? ¿Qué opinión formarán de mí los ciudadanos? Permitidme, pues, señor, ir á esa cacería.»

–»No es que haya observado en tu conducta la menor cobardía, hijo mío,

(1) Pintura de vaso, según los *Monumenti dell' Instit. archeol.*, II, tab. LV. En el centro se ve el disco radiado del sol con la imagen del dios de la luz, Helios (véase Helios en un carro, p. 13). El sol brilla con todo su esplendor, y los sátiros, amigos del silencio y de la sombra, huyen despavoridos. Se ha supuesto que los 36 rayos que rodean el disco (36 grandes y 36 más pequeños) correspondían á los 360 días que, según el cálculo de los antiguos, formaban el ciclo anual del sol (*Annali*, X, p. 270).

repuso Creso, sino que he tenido un sueño en que se me ha revelado que debías perecer por arma de hierro. He aquí por qué no te envío á esa expedición, y adopto toda clase de precauciones para sustraerte, al menos durante mi vida, á la desgracia que te amenaza. No tengo más hijo que tú, pues el otro, inútil por su enfermedad, no existe ya para mí.

– »Padre mío, replicó el joven príncipe, después de semejante sueño es muy dispensable la solicitud con que me guardáis; mas paréceme que no habéis penetrado bien el sentido. Los dioses os han revelado que debo sucumbir por arma de hierro; pero ved que un jabalí no tiene manos, ni está armado tampoco de ese hierro agudo que vos teméis. Si en vuestro sueño se os hubiese anunciado que debo morir por un colmillo de jabalí, ó cosa semejante, se aprobarían vuestras precauciones; pero aquí no se trata más que de una punta de hierro; y puesto que no son hombres los que voy á combatir, dejadme marchar.



Plano reconstituído del templo de Empedocles en Selinonte (1).

– »Hijo mío, contestó Creso, tu interpretación es más exacta que la mía, y por lo tanto cedo á tus razones; revoco la orden que había dado, y te permito la caza que deseas.

»Creso ordena al mismo tiempo que se presente el frigio Adrasto y le dice: Estabais en desgracia, Adrasto, y líbreme el cielo de censuraros por ello; os he purificado y recibido en mi palacio, donde procuro satisfacer todas vuestras necesidades; y de consiguiente me debéis alguna compensación. Mi hijo ha de asistir á una cacería, y os confío la custodia de su persona, para que le preservéis de cualquier ataque de bandidos. Por otra parte, importa buscar ocasiones de señalaros; vuestros padres os lo han enseñado y la edad os permite hacerlo.

– »Señor, contestó Adrasto, sin semejante motivo no iría con esa expedición. En el colmo de la desgracia, no tengo derecho, ni voluntad tampoco, para mezclarme con hombres de mi edad y más felices que yo, y con frecuencia me abstuve de ello; pero ya que lo deseáis, preciso será obedeceros y agradecer los beneficios que os

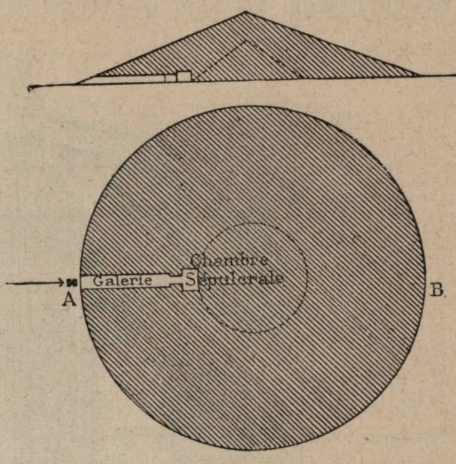
(1) Según J. J. Hittorf. *Reconstitución del templo de Empedocles en Selinonte, ó la arquitectura de los griegos* (1851), lam. I, véase texto, p. 759. – Este pequeño templo, situado sobre el Acrópolis de Selinonte, y dedicado á Empedocles, según suponen, mide $7^{m},60$ de longitud (desde el primer peldaño hasta el primer zócalo, detrás de la pared del fondo de la *cella)* por $4^{m},80$ de anchura. Es *prostilo-tetrástilo*, es decir que no tiene columnas sino en su fachada principal, y éstas sólo en número de cuatro. Hittorf ha supuesto que el suelo estaba cubierto de un betún de estuco, y adornado con pinturas.

debo. Estad seguro de que vuestro hijo, confiado á mi custodia, volverá sano y salvo en cuanto dependa de su guardián.»

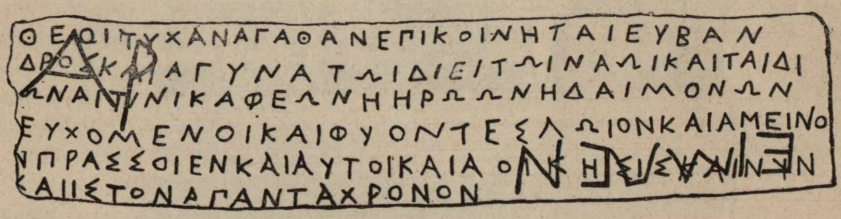
»El príncipe Atys y Adrasto marcharon con una partida de jóvenes elegidos y la jauría del rey. Llegados al monte Olimpo, buscaron al jabalí, y habiéndole encontrado se arrojó contra él una nube de dardos; pero la jabalina de Adrasto no se clava en el animal, sino que hiere en la cabeza al hijo de Creso.

»El día de los funerales, y cuando más lúgubre era el silencio que reinaba en la asamblea, vióse á Adrasto, que había sido el matador de su hermano y del hijo de Creso, poner término á su mísera vida matándose sobre la tumba de Atys.

»Creso lloró dos años la muerte de su hijo; pero las revoluciones que agitaron la alta Asia, la caída del imperio de Astiajes y la elevación del de Ciro sobre sus ruinas, hubieron de poner término á su dolor; ya no pensó sino en los medios de reprimir aquel poderío creciente, antes de que llegase á ser amenazador para él mismo, y por lo pronto resolvió consultar á los oráculos más famosos. Con este fin envió diputados



Corte y plano de una tumba lidia en Sardes (1).



Demanda dirigida al oráculo de Dodona (2).

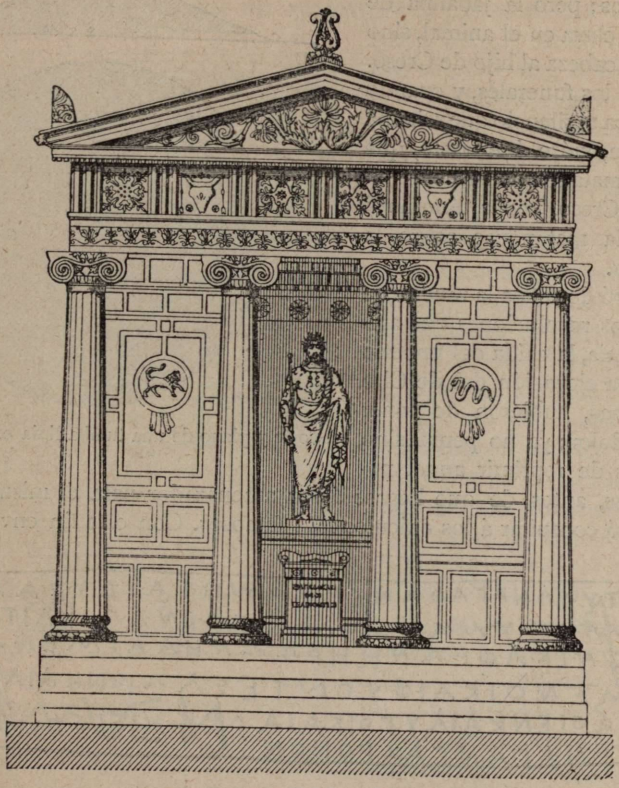
á diversos puntos, á Delfos, á Abés en la Fócida, y á Dodona. Algunos fueron á ver el oráculo de Amfiaraos, otros al de Trofonios en la Milesia, y varios se dirigieron

(1) Según la *Revista arqueológica*, 1876, II, p. 76, fig. 12. (A. Choisy). – «Las tumbas de Sardes presentan un tipo casi uniforme. La cámara sepulcral, situada debajo del terromontero cónico, es una pequeña sala baja construída al nivel del suelo, y cuyas dimensiones son siempre, poco más ó menos, iguales, cualquiera que sea la importancia de la colina que la cubre. Estas dimensiones, en números redondos, son las siguientes: 3,^{m} 50 en el sentido de la fachada más grande; 2,^{m} en el otro, y 2 de altura. Los lados mayores se dirigen de Este á Oeste; una puerta practicada en la fachada Sud pone la sala en comunicación con un pasadizo que de prolongarse en más ó menos distancia, se pierde en la masa misma de los terraplenes (*id.*, p. 74). Si se examinan las paredes de una zanja practicada á través de las tierras, se reconocerán las circunstancias siguientes: los terraplenes se formaron por capas cónicas dispuestas con regularidad alrededor del eje del terromontero; las inferiores son de pendiente rápida, que se atenúa de piso en piso. En cuanto á la cámara sepulcral, nunca se halla en el punto céntrico, sino que se inclina siempre hacia el contorno (*id.*, p. 76).

(2) Inscripción grabada en una placa de plomo (según Carapanos, *Dodona y sus ruinas*, lámina XXXIV, n.° 3). Θεοί. Τὺχαν ἀγαθάν. Estas fórmulas son frecuentes. He aquí la demanda misma:

á Libia, donde estaba el templo de Júpiter Ammón. Creso no se proponía en un principio más que probar los oráculos, prometiéndose consultar por segunda vez solamente aquellos en quienes reconociese la verdad, para saber si debía hacer la guerra á los persas.

»Estos diputados salieron á la vez de Sardes con orden de no presentarse ante el oráculo hasta el centésimo día después de su marcha, y de preguntar entonces lo



Altura principal del templo de Empedocles (1).

que hacía en aquel momento Creso, hijo de Alyate, rey de Lidia. Solamente conocemos la respuesta del oráculo de Delfos. Apenas los lidios hubieron entrado en el

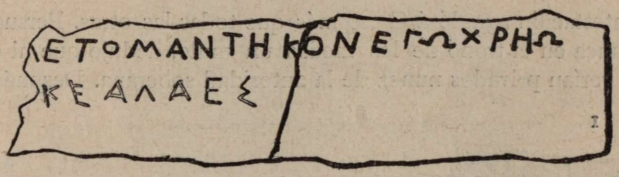
Ἐπικοινῆται Εὔβανδρος καὶ ἁ γυνὰ τῷ Διεὶ τῷ Νάῳ καὶ τᾷ Διώνᾳ, τίνι κὰ φεῶν ἢ ἡρώων, ἢ δαιμόνων εὐχόμενοι καὶ φὐοντες, λῶϊον καὶ ἄμεινον πράσσοιεν καὶ αὐτοὶ καὶ ἁ ὄικησις καὶ νῦν καὶ ἐς τὸν ἅπαντα χρόνον. «Evandros y su esposa preguntan á Zeo Naios y á Dioné á cual de los dioses, de los héroes ó de los demonios deben elevar votos ó hacer sacrificios para que sean felices ellos y su familia ahora y siempre.» La fórmula λῶϊον καὶ ἄμεινον εἶναι estaba consagrada y se la encuentra en las demandas dirigidas al oráculo de Delfos (*Bol. de la Corresp. helén.*, VI (1882), p. 454 y sig., números 87 y 88). La serie de las que se elevaron al oráculo de Dodona es en particular interesante: un fiel pregunta al dios si sus mantas y sus almohadas, que han desaparecido, le han sido robadas ó están perdidas; un esposo quiere saber si ha sido engañado, etc. (Carapanos, p. 75, núms. 10 y 11.) Sobre los procedimientos de adivinación empleados por el oráculo de Dodona, véase Carapanos, p. 164 y sig.

(1) Según Hittorf, *Reconstrucción del templo de Empedocles*, etc., I, II. – La altura del templo, desde el suelo hasta la cúspide del *antefijo* que corona el frontis, es de $6^{m},50$, y la de las columnas de $3^{m},50$.

templo para consultar al dios, y después de interrogar á la Pitia sobre lo que se les había prescrito, aquélla contestó:

«Conozco el número de los granos de arena y los límites del mar; comprendo la lengua del mundo, y oigo la voz de aquel que no habla. Mi olfato percibe el olor de una tortuga que se cuece con carne de cordero en una caldera de bronce, cuya tapa es de bronce también.»

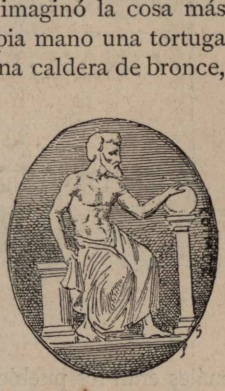
»Cuando los diputados regresaron con las respuestas de los oráculos, Creso



Fragmento de una contestación del oráculo de Dodona (1).

abrió sus cartas; al leer la contestación del de Delfos, reconocióla por veraz y adoró al dios, persuadido de que aquel oráculo era el único que había descubierto la verdad. En efecto, después de marcharse los diputados, Creso imaginó la cosa más imposible de adivinar y conocer. Cortó en pedazos por su propia mano una tortuga y un cordero, y después dispuso que se cociera todo esto en una caldera de bronce, cuya cubierta era del mismo metal.

»En cuanto á la contestación que recibieron los lidios en el templo Amfiaraos, nada puedo decir. Solamente he sabido que Creso reconoció también la veracidad del oráculo.



Pitágoras (2).

»Este príncipe procuró después que le fuera propicio el dios de Delfos, haciéndole suntuosas ofrendas, en las cuales se inmolaron tres mil víctimas de todas las especies de animales que se pueden ofrecer á los dioses, y destinó varios donativos en oro y plata para su templo.

»En cuanto al héroe Amfiaraos, dióle en ofrenda un escudo de oro macizo con una pica del mismo metal. En mi tiempo veíase todavía el uno y la otra en Tebas, en el templo de Apolo Ismeniano.

»Los lidios, encargados de llevar estos presentes á los oráculos de Delfos y de Amfiaraos, consultaron á los oráculos en estos términos: «Creso, rey de los lidios y de otras naciones, persuadido de que sois los únicos verdaderos oráculos que hay en el mundo, os envía los presentes que cree dignos de vuestra habilidad. Ahora os pregunto si debe marchar contra los persas y reunirse con su ejército de tropas auxiliares.» Los dos oráculos convinieron en sus respuestas, pronosticando uno y otro al príncipe que si emprendía la guerra contra los persas destruiría un gran im-

---

(1) Placa de plomo (según Carapanos, lám. XXXVIII, n.° 5). – El dios es quien habla, y su contestación se transcribe en dialecto jonio: Τ[ό]δε τὸ μαντήιον ἐγὼ χρήω κὲ ἀλάες. «He aquí el oráculo que doy.» El resto es ininteligible. Ya se sabe que el verbo χράω se emplea particularmente para las respuestas del dios (véase en las inscripciones de Delfos citadas antes las palabras ὁ θεὸς ἔχρησεν.)

(2) Cornalina grabada, con la firma de (ΚΟΙΜΟΥ), según Visconti (*Iconografía griega*) tabla XVII, n.° 2) que en esa figura reconoce á Pitágoras. El sabio está sentado, con la mano izquierda apoyada en un globo.

perio, y aconsejáronle que buscara la amistad de los Estados de Grecia que hubiera reconocido como más poderosos.

»Creso, halagado por estas contestaciones y concibiendo la esperanza de poder derribar el imperio de Ciro, envió nuevos presentes á Delfos, y como interrogase al dios por tercera vez, preguntando si su reinado sería de larga duración, la Pitia contestó: «Cuando un mulo sea rey de los medas, huye al punto á las orillas del Hermos, lidio afeminado; guárdate bien de resistir, y no te sonrojes de tu cobardía.»

»Esta contestación agradó á Creso más que todas las otras. Persuadido de que no se vería nunca en el trono de los medas un mulo, dedujo que ni él ni sus descendientes se verían privados nunca de la autoridad soberana. Después quiso saber



Máximas de filósofos y de sabios (1).

cuáles eran los pueblos más poderosos de Grecia, á fin de granjearse su amistad, y supo que los lacedemonios y los atenienses figuraban en primer término, los unos entre los dorios y los otros entre los jonios. Estos últimos, sin embargo, hallábanse divididos en fracciones; mientras que los lacedemonios prosperaban. En su consecuencia, Creso envió embajadores á los espartanos, con varios presentes, é hizo con ellos un tratado de amistad y de alianza defensivo y ofensivo.»

»Desgraciadamente, entonces reinaba en Susa Ciro, hijo del persa Cambises y de Mandana, princesa de sangre real de la Media, y sus parientes eran de raza distinta. Ciro era el mulo del oráculo, y Creso le provocó franqueando el Halis, límite de los dos imperios. Herodoto da cuenta de la batalla perdida por los lidios, y habla del sitio y de la toma de Sardes (546); pero no podía admitir que todo hu-

(1) Inscripciones grabadas en tres bustos sin cabeza, descubiertos en el mismo sitio en que se hallaron los de Bías y de Periandro según Visconti, *Museo Pío-Clementino*, VI, lám. XXII y XXII *a*. – N.° 1. Κλεόβουλος Λίνδιος: Kleoboulos de Lindos. Μέτρον ἄριστον: la medida es la mejor cualidad. N.° 2. Σόλων Ἐξηκεστίδου Ἀθηναῖος: Solón, hijo de Exekéstides, ateniense, Μηθὲν ἄγαν: huye del exceso (véase p. 321). N° 3. Πιττακὸς Ὕρρα Μυτιληναῖος: Pitakos, hijo de Hyrras, de Mitilena. Καιρὸν γνῶθι: conoce el momento favorable. Sabido es que Hiparco, hijo de Pisistrato, había hecho grabar sentencias morales en los *hermes* de los caminos (véase Platón, *Hiparco*, p. 228, y *Corpus inscriptionem Atticarum*, I, n.° 522).

biera pasado con tanta sencillez, que aquel gran reino fuese el premio de una sola batalla y que un rey tan piadoso para las divinidades de Grecia hubiese desaparecido de la escena del mundo sin que la Providencia interviniera, sin que algún habitante del Olimpo manifestase que conservaba el recuerdo de las ofrendas.

»Creso, dice, tenía un hijo dotado de todas las buenas cualidades, pero mudo.



Ciro (1).

En tiempo de su prosperidad, el padre, deseando curarle, apeló al oráculo de Delfos, y la Pitia le contestó: «Lidio, rey de varios pueblos, insensato Creso, no quieras oir en tu palacio la voz tan deseada de tu hijo. Hablará el día en que tus desgracias comiencen.»

»Después de tomada la ciudad, un persa iba á matar á Creso sin conocerle. El rey le veía caer sobre él; mas agobiado por el peso de sus desgracias, no quiso evi-

(1) Bajo relieve de Meched-Mourgab (según M. Dieulafoy, el *Arte antiguo de Persia* (1884) lám. XVII). – El rey ciñe una corona adornada de *uræus*, y en la mano derecha tiene una pequeña estatua engalanada del mismo modo. Todos estos atributos son tomados de Egipto, así como las grandes alas desplegadas son propias de Asiria.

tarlo, importándole poco sucumbir bajo sus golpes. Al ver que el persa se precipitaba contra su padre, el joven príncipe, poseído de espanto, hizo un esfuerzo que le devolvió el habla. «¡Soldado, gritó, no mates á Creso!» Tales fueron sus primeras palabras, y desde entonces conservó durante toda la vida la facultad de hablar.

»Creso había reinado catorce años, sostenido un sitio de otros tantos días y, según lo predijo el oráculo, destruído un gran imperio. Los persas que le habían hecho prisionero, condujéronle á su rey, y Ciro dispuso que le subieran á una pira cargado de cadenas, con otros lidios, á fin de ver si Creso, cuya piedad se elogiaba, sería preservado de las llamas por la divinidad. Una vez en la hoguera, y á pesar de su dolor angustioso, Creso recordó estas palabras de Solón: «Ningún hombre puede considerarse feliz mientras respire;» y pensó que aquel sabio no las había pronunciado sin permiso de los dioses. Recobrándose por esta idea, interrumpió con un profundo suspiro el largo silencio que había guardado, y pronunció tres veces el nombre de Solón. Ciro, admirado al oir estas palabras, preguntóle por conducto de sus intérpretes quién era aquel que invocaba. Acercáronse y le interrogaron; Creso no quiso contestar al principio; pero obligado al fin, respondió: «Es un hombre cuya conservación preferiría á la riqueza de todos los reyes.»





Moneda de Caulonia (1).

Habiendo parecido oscuro el sentido de estas palabras, interrogóse á Creso, el cual vencido por tanta insistencia contestó que en otro tiempo Solón de Atenas había ido á su corte, y que al contemplar todas sus riquezas, no hizo aprecio alguno de ellas; que todo cuanto había dicho estaba confirmado por los hechos, y que las advertencias de aquel filósofo no se referían á él más en particular que á todos los hombres en general, especialmente á los que se creían felices. Así habló Creso, cuando el fuego estaba ya encendido y la pira se inflamaba por las extremidades. Al saber Ciro por sus intérpretes la contestación de aquel príncipe, arrepintióse de la orden cruel que había dado; pensó que él era hombre, que mandaba quemar á otro que no había sido menos feliz que él, y que la venganza de los dioses caería tal vez sobre su cabeza. Movido por tales reflexiones, dispuso que se apagase inmedia-





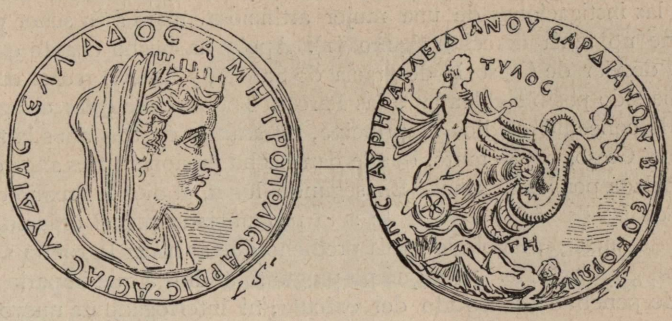
Moneda de Metaponte (2).

(1) Apolo desnudo, en pie, en actitud de sacrificar, con la mano derecha, levantada por encima de la cabeza, sostiene una rama de laurel; sobre el brazo izquierdo extendido, vése el propio Genio dal sacrificio (ἁγνισμός ó καθαρμός), en actitud de correr y elevando también una rama de laurel. Delante de Apolo, el ciervo que ha de sacrificarse; leyenda: KAVΛ. En el reverso, la misma figura en hueco, en lugar de relieve; las partes accesorias han desaparecido. Estilo arcaico (plata).

(2) Cabeza de Demeter; la diosa ciñe corona de espigas, lleva pendientes, y un velo muy ligero que baja por detrás de la cabeza; en la parte anterior del cuello se ve una marca de taller. En el reverso META. Espiga de trigo con una hoja, sobre la cual salta un ratón; en el campo la letra Φ, marca de taller (plata).

tamente la hoguera, y mandó bajar á Creso y á sus compañeros de infortunio; pero los mayores esfuerzos no bastaron para dominar la violencia de las llamas.

»Entonces Creso, según dicen los lidios, al saber la resolución de Ciro, y viendo que la multitud se apresuraba á apagar el fuego sin poder conseguirlo, implora á gritos al dios Apolo, y conjúrale, si sus ofrendas le son agradables, á que le salve de un peligro tan inminente. Sus súplicas iban acompañadas de lágrimas, y de improviso, estando el cielo puro y sereno, las nubes se acumulan, la tempestad estalla, y una lluvia abundante apaga la hoguera (1). Este prodigio hizo comprender á Ciro hasta qué punto Creso era querido de los dioses. Ordenó que bajase de la pira y



Medallón de Sardes (2).

díjole: «Creso, ¿qué hombre os aconsejó entrar en mis dominios con un ejército, y declararos enemigo mío en vez de ser amigo?»«Vuestro feliz destino y mi infortunio, señor, contestó el rey, me han lanzado á esta desgraciada empresa; el dios de los griegos es la causa de ello, y solamente él me indujo á proceder así. ¡Ah! ¿Qué hombre hay bastante insensato para preferir la guerra á la paz? Con la paz, los hijos cierran los ojos á sus padres; con la guerra, éstos entierran á sus hijos.»

»Pronunciadas estas palabras, Ciro mandó dejar en libertad á Creso, hízole sentar á su lado, tratóle con mucha consideración y le dijo: «Pedidme lo que gustéis, y al punto se os otorgará.» «Señor, contestó Creso, el favor más grande sería permitirme enviar al dios de los griegos, al que más he honrado, las cadenas que veis aquí, con orden de preguntarle si le es permitido engañar á los que han merecido bien de él.» El rey preguntó á su prisionero qué razones tenía para estar quejoso y cuál era el motivo de su pregunta. Creso dió á conocer los proyectos que antes concibiera, habló de las respuestas de los oráculos, de las ofrendas y de las predicciones que le indujeron á la guerra contra los persas, y terminó solicitando de nuevo permiso para quejarse al dios. «No solamente os concederé ese permiso, contestó Ciro sonriendo, sino todo cuanto podáis desear en adelante.» Creso envió, pues, á

(1) Esta historia de la hoguera donde subió Creso por orden de Ciro, parece refutada por el mismo Herodoto cuando dice que los persas consideraban como un sacrilegio quemar los cuerpos.

(2) Busto de la ciudad personificada, con velo y corona mirando á la derecha. En la inscripción CAPΔIC ACIAC AYΔIAC ΕΛΛΑΔΟCA MHTPOHOAIC *(Sardes, primera metrópoli de Asia, de Lidia y de Grecia)*. Reverso: El Sol, en un carro tirado por dos dragones, asciende al horizonte de izquierda á derecha; cerca de la cabeza del Sol se lee TYAOC. En la parte inferior está la Tierra echada sobre espigas, de las cuales tiene algunas en la mano izquierda; cerca se ve su nombre, ΓH. En la inscripción: ΕΠ CT AYP HPAKΛΕΙΔΙΑΝΟΥ CAPΔΙΑΝΩΝ Β ΝΕΟΚΟΡΩΝ *(bajo el estratega Aurelio Heraclidiano, moneda de los sardos, dos veces neocoros)* Medallón de bronce.

varios lidios á Delfos con orden de colocar sus cadenas en el umbral del templo, y de preguntar al dios si no se avergonzaba de haber inducido á Creso á la guerra contra los persas, valiéndose de sus oráculos, é infundiéndole la esperanza de aniquilar su imperio. Los enviados debían mostrar después las cadenas, único trofeo que podía ofrecer de aquella expedición, y preguntar si era costumbre de los dioses de Grecia corresponder á los beneficios con la ingratitud.

»Al llegar á Delfos, los lidios cumplieron las órdenes de Creso, y asegúrase que la Pitia les dió la siguiente contestación: «Es posible, hasta para un dios, evitar la suerte decretada por los destinos. Creso ha sido castigado por el crimen de su quinto antecesor (Gigés) que, simple guardia del rey de la raza de los Heraclidas, y cediendo á las instigaciones de una mujer artificiosa, mató á su señor y usurpó la corona á que no tenía derecho alguno (1). Apolo ha hecho cuanto estaba en su mano para desviar de Creso la desgracia de Sardes, y hacerla recaer en sus hijos; mas no le ha sido posible ablandar á las Parcas. Todo lo que éstas otorgaron á sus súplicas se lo concedió el dios al príncipe, retrasando en tres años la toma de su ciudad. Sepa Creso, por lo tanto, que le han hecho prisionero tres años después de la fecha señalada por los destinos. En segundo lugar, el dios le auxilió cuando iba á ser pasto de las llamas; y en cuanto á lo pronunciado por el oráculo, Creso no tiene razón de quejarse. Apolo le había predicho que al hacer la guerra á los persas derribaría un gran imperio. ¿Por qué no preguntó al dios á qué imperio se refería? No habiendo penetrado el sentido del oráculo, ni interrogado de nuevo al dios, á nadie ha de culpar sino á sí propio. Por último, no comprendió la respuesta de Apolo respecto al mulo: Ciro era el mulo, pues los que le dieron el ser pertenecían á dos naciones diferentes, siendo el origen del padre menos ilustre que el de la madre. Esta última era meda é hija de Astiajes, rey de los medas, y el otro persa y súbdito de la Media; pero aunque inferior en todo, se casó con su soberana.» Los lidios volvieron á Sardes con esta contestación de la Pitia y comunicáronla á Creso, quien reconoció que la culpa era suya y no del dios.

»Apenas los jonios y los eolios tuvieron noticia de la toma de Sardes, enviaron embajadores á Ciro para rogarle que los admitiese como súbditos, bajo las mismas condiciones con que lo habían sido de Creso. El príncipe contestó á su proposición con este apólogo: un joven flautista vió peces en el mar y tocó la flauta, imaginando que aquéllos vendrían á tierra. Engañado en su esperanza, cogió una red, rodeó con ella muchos peces, atrayéndolos después hasta la orilla, y como los viese saltar, díjoles: «Dejad de bailar ahora, puesto que no quisisteis hacerlo al son de la flauta.»

»Dijo esto á los jonios y á los eolios, porque habiendo solicitado antes de los primeros, por conducto de sus embajadores, que abandonasen el partido de Creso, no pudo inducirles á que lo hicieran, ni los vió dispuestos á obedecerle hasta después de haber llevado él á cabo todas sus empresas. Al saber los jonios por sus diputados la contestación de Ciro, fortificaron sus ciudades y reuniéronse en el Panionión, excepción hecha de los milesios, únicos con quienes Ciro hizo un tratado bajo las mismas condiciones que las otorgadas por Creso. El gran rey nombró al persa Tabalos gobernador de Sardes, encargó al lidio Pactias la conducción de los tesoros de Creso á Persia, y volvió á Ecbatana, pensando que bastaría enviar uno de sus oficiales contra los jonios.

»Apenas se hubo alejado, Pactias indujo á los lidios á la rebelión, y como tenía grandes riquezas, dirigióse á las ciudades griegas de la orilla del mar, reunió tropas

(1) Véase el capítulo sobre la Envidia de los dioses.

asalariadas, invitó á los habitantes á armarse en su favor, y volvió á Sardes, donde sitió á Tabalos en la ciudadela.

»Al saber esta noticia, Ciro envió al meda Mazarés á Sardes para someter á la esclavitud á los que habían sitiado la ciudadela, y le ordenó que le trajera vivo á Pactias.

»Cuando los persas se acercaban, Pactias, poseído de espanto, se refugió en Cimé. Mazarés mandó ejecutar primeramente en Sardes las órdenes del rey, y después intimó á los cimeos á entregarle el fugitivo. Antes de contestar consultaron éstos al oráculo de los Branquidas sobre el partido que debían tomar respecto á Pactias para hacerse propicios á los dioses, y el oráculo respondió que era preciso entregarle á los persas. Disponíanse ya los cimeos á obedecer al dios, cuando Aristodicos, hombre á quien aquéllos distinguían mucho, impidió que se hiciese así hasta haber enviado una segunda diputación, de la cual quiso formar parte, bien porque desconfiara del oráculo, ó ya por sospechar que era falso el informe de los diputados.



Tetradracma de Cimé (1).

»Cuando estos últimos llegaron á presencia de los Branquidas, Aristodicos tomó la palabra y dijo: «Gran dios, el lidio Pactias ha venido á buscar asilo entre nosotros para evitar la muerte con que le amenazaban los persas. Ahora le reclaman éstos, ordenándonos que le entreguemos; pero aunque tememos su fuerza, no nos hemos atrevido hasta ahora á entregar el suplicante, hasta que nos hayáis dicho en definitiva lo que debemos hacer.» El dios contestó lo mismo que antes, y entonces Aristodicos fué á rondar por el templo y ahuyentó las aves que habían anidado allí. Refiérese que, mientras esto hacía, salió del santuario una voz que le dijo: «¡Oh tú, el más perverso de los hombres! ¿Cómo osas ahuyentar del templo á mis suplicantes?» Y Aristodicos contestó sin desconcertarse: «¡Cómo, gran dios! ¿Protegéis vos á los vuestros y ordenáis á los cimeos que entreguen al suyo? – Sí, lo quiero, repuso la misma voz, á fin de que, habiendo cometido un desacato, perezcáis más pronto, y no volváis más á consultar al oráculo para saber si debéis ó no entregar á los suplicantes.»

»Oído el informe de los diputados, los cimeos enviaron á Pactias á Mitilene, no queriendo exponerse á perecer si le entregaban ni tampoco á ser víctimas si seguían dándole hospitalidad. Mazarés envió al punto un mensajero á los mitilenos reclamando á Pactias, y éstos se disponían á entregarle mediante cierta suma, cuando los de Cimé, al tener conocimiento de aquella vergonzosa transacción, enviaron á Lesbos un barco para trasladar á Pactias á Chíos.

»Pero los habitantes de esta isla arrancáronle del templo de Minerva Poliarcos, y le entregaron á Mazarés á condición que se les diese la Atarnea, país de la Misia frente á Lesbos. Cuando los persas tuvieron á Pactias en su poder, guardáronle

(1) Cabeza de Apolo y Cimeo con diadema, mirando á la derecha. Reverso: KYMAION. Caballo, que tiene bajo sus pies un vaso; en el exergo ΔΗΜΗΤΡΙΩΣ, nombre de un magistrado: todo ello encerrado en una corona de laurel.

cuidadosamente para presentarle á Ciro. Desde este suceso, transcurrió largo tiempo sin que los habitantes de Chíos osasen echar sobre la cabeza de la víctima, al hacer sus sacrificios, cebada de Atarnea ni ofrecer tampoco á ningún dios tortas elaboradas con harina de aquel distrito, excluyendo de los templos todo cuanto de allí procedía.

»Cuando los habitantes de Chíos hubieron entregado á Pactias, Mazarés marchó contra los que se habían unido á este rebelde para sitiar á Tabalos. Redujo los prienios á la esclavitud, hizo una excursión por la llanura del Meandro, y permitió á sus soldados saquearlo todo. Igual conducta siguió respecto de Magnesia, hecho lo cual cayó enfermo y murió, sucediéndole Harpagos en el mando del ejército.»

Los jonios habían resuelto pedir auxilio á Esparta, y á este objeto enviaron á



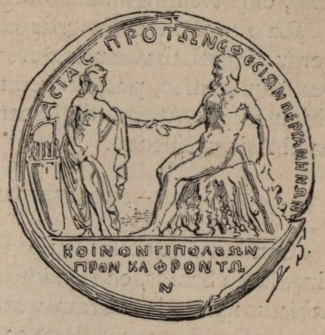
Suplicante ante el altar (1).

Lacedemonia sus diputados, en nombre de los cuales habló un focio, que revestido de un ropaje de púrpura, pronunció un extenso discurso. Tan larga arenga desagradó á los espartanos, y sin conceder nada, despidieron á los embajadores; pero al mismo tiempo enviaron emisarios con el encargo de observar el estado de cosas, y éstos vieron sin duda mucha debilidad por una parte y demasiada fuerza por otra para aconsejar á sus compatriotas que intervinieran en la contienda. Los jonios, abandonados á su suerte, sucumbieron al fin, llegando á ser súbditos de Persia, que para tenerlos mejor bajo su dependencia favoreció la elevación en sus ciudades de jefes ambiciosos á quienes se dió el nombre de «tiranos,» no por ser siempre opresores y crueles, sino porque ejercían un poder no reconocido por la ley.

El pueblo de Focea dió un gran ejemplo: sitiados por Harpagos, y á punto de caer en sus manos, los focios se trasladaron á sus naves, llevándose las imágenes de sus dioses, é hicieron rumbo hacia la isla de Chíos. «Allí ofrecieron á los habitantes cierta cantidad de dinero en cambio de las islas Enusas (ó ricas en viñedos); pero no habiendo aquéllos aceptado el trato por temor de tener junto á ellos un comercio en competencia, los focios volvieron á embarcarse para ir á Córcega, donde veinte años antes habían fundado Aleria. No tomaron este camino, sin embargo, sin volver antes á Focea, donde, desembarcando de improviso, hicieron una matanza en la guarnición que Harpagos había dejado en ella. Después pronunciaron imprecaciones

(1) Pintura de vaso según Gerhard, *Auserl. Vasenb.* Tab. CLXXXV. – Polixenes, perseguida por Aquiles y por uno de sus compañeros, se ha refugiado en las gradas de un altar (véase Aquiles y Troilos en una pintura de vaso, p. 203).

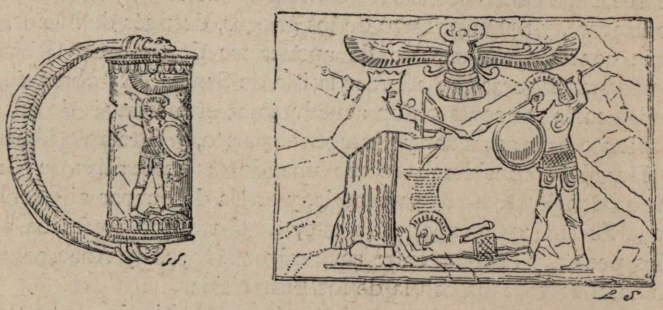
solemnes contra los que abandonaron la flota, y arrojando en el mar una masa de hierro enrojecida al fuego, juraron «que ningún focio volvería á su ciudad hasta que aquel hierro reapareciese en el agua (1).» Sin embargo, cuando la flota se hizo á la vela para Córcega, más de la mitad de los ciudadanos, enternecidos ante la vista de los lugares y por el amor á la patria, fueron perjuros y regresaron á Focea; mientras los demás, continuando su navegación hacia el Oeste, fundaron en la costa de Italia Elea, cuya prosperidad fué rápida y duradera.



Moneda de las trece ciudades del Panionión (2).

Los habitantes de Teos, imitando á los focios, fueron á fundar Abdera en la Tracia, pero estos dos pueblos fueron los únicos que prefirieron el destierro á la servidumbre. Los demás, incluso los de las islas inmediatas al continente, y que ter ían en ellas dominios como Lesbos y Chíos, consinieron en pagar tributo.

«H: sabido, dice después Herodoto, que en una asamblea general del Panionión, Bías de Priena hab a emitido un parecer muy sabio, aconsejando á los jonios que formaran con sus naves una sola flota y se dirigieran á Cerdeña, para fundar allí una ciudad única que comprendiera á toda la Jonia. Demostrábales que en aquella gran isla estarían libres de la esclavitud y serían superiores en fuerza á todos



El gran rey luchando contra un griego (3).

los demás insulares. Tales de Mileto les había dado también un consejo muy útil

(1) Se ha encontrado cerca de Teos una inscripción que nos ofrece un ejemplo de imprecación solemne He aquí un fragmento de la misma, según Rœhl, *Inscrip. Gr. antiquiss*, n.° 497: Ὅστις φάρμακα δηλητήρια ποιοῖ ἐπὶ Τηΐοισιν, τὸ ξυνόν ἢ ἐπ' ἰδιώτῃ, κεῖνον ἀπόλλυσθαι καὶ αὐτὸν καὶ γένος τὸ κείνου. – Ὅστις ἐς γῆν νὴν Τηΐην κωλύοι σῖτον ἐσάγεσθαι, ἢ τέχνῃ, ἢ μηχανῇ, ἢ κατὰ θάλασσαν ἢ κατ' ἤπειρον, ἢ ἐσαχθέντα ἀνοῦθεοίη, κεῖνον ἀπόλλυσθαι καὶ αὐτὸν καὶ γένος τὸ κείνου. «Perezca con toda su familia aquel que quisiera envenenar la ciudad de Teos ó á cualquier individuo; y también aquel que por cualquier medio impidiera la importación de cereales á Teos, bien por tierra ó por mar.» La inscripción data de la primera parte del siglo quinto.

(2) Hércules, sentado sobre una piel de león, con su maza en tierra, alarga la mano á Jola, que está de pie delante de él, y que parece huir; junto á Jola se ve un carcai lleno de flechas. En la inscripción: ΚΟΙΝΟΝ ΓΙ (13) ΗΟΛΕΩΝ ΑCΙΑC ΠΡΟΤΩΝ *(sic)* ΕΦΕCΙΩΝ ΠΕΡΓΑΜΗΝΩΝ ΠΡΟΜ ΚΑ ΦΡΟΝΤΩΝ. Moneda de la comunidad de las trece primeras ciudades de Asia, de los efesios y de los pergamenios, acuñada durante la jurisdicción de un magistrado que probablemente se llamaba Promatio Claudiano Fronto (medallón de bronce con la efigie del emperador Antonino el Piadoso).

(3) Cilindro de calcedonia calcinada (según las *Antigüedades del Bósforo Cimerio*, lám. XVI, 2

antes de que la Jonia estuviese subyugada; propúsoles no tener más que un consejo general que podría establecerse en Teos, ciudad situada en el centro de toda la Jonia, lo cual no impediría que las demás ciudades siguieran gobernándose interiormente por sus leyes particulares, como si estuvieran separadas. Sabios consejos eran estos, pero los jonios no se aprovecharon de ellos (1).» Si hubieran escuchado á Bías, el porvenir del mundo occidental podría haber sido muy distinto.

La sumisión de los griegos de Asia al gran rey era un acontecimiento grave, porque impulsaba á sus señores á soñar también con la conquista de la Grecia europea. Aquí tenían, pues, su germen las guerras médicas con todas sus consecuencias: el imperio de Atenas, de Esparta y de Alejandro, y la civilización griega difundida en el Asia occidental.

II. – PROSPERIDAD DE LOS HABITANTES DE LAS ISLAS

Con la ruina de las jonios del continente el poder marítimo pasó á una isla vecina, la de Samos, en donde Polícrates, con ayuda del tirano de Naxos, Lygdanies, había usurpado la soberanía entre los años 536 y 532, compartiéndola en un principio con sus dos hermanos. Pero más tarde se libró del uno por el asesinato y del otro por el destierro, quedando dueño único y firmando una alianza con Amasis, rey de Egipto. Su poderío se acrecentó hasta el punto de llegar á tener cien naves de cincuenta remeros y mil arqueros. Con estas fuerzas protegía el comercio de los samios, y enriquecíase él mismo, gracias á excursiones más propias de un pirata que de un príncipe. Hízose dueño de un considerable número de islas, y hasta de varias ciudades del continente, y fué el primero de los griegos, después de Minos, según dice Herodoto, que concibió el proyecto de apoderarse del imperio del mar. Por lo demás, empleaba sus riquezas en adornar la isla de Samos con obras útiles ó magníficas, entre las cuales se contaron un acueducto abierto á través de una montaña, un muelle inmenso para agrandar y proteger el puerto, y el templo jónico de Hera (Juno), que Herodoto consideraba como una de las maravillas de Grecia. Para Polícrates, estos trabajos tenían otra ventaja, y era la de ocupar al pueblo, haciéndole olvidar la libertad; pero aparte de esto, es cierto que profesaba afecto á los artistas y á los poetas, y contaba entre sus amigos á Ibycos y Anacreonte: la corte del tirano de Samos rivalizaba con la de los Pisistrátidas.

Sin embargo, en Samos lo mismo que en Atenas había descontentos. Cuando Cambises invadió el Egipto, Polícrates le ofreció cuarenta barcos, teniendo buen cuidado de elegir como tripulantes á todos sus contrarios, y rogando á su aliado que los hiciera morir cuando se hubiera utilizado de ellos. Entre un tirano y un rey loco, semejante arreglo no era sino un cambio de servicios; mas por desgracia, sospechando las víctimas el peligro que las amenazaba, hiciéronse dueños de la flota y volvieron á Samos para promover una sublevación. Rechazados en la lucha, imploraron el

---

y 41. – El gran rey, que viste un largo ropaje y lleva tiara, está blandiendo con la mano izquierda una pica, con la cual amenaza al guerrero griego, fácil de reconocer por su casco. En la mano derecha, el monarca tiene su arco y parece querer servirse de él á fin de parar el golpe de su enemigo. Un guerrero griego se halla ya tendido en tierra; y la triada divina se cierne sobre el lugar del combate (respecto al casco del guerrero griego, véase A. Furtwangler, *Die Bronzefunde aus Olympia*, p. 56; en las *Abhandlungen der kœnigl. Akademie der Wissenschaften zu Berlin*, 1879). Véanse dos piedras babilónicas publicadas por Raoul-Rochette en las *Memorias de arqueología comparada*, I, lámina VI, n.° 16; VII, n.° 5. El cilindro del Bósforo servía de sello; como giraba con facilidad alrededor de su eje, se le podia hacer rodar sobre una materia blanda, como la cera en fusión.

(1) Herodoto, 1, 170. Tales aconsejaba, pues, á los griegos asiáticos que hicieran en la Jonia lo que, según la leyenda, Teseo hizo en el Atica. Véase p. 101.

auxilio de los espartanos, que con la mejor voluntad querían pasar entonces por enderezadores de entuertos, sobre todo cuando se trataba de combatir á un tirano poderoso en provecho de una oligarquía. Corinto, que había tenido motivos para quejarse de las excursiones piráticas de Polícrates, prestó también auxilios. Los aliados estuvieron cuarenta días delante de Samos; pero Polícrates se mantenía alerta, y como todo estaba quieto en la inexpugnable ciudad, fué forzoso leventar el sitio (625). Preténdese que Polícrates pagó la retirada del enemigo con una moneda de plomo dorado, que los espartanos inexpertos tomaron por oro de la mejor ley. Los samios, que los habían llamado, entraron á saco en Sifnos é Hidrea, pasando después á Creta y Cidonia, donde cinco años más tarde fueron derrotados, hechos prisioneros y vendidos como esclavos.

Polícrates se sintió más fuerte después de sufrir esta prueba; llegaba al apogeo de su fortuna, y tuvo miedo, recordando que Amasis había desechado su alianza porque le consideraba demasiado feliz, es decir, muy próximo á experimentar alguna gran desgracia. Para conjurar la cólera y la envidia de los dioses, cuéntase que resolvió hacer un sacrificio: embarcóse en una de sus naves, y cuando estuvo en alta mar arrojó al agua un anillo muy precioso, volviendo después á su palacio para entregarse al dolor que le causaba la pérdida que acababa de sufrir. Creía haber comprado felicidad para largo tiempo y tener así asegurada la fortuna. A los tres días, un pescador recoge en la red un magnífico pez, se lo presenta al rey, y al abrirlo ¡oh prodigio! encuéntrase el anillo precioso; de modo que la ofrenda de Polícrates había sido desechada. Algún tiempo después, el sátrapa Oretes, á quien el tirano había ofendido, atrajo á este último al continente bajo el pretexto de ayudarle en sus ambiciosos proyectos, y mandó crucificarle (522). Herodoto no duda de la veracidad de toda esta leyenda, que recreaba el espíritu de los griegos, y que por otra parte estaba de acuerdo con sus sentimientos religiosos más íntimos. Creían á los dioses envidiosos de toda prosperidad excesiva para un mortal, y tras la dicha parecíales veían á Nemesis armada de sus venganzas y dispuesta á herir para humillar el orgullo de aquel que olvidaba el achaque de la naturaleza humana. Tal es también el fondo, mucho más moral que histórico, de la interesante y trágica historia de Creso, tal como Herodoto nos la ha referido.

Con Polícrates cayó el poderío de Samos. Meandrios, á quien había dejado como guardián del Acrópolis y de sus tesoros, quiso abdicar la tiranía; pero en vez de aplaudir semejante desinterés, pidiéronle cuentas y le injuriaron, por lo cual recobró lo que abandonaba. «Los samios, dice con tristeza Herodoto, no quisieron ser libres.» Atacado por un ejército persa al mando de Silosón, hermano de Polícrates, Meandrios huyó con sus riquezas. Los persas no dejaron ni un solo hombre vivo en Samos. Otanés volvió más tarde á poblar la isla, dejándola sometida al duro gobierno de Silosón, tributario del gran rey.

Otras tres islas merecerían ser citadas: Naxos, entonces muy poderosa, pero de la cual hablaré al dar cuenta de la rebelión de los jonios; Lemnos, donde los griegos, para explicarse las erupciones volcánicas, suponían que se hallaban los talleres de Vulcano, y donde creían oir entre el fragor subterráneo el ruido de los martillos de los Cíclopes que formaban el rayo de Júpiter; y por último Lesbos, que se hizo célebre por Pitacos, uno de los Sabios, por sus músicos y poetas, Terpandro, Arión, Alceco y Safo. La leyenda explicaba muy bien por qué circulaba allí toda esta corriente de poesía: después que Orfeo fué destrozado por las Bacantes furiosas, su cabeza y su lira arrojadas al Hébre emitían aún sonidos armoniosos y fueron arrastradas por las olas hasta las orillas del Metimno. Los lesbios sepultaron la cabeza del poeta y colgaron su lira en el templo de Apolo, acto de piedad que el dios re-

compensó otorgándoles el don de la música y de la poesía. Elogiábase también la hermosura de sus mujeres y su destreza para hilar lana (1).

Lesbos, una de las grandes islas del mar Egeo, comprendía cuatro Estados. Mitilene y Metimna ocupaban el primer lugar, y empeñaron entre sí prolongadas guerras, en que la primera alcanzó el triunfo; pero su rival esclavizada se vengó por frecuentes rebeliones, pidiendo de continuo auxilio del extranjero. Mitilene tenía dos puertos (2), una marina poderosa y posesiones en Troalle para dominar el co-



Cabeza de un vencedor en los juegos olímpicos (3).

mercio del Helesponto. Esta pretensión llegó á ser causa de guerra con Atenas, que se apoderó de Sigea y hubiera querido expulsar del todo á los mitilenos de aquella costa. Pitacos, nombrado jefe de éstos, retó al general enemigo, Frinón, á singular combate. Estos duelos, comunes en la Edad media, son raros en la historia de Grecia.

Frinón, que había sido varias veces vencedor en los juegos olímpicos, aceptó,

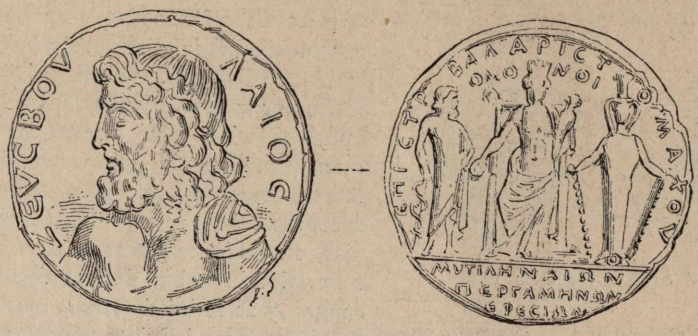
(1) Cuando Agamenón enumera los presentes que destina para Aquiles, á fin de aplacar su cólera, cita las esclavas de Lesbos, tan hermosas como hábiles para tejer la lana. Una antigua tradición pretendía que Lesbos había estado separada del continente asiático en la época en que el Euxino, hasta entonces simple lago, rompió sus diques y penetró en el Mediterráneo. Lesbos, en efecto, se halla á corta distancia de la costa asiática, y el estrecho canal que la separa está lleno de islas.

(2) El puerto del Norte está hoy en día cegado por la arena y el del Sud no recibe ya más que barcos mercantes de pocas toneladas. Los vapores anclan fuera y cuando el mar está agitado, no osan detenerse en aquella costa, tan animada en otro tiempo y ahora tan inhospitalaria. (Bautan, *Memoria sobre la topografía y la historia de Lesbos*, 1855. *Archivo de las Misiones*, t. V. p. 273.)

(3) Bronce descubierto en Olimpia (según *Die Ausgrabungen zu Olimpia*, V. Tab. XXII). – A juzgar por la deformación de las orejas hinchadas, es el retrato de un pugilista ó de un pancratiasta. La cabeza estaba ceñida de una corona de olivo silvestre; en el original todavía se ve en la sien derecha una de las hojas de la corona.

pero perdió la vida. Pitacos le había envuelto en una red que llevaba oculta debajo de su escudo. Los mitilenos, sin embargo, fueron batidos, y en la fuga Aleco abandonó su escudo, del que los atenienses se sirvieron para formar el principal adorno de su trofeo. El poeta osa cantar ese baldón; Horacio, que le imitó, tiene al menos la excusa de una lisonja obligada para el emperador Augusto. El tirano de Corinto, Periandro, nombrado árbitro entre los dos pueblos, dejó á cada cual lo que poseía (612).

Este Pitacos, ayudado de los hermanos de Aleco, mató al tirano Melancros, pero no aniquiló la anarquía. Continuas discusiones desolaban la ciudad; un partido expulsó al otro, y los desterrados tuvieron la ciudad como sitiada, hasta que Pitacos fué elegido al fin *esimneto* por diez años con poder ilimitado. Ignórase qué me-



Medallón de Mitilene (1).

didas adoptó, pero sabemos que este amigo de Solón supo, como él, restablecer la calma, y como él también resistir la tentación de conservar el poder; de modo que á los diez años dimitió para ser otra vez simple ciudadano. Como algunos manifestasen extrañeza por aquel desinterés inusitado, contestó: «Me ha infundido miedo ver á Periandro llegar á ser en Corinto el tirano de su pueblo; y es muy difícil conservar siempre la virtud.» Cuando la dominación de los persas se acercó á ella, Lesbos trató con Ciro; y después de la derrota de los jonios en Lade, en 494, sufrió la muerte de éstos.

Cirene, en Africa, perdió también su libertad, y tuvo los mismos soberanos. Compuesta de elementos contrarios, la población de Cirene estuvo agitada por revoluciones que no la dejaron nunca punto de reposo. La familia de Battos dominó en ella durante varias generaciones. En tiempo de Battos III el Feliz (574 á 554), el oráculo ordenó que se diera acogida indistintamente á los griegos de todas las tribus, y de este modo se acumuló en toda la ciudad, que contenía ya muchos libios, una multitud considerable y heterogénea. Para dar las tierras prometidas á los recién llegados fué indispensable desposeer á los libios de las inmediaciones, que invocaron el auxilio de Apries, rey de Egipto, el cual les envió un numeroso ejército. Este fué destrozado, y la derrota ocasionó en Egipto una revolución, que costó á Apries el

(1) ΖΕΥϹ ΒΟΥΛΑΙΟϹ. Busto de Júpiter Bulaeus, mirando á la izquierda. Reverso: ΕΠΙ ϹΤΡ ΒΑΛ ΑΡΙϹΤΟΜΑΧΟΥ ΜΥΤΙΛΗΝΑΙΩΝ ΠΕΡΓΑΜΗΝΩΝ ΕΦΕϹΙΩΝ. Cibeles, sentada de frente en un trono, tiene una patera y un cuerno de la abundancia; á su derecha está Esculapio, dios particular de Pérgamo; á su izquierda, Diana de Efeso, y en el campo se lee ΟΜΟ-ΝΟΙΑ (Medallón de bronce acuñado siendo estratega Valerio Aristomaco, en nombre de las tres ciudades aliadas, Mitilene, Pérgamo y Efeso).

trono. Amasis, que le sucedió, hizo la paz con los cireneos, tomando por esposa á una mujer de la familia de sus reyes.

Arcesilaos II reinó después (554 á 544), y en una guerra contra los libios dejó en el campo de batalla siete mil de sus hoplitas, desastre que jamás había sufrido ninguna ciudad griega. Cirene pareció no sentir apenas la derrota, pero Arcesilaos no sobrevivió á ella. Al regresar fué asesinado por su hermano Learcos; su mujer le vengó dando muerte al culpable.

Bajo el reinado de Battos el Cojo envióse á buscar á Mantinea, en cumplimiento de una orden de la Pitia, al legislador Demonax, que clasificó los habitantes en tres tribus, que comprendían; una á los thereos, otra á los peloponesios y cretenses, y la tercera á los griegos insulares. Después, no reservando para el rey más que el sacerdocio y las tierras consagradas, Demonax entregó al pueblo el resto de las propiedades y de los cargos públicos (543); pero estas reformas no proporcionaron el reposo á Cirene. Arcesilaos III, hijo de Battos el Cojo, reclamó los privilegios perdidos por la monarquía, y á fin de obtener apoyo exterior, pagó tributo á los persas, que acababan de conquistar el Egipto. Atemorizado por un oráculo que le había recomendado, so pena de grandes desgracias, un gobierno paternal, abandonó á Cirene, donde había derramado demasiada sangre, y se retiró á Barce, cuyos habitantes le asesinaron. Su madre Feretima marchó entonces á Egipto para ver al sátrapa Ariandés, y obtuvo de éste un formidable ejército que se apoderó de Barce al cabo de un difícil asedio. En cumplimiento de la orden de Feretima, todos sus enemigos fueron crucificados alrededor de la ciudad; se cortó el seno á sus mujeres, y adornáronse las murallas con estos sangrientos trofeos. Los habitantes que sobrevivieron fueron enviados á Darío, quien les dió tierras en la Bactriana. Los Battiadas quedaban restablecidos; pero los de Cirene eran tributarios del gran rey, que hizo uso de sus soldados en su expedición contra Grecia. Cirene no volvió á tener su gobierno republicano hasta el año 450, poco más ó menos.



Moneda de los libios (1).

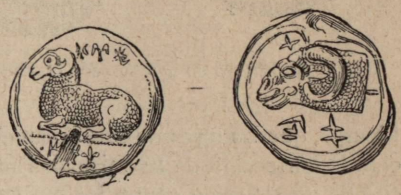
Frente á estas revoluciones y desgracias, nacidas de la división, pongamos la sabiduría y la oscura prosperidad de un pequeño pueblo que desde la antigüedad entrevió las ventajas del sistema político practicado por la Europa moderna, ó sea el gobierno representativo. Los licios habían distribuído sus veintitrés ciudades en tres clases; las de la primera tenían cada una tres votos en la asamblea, las de la segunda dos, y las de la tercera uno; pero todas contribuían á los gastos públicos en la misma proporción. Esta asamblea de diputados, que decidía la paz ó la guerra y que cuidaba de todos los grandes intereses de la nación, no se reunía en un lugar fijo; de modo que no había capital que absorbiese toda la vida de la nación. Se elegían para todo el cuerpo liciaco un magistrado supremo y algunos jefes secundarios, encargándose un tribunal superior de juzgar las causas que los individuos de la confederación tenían que debatir. En el nombramiento de los que debían desempeñar cargos de la administración y de la justicia, cada ciudad tenía la participación que le señalaba su categoría. Grecia conoció mal aquella sabia organización, que la liga aquea imitó demasiado tardía y débilmente.

(1) Cabeza de Hércules imberbe, adornada de la piel de león. Reverso: León que avanza á la derecha; en el campo la letra griega M y la fenicia equivalente, marcas de taller; en el exergo ΛΙΒΥΩΝ. (Didracma fenicia).

Aquel pueblo griego, perdido en medio de los bárbaros, dió otro ejemplo en la conquista del Asia Menor por los persas. Cuando Harpagos se presentó ante las murallas de Xantos, los habitantes salieron á su encuentro; pero rechazados en la plaza, arrojaron en una hoguera á sus mujeres, á sus hijos y sus tesoros, y fueron á buscar la muerte con las armas en la mano entre las filas más compactas del ejército persa. Leónidas y sus trescientos espartanos son más célebres, pero no más heroicos.

Mas lejos aún que la Licia, Chipre había estado sometida sucesivamente á los fenicios, á Egipto y á los persas; su población, compuesta de varias razas extranjeras, apenas tenía algunas gotas de sangre griega en sus venas; pero Salamina recordaba su origen helénico, y debió demostrarlo por sus repetidos esfuerzos para sacudir el yugo pérsico.

En medio de aquel mar y del mundo griego, hemos olvidado á Creta, que por su fertilidad había merecido el nombre de *isla de los bienaventurados*, y de la cual decía Aristóteles que no podía darse posición más favorable que la suya para fundar un gran imperio (1). En efecto, por un lado acércase al Asia, y por el otro al Peloponeso, dominando las comunicaciones de Grecia con Egipto, y de Tracia con la costa de Fenicia. Desde las alturas de sus promontorios ofrécese á la vista una inmensa extensión de mar, pudiendo esta isla ser considerada como una de las ciudadelas del Mediterráneo. Vasta como un continente, según lo parecía entonces, Creta presentaba las bellezas salvajes de un país alpino, con los verdes valles de una tierra fértil, y con numerosos puertos seguros, de frente á Grecia y Asia, en las costas del Norte; pero al Sud terminaba por precipicios, lo mismo que Malta. Sin embargo, excepto en la época más antigua, los hombres han hecho mentir aquí á la naturaleza. Los fenicios abordaron á ella muy pronto: Europa, la Sidonia, que el toro, imagen del Sol ó de Zeo, transporta á través de las olas desde Fenicia á Creta, es símbolo de sus antiguos viajes. Allí fundaron ciudades y establecieron sus dioses, Astarté ó Venus, y hasta el feroz Moloch, cuya estatua de bronce, enrojecida por un fuego interior, abrasaba las víctimas que por una piedad atroz se colocaban entre sus brazos. Sin embargo, los fenicios no pudieron prevalecer sobre la población indígena, que fortalecida por hombres llegados de las costas de Asia, conservóse griega por el idioma, por el espíritu y el valor. Su gran divinidad era el dios de los pelasgos helénicos, aquel que ama las nevadas cimas y el aire puro de las altas cumbres, el Zeo de Ida.



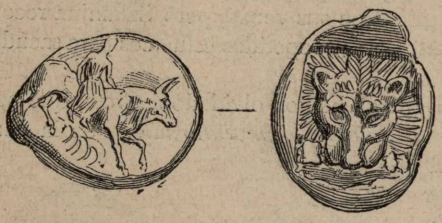
Moneda chipriota (2).

El lugar más célebre de Europa en la antigüedad fué la Creta de las cien ciudades, si bien me refiero á la edad heroica, á los tiempos fabulosos de Minos y de Idomeneo. Cuando la luz de la historia comenzó á difundir más claridad sobre Grecia, Creta volvió á quedar en la sombra y vivió separada. Licurgo pasó allí algún tiempo, y Epiménides la visitó, habiendo reconocido el primero en ella las antiguas costumbres dóricas. Los amantes de lo convencional, los que profesaban el culto de la antigüedad sin conocerla, seducidos sin duda por una costumbre cretense relativa

(1) *Polit.* II, IX.

(2) Moneda de Evantés, rey de Salamina, de 440 á 430, poco más ó menos. Carnero echado; inscripción chipriota, Εὐϝό[ν]θεος. Reverso: Cabeza de carnero; leyenda chipriota, Βασι[λεος] (plata) (véase J. P. Six, en la *Revista numismática*, 1883, p. 277).

al medio de librarse del jefe que les desagradaba, enviaron á pedir un día á la Biblioteca nacional las leyes de Minos, y como era de suponer, no se encontraron; pero hoy tenemos una colección de leyes cretenses. En 1884 descubrióse en Gortine (Creta) una inscripción *bustrofedonte*, es decir, escrita de derecha á izquierda, y después de izquierda á derecha alternativamente, habiendo motivos para suponer que data del siglo VI antes de nuestra era: no contenía menos de seiscientas cincuenta líneas y en ella se regulaban las principales materias del derecho civil, la protección de las personas y de los bienes, los derechos de la mujer, el matrimonio, el divorcio, la condición del niño, las herencias, los contratos, etc Por desgracia, no se puede afirmar aún que este texto, precioso para los jurisconsultos y para el estudio particular del estado social de Creta, contribuya mucho á esclarecer la historia general de la Hélade (2).



El rapto de Europa en una moneda cretense (1).

Montesquieu ha dicho, exagerando el alcance de lo que se ha tomado de Licurgo, que las leyes de Creta eran el original de las de Esparta, y que las de Platón eran la corrección de las mismas. Entre estas leyes había una que reconocía el derecho de insurrección contra los magistrados prevaricadores. Aristóteles la condena, y Montesquieu la aprueba, «porque los cretenses tenían, según dice, el patriotismo



Moneda de Itanos en Creta (3).







Moneda de Faestos en Creta (4).

más ardiente y menos susceptible de perderse. El amor á la patria lo corrige todo (5).» Gran cosa es el amor patrio, sobre todo respecto al extranjero, porque entonces no se engaña; pero en los asuntos interiores, la pasión y el interés pueden extraviarle, y una insurrección será casi siempre detestable medio para mejorar un gobierno. Nada sabemos de las prolongadas disensiones de Creta, ni de la rivalidad de sus dos ciudades más poderosas, Knosse y Gortine; la pérdida de esta historia no es

(1) Europa sentada en un toro que avanza por la derecha. Reverso: Cuadrado hueco con una cabeza de león de frente y las patas hacia adelante (moneda de plata de Gortine).

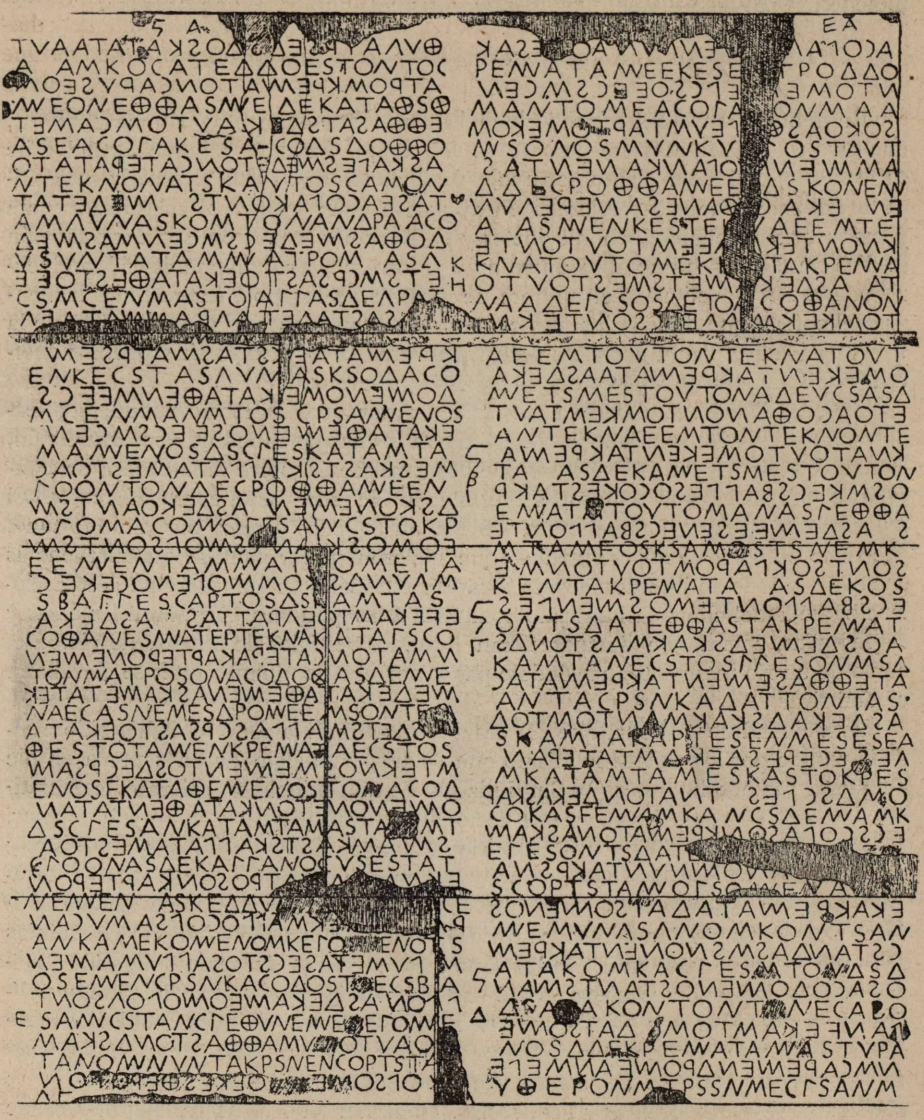
(2) M. Dareste ha publicado una traducción en un sabio comentario sobre la inscripción de Gortine. «En ese texto, dice, hay trabajo para toda una generación de filólogos y de jurisconsultos.»

(3) Tritón ictiomorfo, armado del tridente, y en la leyenda ITANION. Reverso: Dos dragones con cabeza de ave marina y cola de escorpión, erguidos uno delante de otro plata).

(4) Representa al gigante Talos con las facciones de un joven, desnudo é imberbe, provisto de dos grandes alas; á sus pies se ve su nombre, ΤΑΛΩΝ. Sabido es que este gigante, según la leyenda, daba periódicamente una vuelta á la isla de Creta para expulsar á los extranjeros que hubiesen podido abordar á ella. Reverso: Toro cornúpeto (plata).

(5) *Polit.*, II, 8; *Espíritu de las leyes*, VIII, 11.

muy de sentir, y si no ha trascendido nada, será porque no hubo cosa alguna muy notable. Los cretenses dieron muy pronto el ejemplo fatal de los soldados mercena-



Fragmento de la inscripción de Gortine (1).

rios, de los que surtió á todos los ejércitos; y además tenían otra mala reputación,

(1) Según el *Museo italiano de antigüedades clásicas*, vol. (1885), tab. VIII *a*, columnas 5.ª y 6.ª (D. Comparetti). - Damos en caracteres corrientes la reproducción de las primeras líneas de la columna de la derecha... : ἀπολαν[κά]νεν. Γυνὰῶ[ι κ'] ἢι ἃ κρήματα μὴ ἔκηι ἢ [πα]τρὸδ δόντος ἢ ἀ[δ]ελπιῶ ἢ ἐπισπένσαντος ἢ ἀπολά[κ]ωνσα ἃι ὅκ' ὁ Αἰ[α]λεὺς 'τάρτος, ἐκόσμιον οἱ σὺν Κὺ[λ]λωι, ταὐτας μὲν [ἀπ]ολανκάνεν· ταῖδ δὲ πρόθθα μὴ ἔ[ν]δικον ἦμεν. Las letras de forma más notable son la *pi* (C) y la *iota* (S), y el *mu* tiene cuatro jambajes. M. Dareste traduce así el pasaje *(Bol. de la*

pues los antiguos les llamaban «grandes embusteros.» Como no sabían hacer historia, llegaron á ser muy hábiles en forjar fábulas, entre otras la de Júpiter y de Ganimedes, según dice Platón, para justificar sus costumbres vergonzosas (1).

III. — LA GRAN GRECIA, SICILIA Y MARSELLA

En la otra cuenca del Mediterráneo brillaron primeramente Crotona y Sibaris, que tuvo su período más próspero desde 600 á 550. La extraordinaria fertilidad de su territorio, que daba ciento por uno, su comercio con Mileto y Jonia, y su política liberal para con los extranjeros, contribuyeron á que llegasen al colmo su riqueza y sus fuerzas Contaba cinco mil jinetes y podía armar según con cierta exageración se dice trescientos mil hombres; pero muy pronto se abandonó también á la influencia enervante del clima, y el nombre de sibarita ha llegado á ser en todas las lenguas el epíteto que designa los más extremados refinamientos de la molicie y de la voluptuosidad. He aquí porque un gran desastre bastó para abatir á pueblos enervados que no eran ya capaces de un esfuerzo perseverante.

En 510, Sibaris, gobernada hasta entonces por una democracia moderada, expulsó á los ciudadanos más poderosos; Crotona los acogió, rehusando su extradición, lo cual dió lugar á que entre los dos pueblos estallase la guerra. A la cabeza del ejército de Crotona iba el famoso Milón, armado de una maza, como Hércules. El espartano Doricos, que entonces se hallaba en aquellos parajes buscando fortuna, declaróse en favor de los crotoniatas, que hicieron una espantosa matanza en sus enemigos, apoderándose después de Sibaris y ensañándose en su ruina con la violencia que aquel clima casi africano comunica á las pasiones. Arrasaron las casas y las murallas, y para que desaparecieran hasta los vestigios de Sibaris, desviaron el curso de un río inmediato, haciéndole pasar por el sitio donde antes se elevaba la ciudad rival.

Esta ciudad de Crotona, que tan cruel se mostró en la victoria, había sido fundada en 710 por los aqueos lo mismo que Sibaris, y un siglo después ponía en pie de guerra 120.000 hombres (?). Sin duda tuvo en un principio gobierno democrático. Hacia el año 540, Pitágoras estableció allí su instituto. En 510, un jefe popular, Cilón, promovió un movimiento contrario al impulso comunicado por el filósofo, y desencadenó los partidos hasta el momento en que un tal Clinias se erigió en tirano (494). Por la destrucción de Sibaris, Crotona llegó á ser la primera ciudad de la Gran Grecia; ejercía dominio sobre varias ciudades, y llamaba á los griegos italiotas para que tomasen parte en las fiestas comunes alrededor del templo de Juno Laciniana; pero esta unión religiosa no fué bastante sólida para producir la unión política, bien necesaria por cierto, pues en el quinto siglo las antiguas poblaciones de Italia bajaban de las montañas del centro de la península para entrar en posesión de su primitiva herencia. Los sabelios se apoderaron de Cumas y Poseidonia; y dos pueblos nuevos, los lucanios y los brucios, ocuparon todo el centro del país desde

---

Corresp, helénica, IX, (1885), p. 307): «Si una mujer no tiene bienes propios, dados ó prometidos por su padre ó por su hermano, ú obtenidos por ella en una repartición antes del año en que [el *startos* de los Αἰθαλεῖς estaba en el poder] y en que Kylos y sus colegas fueron *cosmes*, será admitida á la repartición, y si cualquiera hubiese recibido alguna cosa antes de dicho año, no habrá acción contra ella (Museo, I, p. 266).

(1) Este vicio fué general en Grecia. En Creta y en Esparta la ley le protegió, y es de temer que los más grandes hombres de Grecia, Arístides, Epaminondas, Temístocles, Fidias, Eurípides, y hasta Sófocles, incurrieron en él. En Homero no se dice nada sobre este punto, como no sea en la historia de Ganímedes.

Benavento á Regio. Rechazados los griegos hasta la costa, vivieron en continua alarma, y hasta la misma Tarento sufrió en 473 una desastrosa derrota en su lucha contra los lapigios, no resistiendo á sus esfuerzos sino merced á los socorros que varias veces recibió de la madre patria.

De este modo el mundo griego flaqueaba por sus extremidades; en Asia y en Africa bajo la presión del gran imperio de los persas, y en Italia bajo la de las razas indígenas. Dos ciudades se han de exceptuar de esa decadencia general de las colonias, Siracusa y Marsella.

La preponderancia en Sicilia pertenece por lo pronto á Gela y Agrigente, y de esta última se sabe poco, como no sea la crueldad de Falaris: encargado en 570 de edificar el templo de Júpiter sobre el Acrópolis, reunió numerosos obreros, dióles armas el día de la fiesta de Ceres, y de orden suya apoderáronse de la ciudadela, que conservó diez y seis años. Conocido es su toro de bronce, donde encerraba á sus víctimas para abrasarlas á fuego lento, y oir, entre los mugidos del monstruo, los gritos de su dolor. No era el único tirano en la isla; y cada ciudad tenía poco más ó menos el suyo, pues su estado interior favorecía las usurpaciones. En efecto, contábanse en ellas cuatro clases: los fundadores de la ciudad, dueños de vastos dominios que los colonos indígenas cultivaban; los extranjeros, griegos ú otros, residentes en la ciudad y excluídos de los cargos públicos; los colonos, reducidos casi á la condición de siervos de la gleba; y en el interior de la isla, los sículos, siempre dispuestos á vengarse de aquellos que les habían desposeído, y ofreciéndose como mercenarios al que más les pagaba. En medio de tantos elementos contrarios, un hombre ambicioso y hábil podía elevarse fácilmente con ayuda de unos y otros para dominarlos después á todos.



Moneda de Camarina (1).

Así hicieron en Gela, primeramente Cleandros, y después Hipócrates (498), que se rodearon de un numeroso ejército de mercenarios indígenas. Hipócrates gobernó un momento en la mitad de Sicilia, y cuando pereció en una batalla contra los sículos, uno de sus oficiales, Gelón, le sucedió en 491 con más altas miras. En Sicilia, cuya cordillera central desciende formando bancales hasta bañar sus pies en tres mares, toda la vida está en las riberas; y el que quiera dominar fuera del estrecho valle donde cada ciudad está asentada debe contar con una flota. Gelón quiso tenerla; mas para las naves de guerra necesítase un puerto, y solamente existía uno en buenas condiciones de seguridad en el litoral del Sudeste: era el de Siracusa. Fácil fué para Gelón obtener inteligencias en esta ciudad, agitada por clases rivales. Los ricos, ó descendientes de los primeros colonos dorios, hallábanse en continua alarma á causa de los numerosos extranjeros que acudían á un lugar tan favorable al comercio, y á causa también de los antiguos habitantes, á los cuales habían sometido á la condición de siervos de la gleba, como los ilotas de la Laconia y los penestes de los tesalios. Las dos clases oprimidas ó despreciadas unieron sus intereses, es decir, su odio, y los grandes, debilitados por una derrota en que Hipócrates fué ven-

(1) Cabeza de Hércules adornada con la piel de león, y cara barbuda, mirando á la izquierda; en la inscripción ΚΑΜΑΡΙΝΑ[ΙΩΝ]. Reverso: La ninfa Camarina, coronada por la victoria, va en su cuádriga al galope marchando hacia la izquierda; en el exergo un cisne que vuela hacia la izquierda también.

cedor, viéronse un día expulsados de la ciudad Entonces se dirigieron á Gelón para que los protegiera, y éste tuvo la destreza de hacerse aceptar de todos los partidos como mediador pacífico. Dueño de Siracusa, trasladó allí á los habitantes de Camarina, á la mitad de los de Gela y á todos los ricos de Megara y de Eubea En cuanto á los hombres del pueblo de estas dos ciudades hízolos vender como esclavos, mediante la expresa condición de que fueran conducidos fuera de la isla, porque pensaba, añade Herodoto, que con el pueblo no hay gobierno posible. Esto era el más puro espíritu dórico.

El número de los recién llegados era demasiado considerable para la isla de Ortigia, y de consiguiente diseminaronse por tierra firme; el mismo Gelón estableció su residencia en una elevada meseta, llamada Acradina, que fortificó cuidadosamente. Excepto Mesina, que obedecía al tirano de Regio, y las grandes ciudades de Agrigente de Himera y de Selinonte, toda la Sicilia griega, con una parte de las tribus de sículos, estaba sometida á su poder, y hasta Agrigente había convenido con él una estrecha alianza. Numerosos mercenarios acudieron á ofrecer sus servicios; y si hemos de creer á Herodoto, había prometido á los griegos, amenazados por Jerjes, 20.000 hoplitas, 200 trirremos, 2.000 jinetes, 2.000 arqueros, otros tantos honderos, caballería ligera, y por último, trigo para todo el tiempo que la guerra durase.



Moneda de Gelón, rey de Siracusa (1).

Poco sinceras eran estas ofertas, pues Gelón se había empeñado en una guerra contra los cartagineses, á quienes quería expulsar de Sicilia, y que al mismo tiempo preparaban contra él un armamento formidable. Mientras que Jerjes invadía la Grecia, los cartagineses, sus aliados, presentáronse en número de 300.000, según dicen, para sitiar á Himera en la costa septentrional de la isla, cerca de la ciudad actual de Término. Gelón no pudo oponerles más que 50.000 infantes y 5.000 caballos; mas no por eso dejó de ganar una batalla, que terminó por la completa destrucción del ejército cartaginés; 150.000 africanos sucumbieron, y el número de cautivos fué tan considerable, que á algunos particulares de Agrigente llegaron á tocarles hasta 500. Por exageradas que sean estas cifras, como todas aquellas que nos dan para Sicilia, la Gran Grecia y Cartago, la victoria fué sin duda de gran importancia, pues Píndaro celebra á Gelón, comparándole con los vencedores de Salamina y de Platea, «donde perecieron los arqueros medas.» Y para indicar que la justicia divina, la Nemesis vengadora, humillaba á las naciones bárbaras ante la raza helénica, se pretendió que los persas y los cartagineses habían doblado el mismo día la rodilla ante la espada de los griegos. Los cartagineses no fueron expulsados de la isla, sino que compraron la paz por 2.000 talentos; y de este modo Siracusa llegó á ser la primera ciudad griega del Occidente bajo la gloriosa y benéfica tiranía de Gelón (480).

Aun había en Occidente otra ciudad griega famosa, que si no alcanzó tanto poderío, en cambio no sufrió tampoco los reveses de que habían sido ya víctimas tantas colonias, y que estaban reservados á la misma Siracusa. Marsella, á pesar de la

(1) Cabeza de Gelón con diadema mirando á la izquierda. Reverso: ΣΥΡΑΚΟΣΙΟΙ ΓΕΛΩΝΟΣ. La Victoria en un carro lanzado al galope (plata). No se sabe si la cabeza que figura en esta moneda es la de Gelón I ó de Gelón II.

turbulencia atribuída al caracter jónico, es muy diferente de esas ciudades dorias tan agitadas. Se han elogiado siempre la calma interior de que disfrutaba esta ciudad jonia y la dulzura de sus costumbres; el hacha destinada á las ejecuciones se había enmohecido, tan raros eran los casos en que se debía hacer uso de ella; el sistema de gobierno era una aristocracia templada; y consistía en un consejo de seiscientos individuos con cargo vitalicio, que no podían ser elegidos sino entre ciudadanos casados y con hijos, que contaran tres generaciones de abuelos ciudadanos. Un comité de quince individuos estaba á la cabeza de aquella asamblea; y el poder ejecutivo se confiaba á tres magistrados. La paz interior que Marsella supo conservar estábale impuesta por su crítica situación en medio de tribus belicosas. Sábese, aunque vagamente que sostuvo largas guerras marítimas contra los cartagineses y los etruscos. A pesar de la pequeñez de su territorio, hacía un comercio considerable de vino y aceite. Ya hemos hablado de sus colonias.

Dos hechos resaltan en esta historia general de las colonias: su prosperidad y su esplendor en los siglos VII y VI, cuando la madre patria no había aún salido de la oscuridad, y su decadencia en el V, excepto Siracusa y Marsella, cuando los griegos de Asia y de Africa han perdido su libertad bajo los persas, y cuando los de Italia se defienden penosamente contra las poblaciones sabelias que bajaban del Apenino. Entonces, por el contrario, la metrópoli se engrandece, y la vida se manifiesta con exuberante fecundidad. Antes no había luz sino en los puntos extremos del mundo griego; ahora se condensa en el centro en donde brillará con incomparable esplendor.

FIN DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO

PÁGINAS

PREFACIO. I

CAPÍTULO PRIMERO. – *El suelo.* – I. – Posición geográfica y configuración general de Grecia. 1

II. – Montañas y ríos. 3

III. – Divisiones naturales y políticas. 6

IV. – Influencia del suelo y del clima. 10

PRIMER PERÍODO. – *Historia legendaria.* (2000-1104?) – Formación del pueblo griego. – CAPÍTULO II. – *Los pelasgos y los jonios.* – I. – La Grecia prehistórica. . 15

II. – Los pelasgos y los jonios. 20

III. – Datos prehistóricos facilitados por las leyendas. 24

IV – Los monumentos ciclópeos. 36

CAPÍTULO III. – *Los eolios y los aqueos.* – I. – Deucalión y los héroes eolios. . . . 40

II. – Los héroes aqueos: Aquiles, Belerofonte, Perseo, Hércules, Teseo, etc. . . 43

III. – Guerras de Tebas; los argonautas 52

IV. – Guerra de Troya (1193 1184?) 57

CAPÍTULO IV. – *Los dorios.* – I. – Movimiento de pueblos en Grecia después de la guerra de Troya. 72

II. – Regreso de los heráclidas (1104?). 74

CAPÍTULO V. – *Costumbres de los tiempos heroicos.* – I. – Organización social. . . 77

II. – La familia, la industria. 83

CAPÍTULO VI. – *Religión de la edad heroica.* – I. – Los dioses. 95

II. – El destino. 117

III. – La envidia de los dioses. 120

IV. – Los héroes y los demonios. 129

V. – La religión doméstica. – Los muertos y el hogar. 133

VI. – La moral religiosa. 143

VI. – El culto público. 147

SEGUNDO PERÍODO. – *Desde la invasión doria hasta las guerras médicas* (1104-490). — Aislamiento de los estados. Revoluciones interiores. — Colonias – CAPÍTULO VII. — *Esparta y Licurgo.* – I. – La Laconia – Sus primeros reyes. 157

II. – Licurgo y sus leyes. 161

CAPÍTULO VIII. – *Conquistas de Esparta hasta las guerras médicas* (743-490). – I. – Primera guerra de Mesenia (743-723). 180

II – Segunda guerra de Mesenia (645-628) 185

III.—Guerras de Esparta contra Tegea y Argos. 190

CAPÍTULO IX – *Atenas y la constitución de Solón.* – I. – Atica y sus reyes. . . . 193

II. – Abolición de la monarquía. – El Arcontado. – Leyes de Dracón. . . . 198

III. – Cilón, Epiménides y Solón. 201

IV. – Ley sobre las deudas. – División del pueblo en cuatro clases. 205

V. – Instituciones políticas. 210

VI. – Instituciones civiles. – Industria y comercio, extranjeros y esclavos. . . . 217

CAPÍTULO X. – *Los Pisistrátidas y Clístenes.* (560-500). – I. – Pisistrato. . . . 229

PÁGINAS

II. – Los Pisistrátidas (527-510). 236
III. – Clístenes (510). 244
IV. – Intervención de la Lacedemonia. 248
CAPÍTULO XI. – *Estados secundarios de la Grecia continental.* – I. – Estados secundarios del Peloponeso. 252
II. – Estados secundarios de la Grecia central. 268
CAPÍTULO XII. – *Fundación de las colonias griegas.* – I. – Colonias del Asia menor. . 279
II. – Colonias del norte, del oeste y del sud. 285
CAPÍTULO XIII. – *Grandeza y civilización de las colonias griegas.* – I. – Relaciones de la colonia con su metrópoli. – Prosperidad comercial de los griegos asiáticos. . . 301
II. – Influencia de las civilizaciones asiáticas sobre el genio griego. 307
III. – Las artes y la poesía. 311
IV. – La Filosofía. 319
CAPÍTULO XIV. – *Sumisión de las colonias griegas antes de las guerras medas.* – I. – Conquistas de los lidios y persas. 328
II. – Prosperidad de los habitantes de las islas. 348
III. – La gran Grecia, Sicilia y Marsella. 356

ADVERTENCIA. – La lámina cromolitografiada que lleva el título de ANFORA PANATENAICA se deberá colocar enfrente de la portada.

G.B. L. 029 (vol. I)

Sig.: G.B. L. 029
Tít.: Historia de los griegos: desde l
Aut.: Duruy, Víctor
Cód.: 2000023687 29


SOIT AUTRUI
PAR LE SAVOIR
D'AUTRUI